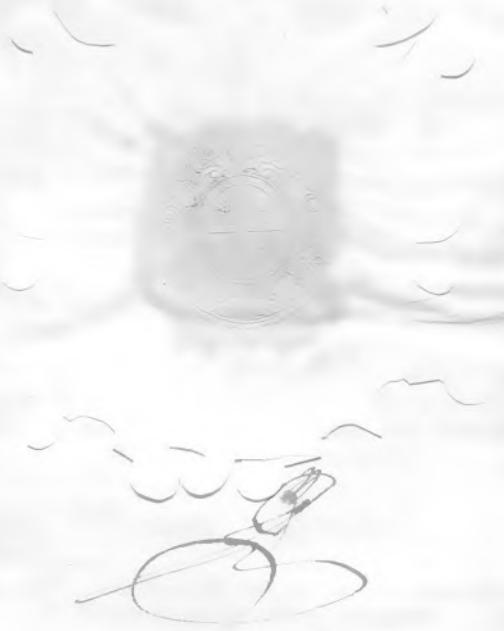


COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

Ó

PINTURA HISTORICA

de todas las Naciones,

su origen, vicisitudes y progresos hasta nuestros dias.

Obra escrita en francés por Mr. ANQUETIL, miembro de varias sociedades literarias; y traducida por el P. D. Francisco Vazquez, Clérigo Reglar de San Cayetano.

Segunda Edicion,

corregida y aumentada con los sucesos ocurridos en Europa de veinte años á esta parte.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA: MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1829.

DONATIVO

La anterior edicion de esta obra, que consta de 17 *tomos en marquilla mayor, hecha de lujo y con las* 408 *láminas, se hallará siempre de venta á* 680 *rs. vn. en rústica, en casa del propietario, en Madrid, imprenta y almacen de libros que fue de Fuentenebro, calle de Fuencarral, n.º* 6 *de la manzana* 345, *cuarto bajo interior.*

NOTICIAS

acerca de la vida y escritos

de Mr. Anquetil.

Luis Pedro Anquetil, miembro del Instituto Nacional y de la Legion de honor, nació en Paris en 2 de Febrero de 1723 de una antigua y distinguida familia.

Desde muy jóven entró en la órden de los canónigos regulares de santa Genoveva, adonde llevó los principios de virtud y el amor al estudio que habia adquirido en la universidad de Paris. Estas felices disposiciones no tardaron en desarrollarse con brillantez en el seno de una congregacion acostumbrada mucho tiempo hacia á dar sabios distinguidos á las primeras academias del Reino, y pastores recomendables por su inagotable caridad y zelo apostólico á la Iglesia.

Enviado Anquetil por sus superiores á la ciudad de Reims con la cualidad de director del Seminario, las antigüedades que allí se encontraban fueron el objeto de sus primeros trabajos; y empezó la carrera de la literatura con la *Historia de la ciudad de Reims*, obra que se ha hecho ya muy rara, y que no obstante deben estudiar los que quieran conocer las primeras edades de la Monarquía francesa. Los elogios que este primer ensayo le atrajeron, animaron á Anquetil á dar al público, bajo

el nombre del *Espíritu de la Liga*, el cuadro de aquellos tiempos de calamidad, que hasta la época de las últimas revoluciones de la Francia, han sido tenidos por los mas desgraciados de su historia. Esta obra, que puede mirarse como la principal y mas selecta del autor, obtuvo entonces un éxito y una acogida tan feliz del público, que el espacio transcurrido de mas de cincuenta y cinco años no ha podido debilitar. En medio de las turbulencias civiles, los hombres mas justos apenas pueden publicar sino memorias ó anales. El derecho de componer de todos estos materiales una historia verdadera, parece reservado á los autores nacidos en una época distante de las desgracias y de las tempestades; pues que entonces juzgan á los hombres y á los sucesos con mas imparcialidad. Anquetil ha probado esta verdad en su *Espíritu de la Liga*, que entre todas sus obras es la que mas ha contribuido á asegurarle un lugar distinguido entre los mejores historiadores franceses; sobre lo cual puede verse la opinion de Mr. Laharpe en su *Curso de Literatura*.

Al espíritu de la Liga sucedieron otras obras no menos recomendables, á saber: La *Intriga del Gabinete*, las *Memorias del Mariscal de Villars*, *Luis XIV*, *su Corte y el Regente*, &c. Siempre infatigable Mr. Anquetil, trabajaba en el *Compendio de la Historia Universal*, cuando los comisionados revolucionarios, para quienes los talentos y las virtudes eran otros tantos títulos de proscripcion, le arrancaron de sus pacíficas y sabias ocupaciones, para conducirle á una horrorosa prision; pero el 9 Termidor rompiendo sus cadenas, le volvió su libertad y con ella la satisfac-

cion de dar la última mano á esta obra, objeto constante de sus meditaciones en medio de las angustias de una cautividad que no le dejaba ver otro término que la muerte.

A esta época Anquetil fue llamado á los archivos del departamento de las relaciones esteriores, y su libro intitulado: *Motivos de Guerra y de Paz*, fruto de sus trabajos en esta parte de la administracion, acredita á un mismo tiempo la rectitud de su juicio y la estension de sus conocimientos en diplomacía.

La edad en nada habia disminuido en Anquetil su zelo y amor al trabajo; y se ocupaba en adquirir nuevos derechos al reconocimiento de sus contemporáneos y de la posteridad, cuando la muerte vino á robarle á sus amigos, á las letras y á la Francia el dia 8 de Setiembre de 1806.

Mr. Anquetil no fue menos recomendable por sus virtudes sociales, que por sus talentos literarios. Merecia aquí un elogio mas estenso; pero plumas mejor cortadas que la nuestra lo han hecho ya, y así nos contentamos con tributar á su memoria este corto obsequio, hijo de nuestra admiracion y reconocimiento á un autor tan distinguido á quien tanto deben las letras.

Catálogo de los escritos de MR. ANQUETIL.

La Historia de Reims, 3 volúmenes en 12.°
El Espiritu de la Liga, 3 vol. id.
La Intriga del Gabinete, 4 id.
Luis XIV, su Corte y el Regente, 4.
Vida de Villars, 4.
Los motivos de la guerra y de los tratados de paz de la Francia desde 1648 *hasta* 1783, 1 vol.
Compendio de la Historia Universal, (*) 12.
Historia de Francia desde los Gaulas ó Galos hasta la muerte de Luis XVI, 14 vol.

(*) De esta obra se han hecho ya solo en París seis ediciones; las dos últimas muy magníficas.

PROLOGO
DEL TRADUCTOR.

La *Historia Universal* es el producto del trabajo de varias sociedades de sabios; pero la utilidad que de ella pudiera esperarse es de muy pocas personas, pues siendo una obra de 126 tomos en 8.°, cuando menos, es preciso que sobre ser corto el número de los que tengan caudal para adquirirla, sean todavía menos aquellos en quienes la aplicacion no desmaye á vista de los muchos libros, cuya lectura sería el empleo de toda la vida si aspirasen á instruirse en las revoluciones que el mundo ha padecido en el transcurso de las edades.

Para beneficio de unos y otros redujo todo lo mas útil que se contiene en tanta multitud de volúmenes el laborioso Anquetil, que estuvo por espacio de diez años recogiendo la flor, por decirlo así, de todas las historias del mundo, y disponiendo como en un cuadro los grandes hombres que han ilustrado su respectiva patria, y señalando los motivos y causas que han influido en el aumento y decadencia de los Estados.

En la vasta estension de 126 tomos sería imposible acordarse de los sucesos importantes esparcidos á tanta distancia; pe-

ro en este Compendio, como se acercan unos á otros, se conservan mas fácilmente en la memoria. Desde el punto en que los hombres empiezan á poblar el mundo se van agradablemente observando los que formaron repúblicas ó instituyeron imperios, y crece el embeleso de la curiosidad de los lectores, cuando inmediatamente ven levantarse otros hombres que aspiran á destruir lo que edificaron los primeros. Todo en este Compendio va sorprendiendo y agradando, al paso que continuamente se encuentran prosperados los vicios y tiranías de unos, y desgraciadas al mismo tiempo las buenas inclinaciones de otros. La buena fe, la traicion, los odios, los amores, el valor y la cobardía ocupan continuamente el teatro en estos libros con variedad de personages afortunados é infelices, y esta diversidad es siempre agradable á los lectores.

Para juntar la utilidad de la instruccion con el gusto de la lectura no omite el Compendiador ninguno de los dichos sentenciosos, ni de aquellas anécdotas que sirven para el desengaño, y por esto las han recogido los sabios en sus libros; pero en ellos andan esparcidas, y en esta pintura histórica se presentan casi juntas.

Hay en los compendios el peligro de la obscuridad en las noticias, por atender demasiado á la brevedad; pero en este se la desprecia en todos los puntos que merecen

particular atencion; y así cuando se trata de esponer las leyes que hizo Licurgo ó Solon, ninguna se omite.

Se describe con la mayor exactitud el orígen no solo de las monarquías y repúblicas, sino el de aquellos gobiernos que estaban reducidos á una sola ciudad con su territorio. Si aparecen en la sagrada Historia moabitas, amonitas, y todas aquellas gentes que se estinguieron con el establecimiento de los israelitas en sus tierras; tambien se advierte con qué naciones se mezclaron, quedando esterminadas por haber entrado á confundirse con los estrangeros.

De todos los paises que van saliendo al teatro de la Historia se pone al fin de cada tomo su situacion geográfica, nombrando los estados que tenian al rededor por limítrofes; y no siendo posible dilatarse en este particular ni en el de la cronología, se señalan los años en que acontecieron los sucesos mas notables.

Muchas obritas se han escrito con el título de *Elementos de la Historia*, y todas generalmente son de una leccion seca y desabrida; porque no señalando los motivos que dieron orígen á los hechos, se resbalan estos al punto de la memoria. En este Compendio se señalan las causas que influyeron en los hechos que se refieren; y este mismo enlace de los efectos con sus causas da un cierto órden que ayuda á la memoria; y así

me parece que no podrá hallarse mejor método para instruirse en la Historia general del mundo que el que observa esta pintura histórica.

Me ha parecido disponer este prólogo dejando el del Autor; porque cuanto dice en él interesa á solo sus paisanos, y habla únicamente de los trabajos que afligian su espíritu al mismo tiempo que se ocupaba en perfeccionar esta obra. Tambien he juzgado conveniente dar principio á la Historia desde el momento en que el hombre fue criado y colocado en el paraiso terrenal, formando separadamente una introduccion de las primeras páginas del original, en las que se habla de las diferentes sentencias de los filósofos gentiles, mejor diré de los estravíos del entendimiento humano, acerca del principio del mundo. Era razon refutar unos modos de pensar precipitados y contradictorios en sí mismos.

INTRODUCCION.

Aunque el redactor de la Historia Universal empieza esta obra refiriendo las varias opiniones en que acerca del principio del mundo se dividieron los hombres destituidos del auxilio de la revelacion, y del de las historias que á nosotros nos informan de los varios estados y de la actual situacion de las naciones, me ha parecido necesario colocar primero en esta introduccion los modos de pensar que se proporcionaban con la rústica filosofía de los primeros que empezaron á discurrir, dejando para la historia los verdaderos sucesos.

Desde que los hombres comenzaron á reflexionar sin el apoyo de la tradicion sobre el principio de su existencia, dejaron correr su imaginacion por todo cuanto esta les ofrecia, y eligieron á su placer unos sistemas fundados en suposiciones voluntarias, y tal vez los puros nombres se tomaban como cosa real; y á la verdad, si los que ahora pretenden discurrir, prescindiendo de la idea de un Ser supremo, dan en tantos estravíos, ¿qué habia de suceder á unos hombres que en aquellos tiempos rudos carecian de los auxilios necesarios para pensar dignamente?

Oigamos á los fenicios. Decian estos que el principio del mundo habia sido un aire opaco, lleno de un espíritu impetuoso, al que llamaron caos: idea confusísima y contradictoria; porque si este espíritu tenia energía suficiente para dar el órden que se observa en todos los entes, obraba como causa necesaria, y por consiguiente al mismo tiempo hubo caos, y no le hubo. No le hubo, porque la causa

necesaria no pudo detener su efecto, y así siempre debiera haber habido órden, y nunca confusion.

Los egipcios pensaron que el movimiento fue el que dió el ser á todas las cosas, separando las partes ígneas del caos para hacer el sol, y dejando abajo las partes térreas y fangosas para ser tierra y agua. La rudeza de esta filosofía consiste en señalar partes de diferente calidad, sin señalar quien las crió, y en que no habiendo causa inteligente que gobernase su movimiento, es imposible idear que se formase un sol tan perfecto y tan proporcionado para los fines á que le destinaba la imaginacion de estos hombres. Con el menor conocimiento de la anatomía es incompatible la idea de que una fermentacion confusa, cual sería la que produce el calor del sol, dispusiese los primores que se ven en la máquina de un viviente, en la que nada falta ni sobra, y así toda su disposicion publica que hay una causa inteligente, un Supremo geómetra que arregla los efectos de la fermentacion para que salgan las generaciones de tantas especies, segun la disposicion y reglas trazadas por esta causa inteligente. Por esta reflexion dijeron los caldeos y los babilonios, que Belo habia destruído los monstruos que produjo la tierra, y dado la perfeccion al sol, á la luna y á los demas planetas para que naciesen los hombres. De este modo tuvieron que recurrir á alguna primera causa, que con soberano entendimiento hizo el plan del órden del universo.

El primer teólogo natural, que en las tinieblas del paganismo formó algun concepto digno de la magestad del Criador, fue Orfeo. Este dice que un Ser, al que llama consejo, luz, y fuente de la

vida, *crió el éter; y que este Ser es invisible, incomprensible, y criador de todo. ¡Quién dijera que este filósofo, que llegó á concebir tan nobles y magestuosas ideas, se habia de achicar tanto, digámoslo así, que llegase á suponer que hubo un huevo hijo del acaso, del cual salieron las generaciones! Pero si el acaso no es sustancia, como todos saben, ¿qué razon tendria para llamarle padre?*

Hesiodo coloca este huevo en el seno del caos, y saca de él el amor benéfico con sus alas doradas; pero tan impetuoso como los huracanes. De este amor y del caos dice que salieron los hombres y los animales.

Anaxîmenes y Anaxîmandro suponen que la generacion y la corrupcion provienen de un movimiento circular impreso ab æterno *en la materia. Estos dicen un imposible; porque si el movimiento se imprimió en la materia, suponen haber sido primero la materia, y despues el movimiento, y no puede entenderse que uno y otro fueron* ab æterno; *porque antes y despues son ideas incompatibles con la eternidad. Tampoco debe decirse para salir de la dificultad, que el movimiento es esencial á la materia; porque esta por sí es inerte, y carece de movimiento si no se le imprimen.*

Conocieron la fuerza de este argumento Anaxâgoras y Diógenes de Apolonia, sus discípulos, y para corregir á sus maestros admitieron un primer Ser inteligente, que fue el que imprimió el movimiento á la materia; pero como no dijeron de dónde vino esta materia, ni cuándo se la dió el movimiento que no tenia, dejaron á los hombres en la misma ignorancia.

Salieron Leucipo, Epicuro y Demócrito con sus

átomos ó partículas de materia. El primero les dió un movimientó casual sin direccion determinada: el segundo les dió un movimiento oblícuo; y el tercero suponia que estaban animados; pero sino señalan algun otro principio que arregle el movimiento de los átomos para sus fines, es imposible dar razon del órden del universo con una filosofía tan ruda. Descartes y Gasendo ponen estos átomos en las manos de Dios, y conformándose en este punto discrepan en otro; porque el primero dice que se mueven en el espacio vacío: el segundo supone que no hay otro espacio que los cuerpos; mas como estos son impenetrables, no se sale fácilmente de esta dificultad, que tambien conoció Lucrecio cuando dijo: Si todo está lleno, estarán los átomos tan apretados entre sí, que será imposible que se muevan. Dirá Descartes que para esto sirve su materia sutil; pero si es corpórea, y por consiguiente impenetrable cada partícula que la compone, nada remedia para el movimiento.

Zenon y los Estóicos ponen dos principios, ambos corpóreos, y son la materia y el espíritu: del primero dicen que es pasivo, y del segundo que es activo; pero suponiendo que así la materia como el espíritu sean cuerpos, no se puede menos de conocer que uno y otro son materia: ¿y de dónde le viene á la materia ser activa, siendo por esencia inerte ó sin movimiento? Luego un espíritu activo, y al mismo tiempo corpóreo, es idea contradictoria; pero á pesar de su contradiccion es hoy el fundamento del materialismo y del ateismo, cuyos protectores no reparan en contradicciones ni en imposibles, porque solo intentan hacer gente.

Otros filósofos, considerando que á vista de

un mundo en donde campean el órden y los primores no puede menos de ofrecerse la existencia de un Dios benéfico que le hizo; y viendo por otra parte la limitada perfeccion de cada criatura, la cual proviene de que tiene de Dios la perfeccion que él la quiso dar, y de suyo la imperfeccion que proviene de la nada; formaron la idea de dos principios contrarios, y dijeron que uno era bueno y otro malo. De este modo para ellos la nada fue una idea positiva siendo negativa; y como siempre una quimera cuando se aprende como cosa real es una fuente inagotable de conceptos quiméricos, fueron infinitos los que salieron de este estravío de la imaginacion, y aun los abrazaron algunos cristianos hereges, como fueron los Maniqueos, Marcionitas, &c.

Todos los filósofos que suponen materia existente en el caos debian pensar y pensaban que existiendo por sí misma, el mundo que de ella se formó es ab æterno; *pero todo contradice á esta idea de un mundo eterno; porque todo en él está escrito con el carácter de la novedad. Si el mundo hubiera sido* ab æterno, *no pudiera señalarse el tiempo en que se han inventado las artes y se han hallado los descubrimientos de las ciencias; porque suponiendo que ha pasado tiempo infinito y entendimientos infinitos, no habria ya nuevas invenciones, porque no puede producirse en tiempo limitado y en cierto número de discursos lo que no se inventó en tiempo infinito. Lucrecio, con ser impío, conoció la fuerza de este argumento, y le hizo valer en su imperfecta física. Naciones enteras han creido siempre, tal vez por la tradicion derivada de sus mayores, que el mundo salió del seno de la*

nada con el poder y querer de Dios. Así pensaban los etrurios ó antiguos toscanos, los gaulas y sus druidas, los antiguos persas, los indios con sus filósofos, magos y bracmanes. Así lo creen tambien los chinos y japones, y muchos pueblos de la América, como diremos en su propio lugar. De las sentencias que quedan impugnadas se verifica que no hay disparate tan grande que no le haya dicho algun filósofo.

Las teorías modernas, como la de Buffon con su cometa, que tropezando en el sol hizo correr hasta la distancia en donde está la tierra un arroyo del material que la compone; y el sistema de Descartes, en que maneja sus turbillones á su modo, son fanfarronadas del entendimiento humano, que solamente nos dejan la lástima de ver hombres de tan vasta capacidad empleados en especulaciones inútiles, con las que nunca llegarán á descubrir lo que pretenden. El plan de las disposiciones con que el mundo se formó en la creacion y sus primeras materias son incomprensibles: su arreglo está en las manos de un Dios que tambien es incomprensible; y cuanto mas cerca quiere llegar el limitado ingenio del hombre, halla mayores tinieblas.

Del espíritu y soplo divino que anima al hombre, y es lo que llamamos alma racional: de este espíritu que recorre los movimientos de los astros, conoce las combinaciones, y se atreve á señalar el influjo de los cuerpos entre sí para que sean tan arregladas sus carreras: de esta alma, que de los objetos que ve en el mundo material y visible forma con sus ideas otro mundo espiritualizado, entraron en muchas disputas los filósofos. Preguntaban unos si Dios habia criado todas las almas á

un mismo tiempo; y antes de resolver esta cuestion volvian á preguntar (tomando por concedido un supuesto falso): ¿y qué hacian tantos espíritus ociosos antes de animar el cuerpo que correspondia á cada uno? porque Pitágoras dijo, que solamente habia las almas correspondientes al número de hombres que habian de existir ó vivir á un mismo tiempo, y que estas mismas almas pasaban de los cuerpos que morian á los que nacian de nuevo. Por este medio de la transmigracion de las almas de unos cuerpos á otros le pareció que arreglaba la parte moral, afirmando que las almas que habian vivido mal en los cuerpos anteriores, pagaban sus delitos con las miserias que padecian sucesivamente en otros cuerpos. No hablaré de los que ahora se meten á filosofar entre nosotros, pretendiendo debilitar la autoridad de la revelacion, por qué unos hombres son blancos, y otros negros. Poco saben del influjo poderoso que tiene el clima en los colores y en las facciones no solo en los hombres, sino tambien en los animales. Los hijos de los portugueses, que se establecieron en Africa en las primeras conquistas, han adquirido ya casi el mismo color y la configuracion de los etíopes. Las ovejas trasladadas á la América ya parecen animales de otra especie en la figura y en la lana, como se puede ver en Buffon.

Dejando toda disputa sobre lo que puede saberse con sola la razon natural, y suponiendo que el plan de la creacion revelado á Moisés, escritor del Génesis, dispuesto y egecutado por la sabiduría y poder de Dios, aun mirado á las luces de la razon es el mas racional, y tan magnífico, que los mismos sabios de la gentilidad le tuvieron cuando

llegó á su noticia por el mas lleno de magestad, tanto que Longino admiró la descripcion que hace la Escritura de la creacion del mundo como un modelo de lo sublime en punto de elocuencia, en el que se habla de Dios con las espresiones mas dignas de la omnipotencia del Ser supremo; daremos principio á la Historia Universal *partiendo desde el punto de la creacion como lo refiere Moisés.*

Creacion del mundo y del hombre.

Despues de haber Dios criado el mundo, cuyo menor átomo bastará siempre para humillar y confundir á la sabiduria y poder de todos los siglos; quiso continuar sirviendose de su omnipotencia: y del limo de la tierra formó al hombre, criatura mucho mas maravillosa, con la incomparable excelencia de ser hecho á imagen y semejanza del mismo Dios, que además le constituyó Señor y Soberano de todo lo criado.

T. L. Vaquid.s de ag. fic.

F. Suria cond.

COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

Las primeras noticias de la Historia universal se toman de la sagrada en estos términos: En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y dijo Dios: Tenga ser la luz; y al punto existió la luz. Estendió el firmamento, separó las aguas superiores de las inferiores: ordenó que apareciese el árido elemento, y le llamó tierra: al conjunto de las aguas dió el nombre de mar. Produzca la tierra, añadió, árboles y frutos, y cúbrase toda del verdor de las yerbas. Caliente é ilumine el sol á la tierra y presida al dia. Destierre la luna la obscuridad de la noche. Llénese el mar de pescados, y el aire de aves: pueblen las fieras los bosques, y los reptiles arrastren por la tierra &c. Por último dijo Dios;

Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: le impuso este nombre Adan, que en hebreo significa hombre, y le formó una compañera, á la que el mismo Adan llamó Eva, como que fue la primera madre de todo el género humano.

La primera habitacion del hombre fue el paraiso terrenal que Dios le habia prevenido: el sitio de este jardin no puede saberse hoy; y aunque muchos buscan los vestigios, pudieran considerar que debieron quedar todos borrados con el universal diluvio; pero son los hombres tan hábiles en justificar sus ilusiones, que unos le ponen en Asia, y otros en Europa, en Africa y aun en la América, en los parages mas acomodados á las preocupaciones de su imaginacion.

Entraron, pues, nuestros primeros padres en el paraiso terrenal bajo esta condicion que Dios les impuso: "Comed de todas las frutas de esos árboles; mas no comais del árbol de la ciencia del bien y del mal, pues al punto que comais de él morireis." Las consecuencias de esta amenaza y en qué sentido debia entenderse, las describe el mismo Moisés diciendo: que el fruto era hermoso, que Eva le deseó, y el temor de morir la detenia; pero la astuta serpiente la alentó á que la comiese: la comió pues, y dando á comer de esta fruta á su marido, en el mismo instante se abrieron sus ojos, y advirtieron que estaban desnudos: se cubrieron con hojas, y se escondieron de vergüenza. Los llama Dios, les da en rostro con su pecado, y los reprende por haber creido que aquella fruta los haria semejantes al Eterno. Pretenden disculparse; y Dios hablando con severidad maldijo á la serpiente, y condenó á la muger á vivir

sujeta á su marido y á parir los hijos con dolor. Al hombre le condenó á labrar con mucho trabajo la tierra, y á sacar de ella con dificultad su alimento. *Comerás*, le dijo, *tu pan con el sudor de tu rostro hasta que vuelvas á la tierra, de la cual te sacaron: porque eres polvo, y has de volver al polvo.* Dada esta sentencia, los arrojó del paraiso, y puso querubines que con espadas de fuego prohibian la entrada para que no se acercasen Adan y Eva.

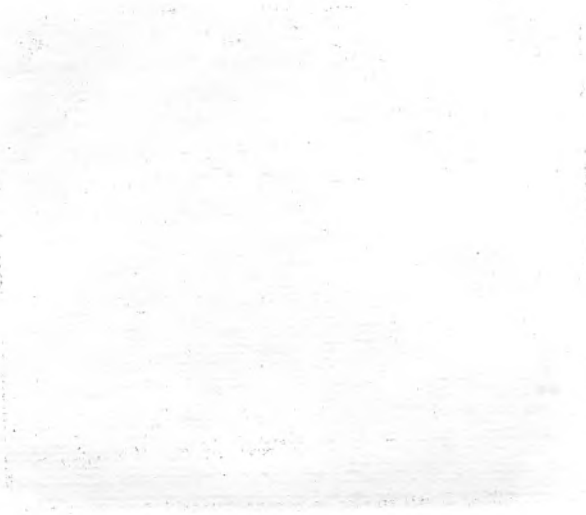
Sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal omito aquí muchas cuestiones inútiles; porque en estos puntos maravillosos solamente los resultados son los que pueden traer algun provecho. Bástanos saber que el primer hombre pecó, que fue castigado en su persona y en toda su posteridad, y que su culpa es la causa de las desgracias de todo el género humano.

Los hombres anteriores al diluvio vivian, segun la cronología de la Escritura, ochocientos y aun mil años, y por ser de vida tan larga pudo conservarse muy bien la tradicion de padres á hijos en los dos mil y doscientos años que pasaron entre la creacion y el diluvio. Esta tradicion llegó de patriarca en patriarca á Noe: este transmitió la noticia de los sucesos antediluvianos á sus descendientes: de estos la recibió Moisés, y la perpetuó en su familia, y por último nos la conservó Dios por medio de su siervo. Este nos hace la pintura de la pena mas amarga que pudo afligir á un padre y á una madre. Entre otros hijos que tuvieron Adan y Eva, nos ha quedado la fama de dos de ellos: Cain era de carácter funesto, envidioso y malo; Abel era benigno é inclinado á la virtud. El primero siguió la agricultura, el se-

gundo la profesion de pastor. Las bendiciones que el segundo recibia, no solo de Dios, por su virtud, sino de sus padres por sus amables propiedades, llenaron á Cain de amargura; y añadiendo á la envidia la traicion, convidó á su hermano al campo, y le quitó la vida.

Aquí se introduce Dios diciendo directamente á Cain; *¿En dónde está tu hermano?* y él responde sin atencion: *¿Acaso soy yo guarda de mi hermano? En castigo pues de tu delito*, dijo el Eterno, *andarás errante y fugitivo sobre la tierra.* Esta idea de andar perpetuamente errante, espuesto al resentimiento de los descendientes de los demas hermanos suyos, asustó al malvado. *¿Me quitarán la vida?* dijo. *No*, le respondió el Señor, *porque yo he puesto una señal que impedirá á los que te conozcan darte la muerte.* Sobre cuál era esta señal alargan aquí los comentadores con sus pareceres la narrativa simple, sencilla y penetrante de Moisés, el cual en pocas palabras refiere el principio de muchas artes y costumbres, nombrando sus inventores. Lamec, hijo de Cain, fue el primer egemplar de la poligamia. Cain, antes que otro, edificó una ciudad: uno de sus nietos levantó tiendas de campaña, y al rededor de ellas fue juntando ganados. Tubal inventó la música: Tubal-Cain el arte de forjar el hierro y fundir los metales: á su hermana llamada Noema se la debe el hilado y el tegido de las telas.

Sin duda la idolatría empezó mucho despues, y es necesario retirarla de los principios, y por todo aquel tiempo en que la memoria de la unidad de Dios estaba aun fresca entre los hombres. Puede ser que pasada esta tuviese su principio en el



Diluvio universal.

Llegaron á tal punto las maldades de los hombres, que exigieron de la divina justicia su castigo. Luego que Noé y su familia, con los animales que Dios le había señalado, entraron en el arca que había construido por orden de Dios, sobrevino el diluvio en que, subiendo las aguas quince codos sobre los mas altos montes, perecieron todos los hombres y animales que no estaban en el arca.

T. L. Yenguas de ag fic. J. Rico cond.

respeto y reconocimiento para con los bienhechores de la humanidad, los perseguidores de los monstruos, ó los inventores de las artes; porque estos sentimientos inclinan fácilmente á la adoracion. Tambien pudo la contemplacion de los astros y la admiracion que inspiran ser capaz de arrebatar hácia estos objetos el culto religioso. Su curso y sus revoluciones fueron observadas antes del diluvio. Ya dicen que se habian entonces notado sus periodos en dos columnas, una de piedra, otra de ladrillo, para que la primera resistiese al agua, y la segunda al fuego, que son los dos elementos que sucesivamente habian de destruir el género humano, segun la prediccion de Adan conservada por tradicion. El Historiador Josefo dice que todavía existia en su tiempo la columna de piedra.

No nos dice la Escritura que tuviese hijos Abel; pero reconoce una numerosa posteridad de Set, cuyo nacimiento consoló á Eva de la muerte de Abel. Por mucho tiempo estuvieron los descendientes de Set, como píos y prudentes, separados de los descendientes de Cain; mas al fin se unieron con alianzas matrimoniales, y contrajeron los vicios de los cainitas mas presto que les comunicaron sus virtudes. Los halló Dios á todos confundidos en el delito, y resolvió destruir tan perversa estirpe.

Solamente un justo descendiente de Set, llamado Noe, escapó de la corrupcion general, y mereció que Dios le exentase de la proscripcion con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, y las esposas de estos. Le mandó Dios que construyese una arca, ó una especie de navío capaz de contener A. del M. 1656. A de J C. 2344.

animales de todas las especies, y encerrarlos consigo en el arca. Despues que entraron abrió Dios, segun espresion de la Escritura, las cataratas de los cielos, llamó las aguas de los abismos, y cubrieron toda la tierra muchos codos por encima de las mas altas montañas. Durante la inundacion todos perecieron, á escepcion de los que se conservaron en el arca. Salió de ella Noe cuando ya la tierra se habia secado. El aspecto de asolacion en que se veia la tierra que antes estaba tan risueña, los espantosos vestigios de los arroyos y barrancos, y el silencio de tan vasta soledad, debieron despertar muy tristes reflexiones en Noe y en su familia. Se arrojaron confiados en los brazos de la Providencia, que es el refugio mas seguro de los infelices, y erigieron en el monte Ararat, en donde habian desembarcado, un altar en el que Noe ofreció al Señor holocausto de los animales no reputados por inmundos.

Se agradó Dios de su humilde sumision, y aceptando el sacrificio dijo: "Multiplicaos y llenad la tierra; tiemblen todos los animales á vuestra presencia; alimentaos de todo cuanto tiene vida y movimiento; todo el que derrame la sangre humana será castigado con la efusion de la suya. Eterna alianza hago con vosotros: ya no habrá otro diluvio; y doy por señal ese arco que se presenta en el cielo." Este arco es un efecto natural de la refraccion de los rayos del sol en las nubes opuestas; pero este efecto escogió Dios para asegurar á los hombres, que por otra parte se asustarian con la erupcion de las aguas, de que no habria otro diluvio sobre la tierra.

Cultivó Noe la tierra, plantó una viña, y fue

el primero que esperimentó los efectos muchas veces nocivos de su fruto. Vió Cam á su padre Noe en un estado indecente; y este Cam, padre de Canaan, hizo burla de él: pero Sem y Jafet cubrieron con el mayor respeto la desnudez de su padre con una capa. Recobrando el anciano su buen juicio, y sabiendo lo que habia pasado, dijo con indignacion profética: "Señor, bendecid á Sem, y que Canaan sea su esclavo: multiplicad la posteridad de Jafet, haced que habite en sus tiendas de campaña, y que le sirva Canaan."

Murió Noe trescientos y cincuenta años despues del diluvio, cerca del monte Ararat, en donde se dice que le dieron sepultura. Otros refieren que abandonó á los tres hijos que le nacieron antes del diluvio, y que fue con los que nacieron despues á la China, cuyos habitadores creen que son los pueblos mas antiguos del mundo. Ya aquí no habla la Escritura. Se ha procurado seguir la marcha progresiva de los tres hijos de Noe y de sus establecimientos; pero la crítica que preside á estas investigaciones no es luminosa ni segura, y de un caos inmenso de erudicion solo se sacan algunos hechos muy confusos.

La verdadera religion, que consistia en el culto de un solo Dios, se conservó por mucho tiempo en los descendientes de Sem. Cam es á quien culpan de haber echado los primeros cimientos de la idolatría, y de haber inventado la magia, como tambien de que fue hombre desarreglado, incestuoso y cruel. El que mas se distinguió entre sus descendientes fue Nemrod, que edificó grandes ciudades: este se cree haber sido el primer rey, y á quien llama el testo *gran cazador delante del Se-*

ñor. La caza era entonces una ocupacion estimada, y merecia el agradecimiento de los hombres, por que limpiaba la tierra de animales perniciosos.

En la familia de Sem se perpetuó la patriarcal, y aun de su hijo Heber tomaron los hebreos el nombre. En tiempo de sus hijos empezaron los hombres á edificar templos, y á tributar honores divinos á diferentes gefes de las naciones. Taré, padre de Abraham, se ocupaba en hacer estatuas. Esto, poco mas ó menos, es lo que se puede sacar de la Historia sagrada por espacio de mil y setenta y ocho años desde el diluvio hasta la vocacion de Abraham.

La empresa de la torre de Babel se puede considerar como capítulo principal de este libro, tanto por el hecho considerado en sí mismo, como por sus consecuencias, que consisten en la separacion de las naciones, y su dispersion por toda la tierra. Como cuatrocientos años despues del diluvio, y unos cincuenta de la muerte de Noe, sus hijos, que se multiplicaron cerca del monte Ararat, en la llanura de Sennar, estendiendose por las riberas del Eufrates y el Tigris, advirtieron que aquel pais no era suficiente para todos, y que pronto les sería preciso separarse. Resolvieron pues levantar una alta torre que les sirviese de punto de reunion, si alguna vez pretendian juntarse. Aunque no es reprensible este motivo, lo es el sentimiento de vanidad que le acompañaba espresado con estas palabras: *Edifiquemos una ciudad y una torre cuya altura llegue al cielo.* Como si dando el modelo á los Titantes de la fábula, se hubieran propuesto atacar á Dios en su mismo trono.

Se aplicaron con ardor al trabajo. Emplea-

ron tres años en los preparativos, los que principalmente consistian en ladrillos de pie y medio de espesor, y en grandes montones de cañas, las cuales mezcladas con el betun que se saca de los lagos vecinos, sirven de mezcla en aquellos paises, como entre nosotros la cal. Dicen que se formó el edificio de ocho torres cuadradas, dispuestas una sobre otra, disminuyendo cada una en proporcion, segun se iban elevando. La subida se dispuso por fuera de una rambla suave que facilitase llevar los materiales. Unos dicen que cuando ya se habian elevado á una legua, otros que á dos, advirtieron los obreros que ya no se entendian, y que cada uno hablaba diferente lengua de la de su vecino. Este fue un milagro con que Dios castigaba sus soberbias pretensiones; y así no hallaron mejor partido que el de abandonar la obra. A algunos viageros les ha parecido que todavía se conocian los restos de la torre. Se juntaron entre sí los que se entendian en una misma lengua, y de este modo se formaron las poblaciones que sucesivamente han cubierto la superficie de la tierra.

PRIMERAS EDADES DESPUES DEL DILUVIO.

De este hecho de la confusion de las lenguas, segun se refiere en el Génesis, se saca por lo menos esta consecuencia reconocida por la razon: que deben á Dios su orígen. Todos sabemos cuán dificil es aprenderlas, y con mas fuerte razon lo sería el formarlas. Por esperiencia se ve que hay en ellas sílabas de imposible pronunciacion para los que no se han acostumbrado desde la infancia. Las primeras lenguas fueron sin duda muy sencillas, por es-

tar reducidas á la espresion de los conocimientos, que entonces eran muy pocos. Las artes, las ciencias y otras mil causas han ido haciendo sucesivamente descubrimientos que han enriquecido el lenguage. "Tres causas, dice Escalígero, contribuyeron al principio para formar, y despues para perfeccionar el lenguage. Estas fueron la necesidad, los usos, y el deseo de agradar. La necesidad produjo un conjunto de palabras de imperfecta conexion: el uso las hizo mas espresivas multiplicandolas; y al deseo de agradar se debió despues aquel contorno y feliz conjunto de las palabras que dan á la frase gracia y elegancia."

La escritura fue muy posterior á las palabras. A mí me parece que pudo practicarse antes del diluvio, pues suponiendo que habia ya grandes imperios, y por consiguiente gobierno y policía, no podrian sostenerse sin algunas señales que pudiesen con seguridad y secreto comunicar á grande distancia las intenciones del gefe. Estas señales, sean las que fuesen, es lo que aquí llamo escritura. La mas antigua parece ser la geroglífica, que es la que pinta las cosas, y así es de mas fácil invencion. La que nosotros usámos pinta las palabras, y así es el esfuerzo mas admirable del entendimiento humano; pero se pudo inventar y perfeccionar á fuerza de tiempo, cuidados y combinaciones; y así no es menester recurrir como algunos al milagro.

Es natural la dispersion de los pueblos cuando no caben en un pais: pues el verse estrechados en él, y advirtiendo que en otra tierra mas distante vivirán con mas comodidad, se trasladan á ella, y van progresivamente poblando. Algunos calculadores han computado el número de los hom-

bres que existian en el tiempo de la dispersion, contando con la proporcion de la vida de los hombres por entonces; y concluyen que serian mas de doscientos y cuarenta mil. En cuanto á las artes no dudo que les enseñó Noe las que se egercitaban antes del diluvio; pues á lo menos existia la de forjar el hierro, fundir otros metales, y trabajar la madera: porque sin estas artes no hubiera construido el arca; y así los hijos de Noe no tuvieron el trabajo de inventar, el cual, si la casualidad no se mezcla, es mas que el de perfeccionar.

El comercio se estableceria fácilmente, porque hay géneros supérfluos que faltan á los vecinos, y así se cambian con ellos las cosas que sobran; y si estos mútuamente se igualan, se lleva á mayor distancia lo que resta. Se recorren los paises, y se atraviesan los mares. En lugar de lo que pudiera servir de embarazo ó de muy dificil salida, se reciben los metales, y para asegurarse con buen título, se desea que se vea en ellos impresa la imágen del príncipe, ó alguna otra señal característica de que el estado afianza aquel contrato. De aquí vino el uso de la moneda. Si sucede que aquel á quien se ha fiado la mercaduría no tiene estos metales, promete entregarlos á tal tiempo determinado: de aquí han venido las letras de cambio, y otras obligaciones que sin duda han aumentado mucho el comercio; pero le han quitado grande parte de su primera franqueza y seguridad. Por último, la conformidad de caractéres y costumbres, la identidad de religion, y aun las mismas plagas, la guerra, el hambre, las inundaciones, y el ascendente de un hombre mas fuerte y va-

leroso, que llegó á dominar á los otros, todo debió concurrir á la formacion de los Imperios, de cuya historia general damos el compendio al público empezando por los

EGIPCIOS.

Aunque los egipcios no sean el pueblo mas antiguo, ya ha prevalecido la costumbre de darles el primer lugar en la historia, sin duda porque de estos tenemos las noticias mas antiguas y de mayor estension. Su pais, habitacion del discurso y al mismo tiempo de la mas absurda superstición, tiene doscientas leguas de largo y treinta de ancho: por su longitud le riega, le divide y le fecunda el Nilo: su division es la de alto, medio, y bajo Egipto.

La primera parte, que es la mas cercana á las cataratas, se vió en otro tiempo hermoseada con muchas soberbias ciudades, magestuosos templos, palacios, sepulcros y obeliscos: se distinguia sobre todo la famosa Tebas, celebrada por su asombrosa poblacion, riquezas y edificios. Por cada una de sus cien puertas dicen que podia sacar doscientos carros y diez mil hombres, y casi lo hacen creible los restos que han quedado en sus ruinas. Menfis, que está en el Egipto medio, aunque no igualaba á Tebas, todavía presenta á los viageros las mas admirables ruinas. Cerca de esta ciudad se levantaron los monumentos gigantescos llamados los pirámides, y se ven los vestigios del lago Mœris, hecho por manos de hombres, y de tanta estension que la imaginacion se pasma. Se cree que la parte baja de Egipto, llamada Delta

por su figura de la letra griega de este nombre, fue formada por el Nilo, el que trayendo mucho cieno llegó á levantar aquel terreno. Si la faltan las obras del arte, se ve ricamente hermoseada con los regalos de la naturaleza, y dotada de una fecundidad inalterable. Debe advertirse que esta fecundidad de Delta es independiente de las crecientes del Nilo: la debe á la bondad de su suelo, y nunca falta, aun cuando las aguas de este rio bajen tanto que ocasionen la miseria en otras partes de Egipto.

El Nilo, originario de Etiopia, al que engruesan las lluvias que en ella caen durante los meses de Abril y Mayo, se descarga en Egipto por siete cataratas, cuyo aspecto y ruido estremecen á los curiosos que se acercan; pero los habitadores de una y otra ribera, familiarizados con el riesgo, siempre han dado y todavía dan á los viageros un espectáculo de intrepidez que los asusta. Se les ve suspensos en lo mas alto del rio, y que precipitandose por entre las rocas, dirigen sus frágiles navecillas por entre las ollas espumosas que hace el rio, cubiertas de perpetua niebla; y cuando ya se piensa que los ha tragado el agua, vuelven á presentarse á distancia bogando tranquilamente en el mismo rio, que ya corre con tanta calma como si fuera un canal. Sus aguas se van lentamente esparciendo por las tierras que sucesivamente van cubriendo, y así llegan á los campos mas distantes por los diferentes medios que la necesidad y la práctica de nivelacion han enseñado á los egipcios. Por cuatro meses estan como estancadas estas aguas; y para que no corran con demasiada rapidez antes de haber dejado su fecun-

do limo, sopla en estos cuatro meses un viento del mar Mediterráneo que las va deteniendo.

En el tiempo de la inundacion colocandose el hombre en algun lugar elevado, como lo son las pirámides, descubre como un vasto mar, en el que se levantan muchas poblaciones, que parecen montones de islas unidas entre sí con varias calzadas fabricadas para comodidad de sus habitadores. Estan como sembradas de pequeños bosques, en que no se ve mas que la cima; pero en estos mismos parages en donde todavía á los principios de Octubre bogan embarcaciones de toda especie, en enjugandose la tierra por Diciembre y Enero, se ven saltando los ganados en una inmensa pradera esmaltada de flores, cortada con alamedas fragantes, y poblada de diferentes árboles, de los cuales unos prometen y otros dan ya las mas deliciosas frutas.

La actividad del cultivador anima tambien esta pintura. El trabajo del labrador es muy suave: no hace mas que arañar la tierra cuando esta se consolida, mezclando un poco de arena, y con esto le da las mas abundantes cosechas. La preocupacion ha estendido la propiedad fecunda del Nilo aun á las mugeres y á las hembras de los animales: es verdad que se multiplican allí prodigiosamente los animales, y que las egipcias pueden llegar á ser madres á los nueve ó diez años de su edad; pero esto lo deben no tanto al agua del Nilo, cuanto á la salubridad del aire, y á la benignidad del temple de aquel clima, por la frescura de las aguas y el viento constante de nordeste, que allí es blando, aunque viven bajo los ardores de un sol que debiera abrasarlos.

El Nilo necesita crecer como á treinta pies de elevacion para dar cosechas abundantes; cuando es mas ó menos con demasía, causa la esterilidad y la miseria. La importancia de las grandes cosechas es la que fija la atencion inquieta sobre el incremento del rio; y para asegurarse inventaron mil medios, entre los cuales se mezcló la supersticion; porque arrojaban una doncella jóven á las aguas cuando empezaban á hincharse para que el rio les fuese favorable; pero despues se contentaron con precipitar una estátua. Todavía en la creciente del Nilo es actualmente en Egipto la noticia y novedad del dia la que, segun el grado á que sube, causa sentimientos ó fiestas.

Los animales particulares de Egipto son el hipopotamo, ó caballo de rio, animal indómito, feroz, y fácil á irritarse. El cocodrilo, monstruo anfibio y voraz, es semejante á un lagarto; pero los hay de treinta y mas pies de largo. El icneumon, especie de rata, que purga la tierra de reptiles y otros insectos que se engendran del cieno pasada la inundacion. Tambien es un enemigo muy temido del cocodrilo, le rompe los huevos, y mientras duerme se le entra esta ratilla por la boca y le roe las entrañas. Los animales domésticos, bueyes, cabras, ovejas se crian y multiplican maravillosamente, y el carnero de este pais es de esquisito gusto. Tambien hay camaleones, micos, camellos y gamos.

Entre las aves que se hallan bajo aquel hermoso cielo, se distinguen el águila y el halcon. En los corrales se crian la pintada y toda suerte de aves. De las márgenes del rio y de los estanques que forma se levantan el pelícano, la gallina ciega y grandes nubes de alabancos y otras aves de agua. Allí es

abundante el pescado, y es el principal alimento del pueblo. El avestruz va á Egipto saliendo de los arenales que le rodean: la ibis, ave en otro tiempo adorada, y actualmente muy respetada, se mantiene á la entrada del desierto como en una frontera fiada á su guardia, y allí devora las serpientes que vienen de la Libia.

A escepcion de los árboles frutales, toda otra madera es muy rara. Entre los primeros el mas comun es la palma de los dátiles, y entre los últimos algunos cedros, y otro árbol armado de espinas, que se cree ser la acacia, propia para la construccion de sus barcos. La naturaleza ya que dió poca madera á Egipto, le repartió otros muchos beneficios: el lino, que siempre ha sido muy estimado; el papiro, del que se servian los antiguos como ahora del papel; diferentes materias para hacer vestidos, utensilios y medicamentos, y aun algunas, cuya médula es alimento, como sucede con el loto ó lis de estanque. Se dan tambien plantas aromáticas que sirven á las mugeres para sus perfumes, y aun los que han comido los frutos, legumbres y vegetales de Egipto no se admiran de que los israelitas los echasen menos en el desierto.

Hablemos de las pirámides de Egipto, que se cuentan con razon entre las maravillas del mundo. Las tres principales existen mas ha de tres mil años cerca del sitio en que estaba la antigua Menfis, en donde actualmente está el gran Cayro. La palabra pirámide, el nombre de los arquitectos, el término fijo de la basa, y de qué modo se egecutó su arquitectura, dan materia á prolijas y eruditas disertaciones que nada nos enseñan. Tampoco se sabe el fin y objeto de la obra: solo puede conjeturarse que

fueron destinadas para sepulcros que á tanta costa se levantaron. Este fin no es indigno del modo de pensar de los egipcios que miraban como una cosa de la mayor importancia la conservacion de los cuerpos de sus mayores: aun se hallan cadáveres llamados momias, muy enteros entre fajas aromáticas, que sin duda tienen muchos siglos.

La pirámide mas bella está colocada en una roca de cien pies de elevacion, y en un llano muy igual. Esta es un cuadro perfecto, y cada uno de sus lados corresponde á uno de los cuatro puntos del mundo, señalando exactamente el meridiano. Su basa es de casi setecientos pies, su elevacion de quinientos, y va siempre disminuyendo hasta la plataforma que es de diez y seis pies cuadrados, y se compone de nueve piezas. Se sube hasta toda su altura, aunque con dificultad, por planos esteriores de piedras, que en cada ciento se van estrechando como tres pies. Habiendo entrado por un pasillo, construido hácia el medio, se hallan galerías y subidas, cuyas paredes son de piedra brillante y de fino pulimento: en la pieza ó sala principal, revestida de hermoso mármol, hay un sepulcro de pórfido, donde por ninguna parte penetra la claridad. Si no halla repugnancia el lector, crea que para edificarla se emplearon trescientos sesenta mil hombres por veinte años, y que solo en ajos, rábanos y cebollas para mantener los obreros, se gastaron mas de diez millones.

El laberinto, que era un edificio aun mas pasmoso, cerca del lago de Mœris, con una soberbia decoracion esterior, contenia tres mil piezas, vestíbulos, gabinetes y salas, una de las cuáles era de cincuenta pies de alto, mil y quinientas en el pri-

mer piso al nivel de la tierra, y otras mil y quinientas subterráneas. Estas piezas estaban destinadas, segun Herodoto que las habia visto, para conservar embalsamados los cadáveres de algunos animales tenidos por dioses, á los que alimentaban los egipcios en el último piso.

Cerca de las cataratas se ven las ruinas de un edificio que parece haber sido palacio. El lugar que ocupaba está como sembrado de columnas, estátuas hechas pedazos, y fragmentos del mas esquisito mármol empleado en su delicada escultura. Su entrada era por intercolumnios muy largos. Nos aseguran los viageros que aun existen seis mil, ó tendidas, ó sobre sus basas, de setenta pies de altura, y sobre cada basa estaban colocadas de tres en tres. En sus capiteles se ven figuradas esfinges y leones de prodigiosa escultura; pero aun no llegaban estas obras al templo Dandera en el mismo canton del alto Egipto. Apenas pueden ocho hombres abrazar sus columnas. Es un edificio tan grande, que los árabes colocaron un pueblo sobre la plataforma que servia de remate. Aunque el pueblo solo constase de tiendas como las usan los árabes, al fin siempre es cosa admirable un pueblo colocado en el terrado de un edificio.

Siempre va de admiracion en admiracion el que sigue á los viageros por las grutas de Osyut, que tambien están en el alto Egipto, cavadas en número de mas de mil en una roca muy dura, abiertas con simetría, y adornadas de pilastras y columnas talladas en la misma piedra. Algunas de aquellas, adonde dicen que han entrado, con no ser de las mas grandes, pudieran contener seiscientos caballeros en forma de batalla. Es verosímil que estas gru-

tas fueron las canteras en que se cortaron aquellos obeliscos de doscientos pies de alto que todavía nos admiran. Algunos diseños se ven en estas grutas que todavía dan testimonio de la habilidad de los egipcios en hacer agradables los lugares que menos admitian la hermosura.

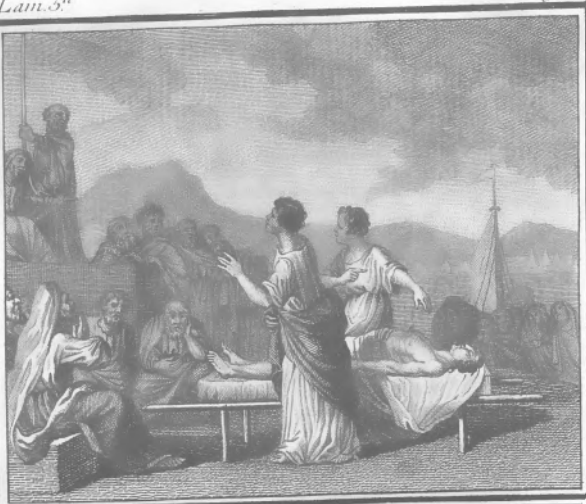
Si la utilidad de estas enormes escavaciones es poco conocida, no podemos dudar de la del lago Mœris. Mœris, Rey de Egipto, hizo abrir este lago, y le dió su nombre. En los años de escesiva inundacion del Nilo recibia las aguas supérfluas, y con ellas se suplia la falta en los años de necesidad. Sin embargo de que desmoronándose la tierra y con el mucho limo es preciso que se haya reducido, todavía tiene mas de doce leguas en contorno. En el medio se ve un montecillo, el que parece haberse formado de los restos de dos estatuas del rey y de la reina su muger de treinta y seis pies de alto, y de las ruinas de un palacio. Los gastos para conservar este lago eran inmensos, pero tambien lo era el lucro de la pesca. Los canales por donde entraban y salian las aguas, las obras construidas para contenerlas, las puertas y esclusas, de las que aun se conservan señales, manifiestan que los egipcios eran tan hábiles en la arquitectura hidráulica como en la colosal. Ahora veremos la pasmosa revolucion que ha alterado la inteligencia y talentos de este pueblo, no menos que la de su estado civil y sus costumbres.

Muy estraña es algunas veces la manía de los hombres en punto de su orígen. Los egipcios para que los tuviesen por los mas antiguos habitadores del mundo, escogieron mas bien creer que habian nacido del limo de su rio, como unas ratas de dos pies que hormiguean en sus campos cuando el agua

se retira, que reconocer que sus mayores habian venido de otras partes. No obstante, el nombre de Mesraim con que la Escritura llama á su pais, nos da á entender que descienden de este hijo de Cam y nieto de Noe.

Su gobierno siempre fue monárquico; y para que el poder de uno solo fuese útil á todos, nunca era arbitraria la educacion del rey. Desde que nacia el que habia de gobernarlos era entregado á los sacerdotes, hombres graves é instruidos en las leyes y en su supersticion. Siempre vivia rodeado de jóvenes de esperimentadas costumbres, y jamás se le acercaban esclavos ni hombres sospechosos. Le inculcaban con religiosas ceremonias, con egemplares, y con la relacion diaria de las buenas y malas acciones la idea de que habia un Dios castigador de los delitos, y remunerador de los buenos reyes. Tenian señalada la hora de todas las acciones del dia: estaba prescrita la forma del vestido, y fijo el punto de volver á los egercicios, no menos que estaba arreglada la bebida y los platos de la mesa, así en la calidad como en la cantidad. Estaban tan lejos los reyes de padecer violencia con la severidad de este régimen, que muchos de ellos confesaban que á él debian sus fuerzas y buena salud. El monarca se veia respetado como un Dios mientras vivia; pero en su muerte sufria la suerte de los demas hombres. Todo el pueblo se juntaba delante de su sepulcro, y despues de una exacta discusion, si las buenas acciones no escedian á las malas, le negaban la sepultura.

Se dividia el reino de Egipto en provincias, que tenian cada una su gobernador, y en las tierras repartidas entre el rey, los sacerdotes y los soldados



Juicio de los muertos.

Quando moria un Egipcio sus parientes publicaban á voz de pregonero el dia señalado para sepultarle, y convidaban á sus amigos al examen que de las acciones del difunto debian hacer á vista del cadaver los Jueces señalados. En este juicio á los que habian sido virtuosos se les concedia con honor el sepulcro; pero qualquier delito, y aun solo el dejar deudas pribaban de la sepultura.

T. L. Engl. de ag. fec. Alex. Blanco la cond.

que formaban las tres órdenes principales. Habia otras tres subalternas, los labradores, los artesanos y los pastores. La parte perteneciente al rey se destinaba para mantener su corte, que debia ser magnífica, para hacer la guerra y premiar el valor. Los bienes de los sacerdotes se empleaban en el culto, en la educacion nacional y en el sustento de sus familias. Las tierras de los soldados eran las que les daban en lugar de sueldo.

Por la ciencia y la virtud moral se grangeaban los sacerdotes grande veneracion. Se distinguian por el vestido: entraban en el consejo de estado, y cuando tenian los egipcios que elegir algun rey, si no era de la clase de los sacerdotes, le iniciaban en este órden antes de entronizarle. El sacerdocio era sin duda hereditario; porque los egipcios debian seguir la profesion de sus padres, hasta los soldados. Estos y los sacerdotes daban sus tierras á los labradores con la carga de alguna renta. Siempre fue famosa la habilidad de los egipcios, así en la labor como en la industria de multiplicar los ganados. Todavía practican el método de sacar pollos en una especie de hornos, multiplicando así las aves prodigiosamente. Nosotros, aunque sabemos el modo, y le hemos experimentado con felicidad, le hemos no obstante abandonado.

El primer cuidado en la eleccion de jueces erade que tuviesen costumbres irreprensibles. Los miembros del tribunal de la nacion, que constaba de treinta, se tomaban en las principales ciudades por suponer que en ellas habia mas luces. Estos escogian su presidente, el cual por señal de su dignidad llevaba al cuello la imágen de la verdad adornada con diamantes. El Rey los pagaba, y las cau-

sas no tenian mas abogados que las partes: presentaba el demandante su memorial por escrito, y se daba copia al demandado para que respondiese: replicaba el primero, y en caso necesario respondia todavía el otro, y sin hablar palabra volvia el juez la imágen de la verdad hácia aquel en quien reconocia derecho. No querian abogados, porque decian que su elocuencia, astucia y hábito de disfrazar la verdad, los hacian sospechosos. Generalmente querian mas juzgar sobre escrito que sobre palabras; porque la grande diferencia en la facilidad que algunos tienen de esplicarse, puede dar á una de las partes superioridad perniciosa á la justicia.

Sus leyes eran reconocidas por tan prudentes, que iban aun las naciones mas distantes á buscarlas entre ellos, y habia pasado á proverbio *la sabiduría de los egipcios.* De esta nos han quedado noticias acerca del perjurio, de la esclavitud, del comercio, del adulterio, del matrimonio y otros puntos; y sin duda nos dan á entender su grande sagacidad. Podrá formarse juicio por esta. *Los padres que hubiesen quitado la vida á sus hijos, no serán condenados á muerte; pero tendrán abrazados los cadáveres de los hijos muertos por tres dias y tres noches.* Para que no pudiesen eludir la ley les ponian guardias de vista. Segun otra costumbre equivalente á la ley, los salteadores y los rateros formaban sociedad con su gefe, y los obligaban á alistarse en un registro, y á jurar que pondrian el hurto en manos del capitan: los que habian padecido el daño iban á casa del gefe, y éste les daba lo hurtado, reteniendo sola la cuarta parte del valor. ¿Quién sabe si semejantes asociaciones autorizadas en las grandes ciudades contribuirian al buen órden tanto como las leyes penales?

Los egipcios adoraban muchas divinidades, y las principales eran el sol y la luna con los nombres de Isis y de Osiris. Señalaron dioses á todos los elementos: Vulcano al fuego, Ceres á la tierra, Océano al mar, Minerva al aire, Júpiter al espíritu ó fuerza vivífica, á quien colocaban en el cielo. Decian que las estrellas y los planetas estaban animados por otros dioses subalternos, ó por las almas de los héroes. Una prueba de que tenian alguna idea de la existencia de un Dios supremo, criador y conservador del mundo, es la siguiente inscripcion que se leia en un templo: *Yo soy lo que ha sido, es y será, y todavía ningun mortal ha corrido el velo que me encubre.* Y esta otra que todavía existe: *A tí, ó Diosa Isis, que siendo una lo eres todo.*

Su deseo de que se conociese la influencia y poder que atribuian á sus dioses hizo tan estravagantes las figuras con que los representaban. Un ojo en la punta de un cetro significaba la providencia de Osiris, y un halcon la perspicacia de su vista. Estos emblemas se añadian á su figura de jóven decorada con lo que denotaba su grande proporcion para la fecundidad. A Isis la cubrian de pechos, para dar á entender que sustentaba todas las cosas. La ponian en la cabeza dos cuernos, y en la mano el sistro y un cántaro, con otras señales que indicaban ya las diferentes fases de la luna, y ya la fecundidad del Nilo, ó las fiestas que con esta ocasion se habian establecido. Sérapis, dios de la abundancia, tenia sobre su cabeza una medida de trigo: Júpiter Amon tenia cabeza de carnero: Anubis de perro: á otros dioses los pintaban con caras humanas, con cabeza y pies ó cuerpos de varios animales. De aquí vino que el pueblo, olvidado del motivo de estas se-

ñales, se aficionó á la figura representativa, y adoró á los animales que la tenian; siendo asi que en el principio no tuvo mas objeto que acordar las calidades que daban motivo para tributar culto á tal personage.

Desde esto hasta tributarle á los animales mismos poco habia que andar, y los egipcios lo corrieron muy pronto. Todos saben con qué cuidados, con qué atencion, y con qué precauciones escogian y mantenian al buey que llamaban Apis. No habia una sola ciudad que no tuviese algun animal divinizado, algun gato, perro, lobo, puerco, cocodrilo, pájaro ó pescado, con grandes edificios, viveres, gallineros y otras piezas para criar aves, segun su diferente naturaleza, y aun sacerdotes para servirlas. Lo mas particular es que el animal adorado en una villa era sacrificado en otra, y de aquí nacian los funestos odios entre los habitadores de una misma region. Algunos dicen que estos odios los causó la política de un rey de Egipto.

Viendo este que sus vasallos eran inclinados á la sedicion, mandó que en cada provincia y ciudad adorasen un animal particular, y siguiesen diferente modo de vivir. Con esta ley los egipcios viéndose divididos en sociedades distintas, y preocupados unos contra otros por motivo de religion, despreciándose mutuamente por la diversidad de sus costumbres, con dificultad podian juntarse para perturbar generalmente el estado. Pero este culto pudiera derivarse muy bien de los animales pintados en sus estandartes, que eran los que les parecian mas útiles, como la *ibis*, que devoraba á las serpientes: el *icneumon*, que mataba los cocodrilos; y el *gato*, que destruia los ratones, comun azote en

Egipto. En cuanto á dar culto á las cebollas y puerros, á las habas y otras legumbres, si este culto no ha sido exageracion de los historiadores para esplicar el desprecio que las otras naciones, en particular los griegos, hacian de los egipcios por su fanatismo, solo puede atribuirse á la demencia é ignorancia del pueblo.

No hay que añadir al respeto, veneracion y escrupulosa exactitud de sus ceremonias. Tenian sacrificios, y aun ¡horrible supersticion! sacrificios humanos. Su liturgia era pomposa, y sus fiestas alegres y brillantes. Dispusieron sus oráculos como los demas pueblos. Resplandecian sus templos con ricos adornos, y cada dia se iban enriqueciendo con las ofrendas. A vista de aquella magnificencia, ¿quién podrá creer que el objeto principal era un bruto ó un raton? Pero con esta demencia ridícula vemos entre los egipcios las mas sabias instituciones civiles conservadas por mucho tiempo, y tanto que una costumbre nueva era en ellos un prodigio.

Cuidaban mucho de la educacion, y estaba confiada á los sacerdotes; los cuales enseñaban la religion, la geometría, la aritmética, y á leer y escribir, principalmente á los destinados al comercio: los acostumbraban á la sobriedad, no permitiéndoles alimentos esquisitos. Llevaban pocos vestidos, é iban descalzos. Desde luego les inspiraban el respeto para con los ancianos. No querian música, ni el certámen de la lucha; porque la primera quita el vigor al alma, y la segunda podia ser nociva al cuerpo con los escesivos esfuerzos. No obstante, es verosímil que no carecian de cánticos, porque el placer de cantar es de todos tiempos y naciones;

mas templaban mucho la alegría. En los grandes convites presentaban á los convidados un ataud ó un cadáver acompañado de este apóstrofe: *Mira este difunto: tú has de parar en lo que él.*

Usaban de la circuncision, y sin duda la aprendieron de Abraham ó de sus descendientes: miraban como obligacion el aseo, y como pundonor la gratitud, que era su virtud favorita. Se advierte que en algunos cantones de Egipto las mugeres se ocupaban en el comercio y en los quehaceres de fuera de casa. Los hombres hilaban y cuidaban del gobierno interior; y aun se ven otros muchos egercicios propios de un sexo transferidos al otro.

Puede ser que entre los gentiles fuesen los egipcios los primeros que enseñaron como dogma la inmortalidad del alma; pero la perpetuaban con la metempsicosis. Decian que las almas pasaban de unos cuerpos á otros, y aun á los de los animales; pero que esta transmigracion no se verificaba hasta corromperse el cadáver; por esto tomaron tantas medidas para conservarle. No perdonaban gastos ni cuidados en la construccion de sus sepulcros, á los que llamaban *habitaciones eternas*, cuando á los mas hermosos palacios solo daban el nombre de posadas.

Las ceremonias de los funerales empezaban por el duelo de las mugeres, y consistia en estraordinarios gritos y lamentaciones. Llamaban al embalsamador, y segun el precio que querian gastaba mas ó menos preciosos los aromas. Era tan diestro en las menudencias de su arte, que en nada desfiguraba el cuerpo. Hasta los pelitos de los párpados y de las cejas se conservaban sin alteracion. Los lineamentos del rostro quedaban tan perfectos, que siem-

pre se podian reconocer las personas. La caja del difunto se cubria toda de geroglíficos: puede ser que sirviesen de epitafios.

Los parientes del difunto advertian por un público pregonero en qué dia habia de ser trasladado al sepulcro el sugeto que nombraban. Convidaban para esta ceremonia á sus amigos, y á los jueces establecidos para el exámen de las acciones del difunto: se referia toda su vida, sin hablar de su familia, porque los egipcios se creian todos iguales. Los hombres reconocidos por virtuosos eran colocados en el sepulcro con muchos elogios, himnos y acciones de gracias, suplicando á sus dioses que les destinasen la habitacion de la felicidad. Si el difunto habia cometido algun crímen, ó dejaba deudas, no le enterraban: se quedaba su cadáver en algun lugar particular de la casa; y sucedia tal vez que si sus descendientes ganaban riquezas satisfacian á los acreedores, y así conseguian que se diese á sus mayores la honra de la sepultura.

Atendiendo solamente al nombre de las artes practicadas, y de las ciencias cultivadas por los egipcios, pudiera creerse que tuvieron los conocimientos de los modernos, y los adelantamientos que por muchos siglos han adquirido las naciones. Pero si se reflexiona, se verá que de algunas de nuestras ciencias solo tuvieron tal vez el nombre y los elementos; mas se quedaron muy distantes de nuestra perfeccion; aunque se les debe estimar que hiciesen brillar en su tiempo algunos destellos de luz, cuando las demas naciones estaban sepultadas en la mayor obscuridad.

Alabemos en ellos que tuviesen cierta geometría; esto es, que alcanzasen algunos principios pa-

ra conocer los límites entre las tierras cuando las aguas bajaban ; pero no llegaron como nosotros á saber medir las distancias inaccesibles. Su aritmética era un cálculo económico, y cuando mas mercantil. Como vivian bajo un cielo sereno y una tierra llana, en la que se descubria un dilatado horizonte, estudiaron el curso de los astros, y fijaron la vuelta de los meses y los años : lo que es mucho; pero muy poco si se compara con las sabias teorías de la astronomía de nuestro tiempo. Como crédulos y supersticiosos dieron en la astrología judiciaria, ó en la opinion de la influencia de los astros en el destino de los hombres, y en la magia, que es la ciencia de engañar. Si se ha de hacer juicio de sus progresos en la pintura por las figuras que se hallan en las cajas de las momias, que son los monumentos únicos que tenemos de esta especie, habian adelantado poco. Su diseño era grosero y tosco. No eran mas hábiles en la escultura, porque sus obras en este género son figuras fijadas hasta los hombros, ó que disminuyendo de la cintura abajo, rematan en una especie de vayna. Se dice que sus artistas no hacian mas que unos piernas, otros pies, otros brazos y manos, otros solamente cabezas, y así de lo demas. ¿Podrá concebirse que todas estas partes fabricadas en diferentes obradores pudiesen adaptarse con gracia y exactitud, ó dar estátuas perfectas, como lo pretenden algunos autores?

Los límites que señalaron á la medicina precisamente debian impedir el adelantamiento de esta ciencia. A cada médico solo se le permitia ocuparse en un género de enfermedad; y si en esta curaba de otro modo que el que estaba prescrito en el recetario, y moria el enfermo, castigaban de muerte al

médico. Dos inconvenientes muy perniciosos habia en esta ley: el primero era que el médico reducido á la curacion de una sola enfermedad, todas las reducia al género de que tenia conocimiento, y así se esponia á tratarlas con método contrario al que el mal exigia. El segundo, que no pudiendo, pena de la vida, variar en las recetas, no podia hacer esperiencias, y así se quedaba siempre la ciencia en su primera infancia. A los médicos se les pagaba del tesoro público. El arte de embalsamar los cadáveres pudiera haberles procurado conocimientos anatómicos; mas no parece que se aprovecharon mucho de esta proporcion.

En los primeros tiempos estuvo el comercio floreciente: el interior se hacia por el Nilo entre las ciudades y provincias: el esterior con los estrangeros por canales que atravesaban los desiertos, y llegaban desde el rio al mar Rojo. De este modo se comunicaba el Egipto con dos mares. Por medio de las caravanas conducian las mercaderías preciosas de la Arabia y de la India, y las transportaban con sus trigos á la parte meridional de Europa, que no estaba bien provista.

No ignoraban el arte de la guerra. Rodeados de montañas y desiertos defendidos con naturales fortificaciones contra las invasiones de enemigos, pudieran haber vivido en una perpetua paz; pero les entró como á otros pueblos la manía de conquistar, y así se formaron sobre todo una caballería que siempre fue famosa.

Los egipcios, como casi todos los orientales, tenian dos modos de hablar: el uno era el de la lengua sagrada, y el otro el de la profana; y aun dicen que en la sagrada habia dos idiomas, uno de

los cuales estaba destinado á solo los misterios mas secretos, y así le conocian únicamente los gefes de los sacerdotes. La lengua profana se ha conservado entre los coptos indígenas de Egipto y descendientes de los antiguos. Tambien tenian dos suertes de escritura: la geroglífica, como se ve en sus antiguos monumentos, y la que pinta las palabras como la nuestra para la comunicacion general. Se presume que sus caracteres fuesen parecidos á los de la China; mas para nosotros se ha perdido este género de escritura y el antiguo lenguage. Los griegos son los que nos han conservado cuanto decimos aquí sobre las costumbres egipcias, y nos darán lo que vamos á decir sobre su historia.

Júpiter y *Juno*, hijos de *Saturno* y *Rea*, esto es, del tiempo y de la tierra, engendraron á *Osiris*, *Isis*, *Tifon*, *Apolo* y *Venus*. *Rea* por una infidelidad cometida despues de otras muchas con *Mercurio*, de quien se hallaba en cinta, fue condenada por su marido á no poder parir en ningun mes del año; pero su amante tuvo la destreza de ir robando horas á muchos meses, hasta componer cinco dias que no pertenecian á mes alguno. En estos cinco dias se desquitó Rea, pariendo una multitud de dioses y de diosas.

El mayor de esta pasmosa progenitura se llamó tambien *Osiris*, y confiaron su educacion á una doncella que le crió con mucho esmero y ternura. Subiendo Osiris al trono procuró suavizar las rústicas costumbres de sus vasallos, y edificó la primera ciudad y varios templos; y aun concibió el proyecto de estender por toda la tierra el beneficio de la civilizacion.

No hay conquistador que se le pueda compa-

rar, si para esto no empleó mas armas que las que suponen, esto es, la elocuencia, la música y la poesía. Le acompañaban en su viage nueve doncellas, hábiles músicas, bajo la conducta de su hermano *Apolo.* A estas se añaden Maro, que fue el primero que enseñó á plantar y cultivar las viñas; y *Triptolemo*, á quien se debe el arte de la siembra y la cosecha. Ademas de estas personas útiles aumentó su corte con algunos sátiros, cuya alegría, danzas y chistes le parecieron á propósito para ganar el corazon del pueblo; y á la verdad es un medio que regularmente puede mas que la razon.

Cuando fue á procurar la felicidad de otras naciones no se olvidó de la suya; pues para defenderla dejó á *Hércules* nombrándole por gefe del egército. *Antero*, *Busiris* y *Prometeo* quedaron encargados del gobierno de las provincias principales; confiando la administracion general á *Isis*, su muger, bajo la direccion de *Hermes*, á quien los griegos llaman Mercurio, y que sin contradiccion fue el hombre mas hábil, pues dicen se deben á él los sonidos articulados de la lengua, las letras, la religion, la astronomía, la música, la lucha, la aritmética, la lira de tres cuerdas, y el uso de los olivos.

Tomadas estas precauciones pasó *Osiris* á Etiopia, recorrió la Arabia, la India, una buena parte del Asia, y se adelantó hasta los confines de Europa, dejando señales de sus benéficos pasos en las ciudades que edificaba, y en los templos y otros monumentos que no le merecieron menos gloria, que las ideas útiles que comunicó á todos aquellos pueblos.

Cuando volvió á sus estados no halló este legislador la felicidad que debiera prometerse, porque *Tifon* su hermano, con el fin de apropiarse el rei-

no, habia formado un partido, y el rey no tenia de él la menor desconfianza. Recibido *Osiris* con apariencias de amistad, asistió á un convite preparado por *Tifon*; pero los convidados eran los cómplices de la perfidia. Durante el convite presentaron un cofre magnífico: todos admiraron su estructura y riqueza. Este, dijo *Tifon*, será de aquel á quien venga justo. Muchos se midieron pero inútilmente, y entrando por su turno Osiris, cierran el cofre, y echando encima mucho plomo derretido, le arrojan al mar.

Isis, su esposa, iba en busca del cofre con el mayor desconsuelo; y despues de muchos trabajos le halló en casa de un rey vecino, que le habia sacado del mar. Dió un grito tan horrible, que el hijo de aquel rey murió de miedo, y con una mirada mató al otro hijo, que indiscreto venia á sorprenderla, cuando tenia tristemente su rostro pegado al de su marido. De un soplo secó un rio por haber cometido la falta de no haber detenido un viento que la desagradaba. Esta terrible princesa persigue á *Tifon*, le acomete, le mata, y coloca sus hijos en diferentes tronos. Todo esto lo egecutó con los consejos secretos de Osiris, que volvió clandestinamente al mundo, y todavia la hizo madre.

Despues de estos tiempos fabulosos, el primer rey que se presenta en la escena en los tiempos heróicos, aunque sin data cierta, es Menes. Este desecó la parte del bajo Egipto, y de una laguna hizo un terreno firme, mudó el curso del Nilo para utilidad del pais, enseñó la religion, instituyó fiestas solemnes, y se le siguieron sucesivamente cincuenta reyes de su descendencia.

Parece que el Egipto se fue enriqueciendo y

hermoseando durante esta larga sucesion ; mas perdió estas ventajas con la invasion de unos pueblos que vinieron del Poniente, y cayendo sobre aquel hermoso reino, le sujetaron. Estos se nos representan como una inundacion de salvages, y sus reyes como unos tiranos, que saqueaban, mataban, destruian, y colocaban toda su gloria en borrar hasta el nombre de las naciones conquistadas. Los llaman el pueblo pastor, sin duda porque se aplicaban á apacentar ganados. No se sabe si dominaron por largo tiempo en Egipto; pero al fin fueron vencidos. Al principio los confinaron á un rincon del pais, y despues ó los arrojaron y destruyeron, ó se confundieron con los indígenas. No sé por qué algunos entienden aquí á los israelitas; pues la buena cronología contradice á esta opinion.

Viéndose los egipcios vencedores, nombraron reyes de su propio pais. Despues de una série de muchos príncipes, uno de los cuales llamado Busiris, fundó á Tébas, reinó Osimandias con tanto poder que levantó contra los etiopes un ejército de cuatrocientos mil infantes y veinte mil caballos. Puso su gloria en el buen gusto en punto de edificios, y solia decir : *El que envidiare mi grandeza, igualeme en alguna de mis obras.* Este, que tomó para sí el nombre de *Rey de Reyes*, adornó á Menfis con pórticos y templos, y con su sepulcro y otros monumentos. Haciéndole justicia, fue el que supo juntar en sus edificios la gracia con la magestad, á distincion de muchos de sus predecesores y sucesores, los cuales no se paraban en la hermosura de sus obras, sino en que fuesen grandes. Tambien edificó una biblioteca, y puso sobre la puerta esta inscripcion : *La medicina del alma.*

Muchos monarcas aumentaron despues de él y hermosearon á Tébas. La primera muger que tuvo corona real en Egipto fue Nitocris, á quien se la dieron los egipcios, quitando el cetro á su hermano. Fue mas vengativa que agradecida, porque ahogó en un subterráneo á los que la dieron el reino. La pintan hermosa, de fina tez y cabellos rubios; pero fue cruel. Esta reina levantó una de las pirámides.

Se cuentan doce generaciones hasta Méris, que hizo el famoso lago de su nombre. Dicen que precedió inmediato al célebre Sesostris: otros dan el nombre de Amenofis al padre de este ilustre Monarca. Cuando le nació este hijo hizo juntar todos los niños que habian nacido en el mismo dia, creyendo que criándose con él, y siendo sus compañeros é iguales en la infancia, serian despues sus fieles ministros, y soldados muy afectos á su persona.

Este es el Sesostris á quien el autor del Telémaco introduce como rey amable y admirable, dándole en su vejez arrepentimiento de su soberbia, del deseo de conquistar, del lujo, y de todas las flaquejas brillantes que engañan á los Monarcas jóvenes. Reconoce en él bondad, benignidad, gusto en las ciencias y artes, y mucho amor á los pueblos: virtudes que la historia no desmiente.

Por primera espedicion le envió su padre á limpiar la Libia de monstruos y serpientes, y á pelear contra los árabes, á los que venció, llevando sus armas hasta el Océano atlántico. Estas felicidades le dieron deseos de estender sus conquistas, si fuera posible, por toda la tierra. Empezó por asegurarse el centro de su poder, procuró ganar el corazon de sus vasallos con liberalidades y demostra-

ciones de clemencia : perdonó á los que se hallaban culpados de rebelion : pagó las deudas de los que no podian satisfacer. Con estas acciones benéficas juntó la mas amable afabilidad, y proveyó á la seguridad del pais nombrando treinta y seis gobernadores bajo la regencia de su hermano.

Sabiendo que la union y el honor son la fuerza de los egércitos, por tierra y por mar estableció Sesostris varias órdenes militares formadas de los mas escogidos vasallos. A la cabeza de éstos, ya en los navíos que cubrian el Océano de la India y el Mediterráneo, y ya con varios egércitos que recorrieron desde las riberas del Ganges hasta la Tracia, todo lo subyugó, venció, triunfó, y colocó en varios parages columnas, que se conservaron despues de su vida por mucho tiempo. En ellas se leia esta inscripcion: *Sesostris, rey de reyes, y señor de señores, sujetó este pais con la fuerza de sus armas.* Muchos siglos despues habia en la Cólquide algunos hombres que por su tez morena, por sus cabellos crespos, su lengua y sus costumbres, principalmente la de la circuncision, eran tenidos por egipcios. Habia tradicion de que descendian de los soldados de Sesostris. Al fin los conquistadores son como aquellos torrentes, que dejan tal vez parte de sus aguas en las tierras que destruyen.

Pasados nueve años de trabajos volvió á Egipto Sesostris, arrastrando consigo grandes tropas de esclavos. Armais, su hermano, á quien otros llaman Danao, acostumbrado á mandar, quiso deshacerse del rey, bien que éste escapó como por milagro del fuego que le habia de consumir. Se contentó con echar de su reino al culpado, el que se retiró á Grecía. Empleó Sesostris el resto de sus dias en fortifi-

car y hermosear á Egipto. Construyó una grande muralla que atravesaba por los desiertos contra las correrías de los siros y los árabes. Niveló su reino, por decirlo así, profundizando en los parages que no podian contener al rio, y levantando los que eran inundados con esceso. Hizo varias cortaduras ó canales útiles para el comercio; pero aquella nacion, que hasta entonces se habia hecho temible con sus carros y caballos, perdió esta ventaja por haberla cortado por muchas partes con estas escavaciones. Por último, en cada ciudad de importancia construyó un templo magnífico con esta inscripcion: *En este edificio no trabajó egipcio alguno.* Buena prueba de su grande cuidado en no abatir á su pueblo.

Todo el trabajo recayó sin duda en los esclavos, y se puede juzgar del modo con que trataba al comun de los cautivos por el que usaba con sus Reyes, á los cuales de cuando en cuando hacia uncir á su carro. Advirtiendo un dia que uno de estos infelices que iba atado al timon volvia muchas veces la cabeza, considerando tristemente las ruedas, quiso saber en qué pensaba por entonces: "O Rey, le dijo el Príncipe, la continuada vuelta de la rueda me acuerda las mudanzas de la fortuna: cada punto se vé sucesivamente ya en alto, ya en bajo; y esta es la suerte de los hombres. Los que hoy se ven sentados en el trono, al dia siguiente se ven reducidos á la mas vergonzosa esclavitud." Esta leccion fue la que corrigió á Sesostris. En su vejez se puso ciego, y se quitó á sí mismo la vida, lo que se celebró en aquellos tiempos bárbaros como una accion del mayor valor.

De Sesostris segundo se cuenta que tuvo la misma desgracia de cegar que su padre, mas no por ve-

Reyes esclavos de Sesostris.

Advirtió Sesostris que uno de los Reyes esclavos suyos, de quienes solia servirse para conducir su carro, bolvia con frecuencia tristemente la vista acia la rueda, y le preguntó la causa. „La buelta de la rueda (le respondió el desgraciado) me recuerda las vicisitudes de la fortuna..... Sentado hoi el hombre en el trono, se vé reducido mañana á la mas vergonzosa esclavitud.„

T. L. Enguid.º de ag. fec. B. Vazquez concl.

jez, sino que su ceguera se creyó castigo de un sacrilegio. El Dios del Nilo, que se habia vengado de este modo porque en un esceso de cólera arrojó un dardo contra sus aguas, le indicó maliciosamente un remedio que se encontró con dificultad. Este consistia en lavarse los ojos con los orines de una muger que siempre hubiese conservado fidelidad á su marido. Empezó por su muger, pero no hizo operacion. Lo mismo le sucedió con otras muchas: al fin se consiguió la cura por medio de la muger de un jardinero. Se casó con ésta, é hizo quemar á todas las que él tuvo por adúlteras.

A otros muchos reyes de Egipto, el último de los cuales fue un tirano, sucedió Actisanes etiope, á quien los egipcios llamaron para el trono. Este era muy justiciero; su severidad pobló á Rinocorura, ciudad la mas retirada entre la Siria y el Egipto, en un país estéril y sin mas aguas que una muy salada y amarga. Allá envió los ladrones, buscándolos con toda exactitud, y cargándolos de una eterna ignominia, cortándoles las narices. La necesidad, que es madre de la invencion, les enseñó el arte de hacer redes de caña, y con estas cazaban las codornices, que en ciertos tiempos señalados pasaban por aquel pais.

Mendes su sucesor y rey por eleccion, construyó el laberinto. Una anarquía de cinco generaciones elevó al trono á Mendes, hombre de obscuro nacimiento, á quien los griegos llaman Proteo. A éste le dan por grande mágico, y un poder para tomar todas suertes de formas, aun la del fuego; lo cual no es mas que emblema de la costumbre que habia entre los egipcios de adornar las cabezas de sus reyes con figuras de animales, de vegetales, y

aun de incienso ardiendo. En el reinado de Proteo arrojó á Egipto una tempestad á Páris y Elena, los que con grande dificultad escaparon de la justicia del rey, que queria castigar su adulterio.

Renfis, su hijo, fue en extremo avaro; edificó una fortaleza para guardar sus tesoros, y aunque la tenia por inaccesible, al visitar sus riquezas advirtió que iban á menos. La causa era bien sencilla, porque el arquitecto habia colocado una piedra con tal arte, que un solo hombre la podia quitar y poner sin que se advirtiese, y de este modo entrar y sacar cuanto queria. Estando para morir el arquitecto declaró este secreto á sus dos hijos, los que hacian de él el mismo uso, hasta que el rey lo conoció por la disminucion de su tesoro. Armó varios lazos al rededor de las cajas en donde estaba el oro: los ladrones llegaron muy confiados: el primero cayó en el lazo, y al ver que no podia desembarazarse, exhortó á su hermano á que le cortase la cabeza y se la llevase consigo, para que no pudiesen ser conocidos los cómplices. El hermano le obedeció por su propia seguridad, y al dia siguiente el rey no halló mas que un cuerpo sin cabeza, de lo que no pudo sacar indicio alguno. No omitió diligencia por descubrir el ladron, hasta prostituir su propia hija; y esponiéndose el ladron á cada paso, siempre escapaba por mas diligencias que se hacian. Fue tanta la destreza y habilidad que manifestó para librarse, que el rey, á quien se atrevió á declararse, le dió por esposa á su hija, y le empleó útilmente en el gobierno de sus estados.

Despues de ocho reyes sucesivos subió al trono Chéope, y edificó la pirámide mas grande. Su hija, que por ayudar al padre en los gastos de este edifi-

cio se prostituyó, edificó otra pequeña con los regalos particulares de cada uno de sus amantes. La historia nos da á entender que las mugeres egipcias eran poco delicadas acerca del pudor.

No obstante, tenemos el egemplar de una princesa, que se dió la muerte por no sufrir la vergüenza de un atentado contra su castidad. Este atentado fue el crímen de su padre Micerino, que enamorado de su hija la violó, y ella se ahorcó: el padre la honró con magníficas exequias. En otros puntos alaban la benignidad y bondad de este Monarca, tanto que dicen que sus virtudes le aceleraron la muerte. Un oráculo le dijo, que no le faltaban mas que seis años de vida; y él replicó: "¿Es posible que mi padre y mi tio, que eran dos monstruos de impiedad y crueldad, viviesen tan largo tiempo? Mi clemencia sería mal recompensada si se cumpliese profecia tan severa. Tu padre y tu tio, respondió el oráculo, sabian los decretos de la suerte, que condenaban á los egipcios á ciento y cincuenta años de esclavitud y miseria, y obraron conforme á este conocimiento. Tú has interrumpido el curso de sus miserias con tu clemencia, y te has opuesto á los decretos de la suerte; y aunque lo has hecho involuntariamente, no por eso dejarás de ser castigado." Raro modo de dar el oráculo la razon á sus dioses.

Gnefacto es el rey que ponen despues de Micerino. Es famoso por su sobriedad; pero le vino por necesidad el gusto á esta virtud; porque en una espedicion á la Arabia, su egército por falta de víveres tuvo que mantenerse mucho tiempo con los mas viles alimentos. De aquí infirió que podia el hombre pasarse sin regalos, y los prohibió en todos sus dominios. Otro por el contrario hubiera dicho

que era razon desquitarse de la miseria en el tiempo de la abundancia.

Su hijo Boccoris, el prudente, mereció este renombre por las útiles instituciones que le hacen respetar por legislador. Para restablecer el crédito y hacer circular el dinero, permitió su sucesor Arquitis tomar prestado sobre el cuerpo de su padre, lo cual venia á ser una obligacion inviolable que pasaba á los sucesores. El deudor daba en prenda el cadáver á su acreedor, y no podia ser enterrado él ni sus descendientes hasta pagar la deuda.

Un etiope llamado Sabbaco ocupó el trono por derecho de conquista, despojando á Anisis, que huyó á las lagunas. Se dice que una vision mandó al etiope esta empresa; y otra le ordenó, cincuenta años despues, quitar la vida á todos los sacerdotes; pero él quiso mas abdicar la corona, y retirarse á su pais. Anisis volvió á su trono, y le sucedió Seton, del orden sacerdotal. Esta alternativa de reyes conquistadores, reyes destronados, y reyes restablecidos, denotan una fermentacion que terminó en un gobierno de doce reyes.

Dueños estos del reino tomaron todas las medidas posibles para afianzarse. La mayor dificultad consistia en la ambicion del uno contra el otro. Consultaron al oráculo, y respondió: "Aquel que entre vosotros haga una libacion con una copa de bronce, será rey de todo Egipto." Otro oráculo añadió: "Aquel á quien maltrateis se verá vengado por hombres de bronce que saldrán del mar." Un dia en que se habian juntado todos para hacer un sacrificio, no hubo mas que once copas, siendo ellos doce. Psammético, uno de ellos, llenó de vino su capacete de bronce, y con él hizo la libacion á los

dioses. Ya tenemos la esplicacion del primer oráculo. Asustados sus cólegas le desterraron á las lagunas, y á lo que parece al bajo Egipto. Mientras estaba mas indignado por un tratamiento tan injusto, acuden á él asustados los habitadores de la costa, y le dicen: *Unos hombres de bronce salen del mar.* Estos eran los corsarios de Lidia y de Caria, que revestidos de sus corazas de bronce, abordaron para saquear el pais. Esta es la esplicacion del segundo oráculo. Psammético se aprovechó de la ocasion, hizo alianza con ellos, juntó un ejército, siendo los corsarios su fuerza principal. Cae sobre los once reyes, los derrota, y se apodera solo del trono. Se señala la época de este suceso, y desde este príncipe empieza el verdadero tiempo de la historia egipcia.

Desde este punto (año 2339 despues del diluvio) se acreditaron mucho los griegos en Egipto. Psammético les dió tierras y señales de la mayor confianza. Doscientos mil egipcios, á lo que parece del orden militar, picados por esta preferencia le abandonaron para ir á establecerse en otros paises. Envió á seguirlos, y aun él mismo fue á toda prisa haciéndoles grandes promesas; pero fue un paso muy inútil, porque ellos dando golpes con las lanzas en los escudos le dijeron: *Mientras tengamos armas no podrá faltarnos patria;* y descubriéndose con indecencia añadieron: *Tampoco nos faltarán hijos y mugeres.* Se retiraron á Etiopia, y se establecieron en un pais fértil. A. despues del Diluv. 2339. A. de J. C. 659.

Para reparar esta pérdida procuró Psammético atraer á sus vasallos con afabilidad, pero sin despreciar á los estrangeros, con quienes siempre conservó mucha atencion. Les abrió sus puertas, é hizo florecer el comercio. Envió á reconocer las fuentes

del Nilo, y fue el primer rey de Egipto que bebió vino con haber ya pasado dos mil años desde que Noe plantó la viña. Tambien procuró investigar cuál era la nacion mas antigua de la tierra. Creyó Psammético que esto podía conocerse por la primera palabra que pronunciasen dos niños, que hizo criar, sin que oyesen jamás una sola palabra. A los dos años pronunciaron esta palabra *beccos*, que en lengua frigia significa pan, de donde concluyó que la nacion mas antigua era la Frigia.

D. del D. 2387. A. de J. C. 612.

Dicen que en tiempo de Necos Faraon, su hijo y sucesor (2387), los egipcios se embarcaron guiados por los fenicios; y salieron del mar Rojo por el estrecho de Babelmandel: dirigieron su curso hácia las riberas orientales de Africa: doblaron el cabo de Buena-Esperanza, y volviendo por el estrecho de Gibraltar, se restituyeron por el Mediterráneo á Egipto, adonde llegaron en tres años.

Mientras las armadas de Necos cubrian el Mediterráneo y el golfo Arábigo, combatian los egércitos de tierra á los medos y babilonios, que acababan de destruir la monarquía de los asirios. Venció á los primeros en las riberas del Eufrates, y triunfó tambien de los judíos, mandados por Acaz; pero él fue vencido despues por Nabucodonosor, rey de los babilonios. No se ve que Psammis, hijo de Necos, continuase esta guerra. Tenia, sin duda, este rey grande reputacion de prudencia, pues fueron los griegos á consultarle sobre la policía de los juegos olímpicos. La primera pregunta que les hizo fue: *¿Vuestros ciudadanos, cuando juzgan de los competidores, son admitidos á disputar el premio?* *Sin duda*, respondieron ellos. *Eso*, les dijo el rey, *es contra las leyes de la hospitalidad; porque es muy*

natural que se favorezca mas á sus compatriotas que á los estrangeros. No se sabe si los diputados se aprovecharon de esta observacion.

Apries, que es el Faraon Hofra de la Escritura, fue príncipe valeroso, pues continuó ó volvió á empezar la guerra contra los babilonios, y salió con grandes fuerzas, así de tierra como de mar, contra los tirios, los sidonios y los de Chipre. Su astuta política engañó á los judíos, empeñándolos en una guerra contra Nabucodonosor, emperador de Asiria, y los abandonó despues: pero esperimentó en sí mismo el castigo por medio de una traicion en su propio reino. Tenia descontento á su egército, y éste despues de una derrota le acusó de que le habia espuesto temerariamente, y le habia abandonado. Amasis, un oficial suyo, juntó los desertores, y por mas que le opuso Apries un ejército de estrangeros, fueron á pesar de su valor vencidos, y cayó Apries en las manos del vencedor.

Queria Amasis (2430) salvar la vida del príncipe; mas el pueblo, que siempre es feroz en el odio, le hizo deshacerse de él, y le ahogaron. La vida de Amasis, antes de subir al trono, habia correspondido á su bajo nacimiento. Era libertino, y aun criminal, porque era aficionado al robo; y muchas veces salió de los malos pasos en que esta inclinacion le puso con su atrevimiento y desvergüenza. Se conoce que habia sido un soldado de los que se crian en la libertad de las campañas, que jamás supo contenerse ni corregirse en sus antojos y placeres. Le faltaban al respeto, y no se daba por muy ofendido. No obstante, quiso un dia dar á conocer que no era tan indiferente á la falta de atenciones, que creia proviniese de su bajo nacimiento. De un lebrillo de

D. del D. 2430. A. de J. C. 586.

oro que servia para lavarse los pies hizo fabricar un ídolo, y le colocó en el sitio mas frecuentado de la ciudad, y allí le veneraban todos. Entonces congregó su corte, y dijo: "Ese ídolo que ahora adorais fue antes un vaso destinado á usos muy viles: con esto os digo lo que debeis hacer conmigo. Si antes fui del comun del pueblo, ahora soy vuestro rey. No olvideis jamás el respeto que se me debe." Castigó á los que le habian favorecido en sus désórdenes, y manifestaba toda estimacion y aprecio á los que no le habian adulado.

Muy floreciente estuvo Egipto en la mayor parte de su reinado. Bien fuese por gusto natural, ó por su habilidad en discernir los buenos artífices, adornó su reino con magníficos edificios. De él tenemos la ley muy prudente que imponia á cada egipcio la obligacion de informar al magistrado una vez al año acerca del oficio ó trabajo con que ganaba su subsistencia.

Hubiera sido su vida una contínua felicidad, á no haberle jurado odio mortal en sus últimos dias Cambises, rey de Persia. Le atribuyen este odio á haberle negado Amasis una de sus hijas, imaginando que la queria para concubina. El orgullo del persa se sintió tan mortificado, que se armó poderosamente contra el egipcio. Le sobornó el mejor general, y para poner armada en el mar se aprovechó de una impolítica de Amasis contra su antiguo amigo Policrates, tirano de Samos.

"Me dicen, le escribia en confianza el monarca, que eres perfectamente feliz, y temo que te sobrevenga alguna fatal desgracia, si por tí mismo no procuras algun trabajo que se mezcle con esa felicidad siempre constante. Examina pues qué es lo

Estatua de Amasis.

Cansado Amasis de disimular que por su baja estirpe le respetasen poco, mandó que de un lebrillo de oro en que se lavaba los pies hiciesen un idolo que colocó en una plaza publica; y quando toda su Corte y pueblo se postraron delante de la estatua les dixo: Ese Dios que ha sido un vaso destinado á muy vil vso, merece hoy vuestra adoracion. Nací de clase humilde; pero ya debeis respetar en mi á vuestro Rey.

T. L. Enguid.º de ag. fec. Jf. Rico conclu.

mas precioso que tienes, y que perderias con la mas sensible pena, y entonces piérdelo de modo que no lo puedas recobrar; y si la fortuna se obstina en favorecerte, obstínate tú tambien hasta que hayas conseguido el remedio á tanta prosperidad por el medio que te señalo." Policrates accedió á este capricho: tenia una joya que estimaba mucho, y la arrojó al mar. Pasados algunos dias la hallaron en el vientre de un pez, y se la presentaron. "Ved aquí, dijo Amasis, una felicidad bien constante: sin duda pudiera yo verme envuelto en las desgracias de Policrates;" y al punto le escribió que renunciaba á su amistad. Picado el tirano de Samos, proveyó á Cambises de naves para transportarse á Egipto.

No fue el mismo Amasis en persona testigo de las primeras ventajas de Cambises, porque todo el golpe cayó sobre los dos Psamminites, su hijo y su sucesor (2474). Una batalla sola le puso en los grillos de los persas; pero con unas circunstancias que deben contarse para estremecerse con el horror de las represalias. D. del J. C. 2754. A. de J. C. 524.

El general que habia abandonado las banderas de Amasis era griego, y se llamaba Fanes. Sus soldados, que se habian quedado con los egipcios, cuando el gefe desertó, sabiendo que estaba en el egército persa, y queriendo dar á Psammético una prueba de su afecto, cogieron á los hijos de Fanes, que habian retenido, los llevaban á la cabeza del egército, cuando se iba á dar la batalla, y á la vista de su padre y de sus nuevos amigos los degollaron, y tomando la sangre con un vaso la bebieron. Terrible fue la batalla; porque la rabia y desesperacion animaban á los dos egércitos. Ceden por último los

egipcios, y van huyendo hasta Menfis. Cambises les envió un rey de armas para que se rindiesen; pero éstos, desesperados, le hicieron pedazos, y arrastraron sus miembros por la ciudad. Entran en ella los persas sin mucho esfuerzo; porque los crueles siempre son cobardes. El castigo del pueblo, que tal vez es el único que es culpable en tan horroroso esceso, cayó sobre los grandes, porque no le habian contenido. Diez dias despues de la toma de la ciudad, llevaron al rey de Egipto arrastrando al arrabal para hacer el papel de la mas horrible tragedia que se puede imaginar. Le pusieron en un sitio elevado, y al punto le presentaron á su hija vestida como una pobre esclava con un cántaro para llevar agua, atributo de la baja servilidad, y seguida de las doncellas de las primeras casas de Egipto en trage muy semejante y llorando á gritos su desgracia. Los padres, á quienes habian puesto con Psammético, se derretian en lágrimas viendo aquel espectáculo. El solamente, aunque estaba para rendirse con el peso de su dolor, detenia los suspiros en su pecho y fijaba los ojos en la tierra. A sus hijas se seguia su hijo el príncipe y dos mil jóvenes de los señores egipcios, con mordazas en la boca y sogas al cuello. Iban á ser sacrificados á los manes del rey de armas á quien habian quitado la vida. Psammético, como si el dolor le tuviera petrificado, no levantaba los ojos, entre tanto que los otros padres que tenia al rededor daban las señales mas ruidosas de desesperacion. Este mismo monarca, que tan dueño era de reprimir las señales de sensibilidad, viendo entre la turba de esclavos uno de sus últimos amigos, cuyo esterior anunciaba la mas estrema miseria, lloró amargamente y se golpeaba como un furioso. Preguntándole Cambi-

ses la esplicacion de este hecho, le respondió: "Las calamidades de mi familia son demasiado grandes para dar lugar á la reflexion, que es la que saca las lágrimas; pero la vista de un amigo reducido á la miseria, como me dá tiempo para reflexionar, me ha permitido la esplicacion de las lágrimas." ¿No son las lágrimas otra cosa que efecto de la reflexion?

Esta respuesta hizo conocer al monarca persa, que aquel desgraciado príncipe habia sentido todo el esceso de su infortunio. Juzgó que estaba bastante castigado, y mandó que hiciesen gracia á su hijo, pero ya le habian quitado la vida. Psammético manifestó despues algun deseo de venganza, y le condenaron tambien á muerte, y acabó su vida despues de seis meses de reinado. Cambises paseó, por decirlo así, su venganza y su furor por todo Egipto, saqueándole y asolándole inhumanamente. Hizo sacar del sepulcro el cadáver de Amasis, despedazarle y quemarle. Lo que mas sintieron los egipcios fue la muerte del buey Apis, su Dios, al que Cambises mató con su misma mano. Esta injuria, que miraban como hecha á toda la nacion, penetró á esta de tal suerte, que conservó despues un odio implacable á los persas, y no pudo jamas estar quieta bajo su dominio.

El Egipto, reducido á provincia del imperio persa, se vió hecho un perpétuo manantial de sediciones. Mordian los egipcios con rabia el freno que los retenia, y recibian al punto á cualquiera que se presentaba para librarlos. Con este fin, (2539) dieron la corona á Inaro, rey de Lidia. Este príncipe se sostuvo por algun tiempo contra los persas; mas al fin le vencieron y prendieron por mas que supo conseguir un poderoso socorro de los atenien- D. del D. 2539. A. de J. C. 459.

ses. Los vencedores le hicieron inhumanamente crucificar. No impidió un egemplar tan terrible á los egipcios que hallasen gefes contra los persas. ¡Tal atractivo es el de una corona! La tuvo sucesivamente Amirtaco (2583), y despues de él siete príncipes; pero siempre temblaba esta corona, y muchas veces cayó á esfuerzos de los persas y á pesar de los griegos, que en todo este tiempo adquirieron grande preponderancia en Egipto, y se hicieron pagar bien su socorro.

D. del D. 2583. A. de J. C. 415.

Se creyó por algun tiempo que Tacos, de familia egipcia (2632) conservaria el trono en que le habian colocado; mas no supo aprovecharse de los consejos de Agesilao rey de Esparta. La sencillez y trage comun de este general anciano le desagradaron, y confió sus principales fuerzas á otro gefe, que se dejó vencer. Esta derrota descontentó á los egipcios, y quitaron á Tacos la corona. Contribuyó Agesilao al buen éxito de la rebelion por vengarse de un rey que le habia despreciado.

D. del D. 2632. A. de J. C. 366.

El gefe de los amotinados Nectanebo (2642) que tambien era de sangre egipcia, tomó el cetro y la corona. El pueblo, acostumbrado á facciones, procuró bien presto arruinar su propia obra. Se halló el rey encerrado en una ciudad. Salió de ella con el auxilio de Agesilao, y tuvo habilidad para formar una liga de muchos pueblos contra los persas, que siempre inquietaban su reino, y por último haciendo el mayor esfuerzo sujetaron el Egipto. Nectanebo juntó cuanto pudo de sus tesoros, huyó á Etiopia, y no volvió jamás. De este modo se cumplió la profecía de Ezequiel: *Ya no habrá príncipe del pais de Egipto.* Así el reino mas rico y floreciente, depósito de las artes y de las ciencias, poderoso en ar-

D. del D. 2642. A. de J. C. 356.

madas y en tropas de tierra, que habia dado muchas veces la ley á sus vecinos, y adelantado sus conquistas á provincias distantes, célebre por la aficion á su religion y á sus reyes, centro del comercio por su situacion entre dos mares, inaccesible á las invasiones por estar rodeado de desiertos, llegó á ser y es continuamente presa de las facciones y de los estrangeros, y visitado de los viageros como un momuento de ruinas y cubierto de las reliquias de su grandeza.

MOABITAS.

La historia de Egipto se enlaza por motivo de la vecindad con la de los israelitas; pero antes de hablar de estos, convendrá dar á conocer los pueblos con quienes tuvieron que tratar cuando tomaron posesion de la tierra de Canaan ó *tierra de promision*. Los primeros son los moabitas, descendientes de Moab, hijo de Lot, habido en su hija mayor. Era Lot sobrino de Abraham, que le tomó bajo su proteccion y le llevó consigo á Egipto cuando el hambre le precisó á ir allá. Al separarse por ser muy numerosos sus ganados, Abrabam abandonó á Lot toda la llanura del Jordán. Así se vió Lot vecino de Sodoma, cuyos habitadores en castigo de sus infames costumbres fueron destruidos con fuego del cielo. Huyendo con sus dos hijas de aquel maldito pais, se refugió á una caverna. Estas dos jóvenes, imaginando que con el incendio de Sodoma habian perecido todos los hombres, y queriendo conservar el mundo, embriagaron á Lot y quedaron de él en cinta. La mayor de Moab, padre de los moabitas; la menor de Amon, padre de los amonitas.

El pais de los moabitas es montañoso y á propósito para pastos. Su capital se llamaba Ar. Le go-

bernaban reyes que practicaban la circuncision. Todavía los halló Moysés con la idea de un solo Dios, comunicada sin duda por Lot, aunque obscurecida con otras nociones falsas é idolátricas. Son reprendidos de obscenos en las costumbres. Sacrificaban en los montes toros y machos cabríos, y en ocasiones estraordinarias humanas víctimas. Multiplicándose y estendiéndose los hijos de Moab, escluyeron del pais ó destruyeron á los primeros habitadores, raza agigantada y terrible que descendia de Cam; pero los hallaron muy debilitados con las victorias de Codorlahomor, rey de los elamitas.

Balac, uno de sus reyes, estrechado por los israelitas, cuando Josué los introdujo en la tierra prometida, viéndose menos fuerte, recurrió contra ellos á los medios de los que se ven débiles, que son la supersticion y la seduccion. Persuadido á que hay cierta virtud secreta en las imprecaciones y maldiciones contra el enemigo, llamó á Balaam, y le hizo subir á un monte desde donde pudiese ver al egército enemigo, y maldecirle. Balaam empezó á caminar, pero la burra no queria pasar adelante. Por mas que la pica, el animal resiste, y habla quejándose de que la maltrataba, al mismo tiempo que un angel armado la cierra el camino. Balaam deseoso de ganar los dones que le prometian, abrió la boca para echar maldiciones, y contra sus mismos esfuerzos solamente proferia bendiciones. Cansado de verse á pesar suyo hecho el órgano de las prosperidades para el pueblo que queria perder, dijo á Balac: "En vano pretendes hacer daño á esta nacion mientras sea fiel á su Dios: el único medio de vencerla es hacerla olvidar su religion. Envia á su campo las mugeres mas hermosas con las instruc-

Burra de Balaam.

Sobornado por Balác, Rey de Moab, iba Balaam á maldecir á los Israelitas; pero su burra se detiene á vista de un Angel que con espada desnuda la cierra el paso; y queriendo Balaam obligarla, cae y le habla. Balaam sin embargo, por no perder el premio que de Balác esperaba, abriendo la boca para maldecir á los Israelitas, solo pudo proferir bendiciones.

T. L. Emmanuel lo grabó.

ciones necesarias, y cuenta con el buen éxito." En efecto, no tardó mucho, porque de la lascivia y otros escesos pasaron los israelitas bien presto á la idolatría. Los castigó Dios con una plaga que se llevó muchos millares de hombres, y así se libraron los moabitas.

Un rey de esta nacion llamado Eglon, dominó por diez y ocho años á los israelitas, y los impuso un fuerte tributo. Un benjamita, llamado Col, encargado de pagarle, formó el proyecto de libertar á su nacion de esta servidumbre, y aun lo consiguió quitando la vida al tirano. Estos mismos pueblos pasaron al yugo de los israelitas durante el reinado de David, y participaron de las felicidades de sus vencedores y de sus desgracias. Arrastrados como ellos á la cautividad, ya rebelándose, ya sometiéndose, llegaron á confundirse en las grandes naciones que desolaron aquellos paises, y aun se dice que todavía existen algunos de sus descendientes con la denominacion general de árabes.

AMONITAS.

Amon, padre de los amonitas, descendia de Lot por su hija menor. Hallaron como los moabitas, los que la Escritura llama gigantes, que insensiblemente fueron desapareciendo. Este pais bastante llano era fértil en trigo. La capital se llamaba Rabba. Tenian reyes, y practicaban la circuncision. Esto es lo que de ellos se sabe. No hay otras luces de su religion, sino que siendo pura en su principio, la mancharon despues con el culto de Moloc, dios del fuego, al que ofrecian sus niños. Unos dicen que los pasaban por la llama para purificarlos: otros, y es muy verisímil, que los arrojaban vivos en unas hornillas

de cobre, haciendo ruido de tambores para no oir los gritos de tan infelices víctimas.

Muchas veces tuvieron guerra con los israelitas con vario suceso. Atroz fué la crueldad de Nahas, uno de sus reyes. Habiendo reducido al último estremo á la ciudad de Jabes, que estaba sitiando, le ofrecieron los habitadores que le reconocerian por soberano. "Está muy bien, les respondió, mas será preliminar de la alianza que os saquen á cada uno el ojo derecho." Para responder á esta terrible proposicion pidieron los sitiados el término de siete dias. Entre tanto les llegó el socorro, y el bárbaro fue derrotado, y en castigo de proyecto tan horrible los que de su ejército no quedaron muertos, huyeron tan dispersos que no iban dos juntos.

La imprudencia de un rey joven, llamado Hanon, fue causa de una cruel guerra de parte de David. Le envió este príncipe embajadores para felicitarle al principio de su reinado. Los malos consejeros persuadieron á Hanon que iban con este pretesto á reconocer sus fuerzas. Suponiendo que así era, les hizo cortar la mitad de la barba, y aun sus vestidos hasta la cintura, y los volvió á enviar tan vergonzosamente desfigurados. Se armó David, y duró la guerra por muchos años. Por último Hanon reducido á su capital, murió en el asalto. Aquí dice Josepho, que el mismo David quitó de la cabeza del difunto rey la corona de oro, adornada de pedrería de gran precio, y quitó la vida en el suplicio á todos los habitadores. Del mismo modo trató á los de las otras ciudades. Esta carnicería borró para mucho tiempo los amonitas de la lista de las naciones belicosas: no obstante, se les vé aparecer en tiempo de los macabeos, hacerles frente, desaparecer lue-

go confusos entre las naciones grandes, y no subsistir sino muy pocos, como sus hermanos los moabitas, con el nombre de árabes.

MADIANITAS.

Al oriente del Jordan, en las riberas del mar Rojo, y confines de la Arabia Petrea, habitaban los madianitas, descendientes de Madian, que fue un hijo de Abraham, habido en su esclava Cétura. Esta situacion los hizo pastores y comerciantes. Los primeros vivian en tiendas, llevando sus ganados por aquellas llanuras, unas hermosas y verdes, otras arenosas y sembradas de peñascos: en donde hallaban aguas y pastos allí se detenian, y cuando los habian consumido iban á buscar otros.

Entre las bestias de sus ganados habia muchos dromedarios y camellos, que por la grande carga que llevan se llaman las naves de la tierra. Los vendian con estimacion á otros que se dedicaban al comercio. Ya entonces le hacian, como ahora, atravesando los desiertos, y traian á los pastores los perfumes de la Arabia. La cercanía del mar Rojo los hizo tambien marinos, y por esta via llevaban las estofas preciosas de la India; de suerte que bajo las tiendas cubiertas de un grosero lienzo se hallaba tal vez el lujo asiático.

Los pueblos errantes rara vez tienen religion y culto fijo, porque este se propaga con la comunicacion y la enseñanza en la sociedad y en los pueblos. Entre los madianitas habia muy pocas ciudades. La capital se llamaba Madian, cuyas ruinas aun conservan el mismo nombre. No se circuncidaban. En muchos paises adoraban dioses falsos, y al mismo tiempo tributaban culto al verdadero. Je-

tro, llamado el sacerdote de Madian, tuvo amistad con Moyses: dejó entre los madianitas sus hermanos una posteridad que jamás se manchó con los ritos de la idolatría; pero hizo muy pocos prosélitos.

El gobierno los sujetaba tan poco como la religion. Unas veces se dejaban mandar por un rey, otras por diferentes gefes, á los cuales obedecian mientras podian hacerse respetar entre unos pueblos tan inclinados á la independencia. Sus guerras eran correrías muy temidas de los israelitas, espuestos al daño, aunque muchas veces se vengaron de ellos cruelmente; pero no era fácil darles alcance, porque entraban precipitados por el pais como un torrente desolador, robaban y huian; y cuando se creia que estaban lejos, volvian por lo que habia quedado. Si los perseguian con tenacidad, hombres, niños y mugeres con sus ganados se sepultaban en el desierto sin dejar señal por el camino.

Las guerras contra los israelitas siempre fueron crueles, porque parecian desafiados á quien se esterminaria, y así se degollaban, y reducian los pueblos á cenizas. Despues de haber pasado por las mismas vicisitudes de la suerte que los israelitas, ya el nombre de madianitas se halla mezclado y perdido en las naciones mas célebres de la Arabia.

EDOMITAS Ó IDUMEOS.

Los idumeos descendian de Abraham por Isaac su hijo, padre de Esau, que tambien se llamó Edom. El terreno en que vivian de tal modo ha variado, que es imposible fijar la justa situacion, ni su estension. Solo se sabe que dilatándose en unas partes y estrechándose en otras, ocupaba un lugar dificil de circunscribirse entre Madian, el Jordan y el Me-

diterráneo, al que tocaba por muchos puntos. Está lleno de montañas, bañado de aguas corrientes: tiene muchos manantiales, y en otro tiempo producia trigo y vino.

La misma dificultad se halla para describir los usos y costumbres de los idumeos. En su estado de prosperidad hacian grande comercio así por el mar Rojo, como por el Mediterráneo: el principal le tenian con Tiro y Sidon. Presentaban numerosas tropas y muchos carros armados, que entonces eran los que decidian la victoria. Sus ciudades estaban bien edificadas y fortificadas, y aun cultivaban las ciencias y las artes. Se les atribuye cierto caracter de insociables, duros y orgullosos, que no los abandonaba ni entre las mismas desgracias.

Como descendian de Isaac conservaban la circuncision y el culto de un solo Dios, á escepcion de algunas ceremonas idolátricas, que la ignorancia, preocupacion, corrupcion de costumbres y mal egemplo de sus vecinos les comunicaron. Su primer gobierno fue de patriarcas, y despues de reyes electivos.

Por ser hijos de Isaac por Esau, como los israelitas lo eran por Jacob, fueron estos dos pueblos, aunque hermanos, los mas encarnizados enemigos. Los idumeos hallaron en el pais donde los plantó Esau habitadores antiguos, cuya casta se acabó insensiblemente. Quedaron solos, se establecieron y fortificaron, y cuando gozaban tranquilamente de sus posesiones, vieron llegar una nacion entera, que del desierto, en donde habia andado errante cuarenta años, se iba á entrar por aquel pais floreciente. El rey de Edom se opuso en el principio al paso; pero despues trató con ella.

Bien sabida es la grande aversion que Esau mos-

tró á su hermano Jacob desde que le robó el derecho de primogenitura: y parece que esta misma fue hereditaria en sus descendientes. Los idumeos y los israelitas no se hacian la guerra como los otros pueblos: entre ellos era un furor y una rabia, con que no tiraban á vencerse, sino á destruirse. Despues de una batalla importante que se dieron, en la que perdieron los idumeos diez y ocho mil hombres, Joab, general de David, hizo matar á cuantos llegaron á sus manos. Los restos infelices de este desgraciado pueblo se refugiaron parte á los moabitas, y parte á Egipto con Nadad su rey, el cual intentó volver á su reino, pero no lo consiguió. Así quedó la Idumea sujeta á la casa de David, y gobernada por vireyes. Quisieron los idumeos romper sus cadenas; pero los israelitas se las hicieron mas pesadas. Las sacudieron de nuevo, y una derrota ruidosa arruinó su capital, situada entre altas rocas, desde las cuales el general enemigo hizo precipitar diez mil cautivos.

Con semejantes procedimientos no se estraña que conservasen el odio mas violento contra los israelitas, y así se los hallaba siempre prontos á hacer liga contra ellos. Reducidos con estos á la esclavitud de Babilonia, se consolaban en su desgracia con la de sus antiguos contrarios; y hicieron todo lo posible para que el comun vencedor arruinase á Jerusalen.

Faltaria un rasgo á la pintura del carácter duro y vengativo de los idumeos, si no se advirtiese que tan incapaces eran de ceder unos á otros, como de reconciliarse con sus vecinos. Se arruinaban con perpetuas guerras dentro y fuera: y una nacion tan poderosa se vió reducida á refugiarse en un rincon

del mismo pais, que antes ocupaba con esplendor y gloria. Por último, se confundió con la masa de los judíos á quienes tanto aborrecian, y con el deshecho de los pueblos vecinos, cuya alianza habian tantas veces sometido á sus caprichos é intereses.

AMALECITAS.

Los amalecitas descendian de Elifaz, primer hijo de Esau, habido en una esclava, siendo así que los idumeos descendian por muger legítima; y en esta diversidad de origen se funda la rivalidad que siempre hubo entre estos dos pueblos.

Por otra parte eran semejantes en cuanto á la religion, mezclada de bueno y de malo, y en cuanto al gusto de las artes y del comercio, que por su situacion entre el mar Rojo y el Mediterráneo y por la proximidad del Egipto podian facilmente cultivar y estender. Se sospecha que fueron conquistadores, y parte de aquel pueblo pastor que subyugó á Egipto y le dominó por doscientos años. Sin duda por este brillante estado los llamaron los historiadores judíos el primero de los pueblos; pero al lado de esta pomposa calificacion está la fatal profecía: *Su memoria quedará para siempre borrada debajo del cielo.*

En efecto, las perpetuas guerras con sus vecinos, y sobre todo con los israelitas, los arruinaron insensiblemente. Saul, por mandado de Dios, hizo una destruccion que horroriza; David por orden de un profeta esterminó lo que habia escapado de la primera matanza, y no se le permitió salvar á su rey Agag, el cual fue despedazado. Despues de tan terrible egecucion no se ve mas el nombre de Amalec, sino en la historia de Ester, cuando Aman, que era amalecita, por vengarse de la humillacion en que

Mardoqueo, judío, le habia puesto sin querer, concibió el designio de quitar la vida en una misma noche, no solo á todos los judíos dispersos en los estados de Asuero, rey de Babilonia, sino tambien á los que habia dejado en Judea llorando las ruinas de su patria. Pero este horrible proyecto recayó sobre Aman, que fue esterminado con toda su familia, y á los judíos se les dió licencia para perseguir en todas partes á sus enemigos, de los cuales hicieron grande carnicería. Despues de este suceso no han vuelto á parecer los amalecitas.

CANANEOS.

Es tan difícil fijar los términos del país de los cananeos, como colocar las diferentes tribus ó linages que los habitaron. Estos eran siete ó nueve, y descendian de Cam, hijo de Noe. Estos pueblos fueron el principal objeto de las maldiciones que hemos dicho de Noe á Canaan su padre, y su destino era el de ser esterminados, arrojados de su tierra ó sometidos.

Es muy poco lo que se sabe de los cananeos antes de la irrupcion de los israelitas en su país. Por algunos incidentes que hallamos en los historiadores judíos se infiere que los cananeos eran pastores, labradores, soldados, artesanos, comerciantes y marineros, segun lo permitia su situacion. Cada tribu era gobernada por un rey, aunque muchas veces se reunieron contra Israel, su enemigo comun. Su resistencia, cuando los atacaban, manifiesta que eran valientes soldados. No les faltaban buenas fortalezas y ciudades, en las que sostuvieron prolongados sitios, con los espedientes que por entonces alcanzaba el arte de la defensa: estos siete ó nueve pue-

blos eran un cuerpo de nacion, dividido en muchos miembros; pero con leyes así comunes como particulares, y lo mismo sucedia en punto de religion. Por una parte se ve á Melquisedec, que era uno de sus reyes, profesar altamente el culto del verdadero Dios; por otra á los sacerdotes de Moloc, que desapiadados abrasan los niños que los cananeos ofrecian en holocausto á aquella divinidad infernal.

Sus reyes no eran despóticos, sino que arreglaban los asuntos interiores y esteriores en juntas populares. Por esto no fue Efron su rey, sino todo el pueblo con él, quien transigió con Abraham acerca del terreno que le vendieron para sepulcro de su familia. Sus gefes tal vez usaban solamente del derecho de persuasion, como se ve en la aventura de Dina.

Hemor, rey de Siquen, tenia un hijo, que se vió perdido de amor por Dina, hija de Jacob. En el fuego de sus deseos se atrevió este jóven á satisfacer su pasion sin el permiso de aquella que la causaba. Los hermanos de la ultrajada Dina acuden á las armas, y Hemor con lágrimas en los ojos suplica á Jacob y sus hijos, que perdonen al suyo. Este entrando en virtuosos sentimientos se ofrece á tomarla por esposa. Consienten en el matrimonio y en olvidar la injuria, con la condicion de que Hemor y los demas varones de su pueblo se circuncidasen. Hemor junta su pueblo, le hace presente las ventajas de una alianza que será sólida con esta condicion, y logra persuadirle. Se hizo la operacion, y al tercer dia, en la mayor fuerza del dolor, entraron de repente Simeon y Leví, hijos de Jacob, capitaneando á sus criados armados, y pasaron á cu-

chillo á todos los siquimitas, sacaron á Dina, despojaron los cadáveres; y luego los otros hijos de Jacob saquearon la ciudad, se apoderaron de todos los ganados, y llevaron cautivos los niños y mugeres.

Desde este punto toda la historia de este pueblo es una serie de guerras con los israelitas, en las que tuvieron mas reveses que victorias, y sus derrotas se cuentan siempre con circunstancias maravillosas y funestas. Sehon, rey al sur de Canaan, y Og, rey de Basam, queriendo resistir á los primeros esfuerzos del pueblo de Dios, son totalmente destruidos. Tomó Josué milagrosamente á Jericó, y solamente dejó viva á una muger con su familia. Al rey de Ai le ahogaron á la vista de su ciudad devorada por las llamas. Los gabaonitas evitaron la suerte comun con una alianza, fingiendo que venian de tierras muy distantes; pero si Josué les dejó la vida, los condenó para siempre á los trabajos de esclavos. Cinco reyes se juntan con Adonisedec para contener á Josué. Este llama contra ellos una nube de piedras que los arruina, detiene al sol para concluir la derrota, y hace ahorcar á todos cinco á la entrada de una caverna adonde se habian refugiado. Perecieron tambien siete príncipes reunidos con sus pueblos en tiempo de los sucesores de Josué. Adonibezec, que habia hecho cortar las manos y los pies á setenta reyes ó gefes cananeos, pasó por la misma pena. Sísara, uno de ellos, que creia oprimir á los israelitas, y reventarlos bajo las ruedas de sus carros de hierro, que en su ejército llegaban á novecientos, fue puesto en fuga, y pereció á manos de una muger, que cogiéndole dormido le atravesó un clavo por las sienes. De este modo todo contribuia á los triunfos del escogido pueblo, mientras

Muerte de Sisara.

Sisara, General de Jabin Rey de los Cananeos, huyendo derrotado por Barác, General de los Israelitas, se refugio en la tienda de Haber, á cuya esposa Jahél pidió un poco de agua para refrigerarse. Diole ella un gran vaso de leche; y habiendose dormido Sisara tendido en tierra: Jahél con un gran clabo le atrabesó las sienes, y quitó asi la vida á este soberbio enemigo de su pueblo.

T. L. Enguid.t de ag. fec. J. Rios cons.t

los cananeos en el anatema de la proscripcion se iban aniquilando á pesar de sus valerosos esfuerzos. Los unos quedaron sepultados en las ruinas de sus ciudades: los otros las abandonaron bramando de rabia: estos fueron á fundar colonias en Africa, y muchos se establecieron en la costa en donde el comercio los hizo famosos con el nombre de fenicios: los menos quedaron como tolerados en el pais en donde antes dominaban.

FILISTEOS.

Así como los pueblos de que hemos hablado estaban destinados á la espada de los israelitas, los filisteos fueron como una vara puesta en las manos de Dios para castigar á su pueblo. Su pais, que se dilataba por las costas del mar, es una tierra que se levanta en montes y colinas fertilísimas con vistas muy agradables. No hay allí rios: pero se desprenden de las montañas muchos arroyuelos. El clima es suave y templado. De los filisteos tomó el nombre de Palestina, el que permanece aun en los paises que los judíos habitaron antiguamente. Sus principales ciudades eran Gaza, que se juntaba con el mar por medio de un puertecito poco distante: Ascalon, puerto de mar; y Azot situada en una colina plantada de viñas y rodeada de valles fértiles en trigo: aun existen estas ciudades.

Descendian los filisteos de Cam, y podian muy bien haber sido colonia egipcia. Sus gefes tuvieron al principio un poder limitado, ó por decirlo mejor, su gobierno era una especie de aristocracia. Elegian ciertas cabezas que diesen cuenta, unas veces á los grandes, otras á los pueblos; de suerte que puede decirse que tuvieron en algunos tiempos gobierno

democrático. Su lengua se diferenciaba poco de la de los judíos. Las artes eran las mismas. Se les atribuye la invencion del arco y de la flecha. Tenian algunos hombres de muy alta estatura, reliquias de la antigua casta destruida.

Abimelec, su rey, conocia el verdadero Dios. Esta luz se fue insensiblemente eclipsando, y pocos paises se cubrieron de tan espesa niebla de idolatría. Dagon tenia su altar en Azot, Astarte y Venus en Get; Beelzebub, ó el Dios de las moscas, en Ezron, donde tenia un oráculo famoso. Los filisteos cumplian los deberes esteriores de su religion con mucha pompa en templos espaciosos y bien decorados, y ofrecian á sus dioses lo mas precioso del botin; mas aunque muy supersticiosos no sacrificaban víctimas humanas.

Dos reyes llamados Abimelec se enamoraron sucesivamente el uno de la muger de Abraham, y el otro de la muger de Isaac, teniendolas por hermanas; mas uno y otro las restituyeron intactas á sus esposos, acompañando la restitucion con regalos. Si en los primeros tiempos observaron las dos naciones entre sí buena correspondencia, de tal suerte se desavinieron despues, que jamás tuvieron una paz constante. En el reinado de Jefté humilló cruelmente á los filisteos Sanson, famoso por sus fuerzas, pues les mató en diferentes batallas muchos jóvenes, tomó á Ascalon, llevó en sus hombros las puertas de Gaza, y quemó sus casas. Ellos le sorprendieron, y le sacaron los ojos; pero mandándole traer los principales de la nacion á su presencia para servir de juguete en el templo adonde habian concurrido, derribó las columnas, y quedó con ellos sepultado en sus ruinas.

Se ignora mucha parte de las ventajas de este pueblo sobre los israelitas; pero sin duda fueron muchas, cuando se apoderaron del arca del Testamento, precioso depósito, y tan estimado del pueblo de Dios: la pusieron en el templo de Dagon, su ídolo, presentándola como ofrenda. Dios los castigó arruinando al ídolo y enviándoles una vergonzosa enfermedad. Otra prueba de superioridad en los filisteos es la de haberles quitado á los israelitas todas las armas, sin permitirles tener ni un herrero. Bien que salieron de tan infeliz situacion con las victorias de David, que siendo jóven mató de una pedrada con su honda al gigante Goliat, cubierto de pies á cabeza de una armadura de bronce.

Volvieron á verse superiores los filisteos, y ganaron la famosa batalla en que mataron á Saul; pero David le vengó. Otros reyes de Israel le impusieron el yugo, mas ellos le sacudieron y jamás se sujetaron del todo. Por último, como si el destino de estos dos pueblos fuese el de balancearse hasta el fin, consumiéndose recíprocamente, pasaron al mismo tiempo á la dominacion de los asirios, en la que se perdieron los filisteos y su memoria. Estos fueron los pueblos que ocuparon despues los israelitas, y esta la tierra que les habia sido prometida. Tuvieron contrariedad en su conquista y se vieron algunas veces sujetos á unos vecinos, cuya historia debe preceder á la de los judíos, porque da para ella las necesarias luces.

SIRIOS.

La Siria se divide en muchas provincias, cuyos límites y nombres perpetuamente han variado. En ella hay grandes montañas y rios, paises fértiles y

tierras desiertas. Al mismo tiempo que el frio mas áspero está helando las cumbres del Tauro, que el Líbano y Antilíbano se van cubiertos de nieve, que el resto de la Siria sin vientos ni nublados siente un calor sofocante que abate los espíritus y los cuerpos, circula un aire fresco entre las colinas que sostienen á las altas montañas, va siguiendo las riberas del rio Oronte, y vivifica á los habitadores de aquellos deliciosos paises. Entre las curiosidades naturales deben colocarse los famosos cedros del Líbano, objetos antiguamente del culto, y dos valles de sal de una profundidad que hasta ahora no ha podido sondearse, y por último las aguas minerales de Palmira.

Cuando las guerras y discordias civiles con la poderosa mano del tiempo hayan destruido nuestras ciudades, los que la fama traiga á contemplar en nuestros paises desiertos los restos de la antigua magnificencia, hallarán montones de horribles escombros; pero en ninguna parte reliquias tan preciosas como las que hoy se admiran en Balbec y en Palmira.

Balbec, situada en una deliciosa llanura al pie del monte Líbano, representa haber sido habitacion de muchos reyes poderosos, que sucesivamente vivieron en el mismo palacio, porque uno solo no pudo acabar los edificios cuyas ruinas todavía nos pasman. No puede darse un paso sin hallar preciosos fragmentos de escultura y arquitectura, innumerables estatuas, columnas, espaciosas bóvedas, paredes cargadas de bajos relieves, largas ramblas de escaleras del mas bello mármol, incrustaciones, y cuanto pudo ser adorno de unos edificios por sí mismos soberbios. Se advierte en estas ruinas variedad de producciones gigantescas de los antiguos constructores, mez-

clada con la ligereza y gracias de los arquitectos griegos y romanos. Los últimos esparcieron en las columnas sus fases, águilas, y los atributos de sus dioses. Un muro nos presenta tres piedras, la una de sesenta y tres pies, y las otras dos cada una de sesenta pies de largo sobre doce de ancho y de grueso, levantadas á treinta pies de altura. Otras mayores se ven todavía ya cortadas en las canteras del Líbano.

Palmira, rodeada de arenales y distante del Eufrates, nos presenta unas reliquias, que por la multitud, por sus masas y variedad no admiran menos que las de Balbec. Dicen que su esplendor se admiraba ya en tiempo de Salomon. En esta ciudad como en Balbec imprimieron los griegos y romanos el carácter de sus elegantes toques. Todavía se distinguen templos, anfiteatros, circos y sepulcros en donde la humana vanidad sobrevive á los despojos de los que allí se enterraron. Se han borrado sus nombres; pero los de la reina Cenovia y de Longino su ministro permanecerán grabados con elogio en los fastos de la historia.

Descienden los siros de Aram, el último hijo de Sem. Se juntaron con ellos muchas familias cananeas escapadas de la espada de Israel, por lo que en parte son descendientes de Cam. La Siria se dividia al principio en reinos pequeños, siendo el principal el de Damasco, que en cierto tiempo invadió á todos los otros. Generalmente pasaron, y aun pasan los siros por nacion blanda y afeminada; y al ver lo que hacian por parecerse á las mugeres en sus modales, se creerá que se avergonzaban de ser hombres. Estos desórdenes pudieron provenir del clima; pero aun mas influia la religion. No se conoce en la antigüedad otra que con sus ritos y emble-

mas pudiese desarreglar mas la imaginacion y corromper las costumbres. Su principal divinidad era una diosa, y lo que la vergüenza no permite decir era un objeto del culto, grabado en las paredes del los templos, ó levantado en trofeos de grandeza desmesurada. Sus sacerdotes mas acreditados eran eunucos vestidos de mugeres que afectaban ademanes blandos y lascivos.

El origen de este uso se atribuye á la aventura de un cierto Combabo, jóven y señor hermoso, al que un rey de Siria eligió por comandante de la escolta de su esposa Estratonice en una larga peregrinacion: temiendo que le acusarian de no haber observado con aquella hermosa reina los límites de moderacion, se hizo una operacion cruel, y depositó la prueba en una caja sellada, que entregó al rey. Llegó el tiempo de la calumnia, y le condenaron á muerte; mas antes de ir al suplicio suplicó al rey que abriese la caja que le habia confiado, y en ella se hallaron las pruebas indubitables de su inocencia. Admirado el rey al ver el sacrificio que habia hecho, le ofreció las primeras dignidades de su reino; pero Combabo no las admitió, eligiendo pasar su vida en un templo que Estratonice habia edificado. Con este motivo tuvo candidatos, que por fanatismo de su falsa religion imitaban á su gefe, y despues en ciertos dias festivos hubo jóvenes que arrebatados de una especie de delirio hacian consigo lo mismo en aquel templo. La locura de esta singular institucion se propagó, y la toleraron los romanos en el culto de Cibeles.

El templo de la gran diosa de Siria era como un panteon ó una reunion de todas las deidades griegas, bien sea que los sirios las tomasen de los

griegos, ó estos de los siros. El santuario estaba lleno de dioses y diosas, Júpiter, Apolo, Mercurio, Juno, Venus y Minerva, en fin todas las divinidades que poblaban el olimpo griego. La diosa llevaba por adorno los atributos de cada una de las deidades hembras: el cetro de Juno, el ceñidor de Venus, la rueca de Nemesis, la tijera de las Parcas, y cada emblema adornado de la pedrería mas estimada por su resplandor y tamaño. El sol y la luna tenia su trono en este templo, pero sin estátuas. Allí estaba la Semíramis, que se cree haberle edificado. Lo que mas se admira es que estuviesen allí las estátuas de Helena, Hecuba, Andrómaca, Héctor y Páris; en una palabra, todos los héroes de Troya. Esta mezcla nos deja inciertos acerca de los dogmas de los siros, y mucho mas porque tambien tenian estátuas los dioses que presidian á las plagas, enfermedades y pestes, con la de Filomela, Progne, Tereo convertido en pájaro, y aun Sardanápalo. Ultimamente enseñaban con veneracion una abertura en el pavimento, por donde decian que se habia retirado el agua del diluvio de *Deucalion*.

Nada faltaba en este templo, porque allí habia caballos, leones y águilas como animales sagrados, y un lago rodeado de estátuas, en donde se conservaba variedad de peces. No se sabe si en honra de estos se quemaba incienso noche y dia en un altar que parecia flotante sobre el agua: tanto se ocultaba á la curiosidad el modo con que se sostenia. El arsenal del paganismo no era perfecto si le faltaba un oráculo. Aquí respondia Apolo, único dios que en este templo estaba vestido, por el órgano de sus sacerdotes, precediendo espantosos ruidos, que se oian cerradas las puertas del templo. Seria difícil des-

cribir lo que pasaba en aquella especie de capillas perfumadas, y en los bosquetes en donde todo respiraba sensualidad, y lo que en ellos permitia y prescribia un impuro fanatismo: eran escesos monstruosos, de cuyo libertinage la embriaguez del populacho mas vil de nuestras ciudades apartaria los ojos; y si creemos á las historias griegas, estas eran las costumbres de todo un pueblo.

No obstante esta sensualidad fueron los siros hombres hábiles en las artes y en las ciencias. Por hallarse casi en el centro del mundo que se conocia, fueron los depositarios de los conocimientos de las otras gentes, los conservaron por largo tiempo en su lengua, y los perpetuaron con su escritura: una y otra son parecidas á las de los hebreos. Hacian grande comercio, sobre todo por el Eufrates, que los proporcionaba las mercancías de la Persia y de la India. Era su pais el paso de la costa mas comerciante del mar Rojo al Mediterráneo, y tenian en el primero un puerto, con el que eran dueños del comercio de Egipto.

D. del. D. 1955. A. de J. C. 1043. Muchos cantones de Siria tuvieron sus reyes, de los que pocos son conocidos. El mas famoso de los habitadores de Sobá fue Adarecer (1955), que tuvo una guerra desgraciada con David. Aspiraba antes á la soberanía de toda la Siria; pero viendo derrotadas sus tropas y las de sus aliados, tuvo por grande dicha morir en su pequeño trono.

D. del D. 2059. A. de J. C. 939. El de Damasco (2059) se levantó sobre sus ruinas. No sabemos por menor las guerras que tres sucesores suyos tuvieron con los israelitas. Los inútiles esfuerzos de Benadad son mas conocidos. Se aturde la imaginacion con el número de hombres que ponian en campaña estos antiguos reyes de Si-

ria, y las pretensiones insolentes que les inspiraban aquellos egércitos formidables. Benadad, acampado delante de Samaria, no mandaba menos al rey Acab, que el que dejase registrar su palacio y los de los grandes para robar cuanto le conviniese de riquezas, hombres y niños. "Si á esto se niega, decia, traeré otro egército tan numeroso, que aun cuando cada soldado mio solo saque un puñado de tierra de las ruinas de Samaria, toda la ciudad desaparecerá." Esta amenaza tuvo la suerte ordinaria de tales fanfarronadas. Estaba Benadad muy sosegado en su campo, creyéndose muy seguro, y le dijeron que salia de la ciudad un pequeño cuerpo de israelitas, y él respondió: *Que me los traigan vivos.* El gefe era el rey Acab, que á la cabeza de una tropa determinada iba al medio del dia á sorprender los siros cuando estaban á la mesa; y al primer ataque del israelita, sobrecogidos los siros de un terror pánico, huyeron asustados hasta su pais.

Los cortesanos de Benadad le dijeron: "Esta victoria, señor, ha sido fácil para Acab, porque su Dios es el dios de las montañas: los nuestros son dioses de las llanuras: atácalos en ellas, y verás lo que sucede." Benadad hizo la esperiencia, y perdió cien mil hombres: una muralla de la ciudad de Afec, adonde se refugió, oprimió, arruinándose toda, á veinte y siete mil. Estas derrotas templaron la soberbia de Benadad, y pidió la paz al rey Acab. Ambos se presentaron en un mismo carro como amigos; pero volvieron á desavenirse, y hubo una batalla sangrienta, en que quedó la victoria indecisa.

El general que mandaba esta espedicion se llamaba Naaman, y era leproso. Una doncella israelita, que habia cautivado, le aconsejó que recurrie-

se al profeta Eliseo. Lo hizo así, y no solo logró la salud del cuerpo, sino tambien la del alma; porque le inició en la fe y culto de un solo Dios. Con esto se esparció en la corte de Benadad la buena reputacion de Eliseo, como de un hombre favorecido de Dios. Con motivo de otra espedicion meditada contra los judíos, cuyo secreto se malogró, creyó el príncipe que este hombre maravilloso habia descubierto su proyecto, y así envió soldados á prenderle, y llevarle á su presencia. Llegaron de noche; mas no salió el sol para ellos, porque se quedaron ciegos. Los llevaron sin advertirlo ellos á la plaza de Samaria: allí, restituida la vista, se quedaron pasmados al ver en donde estaban. Los samaritanos, aunque tenian motivo de quejarse de la crueldad de su rey, no los trataron como á prisioneros, y se los enviaron sanos y salvos.

D. del D. 2159. A. de J. C. 839. A pesar de esta generosidad volvió todavia Benadad otra vez (2159) contra Samaria; pero fue la última: porque Hazael, uno de sus generales, le quitó la corona y la vida. Este mantuvo contra los judíos todo el furor de su antecesor, y mas fortuna; porque tomó y saqueó á Jerusalen, y sometió los reinos de Israel y de Judá. Se hizo tambien con la toma de Elat un grande establecimiento en la costa del mar Rojo. En tiempo de Hazael llegó la Siria al mas alto punto del poder.

D. del D. 2063. A. de J. C. 935. Benadad segundo, su hijo (2063), todo lo perdió, hasta hacerse tributario de los judíos. Rezon borró este oprobio, y le imprimió en la frente de Israel: cruel alternativa de los pueblos unos contra otros, sin advertir que así caminan á su perdicion. Estos dos pueblos rivales pasaron, como lo veremos, al yugo de los asirios.

Apenas se reconocen los campos de dos reinos pequeños, Hamat y Gesar (1969 á 1988). Todo su lustre, poco ó mucho, venia de la alianza con reinos mas considerables; por lo que el último rey de Gesar se sostuvo dando su hija Talamay á David por esposa; pero cuando los estados que los protegian fueron destruidos por los asirios, quedaron los protegidos sepultados en sus ruinas.

FENICIOS.

El nombre de Fenicia y el de Tiro y Sidon, que eran las principales ciudades de este pais, presentan al espíritu la idea de uno de los estados mas comerciantes del universo. Si quitamos los estrangeros, que el comercio llamaba, veremos un pueblo de corto número, y quizá de los fugitivos de Canaan, siendo sus principales fuerzas las familias siras y egipcias establecidas en la costa en terreno fértil, y en las riberas del mar Mediterráneo.

Las ciudades de los fenicios, no pudiendo ya contener el número de habitadores, tuvieron precision en muchas circunstancias de aliviarse, enviando colonias del esceso de su poblacion. Desde las costas orientales del Mediterráneo llegaron hasta el estrecho de Gibraltar: le pasaron, y fueron á reconocer las islas Británicas. Su misma situacion favorecia á las especulaciones del comercio. El mar bañaba sus costas, los bosques del Líbano les proveian con abundancia de madera para la construccion de sus naves: velas, cables y otros aparejos les llegaban fácilmente del Egipto. Tenian numerosos puertos, espaciosos y seguros: salian de ellos flotas cargadas no solamente de sus manufacturas, sino tambien de las producciones de Oriente y Mediodia,

que sacaban por la Siria, y las vendian en la Grecia, y aun mas lejos; de tal suerte que por muchos siglos fueron los factores del Occidente, y el lazo que unia las tres partes conocidas del mundo.

No tenian los fenicios la sola industria y ardides del comercio, tambien tenian la envidia. Si algunas veces les seguian otros contrincantes para descubrir adonde iban, se dice que no contentándose con tomar alguna falsa ruta, se arrojaban á mares tempestuosos y sembrados de escollos, aventurados á perderse muy contentos si lograban arrastrar consigo á sus rivales. Mas hacian; porque cuando no habia riesgo de ser descubiertos, daban como corsarios sobre aquellos curiosos indiscretos, mataban los hombres, y echaban á pique sus naves para que no hubiese noticias de sus diarios y relaciones comerciales.

En este pequeño pais son tan famosas las ciudades como en otros los reinos enteros. Tiro y Sidon lograron grande reputacion en todos géneros; porque en estas opulentas ciudades se cultivaban con lustre la filosofía, la elocuencia, y las demas ciencias que piden en el que las aprende tranquilidad y comodidad. Las necesidades del comercio perfeccionaron la geometría, astronomía y aritmética. Allí se formaron artistas escelentes, escultores, pintores, arquitectos, bordadores, carpinteros y herreros. A los reyes de este corto pais recurrian los grandes monarcas cuando querian construir algun importante monumento: sabemos que Salomon cuando emprendió el edificio y adorno del templo de Jerusalen se valió de Hiran, rey de Tiro, para que le diese directores de la obra y esperimentados oficiales. El reparo que se ofrecerá muchas veces es, que aquellas

ciudades en donde florecen las ciencias y brillan las luces, y que debieran por esta razon ser el asilo de la prudencia y las costumbres, casi siempre son el centro del error, y una sentina de corrupcion. Todos se admiran de que los fenicios, que tenian de los patriarcas sus padres la adoracion de un verdadero Dios, sustituyesen en su lugar y con bastante rapidez las idolatrías usadas entre los siros sus vecinos, como eran el culto del sol, bajo el nombre de Baal: el de Astarot ó la luna: el del fuego en el ídolo de Moloc, al que entregaban víctimas humanas.

Tenian un rito particular suyo, y era el de Adonis. Este fue un jóven de singular hermosura, disputada por dos diosas: Venus se le llevó contra Diana, y esta en el furor de sus zelos hizo que un fiero jabalí hiriese de muerte al objeto de su pasion. Estos amores y la funesta catástrofe los celebraban los fenicios, asi hombres como mugeres, con todas las circunstancias del esceso. En memoria del dolor de Venus, privada de su amante, tenian las mugeres el dia de la fiesta obligacion de consagrar sus cabellos en el altar del templo, á no ser que en el mismo templo los rescatasen complaciendo enteramente á los deseos de los que se presentaban. Un efecto natural contribuia para que esta torpe costumbre se sostuviese: pues en la estacion en que se hacia la fiesta, las aguas del rio Adonis se teñian de color de sangre; porque entonces derritiéndose las nieves del Líbano crecian tanto, que llegando á unos terrenos colorados, tomaban al paso esta tintura. El pueblo creia que este fenómeno consistia en la sangre que salia de la herida de Adonis, y con esto se perpetuaba la superstícion. Por otra par-

te conocian los fenicios los dioses adorados en la Grecia con los nombres que allí tenian, Júpiter, Marte, Neptuno, Pluton y otros. Las aventuras que contaban de ellos se parecian mucho á las que los egipcios publicaban de sus dioses con otros nombres. Esta semejanza ha servido entre los escritores laboriosos para imaginar la filiacion de las idolatrías. Pero bien puede decirse que por ser los fenicios negociantes, viageros y marineros se hallaba entre ellos toda suerte de creencias.

Tiro y Sidon fueron muy nombradas por sus manufacturas, por la elegancia de sus obras en madera, hierro, oro, plata y bronce, y por la blancura y finura de sus telas de lino. Se cree que el vidrio fue invencion de sus habitadores. Se hallaba en sus costas una concha pequeña que daba la púrpura; mas ya no se encuentra. Fue Tiro edificada sucesivamente primero en la tierra firme, despues en una isla que estaba enfrente, y por último en esta misma isla, que hicieron península por medio de un dique, sobre el cual fueron prolongando las casas. Por lo que nos ha quedado de sus ruinas parece que sus habitadores, conociendo como mercaderes las ventajas de la economía, edificaban mas bien para la utilidad que para el esplendor. Tambien puede ser que la estrechez del terreno no les permitiese ocuparle con grandes edificios, y así lo destinaron para los alrededores. Por el lado de Sidon se hallan aun restos de magnificencia pertenecientes á las dos ciudades. Entre otros una dilatada cisterna, que despues de haber proveido de aguas á Sidon, iba á refrescar á Tiro por canales colocados sobre el dique. Cuando Tiro se trasladó á la isla estaban estas dos ciudades, y otra llama-

da Arad, tan vecinas, que Trípoli, así llamada como quien dice, *tres ciudades*, cubre su terreno de modo que no se puede decir que se estienda mas sobre el de la una que sobre el de la otra.

Sidon, algo mas avanzada tierra adentro, era sin duda la habitacion de los grandes, y Tiro la de los mercaderes. Esta tenia dos puertos, uno de invierno y otro de verano; bien que por la inflexion favorable de la costa podian las naves en todas las estaciones abordar y salir. No se reducian las ciudades de la Fenicia á las tres nombradas: pues la tierra cargada en muchos parages de montañas, de escombros, y cubierta de ruinas al rededor, es un testimonio de ciudades mas numerosas, que no podria mantener un pais tan corto, si no le hubiera vivificado el comercio.

Algunas de estas ciudades fueron repúblicas; otras obedecian á reyes. La historia fabulosa nombra entre los primeros á Genor y á Fenix, que dió su nombre á la Fenicia. Cadmo, prosigue la fábula, fue por orden suya á buscar en Grecia á su hermana Europa, en donde halló tesoros, y fundó reinos, en lo que sin duda se denotan espediciones marítimas de comercio.

El primer rey de Sidon (2648) es Sidon, hijo de Canaan. Despues hay un grande intervalo hasta Tetramnesto, que proveyó de trescientas galeras á Gerges, rey de Persia, contra los griegos. No se sabe si como aliado, ó como tributario. En tiempo de Tennes, su sucesor, fueron sometidos los sidonios; pero se rebelaron. Darío Oco marchó contra ellos con todas sus fuerzas, resuelto á sujetarlos ó destruirlos. Despues de una vigorosa defensa hablaron de rendirse con ciertas condiciones; pero

D. del D. 2688. A. de J. C. 350.

hubo entre ellos traidores, y aun el mismo rey de Sidon abandonó á sus vasallos. Los que fueron diputados al campo de los persas para tratar, quedaron inhumanamente muertos. Entraron los enemigos en la ciudad abriéndoles las puertas, por la connivencia del rey que se habia quedado con los persas. Reducidos los infelices habitadores á la desesperacion, se encerraron en sus casas con sus hijos y mugeres, las pegaron fuego, y se sepultaron bajo las ruinas de su patria. No le quedaron á Darío mas que cenizas, de las que sacó grandes riquezas, así en metales fundidos, como en efectos preciosos que escaparon de las llamas. El cobarde rey, que habia abandonado á su pueblo, nada adelantó con su cobardía; porque el vencedor le despreció, y le quitó la vida.

Algunas familias sidonias se habian substraido en sus embarcaciones de la barbarie de Darío. Cuando éste se retiró volvieron á ver los restos de la ciudad que aun humeaban, y la reedificaron, mas no pudieron restituirla el esplendor que habia tenido. El odio contra los persas se perpetuó de suerte que cuando Alejandro, que les hacia guerra, se presentó delante de Sidon, le abrió las puertas á pesar de su rey Estraton, que no queria sufrir el nuevo yugo. Puso Alejandro en su lugar sobre el trono á un hombre llamado Abdolonimo, que por su prudencia y virtudes morales se habia grangeado, sin pretenderla, la estimacion de sus conciudadanos. Los diputados del vencedor, que le llevaron la corona, le hallaron ocupado en las labores de su huerta. Despues de algunas espresiones dirigidas á su vida campestre, se dejó llevar con repugnancia al trono; pero su mano con el cetro hizo florecer su

Elevacion de Abdolónimo.

Informado Alexandro de las virtudes pobreza y sabiduria de este descendiente de los Reyes de Sidón, le eligió para que sucediese en aquel trono á Tennes. Cultivando la tierra le hallaron al presentarle la corona, sin que ni aun hubiese llegado á sus oidos el estruendo de las armas; y preguntandole Alexandro: ¿Como has llevado tu pobreza? respondió: ¡Ojalá lleve igualmente bien la corona!

P. V. Rodrigo la grabó.

reino, así como habia fertilizado su huerta con la hazada. Hizo feliz á su pueblo, y acreditó la eleccion de Alejandro.

El primer rey de Tiro que sabemos (1984) es Abibal, antecesor de Hiran, conocido por su conexion con Salomon: fue el que proveyó de maderas de Líbano para la construccion del templo de Jerusalen, y para la de las naves. Estos reyes se proponian enigmas que adivinar, ocupacion muy estimada entre los antiguos. D. del D. 1984. A. de J. C. 1014.

Apenas se conocen sino los nombres de los siete reyes siguientes hasta Pigmaleon. Este nos dejó la fama de príncipe avaro, que quitó á su hermano la vida por gozar de sus tesoros. Dido su viuda le engañó, ocultó las riquezas, y las llevó en barcos; y habiendo navegado errante por algun tiempo, abordó á muchas playas, en donde los aventureros que la acompañaban tomaron provisiones, y aun mugeres, hasta que por último, recibiéndolos bien en la costa de Africa los habitadores de Utica, colonia Tiria (2420), fundaron á Cartago en un terreno inmediato. Los tirios, zelosos de los monarcas vecinos, sufrieron dos sitios, uno de cinco años, otro de trece, bajo reyes poco conocidos, y el tercero y último en tiempo de su rey Baal por Nabucodonosor. Despues de una porfiada resistencia se salvaron los tirios en sus naves, abandonaron al vencedor las casas vacías, y este se vengó en destruirlas. Tiro, que estuvo antes en la ribera, fue reedificada en una isla pequeña poco distante, y la fortificaron hasta hacerla inespugnable. Probaron á gobernarse por magistrados con el nombre de *sufates* ó *jueces*; pero volvieron á tener rey. Los cuatro reinaron obscuramente. En tiempo del D. del D. 2420. A. de J. C. 578.

último, ó durante un interregno, los esclavos, que entonces eran muchos en Tiro, quitaron la vida á sus amos, y apoderándose de todas las riquezas, se casaron con las viudas y las hijas: resolvieron despues entregarse á un rey. Se juntaron los gefes, y no pudiendo convenirse, resolvieron que el primero que al dia siguiente viese el sol sería el proclamado como mas favorecido de los dioses. Uno de ellos habia salvado la vida á su amo Estraton que le habia tratado siempre con humanidad. El esclavo le refirió el resultado de la deliberacion, y Estraton le dijo: "ellos sin duda mirarán todos al oriente; pero tú vuelve hácia el occidente tus ojos desde el sitio mas elevado de la torre mas alta de la ciudad, y la verás antes que ninguno dorada con los rayos del sol." Siguió el consejo, y le salió bien. Admirados los esclavos, y persuadidos á que tanta sagacidad escedia á los límites de la capacidad comun, suplicaron al esclavo que les descubriese quién le habia dado este arbitrio. Confesó que era de Estraton su amo, cuya vida y la de su hijo habia salvado, reconocido á su bondad. Los esclavos tuvieron á Estraton por un hombre conservado con particular providencia de los dioses, y le proclamaron rey.

D. del D. 2667. A. de J. C. 331.

Le sucedió su hijo (2667), y pasó el cetro á las manos de sus descendientes, el último de los cuales se llamaba Acelmico. Reinando este llegó Alejandro diciendo que iba á vengar el agravio que los esclavos habian hecho á sus dueños mas de doscientos años antes. Para el que tiene la manía de conquistador todas las razones son buenas. Pero halló unos hombres determinados á defenderse, que no se espantaban por las victorias. Para ser constantes en su resolucion, y no moverse por el amor á sus hi-

jos y mugeres, los enviaron á Cartago. Sus murallas eran muy gruesas rodeadas de la mar, erizadas de máquinas ofensivas y defensivas, y protegidas con una escuadra. Despues de malogrados muchos ataques, advirtió Alejandro que era preciso llegar al último medio eficaz contra una isla, que era juntarla con la tierra firme. Empezó á trabajar un dique que atravesase el mar, y aquí se esplicaron el valor y la industria de los sitiados. Sus buzos apartaban las piedras que arrojaban en el mar, y con sus chalupas arrancaban los árboles que echaban para detenerlas. No obstante, se iba la obra adelantando, y á pocos dias podian combatir de cerca: no hubo arbitrio de que no se valiesen los sitiados reducidos á esta estremidad: maderos ardiendo para retirar á los sitiadores, garfios muy largos para traerlos y precipitarlos entre el dique y la ciudad. Desde las altas murallas arrojaban sobre ellos aceite hirviendo y arena abrasando, la que introduciéndose por entre las armaduras los quemaba vivos, y les hacia dar horrorosos gritos.

Siete meses duró el sitio, hasta que Alejandro tomó la ciudad espada en mano, y entró como vencedor irritado. Pasó dos mil hombres á cuchillo, y crucificó otros dos mil al rededor de las murallas, diciendo que una casta de esclavos no merecia otro castigo. Para dar un colorido de justicia á lo que era efecto de venganza por la pérdida que habia tenido en el sitio, perdonó á los descendientes de Estraton. Arruinó lo que habia quedado de Tiro, y allanando los escombros, edificó otra ciudad declarándose por su fundador.

Si este conquistador no esperimentó la resistencia, tuvo contra sí la mala voluntad de parte de Ge-

rostrato, tercer rey de Arad, pequeño pais cuya capital es Arado, que situada en una isla era la única fortaleza. Queria Gerostrato conservar la alianza con Darío; pero un hijo suyo entregó todas las plazas de su padre, y este no lo negó. Quiso el vencedor tener por efecto de buena voluntad esta accion que dictó la necesidad, y así cayó la Fenicia en la division que hicieron los generales de Alejandro.

JUDÍOS.

Entrando mas adentro en las tierras del Asia, se halla la Judea en los paises que hemos descrito hablando de los pueblos de Canaan. Reconocen los judíos por padre (1076) á Abraham, hijo de Taré, descendiente de Sem, hijo de Noé, cuya filiacion se ve en el Génesis. Los descendientes de Sem se estendieron por la Armenia, en donde se detuvo el arca, y desde allí por la Mesopotamia, despues por la Caldea, en donde nació Abraham. Por haberle escogido Dios para ser el tronco de un grande pueblo, le separó de los otros descendientes de Sem. Se trasladó pues al pais de Haram cerca de la Mesopotamia con su padre Taré, que murió allí. Cuando Abraham pensaba fijarse en el mismo pais, la voluntad divina le condujo á la tierra de Canaan que habia de ser herencia de sus descendientes.

D. del D. 1076.
A. de J. C. 1922.

Aquí empieza una larga serie de sucesos que nos presentan los sagrados libros como dictados por Dios. Los incrédulos, que se resisten á reconocer la influencia divina en los hechos cuya relacion vamos á compendiar, nos arguyen diciendo, que pocas naciones antiguas hay que no piensen que fueron establecidas con milagros, y que sus fundadores ó primeros legisladores tuvieron trato inmedia-

to con alguna divinidad: y por esto, por estraños que sean los hechos de sus historias, nos las presentan como depósitos de la verdad. Si no creemos pues á estos, ¿por qué hemos de dar fe á las historias de los hebreos?

A esta objecion se dice, que la respuesta se halla en la misma historia Sagrada, porque los libros santos no cuentan solamente los hechos sucedidos, sino que tambien refieren los sucesos futuros, pues muchos siglos antes profetizan la suerte de los imperios. Señalan el tiempo de su elevacion y de su caida, la destruccion entera y eterna de las mas florecientes ciudades, y esto cuando estaban en el mayor esplendor, como sucedió con la suntuosa Babilonia, de la cual se busca hoy inutilmente la situacion, como se lo profetizó Isaias. En la Escritura se llama á Ciro por su nombre muchos años antes que existiese, y se anuncian con la misma certidumbre las victorias y la humillacion de Nabucodonosor. Por último, los escritores sagrados describen como si pasáran en su presencia los desastres de las naciones enemigas del pueblo escogido, y las desgracias merecidas por este mismo pueblo, mucho antes que sucedan.

¿De quién tuvieron esta presciencia, añaden los judíos y los cristianos, los que escribieron los sagrados libros, sino de aquel Señor en cuya presencia está lo venidero, como lo existente y lo pasado? Ahora bien, es contra toda verisimilitud que unos hombres que tenian este íntimo trato con el Ser supremo, y eran elegidos para ser órganos de su sabiduría, diesen al universo por verdades un tegido de mentiras. Por lo cual, por mas estraños que nos parezcan algunos hechos ó sus motivos, y aunque su

posibilidad y justicia sean superiores á las luces de la razon natural, desde luego que unos historiadores cuya veracidad no admite duda nos presentan estos hechos y sus motivos como inspirados, mandados y dirigidos por el autor de la naturaleza, que es superior y dueño para disponer de las leyes que ha criado, deben contentarse con la sinceridad de la conviccion, sin obligacion alguna de esplicarlos y comentarlos, como si necesitáran de justificacion. Obsérvese como mérito de la Sagrada historia, respecto de los incrédulos que la nieguen, la inspiracion divina, que esta entre todos los anales antiguos es la única que nos instruye en los progresos y vicisitudes que habian de sobrevenir en una nacion por larga serie de siglos. Por lo cual, acerca de los principios del pueblo judío pondremos algunas menudencias, que hemos omitido en los de otros por la frecuente interrupcion que hallamos en el orden de los hechos.

El primer cuidado de Abraham, cuando llegó al pais de Canaan, fue erigir un altar al verdadero Dios, que se le apareció, y confirmó la promesa de dar aquella tierra á sus descendientes. El hambre le precisó á pasar á Egipto, en donde por la hermosura de Sara su esposa, é hija de su tio, se vió en gran peligro de parte del rey Faraon. Habia convenido con ella en que diria ser hermana (este trato usaban entre parientes cercanos) temiendo que el rey le quitase la vida para casarse con ella. Con efecto, teniéndola por hermana de Abraham la admitió Faraon entre sus mugeres; pero Dios le dió á entender el delito que iba á cometer, y así se abstuvo. Cesó el hambre, y volvió Abraham á la tierra de Canaan. Viéndose sin hijo, y sin esperanza de

tenerle, porque ya Sara era de avanzada edad, se proponia dar toda su hacienda á Eliecer su mayordomo. Sara, queriendo ver á lo menos algun heredero de su esposo, le dió á su esclava Agar, y de esta tuvo un hijo á quien llamó Ismael. Sara tambien llegó á ser madre, y parió á Isaac, á quien su padre circuncidó, porque Abraham que sufrió esta operacion por orden de Dios, la egecutó con toda su descendencia, como le mandó el Señor, en señal de la alianza que hacia con toda su familia.

Por una diferencia que sucedió entre las dos madres (1101), despidió Abraham á Agar y su hijo, los cuales se fueron hácia el desierto; y Ismael fue padre de los árabes, nacion que, segun la promesa hecha al santo Patriarca, jamás ha sido sometida, y se quedó con el hijo de la muger libre, objeto de la predileccion de su padre, y en el que habian de recaer, como sucedió, las bendiciones prometidas al pueblo hebreo, de quien fue padre. D. del D. 1101. A. de J. C. 1897.

La fe de Abraham en las promesas pertenecientes á Isaac y sus descendientes se vió en la prueba mas terrible. Le mandó Dios que sacrificase aquel hijo tan amado; y el santo Patriarca, sin murmurar ni quejarse, aunque penetrado su corazon del mas vivo dolor, cargó á su hijo con la leña para la hoguera en que habia de ser consumido: se pone en camino con él, guardando un triste silencio sobre las preguntas que se le ofrecieron á su hijo á vista de un aparato tan estraño. Llegando al lugar que Dios le señaló, ató la inocente víctima; y cuando iba á dar el golpe, le detuvo un angel, y satisfecho Dios de su obediencia, confirmó con juramento las promesas que le habia hecho. Murió Sara, se casó el Patriarca con Cétura, de

la que tuvo seis hijos: los dotó de modo que no tuviesen que pretender en la parte de Isaac. Estos se fueron á la Arabia, en donde se mezclaron con los hijos de Ismael.

D. del D. 1142. A. de J. C. 1852. El casamiento de Isaac, que habia de ser orígen de una nacion santa, pedia las mas prudentes precauciones. Quiso Abraham (1142) casarle con doncella de su familia: envió á Eliecer á su nativo pais: este le trajo á Rebeca, hija de su cuñado, y consoló la vejez de Abraham: aunque no tuvo hijos hasta despues de su muerte.

D. del D. 1152. A. de J. C. 1848. Jacob y Esau, dos gemelos de Rebeca (1152), en el mismo seno de su madre dieron muestras de la division que habia de reinar entre ellos. Nació primero Esau, y vendió despues á Jacob el derecho de primogenitura. Esta cesion fue el principio de la discordia entre los dos hermanos, por estar vinculada al derecho de primogenitura la posesion de las ventajas prometidas á Abraham, y entre otras la de ser cabeza y padre del pueblo que habia de dar á luz al Mesías, el cual estenderia su imperio sobre toda la tierra.

D. del D. 1239. A. de J. C. 1759. El odio de Esau obligó á Jacob (1239) á buscar refugio en el pais de su familia, de donde habia venido su madre Rebeca. Halló dos primas, hijas de su tio Laban: Raquel, que era la mas jóven, le cautivó el corazon, y solicitó su casamiento. Engañado por Laban, que queria casar primero á la mayor, se halló esposo de Lia, y no consiguió el objeto de sus deseos hasta despues de catorce años de perseverancia, y la mayor parte de estos cedieron en utilidad de su suegro.

En la casa de Laban nacieron de las dos esposas y de sus esclavas los diez hijos de Jacob padres

de las diez tribus, y una sola hija llamada Dina. De Raquel solo se cuentan José y Benjamin, que fue el último de todos. José tuvo dos hijos, que completaron las doce tribus.

Despues de muchos años que Jacob empleó en hacerse un fondo de riqueza y fortificar su familia, quiso presentar á su padre su hermosa posteridad. Laban, que se hallaba bien con él por el aumento de sus bienes, pretendió detenerle, y por haber engañado su vigilancia, le fue siguiendo y le alcanzó; pero se compusieron entre sí, y continuó Jacob su viage.

Libre ya de este peligro, se vió en otro mayor por parte de Esau su hermano. Cuando ya estaba para llegar á ver á Isaac su padre, vivia Esau cerca del mismo pais. Le habia enviado Jacob á cumplimentar con sumision; pero Esau no correspondió á esta cortesía, de lo que infirió Jacob que su hermano venia con gente armada á salirle al encuentro, y su antigua division le daba motivos de temerle. Este pues, sabiendo que se acercaba Esau, habia distribuido sus criados, mugeres y niños en varias divisiones. Cuando se presentó fueron sucesivamente á llevar sus regalos á Esau: los abrazó, y llegando por último á su hermano, le estrechó tiernamente entre sus brazos. Queria acompañarle y servirle de escolta hasta la casa de su padre. Jacob con alguna desconfianza le dió las gracias, y Esau se retiró al pais de los idumeos en que residia, quedándose Jacob con Isaac en la tierra de Canaan, en donde este murió. Le enterraron sus hijos en el sepulcro de Abraham: y Jacob, como que gozaba del derecho de primogenitura, se fijó en el dominio de su padre.

No tuvo el consuelo de llevar á su amada Raquel, porque habia muerto antes que él viese á Isaac. José y Benjamin, hijos de esta querida esposa, fueron el alivio de la vejez de su padre, porque algunos de los otros derramaron en su alma el mas amargo dolor. Ruben se manchó con el incesto con la concubina de su propio padre. Simeon y Leví, con atroz venganza y bárbara perfidia, mataron los varones de un pueblo que se habia fiado de su palabra. Dan, Neftalí, Gad, Aser y Judas cometieron contra José un delito, que influyó en la suerte de toda su familia.

D. del D. 1284. A. de J. C. 1714. Tenia Jacob (1284) una predileccion hácia este hijo de Raquel, que escitó la envidia de sus bermanos. La poca edad de José no prevenia los efectos de esta pasion, y acaso ni aun la conocia. Sucedió pues, que contase delante de su mismo padre estos dos sueños. "Soñaba yo que estando todos nosotros atando gavillas en el campo, estaba la mia derecha en el medio, y que las vuestras se postraban para adorarla: otra vez me pareció que yo era el sol, y que la luna y once estrellas rodeándome me rendian homenage." Reprendió Jacob en su hijo la vanidad que le parecia indicaban estos sueños. Mas no se contentaron sus hermanos con esta reprension, y formaron el proyecto de vengarse. Viéndole venir á ellos cierto dia, en que los iba á visitar de parte de su padre en el desierto donde guardaban sus rebaños, se dijeron unos á otros: *Aquí viene el soñador: ¿quién nos puede impedir deshacernos de él?*

Cuando iban á descargar sus manos sobre el inocente, los detuvo Ruben, representándoles el horror de derramar la sangre de su hermano, y les

aconsejó que le metiesen en una cisterna seca, en la que presto moriria de hambre. Esto dijo con la intencion de sacarle cuando estuviesen distantes, y enviarle á su padre. Mas pasando una caravana de mercaderes ismaelitas, le sacaron de la cisterna, y se le vendieron. Para que Jacob no pudiese sospechar el delito con que le privaban de la presencia de su querido hijo, le enviaron la túnica ó vestido teñido de sangre, diciendo que le habia despedazado una fiera. Los creyó el desgraciado padre; y el afecto que se repartia entre los dos hijos de Raquel, le trasladó todo á Benjamin, pero sin cesar de llorar por José.

Llevaron los mercaderes este esclavo á Egipto, y le vendieron á Putifar, primer ministro de la corona. Halló su amo tanta inteligencia en José, que le confió el cuidado de toda su casa. Pero su ama advirtió demasiado otras calidades, porque estaba en la flor de su edad. Quiso seducirle, y resistió: prosiguió en instarle y estrecharle, y él huyó: pretendió detenerle tirándole de la capa, y él se la dejó en las manos. Esto que era prueba de la inocencia de José, lo convirtió aquella muger vengativa en cuerpo de delito. Le acusó de que la habia querido hacer violencia: su esposo la dió crédito, y hizo llevar al esclavo á la cárcel real. En ella halló al copero y al panadero del rey, esperando cada uno su sentencia. En esta situacion tuvieron dos sueños, y se los comunicaron á José, el que se los esplicó pronosticando la muerte del panadero; y al que servia la copa le dijo, que se veria restituido á su empleo, como sucedió.

Se puede notar en esta historia, que en aquel tiempo tenian á los sueños por inspiraciones relati-

vas á los sucesos futuros. Soñó tambien Faraon, rey de Egipto, y le resultó grande inquietud de su sueño. Todos los sabios de Egipto fueron llamados para esplicarlos; pero ninguno acertó. Con la perplejidad del rey, le vino al que le servia la copa la memoria del intérprete del suyo, que estaba en la cárcel: le llevaron á la presencia de Faraon, y este le dijo: "Me pareció ver siete vacas hermosas y gordas pastando en las riberas del Nilo, y que salian de él otras siete flacas y consumidas que devoraron á las primeras. Tambien me pareció ver siete espigas hermosas y llenas, á las que se tragaron otras siete espigas secas y pequeñas." "O rey, dijo José, las siete vacas gordas y las siete espigas llenas señalan siete años de escesiva abundancia, á los que sucederán siete años de un hambre horrible, representada en las siete vacas y siete espigas consumidas: y asi los dos sueños figuran una misma cosa; pero la repeticion del pronóstico anuncia que este suceso no tardará: á tu prudencia pertenece elegir desde ahora un hombre capaz de disponer los medios para evitar los males que deben nacer de los siete años de hambre." Con este testimonio de la inteligencia de José se hizo la eleccion bien presto, encargándole Faraon que diese providencia para todo. Hizo el ministro fabricar grandes almacenes, y comisionó en todas las provincias sugetos que encerrasen la quinta parte del trigo de cada año de abundancia para los años de escasez.

Sobrevino el hambre profetizada, y principalmente se estendió por los pueblos vecinos que solian sacar alimentos de Egipto. Los egipcios con sus graneros de reserva sintieron poco la miseria, y se hallaron en estado de atraer á su casa el dinero de los

Josef explica los sueños á Faraon.

,,No yó, sino Dios por mi boca (dixo Josef a Faraon) satisfará tu deseo. Las siete va-
,,cas extenuadas que viste en sueños se comi-
,,an á las siete gruesas, y las siete espigas
,,atizonadas que extinguieron la lozania de
,,las otras siete; todo significa que á siete
,,años de abundancia sucederán otros si-
,,ete de tanta esterilidad que consumi-
,,rán quanto hubiere quedado de los pri-
,,meros.,,

T. L. Enquid.s de ag. fte. V.te Pasqual concl.

estrangeros. Jacob, estrechado como los otros por el hambre, sabiendo que se vendia trigo en Egipto, envió sus diez hijos á comprarle.

Diez hombres de un mismo pais, y que parecian hermanos, despertaron la atencion de todos. Llegó la noticia á José, y haciéndoles presentarse, los reconoció. Le pidieron trigo por su dinero: les preguntó en tono de sospecha por su pais, profesion y familia, y no obstante la sinceridad de sus respuestas, aparentó de repente que pretendian engañarle, y les dijo: "Vosotros sois unos impostores, y espias que venís á examinar los parages mas flacos del reino para acometerle. No, le responden, no somos nosotros espias ni traidores: todos somos hermanos, é hijos de un mismo padre, y hemos dejado en su compañía otro jóven para que se consuele de la pérdida de uno que ya es muerto. Está bien, replicó el ministro, vaya uno de vosotros, y tráigame ese hermano jóven, quedándose los demas en rehenes." No pudiéndose componer entre sí sobre la eleccion, los hizo José llevar á la cárcel.

Tres dias estuvieron en ella echándose recíprocamente la culpa del modo con que habian tratado á su infeliz hermano. Lo que nos sucede, decian, es el castigo bien merecido de nuestro delito. José no ignoraba estas conversaciones, y su corazon fraternal se dejó facilmente enternecer: los juzgó suficientemente castigados, y los hizo venir de nuevo á su presencia. "Me contento, dijo, con que uno se quede en rehenes: vayan los otros, hágase lo que yo digo, y vivireis, porque soy hombre que temo al Señor." Cayó la suerte sobre Simeon: los otros se pusieron en camino: y abriendo los sacos para echar de comer á las bestias, halló cada uno en ellos

el dinero de su trigo. Grande admiracion fue la suya sobre si lo habrian hecho con intencion de tratarlos como á ladrones, y de hacerlos esclavos á la vuelta. Despues de algunas reflexiones les pareció continuar su camino.

Llegando á casa de Jacob, era lo primero consolarle de la ausencia de Simeon, y despues reducirle á privarse por algun tiempo de su Benjamin. A esta proposicion se deshacia en lágrimas el buen anciano, y le venia á la memoria la pérdida de su amado José, sin consentir separarse de la última prenda de su querida Raquel. Al fin los horrores del hambre que siempre crecen, las instancias de sus hijos, el empeño que Judas habia contraido sobre su cabeza de llevar á Benjamin, le arrancaron un consentimiento bien amargo para su corazon. Abraza á este querido hijo, le estrecha en sus brazos, y nombrando á cada uno de los otros por su nombre, los conjura sobre que tengan el mayor cuidado; y aun cuando ya iban distantes les encomendaba el cuidado de vida tan preciosa.

Iban por el camino hablando del fin de su viage, y principalmente de volver presto. A su parecer no harian mas que presentarse, dar con la restitucion del dinero una prueba de que no eran ladrones, mostrar á Benjamin, librar á Simeon, cargar sus bestias, y dar la vuelta. Hallaron á su hermano Simeon con buena salud, y contento de que le habian tratado bien. Los recibió el ministro con benevolencia y distincion: les hizo comer en su casa, enviándoles platos de su mesa. Lo que los admiró fue que distribuyesen los manjares á todos por su antigüedad, y que á Benjamin le diesen una porcion cinco veces mayor que las otras.

Pasmados con la admiracion que les causaba lo que habian observado, y mucho mas con la afectuosa despedida del ministro, se pusieron en camino. No se habian alejado mucho cuando vieron que venia sobre ellos tropa de gente armada, capitaneada por el criado principal del ministro, que se venia quejando de que hubiesen tomado la copa de su señor. Todos esclaman con indignacion, y piden que se registren los sacos; ¡pero cuál fue su sorpresa al ver que la copa estaba en el de Benjamin!

Vuelve con ellos como delincuentes á la presencia del ministro: y este les dijo, despues de las mas vivas reconvenciones, con tono irritado: "Yo me contento, aunque pudiera hacer á todos esclavos, con solo el reo; vuélvanse los demas á su casa." Al oir esta terrible sentencia se arrojaron á sus pies, protestando la inocencia de su hermano. Judas principalmente que habia respondido por él, ponderaba la pena que tendria el anciano, y que le quitaria la vida: viendo que no podia inclinar al juez, se ofrecia á quedar esclavo en lugar de Benjamin. Insta, suplica, y conjura con tantos esfuerzos, que no fue dueño el ministro de los movimientos de su corazon. Mandó que se retirasen los egipcios, y quedándose solo con sus hermanos, se arrojó á sus brazos, y dijo con una voz ahogada entre sollozos: "*Yo soy José vuestro hermano: ¿con que todavia vive mi padre!*" Estas pocas palabras esplican aquel contraste en que las señales de resentimiento no habian tenido otro fin que manifestar mejor la ternura fraternal.

Presto se esparció por la corte la fama de que habian llegado los hermanos del ministro. Quiso verlos el rey, y dijo á José que trajese á Egipto su fami-

lia, y les escogiese una provincia agradable para su habitacion, de modo que no echasen menos el pais que dejaban. A esta orden se siguió disponer el número de carros suficientes para transportar las mugeres y los niños. José regaló á cada uno de sus hermanos y á su padre vestidos, perfumes y otras preciosidades, y les encomendó que le hiciesen venir á ser testigo de su elevacion.

Muchas y repetidas palabras dijeron los hermanos de José para que Jacob formase idea de las maravillas de su viage, y á cada nueva circunstancia esclamaba el buen anciano, bañado sus ojos con lágrimas de contento: "Basta: ¡con que todavia vive mi hijo José! Yo iré, y le veré antes de morir, que es todo cuanto deseo." Se le cumplió este, se trasladó con toda su familia á Egipto, salió José á recibirle, y le colocó en el pais de Gesen, fértil y de buenos pastos, entre el Nilo y el mar Rojo. De este modo se establecieron los hijos de Jacob, separados de la familia de Esau, y otros descendientes de Abraham, y se fueron multiplicando en una tierra estrangera, respecto de la de promision. Abandonaron por entonces una porcion de aquella tierra, adonde habian de volver algun dia á poseerla enteramente.

En los últimos instantes de su vida llamó Jacob á sus hijos al rededor de su cama, y les dió á cada uno su bendicion profética. Pasma el ver que contenia lo que habia de suceder á cada tribu, sus adelantamientos, reveses, conexiones, desórdenes, y hasta los caracteres que despues las distinguieron. Les pidió llevasen su cuerpo á Canaan, y le colocasen en la sepultura de sus padres. José se lo prometió, y lo egecutó. Y este mismo José pidió á sus

hermanos que llevasen su cuerpo al mismo sepulcro que en otro tiempo habia comprado Abraham, y con este motivo tuvo ocasion de pronosticar á los israelitas del modo mas afirmativo, que no se habia de quedar su familia en Egipto. Entretanto las promesas del rey, y las medidas que tomó José para su seguridad, la vida pastoril y patriarcal que allí continuaban, la fuerza y poblacion que son consiguientes, parecia que les presagiaba un establecimiento libre de revoluciones.

Por poca idea que se tenga de las costumbres sosegadas del campo entre unos habitadores cuyos ánimos no se abaten con el esceso del trabajo forzado, ni se gastan las fuerzas del cuerpo, no es difícil figurarse la vida patriarcal, que fue la primera que hacian los hebreos, y quizá todos los pueblos. El cuidado de sus ganados, la caza, el cultivo, las ocupaciones caseras y las obligaciones de la hospitalidad se llevaban todo el tiempo, cuyos dias se pasaban sin enemigos. El gobierno de los padres mantenia la paz en las familias; un mismo verdadero culto los juntaba en dias fijos, que eran los de fiesta. Estas concurrencias daban ocasion á los matrimonios: el lazo de estos era la prudencia: su mayor riqueza consistia en una numerosa posteridad. Si á una dilatada vida, que es la recompensa del trabajo y la frugalidad, se añade la poligamia permitida por largo tiempo entre los hebreos, se entenderá como es posible que en ciento y sesenta años poco mas ó menos llegasen doce familias á tener seiscientos mil combatientes, sin las doncellas y mugeres, ni los muchachos menores de veinte años, y los viejos mayores de sesenta.

Tampoco debe causar admiracion que tanta

multitud diese zelos á los egipcios: mas pues habian dado acogida á la familia de su antiguo ministro, deberian procurar aficionarlos con beneficios; á lo menos no tratarlos de modo que tuviesen razon de quejarse; ó si no estaban contentos, volverlos á enviar á su propio pais ó á otro en donde pudieran establecerse. Todo lo contrario hicieron, queriendo conservarlos en la esclavitud. Cuantas vejaciones, trabajos, impuestos y abatimientos son imaginables, de otros tantos se valieron para debilitar á esta nacion. Viendo que continuaban en aumentarse, y que podia temerse el fin de algun golpe de desesperacion, Faraon, este era el nombre de todos los reyes de Egipto, publicó el edicto mas bárbaro que pudo dictar la tiranía. Mandó pena de la vida, que las parteras egipcias llamadas por las israelitas ahogasen á todos los varones que naciesen, y que las mismas israelitas que pariesen sin su auxilio, matasen por sí mismas á sus hijos.

D. del D. 1428. A. de J.C. 1570.

Una israelita, llamada Jocabet, de la tribu de Leví (1428), babia tenido dos hijos antes del edicto cruel. Parió el tercero, y le tuvo guardado por tres meses; pero asustada por las pesquisas que pudieran ser funestas para sí y para su hijo, por no pasar el penetrante dolor de verle morir, le puso en una cestilla, y le espuso en la corriente del Nilo, enviando á su hija María á que observase lo que sucedia con su niño. Hizo la casualidad que la hija de Faraon tomase el paseo por las riberas del rio: ve la cestilla, hace que se la traigan, la abre, y la movió tanto la hermosura y llanto del niño, que pidio llamasen alguna ama de criar. La doncella María llamó á su madre; y la princesa, sin saber lo que suce-

El niño Moysés.

Unos débiles juncos y un carrizal fueron todo lo que Jocabed pudo oponer á la corriente del Nilo y al furor de Faraon para preservar la vida de su hijo Moysés; pero le descubre la hija del Monarca, hace sacarle, se prenda de su belleza, le dá á criar, le adopta: y por estos medios ordenó Dios que el libertador de su pueblo oprimido creciese y se educase en el palacio y con la proteccion de su mismo opresor.

dia, puso el niño á los pechos de su propia madre: le condujo á su palacio, y gustó de él tanto, que le hizo criar á su vista.

Le dió el nombre de Moisés, que quiere decir: sacado de las aguas. Se fue instruyendo en las ciencias de los egipcios, se adelantó en su corte, y aun dicen que mandó egércitos. Sin duda no omitió su madre el cuidado de advertirle su nacimiento. Aficionándose á su nacion miraba con aversion á los que la oprimian; y no se quedó en sola la compasion: pasó tambien á violentas represalias. Quitando la vida á un egipcio, se vió precisado á huir, y á ocultarse en el pais de Madian, en casa de Jetró su suegro, con quien estuvo cuarenta años. Algunos dicen que en aquel asilo compuso el libro de Job: la verdad es que las sublimes ideas de esta especie de poema se parecen mucho á las bellezas magestuosas de aquellos cánticos que sin duda son de Moisés.

Al fin de tan largo retiro le descubrió Dios que queria servirse de él para libertar su pueblo de la cautividad en que gemia. Se le apareció el Señor, le habló, y respondió á sus dificultades, triunfando con milagros de su repugnancia. Convencido Moisés de la certidumbre de su mision, fue á Egipto, y se encontró en el camino con Aaron su hermano, que guiado por la divina inspiracion salia á recibirle.

Llegan estos dos varones al pais de los hebreos (1508), les comunican las órdenes de Dios, y se presentan despues al rey de Egipto. "Nosotros, le dicen, somos enviados del eterno Dios de Israel, que manda á su pueblo, pena de los mas terribles castigos, que salga á tres jornadas al desierto á ofre- D. del D. 1508 A. de J. C. 491.

cerle un sacrificio. Yo, respondió Faraon, no conozco á vuestro Dios, ni temo su indignacion." Para manifestar mas su desprecio oprimió á los hebreos con nuevos trabajos; y éstos, que sobre la palabra de Moisés esperaban una pronta libertad, rompen en quejas y murmuraciones. Recurrió Moisés á Dios, y éste le dijo: "Preséntate de nuevo, que yo te doy poder para obrar las maravillas mas propias para convencer y rendir su incredulidad."

Armado Moisés del poder para mandar á la naturaleza, y hacerse obedecer, estiende su vara en presencia del rey, y se convirtió en serpiente. Hiere con ella las aguas del Nilo, y se convierten en sangre. Da otro golpe, y se esparce por todo Egipto inmensa multitud de ranas que infestaban las casas. Los magos de Faraon imitaron algunos de estos prodigios, con lo que el rey se obstinó mas. No obstante, promete dejar salir á los israelitas, retracta su palabra, y vuelve á prometer segun que las plagas cesan ó vuelven á empezar; pero Moisés no cesa, y hace que nazca una multitud de insectos, y tan espesos como el polvo de los campos, que atormentaban á los hombres y á las bestias: llena el aire de moscas que todo lo corrompen: los ganados mueren bramando con agudas enfermedades: los hombres se ven cubiertos de úlceras fétidas y dolorosas: el cielo se oculta con nublados que vomitan torrentes de agua y de piedra: los relámpagos y truenos helaban los corazones con el espanto. Todo el Egipto queda asolado: el poco verde que habia quedado le consumen las langostas que Moisés llama; y aquel infeliz reino se ve por muchos dias entregado á tinieblas tan densas, que rezelaban que el sol habia desaparecido para siem-

pre: bien que brillaba muy claro en la tierra de Gesen, donde nada se conocia de estas plagas.

Todavia restaba la plaga mas terrible, de la que Moisés previno al rey, advirtiendo al mismo tiempo á los israelitas, que se preparasen para la partida así que viesen el último golpe del rayo del cielo contra los egipcios. Esta plaga no tardó, porque en la misma noche el ángel esterminador quitó la vida á todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo mayor del monarca, hasta el del mas vil de sus vasallos; de suerte, que por todas las familias se estendió el luto mas lúgubre. De estas circunstancias se aprovecharon los israelitas para dejar el Egipto; pero Moisés quiso que antes hiciesen la última comida, que ellos llamaron *Pascua*, y quiere decir *el paso del Señor*. Desde entonces se ordenó que la renovasen todos los años en trage de caminantes, con un baston blanco en la mano, y ceñidas las túnicas como para marchar con mas facilidad. En el momento de la partida ninguno se encontró entre ellos que estuviese débil y enfermo. Los ancianos recobraron sus fuerzas para huir de sus verdugos: llevaron muchos preciosos muebles, que habian pedido prestados á los egipcios para hacer mas magestuosa la fiesta que iban á celebrar en el desierto.

Se pusieron en camino bajo la conducta de Moisés. Entonces empezó una serie de milagros, que Dios hacia para favorecer ó castigar á su pueblo. El primero fue una columna de nube por el dia, y de fuego por la noche, que exactamente se levantaba para iluminar el camino ó hacer sombra, y señalar el momento de partir y el de descansar. Con este escudo iban tranquilamente los is-

raelitas, cuando oyeron el ruido de un grande egército que los venia persiguiendo. Por delante se hallaron con las olas del mar Rojo, y se asustaron. Rodeando á Moisés le decian: ¿No habia sepulcros en Egipto, sin que aquí nos traguen las aguas? Moisés sin responderles dió con su vara en el mar, este se dividió, y pasaron los israelitas á pie enjuto. Pretenden los egipcios seguirles, y Moisés estiende su formidable vara: vuelven las aguas á caer, y hombres, caballos y carros todo se lo tragaron. Arrojaron las olas los cadáveres á la opuesta ribera, y de sus despojos se aprovecharon los israelitas para armarse.

Ya los tenemos en número como de tres millones en un desierto, sin provisiones ni recurso humano, entregados al cuidado de la Providencta, la que jamás les faltó á pesar de sus desconfianzas y murmuraciones. Su primera necesidad fue la de alimento; pero Dios proveia. Todas las mañanas caia al rededor del campo el maná, que era una especie de rocío condensado y sustancioso. Se cansaron del maná, y les envió Dios nubes de codornices, que se dejaban coger fácilmente. Cuando faltaba el agua heria Moisés las rocas con su vara, y saltaban arroyos abundantes. Si hallaban aguas amargas, Moisés se las hacia dulces; y siempre la nube luminosa los alumbraba por la noche, ó la columna de nube los defendia de los ardores del sol.

Hubo algunas espediciones indecisas contra las naciones confinantes del desierto, de las que los israelitas procuraban salir y librarse; pero la mano de Dios, barrera impenetrable, los retenia. La misma mano (1490) los llevó al pie del monte Sinaí, famoso por la ley dada á los israelitas. Se les

D. del D. 1490. A. de J. C. 1508.

advirtió que se preparasen para recibirla, y examinasen lo que iba á suceder: pero que se mantuviesen en una respetuosa distancia. Solo Moisés podia acercarse al santo monte, en donde tuvo muchas conversaciones con Dios. En el dia señalado se coronó la cumbre de una nube que arrojaba fuegos y relámpagos: resuena el trueno, se oyen trompetas, tiembla la tierra, y una clara voz pronuncia con toda distincion el *Decálogo* ó los diez mandamientos, que son el compendio de toda la moral. Se estuvo Moisés algunos dias en el monte, y traia la ley grabada por el dedo de dios en dos tablas de piedra. Oye al bajar risas, cánticos, y el ruido de una multitud entregada á una desenfrenada alegría. Pero al acercarse ¿qué vió? Que el pueblo danzaba al rededor de un becerro de oro. Las doncellas y las mugeres habian dado sus joyas para fabricar aquel Dios, y Aaron habia condescendido en fundirle. Moisés, indignado, esclamó por un efecto de su zelo: Los que son del partido del eterno Dios ¿quiénes son? Se presentó la tribu de Leví, y pasando á cuchillo á un gran número de culpados, mereció con esta accion el sacerdocio, aunque la dignidad de sumo sacerdote siempre permaneció en la familia de Aaron. Hizo el pueblo penitencia de su idolatría, y Dios le perdonó.

Le ocupó Moisés en la construccion del arca en donde habian de guardarse las tablas de la ley, y en la del tabernáculo en que se debia colocar. Todas las dimensiones y adornos los habia Dios prescrito en el trato que tuvo con Moisés en el monte Sinaí. Escogió artífices hábiles, y los israelitas contribuyeron gustosos con todas las joyas y telas que tenian, no solo para hermosear el arca, sino tam-

bien para los vestidos sacerdotales y los instrumentos del culto. El tiempo que estuvieron en el desierto se empleó en establecer generalmente el gobierno y la policía entre las tribus y familias, en fijar los dias de fiesta, en arreglar las ceremonias religiosas, y en hacer al pueblo aguerrido por medio de las escursiones á las tierras que despues habia de ocupar. Esto se entiende de aquella parte del pueblo destinada para entrar en ellas, porque todos los que tenian mas de veinte años cuando salieron de Egipto fueron privados de este beneficio en castigo de sus murmuraciones y rebeliones frecuentes. El mismo Moisés participó de este castigo por haber dudado en una cosa que Dios le mandaba, por lo cual no entró en la tierra de promision; pero Dios le concedió verla desde lo alto de un monte.

Solamente Josué y Caleb se libraron de esta proscripcion; porque enviados con otros diez, cada uno de su propia tribu, á examinar el terreno y las producciones de Canaan, volvieron contando fielmente las ventajas de aquel pais para alentar al pueblo, al mismo tiempo que los otros hicieron de la tierra destinada á los israelitas una pintura tan desagradable, que se sublevó el pueblo contra Moisés. Fue preciso llegar á los castigos, que por lo comun eran la muerte de los culpados. Algunos los castigó la espada de los amalecitas; á Coré le tragó la tierra, y á Datan y Aviron, profanadores sacrílegos del sacerdocio, los consumió un fuego sobre natural. Serpientes abrasadoras destruyeron á otros rebeldes; pero una serpiente de metal, enarbolada por Moisés, suspendió la actividad de este veneno en los que la miraban. El zelo de Finées quitó la vida al idólatra Zambri. No se remedió

Serpiente de bronce.

Una de las muchas veces que el pueblo hebréo murmuró de Dios y de Moyses, envió el Señor serpientes cuyas abrasadoras picaduras eran mortales para muchisimos. Reconociendo con este castigo el pueblo su pecado, imploró la mediacion de Moyses para con el Señor, de cuya orden hízo Moyses y puso en sítio mui elevado una serpiente de bronce: y con solo mirar á esta sanaban los heridos por las otras.

T. L. Fond. de ag. fec.

J. Fonseca la concl.

con este castigo, que los hebreos prostituyesen su religion á la pasion desenfrenada por las mugeres estrangeras, adorando sus falsos dioses. Moisés, que ya estaba para salir de esta vida, les reprendió de mil modos esta fatal inclinacion con terribles amenazas si continuaban entregándose á ella.

Hizo que renovasen todos en sus manos la alianza con Dios, y que jurasen observarla con fidelidad. Nombró por sucesor suyo á Josué, que se habia distinguido en muchas espediciones. Entonó despues un cántico de accion de gracias, en que del modo mas patético y penetrante les trajo á la memoria los beneficios que Dios habia hecho á Israel, y contiene súplicas al Señor por su prosperidad. Dando su bendicion al pueblo, al que, á pesar de sus infidelidades, todavia amaba mucho, se retiró el santo Legislador al monte Nebo, desde donde volvió á ver la tierra prometida. Los principales de las doce tribus le acompañaron, y entre las tiernas despedidas desapareció.

Reunió Josué (1548) el mando de las armas con el gobierno civil: la administracion de la justicia correspondia á los levitas: dividió el pueblo en decurias de cada tribu, y estas decurias en familias para que mejor se conociesen. Contribuian tambien estas divisiones para el orden pronto y arreglado en las marchas y campamentos: cada uno tenia su puesto señalado en la vanguardia, retaguardia y á los dos lados del arca, llevándola siempre en el centro. En los combates y retiradas se observaba con la exactitud posible el mismo orden. D. del D. 1548. A. de J. C. 1352.

Por último, pasados cuarenta años de marchas directas, circulares y retrógradas por el desierto, se trató de empezar seriamente la conquista de la tier-

ra prometida. Bien la conocia Josué, y en la relacion que habia hecho de aquel pais, avivando las esperanzas, no disimuló las dificultades. Bien se deja conocer que los habitadores de Canaan no vieron sin inquietud andar errante por tanto tiempo en sus fronteras un pueblo que conocian no tener otro recurso que el de invadirlos. Entre los pretendientes y poseedores habia habido muchos combates sangrientos, cuyas escenas quedaban llenas de horror. Se mataban sin piedad, porque los agresores esterminaban para establecerse, y los habitadores para conservarse. Este mismo furor duró todo el tiempo de la conquista.

Esta la empezó Josué con una respetable ceremonia. Dió orden á toda la nacion de purificarse para el paso del Jordan. En el dia señalado se puso todo el pueblo en filas al rededor del arca como en las marchas ordinarias. La llevaban en hombros los levitas, y apenas tocaron con sus pies el agua, se suspendieron las olas del rio como en el mar Rojo, y dejaron un camino firme. Se detuvieron en medio del rio hasta que pasó todo el pueblo, y entonces un diputado de cada tribu colocó una grande piedra en el sitio que el arca habia ocupado. Cada uno sacó de la madre del rio una piedra, y con ellas formaron en la ribera opuesta un monton ó monumento que perpetuase la memoria. Desde este punto desapareció la columna de nube que los guiaba: hizo Josué el repartimiento de la tierra que iba á conquistar, y á cada tribu la señaló su diferente pais. Esta operacion inspiró sin duda un valor singular en toda la nacion y en cada individuo de ella; porque miraban á los que poseian los campos y otras propiedades como á usurpadores, y por otra parte

decian los que habitaban el pais: "Nosotros hemos cultivado estas tierras, y edificado estas opulentas ciudades con sus torres y murallas: " reflexiones que sin duda animaban el valor en el ataque y la tenacidad en la defensa. Con los seiscientos mil combatientes no hubieran los israelitas triunfado de unas naciones guerreras que defendian sus hijos y mugeres, si no les hubiera asistido un poder sobrenatural.

Este se manifestó en la primera empresa contra Jericó que se rindió á los israelitas por medio de un milagro. Tuvieron orden de pasear siete veces el arca al rededor de las murallas, y la séptima vuelta tocan los levitas las trompetas, dan todos los soldados un grande grito, y con solo esto se arruinan los muros y las torres: entran en tropel, y á todos quitan la vida, á escepcion de una muger que habia favorecido á sus espías. Entonces se hizo un egemplar de la mas severa disciplina. Se publicó que ninguno en particular guardase cosa alguna de los despojos de Jericó. El repartimiento general inflamaba igualmente el valor de cada uno. Acan, de la tribu de Judá, ocultó y se apropió unas alhajas: se descubrió el hurto, y fue apedreado sin misericordia con su muger, hijos y ganados. Todavía fue señalado el principio de la conquista con dos ruidosos milagros.

Los gabaonitas, pueblo poco numeroso, pretendieron la alianza de los israelitas, no por afecto, sino por librarse de su furor. Los reyes de Canaan, que hacian la causa comun contra aquellos estrangeros, llevaron á mal que los gabaonitas se retirasen de la liga, y los atacaron. Acudió Josué á su socorro, halló á todos los príncipes determinados á vencer ó morir: la batalla habia de ser decisiva, y

se disputó por largo tiempo la victoria: mas ya empezó la derrota de los cananeos cuando el sol se acercaba al occidente; y Josué para que no se le escapasen con el favor de la noche, esclamó: *Detente, sol;* y el dia fue mas prolongado. Llamó tambien contra ellos una espesa nube con un furioso viento que arrojaba piedras que quitaban la vida á los fugitivos. Estos dos sucesos milagrosos pusieron en consternacion todo el pais de Canaan, y facilitaron su conquista, la que se consiguió en seis años.

No hay pais que haya sufrido tantas divisiones sucesivas como el pais de Canaan: porque sus primeros habitadores se dividian en reinos: en tiempo de los judíos se distribuyó en tribus su tierra: los conquistadores babilonios y otros la repartieron en provincias: los reyes idumeos en tetrarquías y toparquías. Despues de los romanos y en tiempo de los mamelucos, eran ciudades esparcidas sin lazo de gobierno; en el de las cruzadas fue reino; y ahora bajo el dominio de los turcos, á escepcion de los cantones marítimos, apenas tiene habitadores. Del pais de Canaan no se hablaria si no hubiera sido la habitacion del pueblo de Dios, si no se hubieran obrado en él los principales misterios de nuestra religion, ó si la Europa cristiana no hubiera dado fama á aquella tierra en tiempo de las cruzadas. Sus límites y estension han variado con el tiempo, y en pocas partes conserva su primitivo nombre. Por haber sido la tribu de Judá la mas numerosa y belicosa, se acostumbraron las naciones subyugadas á llamar judíos á los vencedores, y á su pais la Judea.

Unos hombres que salian de los áridos desiertos en donde ellos y sus padres anduvieron errantes cuarenta años sin domicilio fijo, debieron contar

por felicidad el verse establecidos en un país de un temple moderado, regado con aguas suficientes, fértil en aceite y vino, y en el que el trigo no faltaba. Una de sus producciones era la miel: otra las plantas aromáticas, de las que sacaban un bálsamo precioso: nada faltaba de lo necesario ni aun de lo supérfluo; pero ahora esta tierra desolada no presenta sino esterilidad y soledad por falta de habitadores y cultivo. Los que hoy dicen que son exageraciones las descripciones que vemos en los libros santos sobre la fertilidad de la tierra hablan con falsa crítica, porque no reflexionan en la horrible mutacion que los azotes de toda especie, prolongados por tantos años, deben necesariamente obrar aun en el país mas favorecido de la naturaleza. Aunque hoy se ve la Judea tan degradada, todavía la curiosidad ó la devocion llevan allá á muchos cristianos á visitar los lugares consagrados por la religion. La memoria penetrante que enternece á las almas piadosas, es la única que puede hacerlas tolerar los peligros y fatigas del viage. Compañías de ladrones infestan los campos; las ciudades sujetas á un gobierno opresivo, no tienen asilo seguro, y por la mayor parte estan reducidas á pobres aldeas. Solo Jerusalen presenta algunas reliquias de augustos monumentos que pueden tenerse por obras, unas de judíos, y otras de las cruzadas. Para hacer un dibujo fiel de las costumbres é instituciones de los judíos, es preciso considerarlos en el tiempo de prosperidad, que siguió al de la conquista, cuando teniendo presentes las maravillas obradas en su favor, con grande escrúpulo se apartaban de las leyes recibidas, y reducidos á su observancia por el castigo, volvian á ella con zelo y confianza.

Todo estaba prevenido así en el código de Moises, ó por mejor decir, en el código del mismo Dios publicado en el monte Sinaí, como en las instituciones políticas y sagradas, estenso comentario de este código. Las leyes mas encomendadas eran las de la religion, la proscripcion de la idolatría en todas sus formas, la obligacion estrecha de la circuncision, la práctica del sábado ó cesacion rigorosa de todo trabajo, y el reposo absoluto en un dia santificado de la semana. Las solemnidades principales eran la Pascua, instituida en memoria de la salida de Egipto; la de Pentecostés, en aniversario de la ley dada en el monte; la festividad de los tabernáculos, figura de los cuarenta años que anduvieron por el desierto; la fiesta de las trompetas que anunciaba los primeros dias del año, y el de cada mes y nuevas lunas; las fiestas espiatorias con ayunos, que les acordasen las culpas cometidas, el arrepentimiento y el perdon.

El año sabático y el del jubileo, el primero cada siete años, y el segundo pasados siete veces siete años, tenian obligaciones y privilegios análogos entre sí. No se sembraba, ni se cogia, ni comerciaba sino para los pobres. Ademas de esto, en el año del jubileo recobraban los esclavos su libertad, y los que en este espacio de cuarenta y nueve años habian enagenado sus heredades volvian á entrar en ellas.

Las leyes del rito son un artículo muy dilatado: tantas eran las precauciones para la eleccion de las víctimas, las ceremonias de los sacrificios, el servicio del tabernáculo y del templo, los vestidos de los sacerdotes y levitas, su materia, forma y conservacion. Las ocupaciones de estas dos órdenes se especifican muy por menor. Allí se ven sus rentas, la

parte que tenian en los sacrificios, sus bienes ó el diezmo de todo, y las ciudades con su territorio que les pertenecian en cada tribu.

Muchas leyes civiles entraban entre las leyes eclesiásticas, ó tenian conexion con ellas por las ceremonias que santificaban, por decirlo así, la egecucion. Citaremos la de las aguas de los zelos. Estas eran una bebida compuesta por los sacerdotes, los que se la presentaban á la muger cuyo marido la delataba como sospechosa de infidelidad. Estas aguas quitaban la vida á la que estaba culpada, y ponian á la inocente mas sana y mas hermosa. No habia accion en la vida que no la arreglase la religion, como eran los lutos, fiestas, funerales, el empleo del tiempo, la hora de acostarse y levantarse, las atenciones y civilidades recíprocas.

Los sacerdotes y los levitas admitidos entre los jueces, pronunciaban con ellos el castigo del hurto, fraude, usura y mentiras. El hurto siempre se castigaba con la muerte: por toda especie de violencia se daba la pena del talion. La funcion propia del sacerdote era discernir entre lepra y lepra. Esta era una enfermedad cutánea que apenas conocemos. Los síntomas eran tan molestos como horribles, porque se pegaba á los muebles y á las casas: á los sacerdotes pertenecia declarar los infestados, separarlos de la sociedad, y admitirlos á ella cuando habian sanado.

Los estudios de los judíos se reducian á la ciencia de la religion. A la verdad, esta les enseñaba la moral, y aun la física que necesitaban para su conservacion y felicidad. Ademas de que los padres instruian con exactitud á sus hijos, habia tambien escuelas públicas, en las que se formaba la juven-

tud. Su lengua, aunque no muy abundante, es armoniosa, y propia para la elevacion de la poesía sublime. No la faltan los movimientos de la poesía tierna. Bien sea que lloren por sus pecados, ó que imploren la clemencia de un Dios ofendido, siempre lo egecutan con una sensibilidad que sale del corazon, penetra y mueve. ¡Qué seria, pues, cuando la medida de estos signos era sostenida por las gracias de la música, y cuando las vírgenes puras y los jóvenes levitas iban notando por sus pasos la cadencia en las solemnidades!

La vida privada de los judíos nada nos ofrece que sea notable. Tenian sin duda en sus ciudades manufacturas y oficios útiles; pero cultivaban poco los que solo servian para el adorno; porque no conocian el lujo ni en los edificios, ni en los muebles, ni en los vestidos: mas bien querian adornarse con el aseo que con la riqueza. Haciendo juicio de este pueblo por los deseos que manifestaba, debe creerse que gustaba principalmente de la vida del campo. Lo que deseaban era sentarse á la sombra de su vid y de su higuera: coger la aceituna, ordeñar las ovejas, pastorear los rebaños y verlos saltar en los pastos abundantes. Lo que echaban menos y lloraban en la cautividad, eran las agradables riberas del Jordan, y los sauces en donde colgaron tristes el harpa y el laud: ¡amargas memorias y funestísimos efectos de las guerras!

Es verdad que si los judíos recibieron golpes de parte de sus enemigos, tambien los dieron. No se puede negar que fueron belicosos; pero lo numeroso de sus egércitos, que tal vez llegaban á ciento y diez, ó ciento y veinte mil hombres, da motivo para creer que entonces hacian la guerra mas bien al estilo de

los bárbaros con toda la nacion armada, que como los pueblos civilizados, que tienen regimientos de gente escogida, con la táctica y ciencia de este arte tan funesto: ademas de que esta multitud armada en masa no toda llevaba buenas armas. Ya despues tuvieron falanges con buenas armaduras, carros erizados de hierro, caballería bien egercitada, arsenales bien provistos, y máquinas de las mas crueles en las murallas, con todo el terrible aparato que sirve para el ataque ó la defensa. Pero lo que tuvieron mas que otras naciones fue la proteccion divina siempre que fueron fieles al culto del Señor. El mismo Dios se habia declarado gefe suyo; y así al principio fue su gobierno teocrático.

Subsistió esta especie de gobierno (1556) por el tiempo de Josué y los Jueces que le sucedieron: entonces nada emprendian los judíos que no fuese por la divina inspiracion, manifestada por los profetas, qne en esta época fueron muchos. Josué tuvo el placer de ver antes de morir establecido el pueblo de Dios en los paises conquistados con sus victorias. Estas fueron muchas veces sangrientas, y casi siempre seguidas de crueles egecuciones. Le acusan los profanos de un zelo asolador; pero queda justificado para con las personas persuadidas á que todo debe ceder á la religion. Advertia la inclinacion desenfrenada de su pueblo á la idolatría, y procuró destruirla: el mejor medio para esto era quitar los malos egemplos, arrojando de su pueblo ó esterminando á los que los daban. Uno y otro egecutó este vencedor; pero no lograron el efecto deseado, ni su severidad contra los cananeos, ni su inflexibilidad en castigar á los israelitas culpados; porque estos, parte por compasion, y parte por el interes de tener es-

D. del. D. 1556. A. de J. C. 1444.

clavos, perdonaron á muchos, y aquellos, á falta de templos, trasladaron sus fiestas á los bosques, adonde la curiosidad, la frescura y la alegría atraian á los israelitas. Las hijas de los cananeos pretendieron agradar á sus vencedores para suavizar su dureza. Se dejaron prendar los israelitas de su cariño, de modo que contrajeron matrimonios, y dejaron su religion austera por las ceremonias recomendadas por la alegría de sus esposas. Abandonaron á Dios, volvieron otra vez al Señor, y vivieron entre la verdadera y la falsa religion en una fluctuacion perpetua, que fue la causa de las alternativas victorias y derrotas en tiempo de los jueces.

D. del D. 1580. A. de J. C. 1418. No se sabe cómo elegian jueces (1580), ni hasta dónde llegaba su poder, bien que debia ser militar; pues vemos entre ellos hombres muy hábiles en el mando de los egércitos, y famosos por sus guerreras espediciones. Mas no debia ser solamente militar, porque hallamos mugeres que juzgaban al pueblo. Hay jueces de quienes solo sabemos el nombre, y no por esto deben ser menos estimables, porque la celebridad de la fama se debe tal vez mas que á la virtud á los vicios brillantes.

El primer egemplar de cisma le vemos en tiempo de Otoniel, segundo sucesor de Josué. Un levita joven, á súplicas de una muger anciana, contra la prohibicion espresa de sacrificar en otra parte que no fuese delante del arca, erigió un altar pequeño en una casa particular. Los habitadores de *Dan* llevaron á este levita con su altar y vestidos sacerdotales, y se hicieron para sí un culto separado. En tiempo del mismo Otoniel sucedió el horrible crimen de los benjamitas, que hicieron á la muger de un levita tan violentos ultrajes, que siguió su muerte.

El levita despedazó el cadaver en once piezas, y envió una á cada tribu. Se armaron las demas tribus, y esterminaron la tribu de Benjamin menos seiscientos hombres. Se arrepintieron despues de haber destruido casi toda una tribu, y no hallaron mas recurso que el nuevo delito de quitar la vida á los habitadores no israelitas de una ciudad vecina para robar sus hijas; y por no ser suficientes se las quitaron tambien á los de otra saliendo de una emboscada. De este modo se restableció la tribu de Benjamin, mas nunca fue tan numerosa como las otras.

Gedeon (1761) es famoso por su victoria contra los madianitas. Estos habian sujetado del todo á los israelitas, y triunfaban con insolencia. Tuvo Dios misericordia al ver su pueblo que se humillaba, y suscitó á Gedeon para librarle de la esclavitud. Habia juntado un egército muy inferior al de los enemigos, mas para Dios aun era escesivo, y así le dijo: "Lleva tus soldados á la ribera del arroyo, y á los que se arrodillen para beber á su gusto, envialos á sus casas; pero lleva contigo á los que beban al paso, tomando el agua con el hueco de la mano para apagar la sed." De este modo le quedaron á Gedeon solos trescientos de estos, y los dividió en tres cuerpos. Salen de su campo por la noche, llevando cada uno la espada en una mano, y en la otra una luz encendida, pero oculta en un cántaro. Llegan al campo enemigo, dan grandes gritos, y rompen los cántaros unos contra otros: brillan las luces, se asusta el egército contrario, y huye con desórden: le persigue Gedeon, y esta sola noche pone toda su nacion en libertad. D. del D. 1761. A. de J. C. 1297.

Los hijos legítimos de Gedeon (1801), que eran setenta, gobernaron muerto su padre, á lo que D. del D. 1801. A. de J. C. 1197.

parece, cada uno su canton. Abimelec, hijo de una concubina, resolvió reinar solo: quitó la vida á sesenta y ocho hermanos suyos, y se hizo proclamar en una asamblea tumultuaria. Joatan, el único que habia escapado de la matanza, viendo aquella junta desde lo alto de un monte, dirigió á ella esta alegoría: "Los árboles se congregaron para elegir rey. Ofrecieron el cetro al olivo, y este respondió que no queria privarse de su fruto y de su aceite, tan agradables á Dios y á los hombres, por solo reinar sobre ellos. Convidaron á la higuera, la que tambien se negó, pues tenia lo suficiente con la escelencia de su fruto. La vid tambien respondió, que preferia su vino, alegría de los dioses y los hombres, al imperio que la ofrecian. Por último, ofreciendo el cetro al espino, respondió: Si realmente pensais en confiarme la suprema autoridad, retiraos á mi sombra, ó consentid que salga de mi seno el fuego y devore los cedros del Líbano." La moral de esta fábula de Joatan es que rara vez pretenden autoridad los buenos, y que los malos solo pueden dominar para la destruccion.

Jepté y Sanson son muy nombrados, el uno por su temerario voto, y el otro por sus prodigiosas fuerzas. El primero era cabeza de unos aventureros, que sin distincion de amigos y enemigos, iba adonde esperaba buen botin. El segundo se nos representa como un soldado de grande valor, que todo lo doma á escepcion de sus pasiones. De estos dos hombres se valió Dios para humillar á los filisteos, enemigos de su pueblo. Ganó Jepté muchas batallas; pero en una, en que la victoria estaba indecisa, hizo voto de sacrificar al Señor, si vencia, la primera criatura viviente que se le presentase,

Cabellos de Sanson.

Importunado Sanson por su amada Dálila, reveló á esta que su milagrosa fuerza consistía en no haberse jamás cortado los cabellos; y esta muger pérfida, sobornada por los Filistéos, proporcionó que durmiendo Sanson descuidado en el seno de ella, le cortasen sus enemigos el cabello. Asi le ataron facilmente, le sacaron los ojos, y sufrió mil ultrages hasta que, habiendole crecido nuevamente el cabello, derribó un templo, en cuyas ruinas quedó sepultado con sus enemigos.

T. L. Enguid.º de ag. fec. Alex.º Blanco cond.

Al entrar en la ciudad oye instrumentos y cánticos de triunfo, mira, y quisiera apartar sus ojos, mas ya habia recibido el golpe; porque era su hija única que venia acompañada de otras doncellas á felicitarle. Jepté, penetrado de dolor, dijo á su hija el empeño en que estaba: esta le oyó con constancia, y pidió solamente que la concediese dos meses para llorar su virginidad con sus compañeras. Espiró este término, y volvió con docilidad á consumar el sacrificio. Los comentadores hebreos de este pasage dicen que no la quitó la vida, sino que la ofreció al Señor para que siempre viviese para solo Dios. Este sacrificio se llama en la Escritura *corban*. Sanson, vencidos los filisteos, mereció por mucho tiempo sus victorias por la discrecion con que observó el mandato de Dios para conservar su fuerza milagrosa; pero vencido de su amor á Dalila, reveló á esta el secreto, y pagó su imprudencia con una muerte trágica, tan funesta como su vida para sus enemigos.

El penúltimo Juez fué el gran sacerdote Helí (1900), hombre pio y justo, pero débil en la educacion de sus hijos Ofni y Finées, que no se parecieron á su padre. Iba criando en el templo un joven levita, llamado Samuel, cuya sencillez y candor estimaba mucho. Este niño, sacrificado á Dios desde que nació, por su madre, que le habia conseguido despues de una larga esterilidad, tuvo que anunciar al gran sacerdote, su bienhechor, verdades duras, pero necesarias. Le mandó Dios en el sueño que fuese á reprender de su parte á Heli por la conducta de sus hijos, amenazándole con un castigo egemplar si no reprimia sus desórdenes. Mucho humillaba á un anciano esta advertencia de parte de un muchacho; pero Samuel usó de tanta aten- D. del D. 1900. A. de J. C. 1098.

cion, y dió tantas pruebas de que Dios le enviaba, que Helí, sin ofenderse, tomó la resolucion de enmendarse, mas no tuvo fuerza para egecutarlo. Continuaron sus hijos en abusar de su bondad: los israelitas, que entonces tenian guerra con los filisteos, fueron vencidos, y les tomaron el arca del Testamento. Con esta noticia el desgraciado viejo cayó de su silla, y se quedó muerto.

Trescientos cuarenta y ocho años duró el gobierno de los Jueces, y se concluyó en Samuel, el cual señaló el suyo con una grande victoria contra los filisteos, y tuvo la satisfaccion de ver al pueblo de Israel en una profunda paz. Para aliviarse del peso de las funciones de juez dió Samuel á dos hijos suyos la administracion de un canton. No correspondió la conducta de los hijos á la esperanza del padre: murmuró el pueblo, y los ancianos dijeron al profeta, que pues sus hijos se mostraban indignos de sucederle, la nacion pedia Rey. Congregó Samuel al pueblo, le hizo presente el riesgo á que se esponia dejando el gobierno de Dios por el de un hombre; pero estaban ya resueltos, y no cedieron. Consultó el profeta al Señor, y este le señaló al que habian de colocar en el trono.

D. del D. 1904. A. de J. C. 1094. Escogió Dios (1904) de entre los pastores para primer rey á Saul. Samuel le consagró sin dar noticia á nadie; mas cuando ya fue preciso que egerciese las funciones de rey, congregó de nuevo al pueblo, y se echaron suertes entre las tribus y familias. Cayó la suerte en la familia de *Cis*, de la tribu de Benjamin, y sobre su hijo Saul, que era de una talla la mas sobresaliente. Su primera accion de rey fue una victoria completa contra los amalecitas, que le mereció la estimacion del pueblo, y es-

ta se la espresó la nacion con muchos presentes, especie de homenage que servia de consagracion. Pero cuando los israelitas se daban la enhorabuena de tener un rey dotado á su parecer de las calidades propias de su dignidad, no estaba contento Samuel, á quien Dios manifestaba el interior de este príncipe. En las cosas esenciales obraba sin consulta, y abiertamente desobedecia á las órdenes mas formales. Llegó á tal estremo que le declaró el profeta, que en pena de sus prevaricaciones no se perpetuaria la corona en su familia; y con efecto, ungió rey á David, tambien pastor, en presencia de su padre y sus hermanos.

Muchos fueron los sucesos en que se dió á conocer David. Desde luego se apoderó de Saul una melancolía profunda que ya era manía, y solo podia suspenderse con la melodía del arpa. Era David escelente en tocarla, le llamó el rey, y calmó su inquietud, de modo que quiso que le acompañase. La insolencia de Goliat, gigante filisteo, fue otro medio de que Dios se valió para estender la reputacion de David. Goliat, cubierto de hierro, y orgulloso con sus fuerzas, desafiaba al combate á todos los del egército de Israel, y no habia quien se atreviese á medirse con él. Se presenta David, y ataca al filisteo con el valor que en el desierto solia acometer á los leones y los tigres: no llevaba mas armas que su honda y el báculo pastoral. Le clava una piedra en medio de la frente, le mata, y con su misma espada le corta la cabeza. Esta hazaña le mereció por esposa á Micol, hija del rey.

Este fue el último favor que le hizo Saul, porque hecho presa de la mas oscura envidia, no cesó despues de atormentar á su yerno, hasta enviar

asesinos que le persiguiesen, y aun quiso matarle por sí mismo. Bien fuese que llegaron á saber que Samuel le habia ungido rey á David, ó bien que se compadeciesen de la inocencia perseguida, parece que tenia mucho partido en la corte: aun el mismo Jonatás, hijo de Saul, profesaba abiertamente amistad con él.

Este favor general, que Saul no ignoraba, aumentó la turbacion de su espíritu, y le atormentaban los negros presentimientos. Ya no tenia á Samuel para confiarle su pena y tomar prudentes resoluciones, porque habia muerto el profeta, y así resolvió evocar su alma con hechicerías. En la pequeña ciudad de Endor habia una anciana pitonisa, que, hábil en adivinar, descubria las cosas ocultas, y daba una especie de oráculos. Fue Saul á su cueva, la explicó su deseo, hizo ella sus conjuraciones: el Rey espera con silencio el efecto, y al fin dice: "Veo horribles almas que salen de la tierra, y con ellas un anciano de mirar severo, cubierto de una pequeña capa." Ese es Samuel, esclamó el príncipe, y le pregunta postrado: "¿cuál será la suerte de una batalla que he de dar á los filisteos? ¿Por qué vienes á turbar mi reposo? le responde la terrible sombra. El Eterno irritado se ha retirado de tí, y ha dado á David tu reino. Mañana estareis conmigo tú y tus hijos." Dicho esto desapareció. Se dió la batalla, en la que murieron Saul y Jonatás, y de todos los hijos de Saul solo quedó Isboset.

D. del D. 1944. A. de J. C. 1054.

Siete años sostuvo este príncipe (1944) su derecho á la corona, favorecido por hábiles generales y la mayor parte de la nacion. David no tenia mas que la tribu de Judá, que á la verdad iguala-

ba en fuerza á todas las demas. La muerte de Isboset, asesinado indignamente, pero con grande sentimiento de David, le hizo á este soberano de toda la nacion.

La pintura brillante de su reinado tuvo tambien sus sombras, aunque empezó con prosperidades. Triunfó David de los enemigos esteriores: sosegó las internas discordias: restituyó en los pueblos con ceremonias augustas el afecto á la religion: les inspiró el gusto de las artes, llamando á su corte para sus edificios y adornos los artífices mas hábiles en todo. Dió un egemplo de reconocimiento bien raro, cual fue el de convidar á la corte á Mifiboset, hijo de Jonatás, dándole una colocacion y unos honores que continuamente acordaban cuán tierna amistad habia profesado á su padre. ¡Dichoso hubiera sido David si solamente hubiese admitido en su corazon esta especie de ternura!

Paseándose un dia (1964) en la terraza de su palacio, vió una muger hermosa, en la libertad y neglicencia del baño, y dió satisfaccion á su deseo ilícito. Betsabé se llamaba esta belleza peligrosa: era muger de Urías, que por muchos meses peleaba en las fronteras del reino. Quedó embarazada, y avisó al rey. Llamó éste á Urías, contando con que aquel capitan, despues de tan larga ausencia, se aprovecharia de la ocasion para ver á su esposa; pero el valiente soldado no quiso ir á su casa, diciendo: "Cuando mis compañeros estan espuestos á las injurias del aire, no es razon que tome yo el regalo de dormir en mi cama." Pasó la noche con los que velaban á la puerta del palacio, y volvió á seguir la campaña. David le envió con una orden al general para que le espusiese en la

D. del D. 1964. A. de J. C. 1034.

primera ocasion peligrosa, y en ella mataron á Urías. De este modo, llamando un delito á otro, pasó del adulterio al homicidio.

Cuando David procuraba sofocar sus remordimientos con alegría, se le presentó el profeta Natan como pidiendo justicia contra un hecho atroz, y le dijo: "A un hombre rico se le ofreció un convite; y por no matar de sus numerosos rebaños, quitó á su vecino pobre una ovejita muy querida, que era todo su bien, y la degolló." Ese bárbaro, esclamó David airado, merece la muerte. *Tú eres ese hombre*, replicó con valor el profeta: y no tuvo que ponderar mas el delito; porque conociendo el rey la grande enormidad, se derretia en lágrimas, pidiendo humildemente á Dios perdon: el Señor le perdonó el pecado, mas no los castigos con que le habia de espiar. Desde aquel dia fue su reinado un tegido de desgracias. Vió á su reino destruido con infelices guerras, hambre y peste. Sufrió muchos males domésticos, un incesto, y muertes entre hermanos. Murmuró la nacion, y se quejó, rompiendo en rebeliones. La de Absalon, su hijo el mas querido, tuvo las circunstancias que mas humillaron á David; porque este rey tuvo que salir huyendo de su capital, cargándole de improperios el pueblo que antes le adoraba. Su hijo, aconsejado por los pérfidos que tenian sus intereses en hacerle irreconciliable con su padre, llamó las concubinas de David á una tienda que levantó en la terraza del palacio, y sin vergüenza hizo á este príncipe el ultrage mas abominable y á la vista del pueblo. El fin de la rebelion y la muerte de este hijo ingrato fueron el fruto de la batalla que se dió. La vejez de David fue bien inquieta con las

pesadumbres que le dió su hijo mayor por aspirar al trono; pero destinó su corona por orden espresa de Dios para Salomon, hijo de Betsabé, que habia nacido despues que ya viuda de Urías se casó David con ella.

La empresa que mas encargada dejó David á Salomon (1984) fue la construccion de un templo al verdadero Dios. Habia hallado á Jerusalen pequeña y mal fortificada; pero la habia aumentado, la habia hecho plaza muy fuerte, y capital de sus estados. Esperaba adornarla con un magnífico templo, destinado para colocar el arca de la alianza, y cumplir con toda ostentacion con las ceremonias del culto. Ya David habia dado el plan de este soberbio edificio, juntando materiales, pedido artífices, y atesorado el dinero necesario. Solo faltaba empezar la obra. No quiso Dios que tuviese esta felicidad, y la reservó para su hijo Salomon, el que promovió la obra con tal ardor que la concluyó en siete años. D. del D. 1984. A. de J. C. 1014.

Este era el único templo permitido á los judíos. En él se hacian los sacrificios: en él se daban los oráculos de la religion: en él vivia el sumo sacerdote con los demas, y los levitas que estaban de servicio. Todos los judíos que llegaban al uso de razon tenian orden de ir todos los años á aquel templo en la fiesta de la pascua. Jerusalen, Sion, el *Sancta Sanctorum*, sus atrios y sus pórticos se repetian en sus himnos y cánticos, y eran los continuos objetos de su veneracion. Se hizo la dedicacion del templo con una magnificencia proporcionada al religioso respeto de los asistentes, y Dios la consagró con su presencia: porque salió del santuario una columna de fuego, y consumió los holocaustos.

La juventud de Salomon, y los principios de su reinado fueron señalados por un juicio digno de la edad madura, y que inspiró en el pueblo mucha confianza en la prudencia del nuevo soberano. Vivian juntas dos mugeres, cada una tenia un niño de pecho. La una mató al suyo por un descuido; y como en aquel tiempo se tenia entre los judíos la fecundidad por bendicion, entre tanto que su vecina estaba dormida la quitó el niño vivo, y la dejó el muerto. Asi que esta despertó pidió su niño, reconociéndole en los brazos de la otra, la cual no se le quiso dar, sosteniendo que el muerto era el de la que se le pedia. Salomon hacia justicia en audiencia pública: se presentaron estas dos mugeres, las preguntó, y las respuestas y porfias dejaban mas oscura la cuestion. Quedóse pensativo por un instante, y hablando con uno de su guardia, le dijo: Toma ese niño vivo, divídele en dos partes, y cada una se lleve la mitad. La una de las dos madres se estremeció, gritó, y se arrojó á los pies del rey: *No, señor, que se le lleve entero. Esta es la verdadera madre*, dijo Salomon, *entréguenla su hijo.*

La discrecion de este juicio aumentó tanto la reputacion del jóven monarca, que su fama llegó á los paises mas distantes, y le mereció la visita de la reina de Sabá, que unos dicen haber sido egipcia, y otros de Etiopia. Ya venia preparada para la admiracion; pero lo que vió en el palacio del rey escedió á las grandes ideas que habia formado. El entendimiento del príncipe y las atenciones con que la recibió la encantaron. En aquellos tiempos acostumbraban á proponerse enigmas que adivinar. El acierto de Salomon en este egercicio le grangeó de parte de la reina espresiones de singular estima-

cion. La llevó de admiracion en admiracion, manifestándola los preciosos adornos de su palacio, las riquezas que por el mar Rojo venian de Asia ó de Africa: en sus jardines se hallaban todas las producciones de la naturaleza: *desde el hisopo*, dice la sagrada Escritura, *que nace en las paredes, hasta los cedros del Libano.* Sus arsenales estaban bien provistos de máquinas, carros de guerra, y toda especie de armas.

Se instruyó la reina en la policía del reino, en la administracion de la justicia, en el egercicio de las tropas y en los establecimientos políticos, civiles y religiosos. Todos estos objetos no habian tenido en la duracion de la monarquía judáica la perfeccion á que llegaron en tiempo de Salomon. Su sabiduría llegó á ser proverbio, y entre los libros santos tenemos bien preciosos monumentos de sus escritos morales; porque el de la Sabiduría y el Eclesiástico son unos libros llenos de preceptos aplicables á todas las situaciones de la vida, y manifiestan que dió el Espíritu Santo á Salomon perfecto conocimiento del corazon humano.

Este príncipe, llamado por escelencia el sabio, oscureció vergonzosamente este sobrenombre al fin de su vida. La sensualidad le perdió. Tomó por esposas á muchas mugeres de diferentes paises y distinta religion. En la Escritura se cuentan setecientas, y las concubinas trescientas. La condescendencia con sus ceremonias le arrojó á la idolatría; y este rey tan famoso, semejante á los grandes rios, que se van perdiendo entre la arena, murió sin dejar otra memoria de su poder, mas que la confusion que sobrevino á sus escesos.

Le habian profetizado que en castigo de su ido-

latría se veria su reino dividido, y ya en sus últimos años habian empezado algunos movimientos en el pueblo: Jeroboan, jóven soberbio y ardiente, se puso á la cabeza de los malcontentos, y Salomon le hizo prender, y despues le perdonó. Muerto el rey Salomon se renovaron las murmuraciones del pueblo con amenazas (2014), pidiendo la disminucion de los impuestos, que es el pretesto ordinario de los movimientos populares; pero Roboan, su hijo, en vez de darles alguna satisfaccion, ó sosegarlos con la benignidad, les dió esta dura respuesta: "No espereis que yo os trate de otro modo que mi antecesor; y si me desobedeceis, en vez de azotes os castigaré con escorpiones." Al punto le negaron la obediencia diez tribus, y se quedó solamente con dos, la de Judá y la de Benjamin. Envió Roboan diputados para que negociasen la paz, restituyéndolas á su dominio; mas ya no era tiempo: porque Jeroboan, aprovechándose de la ocasion, se hizo proclamar rey de Israel, y levantó un muro eterno de separacion entre los dos partidos de un mismo pueblo.

D. del D. 2014. A. de J. C. 984.

Su primer cuidado fue separarse de la religion. Un templo único, y la obligacion de concurrir todos los años á presentar en él al Señor sus oraciones y ofrendas, era como el lazo que uniendo á todos los hebreos, los hacia un pueblo de hermanos. Jeroboan cortó este nudo sagrado, y autorizó la idolatría por todas partes en favor de aquellos vasallos que querian objeto determinado para su devocion; y en lugar del templo de Jerusalen, cuyo viage prohibió, erigió en las dos estremidades de su reino altares, adonde los israelitas hiciesen sus peregrinaciones. Los sacerdotes y levitas, que procu-

raban contener los pueblos en su antigua religion, fueron atormentados y perseguidos; ni á ellos ni á los otros fieles se les permitió huir, ni buscar asilo en el reino de Judá, para que este no se fortificase en perjuicio del de Israel. Pero estas vejaciones no remediaron que se escapasen muchos israelitas, con los que el reino de Judá, aunque reducido á dos tribus, siempre balanceó las fuerzas de su rival, y aun duró mas largo tiempo.

Esta es la época de los profetas (2018), por- D. del D. 2018. A. de J. C. 980.
que nunca habia habido tantos. Abdías, Elías, Eliseo, Isaías, Zacarías, Jeremías y otros muchos nos han dejado su nombre y profecías. Es verdad que tambien salieron otros falsos profetas, porque nunca faltan impostores. Los profetas no solo instruian á los pueblos, sino que á los mismos reyes daban consejos con un tono de autoridad que no siempre fue bien recibido. Sus costumbres eran austeras, su moral rígida, sus exhortaciones vivas y patéticas, y no obstante jamás hubo tanta irreligion como en su tiempo; porque es efecto del cisma, el que manifestándose en los ministros de la religion las verdades contrarias, los pueblos ignorantes se quedan en una perplejidad que al principio causa dudas, y despues acaban estas en incredulidad.

Roboan debiera haber sostenido el culto de Jerusalen por su propio interes, y por la misma política que dictó el cisma á su rival. Mas no lo hizo, ó fue con tanta flojedad, que dejó establecer la idolatría en su reino, y asi le castigó Dios con una invasion de los egipcios, entrando su rey Sesac en Jerusalen, y llevándose los vasos sagrados del templo con los arneses de oro guardados en el palacio del rey.

Abías, sucesor de Roboan, dió al reino de Israel, cuando todavía le gobernaba Jeroboan, un golpe del cual no pudo levantarse. En una sola batalla perdió este trescientos mil hombres que quedaron en el campo. Zara, rey de Etiopia, atacó á Asa sucesor de Abías, príncipe piadoso: traia consigo el etiope un millon de hombres, y fue vencido. A pesar de su victoria creyó Asa que debia fortificarse contra una nueva invasion con el socorro de Benadad, rey de Siria; y esta desconfianza despues de la proteccion que claramente habia esperimentado, se la reprendió un profeta, y le castigó Dios con una dolorosa enfermedad, que le hizo pasar los dias de su vida con grande debilidad. Por este mismo tiempo iba desapareciendo de sobre la tierra la familia de Jeroboan, víctima de muchas conspiraciones que fueron justos castigos de la que á él le habia dado el esplendor.

D. del D. 2081. A. de J. C. 917.

Acab (2081) pasa por uno de los reyes malos de Israel, aunque se advierten en su vida algunos rasgos de bondad, y no hubiera sido tan malo si no hubiera tenido una muger perversa. La accion que es la mayor mancha de su fama es la muerte de Nabot. Era este un israelita temeroso de Dios, que pacíficamente cultivaba una viña pequeña, que era su única hacienda, y por desgracia estorbaba por su situacion á los proyectos del rey. Quiso comprársela, y Nabot se escusó diciendo que no podia vender la herencia de sus padres. Viendo Jezabel, muger de Acab, que su esposo sintió esta negativa, se asesoró con jueces inícuos, y llaman testigos falsos que acusaron á Nabot de un delito capital. Salió condenado, le apedrearon, y confiscaron su viña. De este modo pusieron á Acab en posesion. No

se ve aquí que fue participante de tan horrible injusticia; pero se aprovechó de ella, y no la castigó. Dios le envió á decir por un profeta que los perros habian de lamer su sangre, y devorar los miembros de la cruel Jezabel. Fue muerto Acab en una batalla, y lamieron los perros la sangre que corria por su carro: á Jezabel, precipitada por una ventana de su casa por orden del usurpador Jehú, la comieron tambien los perros, como lo habia anunciado la profecía.

Mientras Acab reinaba en Israel (2102) ocupaba el santo rey Josafat, caracterizado con este epiteto, el trono de Judá. No vivió exento de desgracias, porque Dios siempre prueba á sus siervos; pero triunfó de una liga formada contra él, y en todos sus sucesos halló la recompensa de sus virtudes. D. del D. 2102. A. de J.C. 896.

Entre tanto que el reino de Judá vivia en paz (2110), Benadad, rey de Siria, inundaba con sus tropas al de Israel; llegó hasta Samaria, y tenia á esta capital estrechamente bloqueada. El rey Joran viéndose sin recurso, miraba tristemente desde las murallas la multitud espantosa que le estrechaba. Habia ya llegado el hambre á aquel esceso que hace estremecerse á la naturaleza. Una muger que llevaba á otra consigo interrumpió los tristes pensamientos del rey, y esclamó: "Justicia, Señor: yo oprimida del hambre repartí con esta muger mi hijo con la condicion de que habia de partir conmigo el suyo; y ahora que hemos comido el mio, no quiere cumplir su palabra." Joran penetrado de dolor rasgó sus vestiduras; y esta desgracia le trajo al arrepentimiento. Recurrió al profeta Eliseo, á quien antes habia maltratado, y este le prometió que al D. del D. 2110. A. de J. C. 888.

dia siguiente se veria libre; y así sucedió, porque un ruido de armas y caballos que se oyó por la noche, hizo creer a los siros que llegaba al socorro de los israelitas algun egército formidable de egipcios, con lo que levantaron el sitio, y dejando todas sus provisiones, se aprovecharon de ellas los samaritanos.

D. del D. 2121. A. de J. C. 877.

Jehú, á quien podiamos llamar el esterminador (2121), quitó la vida á un mismo tiempo á setenta hijos de Acab, y á cuarenta y dos príncipes de la casa de Judá que iban á visitarlos. No obstante esta cruel matanza, todavia quedaron de la estirpe de David los suficientes para cebar la rabia sanguinaria de Atalía, hija de Jezabel. Habia resuelto esterminar esta familia hasta el último pimpollo, para que saliesen vanas las promesas de perpetuidad hechas á David por boca del mismo Dios. Mas no logró el deseado fin, porque Joas, niño de un año, escapó de sus pesquisas, y su elevacion al trono fue la sentencia de la muerte de Atalía. Joas, que por algun tiempo fue un rey pio, llegó despues á ser idólatra como sus antecesores, y mandó apedrear en el templo á su tio el gran sacerdote Zacarías, á quien debia el cetro y la corona. Este príncipe ingrato vió desolado su reino, y le atacó en su misma capital Hazael, rey de Siria. Para evitar la esclavitud despojó Joas el templo, y entregó sus tesoros al conquistador por modo de rescate; mas sobrevivió muy poco á esta torpeza y cobardía, pues sus mismos criados le asesinaron en su lecho, y le persiguió el desprecio del pueblo aun despues de su muerte, privándole del honor de ser enterrado en la sepultura de los reyes.

Amasías, su hijo, que castigó á los asesinos de

su padre (2160), no fue mas venturoso que él, porque tampoco fue mas religioso. Era valiente y audaz, y hallándose en guerra con otro Joas, rey de Israel, le escribió: "Ven, y veámonos las caras: y el otro le respondió: Me pareces al espino, que pretendiendo hacer alianza con el cedro, le pisan las fieras de la selva." Este desafío (2227) paró en una batalla que Amasías perdió con sus tesoros y su libertad, á la que Joas le restituyó generosamente. Desde Joran segundo, su hijo, y Zacarías su nieto, que se sucedieron uno á otro, apenas son conocidos los reyes de Israel sino por sus derrotas y desgracias.

D. del D. 2160. A. de J. C. 838.

D. del D. 2227. A. de J. C. 771.

Osías (2238) sanó con su prudencia y benignidad las heridas que habia recibido el reino de Judá en los últimos reinados: y hubiera sido siempre feliz si no se hubiera apoderado de él una vanidad desordenada. Afectó los honores, y quiso egercer las funciones del sacerdocio: le castigó Dios con lepra, y murió miserablemente. Las virtudes de Joatán consolaron á Judá, al mismo tiempo que Israel se estaba consumiendo bajo la tiranía de Faceo. Los pueblos de este, poco aficionados á un señor tan malo, no se defendieron bien contra el rey de Asiria, el cual llevó cautiva la tribu de Neftalí toda entera. A pesar de tan grande pérdida todavía se hallaron los israelitas con fuerzas suficientes para hacer temblar por última vez al reino de Judá. Pasaron á cuchillo á ciento veinte mil judíos, y llevaron prisioneros á doscientos mil de todo sexo y edad, cuando se les presentó el profeta Obed, y les dijo: "¿Qué haceis? Despues de tan horrorosa matanza ¿quereis reducir á la esclavitud las infelices reliquias de vuestros hermanos? ¿Habeis resuelto

D. del D. 2238. A. de J. C. 760.

que desaparezca de sobre la tierra la infeliz tribu de Judá? Si Dios os ha entregado los idólatras, no es razon que vuestros golpes caigan sobre los inocentes; pero si continuais en abusar de la victoria, temed los terribles tiros de la venganza del Señor. Contentaos con los ricos despojos que llevais, y enviad á vuestros hermanos á sus propios hogares." Esta exhortacion patética tuvo buen efecto, porque dieron libertad á los prisioneros, despidiéndolos con señales sensibles de afecto y humanidad. Los infelices judíos tenian grande necesidad de consuelo, porque los habia saqueado un rey de Siria que llegó hasta las puertas de Jerusalen. Los idumeos y filisteos, pueblos vecinos, y enemigos antiguos, asaltaron las fronteras, y todo el reinado de Acaz no ofrece otro espectáculo que luto y desolacion.

Despues de tantas calamidades que cayeron sobre Judá como un huracan furioso en el reinado de Acaz (2272), logró en el de su hijo Ecequías una calma no esperada. Es verdad que desde luego tomó subiendo al trono, las medidas mas propias para que lograse el reino desolado algunos dias serenos; porque empezó por restablecer la religion, de la cual pende la sumision de los pueblos y su prosperidad. Purificó su reino de la idolatría que le infestaba, taló los bosques, asilos de los ritos infames, desterró sus impuros ministros, restituyó al templo del verdadero Dios sus ornamentos y sacrificios, y consiguió que fuese celebrada la Pascua con una magnificencia que no se habia visto desde los tiempos de Salomon. Para celebrarla convidó con cartas circulares á sus vasallos, que acudieron en tropas; y no solamente fueron á Jerusalen los del reino de Judá, sino tambien los del reino de Israel.

D. del. D. 2272. A. de J. C. 726.

¡Infelices! Esta era la última vez que sus ojos habian de ver algun vislumbre del esplendor con que en otro tiempo habia resplandecido su patria; porque ya estaban destinados á sentir su falta para siempre. Salmanasar, rey de Asiria, sin otro motivo que la codicia de saquear, se precipitó como un rayo, tomó á Samaria, y la redujo á un monton de cenizas: llevó cautivo al rey Oseas, y todos los vasallos de este que pudieron escapar del primer furor de los vencedores. Los profetas los representan como bárbaros, sedientos de sangre, cuya crueldad abria las entrañas de las mugeres en cinta y estrellaban contra el suelo los niños. De este modo quedaron destruidas las diez tribus que componian el reino de Israel, siendo parte de estas degollada, y parte dispersada entre los pueblos que componian el imperio de los asirios. Algunas familias de estos infelices se reunieron en los lugares de su destierro, y todavia se hallan algunas reliquias de ellas: mas nunca han existido en cuerpo de nacion. Enviaron los vencedores colonias de otras naciones que habian subyugado, para repoblar aquel pais.

El espectáculo de un desastre tan vecino asustó á Ecequías: envió grandes presentes á Salmanasar, y de este modo retiró de sus estados el torrente que los iba á inundar: mas bien presto le amenazaba otro, porque á Salmanasar le sucedió Senaquerib, el cual viendo que no habia que robar en Israel, puso los ojos en Judá. Tambien le aplacó Ecequías con presentes, y aun se abatió á pagarle tributo. Es un medio muy malo de pedir la paz dar á entender que se teme la guerra. Creyó Senaquerib que con nuevas amenazas sacaria nuevos regalos, y manifestó esta pretension con cartas insolentes, sosteniéndo-

la con un egército que llegó hasta las puertas de Jerusalen.

Por entonces estaba Ecequías enfermo. Cuando suspendió la primera invasion de los asirios habia atribuido á su propia prudencia la gloria del buen éxito, y quiso Dios castigar su vanagloria. El profeta Isaias le anunció el castigo, pero Ecequías se humilló, y no solamente le dió el Señor la salud, sino que le profetizó que todos los esfuerzos de Senaquerib nada podrian contra él. Le pidió Isaias por prenda de su seguridad un prodigio, y fue mandar que la sombra del gnomon en el cuadrante del palacio retrocedió diez líneas por mandado del profeta. Si esta retrogresion hubiera sucedido en todos los cuadrantes, sería imposible sin que retrocediesen todos los astros, y así fue uno de los mayores milagros que Dios ha hecho. Para cumplir Dios sus promesas envió un ángel esterminador al campo de los asirios, y mató en una noche ochenta y cinco mil, y los demas huyeron con desorden: y de este modo se libró Ecequías, el cual nos dejó la reputacion de príncipe piadoso, aunque por facil á la vanidad esperimentó los castigos de Dios. Este rey hermoseó á Jerusalen, llevó aguas, alentó á los labradores, y murió llorado de su pueblo.

D. del D. 2308. A. de J. C. 690. No le imitó su hijo Manases (2308); pero la medida de sus iniquidades fue la de sus desgracias. Como idólatra sacrílego sediento de la sangre de los sacerdotes y de los adoradores del verdadero Dios, padeció á su tiempo el castigo de sus crueldades. Volvieron los asirios á Judea, no obstante sus derrotas, asolaron de nuevo el pais, cargaron al rey de cadenas, le llevaron á Babilonia, que acababa de conquistar, y le pusieron en un calabozo. Esta des-

gracia le ocasionó su arrepentimiento: cedieron los vencedores á sus ruegos, y le restituyeron á su trono. Con sus virtudes consiguió que olvidasen sus delitos, y con su proceder hizo feliz á su pueblo. Su hijo Amon no tomó de su padre mas que los malos egemplos, y murió infelizmente asesinado por sus vasallos.

Antes de la última catástrofe que conmovió todo el reino de Judá desde sus cimientos, nos queda todavía un reinado (2356) digno de toda estimacion. Este fue el de Josías. Aunque subió casi desde niño al trono, no desmintió en toda su vida, bastante dilatada, las buenas calidades que mostró desde el principio. Destruyó los ídolos que el reinado de Amon, aunque corto, habia en grande número reproducido; y no los derribó solo en Judá, sino tambien en Israel, por haber sin duda unido á su imperio algunos de sus paises. Envió Josías por todas partes comisarios revestidos de su autoridad, y encargados de hacer revivir las leyes civiles y religiosas; y no fiándose enteramente de su zelo y sus luces, recorrió personalmente sus provincias. Con la presencia vigilante del monarca se desterraron los abusos en que no habian advertido los comisarios. A su vuelta á Jerusalen reparó el templo, é hizo celebrar la pascua con la misma pompa que Ecequías, y esta fue la última. Oponiéndose á un egército de egipcios que queria pasar por la Judea para atacar á los asirios, que eran sus aliados ó protectores, dió una batalla, y murió en el combate. Con este motivo se cree que compuso Jeremías sus lamentaciones: elegía enérgica y patética, que espresa los sentimientos del mas vivo dolor. A la verdad no hubo tristeza mas legítima, por-

D. del D. 2356. A. de J. C. 642.

que la religion, la gloria de la nacion y su felicidad espiraron con este santo rey.

D. del D. 2289. A. de J. C. 609. Su hijo Joacaz (2389) sufrió la desgracia destinada á su padre, porque le llevaron cautivo á Egipto y dieron los vencedores la corona á Joaquin su hermano, del cual se hace una horrible pintura. Dicen los historiadores que su palacio estaba fundado en homicidios, y adornado con rapiñas. Suponia delitos en los inocentes, buscando pretesto para despojarlos y condenarlos á muerte. Peleó con pocas ventajas contra Nabucodonosor, rey de Asiria, el cual subyugó todo el pais, saqueó el templo, llevó al rey cautivo á Babilonia, y despues le restituyó la corona con la condicion de pagarle tributo. Le pagó los tres primeros años; y habiéndose rebelado, le quitaron la vida.

D. del D. 2400. A. de J. C. 598. Su hijo Jeconias ó Joaquin le sucedió (2400) imitando en todo sus delitos, y asi esperimentó las mismas desgracias; bien sea que tomó posesion del cetro sin dar parte á Nabucodonosor, ó bien que quiso sacudir este yugo, le atacó el monarca de Asiria, y aunque el rey de Judá pretendió aplacarle con las mas humildes súplicas, siempre inexorable, le llevó cargado de cadenas con toda su familia á Babilonia, en donde murió. Segunda vez saquearon los asirios el palacio, el tesoro y el templo. Los utensilios destinados al culto, que existian desde el tiempo de Salomon, y los habian respetado en el primer saqueo, se los llevaron en este, y al mismo tiempo arrastraron los vencedores con los judíos mas distinguidos por sus talentos y riquezas, y con los mejores artífices, hasta no dejar en Jerusalen sino lo mas despreciable de la nacion, y los hombres precisos para el cultivo de las tierras.

Para gobernar las infelices reliquias de una nacion tan floreciente en otro tiempo, dejó Nabucodonosor á Sedecías, tio del rey destronado. Sin dejarse intimidar (2417) por el egemplar de su sobrino, tuvo la imprudencia de negar el tributo á su bienhechor. Volvió este príncipe con el furor de un vencedor ultrajado, sitió á Jerusalen, y entrando en ella con la antorcha encendida en la mano, hizo pasar á todos á cuchillo sin distincion de sexos y edades, arruinó los edificios, y al mismo templo le derribó desde los cimientos. Entonces sucedieron todos los males anunciados en los profetas, porque cesaron los sacrificios, lo que ni en las mayores calamidades se habia visto: fueron profanados el arca de la alianza y los sagrados depósitos que contenia. El rey, los príncipes y las princesas de sangre real, arrancándolas de sus palacios, fueron llevadas cautivas con todo el pueblo. La esposa se vió separada del esposo, y los hijos de sus padres y madres. Salieron como rebaños de bestias, y los desapiadados vencedores cargando de cadenas á los mas distinguidos, los llevaron á Babilonia, dispersando á los demas por los paises mas distantes de su imperio, hasta que llegó el tiempo señalado por la Providencia para su vuelta, destruidos los asirios, sus vencedores y tiranos, como tambien anunciaron los profetas.

D. del D. 2417. A. de J. C. 581.

ASIRIOS.

No es facil señalar los límites de la antigua Asiria. A lo que parece estaba situada entre el Tigris y el Eufrates, en el parage en que estos dos rios empiezan á acercarse saliendo de la Mesopotamia, hasta aquel donde se juntan, no le-

jos de su embocadura en el golfo Pérsico.

Nos pasma ver que un pais tan pequeño sacase de su seno egércitos de un millon ó de un millon y doscientos mil hombres, que es un número con que se aturde la imaginacion, atendiendo á cuantos hombres se necesitan, ademas de los combatientes, para el servicio y el bagage. Pero este es un enigma que se esplica por el modo de formarse tan poderosos egércitos.

Desde un centro, tal vez de poca estension, salia una cohorte guerrera, que se arrojaba sobre algun pais vecino. Esta llevaba consigo los hombres arrancándolos de sus hogares, y como no tenian otro recurso, se incorporaban con sus vencedores. Todos estos, escitados del deseo del botin, iban juntos á talar los paises limítrofes, cuyos habitadores despojados y llevados por fuerza, iban engruesando el egército. De este modo se formaron aquellos aduares ambulantes, que con el nombre de asirios subyugaron la Mesopotamia, y penetrando hasta Armenia, Media y Persia, pasaron como un torrente desolador por la Siria, de donde llevaron su devastacion á la Caldea, que era ya la patria de los judíos. Con estas conquistas distantes, el centro, hecho un desierto, iba formando otros muchos al rededor, y asi en el dia se buscan inútilmente los vestigios de muchas ciudades famosas, como sucede con Nínive y Babilonia, las que segun las descripciones que nos han quedado pasaron con justo título por dos maravillas del mundo.

No hay que preguntar cuáles fuesen las costumbres, los usos, ó la religion y comercio de los asirios, pues debieron ser las de todos los pueblos que se la iban juntando: quiero decir, que eran conquista-

dores y bárbaros, escesivamente libres entre sí en cuanto á los ritos y la policía, con tal que no adoptasen reyes, ni prácticas que pudiesen detener los progresos guerreros.

Bien se advierte que unos pueblos que vivian en continua agitacion no tuvieron tiempo ni medios para escribir los anales en que podamos sentar la basa de cronología, ni es posible sacar las datas ciertas. Cuando mas conservaban por tradicion los hechos principales, y aun la memoria de estos nos ha llegado muy alterada por los griegos. Al mismo tiempo que todos confiesan que á estos se les deben casi todos los conocimientos relativos á las antiguas naciones asiáticas, á escepcion de lo que sabemos de los judíos, tambien se debe advertir que transformándolos hicieron griegos los nombres de los dioses y los hombres, y enlazaron las relaciones con sus tradiciones propias: de suerte, que cuando creemos que tenemos de ellos verdades bien confirmadas, tal vez no sacamos sino fábulas griegas. Esta advertencia basta para fijar el grado de confianza que debe darse á la historia de estos tiempos antiguos.

Nino y Semíramis son el héroe y la heroina de las crónicas mas remotas de los asirios, recogidas por el griego Ctesias. Reinaba Nino en un pequeño pais sobre la ribera izquierda del Tigris cerca de sus fuentes entre lagos y montañas. Esta situacion nos esplica por qué se hizo guerrero y conquistador. Seria sin duda para colocarse en otro pais mas fértil. Debe suponerse que Nino empezó formando sus tropas de lo mas escogido de la juventud de sus estados. Los egercitó en el trabajo y la fatiga, é hizo alianza con un rey árabe, de parte del cual temia alguna diversion cuando se hallase

mas distante. Tomadas estas precauciones siguió el curso del Eufrates subyugando todo, hasta el sitio en donde edificó á Babilonia; sube á la Armenia, la sujeta: destruye la familia real haciendo crucificar al rey. Las demas hazañas mas bien pueden llamarse paseos que espediciones militares. Como si el miedo tuviera atados los brazos de los que podian haberle resistido, recorrió el Egipto, la Celesiria, los paises situados en la ribera del Helesponto, los partos, medos y persas; y solo le contuvieron los bactrianos, cuyas montañas y valor suspendieron sus progresos, aunque solamente por algun tiempo.

Aquí presenta Ctesias en el teatro á Semíramis. Esta era hija de una diosa llamada Derceto, que habia irritado la cólera de Venus. Esta la inspiró amores de un jóven, del que tuvo una hija, y para evitar la vergüenza la escondió entre las rocas del desierto, se precipitó en el mar, y allí fue convertida en pescado. Unas palomas, que la casualidad llevó á la caverna, cubrieron y abrigaron á la niña con sus alas, y la mantuvieron con leche cuajada robada á los pastores de aquellas cercanías. Estos advirtieron el hurto, y siguiendo á las palomas hallaron una hermosa niña. Su mayoral, que era pastor del rey, la puso el nombre de Semíramis, que en lengua sira quiere decir paloma.

Esta niña á poco tiempo se aventajó á todas las demas en talento y hermosura. Fue tal la impresion que hicieron sus gracias en Menon, gobernador de Siria, que la tomó por esposa. Entonces ya Nino habia vuelto contra los bactrianos, y estaba sitiando la principal fortaleza llamada Bactra. Menon se vió en la precision de seguir al rey, y cansado de tener ausente su esposa, la llamó. Semíramis

Entrada de Semíramis en Nínive.

Prendado Níno de su nueva esposa Semíramis, la llevaba á su lado quando entró victorioso en Nínive; y aquel pueblo, admirandola solo por las noticias de su valor y hermosura, la miraba atónito, como si presagiase que recibia y aclamaba en ella á la grande heroina, que colmando de triunfos á la Asíria, habia de eternizar su nombre con gloria sin exemplo.

T. I. Enguid.º de ag. fte.

Alex.º Blanco conclu.

partió allá con proyectos de fortuna, y sabia muy bien que el mejor medio en una muger hermosa era atraer las miradas. Se presentó con un vestido medio galan y medio guerrero; pero tan elegante, que los persas y medos, dos naciones que turnan en lo belicoso y en lo afeminado, le adoptaron para el tiempo de sus triunfos.

Llegando al campo Semíramis, que mas queria deber su elevacion al mérito no comun que á la hermosura, examina las operaciones del sitio: advirtió que todos los ataques se dirigian á los parages mas débiles, y por consiguiente que los sitiados tenian en ellos todas sus fuerzas, dejando sin defensa los mas dificiles de conquistar. Buscó hombres acostumbrados á trepar por las rocas, formó su tropa de estos, se puso á su cabeza, y despues de inesplicables trabajos se apoderó de la parte mas alta de la fortaleza, que atacada por todos lados, se vió precisada á rendirse.

Quiso Nino ver á la que habia imaginado y gobernado aquel proyecto: se enamoró de ella, y se la pidió á Menon. No quiso este ceder su muger; pero insistiendo el rey, fue tal la desesperacion del general, que se ahorcó, y quedando viuda Semíramis, se casó con Nino. Fue con ella á gozar el fruto de sus conquistas en la ciudad de Nínive, que habia edificado. Se cree que estaba situada hácia el pais mas alto del Tigris en los primeros estados de Nino. Los historiadores hablan como de una ciudad soberbia, pero sin decirnos por menor sus bellezas: se sabe que era grande, pero se ignora absolutamente en qué campo existió, y por mas investigaciones que se han hecho no se halla vestigio alguno.

Vivió Semíramis poco tiempo con Nino: mas cuando este murió la dejó un hijo llamado Ninias. Empezó esta reina por una hazaña guerrera, y sostuvo y aumentó la reputacion de serlo por el mismo medio. Si su marido levantó egércitos de seiscientos mil hombres, ella los levantó de tres millones, asegurando la sumision de los paises conquistados, y subyugando otros muchos. En sus espediciones no era la guerra su única ocupacion, porque iba señalando sus marchas con establecimientos útiles: cegaba las lagunas, construia puentes, allanaba montes, y hacia caminos por entre los arenales y las rocas. Mucho tiempo despues de su vida conservaron el nombre *de caminos de Semíramis.*

A mitacion de su marido, que fundó ó á lo menos hermoseó á Nínive, edificó Semíramis á Babilonia. Las dos ciudades estaban cercadas con una muralla de muchas leguas, y de cien pies de alto. Sobre la de Nínive podian pasar tres carros de frente; pero sobre la de Babilonia pasaban seis.

Estaba situada esta ciudad sobre el Eufrates, que la dividia en dos, y se unian con un solo puente de madera de cedro. Calzadas de mármol muy elevadas aseguraban y adornaban las dos riberas del rio. Se llegaba al nivel del agua por debajo de las bóvedas, cerradas con puertas de bronce. En una ribera estaba el magnífico templo de Belo, y en la otra el palacio de la reina, comunicándose estos dos edificios por un paso que habian abierto por debajo de la madre del rio, habiendo profundizado un lago inmenso en donde caian las aguas del rio durante los sesenta dias que gastaron en fabricar este paso.

El historiador griego se dilata con complacen-

cia en la descripcion de los adornos de estos dos edificios, y entre otros en la de los jardines Pensiles, de que se ha hablado tanto. Estos eran una masa enorme de tierra que hizo levantar Semíramis sobre el sepulcro de su esposo, y era de tanta estension, que plantaron en ella los jardines adornados de grandes árboles. Debe advertirse que esta reina manifestó en muchas ocasiones gusto particular en estos montes hechos á mano, pues en sus espediciones la sucedia ocupar parte de su egército en levantar semejantes montañas en las llanuras grandes. Allí hacia colocar su tienda, y tenia el placer de pasear su vista desde esta especie de trono sobre aquella multitud de hombres postrados á sus pies. Levantando en su palacio aquellos jardines casi aéreos, tenia el gusto de contemplar su creacion desde lo mas profundo de los bosquetes: digo su creacion, porque para contemplar el prodigio, añade el historiador, que tantas maravillas fueron obra de un solo año. Repartió la reina el terreno de la ciudad á los principales señores de la corte, con la condicion de que edificasen segun el modelo que les dió, y concluyesen en un tiempo fijo.

En cuanto al dinero necesario para estas grandes empresas no debe imaginarse que le sacó de impuestos establecidos con equidad, y recogidos con método; porque cuando se agotaban los tesoros que habian juntado con los saqueos, entraban estos príncipes desoladores con mano armada en los paises que les parecian opulentos. No se contentaban con imponer contribuciones, todo lo tomaban y se lo llevaban; víveres, ganados, los productos de industria y de comercio; hasta los hombres, mugeres y niños, que vendian á provecho suyo; en consumiendo este

dinero iban á otras partes para juntar otro.

Semíramis, despues de haber agotado los paises que rodeaban al suyo á muy grande distancia, resolvió atacar la India, que pasaba por el pais mas rico del universo. Duraron sus preparativos tres años, mas no correspondió el efecto. Despues de algunas ventajas su egército de tres millones de hombres fue vencido y dispersado, y ella herida en la fuga, sin que se sepa si volvió á sus estados ni en donde murió. Hay opinion de que pereció en una conjuracion que formó contra ella su hijo Ninias.

Dejó Semíramis la reputacion de princesa hábil y valerosa, y aun habia dado pruebas de uno y otro en una ocasion importante. Estaba al tocador cuando la dijeron que habia una sedicion en la ciudad, y sin tomarse tiempo para acabar de peinarse, fue volando adonde estaba el peligro, y con la fuerza ó la persuasion sosegó el motin. Con una estatua que la representaba desmelenada, como estaba cuando contuvo la rebelion, perpetuó la memoria del suceso. De su virtud se sospecha, porque siempre tenia al rededor los jovenes mas hermosos del reino, con el pretesto de hacerla la guardia. Muchas veces desaparecian algunos, y principalmente los que habia honrado mas; por lo que dió motivo á creer, que juntando á sus escesos la crueldad, se deshacia, por un resto de vergüenza, de los cómplices de sus placeres.

Su hijo Ninias imitó mas á su madre en los desórdenes de su vida privada, que en las ocupaciones de su vida política y guerrera. El modo de asegurarse en el goce tranquilo de sus placeres merece ser contado. Cada año levantaba un egército de hombres sacados de las diferentes provincias de su im-

Sedicion apaciguada por Semíramis.

Al primer aviso de sedicion abandona Semíramis el tocador, y en aquel estado se presenta á sus vasallos, los habla, y logra, tranquilizandolos, todo el respeto debido á su presencia, y quanta deferencia podía desear á sus persuasiones. Perpetuó la memoria del suceso con una estatua que la representaba desmelenada, como se hallaba quando consiguió este que apreciaba como uno de sus mayores triunfos.

T. L. Engmdt. de ag. fec. Jph. Fonseca cent.

perio. Sobre cada division provincial ponia un gefe á su gusto, y este egército servia á su vista para guardar la ciudad y su palacio, pero sujeto á la mas severa disciplina. En espirando este tiempo le despedia, tomando á cada individuo juramento de fidelidad, y llamaba otro egército formado del mismo modo. Como los oficiales y soldados apenas tenian tiempo para conocerse, y por otra parte los mandaban los gefes que el rey escogia, no podian concertar empresas contra él; y así, sin temor de revoluciones, se abandonaba en su palacio á la mas vergonzosa sensualidad. Pero en la historia de sus sucesores no hallamos otros rasgos mas recomendables; y así no se puede contar sobre los datas de su sucesion, ni sobre su filiacion hasta Sardanápalo, que es el último.

El nombre de este príncipe casi ha llegado á ser una injuria; y á la verdad merece la ignominia que le cubre, si no tuvo vergüenza de vestirse de muger, de hilar con sus concubinas, de pintarse, y afectar los adornos mas esquisitos con la lascivia de las mas descaradas prostitutas. Bien fuese por indignacion contra sus desórdenes, ó bien por ambicion, formaron dos sugetos el proyecto de destronarle. El uno se llamaba Arsaces, buen general, medo de nacion, el otro Belesis, natural de Babilonia, sacerdote, y grande astrólogo. Este fue el que sedujo y calentó la imaginacion del otro con sus falsos pronósticos. Empezaron haciendo liga entre todos los gobernadores de provincia, que por descuido y poca precaucion del rey se hallaban entonces juntos en Nínive, y despues ganaron al egército anual.

Antes de dar el golpe quiso Arsaces conocer al que habian de atacar; discreta precaucion en un

conspirador. Se hizo introducir en el palacio, y así que vió la vergonzosa conducta de Sardanápalo, no dudó del buen éxito. No obstante, aquel hombre afeminado manifestó en el peligro mas constancia y valentía que la que esperaban: tres veces rebatió á los rebeldes: tres veces se retiraron con desórden, y otras tantas los volvió á juntar con sus pronósticos el astrólogo Belesis, y los empeñó al fin en el último esfuerzo. Por la desercion de una parte de las tropas reales que Belesis supo manejar, fue feliz este último esfuerzo. Sardanápalo, precisado á retirarse á Nínive, contaba con defenderse en ella largo tiempo por estar bien fortificada, y no tener los sitiadores máquinas para batir los muros: mas una inundacion imprevista, que arruinó parte de ellos, abrió para el asalto una grande brecha. Por no verse en manos de sus enemigos, se abrasó Sardanápalo con todas sus mugeres y riquezas. Los vencedores destruyeron á Nínive hasta los cimientos; pero trataron á sus habitadores con humanidad.

Entre los hechos que el griego Ctesias atribuye á Nino, Semíramis, Ninias y Sardanápalo puede ser que haya muchos que sean verdaderos; pero tambien parece que reunió en estos cuatro príncipes los sucesos que corresponden á muchos: de suerte que mas bien hizo una novela que una historia. Las de la sagrada Escritura con su acostumbrada brevedad, nos daran las noticias suficientes para aplicar poco mas ó menos á cada personage los hechos que le pertenecen, y dar algun orden en la forma de anales á la historia de los asirios.

D. del D. 2228. A. de J. C. 770. El primer monarca de los asirios como nacion poderosa (2228), se llamó Pul, que ya encontró edificada á Nínive, y es conocido por sus hazañas

en el reino de Israel, porque le hizo tributario despues de haber atravesado el de Siria como vencedor.

Teglatfalasar (2259) agravó la infelicidad de los israelitas llevando muchos de ellos cautivos á su pais; pero protegió á Acaz, rey de Judá, contra Rasin, rey de Damasco, á quien venció y destruyó el reino del opresor. D. del D. 2259. A. de J. C. 739.

Salmanasar (2274) fue el colmo de las desgracias de los israelitas; porque los llevó cautivos, y los dispersó por sus vastos estados. Este príncipe estendió sus conquistas en la Siria y la Fenicia, abatió el orgullo de los tirios, mas no los pudo sujetar. Este mismo rey con Rabsaces su general atacó á Ecequias, rey de Judá, y prorumpió en amenazas é imprecaciones, afectando la insolencia de desafiar el poder del Dios de los hebreos. Se hallaba Rabsaces al pie de las murallas de Jerusalen; pero Isaías anunciando muchos tiempos antes este sitio habia dicho: "No te presentarás contra ella con el escudo en la mano, ni arrojarás dentro una saeta." El cumplimiento de esta profecía se halla exactamente en Herodoto, historiador profano, el cual advierte que una prodigiosa cantidad de ratones royeron y cortaron en una noche todas las correas de los escudos y las cuerdas de los arcos del egército sitiador. A Salmanasar le mataron sus propios hijos. D. del D. 2274. A. de J. C. 724.

Ezar-Adden (2287), uno de sus hijos que no era del número de los asesinos, realzó la gloria de la Asiria, y añadió al cetro de Nínive el de Babilonia. Acabó de arruinar á los siros y judíos, de modo que no se contaban ya por naciones, y llevó sus armas victoriosas á Egipto y Etiopia. D. del D. 2287. A. de J. C. 711.

Nabucodonosor sojuzgó á los medos, y destruyó la magnífica Ecbatana su capital. Este es-

cribió á uno de sus generales: "Marcha contra los habitadores del pais de occidente, y mándalos que me traigan la tierra y el agua; y si no obedecen, cubriré yo la tierra con los pies de mis egércitos, los entregaré como prest á mis soldados, hasta que los cadáveres de los muertos llenen los arroyos y los valles, y hagan á los rios salir de madre. Cumple mis ordenes, y no tardes." En consecuencia de este mandato juntó Holofernes un prodigioso egército; retiró á los árabes hijos de Israel á sus desiertos; atravesó la Mesopotomia, y arruinó sus ciudades; atacó á los madianitas; abrasó sus tiendas de aduares de pastores; cubrió de ruinas y escombros la llanura de Damasco, quitando la vida á sus habitadores; desoló las costas del mar; se declaró contra todos los dioses, y prohibió que en adelante se adorase mas dios que á Nabucodonosor.

Intimada esta prohibicion á los hebreos con blasfemas amenazas, se sintieron horrorizados, y solo esperaban una matanza general; cuando Judit, viúda joven de su nacion, formó el proyecto de librarlos. Se presentó á los asirios, y estos la llevaron adonde estaba el general. Este, encantado de sus gracias, la introdujo en su tienda, y la puso á su mesa. Por no haberse precavido contra los efectos del vino, le sorprendieron, y se durmió. Judit con el auxilio de su criada le cortó la cabeza, la metió en un saco, y fue á mostrarla á los habitadores de Betulia su patria. Con esto se disipó el egército, y los judios se libertaron. Nabucodonosor se convirtió en bestia en castigo de su vanidad, es decir, que por haberse querido elevar sobre la naturaleza humana, se redujo á menos que hombre. Entonces empezó la decadencia de su reino, cuando en su tiempo fue la época

mas gloriosa del imperio de los asirios, y dando una caida sobre otra, se le tragó el imperio de los babilonios, de tal modo que aun en los próximos siglos apenas habia quedado vestigio de su existencia.

BABILONIOS.

Es preciso distinguir el reino de Babilonia del imperio de los babilonios. Del reino tenemos noticias desde los tiempos mas antiguos despues del diluvio, y sabemos que era estrecho, pues no pasaba de las riberas de los rios Tigris y Eufrates, y cuando mas, llegaba mas allá del Tigris al sitio en donde se discurre que estuvo Nínive, de la que tal vez pudieron venir los primeros monarcas de este reino. El imperio ó aquella potencia que dió leyes no solo á un pequeño canton, sino á todos los paises aun muy distantes que tenian al rededor, se fue formando por una serie continuada de conquistas, en las que ya se dilataba del centro á las estremidades, y ya refluia de las estremidades al centro. Vemos en la lista de los emperadores babilonios unos que eran árabes, otros persas, otros medos, de los cuales algunos formaron dinastías, y otros que apenas se presentaron en el trono por su valor, no dejaron sucesores de su familia. De estas observaciones resulta que la Babilonia y la Asiria son el mismo pais, y que estos dos imperios casi siempre se confundieron entre sí; con la diferencia de que el babilonio sobrevivió al asirio, y por consiguiente tuvo costumbres mas fijas, y por ser mas conocidas debemos hacer de ellas mencion, lo cual ha sido imposible respecto de la Asiria.

El clima de Babilonia es el mismo que el de Asiria: es un pais absolutamente llano, espuesto á unos calores muchas veces insufribles, y que ponen á los

habitadores en la precision de meterse en cisternas, ó valerse de otros arbitrios semejantes para dormir. Jamas llueve allí; pero los dos rios que todos los años salen de madre dejan en los campos grandes lagunas, y los habitadores distantes de las riberas riegan con su agua, y así, no obstante la continua sequedad, es Babilonia muy fértil. Allí las frutas son escelentes, y cuando estaba bien poblada la abundancia, el tamaño y la calidad de sus granos escedian á los de los paises mas favorecidos de la naturaleza. De aquí viene la opinion de algunos que señalan sus campos por situacion del paraiso. No se halla en esta tierra uniforme curiosidad alguna de la naturaleza, á escepcion del betun que da, y que sirve para quemar y para edificar. Un rio pequeño de Armenia, que desagua en el Eufrates, acarrea este betun como espuma.

Los babilonios y asirios disputaban su antigüedad con los egipcios, y aun pretendian escederlos. A la verdad, tuvieron por fundador de su monarquía á Nemrod, nieto de Noé, á quien algunos hacen fundador de Nínive; y así verisimilmente son el pueblo mas antiguo formado en cuerpo de nacion. Dicen que la idolatría nació entre las riberas del Eufrates y del Tigris, y de allí pasó á Egipto y á Grecia. Es cierto que las fábulas de todos estos paises, á escepcion de alguna media tinta, son muy semejantes; porque Pul, Belo ó Júpiter todos son nombres del Dios que desde el cielo forma los truenos, y arregla el destino de los hombres: la Astarte de los siros, la Melita de los babilonios y la Venus de los griegos siempre son una muger de grande belleza, la madre de las gracias y los amores, que preside á los placeres, y los escita con su egemplo.

En Babilonia tenian á la prostitucion por acto de religion y por tributo, que cada muger debia pagar una vez en la vida á la diosa en su mismo templo. Sin duda era costumbre introducida y no ley, y aun no es creible que fuese general esta costumbre. Todos los cultos supersticiosos que se estendieron por el universo parece que salieron de Babilonia, porque ya en ella adoraban animales y héroes deificados. Ofrecian incienso á los árboles, á los elementos y á las estaciones; pero en el mismo templo al lado de las falsas divinidades que creian aplacar con víctimas humanas, se levantaba un altar consagrado al verdadero Dios: contraste bien estraño, que despues imitaron otras naciones ilustradas, como de Atenas lo sabemos por San Pablo. Esta mezcla, que llaman sabeismo, consistia en creer un primer Dios, sin escluir los dioses secundarios.

Hacian los babilonios en tiempos señalados una especie de feria de sus hijas. Las juntaban todas en un sitio público en donde pudiese cualquiera verlas, y el dinero que daban por conseguir á las hermosas servia para casar á las feas. Las purificaciones y lavatorios estaban prescritas rigorosamente, y eran muy útiles en un pais tan cálido. Esponian sus enfermos á la puerta de su casa, para que los transeuntes que habian padecido el mismo mal dijesen el remedio con que habian sanado. Aunque tan vecinos del pais de los perfumes, se ungian los cuerpos con miel y cera, y este era el modo de embalsamarlos. Acompañaban sus funerales con largas y solemnes espresiones de sentimiento.

No hay razon para atribuir á una nacion entera aquellos desórdenes que tal vez fueron escesos

de algunos opulentos y particulares, como sucede en aquella abominacion con que los babilonios llamaron en sus orgías, no á las prostitutas, sino á sus propias mugeres é hijas, las que perdiendo poco á poco todo el pudor, se iban despojando pieza por pieza de sus vestiduras hasta la última. Estas disoluciones debieron ser bastante comunes, pues las refiere mas de un historiador. Atribuyen la causa al clima, que inclinaba á la sensualidad, ó á su falsa religion, que consagraba los mayores desórdenes. Me parece que puede atribuirse á uno y otro.

Los babilonios tomaban sus sacerdotes de entre los caldeos, que eran sus filósofos, sus astrólogos y adivinos. Creian que el mundo era eterno, y tenian á los astros por dioses, ó á lo menos por la habitacion de las divinidades subalternas á quienes el Dios supremo tenia confiado el gobierno del mundo. La astrología judiciaria, de la que dicen, como lo hemos notado, que fueron los inventores, consistia en observar qué astro se presentaba sobre el horizonte en aquel instante en que el niño nacia, pensando que el poder de aquel astro ó de la divinidad que le habitaba influiria en toda la vida del recien nacido; tanto que pensaban que iban bien fundados pronosticando así, que seria valeroso, rico, feliz ó desgraciado, segun el género de poder que suponian en el astro dominante.

Tambien adivinaban los caldeos por el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas, los lineamentos del rostro, y las rayas de las manos: ademas de esto presagiaban de los fenómenos de la naturaleza. Eran muy respetados, y tenian cerca de los templos magníficas habitaciones en donde tenian sus escuelas; pero su ciencia se comunicaba solamente

á sus familias. Así la profesion de adivinar, como sucede ahora en aquellos paises del Oriente con las artes, pasaba de padres á hijos. Esta práctica es útil para que las artes lleguen á la perfeccion deseada; pero perjudica á la invencion.

La religion del pueblo era el culto de *Oanés*, del que decian ser un monstruo que salió del mar, medio hombre y medio pescado, que habia enseñado las ciencias; y el de una Venus, madre de las gracias. Esta presidia sin duda á su modo de vestir, el que al mismo tiempo era lascivo y soberbio, y consistia en una camisa que bajaba hasta los talones, y sobre esta otra de lana fina, y por último una especie de capa. Apenas se diferenciaban las vestiduras de las mugeres de las de los hombres; pero ambos sexos gastaban mucha riqueza en los adornos accesorios. Cubrian con la mitra la cabeza, y uno y otro sexo hacia alarde de la hermosura de su cabello. En los dedos llevaban muchos anillos, y uno de estos les servia de sello. Rara vez salian sin baston, especie de cetro que remataba en alguna flor ó pájaro. Su calzado era sandalias muy preciosas.

Bien conocian los babilonios la música y el baile. Así se ve en los santos libros que detestan el uso que hacian en las fiestas de los falsos dioses. En cuanto al comercio esterior desde luego tuvieron grande facilidad por ser navegables los dos rios, y es regular que se aprovechasen de ella: el interior ó de consumo sin duda fue muy activo en un pueblo tan numeroso, por ser el centro de afluencia para todas las magnificencias de los paises conquistados. Ricos hilados, variedad de telas, tinturas resplandecientes, obras muy delicadas en mádera, co-

bre y plata, y todos los adornos del lujo se hallaban en aquel pueblo industrioso y delicado, con el talento de emplearlos con buen gusto. Tanto que para ponderar una joya decia el mercader: *Es obra de Babilonia.*

Los monarcas de este imperio se hacian llamar reyes de reyes, y pretendian adoraciones, fundándose en este pensamiento: "Nosotros hemos vencido á los dioses de otras naciones, y por consiguiente somos mas que ellos." A su imperio daban el título de la monarquía reina del Oriente. Sus reyes eran déspotas, y tenian una corte proporcionada á su soberbia. Los libros santos nos han conservado la graduacion de sus primeros oficiales: el capitan de la guardia, el gefe de los eunucos, el gefe de los magos, la gerarquía de los jueces, que oian las quejas del pueblo, la gente armada egecutora de sus órdenes. Los castigos eran prontos y terribles, como se observa todavia en el Oriente. La costumbre que aun no se ha abolido en muchos paises del Asia, y que pende de la educacion, era que el pueblo se dividia en clases y castas diferentes. Cada una de estas tenia sus particulares usanzas: egercia esclusivamente una profesion, y comia tales manjares, abominados de los de otra. Tambien tenian sus doctrinas y escuelas separadas, y aun sectas cuyos nombres han llegado á nuestros tiempos.

¿Quién habrá que no crea que en los anales de una nacion que hizo tanta figura entre los primeros pueblos conocidos no se habian de leer hechos muy interesantes? No obstante, apenas nos han conservado mas que una seca nomenclatura. Empiezan por una especie de novela que sube hasta Sardanápalo, último emperador asirio, si-

tiado y abrasado en Nínive. Se ha visto que el astrólogo Belesis tuvo mucha parte en el buen éxito de Arsaces, que fue el que puso á Sardanápalo en el estrecho de abrasarse con todas sus riquezas. Mientras tenia sitiada á Nínive, dijo este embustero á Arsaces: "Hice voto de que si tomabas la ciudad transportaria yo las cenizas de su hoguera á Babilonia para formar un túmulo ó una especie de montaña cerca del templo de mi Dios, la cual servirá de monumento de la destruccion del imperio asirio á todos los que naveguen por el Eufrates." Sabia Belesis que aquellas cenizas contenian un tesoro inmenso, y por la credulidad de Arsaces, que le hizo gobernador de Babilonia, se apoderó de sus riquezas.

Viéndose tan rico se entregó al lujo y sensualidad con tanto abandono, que era la burla de toda la corte de Arsaces. El favorito principal del emperador, *Parsondas*, jóven de buena disposicion, era uno de los que mas se burlaban de Belesis, llegando con sus chanzas al desprecio. Picado el astrólogo dispone una emboscada contra Parsondas: le hizo llevar á su palacio, y juró que á este censor de la sensualidad le habia de hacer el hombre mas afeminado. Llamó al eunuco, director de las cantoras, le mandó afeitar á Parsondas, pintarle y ponerle en trage de cantora, haciéndole aprender su arte, sin omitir trabajo ni cuidado para transformarle en muger. Por la habilidad del eunuco llegó Parsondas á tomar el gusto, y á ser mas afeminado y delicado que las mugeres, y á esceder en gracia en todas las fiestas á las damas mas agradables de la corte.

Por este mismo tiempo buscaba Arsaces á su

favorito: supo que estaba en casa de Belesis, y el emperador le pidió. El oficial que llevaba la orden empezó á reprender en Belesis que hubiese dado esta pesadumbre á su bienhechor. Yo me justificaré, le respondió; y recibiendo al enviado con agasajo, le dió una grande comida: al fin de ella entraron cincuenta mugeres cantando, y tocando diferentes instrumentos, le dijo el astrólogo: Escoged la que mas os guste; y fue el escogido Parsondas. Le reconoció el oficial con admiracion, y se le llevó á Arsaces. Llegando á la corte se quejó vivamente Parsondas de la afrenta, y pidió venganza. Llamaron al gobernador de Babilonia, y tomó el camino, llevándose consigo fardos llenos de oro, plata y joyas, para distribuirlos á los eunucos y favoritas. Viéndose en la presencia del rey, dió por escusa que no habia sido otro su fin sino que conociese Parsondas que no habia razon para hacer burla de los que se dejaban seducir con los encantos del deleite; y dijo tanto, que su aventura se convirtió en asunto de risa; y el mismo Arsaces, que al principio se irritó tanto, lo tomó tambien á risa. Volvió Belesis triunfante á su gobierno, y sin duda debió mas á sus riquezas su justificacion que á las razones. Yo creo que esta moral es la que se pretendió sacar de esta relacion fabulosa, pues á lo menos lo es en mucha parte.

Despues de Arsaces introducen cinco reyes, mediando algunos interregnos, que con dificultad llenan los siglos que se pasaron desde este príncipe hasta Nabopolasar (2394), que es el Nabucodonosor de la Escritura. Ya hemos hablado de sus guerras y conquistas; pero fue de los mas famosos por sus sueños. Entonces se tenian estos por cosa de

D. del D. 2394. A. de J. C. 604.

importancia. Soñó, pues, que veia una grande y magnífica estátua de un mirar terrible, que tenia la cabeza de oro, pecho y brazos de plata, el vientre y las piernas de bronce, parte de los pies era de hierro, y parte de barro. Una piedra arrojada por una mano invisible dió en los pies de la estátua, y se deshizo como paja que el viento lleva, y en su lugar se formó una montaña que llenó toda la tierra. A Nabucodonosor se le habian olvidado algunas circunstancias de este sueño; pero Daniel, uno de los cautivos judíos, le dijo lo que se le habia olvidado, y le esplicó todo el sueño entero. Los diferentes materiales de la estátua significaban las diferencias específicas de los imperios que despues sucedieron al de Babilonia, el de los medos, persas, griegos y romanos: despues de estos sobrevino una inundacion de bárbaros que el viento llevó como paja, y los reemplazó un grande monte, ó el último reino que eternamente debia durar, por el cual entienden los judíos el reino del Mesías.

Volvió á soñar Nabucodonosor: vió un grande árbol que tocaba con su copa en el cielo, y llegaban sus raices al centro de la tierra. Sus ramas estaban cargadas de aves y de frutos. Allí iban los animales á sustentarse, y descansar á su sombra. "Mientras yo admiraba esto, dijo, resonó una fuerte voz: Derribad ese árbol, cortad sus ramas, caigan sus hojas, espárzanse sus frutos, huyan las bestias, y vuelen las aves: no obstante, consérvese su raiz, átese con cadenas de hierro::: múdese su corazon de hombre, dénle un corazon de bestia, y esté así por siete años." Era bien peligrosa la esplicacion de este sueño dada al monarca en persona, y así Daniel puso grandes dificultades;

mas al fin le declaró que el sugeto significado era él, y que despues de haber sido como un grande árbol, admiracion de su imperio, llegaria á estar reducido al estado de bestia, y á ser un objeto de lástima. Durante los siete años de su castigo, de cualquier modo que su reino se gobernase, no esperimentó golpe alguno, á escepcion de un suceso menos importante por sí mismo, que por sus consecuencias. Evilmerodac, su hijo (2437), en una partida de caza hizo una escursion en el territorio de los medos, y estos le rechazaron: pero su imprudente diversion fue causa de una funesta guerra. Evilmerodac no vió mas que los preparativos, porque un cuñado suyo le mató á traicion.

D. del D. 2437. A. de J. C. 561.

Neriglisor (2459) halló subiendo al trono amenazado el imperio de Babilonia por los medos y los persas. Consiguió formar contra ellos una formidable liga de los reyes vecinos, y oponerles un egército muy numeroso. Huyeron los babilonios sin pelear, se retiraron los aliados abandonados, y dejaron el campo á discrecion de los vencedores: Neriglisor quedó muerto.

D. del D. 2439. A. de J. C. 560.

No se sabe si un tal Archod fue su hijo (2443); pero su fama tiene en la historia la mancha de dos acciones viles. La primera es haber quitado la vida á Gobrias, señor jóven de Babilonia, por envidia de la destreza con que habia muerto á una fiera que él habia errado: la segunda la mutilacion de otro llamado Gadates, sin mas motivo que haberle hablado con agasajo una de sus concubinas. Estas dos familias poderosas se unieron con los medos y persas, y concurrieron á derribar el trono de Babilonia, que estaba ya temblando.

D. del D. 2443. A. de J. C. 555.

La última catástrofe sucedió en tiempo de Na-

bonedio ó Baltasar (2564). La madre de este era Nitocris, de la que se habla tambien como de Semíramis por su valor y destreza en los negocios, como en el gusto de las grandes empresas; pero habia nacido en un tiempo menos propio para hacer valer estas calidades estimables. Estaba el imperio de Babilonia muy próximo á su ruina, y procuró Nitocris apuntalarle fortificando á Babilonia. Se dice que mandó poner sobre su sepulcro esta inscripcion: *Si algun rey de Babilonia necesita dinero, aquí hallará cuanto haya menester.* El que le abrió no halló mas tesoro que estas palabras: *Si tú no fueras el hombre mas codicioso, no hubieras violado el asilo de los muertos.* D. del D. 2564. A. de J. C. 434.

Las murallas que edificó eran tan altas y tan gruesas, que viéndose bien provisto de víveres su hijo, que sostenia el sitio contra los medos y persas, se lisonjeaba de que habia de cansar á los sitiadores. Con esta confianza se entregaba á los placeres de su palacio como en tiempo de paz. Estando un dia á la mesa con sus concubinas y los compañeros de sus desórdenes, para llegar con sus escesos al último punto, hizo traer los vasos sagrados que Nabucodonosor habia robado en el templo de Jerusalen, para dar de beber á los convidados, cuando de repente apareció una mano que escribia en la pared unos caracteres desconocidos. Se asustan los asistentes, llaman al profeta Daniel, hábil en el arte de adivinar, lee, y pronuncia esta terrible sentencia: *Los dias de tu reino estan contados: á tí te han pesado en la balanza, y se halló que tienes menos: tu reino ha sido dividido, y dado á los persas y á los medos.* En la misma noche los enemigos, que habian estraviado las aguas del rio, en-

traron por donde este entraba en la ciudad, y pasaron á cuchillo al rey, á la guarnicion y á los habitadores. Babilonia quedó tan borrada de sobre la tierra, que hoy dia se busca inútilmente en qué sitio estuvo. Los del imperio de Babilonia se confundieron con los enemigos.

MEDOS.

La Media es un pais que se resiente del calor y el frio en un corto espacio. El primero reina en las montañas, y el segundo en las llanuras. El producto de sus tierras varía como el temperamento: unas son fértiles hasta la abundancia: otras estériles hasta la miseria. Las tierras estériles, como sucede comunmente, crian en particular en sus montes mucha y escelente caza. En la montaña se respira un aire muy sano: en los llanos es menos saludable, principalmente hácia el mar Caspio. Los alrededores son con frecuencia inundados saliendo de madre los rios, é infestados por una multitud de insectos muy incómodos.

El mar Caspio es un grande lago, cuyas riberas y estension fueron mal conocidas de los antiguos, y últimamente los modernos las describen con alguna mas exactitud. Al ver los muchos y grandes rios que en él desaguan, debe creerse que no pudiera recibir tantas aguas sin descargarse en el oceano por alguna comunicacion subterránea. Los antiguos imaginaron tragaderos ú ollas que los modernos han renovado; pero los hábiles físicos opinan que para mantenerse este mar en su medida ordinaria basta la evaporacion. Sus aguas son poco saladas en las costas, como que perpetuamente las bañan las aguas dulces de los rios: es abundante en pesca-

dos de toda especie, y algunos son particulares de este mar.

Las montañas de la Media, ásperas y altas, son por la mayor parte límites puestos entre las provincias, que solo dejan muy estrechos pasos y semejantes á puertas. Los que se llamaban las puertas Caspias, todavía son motivos de disputa entre los geógrafos. Ptolomeo las coloca entre la Media y la Armenia.

En algunos parages por falta de trigo hacen los habitadores pan de almendras secas; pero los paises meridionales producen granos, y cuanto necesita la vida con la mayor abundancia: su vino es escelente. El canton donde ahora está la ciudad de Tauris se llama el jardin de la Persia. En este hermoso pais estuvo la famosa Ecbatana, cuyo sitio ya no se conoce. Estaba construida en una montaña en figura circular, y rodeada de siete murallas concéntricas, que se levantaban una mas arriba que la otra, y estaban pintadas de diferentes colores, con lo que á distancia daban un aspecto singular y agradable.

Suponen que el patriarca de los medos fue Madai, tercer hijo de Jafet. Estos pueblos, que primero fueron belicosos, por haberse aliado con los persas, se les halla afeminados, bien que no puede decidirse si este defecto pasó de los medos á los persas, ó si estos se le comunicaron á los medos. Manejaban el arco con habilidad, y envenenaban sus flechas. Se les da en rostro con la vileza de haber introducido la bárbara costumbre de hacer eunucos; pero pretendiendo desquitar á estos infelices con desagravio les manifestaban mucha estimacion. A los eunucos confiaban la educacion de sus príncipes, porque habian advertido que privados del gusto de tener fa-

milia, se aficionaban á los que miraban en su lugar, que eran sus educandos: y por no tener cuidados domésticos, ni que mirar adelante, eran mas propios para las ciencias. Con efecto, de esta clase de hombres degenerados salieron hábiles ministros, y aun escelentes capitanes. Entre los medos estaba en uso la poligamia recíproca. No se tenia por persona de importancia al que no tuviese siete mugeres á lo menos, ni á la muger que no tuviese cinco maridos. Estrabon, que es el que refiere esta costumbre, no calculó la dificultad que habria, sacando siete mugeres para cada hombre, en hallar sin confusion cinco hombres para cada muger. No se puede dar fe á la bárbara costumbre que atribuye á toda la nacion, de que criaban perros para entregarles sus amigos y sus padres en la agonía, por tener á menos morir en su cama, ó de enterrarse en el suelo. Si esto hubo, seria sin duda delirio de algunos particulares piadosamente crueles.

La religion de los medos fue la misma que la de los persas, de la cual hablaremos. Parece que aplicados únicamente á las armas en la corta duracion de su imperio no se ocupaban en el comercio, bien que su pais no tenia proporcion de estenderle. Las leyes, una vez hechas, ya no podian ser suprimidas ni aun por el que las habia establecido, y así la Escritura santa las llama irrevocables. Admira que no tuviesen los reyes este poder, cuando los medos les tenian un respeto que llegaba hasta la adoracion, no atreviéndose á reir ni escupir en su presencia, y dando á su monarca el título supremo de rey de reyes. Esta lisonja se propagó á los partos y persas. Sapor, rey de estos últimos, se intitulaba escribiendo á un emperador romano, *rey de los re-*

Deyóces administrando justicia.

Quando, en medio de la mas deplorable anarquía, solo en Deyóces retirado y austéro encontraban los Médos rectitud y consejo, no podían figurarse que su punto de vista fuese el trono. Se le ofrecieron deslumbrados, le ocupó; y depuesta la simulacion, se le encontró fastuoso, severo, inaccesible y en 53. años de reynado la paz con sus vecinos fué tal vez el unico buen exemplo que dexó á sus hijos.

T. L. Enguid.s de ag. fte.

Narciso Cobo conclu.

yes, aliado de las estrellas, el hermano del sol y de la luna.

En la cuna del imperio de los medos se halla todavía Semíramis, la que, ya benéfica, allana los precipicios y los montes, y seca las lagunas; ya soberbia y llena de fausto, corta una roca, y hace formar su estatua gigantesca rodeada de cien caballeros; ya ambiciosa de fama, destruye la soberbia de Ecbatana, y traslada sus riquezas á la Babilonia que habia edificado. De este modo los sucesos del mundo no son otra cosa que un círculo de creaciones y destrucciones. Se suceden ocho reyes, cuyos nombres no son mas ciertos que las espediciones que les atribuyen. Fuese por incapacidad suya, ó por concurrencia de varios sucesos, el reino cayó en anarquía. ¡Dichoso pais, que entonces halló un hombre capaz de juzgarle y gobernarle!

Entre los que los medos escogieron en esta anarquía (2300) se halló uno nombrado Deyoces, que manifestó talento estraordinario para el gobierno. Era exacto, afable, pacificador, inteligente, y juez íntegro. Su reputacion desde su provincia se esparció por las otras, y se vió por último árbitro del reino. Habiendo llegado á este punto, el diestro Deyoces declara que le oprime el trabajo, que padece su salud, que su fortuna vá á menos por no tener tiempo de aplicarse á sus negocios: dicho esto, y publicado por todas partes, cierra su puerta, y no da audiencia á ninguno. Presto se advirtió que nadie gobernaba, y creciendo los desórdenes se juntaron para tratar de remedio. Deyoces prepara gentes que digan que el único medio es el de hacerle rey. Prendió esta opinion en la asamblea, le aprobaron por aclamacion, ofrecieron el trono á Deyoces, y este le aceptó.

D. del D. 2300. A. de J. C. 698.

Aquí fue cuando la raposa se convirtió en leon. Advierten todos que aquel hombre, antes tan accesible, se habia encerrado en su palacio, y que rodeado de guardia numerosa se hizo despótico. Sin duda, durante la popularidad, habia llegado á conocer que el pueblo es mejor para precisado que para lisonjeado. Castigaba rigorosamente, pero tambien recompensaba con nobleza. Ni de lo que hacian ni de lo que hablaban nada ignoraba en el centro de su retiro; y así de él salieron las prudentes leyes que civilizaron á los medos. Su economía preparó los principios del reino brillante de sus descendientes.

D. del D. 2353. A. de J. C. 645. Fraortes (2353) invadió la Persia y se ensoberbeció con su conquista: atacó á la Asiria, y fue vencido y muerto. Le vengó su hijo Ciajara; pero

D. del D. 2375. A. de J. C. 623. tuvo el sentimiento de ver la Media inundada y destruida por los escitas por mas que largo tiempo les opuso un dique insuficiente. Para libertarse recurrió á un medio muy bárbaro. Convidó á los escitas principales á un festin, y durante la comida los hizo degollar; y sabiendo esto sus vasallos egecutaron otro tanto en la mayor parte de las ciudades. Quedaron todavía algunos; pero reducidos á la esclavitud los hicieron sus criados y cocineros. Algunos de estos últimos, viéndose maltratados por Ciajara, quitaron la vida á un hijuelo muy querido, y se le sirvieron á la mesa. Este mismo príncipe se hizo temible á los babilonios, y despues contrajo con ellos alianza: repartió sus conquistas, y dejó su reino á su hijo Astiages en el mas alto punto de poder.

D. del D. 2415. A. de J. C. 583. Entre los cautivos hebreos que los medos repartieron con los asirios habia una doncella judía de singular hermosura llamada Ester: á esta la puso el rey en el número de sus mugeres. La habia ido si-

Muerte de Fráortes.

Fráortes, Rey de los Médos, cometió el arrójo de invadir la Asyria, y tubo la desgracia de ser vencido por su Rey Nabucodonosor, que le hizo prisionero. Este barbaro mal satisfecho con la esclavitud de su enemigo, y desentendiendose del caracter de Monarca que, como á él, le favorecia: tubo la complacencia atróz de hacerle atrabesar con dardos, y presenciar su muerte.

T. I. Engrad.º de ag. fec.

J. Benifar. le conol.

guiendo Mardoqueo su tio, hombre juicioso y prudente. Por una dichosa casualidad descubrió una conjuracion, y dió cuenta al Consejo del rey. Se aprovecharon del aviso, mas no le premiaron. Astiages, conocido con el nombre de Asuero en la sagrada Escritura, hacia que le leyesen los anales de su reino, y vino á caer en este artículo. Viendo que no se habia recompensado un servicio de tanta importancia, llamó á su primer ministro Aman, y le dijo: "¿Cómo te parece que debo yo tratar á un hombre para manifestarle mi singular estimacion?" El orgulloso Aman, creyendo que solo él podia ser este hombre, respondió: "Es necesario, ó príncipe, que montando ese sugeto el mejor caballo vuestro, le lleve por la brida el mas distinguido de vuestra corte, y que vaya un rey de armas diciendo á gritos: pueblos, postraos delante del que el rey quiere honrar." Ea, pues, replicó Astiages, egecuta con Mardoqueo lo que me acabas de aconsejar.

Obedeció Aman, aunque lleno su corazon de rabia; porque aborrecia á Mardoqueo por no haber querido jamas doblarle la rodilla, y así propuso vengarse. Espero un momento favorable en el que sorprendió al rey, haciéndole firmar un decreto en que mandaba degollar en una misma hora á todos los judíos que se hallaban en su reino. Llegó á saberse esta órden atroz, y Mardoqueo dió la noticia á Ester, exhortándola á que se valiese de todos los medios posibles para su revocacion. Era preciso entrar adonde estaba el rey; pero una ley, que debió publicarse en tiempo de Deyoces para hacerse inaccesible, prohibia pena de muerte presentarse al rey sin haber sido llamado. Ester aventuró este paso; pero al entrar se turbó con el temor, y cayó desmayada

en los brazos de sus doncellas. Este accidente hizo mas enérgicas sus gracias. El mismo Astiages bajó de su trono, y la dió á besar el cetro, que era la señal de perdon. Oyó su súplica, y admirado de la crueldad que por sorpresa del ministro infiel se iba á cometer, le condenó á muerte, y puso en su lugar á Mardoqueo.

D. del D. 2450. A. de J. C. 548.

De este modo consolaba Dios algunas veces á los judíos en su esclavitud; porque ya Daniel (2450) despues de haber sido sesenta y cinco años gefe del Consejo de los reyes de Babilonia, subió á primer ministro de Ciajara segundo, hijo y sucesor de Astiages. La confianza que de él hacia este príncipe escitó la envidia de los cortesanos, y resolvieron perderle. Para egecutar su mal deseo procuraron que el soberano prohibiese adorar por treinta dias otro dios que á él, sopena á los contraventores de ser arrojados á los leones que tenian para devorar á los delincuentes. Bien sabian que siendo Daniel exactísimo en los egercicios de su religion no se abstendria de practicarlos. Con efecto continuó sus súplicas sin reparar en el sacrílego decreto, y le precipitaron en el lago de los leones, á los que habian tenido algun tiempo sin comer para que estuviesen mas voraces. Por un milagro del verdadero Dios estuvo Daniel tres dias sin que le hiciesen daño, y el mismo Dios le envió el alimento con otro milagro. Sabiendo esto el rey fue en persona á sacar á su ministro del lago, y mandó precipitar á los áulicos culpados, á quienes antes de llegar al suelo devoraron los leones.

Ciajara segundo fue el último rey de los medos. Astiages su padre habia dado á Mandane su hija por esposa á un persa llamado Cambises. Tuvo un hijo

llamado Ciro, y este príncipe reunió el reino de Media al de Persia. Los medos perdieron el nombre, y todos se llamaron persas.

PERSAS.

La Persia puede ser que sea el pais mas agradable de Asia. Ademas de las producciones comunes de aquella parte del mundo, que son el arroz y las escelentes frutas, se coge en ella trigo y vino, particulares frutos de su suelo. Los perfumes y plantas medicinales no son raras en Persia, y muchas provincias abundan en metales, que allí se trabajan con habilidad: el Kirban da plata: la Hircania hierro y acero: el Masenderan cobre, y las montañas y llanuras dan alumbre, azufre, sal, naphta, mármoles y turquesas: el golfo pérsico lleva las perlas mas hermosas del mar. Allí la tierra se ve casi por todas partes esmaltada de flores, jazmines, tulipanes, anémonas, renúnculos, y los junquillos y tuberosas crecen sin cuidado del jardinero. En Persia hay los mejores dátiles del mundo, y el mejor opio. Por último, hay abundancia de todo cuanto la naturaleza produce en otros paises con escasez.

Solamente nos citan una planta venenosa, cuyo nombre significa en castellano *la flor que envenena el viento*, porque en los grandes calores corrompen sus emanaciones el aire que pasa por encima, y entonces mata á los que le respiran. En todas las demas partes es saludable pais, y le refrescan muchos rios, aunque no todos son grandes. Las aguas manantiales, suspensas por las cuestas y alturas, van circulando por regueros diestramente dispuestos para regarlo todo antes de caer en los valles que fertilizan. Son raras allí las tempestades, y poco frecuen-

tes los truenos y relámpagos, pero hay terremotos.

Los caballos de Persia son muy estimados, y solo ceden á los árabes. Las mugeres caminan en mulos y asnos, que algunas veces son de grande precio. Los camellos sirven para viages largos y transportes de peso. El ganado es muy numeroso en los parages propios para mantenerlos. En las montañas hay tigres y leones. Nos hablan los viageros de unos lagartos de cinco cuartas de largo, y de sapos enormes y de horrible aspecto, pero que no hacen daño.

Toda suerte de aves se vé por aquellos campos: el pelícano ú aguador es particular de la Persia. Este es un pájaro pescador, y con todo eso habita lo mas distante que puede, y tal vez á dos jornadas de los rios, para que no le sorprendan; pero si la sed ó hambre le aprietan va á beber, y buscar para sí y sus polluelos la provision de peces. Los lleva en una especie de bolsa grande que tiene debajo del pico, en la que dicen le cabe un cordero. Me viene pensamiento de tener por fábula lo que con toda seriedad dicen los historiadores y viageros del pájaro abmelec, que come las langostas; mas no es esto lo maravilloso, sino el que sea tan amante del agua de cierta fuente de la Bactriana, que con un frasco de esta agua se le puede hacer seguir por todas partes, como no la hayan tenido en alguna casa, que es lo que la quita su virtud. Lo que se puede tener por verdad es que los pescadores del mar Caspio tienen tanta seguridad de coger pesca, que cuando no pueden venderla toda la arrojan al mar, sin guardar ninguna para el dia siguiente.

No son muy comunes en Persia las curiosidades naturales. Hay un rio subterráneo que se per-

cibe por una especie de respiradero, y una caverna, cuya bóveda forma de las gotas de agua estilicidios: hay el bezoar que dan las cabras de Corasan, que antiguamente tenian por escelente remedio, y un arbusto que solo emponzoña á los asnos.

No hay que buscar hoy curiosidades artificiales, ó de obra esquisita en los modernos persas. El mahometano sensual, encerrado en su serrallo, no piensa mas que en anticiparse los placeres del paraiso de su profeta, sin pararse en adornar, como él dice, la posada que se ha de dejar presto. Lo contrario sucedia á los antiguos persas: gustaban de hermosear su habitacion para sí y sus descendientes, imprimiendo en sus monumentos el sello de la inmortalidad.

En la mas hermosa llanura del oriente, atravesada por el rio Arajes, y regada con muchos arroyuelos que bajan de las montañas que la coronan, y que aun tiene mas de mil y quinientos pueblos separados entre sí por bosquetes espesos y jardines odoríficos, se levantaba la magestuosa Persépolis, digna capital de tan hermoso reino. Sus ruinas escitan en el espectador un sentimiento de admiracion y de lástima. La ciudad y el palacio estaban situados al pie de una montaña, cuyos escarpados y sinuosidades habia diestramente empleado el arquitecto para la comodidad y la decoracion. En el mismo granito hay figuras talladas que parece se salen de la piedra, á las que ni la mano del tiempo, ni el furor de los conquistadores han podido borrar. Algunas son emblemáticas ó históricas: otras representan combates, cacerías ó antiguas ceremonias, así religiosas como profanas. Estas se levantan en los peristilos, se mezclan entre

sí en las columnas, tapizan las paredes de los sepulcros, no solamente al rededor del palacio principal, sino muy lejos en el cerco de montañas que forman esta hermosa llanura. Por estas figuras se conoce que los hombres de Persia eran, como son ahora, altos, de buena presencia, nerviosos, de fisonomía espirituosa, y de mucha agilidad. Las mugeres, de talla magestuosa, aparentan mas dignidad que gracia. Se advierte en ellas un aire desdeñoso y activo, ó un aire de imperio que corresponde á la idea que tenemos del que egercian en sus esposos y sus hijos.

Los persas descienden de *Sem* por su hijo *Elam*: sus descendientes poblaron la Susiana y otras provincias vecinas, por lo que la Escritura los llama elamitas. Siempre fue su gobierno monárquico, y la corona hereditaria. En una dilatada série de reyes absolutos se consolidó el trono, y se cubrió de tanta magestad, que miraban los persas á sus reyes como á dioses. La suprema ley era la voluntad del monarca: no habia sacrificio que no hiciesen en prueba de su afecto. En su coronacion le daban una tiara, y es la que llevaba rematando en punta. Los cortesanos tambien la llevaban; pero mas ó menos baja, segun su clase y dignidad. A la tiara del emperador la ceñia una cinta blanca y roja, que es lo que llamaban diadema. Así como su elevacion al trono se celebraba con grandes alegrías, su muerte se lloraba con luto universal, y solo en esta ocasion apagaba cada familia el sagrado fuego, que siempre conservaba, como si fuese un dios tutelar.

Los monarcas de Persia mudaban de habitacion en su vasto imperio, segun el temperamento

que elegian, y para esto tenian palacios en el norte y en el mediodia: aquel en que estaba la persona era por entonces sagrado, y respetado como un templo. La cama y el trono eran de oro macizo esmaltado de pedrería: las paredes estaban incrustadas de oro, plata, ámbar y marfil, y por esto se puede hacer juicio de los demas muebles. Siempre tenian á la cabecera de su lecho una caja llena de una grande suma, y la llamaban la almohada del rey, sin duda porque contribuia para su tranquilidad. ¡A cuántos reyes ha inquietado el sueño la falta de esta precaucion!

Los placeres eran el bien soberano de aquellos príncipes voluptuosos. No contentándose con los que tenian en palacio, prometian sin vergüenza, por edictos, premios á los que inventasen otros nuevos. Bien que estos escesos no eran efecto de la falta de principios virtuosos, porque se cuidaba mucho de su educacion, y de esta podemos formar juicio por la de sus vasallos.

De las manos de las mugeres pasaba el niño á los cinco años á las de los magos, que le enseñaban mas con el egemplo que con los discursos á practicar las virtudes y evitar los vicios, entre los que se contaban la mentira y la imprudencia de contraer deudas. A los diez y siete años tomaban estado. No se sabe hasta qué edad duraba el derecho de sus padres sobre la vida de sus hijos, bien que no podian egercerle sino por culpas de importancia, y nunca por un solo delito. Esta misma restriccion arreglaba el despotismo del rey.

Miraban los persas la numerosa posteridad como un presente del cielo, y aun la recompensaba el estado. Celebraban con magnificencia el dia de

su nacimiento, y gustaban de tener ocasiones y motivos para convidarse. Gastaban con gusto su buen vino, y no desaprobaban en este punto algun esceso. Sobremesa deliberaban acerca de negocios importantes; pero no tomaban la resolucion hasta el dia siguiente en ayunas. Así cuando se encontraban, como cuando se visitaban era estremada la cortesía de unos con otros, y siempre espresada con respetuosos gestos y afectuosos abrazos. Generalmente estimaban mucho á sus compatriotas; pero ninguna nacion se mostró mas dispuesta para adoptar los usos de otros pueblos y aun sus vicios.

Los persas no tenian leyes contra el parricidio, porque miraban este delito como imposible, y si sobrevenia alguna acusacion de este género, la declaraban por mal fundada. En los juicios criminales seguian una costumbre muy prudente, la que seria muy bueno practicar en todas partes. Tenia obligacion el juez de examinar toda la conducta del reo; y si las malas acciones pesaban mas que las buenas, era permitido castigarle; pero si las buenas escedian, aunque el culpado no conseguia el perdon total, lograba que se mitigase la pena con proporcion.

Sus castigos eran horribles: el que llamaban de los *auges* supone en el inventor una crueldad diabólica. Consistia en estender al infeliz en un árbol hueco tapado con otro, solo sacaba la cabeza, los pies y las manos, y se las frotaban con miel para atraer las moscas y otros insectos, que le devorasen mientras los gusanos producidos de sus escrementos le roian las entrañas. Asi le esponian al sol, y le prolongaban la vida, haciéndole tragar á su pesar el alimento. Hubo infelices que vivieron en

este suplicio diez y siete dias. Los que daban veneno morian reventados entre dos piedras, y los reos de lesa magestad eran solamente degollados.

Habia muchos eunucos para servir á los zelos de los persas, que eran y aun son estremados. Era delito capital tocar las mugeres del rey, aunque fuese por casualidad, y el acercarse á ellas cuando viajaban, ó á lo menos no retirarse de ellas cuanto antes. Tenian muchas esposas y concubinas. Sola una era la señora muy dominante, y muchas veces cruel. No se puede asegurar si era uso comun de toda la nacion, ó solamente de los grandes, casarse con sus hermanas, y aun con sus hijas: autores hay que les reprenden el haber vivido con sus propias madres. Puede ser que tomasen este desórden de los egipcios ó los frigios, entre los cuales se dice que era autorizado ó tolerado.

Tenian las instituciones políticas, civiles, militares y religiosas, que acreditan un gobierno bien regulado. Leyes rurales, policía en los pueblos, atencion en los caminos y postas, ó su equivalente en correos á pie, pagados por el estado, cuyo aprendizage era muy duro. Fabricaban moneda de oro tan puro, que todas las naciones la buscaban. Su comercio no se ve que saliese de su imperio. En cuanto á las ciencias se cultivaban en Persia, como se prueba por la fama de sus magos: estos se aplicaban principalmente á las matemáticas y astronomía. Las habian recibido de los indios, con otros ramos de ciencias y misterios que ignoramos. Muy zelosos debian ser de estos misterios, pues los contenian en sus colegios, y solo los comunicaban á sugetos bien esperimentados, ó á los de la familia real, á cuya educacion presidian.

Todo persa nacia soldado: el servicio militar era estrecha obligacion. A ninguno se permitia dispensa, y hasta el pretenderla se tenia por delito. Aquí se verá un egemplo terrible de esta verdad. Habia servido al estado cierto anciano, y le dijo el rey: "Pídeme el premio que quieras, que yo te le concederé. Señor, dijo el anciano, me hallo enfermo, y necesitado de auxilio: tengo cinco hijos en el egército, permita vuestra magestad que venga el mayor para alivio de mi vejez." El rey no respondió palabra; pero hizo partirle en dos, y que desfilase el egército entre las dos mitades palpitantes.

Por consecuencia de su destino al estado militar, nunca ni en tiempo de paz dejaban los persas sus armas, y asi estaban siempre prontos para restituirse á la bandera. Servian sin sueldo, y sin otra recompensa que la parte del botin. Sus armas defensivas consistian en una tiara para la cabeza á prueba de una cuchillada: una cota de malla en escamas, perniquetes y braceletes, y el escudo. Las ofensivas eran dardos, espadas cortas, arcos muy largos, y flechas de caña que se rompian en la llaga. Llevaban los caballos cubiertos de fuertes pieles, los manejaban con mucha destreza, y tiraban sus flechas con admirable arte, principalmente cuando huian: uso que habian tomado de los partos.

Se cree que fueron ellos los que inventaron los carros armados, y de escelente uso en las llanuras. En el equipage militar ostentaban principalmente su lujo. Cubrian la armadura con mantos de púrpura ó de otro color mas alegre, lo que les daba cierto aire femenil, pero no debilitaba su valor. Un egército de persas presentaba un espectáculo magnífico en sus marchas y revistas. Estaba en medio

el monarca rodeado de las tropas escogidas, las que á proporcion de la distancia de la real persona vestian mas ó menos ricamente. El estandarte régio, que era una águila de oro, y el carro del sol tirado de seis caballos blancos, iba delante del rey. A este seguian sus hijos y mugeres y las de los principales señores de la corte: acompañamiento embarazoso, pero que tenia su utilidad: porque unos guerreros que peleaban á la vista de lo que mas querian, debian morir ó vencer.

Sus leyes tenian por objeto prevenir los escesos aun mas que el castigarlos, inspirando amor á la virtud y horror al vicio; y estos principios se los inculcaban desde la escuela. No los dirigian maestros asalariados, sino hombres de honrado nacimiento y esperimentada probidad. La disciplina era severa, dándoles por alimento pan y yerbas, y su bebida era el agua, y aun esto lo ganaban con egercicios violentos desde por la mañana. Los que no habian pasado por esta escuela no eran admitidos á los empleos y cargos. Puede ser que sean los persas los que hicieron una ley contra la ingratitud. Permitia el rey que le diesen consejo; y el que á esto se aventuraba se sentaba sobre una barrita de oro, y si el aviso era bueno, se la llevaba; pero si era malo, le castigaban con azotes.

Cada provincia tenia su tesoro; porque los impuestos fueron por mucho tiempo voluntarios, y al primer rey que los exigió por fuerza le llamaron *el mercader*. Unos cantones pagaban en frutos naturales, otros sustentaban la corte ó alguna parte de ella por semanas ó meses: habia provincias afectas á porciones de los gastos para las caballerizas del rey y sus edificios, y para el ceñidor de la

reina. Cuando sujetaron la Etiopia empezó esta á enviar oro, como la Arabia perfumes, y la Cólquide cien jóvenes con igual número de doncellas.

La religion practicada en Persia hasta la destruccion de su imperio, y trasladada despues á la India por los partos que hoy la practican, merece exámen particular. Al principio fue el puro teismo; pero con la mezcla de opiniones heterodojas que ya tenian desde que Dios separó al santo Abraham. Conservaban la idea de un solo Dios, y tributaban respetos al fuego y al sol; mas no es creible que los tuviesen por dioses. Su principal maestro *Zoroastro* prescribe que cuando oran se vuelvan hácia el sol ó hácia el fuego; pero el contesto de sus oraciones formularias en esta direccion del cuerpo no habla con los símbolos, sino con el Sér soberano. Merece observarse que en algunas de sus sectas era el agua tan respetable como el fuego, y que tanta prohibicion tenian de ensuciarla como de echar en el fuego materiales impuros.

Su teología es muy embrollada. Al primer principio llamado *Oromasdes*, *bueno y justo*, le asocian con otro que es malo, y unos dicen que es coeterno, otros que fue producido por las tinieblas, y le llaman *Ariman*. De estos dos principios, que siempre se hacen la guerra, creen que nace el bien y el mal. Dicen que hay dos ángeles malos que tienen por oficio castigar en el otro mundo proporcionando las penas de los condenados; pero que todos quedarán libres el dia del juicio general, que se verificará pasados doce mil años. Aseguran que gastó Dios seis estaciones en la creacion del mundo, y honran el principio de cada una de estas estaciones con cinco dias de fiesta.

En ninguna especie de religion hay pueblo de tantas ceremonias y fórmulas adoratorias, propiciatorias, preparatorias, espiatorias, y iniciatorias, las que practican con escrupulosa exactitud, aunque tan fatigosas y molestas por su multitud y prolijidad. Los partos no tienen prohibicion legal de ciertos manjares; mas por condescendencia se abstienen de la vaca en la India, para no desagradar á los banianos, y del cerdo para contentar á los mahometanos. En sus casamientos reciben los sacerdotes el consentimiento de las dos partes. Tambien van á exhortar al moribundo, y orar por él; pero cuando ha muerto no se le acercan, por no quedar impuros. Llevan el cadáver á la *torre del silencio*, en donde le devoran las aves de rapiña, y de este modo no infesta al fuego ni al agua, tierra y aire. Los partos en la India han conservado una especie de cementerios; pero no tienen mas templos que algunas casas particulares, en lugar de aquellos *pireos* ó templos del fuego, que en otro tiempo se levantaban en el pais de su dominacion con magnificencia, y tantos como las iglesias que vemos en los paises católicos.

La infancia del imperio persa está envuelta en tinieblas. Herodoto quiso aclararlas; pero como acostumbra, introduciendo incertidumbres en lugar de las fábulas. A pesar de su deseo de inventar no pudo subir mas allá de Ciro. Hemos visto que Astiages, rey de los medos, habia dado su hija Mandane por esposa á un persa llamado Cambises. Dió ocasion á este casamiento un sueño de Astiages. Dos veces soñó, la primera que salia de su hija tanta cantidad de agua, que inundaba toda la Asia: la segunda que del cuerpo de Mandane salia una parra que cubria

con su sombra toda aquella parte del mundo. Interpretaron estos sueños diciendo, que el niño que habia de nacer de su hija ocuparia el trono de Astiages, y estenderia su dominio sobre toda el Asia. Temió su padre que si daba á Mandane á algun medo por esposo, se veria suplantado por un vasallo suyo, y así la casó con un persa, hombre benigno y pacífico, que le pareció no tenia espíritu y constancia para criar á su hijo en principios de revolucion y conquista.

Para asegurarse mas llamó á su hija á la Media cuando estaba en cinta, y dió el niño que parió al mayoral de sus pastores Hárpago, con orden, sopena de los mas crueles suplicios, de que la espusiese en el parage mas desierto y peligroso de los montes. Hárpago no pudo ocultar á su muger esta comision, y ella movida de ver las gracias del niño se le pidió para guardarle. De este modo se crió Ciro en la cabaña del pastor, y con los egercicios violentos de esta profesion crió fuerzas; viviendo como uno de sus camaradas, aunque se advertia en él cierto aire de superioridad que la naturaleza le habia dado.

En sus juegos él era el que daba la autoridad cuando se ofrecia, y un dia le eligieron rey. Ciro, que tenia entonces diez años, mandaba con altivez, y pretendia que se egecutasen sus órdenes. Hallándose entre ellos el hijo de un grande señor no quiso obedecer, y el rey muchacho le hizo castigar con rigor. Dió aquel niño las quejas á su padre, y este se lo dijo al rey. Quiso Astiages ver aquel reyecillo que sabia tan bien hacerse obedecer, y en su fisonomía y sus respuestas advirtió algunos indicios que le dieron que sospechar. Hizo algunas pesquisas, y

descubrió que aquel muchacho era su nieto, y que no le habian quitado la vida, como lo tenia mandado. Desde luego castigó á Hárpago cruelmente, haciendo que le sirviesen á la mesa los miembros de su propio hijo. Consultó despues á los magos, que es lo que habia de hacer de aquel príncipe, y le dijeron: "Ese debia ser rey en la Media, y pues ya lo ha sido, está cumplido el oráculo, y no lo será dos veces." Con esta respuesta se sosegó Astiages, y le envió á la Persia á vivir con su padre y su madre, que le habian llorado mucho, y con su vuelta se llenaron de alegría. Quisieron saber las circunstancias, y su compasion para con el pastor Hárpago se convirtió en deseo de favorecerle, y él de su parte concibió el de vengarse. La conexion que por su cargo tenia con los grandes señores de Media, le proporcionaron el modo de tomar satisfaccion. Los señores estaban descontentos, y el pueblo oprimido murmuraba. Escribió Hárpago á Ciro el estado de las cosas, exhortándole á aprovecharse de la ocasion para sacar á los persas del yugo de los medos.

Empezó Ciro, suponiendo una carta de Astiages, que le hacia gefe de todas las fuerzas de Persia, y la hizo leer en el Consejo general de la nacion. Con esta orden juntó el egército, y le impuso un grande trabajo, despidiéndole muy descontento sin alimento ni bebida. Al dia siguiente le llamó, y cuando los soldados esperaban nueva fatiga, les sorprendió el ver una mesa abundante de cuanto podian desear: "¿Qué vida os parece mejor, la de ayer, ó la de hoy? les dijo Ciro. En eso no hay que deliberar, le respondieron todos juntos. Ahora bien, dijo Ciro, seguidme, que yo os prometo para siempre la de hoy: los que no me sigan esperen bajo el

gobierno de los medos la vida de ayer."

Entra en el reino de su abuelo á la cabeza del egército, lleno de entusiasmo á su favor. Astiages hizo el disparate de dar á Hárpago el mando del suyo. Dos veces se dejó vencer este general, y tuvo el gusto de decir al rey medo, hecho prisionero, que él habia sido el que habia trazado la revolucion en venganza del abominable plato que le habia puesto á la mesa.

Hasta el fin introduce Herodoto lo maravilloso en la vida de Ciro. Le hace combatir contra Tomiris, reina de los masagetas, y quitar á su hijo la vida: esta princesa se desquita con matar á Ciro, manda traer el cadáver, y cortándole la cabeza, la mete con sus manos en un cubo lleno de sangre, esclamando: *Bárbaro, sediento de sangre, hártate de ella.*

Genofonte en la vida de Ciro se mantiene entre la fábula y la historia: algunos dicen que quiso en una novela, fundada sobre los hechos, dar lecciones á los príncipes. Nace Ciro de Cambises y de Mandane (2400); pero estos mismos le presentan á su abuelo á los doce años. Agradó á toda la corte de Media, y hizo con tantas ventajas los primeros ensayos de las armas, que su tio Ciajara segundo, sucesor de Astiages, en la guerra contra el rey de Armenia dió el mando de las tropas á su sobrino. Impone Ciro un nuevo tributo á este príncipe, que se negaba á pagarle. Desde entonces vivieron en buena inteligencia tio y sobrino, acompañándose en las batallas y victorias. Pelearon juntos en la famosa de Timbreo, que decidió la suerte de Creso, rey de Lidia. Dicen que su egército era de ciento noventa y seis mil hombres entre caballería é infantería, con trescientos carros falcados, tirados de cuatro ca-

D. del. D. 2400. A. de J. C. 598.

ballos de frente, cantidad considerable de otros carros mayores, en cada uno de los cuales habia una torre de diez y ocho pies de alto, que contenia veinte arqueros, y le tiraban diez y seis bueyes de frente, con muchos camellos, cargados cada uno de dos arqueros árabes. Cuesta repugnancia concebir como se podian gobernar diez y seis bueyes de frente, y como se sostenian en los carros torres de diez y ocho pies. Por lo demas esta descripcion esplica bien como hacian las grandes carnicerías que se cuentan en las historias: porque con tantos estorbos, en llegando la confusion, tan difícil era huir como defenderse, y así se hacian montones de muertos. Despues de esta batalla prendieron á Creso en Sardis, capital de sus estados, y Ciro le restituyó á su trono, mandándole bajar de la hoguera adonde le habia hecho subir. Tomada Sardis, fue con toda prisa á Babilonia, recien fortificada por Nitocris. La tomó Ciro con la estratagema de dividir el Eufrates, y estraviarle por los dos lados de la ciudad, y de este modo entró por la misma madre del rio, y la destruyó hasta los cimientos.

Al tiempo señalado por los profetas (2463) para el fin de la cautividad de los judíos llegó Ciro, sin saberlo, á ser el egecutor de la voluntad divina, y con un decreto solemne permitió á todos los judíos cautivos en sus estados volver á Judea, y reedificar el templo. Acompañó esta gracia con socorros pecuniarios, y reprimió los esfuerzos de los samaritanos, que por una baja envidia querian impedir que los judíos se restableciesen en su patria. D. del D. 2463. A. de J. C. 535.

Muerto su tio Ciajara reunió Ciro los reinos de Media y Persia, y los dejó á Cambises su hijo mayor, dando gobiernos considerables á Esmerdis, otro D. del D. 2470. A. de J. C. 528.

hijo suyo. En la historia de Egipto se refieren las crueldades y desolaciones de Cambises en la guerra contra este reino. La decision se vió con la toma de Pelusio, plaza frontera y llave de Egipto, conquistada con una estratagema. Sabiendo que casi toda la guarnicion se componia de egipcios, para quienes los animales eran sagrados, hizo que delante de sus soldados cuando subian al asalto fuesen primero gatos, perros, ovejas y otras bestias, y no atreviéndose los egipcios á tirar á sus dioses, entró fácilmente Cambises con su amparo en la ciudad.

Dueño ya de Egipto quiso subyugar la Etiopia, y para esto envió espias cargadas de presentes con el título de embajadores. El emperador etiope les dijo cuando los recibió: "Conozco vuestra intencion: si vuestro príncipe fuera prudente se contentaria con lo que tiene, y no pensaria en cargar de cadenas á otro que jamás le ha hecho daño. Llevadle mi arco, añadió, templándole delante de ellos, y decidle, que le aconsejo que no me haga la guerra hasta que sus persas puedan doblar un arco como este con la facilidad que yo. Entre tanto doy gracias á los dioses de que no han puesto en el corazon de los etiopes el deseo de estenderse fuera de su pais."

Esta especie de desafio picó mucho á Cambises. Sin provisiones ni cautela partió á Etiopia, se mete por los desiertos arenosos que la cercan, á poco tiempo le falta el agua, los víveres y todo; no obstante prosigue siempre con la esperanza de llegar á algun pais cultivado. Ya se disputaban los soldados la yerba que podian encontrar, é iban comiendo la carne de las bestias de carga, y por último la de los hombres, para lo cual echaban suertes, y al que le caia

se le comian los otros. Entonces Cambises precisado á retroceder, volvió á Egipto con pocas tropas, y casi moribundas, del egército inmenso que llevaba. Entre tanto otro egército de cincuenta mil hombres, enviados á robar el templo de Júpiter Amon, pereció en los arenales, sin que jamas haya habido noticias de él.

Entonces fue cuando el carácter feroz de Cambises, irritado con sus desgracias, le precipitó á cometer crueldades, que le hicieron desde luego execrable á los egipcios, oprimidos con toda suerte de males, y despues á su propio pueblo, testigo y víctima de su barbarie. Su hermano Esmerdis, que no se le parecia, llegó á ser el objeto de sus zelos y sospechas, y así le hizo asesinar por Prexaspes, su favorito principal. Entró el amor en el corazon de este monstruo, y fue para que se viese mas horrible su ferocidad. Tenia una hermana llamada Meroe, y se enamoró de sus gracias: todavía no estaba establecida en Persia la costumbre de casarse con las hermanas. Hizo venir á los magos, y les pidió su consejo. Viéndose estos entre la espada del tirano, y la pública estimacion que podrian perder si respondian favoreciendo al delito, salieron de este paso difícil con grande habilidad. "No hay, le dijeron, leyes que autoricen el casamiento con hermana; pero hay una que permite al emperador hacer todo cuanto quiera." De este modo cayó Meroe en sus brazos. Era benigna y humana, y su misma sensibilidad la perdió. Estaba un dia viendo el combate de un leoncillo contra un perro, y cuando este iba á perecer se arrojó otro perro hermano suyo, y le libró. Estaba el rey divertido con este espectáculo; pero mirando á su esposa, advir-

tió que se la caian las lágrimas: quiso saber la causa, y ella le respondió con sencillez: "Lloro porque no hubo quien quisiese salvar á mi hermano Esmerdis." Se levantó el príncipe brutal, y estando en cinta la dió una patada en el vientre, y de esto murió.

Castigó á Prexaspes, egecutor de sus órdenes contra Esmerdis, por su cobarde condescendencia en obedecerlas. Quiso saber de este favorito lo que decian de él los persas en sus particulares conversaciones. "Admiran, señor, le dijo, grandes y escelentes calidades en tu persona: pero creen que te das algo mas al vino. Eso es decir, respondió, que piensan que el vino me hace incapaz de obrar como quiero: ahora lo verás." Empezó á beber con mas esceso, y cuando ya estaba embriagado, ni con el vino se olvidó de su proyecto, porque llamó al hijo de Prexaspes, le hizo colocarse á distancia, y poniendo la mano izquierda sobre su cabeza, templa el arco, dispara, y cayó muerto el jóven. Llama á su padre, mandó abrir el cadáver en su presencia, y haciéndole ver que le habia clavado la flecha en medio del corazon, le dijo: "Confiesa que no me hacen justicia los que piensan que el vino me quita el uso de la razon."

Sabido este acto de crueldad con reflexion y á sangre fria, nadie debe admirarse de que hiciese enterrar vivos algunos señores de su corte. No se pasaba dia en que no sacrificase alguno á su venganza ó á su capricho. Creso, el amigo de Ciro, iba muchas veces á la corte de su hijo: y era muy amado en ella: no obstante, Cambises dió órden de que le quitasen la vida. Los que tenian este encargo sospechando que cuando el rey volviese de su embria-

Atrocidad de Cambises.

Pregunta Cambises á su valido Prexaspe el concepto que merecía á sus vasallos: le informa Prexaspe de que al paso que hacian justicia á su merito, le notaban exceso en el vino; y para acreditar el Tirano que no perdía el uso de la razon, bebe con exceso, pone al frente en distancia al hijo de Prexaspe, dispara y clava una flecha en el pecho de aquel inocente, manda abrirle, y haciendo ver á su padre que habia atrabesado el corazon del jóven, tiene todavía impiedad para decirle: „Confiesa que me agrabian los que creen que el vino me quita el uso de la razon".

T. L. Enguid. Paragrafe. Al. Blanco cond.

guez podria sentirlo, sobreseyeron en la egecucion. Con efecto, preguntó por Creso al dia siguiente, le dijeron lo que habia mandado la víspera, y manifestó que lo sentia mucho. Con esta demostracion confiesan los egecutores que habian diferido el cumplimiento de su órden: dió á entender que se alegraba; pero los mandó matar por no haberle obedecido. Es regular que hubiera hecho lo mismo si hubiesen egecutado sus órdenes.

Una casualidad terminó el curso de estas horribles barbaridades. Iba Cambises de Egipto á Persia para oponerse á una rebelion que acababa de escitar Palisites, gefe de los magos. Cuando el rey dejó la Persia, le habia confiado el gobierno. Tenia el mago un hermano muy semejante á Esmerdis, y la muerte de este príncipe estuvo oculta por algun tiempo. Así que la supo Palisites, conociendo la disposicion de los corazones que detestaban á Cambises, puso á su hermano en el trono. Partió el rey contra los rebeldes, los cuales le causaban grande inquietud, por haber soñado que Esmerdis le arrojaba del trono. Pasando por Ecbatana, pequeña ciudad de Siria, se hirió con su propia espada al montar á caballo. Cuando supo como se llamaba aquella ciudad, se contó por muerto, porque le habia dicho un oráculo, que habia de morir en Ecbatana, y por mas que siempre habia evitado entrar en la corte de Media del mismo nombre, no pudo huir de su mala suerte, que le esperaba en Ecbatana, segun el oráculo. Hizo juntar á los señores principales, y delante de Prexaspes les aseguró que Esmerdis su hermano habia muerto, encargándoles que no se sujetasen al impostor; sino que eligiesen entre sí el que habia de ocupar el trono. Ellos creyeron que

su exhortacion nacia del odio con que miraba á su hermano, no le creyeron, y reconocieron por rey al Esmerdis que les presentaron.

D. del D. 2477. A. de J. C. 521. Las escesivas precauciones (2477) perjudicaron al hermano del mago. Advirtieron que temia mucho que le conociesen, y fue bastante para sospechar. Se habia casado con todas las mugeres de Cambises, y entre ellas con Atosa, su hermana, que no podia menos de conocer á su hermano. Por esta se lisonjeaban que se descubriria si era el verdadero Esmerdis. Pero todas estas mugeres estaban separadas, y no se comunicaban de modo alguno; de suerte que Tedenia, hija de Otones, una de ellas, á quien su padre, grande de Persia, habia encargado que preguntase á Atosa, respondió que no la era posible ver á esta princesa: lo que dió nuevo motivo de sospechar, y solo quedaba un medio de averiguarlo. Habia Ciro hecho cortar las orejas al mago por ciertos delitos, y se trataba de verificar que es lo que habia. Tedenia, á instancias de su padre, se encargó de esta averiguacion peligrosa; y mientras el mago dormia vió que era cierta la mutilacion, y dió el aviso á su padre. Se valió de tres amigos, los que asociaron á otros tres, y juraron todos vengar el honor del trono, y echar de él al impostor.

Le habia sido favorable el testimonio de Prexaspes, porque ganado de los magos, decia que habia salvado á Esmerdis contra las órdenes de Cambises. Cuando ya el murmullo del pueblo se hacia temer, quieren los dos magos valerse de nuevo del testimonio que les habia sido tan útil. Consintió Prexaspes, y subió á una torre para que mejor le oyesen: bien fuese repentino movimiento, ó con-

Dario I, Rey por su caballo.

Disputandose el trono de Persia los que habian dado muerte al intruso Esmerdis, convinieron en que, concurriendo juntos á cierto sitio, aquel cuyo caballo relinchase primero al salir el sol, fuese reconocido por Soberano. Un criado de Dario llevó antes una yegua con el caballo de su amo al sitio convenido con lo que al salir el sol, relinchando antes que otro el caballo de Dario, le dio el trono.

T. L. Siguidanes la grabó.

fesion meditada, dijo: "Pueblo, yo reconozco que me violentó Cambises para quitar la vida á su hermano: de lo que pido perdon á Dios y á los hombres; pero el que ahora ocupa el trono, es Esmerdis el mago; y dicho esto se precipitó." Los conjurados se aprovecharon de la conmocion del pueblo, entran en el palacio, matan á los dos hermanos; y estendiéndose su rabia contra todos los magos que pudieron hallar, los quitaron la vida en el primer momento del furor.

Debia naturalmente quedarse la autoridad entre los siete conjurados, y así se juntaron y deliberaron. Queria Otones que esta fuese del pueblo, y Megabises opinó por la aristocracia. Darío se declaró por el gobierno monárquico, y prevaleció su parecer. Convinieron en que uno de ellos seria el rey. Está muy bien, dijo Otones, pues asi lo queréis; pero no me tendreis por competidor para una dignidad que aborrezco: os cedo todo mi derecho, y solo pido que me dejeis independiente, y que este privilegio se estienda tambien á mis hijos. Así se lo concedieron con otros muchos honores de que su posteridad gozó siempre.

Se disputaba entre los competidores sobre la forma de elegir, y no pudiendo convenirse, quisieron dar esta honra al sol. Se decidió pues que al dia siguiente concurririan todos á un mismo sitio señalado, y aquel cuyo caballo relinchase primero al salir el sol, seria reconocido por rey. El caballerizo de Darío ató por la noche una yegua en donde determinaron concurrir, y llevó despues al mismo sitio el caballo de su amo. Cuando salió el sol relinchó el animal, y saludaron emperador á Darío.

D. del 2477. A. de J. C. 521. D. Casi al mismo tiempo que subia al trono hizo un egemplar de severidad en Itafernes, que era uno de los siete conjurados. Imaginando este que en casa del soberano tenia el mismo derecho que en la de un particular, se presentó para entrar en el palacio á hora poco conveniente. Se lo estorbaron los eunucos, y les cortó las narices y las orejas. Le hizo prender Darío, y le condenó á muerte con todos los varones de su familia. Antes de la egecucion no se apartaba la muger de Itafernes de las puertas de palacio pidiendo á gritos la gracia. Importunado el rey, la dijo que eligiese á quién queria salvar, sin esceptuar á su marido. Esta tierna esposa pidió á su hermano, como diciendo: el segundo matrimonio me puede dar hijos y esposo; pero muerto ya mi padre y mi madre no pueden darme otro hermano. Darío la concedió tambien la vida de su hijo, y se la quitó á todos los demas.

La primera guerra de este emperador fue contra los babilonios. No podian estos perdonar á los persas que hubiesen trasladado su capital á Susa, y mucho menos verse cargados de impuestos por sus vencedores, y se resolvieron á sacudir el yugo. Los atacó Darío, y los encerró en los restos de su antigua ciudad; aunque ya la habian puesto en estado de resistencia. Sus provisiones eran muchas, y para prolongarlas mas tomaron la desesperada y cruel resolucion de esterminar todas las bocas inútiles. Juntaron sus mugeres, hijos y ancianos, y sin oir la voz de la sangre y de la amistad, á todos los degollaron. Así se defendieron por veinte meses, y aun pudieron haber cansado la paciencia de Darío; cuando desde los muros vieron venir un hombre puestas las manos en accion de suplicar. Le

abrieron las puertas, y entró un infeliz con las narices y orejas cortadas, todo lleno de heridas, que derramando sangre inspiraban lástima y horror. Yo soy Zopiro, esclamó, ved en qué estado me ha puesto Darío por haber hablado en vuestro favor. Le recibieron los babilonios con confianza, y conociendo su capacidad le pusieron á la cabeza de sus tropas. Derrotó en una salida á diez mil persas, y despues á cuatro mil: con este motivo le dieron la guardia de la muralla; pero estas victorias ya estaban concertadas con Darío, al que Zopiro habia hecho un sacrificio tan sangriento para proporcionarle la entrada en la ciudad. Con efecto, se hizo dueño de ella en un asalto en que los dos se habian convenido. Darío hizo empalar á tres mil habitadores de los mas culpados, y perdonó á los demas. Sin duda fue mucho mayor el número de los infelices, pues ordenó el emperador que las provincias vecinas diesen á los babilonios cincuenta mil mugeres para reemplazar las que ellos habian degollado como bocas inútiles. Poca seguridad tendrian las nuevas sabiendo lo que habian hecho con las antiguas. Darío conservó en su corte á Zopiro, y le colmó de honras y haciendas; pero no le podia mirar sin verter lágrimas.

Otras dos espediciones señalaron el reinado de Darío, una contra los escitas, y otra contra los griegos. Para la primera tomó el persa pretesto de una invasion que los escitas habian hecho en Asia ciento y veinte años antes. Levantó un egército de setecientos mil hombres, pasó el bósforo de Tracia por un puente de barcas, y bajó la armada por el Danubio á juntarse con él, atravesó este rio por otro puente de barcas, y entró en Escitia. Los es-

citas, que habian cegado todos los pozos y fuentes, y consumido los forrages, pretendian, retirándose insensiblemente, y siguiéndoles los persas, empeñarlos en aquellos parages en donde pudieran atacarlos ventajosamente. Conoció Darío el lazo, y se replegó á tiempo: tuvo la felicidad de hallar cuando huia los puentes en que habia pasado con el orgullo de un guerrero que iba con seguridad de la conquista.

Habla Herodoto de una invasion de Darío en la India, de la que hizo la vigésima provincia de su imperio. Si fue cierta esta victoria serviria para hacer mas amargas las desgracias que le sucedieron en Grecia. Buscando la causa del rencor entre los griegos y los persas, que contra toda esperanza acabó por la ruina de estos últimos, se halla que tuvo su principio en la soberbia de los persas que comandaban en las fronteras limítrofes de la Grecia. Su riqueza se desdeñaba de ver un pueblo que entonces era pobre, y unos vasallos de tan grande emperador despreciaban á unos infelices republicanos. ¿Qué podria juzgar un general de persas de los reyecillos de algunos paises, que en el imperio de su monarca parecerian un punto? Estas comparaciones hacian activos á los comandantes, y á la juventud de su corte insolente.

Amintas, rey de Macedonia, esperimentó su petulancia; pero se vió bien vengado. Megabises, teniente general de Darío, envió, subyugada la Tracia, siete caballeros jóvenes á este príncipe, pidiéndole la *tierra y el agua*, que quiere decir servicio de vasallo. Llegaron como conquistadores jóvenes, los recibieron con honor, y alojados en el palacio fueron bien tratados y festejados; pero no

bastándoles este agasajo, piden que el rey introduzca sus concubinas y sus mugeres é hijas. Aunque esto no estaba en costumbre, el rey consintió en ello por no hacerlos sus enemigos; pero desconociendo este favor, se portaron con la mayor indecencia. Alejandro, hijo del rey, hizo salir de la sala á su madre y sus hermanas con cierto pretesto, diciendo que presto volverian; pero hizo entrar en lugar de estas algunos jóvenes disfrazados de mugeres con armas que llevaban ocultas. A la primera libertad de los persas se arrojan sobre los insolentes y los matan. Megabises, no obstante su soberbia, no quiso saber esta aventura, y así quedó sepultada.

En ninguna guerra se ha visto mejor que en la que duró mucho tiempo entre persas y griegos, lo que pueden el horror á la esclavitud, y la pasion á la libertad, cuando se hacen como naturales con el deseo de la venganza. ¿Pudiera imaginarse que los reyes pusiesen sus coronas en las manos del pueblo para empeñarle en defender mejor su libertad, pues era un bien comun para el que habia sido cabeza y los que habian sido vasallos? Aristógote, rey de Naxôs, tuvo valor para esto, y no solo dejó el cetro, sino que recorriendo las islas vecinas, solicitó de sus reyes que le imitasen, dejando á los pueblos el gobierno, para que el partido que estos tomasen contra los persas, resolviesen sostenerle hasta la muerte por ser obra suya.

Con efecto, amenazados de egércitos de ochocientos ó novecientos mil hombres, y armadas de cuatrocientas ó quinientas naves, nunca se intimidaron los griegos, siempre peleaban. Cuando el grande número de sus enemigos los echaba de la tierra,

recurrian al mar, y rechazados del mar, volvian á tomar la tierra. Algunas veces se atrevieron á ir á incendiar las ciudades en el mismo centro del pais enemigo. En cualquiera parte que tuviese guerra la Persia, aunque fuese en las fronteras opuestas, allí se encontraba con griegos. En cualquiera corte donde trataba de negociaciones se hallaba prevenido y atravesado por los griegos. Fatigado Darío de esta, que miraba como persecucion, no tanto para que se lo acordasen, cuanto para manifestar las disposiciones de hostilidad, mandó que todos los dias al sentarse á la mesa, le dijeran: *¡ O rey, acuérdate de los atenienses!*

Contaba con acabarlos, llevando un egército de ciento y diez mil hombres de sus mejores tropas; pero los atenienses, con solo diez mil bien comandados por Milciades, le esperaron muy alentados en los campos de Maraton, á diez leguas de Atenas. Atacaron primero los atenienses, la accion fue viva y sangrienta, y derrotados enteramente los persas, hallaron los vencedores en el bagage mármoles que llevaban á propósito para levantar un monumento á su victoria, y grillos y cadenas con que habian de cargar de hierro á los vencidos. Los generales de Darío, para suavizar su pena y disminuir su vergüenza, cometieron la bajeza de enviar al rey, que estaba en Susa, algunos prisioneros hechos en otra ocasion, como si el daño de la derrota hubiera sido igual. Darío, sea que advirtió el motivo, ó bien por humanidad, los recibió bien, y les dió habitaciones agradables en la Susiana. Mas no por esto dejó de conservar el resentimiento contra su nacion y el deseo de la venganza. Tres años estuvo juntando tropas, naves y provisiones para

un egército tal, que no le hubiese visto el Asia, sino en los tiempos fabulosos de Nino y de Semíramis. El mismo quiso ser el comandante; pero cuando estaba para partir le representaron los grandes de su corte, que antes de entregarse á la peligrosa espedicion que le sacaba de su reino, seria prudencia nombrar un sucesor. Estuvo su eleccion balanceando entre Artabano, su hijo mayor, que le habia nacido antes de ser rey, y Gerges, á quien habia tenido despues de verse en el trono, y que era ademas hijo de Atosa, su esposa favorita, y de la familia de Ciro. Por estas razones declaró á Gerges sucesor; pero este Darío murió á pocos dias. Fue Darío hombre de escelentes cualidades, y los antiguos elogiaron mucho su prudencia, clemencia y justicia: aseguró el imperio de Ciro, que por la mala conducta de Cambises y la usurpacion de Esmerdis el Mago estaba vacilante. Añadió á sus estados la Tracia, la India, la Macedonia y las islas del mar Jonio.

Continuó Gerges (2514) los preparativos de su padre, ó los adelantó. El primer ensayo le hizo contra los egipcios, y los subyugó. Durante este tiempo ademas de las reclutas que hizo en sus diversos estados, procuró suscitar por todas partes enemigos á los griegos. Hizo alianza con los cartagineses, los que ademas de los soldados de Italia y Africa, juntaron trescientos mil en España y las Galias. Estaban estos destinados á caer sobre los paises marítimos por un lado, mientras los asiáticos atacarian por el otro. Los historiadores hacen subir á todos estos egércitos reunidos hasta dos millones seiscientos cuarenta y un mil combatientes, y contando los eunucos, mugeres, criados, vivan-

D. del D. 2514. A. de J. C. 484.

deros, y otras gentes semejantes, á cinco millones por lo menos, y la armada á trescientas naves de combate, y tres mil de transporte.

Cuando Gerges hizo la enumeracion de sus tropas estaba con él su tio Artabano, que siempre habia desaprobado el proyecto, cuyo éxito temia. "Ahora bien, le dijo el rey, ¿dudas todavia de la victoria? Mi temor, respondió Artabano, siempre es el mismo, porque me asustan dos cosas, la tierra y el mar: la tierra, porque no hay pais que pueda sustentar egército tan numeroso: el mar, porque hay pocos puertos que sean capaces de contener tantas naves." La reflexion fue prudente pero inútil con un presuntuoso como Gerges, el que replicó: "Las grandes empresas no se han de mirar tan de cerca." A la verdad no era asunto de poca importancia el alimento de tanta multitud, y la seguridad de sus naves; pero él de nada dudaba.

Para evitar las tempestades del promontorio del monte Atos, hizo cavar el istmo ó estrecho de tierra, siendo así que á menos coste pudiera haber llevado por él sus embarcaciones, como entonces lo hacian; mas le pareció glorioso dejar este monumento de su poder. Inspirado de la misma vanagloria, en lugar de transportar su egército de Asia á Europa en sus naves, prefirió formar un puente de barcas sobre el Elesponto. Se le rompió una tempestad, y mandó cortar la cabeza á los que habian dirigido la obra, y con una locura que ha hecho su nombre célebre, hizo castigar al mar. Mandó echar cadenas para aprisionarle, y le habló en estos términos. *Elemento salado y amargo, tu señor te da este castigo por haberle ofendido sin razon, y ha resuelto atravesar las olas á pesar de tu insolen-*

te resistencia. Siete dias y siete noches tardó el egército en pasar el estrecho, aunque muchas veces se le hizo pasar á palos. ¡Estraños soldados que se gobernaban así! En esta ocasion se le ofreció á Gerges una reflexion juiciosa y de humanidad. Estaba contemplando aquella grande multitud sujeta á su poder, cuando de repente se cubrieron sus ojos de lágrimas. "¿Qué es lo que tienes, le dijo su tio Artabano? Estoy pensando, le respondió, que de tanto número de hombres, dentro de cien años no habrá uno sobre la tierra. Por esa razon, replicó Artabano, debieras hacer mas tolerable su vida, supuesto que ha de ser tan corta."

Envió Gerges la mayor parte de su egército á asolar, saquear y quemar la Grecia, y él fue con lo mas escogido contra los atenienses y lacedemonios reunidos. Los otros griegos iban recibiendo el yugo por todas partes. Solo restaba para entrar en la Africa pasar las Termópilas, ó franquear este paso, que tiene de ancho veinte y cinco pies entre el mar y unos montes muy escarpados. Leonidas, rey de Lacedemonia, se encargó de defenderle con trescientos vasallos suyos. Creyó Gerges que la constancia espartana se venceria con las ofertas lisonjeras que le hizo: pero Leonidas las despreció con desden. Entonces el monarca envió á pedir *la tierra y el agua*, que era la fórmula con que amenazaban. Ven tú á tomarlas, respondió el lacedemonio. "¿Pero no sabes, le dijeron, que el egército de los persas es tan numeroso, que con una sola flecha que tire cada soldado oscurecerán el sol? Tanto mejor, replicó Leonidas: así pelearemos á la sombra." Estos soldados valientes se dejaron matar hasta el último; pero bien cara compraron los persas la vic-

toria, porque perecieron allí sus mejores tropas. Despues levantó la Grecia en aquel mismo sitio un sepulcro con este epitafio: *Pasagero, ve á decir á Lacedemonia que hemos muerto aquí por obedecer á sus justas leyes.* Todos los años se hacia un elogio á estos héroes de la patria, y se celebraban juegos para honrarlos. No se lisonjeaban los atenienses de que el paso de Termópilas defendiese su pais, y así habian tomado la precaucion de distribuir sus ancianos, hijos y mugeres por las ciudades distantes de la Grecia, dejando vacías las casas de Atenas, y con la guardia de algunos ciudadanos que sacrificaron á su defensa. No tenia mas fortificacion que palizadas de tablas, confiados en el oráculo de Apolo que les habia dicho: *Atenas se librará con murallas de madera.* Se defendieron pues hasta el estremo, muriendo todos en la defensa. Los otros se retiraron á sus naves, juzgando que el oráculo entendia por ellas los verdaderos muros de madera. Bogaron con tanta habilidad entre las islas, que no pudo entrarlos la armada persa; antes bien la fueron venciendo por partes, y despues completamente en Salamina. Tan general fue la dispersion, y tan entera la derrota, que llegó Gerges á temer que le faltaria embarcacion para salir de Europa. Se salvó lo mas presto que pudo, y contó por felicidad hallar una barca que le pasó á la Asia.

Estos sucesos animaron á los griegos; y avergonzados de haber dejado á los atenienses y lacedemonios sostener solos los esfuerzos de potencia tan enorme, se juntaron con los vencedores. Persiguieron á los persas por todas partes, y destruyeron las reliquias de su armada en Micala: el egército de tierra aventuró un combate, que fue el último, en

Platea, pueblo de Boecia. Si se ha de creer á los historiadores, de trescientos mil hombres solo escaparon tres mil, y los griegos no perdieron mas que doscientos. No obstante, parece que el poder de los persas no se aniquiló totalmente en Grecia; porque el dinero y la intriga les conservaron en ella influencia, y favorecieron por mucho tiempo el esfuerzo de sus egércitos.

Ya no habria que decir de Gerges, si no fuera por la horrible tragedia que sucedió en su palacio, y en la que tuvo él mucha parte. La envidia fue el principio de esta tragedia, y el carácter del emperador, que no conocia moderacion en sus escesos, dió la ocasion. Se enamoró de la muger de Masisto su hermano, la que no era tan jóven que no tuviese ya una hija en proporcion de casarse. Creyó que ganaria á la madre dando á su hija por esposo á Darío su hijo mayor. No por este favor correspondió la esposa de Masisto á sus deseos. Se atrevió á manifestar su afecto á la jóven esposa de su hijo, á la que halló mas fácil que su madre, porque esta llegó á hacer vanidad de la pasion de su tio. Amestris, muger de Gerges, imperiosa y cruel, creyó que la facilidad de su sobrina, que la robaba el corazon de su esposo, tenia la aprobacion de su cuñada, y resolvió vengarse.

Segun costumbre respetada entre los persas debia el rey en el dia de su natalicio conceder á su esposa cuanto le pedia. Amestris pidió que la entregasen su cuñada. Se estremeció Gerges, que conocia bien á su muger; pero la concedió la peticion. La infeliz fue entregada á la reina, la que á su vista la hizo cortar las narices, las orejas y los pechos, echándolas en su presencia á los perros, y

así mutilada se la envió á su marido. Masisto, que amaba tiernamente á su muger, y que se la habia negado á su hermano, irritado con el dolor, junta toda su familia, y parte á la Bactriana, en la que era gobernador. Temiendo el rey su venganza, mandó que le siguiesen y le quitasen la vida con todos los compañeros de su fuga. Un tan horrible desórden supone otros muchos que hicieron odioso á Gerges. Su capitan de guardias Artabano dispuso el medio de suplantarle sin riesgo: y valiéndose de un eunuco le asesinó en su misma cama: así le ahorró las angustias de la muerte, aunque tenia bien merecido que le prolongasen los horrores de ella.

D. del D. 2536. A. de J. C. 462.

Dejaba Gerges tres hijos (2536): Darío, que era el primogénito, y Artagerges, que era el tercero: estos dos estaban en su corte: Istaspes, que era el segundo, estaba en su gobierno de la Bactriana. En el desórden que causó la muerte del rey, el asesino Artabano corrió á decir á Artagerges: "Vuestro hermano Darío acaba de degollar á vuestro padre, y no merece la corona: á vos toca esta si le sabeis vengar."

El jóven príncipe, arrebatado de la cólera, va volando al cuarto de su hermano, y le quita la vida. Aquí tenemos dos crímenes afortunados para Artabano: el primero haber dejado vacante el trono: el segundo asegurarse con la muerte del legítimo sucesor el reconocimiento del que elevaba á la corona. Le restaba cometer un tercer delito que era matar á Artagerges para ponerse él en su lugar: pues á Istaspes, retirado en su Bactriana, no le daba cuidado por entonces, porque contaba con que no le faltaria ocasion de deshacerse de él en ade-

lante. Siete hijos que tenia, todos valientes, y colocados en los mejores cargos de la corte, le daban esperanzas de llevar al fin su culpable proyecto. Pero llegando estas noticias á Artagerges, le ganó por la mano, y le hizo matar con toda su familia. El eunuco cómplice del asesinato de Gerges espiró en el suplicio de los auges.

Istaspes, aunque ausente, no se miró como quien habia caido del trono, y se armó para sostener su derecho de primogenitura. Era muy poderoso el partido que Artabano habia formado; pero Istaspes con destreza le atrajo á su favor, y con esta deferencia se igualó á las fuerzas de su hermano. En la primera batalla estuvo indecisa la victoria: en la segunda venció Artagerges, y no se habla mas de Istaspes.

Era Artagerges el hombre mas bello de su reino. Tenia el talento de gobernar, conocia á los que ponia en los empleos, é invigilaba sobre su conducta. Durante su reinado solo se ve una guerra de importancia, en que sujetó á su yugo el Egipto, que se le habia rebelado. Trató con los griegos como con un pueblo que estimaba ó temia. Se obligó con un tratado solemne á no entrar en sus mares con naves de guerra, y á mantener siempre sus egércitos á cierta distancia de sus fronteras, y sobre todo á no mezclarse en sus negocios, dejándolos vivir segun sus leyes. Pero esta última cláusula fue violada muchas veces por culpa de los mismos griegos, que en sus disensiones domésticas apelaban á los gobernadores persas mas vecinos, para sostenerse contra sus rivales.

Dió este príncipe el egemplo raro de un rey que se olvida de una revolucion, y recibe en su corte á

un hombre que habia perdonado por fuerza. Megabises logró esto con Artagerges. Habia tomado las armas para vengarse de que el emperador, por condescendencia con su madre, permitiese crucificar á un general á quien Megabises habia prometido la vida cuando le hizo prisionero. El motivo de la rebelion pudo haber determinado á Artagerges al perdon, mas tambien pudo hacer que tratase con el rebelde por sus primeros sucesos que hacian temer otros mayores. Sea la que fuese la causa de este proceder de Artagerges, la moderacion del Rey y la confianza del vasallo hacen honor al uno y al otro.

No fue despues muy consiguiente la conducta de Artagerges: pues habiendo Megabises muerto en una cacería un leon que iba á devorar al monarca, este condenó por ello á muerte á su libertador, y costó no póco la commutacion de esta pena en destierro perpetuo. A los cinco años Megabises volvió á la corte, recobró el favor del rey, y le conservó hasta su muerte, la que Artagerges lloró con sinceridad.

Murió Artagerges antes de la vejez, y dejó diez y siete hijos de sus concubinas, y uno solo legítimo, que fue Gerges segundo. Apenas subió este al trono cuando le asesinó Sogdiano, uno de los diez y siete hermanos. Otro de estos vengó á Gerges quitando á Sogdiano la vida.

D. del D. 2568. A. de J. C. 430.

Este se llamaba Oco (2568); pero se mudó el nombre, y es conocido en la historia con el de Darío Noto, ó el Bastardo. Durante su reinado le gobernó Parisatis, su muger y hermana. Otro de sus hermanos llamado Arsites, viendo el buen éxito contra Sogdiano, quiso tambien probar fortuna.

Megavise salva la vida á Artaxerxes I.

En una caceria iba un leon á deborar al Monarca, y Megavise le libró dando muerte á la fiera; pero Artaxerxes, yá porque su orgullo mirase como afrenta deber la vida á otro que á si mismo, ó por otra causa que no es facil adivinar: condenó á muerte á su libertador, y costó mucho la conmutacion de esta pena en destierro perpetuo.

T. L. Enguid.s de ag. fte

J. Garrido conc.

En una batalla fue preso Artasiras su principal general y consejero. Darío queria quitarle la vida; pero Parisatis le dijo: "Al contrario se ha de hacer: tratadle bien, y haced al mismo tiempo proposiciones á vuestro hermano. Vuestros buenos modos con su confidente le persuadirán que con mas razon podrá él esperar otros mejores, y no dudará de entregarse." Le salió bien este medio, porque Arsites fue á ver á su hermano con confianza; pero aunque Darío queria perdonarle, Parisatis consiguió de la debilidad de su esposo que se deshiciese de él. Le condenaron con artificio al suplicio de la ceniza, que consistia en precipitar al infeliz en una torre llena de ceniza, agitada con una rueda. Este suplicio fue muy practicado en el reinado de este emperador.

Darío, príncipe indolente, perdió el Egipto, que sacudiendo el yugo de los persas se entregó á un rey. Tuvo poca influencia en la Grecia por haber contraido, con mala política, alianza esclusiva con los lacedemonios, debiendo conservar la neutralidad entre estas repúblicas, y darlas con buen manejo el socorro que le pidiesen para arruinar de este modo las unas por medio de las otras. Esto le aconsejaba su hijo Ciro, á quien habia enviado de comandante á las fronteras de Grecia, pero con órdenes limitadas.

Este jóven, hijo de Parisatis, soberbio con el poder de su madre, afectaba las prerogativas de la tiara real como si ya la tuviera. Quitó la vida á dos primos suyos solo por haber faltado á cubrir en su presencia las manos con sus mangas, segun el ceremonial observado con los reyes de Persia. Esta orgullosa pretension, que suponia otras muchas, ir-

ritó á su padre, y con pretesto de enfermedad le llamó á su corte. Temia Ciro; y no obstante, contando con el ascendiente de su madre se puso en camino, y no se engañó, porque le consiguió el perdon; bien que no pudo alcanzar de su esposo que declarase por sucesor á este hijo favorito, y siempre se mantuvo por Arsaces el primogénito. Esta negativa no debia inquietar á Parisatis, porque tambien Arsaces era hijo suyo. Este preguntó á su padre ya moribundo sobre la conducta que debia observar para reinar felizmente como él. Darío le respondió: "Yo, hijo, siempre hice lo que me dictaban la religion y la justicia, sin separarme de la una ni de la otra." Sin duda no miraba como culpas suyas las muchas que habia cometido á instancias de su muger.

D. del D. 2584. A. de J. C. 414. Se puede formar la idea (2584) de la débil condescendencia de este Darío con Parisatis, refiriendo brevemente las crueldades que la permitió. Arsaces su hijo se habia casado con Estatira, hija de Hidarnes, persa muy distinguido. Tenia un hijo llamado Teriteucmo, el que, en consecuencia del casamiento de su hermana, tomó por esposa á Amestris, hermana de Arsaces, é hija tambien de Parisatis. Teriteucmo se enamoró con pasion de Rojana, hermana de Estatira, y suya por consiguiente. Para lograrla se deshizo de Amestris; y perseguido de su mismo delito se rebeló; pero le quitó la vida Udiasto, que era su amigo. Aquí empezaron las venganzas de Parisatis. A Rojana, cuya hermosura fue el orígen de todo el mal, la hizo aserrar, y quitó la vida á toda la familia de Hidarnes, á escepcion de Estatira, á quien se la concedió á súplicas de Arsaces su marido; pero subiendo Estatira al trono de

Círo perdonado.

La conducta que en la frontera de Grecia tuvo Círo, hijo de Darío Noto y de Parísatis, suponía tales miras, que irritado el padre le llamó á la corte. Temió el altívo jóven, aunque esperaba mucho de la proteccion de su madre; pero con efecto presentandose Círo, fué tan eficaz Parísatis en su intercesion, é hizo tales extremos con su hijo á presencia del Rey al tratar este de condenarle, que obtuvo su perdon.

T. I. Enguid. de 39 fig. Jf. Fonseca sculp.

Persia con su esposo Artagerges, hizo perecer á Udiasto en los tormentos.

Artagerges, por sobrenombre Memnon á causa de su prodigiosa memoria, se veia á cada paso estrechado entre su madre y su muger. Esta acusó á la otra de que se inclinaba á Ciro, su querido hijo, que acababa de rebelarse. No solamente se vieron los dos hermanos en batalla campal, sino que tambien combatieron como en desafio. Se alcanzaron á ver el uno al otro desde el centro del egército, y esclamó Ciro: Ya le veo; y cayendo sobre Artagerges, le desarma, y le derriba herido en tierra. Este se levantó, y Ciro le dió segundo golpe; pero cuando á este mismo le habia de pasar su hermano con el dardo, le alcanzaron muchas flechas, y cayó muerto. Habia griegos en los dos egércitos; y los de Ciro, que eran diez mil, hicieron, mandados por Genofonte, aquella famosa retirada que él escribió por sí mismo, y ha pasado siempre por pieza maestra de las operaciones militares.

No se habia olvidado Parisatis de las sospechas con que Estatira habia procurado infamarla para que perdiese la confianza de su hijo; y una muger que no olvida, se venga siempre que puede. Aparentó que queria reconciliarse con la nuera, y la convidó á un banquete. Sirvieron una ave rara; y Parisatis, que la trinchó, dió la mitad á Estatira, y ella comió la otra mitad. Estatira comió la mitad, pero murió. Por el esclavo de Parisatis, puesto á cuestion de tormento, se supo que el cuchillo estaba frotado con veneno por el lado que tocó en la porcion de Estatira. Desterró Artagerges á su madre; pero compuso que la volviesen á llamar, y consi-

guió de nuevo el mismo favor que antes. Estas dos mugeres eran tan crueles una como otra: si la una hacia aserrar las personas, la otra las hacia desollar vivas. Asistian por sí mismas á los suplicios, y las parecia poco la muerte de sus enemigos, aun de su mismo sexo, si antes no los atormentaban. Castigaban con la muerte á los verdugos si no se esmeraban en inventar suplicios para servir á sus venganzas; y si obedecian tambien los mataban por haber teñido sus manos en la sangre real.

D. del D. 2612. A. de J. C. 386. Artagerges (2612) tuvo guerra con los egipcios, como sus antecesores; pero no fue activa ni feliz. Todo el tiempo de su reinado batalló contra los griegos, podemos decirlo así, porque aunque hubo algunas acciones importantes, todo se redujo por lo general á encuentros, sorpresas, escaramuzas, tomas, pérdidas y recobros de ciudades; y sobre todo á tratados hechos y rotos, y acomodamientos en que al fin tuvieron los persas la ventaja por culpa de los griegos. Estos republicanos, siempre discordes, no podian seguir un plan de operaciones fijas, al mismo tiempo que los generales persas concurrian todos al mismo objeto en virtud de instrucciones uniformes. Sucedió tal vez que el odio y la envidia entre las repúblicas proporcionase al grande monarca ventajas que no debiera esperar. Tal fue el tratado de Antalcides, negociador de los lacedemonios, en que abandonó al rey de Persia todas las ciudades griegas del Asia, y las islas de Chipre y Clazomene. Le ratificaron los lacedemonios por vengarse de Atenas que habia sido reedificada y fortificada contra ellos con la proteccion de los persas. Los espartanos, amigos valientes de la libertad, sacrificaron sin escrúpulo la de sus compatriotas al gus-

to de humillar y debilitar á sus rivales.

Esta guerra de Grecia, que en tiempo de Artagerges fue casi continua, fue muy útil á este príncipe, porque así tenia distantes y separados los señores de Persia, cuya ociosidad y reunion pudiera haber sido perniciosa á su tranquilidad. Con este artificio llegó á vivir sosegado en su corte noventa y cuatro años, aunque rodeado de ciento diez y ocho hijos. Tres de ellos, Darío, Ariaspe y Oco, le nacieron de Atosa su muger legítima: los otros de las concubinas, que casi todas eran sus propias hijas.

Artagerges destinó la corona á Darío el primogénito, y para asegurarle este derecho le ciñó la frente con la banda real; mas le descontentó por haberle negado una de sus concubinas que le pedia. Darío se conjuró contra su padre, y arrastró consigo hasta cincuenta hermanos suyos. Estos nombraron por su capitan á un señor esperimentado llamado Tiribaso, que tambien era malcontento, desde que el monarca anciano, habiéndole prometido una de sus hijas, se la tomó para sí mismo, y prometiéndole otra, tambien se la tomó. Una conjuracion entre tantos no podia estar secreta, y así se descubrió: Darío fue sentenciado á muerte con todos sus cómplices.

Restaban dos pretendientes al trono por haber nacido de la muger legítima Ariaspe y Oco; pero la predileccion del anciano nombró á Arsame, hijo de una concubina; y Oco, sin detenerse en representaciones, quitó la vida á Arsame de una puñalada. Fue despues corriendo á la habitacion de Ariaspe, príncipe tímido, y le amenazó con los mas horribles tormentos si no bebia una copa envenenada que le presentó. Ariaspe tragó el veneno, y murió.

Sabiendo Artagerges estas maldades murió tambien de pena: ya tenemos á Oco señor del trono.

D. del D. 2630. A. de J. C. 368. Pero si este bárbaro (2630) le ocupó sin remordimientos, no sin temor. Habia sido su padre justo, clemente y generoso con sus pueblos, por lo que su autoridad era muy respetada. Oco, que sucedia á un príncipe de estas calidades, bien conoció que no hallaria las mismas disposiciones en los pueblos ni en la nobleza, la que le aborrecia por el asesinato de sus hermanos. Para evitar los efectos de este odio ganó á los eunucos y las demas personas que estaban cerca del rey, para que ocultasen su muerte. Tomó despues las riendas del imperio, dió órdenes, sellando los decretos con el nombre de Artagerges, y en uno de estos se hizo, siempre en nombre del rey, proclamar su sucesor.

Al cabo de diez meses, cuando él creia haber tomado las medidas suficientes, declaró la muerte del rey. Con esta noticia se negó la mitad del imperio á reconocerle; y si los rebeldes hubiesen estado unidos pudieran haberle destronado; pero Oco, tan hábil como malvado, consiguió desunirlos, y reducir á unos despues de otros. Para quitar á las provincias que quisiesen rebelarse el apoyo de algun príncipe de la casa Real, y salir de la inquietud que estos príncipes le causaban, á todos los quitó la vida sin reparar en la edad, ni en la proximidad del parentesco. Hizo enterrar viva á su hermana Oca, con cuya hija se habia casado, y encerrando en un patio á un tio suyo con cien hijos, á todos los hizo matar con flechas. Con la misma barbarie trató á todos los señores que le daban el menor cuidado, y jamas perdonó á ninguno de quien pudiese sospechar malcontento.

Con todas estas precauciones esperimentó algunas rebeliones, pero todas las sosegó, y cuando se vió asegurado en el trono quiso dar á su reino que admirar con alguna hazaña importante. El Egipto muchas veces conquistado por los persas, pero jamas bien sometido, ofrecia el mas bello campo á sus belicosos proyectos. Entró pues en él á la cabeza de un egército de cien mil hombres. Tomó de paso á Sidon, famosa por su comercio y sus riquezas, y la arruinó hasta los cimientos. La destruccion de esta ciudad causó grande terror á los fenicios; y aunque estos pueblos pudieran haber detenido el egército de Oco, el mismo terror embargó sus alientos, y pactaron no poner obstáculo alguno á su empresa.

Lo primero que hizo fue tomar á Pelusa, que era la llave de Egipto; y mientras la conquistaba, subió por el Nilo uno de sus generales con un cuerpo considerable de egército hasta el centro del pais. Muy presto se juntó con él la tropa que Oco mandaba en persona: una sola batalla decidió de la suerte de aquel reino. Para quitar á los egipcios la tentacion de sacudir el yugo que queria imponerles, hizo desmantelar las plazas fuertes, destruyó el gobierno, les quitó los archivos, saqueó los templos, dispersó y quitó la vida á los sacerdotes, mató tambien al dios Apis, que era el toro sagrado que aquellos pueblos adoraban, y redujo el Egipto á provincia de la Persia. Despues de esta espedicion, viéndose Oco sin enemigos, se abandonó á los placeres y al regalo, dejando los cuidados del gobierno en mano de dos ministros.

Uno de estos era el eunuco Bagoas, egipcio, que no habia podido ver sin el mayor despecho la rui-

na de su patria. Por ser muy afecto á la religion de su pais, todo cuanto habia hecho Oco para destruirla, por mas que le suplicó que la perdonase, le dejó un profundo resentimiento. Compró secretamente los archivos, y cuanto pudo de ornamentos de los templos y de los objetos del culto, y lo hizo llevar á Egipto. De la afrenta hecha á las divinidades del pais, y sobre todo la muerte del dios Apis, creyó Bagoas que solo podia vengarse con la de Oco, y así le dió veneno. Despues con refinada venganza, aunque pueril, hizo enterrar otro cuerpo en lugar del cadáver del Rey; y porque este príncipe dió á comer á sus soldados el dios Apis, Bagoas picó la carne de Oco, y la dió á comer á los gatos y perros, que tambien eran dioses de los egipcios. De sus huesos hizo mangos de espadas y cuchillos. Colocó en el trono á Arses, el hijo mas jóven del rey, y quitó la vida á todos los otros. Solo dejó Bagoas al príncipe una sombra de autoridad, reservándose todo el poder. Habia tomado esta especie de simulacro, y eligió al mas jóven para gozar por mas tiempo de su autoridad. Y advirtiendo que Arses empezaba á sentir la esclavitud, y que tomaba las medidas para salir de ella, le envenenó, y esterminó toda su familia para que no quedase quien la quisiese vengar.

D. del D. 2651. A. de J.C. 347.

Vivia en grande oscuridad (2651) un pimpollo de la estirpe real de Darío Noto, que se habia escapado del cuchillo de Oco, y se llamaba Codomano. En el último reinado era el que llevaba los despachos á los gobernadores, lo que sin duda seria egercicio de confianza, aunque sin esplendor. Se habia hallado en la guerra contra los cadusianos, cuando uno de estos, de estatura gigantesca, desafió á los

persas á que viniesen hombre á hombre: ninguno se presentaba: solo Codomano se adelantó, y quitó al cadusiano la vida. Esta valerosa accion le valió el gobierno de Armenia. Bagoas, que conocia su moderacion, esperaba conservar bajo este rey toda la autoridad, y así le colocó en el trono, en el que tomó el nombre de Darío. No hallando el ministro en Codomano mas condescendencia que en Arses, resolvió tratarle como á él; pero el rey tuvo aviso, y sorprendiendo al malvado viejo, le hizo beber el veneno que le preparaba.

Reinó Darío Codomano felizmente quince años, respetado de los grandes, á los que contenia sin violencia, amado de los pueblos, gobernados con suavidad, y haciéndolos felices en cuanto lo permitia la vigilancia sobre tan grande imperio. Su corte, diferente de la de sus predecesores, era un modelo de costumbres y virtudes morales, bajo la inspeccion de su madre Sisigambis, princesa criada en la escuela de las desgracias, como que era hermana de aquellos cien infelices que Oco hizo matar con flechas en un patio con su padre. Estatira, esposa de Darío, princesa de grande hermosura, estaba ligada con su esposo por medio del lazo de la ternura conyugal y el del fraternal amor. A su vista se iban criando dos princesas, en quienes se declaraban las gracias de la adolescencia, y un hijo de seis años, que se criaba con la esperanza de la fortuna de su padre. A Darío le dan trescientas concubinas: Sisigambis tenia al rededor de sí las hijas de los principales señores, muy contentos de haberlas confiado á sus cuidados.

La suavidad del gobierno de Darío tuvo un vicio, y fue faltarle la firmeza necesaria para enlazar

las partes del imperio con aquella reciprocidad de socorros que hace el todo indisoluble. Cada gobernador era señor absoluto de su gobierno, y cuando Darío se vió en la necesidad de hacer un general esfuerzo, esperimentó que la demasiada confianza y bondad del rey son algunas veces mas contrarias á la felicidad pública, que el rigor y esceso de desconfianza. ¡Es posible que en tiempo de los príncipes recomendables por su bondad sucedan casi siempre las revoluciones de los imperios!

D. del D. 2666. A. de J. C. 332. Cuando Darío sosegado en su corte gozaba una tranquilidad sin nubes, bajo un cielo puro y sereno, apenas sabia que por el horizonte de su reino se levantaba una nubecilla que despues le cubrió todo. Filipo, rey de Macedonia, limítrofe de la Grecia, habia tomado parte, por su proximidad, en las querellas que por largo tiempo subsistieron entre los griegos y los persas. Con este motivo se hicieron aguerridos los macedonios. La política de Filipo formó el proyecto aventurado de coligarse con los pueblos vejados, é inquietados por los sátrapas de Persia, para ir con ellos á llevar la guerra dentro de aquel vasto imperio. Todo estaba pronto, mas al tiempo de partir murió Filipo: entró en su lugar Alejandro, de genio ardiente, incapaz de cansarse en una empresa, constante, intrépido, lleno de confianza, y aun la inspiraba á los demas, porque juntamente daba la orden y el egemplo.

Todas estas cualidades manifestó desde el principio de su carrera. Le opusieron los persas cien mil hombres de á pie y diez mil de caballería. Tenia Alejandro cuando mas treinta mil infantes y cinco mil caballos: pero eran tropas escogidas, egercitadas en los trabajos de la guerra y bien disciplina-

das. Le esperaban los persas en las riberas del Gránico, cubiertas de sus soldados. Alejandro, á pesar de las representaciones de sus capitanes, se arrojó al rio á la cabeza de su caballería, le pasó á nado, y fue de los primeros que llegaron á la opuesta ribera, que era muy escarpada. La franqueó, y le siguieron sus tropas. Entonces se empezó un furioso combate, y en lo fuerte de la pelea conoció que Espitrodates, escogido para yerno de Darío, sostenia el combate con valor. Se arroja á él, miden los dos rivales sus fuerzas: arroja un dardo el persa, pero sin efecto: se echa con espada en mano sobre el macedonio: este le recibe con serenidad, y al verle levantar el brazo para dar la cuchillada le traspasa con su lanza. Al mismo tiempo Rosaces, hermano del moribundo, descarga sobre el capacete de Alejandro un golpe con su hacha, que le derribó el penacho, y le hirió ligeramente. Al redoblar el golpe Clito, capitan macedonio, cortó de un sablazo la mano al persa, y salvó la vida de su rey. Entonces se decidió la victoria, porque los persas huyeron por todas partes.

No quedó en el campo de batalla mas que un pequeño cuerpo de griegos al sueldo de Darío: á todos estos los hizo Alejandro pasar á cuchillo para intimidar á los que pensasen llevar armas contra sus compatriotas. Crea el que quisiese, que una victoria tan bien disputada solo costó á los macedonios ciento y quince hombres entre caballería é infantería, al mismo tiempo que los persas perdieron en ella treinta y seis mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Alejandro mandó á Lisipo, el escultor mas hábil de la Grecia, que hiciese las estatuas de veinte y cinco macedonios, que se habian distinguido

mas, y perdieron la vida en el paso del rio. Hecho dueño del campo, permitió á sus tropas el saqueo: siempre van juntos el amor y la recompensa del soldado. Delante de Alejandro iba el terror: las ciudades capaces de resistencia le presentaban las llaves antes de atacarlas: hacia reconocer su autoridad, pero sin vejacion de los pueblos. De este modo iba dejando puntos de apoyo para la retirada, ó para hacer nuevas conquistas.

La noticia de esta invasion habia hecho resolver en el consejo de Darío que se juntase el mayor egército posible para oprimir con la multitud á los que parecian invencibles por su valor. Si los historiadores que nos han dejado la descripcion de este egército, no pretendieron hacer un episodio de novela, nos dan la idea de un fausto, lujo y magnificencia que no tiene egemplar. A la cabeza del egército llevaban altares de plata, en los que ardia el fuego sagrado. Seguian los magos cantando himnos. Los acompañaban trescientos sesenta y cinco jóvenes vestidos con ropas de púrpura. Despues de estos venia el carro de Júpiter y el caballo del sol, conducidos por escuderos, cada uno de los cuales llevaba en la mano una vara de oro. Detras de muchos carros esmaltados de oro y plata, marchaba un cuerpo de caballería sacado de doce naciones diferentemente armadas, y diez mil hombres de una infantería llamada de los inmortales, porque así que moria alguno le reemplazaba otro. Tenian collares de oro con ropas de tisú, y casacas con las mangas de pedrería. Quince mil primos ó parientes del rey, que debia ser algun título de dignidad, adornados con mas riqueza todavía que los inmortales, venian delante del monarca, al cual se le percibia á lo lejos sobre un

carro en forma de trono, muy resplandeciente con el oro y piedras preciosas. Le rodeaban doscientos de los mas cercanos parientes. En torno de estos se seguian diez mil de á caballo con picas, y sus armas eran plateadas y doradas. Formaban la retaguardia treinta mil infantes, seguidos de cuatrocientos caballos del rey, á los que llevaban de la brida.

A corta distancia venia Sisigambis, madre del rey, en un carro, y en otro su muger con sus doncellas á caballo, y quince carros, en los que iban los hijos del rey, y todo el aparato de la comitiva. Las concubinas, adornadas como reinas, eran trescientas. Seiscientos mulos y trescientos camellos, escoltados de numerosa guardia de archeros, llevaban el bagage real y el tesoro. Por último, cerraban la marcha las mugeres de los oficiales de la corona, las de los principales señores, y un cuerpo de tropa ligera.

¡Qué cebo este para los macedonios! ¡Qué imprudencia la de ofrecer á los soldados enemigos una presa tan capaz de animarlos! Todavía cometió Darío otra mayor. En vez de esperar á Alejandro en las llanuras, en donde pudiera haberle envuelto (2667), le atacó en un paso estrecho de la Cilicia, cerrado por una parte con el mar, y por otra con las montañas. La naturaleza del sitio precisó á Darío á formar sus soldados unos detras de otros. Este órden y disposicion decidieron en un instante la victoria, porque rotas las primeras filas por los macedonios, recaian sobre las segundas, y así todas se desordenaban. A poco tiempo fue general la confusion y la derrota. No obstante, veinte mil griegos auxiliares de los persas egercitaron bien á la falange macedonia, y fue porfiado el combate entre estos dos

D. del D. 2667. A. de J. C. 331.

cuerpos, sin poderlos Alejandro precisar á ceder, hasta que se vieron reducidos á ocho mil, que entonces se retiraron con valentía y en buen órden á los navíos que los habian llevado. El resto del egército asustado y perdido se precipitaba de lo alto de las rocas, y presentaba sin defensa el cuello al hierro del vencedor.

Escapó Darío con dificultad, y cayeron en manos de Alejandro su tesoro, su madre, su muger, sus hijas y las de sus capitanes, con los bagages enviados de antemano á la ciudad de Iso. Un famoso pintor tomó el pincel de las manos de la historia para representar la primera visita que hizo el héroe de Macedonia á esta familia desolada. Allí se ve la desgraciada Sisigambis, que desde su juventud solo habia bebido pesadumbres, ofreciendo postrada su hija y sus niños á la compasion del jóven vencedor. Estatira con los ojos hinchados de llorar quisiera volver la cabeza por no ver al autor de su pena; pero Alejandro la llama con un gesto lleno de atencion. Ella le da una mirada tímida y cobarde, y el príncipe está pasmado de ver su estremada hermosura: él mismo se asusta, y parece que la está jurando el respeto, á que verdaderamente jamas la faltó.

Creyó Sisigambis un dia que tendria que sufrir un tratamiento indigno de su persona: que tan delicados son los infelices. Habia recibido Alejandro de Macedonia ciertas estofas de lana, y se las presentó á las princesas persianas. Estas las admiraron, y creyendo que la estimacion que manifestaban podia ser una espresion del deseo de ocuparse en su soledad en obras de esta especie, las ofreció que las traeria artífices que las instruyesen. Ignoraba que

Alexandro y Sisigambis.

Presentó Alexandro á las Princesas de Persia varias estofas de lana; y persuadido, porque las celebraron, á que desearian ocuparse en esta labor; las ofreció artífices que se la enseñasen, cuya proposicion las afligió mucho, por que estas en Persia eran labores solo de esclavas; pero Alexandro dixo á Sisigambis: „Esta estofa de mi vestido es regalo de mis hermanas, y obra de sus manos.

Man.l Albuerne la grabó.

en Persia el trabajo de lana era ocupacion de las mugeres populares. Sisigambis imaginó que la proposicion de Alejandro daba indirectamente á entender á sus prisioneras, que solo podian esperar ser tratadas como esclavas. Sus gritos y sollozos anunciaban su miedo y su dolor; lo supo Alejandro, y fue corriendo á la habitacion de Sisigambis, para decirla lo mucho que sentia haber dado lugar á sus temores: que estaba tan distante de querer humillarlas, que en lo que habia hecho solo pretendia comparar á las princesas de Persia con las mugeres mas distinguidas de su nacion, porque *esta estofa*, las dijo, *de mi vestido es un presente de mis hermanas, y obra de sus propias manos.*

Grande consuelo es lograr en las desgracias un tratamiento tan humano. Darío envió á dar gracias á Alejandro; pero estas recíprocas atenciones no impedian que los dos rivales se persiguiesen de muerte. Interceptaron unas cartas en las que los ministros de Darío exhortaban á ciertos macedonios, con la esperanza de grandes recompensas, á deshacerse de su rey: y es de creer que esto no se hiciese sin noticia de Darío. Por otra parte habia despreciado Alejandro las proposiciones del persa, que le ofrecia la mitad de su reino. *Yo*, le dijo Parmenion, *si fuera Alejandro las aceptaria.. Tambien yo*, respondió Alejandro, *si fuera Parmenion.* Es verdad que el monarca de Persia estaba tan soberbio en su misma humillacion, que ponia en sus cartas este sobrescrito. *El rey Darío á Alejandro.* Pero este le respondia: *El rey Alejandro á Darío.*

Despues de la batalla de Iso siempre acompañó la fortuna á Alejandro adonde quiera que iba. Humilló el orgullo de los tirios: llevó su egército por

los ardientes paises de la Siria. Respetó con ofrendas al templo de los judíos: recibió el homenage de todo el Egipto: penetró por los desiertos de Osasis: oyó con complacencia, si es que no lo solicitó, que el oráculo de Júpiter Amon le declarase por hijo suyo.

D. del D. 2668. A. de J. C. 330. Durante estas espediciones (2668) mantenia siempre una especie de negociacion con Darío ofreciéndole este lo que no habia sabido conservar, y pretendiendo Alejandro todo lo que no tenia ya conquistado. No habia lugar á la paz mientras el monarca de Persia no bajase del trono, y reconociese al rey de Macedonia por su soberano. No podia aceptarse esta dura condicion sino en el mayor estremo, y aun no se hallaba Darío reducido á tanta miseria; pues todavía estaba en el centro de su imperio á la cabeza de un egército mas numeroso que el anterior; pero todo esto no le daba cuidado á Alejandro. Se nota que despues de haber tomado sus medidas, se durmió tranquilamente, y que fue necesario despertarle para empezar la batalla.

Esta se dió cerca de Arbelas, ciudad situada en los confines de la Pérside. Allí manifestó Darío su antiguo valor, y combatia como que le importaba el trono; pero fue desgraciado. No obstante, vacilaba ya la falange de los macedonios, y entonces se presentó en las filas Aristandro el Adivino, vestido de blanco, con un ramo de oliva en la mano exhortando á sus soldados: les dijo que reparasen en una águila blanca que revoloteaba sobre la cabeza de Alejandro. No se sabe si la vieron ó no; pero se alentaron, y haciendo el último esfuerzo se aseguró la victoria: se dispersó todo el egército de los persas, siendo así que si cada soldado hubie-

se tirado una piedra contra los macedonios, hubieran podido oprimirlos.

Darío, viéndose abandonado, volvió la espada contra su mismo pecho; pero en un momento de reflexion halló el recurso de retirarse á Arbelas; y no quiso que rompiesen el puente que dejaba atras. *Mas quiero*, dijo, *aventurarme á ser prisionero, que esponer á una muerte cierta los infelices que me siguen.* En breve tiempo puso los montes de Armenia entre su persona y la del vencedor. Se presentó este delante de Persépolis, capital de la Persia, la cual no hizo resistencia alguna: entregó sus habitadores al arbitrio de los soldados, en venganza de haber salido de esta ciudad en otro tiempo las crueles resoluciones de asolar la Grecia. Eso no basta, esclamó Tais, que era una dama cortesana, al fin de un convite, eso no basta: acordaos de que los persas incendiaron á Atenas: y tomando un hacha encendida, Alejandro y todos los convidados le siguieron. En un instante se vió devorado de las llamas el edificio mas magnífico del universo.

Este hecho, principalmente al fin de un convite, es una mancha en la vida de Alejandro: tambien le culpan por la crueldad que egecutó con Betis, gobernador de Gaza. Se habia defendido este guerrero como hombre valeroso, retardando así la marcha del vencedor; y en vez de aplaudir como debia la fidelidad y valor en el enemigo, le hizo barrenar los talones, y pasándole unas correas le ataron á un carro, y le arrastraron al rededor de las murallas hasta que le hicieron pedazos. No se sabe si quiso imitar á Aquiles, de quien se preciaba descender, ó si pretendió intimidar con este

egemplar á todos los que pensasen en resistirle; pues los historiadores estan dudosos en este punto. Demasiadamente se ha imitado el último motivo en las guerras: mas no admite escusa alguna á los ojos de la humanidad.

Darío al mismo tiempo que huia iba juntando otro egército, con el que contaba hacer el último esfuerzo; pero dos generales suyos Narbasanes y Besso, que era gobernador de la Bactriana, no lo permitieron, porque pensaban en hacerse dueños de la persona de Darío, creyendo que si Alejandro los perseguia les concederia el perdon, y aun daria premios si le entregaban su propio rey. Su resolucion era la de quitarle la vida, si podian, llevando su prisionero hasta la Bactriana; y si el tiempo lo permitia apoderarse á placer de sus estados, y hacerse reconocer reyes.

Les salió mal el pensamiento, porque Patron, general de los griegos que estaban al sueldo de Darío, le dió aviso, y le exhortó á poner la tienda en su cuartel. El monarca absorto con tantas desgracias se lo agradeció, y se entregó á su destino: *Ya tardo en morir*, dijo, *si los persas me tienen por indigno de la vida.* No tardó la traicion en efectuarse: porque los conjurados se apoderaron facilmente de Darío, y aprisionándole con cadenas de oro, como para honrar la dignidad, le pusieron en un carro, y tomaron con él el camino de la Bactriana.

Sabiéndolo Alejandro, los perseguia con tal presteza, que un dia se halló sin mas que veinte y cinco caballeros con él. Segun se iba adelantando, iba teniendo noticias por los que abandonaban el egército de los rebeldes de la estremidad á que Darío estaba reducido, y estas noticias redoblaban su

Muerte de Darío.

Aprisionado, herido y abandonado el infeliz Darío, habiendo recibido de un macedonio el unico alivio que permitia su situacion, le tomó la mano; y encargandole asegurase á Alexandro de su gratitud por la bondad que usaba con su familia, y de que esperaba castigase su muerte y ultrajes, espiró diciendole: „Toca la mano de Alexandro como yo la tuya, y llevale en esto la unica prenda que puedo darle de mi agradecimiento.

T. L. Pinguld.º de ag. fec.

Alex.º Blanco cond.

ardor. Por último, ya los veia, los alcanzaba, y aunque muy inferior en fuerzas, los iba á combatir. Los traidores para tener menos estorbo en la fuga, querian que Darío montase á caballo, y como él lo rehusase, le atraviesan con sus dardos, matan á los conductores, y abandonan el carro. Los caballos no teniendo quien los guiase se salieron del camino real, y se pararon cerca de un pueblo.

Un macedonio llamado Polistrato, que iba persiguiendo á los enemigos, llega á aquel pueblo muerto de sed pidiendo agua. Le señalaron una fuente no muy distante, y mientras estaba sacando el agua, oye los gemidos de un hombre moribundo, vase acercando, se da á conocer el infeliz príncipe, y le pide de beber. Polistrato le llevó el agua con grande prisa en su capacete, y despues de haber bebido, miró al macedonio, y le dijo: "En el infeliz estado de mi fortuna, tengo por lo menos el consuelo de que no se perderán mis últimas palabras. Te encargo que des á Alejandro mil gracias por la bondad que ha usado con mi madre, mi esposa y mis hijos. Suplico á los dioses que den victorias á sus armas, y le hagan monarca del universo. No creo que necesite yo pedirle que vengue el regicidio cometido en mi persona; y tomando la mano de Polistrato, añadió: Toca, amigo, á Alejandro la mano como yo toco la tuya, y llévale de mi parte esta única prenda, que puedo darle de mi afecto agradecido." En el mismo punto murió, y llegó Alejandro.

Sin duda hubiera querido tener la gloria de salvar la vida de Darío, y tal vez la de restituirle la corona. Así lo persuaden las lágrimas que derra-

mó. Persiguió infatigable á Resso por entre las lagunas, bosques y montes de la Bactriana, en la que ya habia tomado el título de rey, y no habia entre los dos sino el rio Oxô. Besso habia quemado las barcas; pero Alejandro, que siempre hallaba recursos, tomando las pieles de las tiendas de sus soldados, hizo de ellas unos odres y los llenó de aire, y pasando sobre ellos su egército, ahuyentó al de Besso: este fue hecho prisionero, mutilado, y entregado á los parientes de Darío, los que todavia le dieron mayores tormentos. El último fue encorvar por fuerza unos árboles hácia el suelo, y atándolos á los miembros del malvado, los árboles le hicieron pedazos al levantarse, llevándose cada uno el miembro que le habian atado; y con su muerte y la obediencia que dieron á Alejandro los grandes del reino, y con ellos los pueblos, se vió pacífico dueño de toda la monarquía de los persas.

Aquí es preciso tener presente que dimos principio á la historia de Persia desde el momento en que este reino recibió al de los medos. Pero habian pasado muchos siglos desde el diluvio hasta la union de estos dos imperios; y este largo tiempo le han llenado los autores orientales con una dilatada serie de reinados, de los que no señalan las datas; bien que no pueden tenerse por fabulosos todos los sucesos que nos cuentan, pnes dicen que son sacados de las crónicas antiguas, y sin duda existieron estas; porque ¿cómo podian unos pueblos que tenian leyes y gobierno no haber tenido anales? Puede presumirse que los macedonios destruyeron muchos, y la mano del tiempo pudo aumentar la destruccion: pero en un saqueo ó en un incendio siempre se salvan algunos efectos, que aunque deterio-

rados todavia pueden servir. Tales son los fragmentos que vamos á poner delante de los ojos del lector.

Cajumarat que significa en persiano *justo juez*, es el primer rey que citan los fastos heróicos. Su equidad, aunque repugnándolo él, pues se sentó en el trono como por fuerza, juntó los pueblos bajo su cetro. Decia él, que para hacer la felicidad de su pueblo se ve muchas veces precisado el príncipe á renunciar á la propia. Por la misma verdad se retiró su hijo de la corte de su padre á vivir con su esposa en una especie de ermita, para no atender mas que al estudio. Este murió jóven, y dejó un hijo, á quien su abuelo puso en el trono; mas pereció en una batalla en la flor de su edad. Cajumarat, esperando á que un hijo de este tuviese edad para mandar, volvió á tomar la corona, con el fin de que no se perdiesen las bellas instituciones que habia dispuesto, y á las que su imperio debia hasta entonces su gloria y felicidad.

Civilizó sus pueblos, y les enseñó el arte de edificar, y los de hilar y tejer. Estableció tribunales de justicia, y se le atribuye el rito religioso, que entre los persas tenia por objeto al sol. Mas como se le supone casi contemporáneo de algunos patriarcas, no se presume que quisiese alterar en sus vasallos la idea de un solo Dios; lo que se puede creer que no tuvo otro fin sino el de fijar la imaginacion de los pueblos con el entusiasmo de presentar á su veneracion por figura del Ser invisible la criatura mas brillante, y fuente visible de toda fecundidad y hermosura. Solo con el auxilio de cotejos hechos con mucho trabajo se conjetura cuando vivió este príncipe. La opinion mas probable es de que reinó cuatrocientos años despues del diluvio.

La mayor parte de los reyes de esta familia se distinguieron por un carácter benéfico.

Hus-Hang, su nieto, inventó los instrumentos de agricultura: enseñó á los persas á cavar las minas, conducir las aguas, y vestirse de pieles. Compuso un libro intitulado: *La sabiduría de todos los tiempos.* Aun hay algunos fragmentos de él, y entre ellos se pueden distinguir estos. A fuerza de frecuentar los hombres pueden descubrirse sus pasiones; pero jamás se conseguirá distinguir las de las mugeres; y de aquí infiere que es difícil emplearlas bien en el gobierno. El mármol y el alabastro, dice tambien, sirven para construir los palacios; pero los diamantes adornan nuestros gabinetes. El mármol y el alabastro son los hombres, cuyas cualidades sólidas deben emplearse para la pública utilidad: las mugeres son los diamantes, que solo sirven para el gusto.

El nombre de su sucesor indica mucha discrecion y fuerza. Tamusrab significa *el que humilla al diablo.* Fue conquistador no menos prudente que alentado. La benignidad de su gobierno, igualmente que su valor, juntaron bajo su imperio los pueblos. Este formó una gerarquía de magistratura, y fue el primero que tuvo *visir* ó primer ministro.

Ninguno pudo compararse en hermosura con Gjemschid, que quiere decir *sol*, y las calidades de su alma correspondian á las del cuerpo. Atrajo á su corte todos los hombres hábiles en las artes y las ciencias, y por sus buenos consejos arregló en sus estados la policía, que duró en ellos por mucho tiempo. Repartió sus vasallos en tres clases: soldados, labradores y artesanos: en su reinado se perfeccionó la música instrumental y vocal. Edificó gra-

neros para conservar el trigo destinado á los años de escasez. La curacion de una dama de su corte hizo comun el uso del vino, porque hasta entonces solo se tenia por un remedio. Esta muger, viéndose atormentada de un gran dolor de cabeza, entró en la pieza en donde se guardaba el vino del rey, bebió y se sintió aliviada: bebió mas, y sanó. La noticia de esta cura se estendió, y de remedio que antes era, se gastaba el vino como preservativo.

La astronomía que este Príncipe cultivó, no fue en él una ciencia estéril, pues le sirvió para reformar el calendario, y fijar invariablemente las ceremonias civiles y religiosas. El nuevo año se anunciaba con una fiesta que duraba seis dias, y estos eran dias de beneficios y diversiones. Cada uno comparecia delante del trono á recibir gracias cuando le llegaba su turno. El primer dia iba el comun del pueblo: el segundo los sabios y artistas: el tercero los sacerdotes y oficiales civiles: el cuarto la nobleza y los parientes del rey: el quinto sus hijos, y el sesto era propiamente el dia de la fiesta.

Por la mañana introducian en el cuarto del rey un jóven hermoso, que á esta pregunta del monarca *¿Quién eres?* respondia: *Yo soy el repartidor de las bendiciones, y traigo de parte de Dios el año nuevo.* Se abrian las puertas y entraban los nobles principales con un vaso de plata, en el que llevaban trigo, avena, guisantes, habas, dos cañas de azúcar, y dos piezas de oro recientemente acuñadas. El visir, el tesorero y los otros oficiales y señores se seguian llevando cada uno su vaso. Al fin de la ceremonia presentaban al príncipe un pan hecho de los diferentes granos ofrecidos. Comia de él, y ex-

hortaba á los asistentes á imitarle. " Este les decia es un dia nuevo, un mes nuevo, y el principio del nuevo año, y así es justo que renovemos los bienes que nos sustentan. " Despues revestido de las ropas regias deseaba para su pueblo toda especie de ventajas, recibia ricos presentes, y todos en alta voz hacian sus súplicas por la comun prosperidad. Esta misma ceremonia se practicaba con mas ó menos festividad en casa de los grandes del reino, entre los gefes del gobierno y en cada familia. Todavia no han olvidado esta costumbre los Persas modernos, porque saludan aun al año que principia con conciertos de música, y hacen unos por otros sus votos acompañados con presentes. Los que conocen el bien de unir los hombres por medio de las atenciones y demostraciones de benevolencia sentirán que se pierdan estos usos útiles para conservar la amistad y reconciliarse entre sí. Pero este Salomon de Persia acabó como el de los hebreos, entregándose á los escesos de la sensualidad, y así perdió la estimacion de sus vasallos. Del desprecio pasaron á la revolucion; y al infeliz monarca, preso en una batalla, le hizo el vencedor aserrar.

El bárbaro que dió esta órden se llamaba Dehoc, que quiere decir *el que tiene diez malas calidades.* Como debió su corona á la fuerza, gobernó con cetro de hierro; pero fue un príncipe ilustrado, dicen los historiadores, porque poseia los negros secretos de la magia. Le pintan con semblante flaco y pálido, con ojos hundidos y centelleantes, con un aire altivo, y un cuerpo muy disforme, y añaden que su ferocidad natural se irritaba con los dolores crueles de dos úlceras que tenia en las espaldas. Porque dicen que el diablo que Dehoc invocaba mu-

chas veces, cansado de tener que obedecer á sus mágicos conjuros, pidió que le dejase besar sus espaldas; y apenas las descubrió el Mago, cuando se le pegó una horrible serpiente, que con el continuo roer hizo en él su cuevecita. No podia mitigarse el dolor sino con lavar la llaga con sangre humana, y aplicándola sesos de hombre. Sabiendo los pueblos este horrible remedio se sublevaron, y el que empezó fue un herrero, cuyo hijo habia sido sacrificado á la enfermedad del tirano. Vencido Dehoc espió su crueldad encerrado por largo tiempo en las cavernas destinadas para castigar los hechiceros. En esto se ve que la fábula de que los baños de sangre humana curan las enfermedades de los príncipes, no es de moderna invencion.

El herrero, que acababa de conquistar el trono, colocó en él, pasados algunos años, á Fridun, hijo de Gjemschid, á quien su madre habia librado del puñal de Dehoc. Su reinado fue feliz y brillante, y aun se dice que si retiró sus fronteras para estender su imperio, lo hizo para procurar á muchos mas hombres la fecilidad que sus vasallos lograban. Motivo loable, si no le acompañáran las violencias que los conquistadores miran como permitidas. Al morir dió á su hijo un consejo, que debiera escribirse en los tronos de los soberanos. "Hijo mio, mira los dias de tu reinado como si fueran hojas de un libro, y pórtate de modo que solo se escriba en ellas lo que sea digno de la noticia de la posteridad."

Manugjahr su hijo, dócil á esta leccion, gobernó con el mismo acierto é inteligencia. Fijó los límites de cada provincia con mas exactitud que sus predecesores. Estableció un gobierno general, pero no habia ciudad de alguna importancia que no tu-

viese su presidente, cuya autoridad no dependia de la del gobierno. De este modo se balanceaba el poder, y se servian de freno el uno al otro. Manugjahr se empleaba con el mayor zelo en cuanto podia servir á la utilidad de sus pueblos. Por ser la escasez de agua la causa principal para no ser fértil la Persia, hizo ir juntando los arroyuelos que bajaban de lo alto de los montes, y mandó cavar en los valles reservatorios donde pudiese conservarse para el riego. Este príncipe estudiaba y practicaba la agricultura para poderdirigir en ella á sus vasallos. Tambien se aplicó á descubrir las propiedades de las yerbas, y las de las flores, plantas y árboles mas útiles. Hacia semilleros en sus huertas y en las de los señores de su corte, adonde iban por las tiernas plantas para su multiplicacion.

En su reinado se halla el orígen falso ó verdadero de la antipatía entre persas y turcos. Fridun, por política ó por otras razones, tomó por esposa á una hija del horrible Dehoc, y tuvo en ella un hijo llamado Turco, el que como digno descendiente de aquel monstruo hizo guerra á su padre: fue vencido y retirado con todos los de su partido á una provincia fronteriza de la Persia, en donde se multiplicaron; pero siempre los miraron los persas con horror, y nunca quisieron alianza con ellos.

El Segistan, provincia vecina de los turcos, era gobernada por Sehan, visir muy estimado del monarca de Persia. Le nació un hijo á quien llamó Zarzer, esto es, *cabello dorado.* Este jóven, sobre ser dotado de todas las gracias de la naturaleza, tenia las calidades estimables que da una educacion distinguida. Habiendo ido cierto dia á caza hácia el pais de los turcos, un gobernador de esta nacion que

lo supo, le salió al encuentro para honrar á Sehan, cuya influencia en la corte de Persia era bien conocida. La conversacion que tuvo con Zarzer le encantó de modo, que volviendo á su casa no pudo menos de elogiarle con las mas vivas espresiones. Las oia su hija Roudabah, y las alabanzas que oia de la boca de su padre la dieron vivos deseos de conocer al elogiado.

Envió para esto una de sus mugeres al sitio en donde se hallaba Zarzer, procurando encontrar algun medio de conocerle. La confidenta se puso á coger flores hácia donde iba Zarzer, y encontrándola trabaron conversacion. Tanto elogió á su ama, su juventud, su espíritu, su belleza, y lo amable de su genio, que Zarzer se sintió penetrado de los fuegos del amor. Ya en estas disposiciones no tardaron mucho en verse los dos amantes, y se empeñaron con las promesas mas solemnes en celebrar sus desposorios así que lograsen el consentimiento de sus padres. El mayor obstáculo era el odio de los persas á la nacion de Roudabah: pero la constancia de Zarzer todo lo venció, y de su matrimonio nació Rustan, que es el héroe mas famoso que se halla en las leyendas de Persia, tanto históricas como noveleras.

Nudar, hijo de Manugjahr, vió su reino invadido por los turcos, y se defendió con felicidad por mucho tiempo con el auxilio de Zarzer, á quien puso á la cabeza de sus tropas; mas no pudo impedir este general que el rey fuese vencido, prisionero y muerto. Despues continuó Zarzer la guerra con menos desgracias, y logró colocar al hijo del rey en el trono que quisiera para sí mismo.

Se llamaba este Zab, y se alababa su economía

y el empleo de las riquezas de su tesoro. En habiendo pagado las tropas, y subvenido á otros gastos necesarios, volvia á sus vasallos todo lo que le quedaba. No obstante, mientras duró su reinado se vió perseguido de los malcontentos ambiciosos, y por último perdió la corona. En este se acaba la primera estirpe de los reyes de Persia por los tiempos de Josue.

Keykobad, que algunos dicen haber sido hijo de Manujaghr, otros sobrino de Nudar, fue colocado en el trono por Zarzer, y sostenido por Rustan, su hijo, y por un descendiente del herrero que quitó la corona al horrible Dehoc. Este Rustan era una especie de caballero andante, y le llamaron *buscador de aventuras.* Keykobad era un hombre pio y justo: hizo caminos reales, y los dividió con límites que señalaban las distancias.

Su hijo Keikaus debió mucho á Rustan, y le casó con su hermana Gehernaz, que quiere decir *dotada de todas las virtudes.* Un estratagema le valió al rey la conquista de una ciudad, y con otro estratagema perdió su libertad. Detenido delante de aquella ciudad, que estaba bien provista de víveres, aparentó que á él le faltaban, y se los pidió á los sitiados á muy alto precio. La ganancia los tentó, y el hambre que les sobrevino los precisó á rendirse. Su esclavitud fue la consecuencia de la ciega confianza que supo inspirarles un príncipe enemigo. Este tuvo maña para hacerle desear por esposa á su hija Sandabá. Creyó el rey que durante las fiestas de las bodas no tenia que temer de su suegro, y se entregó sin cautela á la alegría; pero se vió sorprendido y prisionero. Su esposa se enamoró de un hijo de su marido llamado Siavek; quiso engañarle, y él

se resistió: indignada la madrastra le acusa de haber intentado violentarla, y se presenta á su esposo, desmelenado el cabello, vestida con rasgadas ropas, y con la garganta ensangrentada. Ya iba el crédulo Keikaus á quitar la vida á su hijo, cuando se descubrió la perfidia, y se volvió la cólera del monarca contra su muger; pero el generoso Siavek la salvó la vida. A este mismo hijo, unido con Rustan, debió la conservacion de su corona. El príncipe no gozó de la felicidad que para otros procuraba; pero recibió el premio en su hijo, el cual sucedió á su abuelo.

Duraba siempre la guerra entre persas y turcos; y en el reinado de Key-Chosrau debilitó igualmente á los dos partidos. En su tiempo vivia Locman, famoso fabulista de Persia. Lo que sabemos de su vida se parece mucho á lo que sabemos de Esopo, tanto que se puede creer haber sido el mismo hombre con nombres diferentes. Solo escribiremos de él la respuesta que dió preguntándole cómo habia llegado á ser feliz. "Sin mucho trabajo, respondió: diciendo siempre la verdad, no faltando jamas á mi palabra, y no metiéndome en los asuntos que no me tocaban."

Horaspe apenas es conocido sino por su hijo Gushtaspe, de cuya vida pudiera hacerse una novela. Se habia rebelado contra su padre: fue vencido, y se vió precisado á huir á otro reino vecino, en donde vivió oscuro é ignorado. Era costumbre en este reino, cuando el rey pretendia casar alguna hija, que tomándola de la mano entrase en una sala en donde estaban todos los pretendientes sin distincion de estados. Iba pasando con la hija por entre ellos, y la princesa presentaba una manzana

de oro al que ella daba la preferencia. Bien fuese que conociese á Gushtaspe, ó bien por algun repentino movimiento de inclinacion, le dió la manzana. Al principio se enfadó el rey; pero los buenos servicios que su yerno le hizo le ganaron su estimacion. Su mismo padre, teniendo noticia de su mérito, le perdonó la rebeldía, y resignó en él su corona antes de morir.

En tiempo de su reinado colocan á Zoroastro, que fue el que instituyó ó reformó la magia. Ya parece que halló establecido el culto del fuego, y solamente arregló las ceremonias, y dió leyes á los ministros de la supersticion. Antes de este honraban al sol, al fuego y al aire libre; y así fue el primero que levantó los *pireos* ó templos en donde se conservaba el sagrado fuego. Como todos los fundadores de alguna falsa religion desapareció por cierto tiempo, sin duda para meditar ó para hacer creer que tenia del cielo la religion que presentaba.

Entre las oscuridades de los anales de Persia se percibe que estaban de inteligencia el rey y Zoroastro. A este le dijo Gushtaspe, que una religion divina debe fundarse con milagros, y que no creeria en la suya si no los hacia. Zoroastro convino en este principio, y se obligó á hacer los prodigios que le pidiesen. Dijeron al rey que el caballo que mas estimaba estaba sin movimiento, porque se le habian pegado las cuatro patas al vientre: Zoroastro dijo que él le curaria; y pretendiendo la paga de antemano, dijo al rey: creed que mi religion es divina. Creyó, y he aquí que estendió una pata. *Que crea ahora la reina*: creyó esta, y estendió la otra pata. Con la fe de sus hijos se puso en movimiento la tercera; y por último, con la sumision de los grandes

y la del pueblo sanó el caballo de todas cuatro patas, y empezó á marchar.

Gushtaspe pidió otro milagro, cuya verificacion podia acreditarse entre solo él y el profeta, o algun confidente ya preparado y bien instruido, "Quisiera yo, dijo, contemplar los gozos del paraiso en esta vida, saber todo lo que ha de pasar hasta el dia del juicio, y ser invulnerable é inmortal." Estas son cuatro cosas que pueden componerse muy bien y sin riesgo cuando dos se entienden entre sí. "Está muy bien, respondió el profeta; pero son demasiadas gracias para un hombre solo, y así voy á repartirlas entre cuatro." Para la primera prueba escogió al rey: se quedó este dormido, y en los tres dias que le duró el sueño dice que vió los gozos del paraiso, y que no dudó de su vision al despertar. Dió Zoroastro á Giamaspe, favorito del rey, y escogido para el segundo milagro, á oler una rosa: la olió, y al punto sintió en su cabeza el abundante conocimiento de cuanto ha de suceder sin contradiccion alguna. Besuton, segundo privado del monarca, bebió una copa de leche, y hétele aquí inmortal. Otro comió un grano de granada, y quedó invulnerable sobre la palabra de Zoroastro: bien que esta habia de faltar cuando el uno quedase herido, y el otro se muriese.

Es verdad que sobre estos falsos milagros habia un dogma prudente y racional. Era este la unidad de Dios, su omnipotencia y su bondad para con los hombres; pero añadia un grande respeto al fuego, figura visible de la invisible divinidad, y encargaba apartarse mucho de Arimon, principio malo, inspirador de los malos pensamientos, mas no le hacia coeterno á Dios. La moral de los libros de

Zoroastro encomienda, como el de Mahoma, mucho amor al prógimo, y así los parsos sus discípulos son unos hombres muy benignos. Estos se sujetan con la mayor exactitud á las ceremonias de su rito, que desde luego se mirarian como nimiedades si se pudiera omitir alguna cosa de las que contienen á los hombres. Son los parsos unos sacerdotes sobrios, pios y fieles hasta el escrúpulo en cuanto á sus ritos, como se lo encomienda el legislador, y en cuanto pueden conservar la gerarquía primitiva en su estado de opresion. Lo que confirma la sospecha de que el profeta y el rey caminaban de concierto, es el zelo de este sobre que los pueblos abrazasen las instituciones de Zoroastro. Esta eficacia del monarca ocasionó una guerra civil muy porfiada, y es la primera guerra de religion que se ve en la historia. Pero Zoroastro fue víctima de su supersticion, porque ciertos hombres que le miraban como autor de los males de su patria le descubrieron un asilo adonde se habia retirado, y le quitaron la vida.

Gushtaspe instruido por lo que él habia hecho con su padre de lo que podian hacer sus hijos, los ocupó en esta guerra. Al que mas se distinguiese le prometia la corona, y cuando llegaba el momento de dar este premio siempre hallaba pretestos para diferirle, y sus hijos murieron en esta esperanza. Gushtaspe, ya muy anciano, cedió antes de morir el trono á un nieto suyo llamado Bahaman. Este príncipe empleó todo el tiempo de su reinado en curar las llagas hechas á su reino durante las guerras civiles. Se le vió mantener cierto equilibrio entre los enemigos de Zoroastro y sus sectarios, bien que algo se inclinaba la balanza hácia estos últimos.

Tuvo la destreza de poner al pueblo, por decirlo así, en la confianza de su conducta; porque Bahaman le juntó, le pidió su consejo, y se obligó solemnemente á seguirle. Quedaron encantados con esta diferencia, le dieron las gracias, é hizo lo que quiso. Su hijo mayor no quiso la corona que le pertenecia, y se retiró á una soledad. Se cansó tambien su padre de reinar, aunque su edad no era avanzada, y bajando del trono, le dejó á su muger, de la que se cree haber sido tambien su hermana, y que estaba en cinta. Repetia Bahaman con gusto esta máxima: *La puerta del rey jamas debe estar cerrada.*

Al punto que parió Homai pronosticaron los adivinos consultados, que aquel niño seria el azote de su patria, y opinaron que se le quitase la vida. No pudo la ternura de madre resolverse á este sacrificio, mas permitió que le espusiesen en la corriente del rio. La cuna en que iba llevaba muy preciosos diges, y llegó á un parage en donde estaba lavando lana un pobre tintorero. Llevó este el niño y las riqnezas á su muger: creció el muchacho, y tomó la carrera de las armas. Se distinguió mucho en la guerra, le reconoció su madre, y le cedió el trono. Si creemos á los anales fue esta Homai una segunda Semíramis, no en las conquistas, pues jamas salió de su reino, sino en el gusto de la arquitectura y de magníficos edificios. A esta se atribuyen muchos de los de Persépolis principiados por Gushtaspe. No realizó Darado primero los temores de los adivinos; fue tan al contrario que con su reinado siempre conservó la paz y la felicidad.

Darado segundo es el verdadero Darío Codomano. En ninguna parte se acercan mas los escritores persas á los griegos, que en la vida de este prín-

cipe. Con sola esta diferencia, que los griegos le cuentan por príncipe bueno y justo, y los persas dicen que fue exactor y cruel; y aun que el descontento y los clamores de los pueblos llamaron á Alejandro, bien que todo esto se lo imputan sin pruebas; aunque por otra parte celebran las grandes acciones de Alejandro, cuyo nombre es pronunciado en toda la Asia con admiracion, y en sus fastos se habla de él como en los escritos de los griegos. Se dice que el infeliz Darado pereció víctima de una conjuracion y asesinado por los traidores.

ESCITAS.

Los escitas, á quienes llamaron padres de las naciones, vienen de Gomer, hijo mayor de Jafet, hijo de Noe. Se estendieron sus descendientes hácia las partes septentrionales del Asia, y desde allí entraron por la Europa al mismo tiempo que los descendientes de Sem y los de Cam iban avanzando por los paises meridionales de Asia y por la Africa. Los descendientes de Gomer son conocidos con el nombre de gomeritas, gálatas, gaulas, titanes, celtíberos, escitas, celto-escitas, y por último con el nombre de celtas, que es el mas comun en los autores europeos.

Seria muy dificil, por no decir imposible, ir notando el orden de sus transmigraciones, porque iban y se establecian lejos de su primer centro, volvian de nuevo despues de siglos, y echaban de su pais á los habitadores que habian sido sus primeros padres; pero ya no se les parecian sino en algunas costumbres y en alguna afinidad en los términos del lenguage. A pesar de las alteraciones de las mismas palabras, que principalmente en el dejo

y acento son muy sensibles, los que han reflexionado con estudio en los dialectos del Norte reconocen que primitivamente hubo un idioma comun en todas estas naciones; pero debemos confesar que los sabios que han querido ilustrar estas oscuridades, mas bien merecen elogios por su paciencia que por los aciertos.

Su fundador, primer rey, ó legislador de los escitas se llamaba Samotes, y se conjetura que fue el que estableció el derecho de propiedad, y arregló la disciplina militar y la religion, cuyos ministros fueron los Curetes, y al mismo tiempo eran los jueces del pueblo. El que no queria sujetarse á su decision, perdia el derecho de asistir á los ritos sagrados, y ninguno podia contratar con él.

Deificaban á los héroes y á los reyes, y ademas del nombre de curetes tenian el de druidas y el de bardos: enseñaban la filosofia, la astronomía, la astrología judiciaria, y la inmortalidad del alma, bien que con el error de la metempsicosis, y para esto tenian escuelas públicas. Algunos pretenden que no pasaron las ciencias ni la religion pagana de los griegos á ellos, sino al contrario. Tuvieron los escitas, como otros muchos, el maldito uso de sacrificar víctimas humanas. Su primer fin en la guerra era el botin ó el despojo. Eran muy temibles por su valor, por la bondad de sus armas, y por la rapidez de su carrera. Los poetas ponian en verso las hazañas del héroe, y esta especie de himnos se cantaba en los juegos públicos y al acometer al enemigo. Hasta las leyes militares estaban escritas en verso para que mas fácilmente las tomasen de memoria. Se dice que su lengua se ha conservado en las Galias y en la menor Bretaña.

Entre los escitas se hallan las divinidades de la Grecia: Urano y Rea, el cielo y la tierra, que engendran á Saturno ó el tiempo, que devora á sus hijos: Júpiter, que escapó de su voracidad, y casó con su hermana Juno, muy zelosa, y con razon, de las galanterías de su marido, á las que Mercurio debe su nacimiento. Venus, Marte, Neptuno, Pluton, y los semidioses Pan y Silvano vivieron en Escitia, y el Olimpo entero está poblado de escitas. Este nombre daban en tiempo de Alejandro á todos los pueblos alrededor de Persia desde las fuentes del Ganges hasta el mar Caspio, y aun á paises sin término hácia el Norte, variando las divisiones infinitamente. Los pueblos que los habitaron sucesivamente tuvieron diferentes nombres; pero siempre la nacion es la misma; y aun se advierte en los que pueblan aquellas vastas regiones cierto aire de semejanza que da testimonio de la identidad de su orígen.

Los escitas eran, unos sedentarios, otros nómadas ó errantes. Los primeros edificaron lugares y casas separadas unas de otras; pero muy pocas ciudades. Los segundos vivian en tiendas ó en carros para transportar sus familias á los parages de mejores pastos. Fueron despreciadores de las riquezas, templados y amantes de la justicia. Era una gente tan guerrera, que no podia una doncella aspirar al casamiento hasta haber muerto algun enemigo. Eran laboriosos, de prodigiosas fuerzas, y muy ansiosos de fama. Sus casas siempre estaban abiertas, y sus ganados sin guardas, como que tenian horror al hurto y le castigaban severamente.

Un pueblo de este carácter pocas leyes necesitaba; pero una de ellas era muy notable, y sin du-

da con ella conservaron la sencillez por mucho tiempo. Esta ley señalaba la pena de muerte contra el que pusiese la menor mudanza en las costumbres; y en este punto procedian con tanta cautela, que quitaban la vida á los estrangeros que abordaban á sus costas arrojados por la tempestad, temiendo que su conversacion inspiraria desprecio de las leyes, ó inclinaria á quebrantarlas. Es verdad que en una estension de pais casi inmensa no pudieron ser los usos uniformes, y es inútil advertir que las estravagancias feroces ó ridículas nunca pueden ser el carácter de una nacion entera.

La corona era hereditaria, el poder de sus reyes limitado; pero sus personas el objeto del respeto y el amor. Su enfermedad causaba la tristeza pública, y su muerte el luto general. Aun los que la miraban con indiferencia no la podian manifestar. Tenian la costumbre de pasear el cuerpo por todas las tribus, y á su vista era preciso hacer alguna notable herida, como cortarse alguna porcion de la oreja, ó á lo menos quitarse el cabello. El luto era mas sincero en las familias de los grandes, porque los obligaban á dar quinientos jóvenes, que degollaban y colocaban sus cadáveres al rededor del sepulcro sobre otros tantos caballos tambien degollados. A estos añadian un camarero, un cocinero, un copero, un caballerizo, y un correo con caballos, concubinas, é inmensas riquezas que encerraban en el sepulcro.

Por ser guerreros honraban principalmente á Marte: á este le sacrificaban víctimas humanas, y consultaban sus entrañas palpitantes: sacaban el agüero favorable ó siniestro segun de que modo caia la víctima y corria su sangre. Con esta mis-

nia sangre iban señalando los árboles mas grandes de sus bosques. No se ve que tuviesen otros templos ni altares que pirámides de leña que servian para cocer las carnes de los bueyes que ofrecian en holocausto. Como tenian al caballo por el animal mas noble, este era el que con preferencia sacrificaban los escitas. Ofrecian tambien aromas, frutas y oro con lo mas precioso del botin ó despojos del enemigo; pero tambien iban algunas veces en peregrinacion á llevar algunos presentes á aquellos dioses, cuya reputacion habia llegado á sus paises.

Acompañaban sus pactos y tratados con ceremonias religiosas que los hacian sagrados; pero siempre con cierto carácter de ferocidad, como era sacarse la sangre y mezclarla en un vaso de vino que los dos contratantes bebian juntos. Se hacian talabartes, gualdrapas y bridas de la piel de sus enemigos: con ellas se vestian y cubrian las aljabas: se honraban con ostentar colgada á la puerta de su casa, cuando podian, la cabeza de algun enemigo destilando sangre; y las mugeres miraban con complacencia este trofeo del valor de sus maridos, y acostumbraban á sus hijos haciendo, por decirlo así, que mamasen la crueldad con la leche.

Se practicaba entre los escitas no solo la poligamia que sufre muchas mugeres, sino tambien la muger agena, como una costumbre tan recibida, que estrañarian que alguno se aturdiese por esto. En los caminos subia un escita al carro cuya ama le gustaba, y con poner colgada de él la aljaba, el mismo marido respetaba esta señal; y así no se ha visto nacion menos zelosa. Para evitar los zelos del todo hubo algunas poblaciones en que hicieron comunes todas las mugeres.

El odio y la venganza de sus enemigos los hizo á muchos de ellos antropófagos; mas ¿quién pudiera creer que la piedad filial los hiciese caribes? ¡A tanto llegó el delirio de los escitas! Cuando un padre, una madre ó algun amado pariente eran acometidos de males que diesen motivo de temer que tendrian una vida muy dolorosa, le mataban, y hacian un convite de su carne: y el que moria se tenia por feliz; porque la sepultura que esperaba era en su idea mas honorífica que el ser comido de gusanos.

No hay que buscar manufacturas ni comercio en una nacion que sobre no conocer el lujo, tenia muy pocas necesidades. Podria tener herreros y carreteros, pero no otros artífices; porque los artesanos y los oficiales del lujo solamente pululan en el regalo y ociosidad de las ciudades. Ni aun la agricultura debió tener estimacion en un pueblo pastor, que se mantenia con la carne de sus ganados, y se vestia con sus pieles.

Las conquistas de los escitas son mas escusables que las de otras gentes. Eran una nacion frugal, robusta y muy fecunda, y les venia muy estrecho el primer pais en que habitaban. Rechazados por los hielos del Norte se vieron precisados á entrarse por paises menos frios, echando de ellos á los habitadores, ó incorporándolos consigo. Esto es lo que en general y confusamente se sabe de ellos; porque no conocemos historiador escita, ó por haberse perdido sus anales, ó por no haberlos habido en una nacion tan agitada y ambulante.

Las amazonas son una de las maravillas de la Escitia, y no debiera admirarnos su existencia como cuerpo militar en una nacion errante que no co-

nocia los trabajos sedentarios y domésticos, y en la que la educacion de las mugeres era toda varonil. Pero apenas se puede creer que se formase una asociacion de mugeres que solo en tiempos señalados recibiese los hombres, y mucho menos nos persuadirán que esta asociacion duró por largo tiempo, ó que llegó á ser un imperio que tuvo reinas, sostuvo guerras, y egecutó grandes hazañas lejos de su pais.

Pero si el establecimiento de semejante imperio es sobre las ideas naturales, el modo con que dicen que tuvo fin es muy natural. Dicen pues que muchos navíos cargados de amazonas que venian de una espedicion abordáron con una tempestad hácia la laguna Meotis, y que ellas desembarcaron para tomar víveres. Defendiéron los escitas su territorio, y al principio creyeron que peleaban con hombres jóvenes; mas haciendo algunos prisioneros se desengañaron, y dispusieron un modo de hacer la guerra conforme á las circunstancias. Formaron un cuerpo de todos sus jóvenes, y les dijeron: no las habeis de violentar para que peleen: cuando ellas avancen, retiraos; y cuando ellas se retiren, avanzad vosotros. Con esta maniobra contuvieron el primer ímpetu de las amazonas. Se miraron bien, y un escita que vió á una amazona que se separaba, la fue siguiendo, y los dos se comunicaron los pensamientos sin saber la lengua; porque ella le dió á entender, que si al dia siguiente llevaba un compañero, ella traeria una compañera. Así se fue multiplicando esta especie de casamientos, y á poco tiempo resultó de los dos campos uno solo.

Serian privilegiados los escitas si su cuna como la de las otras naciones, no estuviese rodeada de fábulas. Los griegos cuentan por sus mas vecinos as-

Los Escítas y sus esclavos.

Casados los esclavos Escítas con sus Señoras, quando regresaron sus dueños encontraron tan obstinada resistencia que les puso en cuidado; pero, á proposicion de uno, los acometieron con azotes: y fué tal el terror de los esclavos á vista de aquel instrumento que les acordaba su servidumbre, que arrojando las armas huyeron todos. Los que fueron alcanzados padecieron cruelísimos castigos.

J. L. Enguid.º de ag. fic.

J. Rico cond.

cendientes á los descendientes de Escites, hijo de Hércules, y de un monstruo con cola de serpiente con el que este héroe se juntó. Una cronología mas nueva les dá ya reyes famosos en el tiempo de Abraham, y desde esta época hasta Alejandro no se hace mencion en la historia sino de algunos reyes cuya sucesion no es seguida, y solo se saben los nombres.

A Escites dicen que sucedió Sigilo, que envió á su hijo en socorro de las amazonas acometidas por Teseo. Para conseguir este socorro dijeron que eran originariamente escitas, y que en otro tiempo se habian visto precisadas á renunciar al casamiento y á la sociedad habitual de los hombres por guardar fidelidad á sus esposos, á quienes habian asesinado. En tiempo de Madyes entraron los escitas en Asia, y sujetaron la Siria y el Egipto. Duró esta espedicion veinte y ocho años, y cuando volviéron se halláron con que sus mugeres cansadas de esperarlos se habian casado con sus esclavos, y tenian de este comercio numerosa generacion. Les fue preciso combatir para volver á entrar en sus propios hogares, y los dueños esperimentaron resistencia. No es del caso, esclamó uno de ellos, que empleemos contra viles seductores las armas que nos han servido para vencer naciones belicosas; para estos bastan azotes; y entrando con este terrible instrumento huyeron los esclavos, y sus mugeres se quitaron á sí mismas la vida.

Tomiris es conocida por la guerra que Ciro declaró á los masagetas, de quienes era reina; pero la venganza que tomó de este agresor injusto cortándole la cabeza, y metiéndola en un cubo lleno de sangre, como ya dijimos, es todo cuanto se sabe de su

vida y sus hazañas. Mas particularidades nos ha dejado la historia de Janciro, que tambien fue injustamente atacado por los persas. Este respondió á la arrogancia de Darío, que le pedia la tierra y el agua, con una especie de enigma, relativo á estos elementos. Le envió Janciro un pájaro, una rana, un raton y cinco flechas. Juntáronse los adivinos para esplicar el emblema; y Darío se persuadia á que significaba una total sumision á sus voluntades. "Nada de eso, respondió su ministro Gabrial, que conocia mejor á los escitas que el Monarca: lo que quiere decir es, que si los persas entran en la Escitia, no esperen escapar si no saben volar por los aires como los pájaros, nadar en el agua como las ranas, ó entrarse debajo de la tierra como los ratones." Las cinco flechas significaban cinco reyes escitas que se juntarian con Janciro para rechazar al enemigo comun.

Al mejor tiempo le faltaron estos aliados, y Janciro halló el modo de castigarlos por mano de los mismos persas. Repartió tan bien sus tropas, y arruinó tan á buen tiempo el pais, que los persas no hallando en su reino subsistencia, se vieron en la precision de tomarla en la de los príncipes neutrales, los cuales pagaron así los gastos de la guerra, y Janciro casi sin hacer esfuerzo alguno quitó á los persas el deseo de volver á entrar en sus tierras.

Escites segundo tuvo la desgracia de haberle criado una madre griega que le dió aversion á las costumbres selváticas, y le inspiró mucho gusto al regalo de los griegos. Indignados sus vasallos de verle preferir los usos de Grecia á los de su pais, le destronaron: y su hermano, á quien pusieron en su lugar, le quitó la vida.

Muerte de Anacarsis.

Regresado de Grecia á su patria el Escita Filosofo Anacarsis, y aficionado á las costumbres de aquella nacion, celebraba cierto dia en un bosquecillo las fiestas de Cibeles al uso de los griegos, á tiempo que observandolo el Monarca, su hermano, irritado por esto, ó movido de otros resentimientos, disparó inmediatamente el barbaro una flecha con que le dió muerte.

T. L. Enguid.º de ag. fic. Suria conclu.

Aunque no determinemos si se llamó Gnuro, como algunos dicen, el monarca escita padre de Anacarsis, merece este filósofo alguna memoria. Hijo de una griega, aprendió el idioma de su madre, y llevado de su amor á la filosofía, hizo un viage á Atenas, en donde visitó á Solon. El opulento Creso rey de Lidia, deseoso de retenerle en su corte le ofreció inmensas riquezas, que supo despreciar el filósofo, respondiendo: no es oro, sino ciencia lo que necesito. Regresado á su patria celebraba cierto dia en un bosquecillo las fiestas de Cibeles al uso de los griegos, y el bárbaro monarca su hermano le quitó la vida.

Para no omitir nada de lo que es estraordinario, aunque no parezca verosímil, diremos que deseando Ariantes hacer la enumeracion de su pueblo, ordenó que cada hombre depositase en cierto parage señalado la punta de una flecha; lo que formó tal monton que tuvo para hacer un navío. Este navío fue consagrado á un Dios; pero Herodoto no nos dice qué es lo que hicieron para formar vigas, tablas y mástiles con estos cabos de flechas, ni si este navío llegó alguna vez á bogar.

Ateas, que vivia en tiempo de Filipo, rey de Macedonia, engañó á este monarca, con ser el príncipe mas sabio de su tiempo. Consiguió que le enviase un grande socorro contra la invasion de enemigos que le amenazaba; y estos asustados con los preparativos de Filipo, se retiraron: envió á darle las gracias, y pretendió que nada debia pagar por los preparativos, pues la guerra no se habia hecho.

Ambos príncipes combatieron con estratagema. Envió Filipo á decir á Ateas, que habia hecho voto de erigir una estátua de Hércules en la ribera del

Istro opuesta á sus estados, y que deseaba ir á colocarla en persona: Ateas, que penetraba el motivo, mandó que le dijesen que enviase la estatua, que él se encargaba de consagrarla con la solemnidad conveniente, y de invigilar en que estuviese segura. Filipo halló otro modo de entrar en los estados del escita, y logró contra él una grande victoria, llevándose veinte mil mugeres y niños, un número prodigioso de ganados, y veinte mil yeguas escogidas para tener caballos de su casta. Se nota aquí que en el botin no hubo oro, ni plata, ni joyas, que es una prueba de la pobreza y sencillez de los escitas, cuyo nombre ya no vuelve á leerse en la historia como cuerpo de nacion.

ASIA MENOR.

El Asia menor es el pais mas favorecido de la naturaleza, por estar bajo el cielo mas hermoso, y ser de un temple el mas igual, bien regado y bañado de muchos mares que casi enteramente le rodean. El suelo es fértil, y rico en todas suertes de producciones, y así desde la mas remota antigüedad estuvo poblado. Sus habitadores formaron varios reinos mas ó menos grandes, cuya historia nos ha venido de los griegos sus vecinos; pero mezclada, como acostumbran, con muchas fábulas.

FRIGIOS.

Los frigios estaban casi en el centro de la Asia menor; mas no podemos fijar exactamente sus límites, porque se estendian ó estrechaban segun el tiempo y las circunstancias. Su pais abundaba en toda suerte de granos; la cultura purificaba el aire, el que al presente es muy espeso por efecto triste de

las guerras que echaron fuera á los labradores, destruyeron los ganados, y convirtieron los pastos en pestilenciales lagunas. El mismo azote hizo desaparecer las muchas ciudades que hermoseaban este pais, que ahora casi por todas partes está cubierto de ruinas. Mas la guerra no es la única causa de estos desastres, porque los temblores de tierra tuvieron en ellos mucha parte. Se advierte con admiracion que en una ciudad por cuatro veces edificada con diferentes nombres en un mismo sitio, y arruinada por otras tantas, ya no han quedado mas que escombros. Los rios de la Frigia no son muy grandes, y sus montañas son de poca elevacion; pero la imaginacion de los poetas dió aguas á sus rios, y altura á sus montes, aplicando á sus nombres algunos sucesos que las hicieron recomendables para los que gustan de la mitologia.

Confesaban los egipcios que los habitadores de Frigia eran mas antiguos que ellos. Los hacen descendientes de uno de los hijos de Gomer, y pasaban por afeminados, y de complexion flemática, por lo que solo á fuerza de golpes hacian su obligacion. Eran muy supersticiosos, y se les atribuye que inventaron la adivinacion por el vuelo y canto de las aves. Su música, conocida con el nombre de *estilo frigio*, y su danza poco animada y lenta, participaban de la blandura de su carácter.

Teniendo al rededor buenos mares y puertos, no es regular que careciesen de comercio; pero se ignora en qué tiempo floreció, y hasta dónde le estendieron. Tampoco se sabe cuáles fueron sus ciencias, ni si practicaron otras artes que las que son absolutamnente necesarias para las necesidades de la vida. Tenian su propia lengua, de la que se conser-

van algunas palabras que en nada se parecen á las de la griega; y tambien ignoramos cuáles fuesen los caracteres de su escritura.

La religion de los frigios es famosa por un rito tan ridículo como cruel. Atis, nacido de la hija de un rey de Frigia, que quedó en cinta por haber puesto en su seno una flor de granado, fue criado por Nedestris, especie de hechicero, y por Cibeles, llamada *la buena diosa*, que se aficionaron singularmente á él. El destino de Atis parece que era el ser amado. Midas, otro rey de Frigia, le quiso tanto, que le destinó para su hija, y sin duda tomó esta resolucion sin consultar á Nedestris ni á Cibeles, pues estos lo sintieron mucho. Midas, temiendo su mala voluntad, quiso cerrar las puertas de su palacio el dia de las bodas; pero Cibeles quitó las paredes del palacio y las torres de la ciudad poniéndolas sobre su cabeza, y se presentó en medio de la asamblea con este peinado, que la ha quedado para siempre. Nedestris lo hizo peor, porque inspirando la confusion entre los convidados, se apoderó de ellos el furor. Atis se mutila y muere, la esposa se quita la vida, y Cibeles va corriendo por el mundo llorando la muerte de su querido Atis. Esta catástrofe fue el motivo de un culto religioso, cuya accion principal era mutilarse sus sacerdotes por sí mismos. Llevaban por las ciudades y lugares las estatuas de la buena diosa, como ellos la llamaban, cantando himnos en honra suya. Hay motivos para creer que acompañaban estos cánticos con ritos lascivos, que despues hicieron despreciables igualmente la liturgia y sus ministros.

Los reyes de Frigia fueron muchos. Hubo en ella muchos reinos pequeños, que tal vez tenian una

sola ciudad con su territorio: pero todos conservan en la historia el nombre de reyes de Frigia, sin que se pueda fijar el lugar preciso de su dominio. El primero que se ve en la escena se llamaba Innaco. Le dijo el oráculo, que todo pereceria con él en su muerte: empezó Innaco á llorar, y siempre que pensaba en esta triste desgracia que habia de suceder, lloraba, de donde nació el proverbio: *llorar como Innaco*; pero de poco le sirvieron sus llantos, porque despues de su muerte vino un diluvio que todo lo destruyó.

Los reyes de Frigia se llamaban alternativamente Midas y Gordiano; lo que hace muy confusa su sucesion. Un Midas precedió á un Gordiano primero, que del arado se vió elevado al trono. Mientras estaba labrando la tierra se puso un águila sobre el yugo de sus bueyes, y estuvo allí todo el dia. Consultó Gordiano al oráculo, y al entrar en la ciudad le sucedió otra aventura, porque una hermosa dama le habló del asunto á que iba, y le dijo: "Yo te esplicaré ese prodigio, y aun otro mas, porque lo entiendo." La escuchó, y ella le aseguró que el primer prodigio le anunciaba una corona. Apenas podia darla crédito, y ella añadió: lo sé por tan cierto, que me ofrezco á ser tu esposa y compañera del trono contigo: y aceptó Gordiano esta promesa.

Algun tiempo despues hubo una guerra civil sobre la eleccion de Rey, y no sabiendo los frigios como componerse, resolvieron elevar al trono al primero que viesen llegar en un carro al templo de Júpiter: este fue Gordiano. Le saludaron rey, y consagró en el mismo templo su carro. El nudo con que ató el yugo estaba hecho con tal arte, que dijo el oráculo, que aquel que le desatase, conseguiria el

imperio del universo. Este es el famoso nudo Gordiano que Alejandro cortó, no pudiendo desatarle.

Tambien habló el oráculo á favor de Midas su hijo, con el motivo de que un hormiguero depositó en su boca mientras él dormia toda su provision de trigo. Este, dijo el oráculo, tendrá inmensas riquezas; y en efecto se cumplió la profecía.

En tiempo de Gordiano, su hijo, se abrió un grande agujero en medio de la ciudad de Celene. Hicieron grandes sacrificios para que aquel tragadero se cerrase; pero él se abria cada vez mas: razon, si la hubo alguna vez, para consultar al oráculo. Este respondió: *Echad en esa sima lo mas precioso que teneis.* Las mugeres llevaron oro, plata, joyas; pero el hundimiento se abria mas y mas. ¿Qué es lo mas precioso sobre todo esto? dijéron; y pensandolo en sí mismo Oncaro, escelente ciudadano, *sin duda*, dijo, *es la vida.* Encantado con este descubrimiento abrazó á su padre, se despidió de su muger, montó á caballo y se precipitó en el sumidero, el que al punto se cerró.

Lintersis usurpador se nos representa con poca diferencia, como se cuentan las historias de las brujas. Acometido de una hambre devoradora, en la que comia en un solo dia tres cestos de pan, y de una sed igual, con la que bebia en el mismo espacio de tiempo veinte y cuatro azumbres de vino, mataba tambien por solo su gusto á los hombres; mas no se dice que los comiese. Así se encuentra en la historia algunas veces el fundamento de los cuentos y las fábulas. Despues de este bárbaro ocuparon el trono dos Midas y dos Gordianos, y respecto de nosotros no hicieron mas que pasar, pues de su existencia solo nos ha quedado el nombre y la épo-

ca (2429), en que parece se acabó esta monarquía. D. del D. 2429. A. de J. C. 539.

TROYANOS.

Bajando de la alta Frigia hácia el Helesponto nos hallamos en los lugares que hizo célebres el ingenio de Homero. El monte Olimpo, habitacion de los dioses: el monte Ida, en el que el pastor Páris dió á Venus la preferencia en la hermosura: el estrecho de Sestos y Abidos, famosos por los amores de Leandro y Hero: el Escamendro y el Simois, que son grandes rios en la guerra de Troya, y apenas merecen ahora este nombre; y por último la misma Troya, ó por mejor decir sus ruinas.

Hablando de la baja Frigia es preciso repetir lo que dijimos de la alta: que es un pais delicioso y de agradable temple, con la diferencia de que el aire, refrescado con los vientos de mar que se levantan á sus tiempos regulares, es mas saludable. El monte Ida, que mas bien es una cadena de montañas, que una altura aislada, está sembrado de valles en los cuales, con la sombra que hacen las alturas, se respira un aire embalsamado.

En punto de religion, costumbres y carácter los habitadores de la Troada debieron diferenciarse de los otros frigios en ser mas belicosos, y puede ser la causa la vecindad del mar, que introdujo entre ellos colonias griegas, con las que se mezclaron. Esta misma situacion pudo comunicarles el gusto del comercio y su egercicio.

Teucro, hijo de Escamandro y de Ida, esto es, nacido en la Troada en donde reinó, apenas es conocido sino por Dárdano su sucesor, que era su yerno, y no su hijo, á quien Teucro hizo venir de Samotracia, en donde reinaba, con la noticia de D. del D. 1491. A. de J. C. 1507.

su virtud. No engañó este príncipe sus esperanzas. Fue hombre justo é inclinado al culto religioso: porque trajo consigo el paladion, que era una estátua de Minerva, en cuya conservacion vinculaba el oráculo la salud de la ciudad en donde la colocasen. Edificó Dárdano un templo, y la puso en él.

D. del D. 1631. A. de J.C. 1367. Ericton su hijo le sucedió, heredando sus virtudes y su felicidad. Tros, hijo de Ericton, fue el padre de Ganimedes, jóven de singular hermosura, á quien envió con presentes á Júpiter, que era un rey poco distante. Para llegar á sus estados era preciso pasar por los de Tántalo; y este, enamorado de la hermosura de Ganimedes, le conservó en su corte; pero Júpiter le reclamó. Por la negativa de Tántalo se siguió una guerra entre los dos reyes, en la que Tántalo fue vencido y condenado á ver siempre los objetos que mas deseaba, sin poder jamás gozarlos. Tros fue fundador de Troya: de este descendió Anquises, que gustó á Venus; y de sus amores nació Eneas. A Tros le sucedió Ilo, que tuvo dos hijos famosos, Memnon, cuya estátua herida de los rayos del sol daba un son armonioso; y Titon el amante de la Aurora. De él dicen que se visitaba con esta Diosa, porque siendo gran cazador se levantaba muy de mañana. La Aurora le consiguió el privilegio de ser inmortal; mas no privilegio para no envejecer, lo cual hacia por lo menos inútil el presente de la inmortalidad.

D. del D. 1704. A. de J. C. 1294. La ciudad de Troya debe su fundacion á Laomedonte, hijo de Ilo. La edificó con el auxilio de Apolo y de Neptuno: esto es, con las riquezas que halló en sus templos. En su tiempo abordaron los argonautas á la Troada, y fueron en ella bien recibidos. A Laomedonte le mató Hércules por la im-

prudencia de haberle él provocado. Estos diferentes príncipes y sus aventuras nos llevan como por la mano á la guerra de Troya.

Esta guerra (1750), segun el poeta Homero, tuvo por causa el robo de Helena, á la que Páris, hijo de Priamo rey de Troya, quitó á su esposo Menelao, en cuya casa habia recibido buen hospedage. La reclamó su marido; pero el rey de Troya no se la quiso restituir. Menelao armó toda la Grecia á favor de su causa; y los príncipes coligados juraron la ruina de Troya, y el no separarse hasta haberla enteramente destruido. Mucho admira la obstinacion de Priamo en no restituir á Helena, aunque consagrada por el modo de contarla Homero. Pero los historiadores añaden una circunstancia que el poeta omitió, y justifica la defensa porfiada de Priamo. D. del D. 1750. A. de J. C. 1248.

Tenia este príncipe una hermana llamada Hesione, casada con Telamon, rey de una isla pequeña del mar de Grecia, á la que mas trataba como concubina, que como á legítima esposa. Priamo, sofocado de verla tan injuriada la pidió. Resolvió el esposo remitirla: preguntó á los reyes de las islas vecinas, y decidieron estos que no debia Telamon restituir la hermana de Priamo; y decidieron tambien, sin duda porque amenazaban con represalias, que si Helena, muger de Menelao, llegaba á serle quitada, se reunirian todos contra el robador. Por último, Hesione no fue restituida al hermano, y Helena fue robada. Esta recíproca injuria nos esplica de qué principio nació un odio que, como de ordinario sucede, se agrió á proporcion que hubiera sido fácil estinguirle si se hubieran hecho mútuamente justicia.

D. del D. 1815. A. de J. C. 1183.

Bien se necesitó el pincel de Homero, y su imaginacion brillante y fecunda para pintar de modo que merezca la atencion una guerra entre príncipes, cuyos estados no se estendian cada uno de ellos mas que á una isla, y aun á sola una ciudad, para ennoblecer sus piraterías y robos, y dar á sus carnicerías el aire de heroismo. Las conferencias, marchas, estratagemas, treguas, combates, accion y descanso, todo es en su pluma maravilloso. Sus dos poemas, sobre lo que tienen de agradables, han llegado á ser útiles como fundamento de la historia; porque cuenta el orígen de muchos pueblos, sus costumbres, sus emigraciones, sus mezclas, y hasta su situacion geográfica.

Llevaron las naves griegas cien mil hombres delante de Troya, y se presume que los nueve años primeros del sitio se pasaron en escaramuzas ó pequeños combates. Se vieron los griegos acometidos del hambre, y les fue preciso recorrer las islas vecinas, y de estas volvieron con víveres y esclavos. Se restituyeron delante de Troya, y esperimentaron peste, ocasionada por la infeccion del aire, que es la consecuencia de las inundaciones. Ellos se iban reclutando en sus mismas correrías; y á los troyanos los ayudaban los reyes de tierra firme con grandes socorros. De una y otra parte perecieron muchos gefes, *Patroclo*, *Aquiles*, *Hector*, y el mismo *Páris*. Ya en el último y décimo año hicieron los griegos un esfuerzo general: conquistaron á Troya, y la arruinaron enteramente.

Hoy permanecen dos ruinas, una á distancia de media legua de la otra: la primera mas distante de la ribera del mar, se cree que sea la de la antigua Troya: la segunda y mas cerca del mar, se

supone ser la de otra nueva Troya edificada por los romanos, que persuadidos á que descendian de allí, miraron como punto de honra construirla. De los troyanos que escaparon de los griegos, unos se refugiaron en los paises vecinos y se confundieron con sus habitadores, y otros llevaron lejos de allí los restos de su fortuna, y los efectos mas preciosos que pudieron salvar del pillage y el incendio, grabando en los corazones de sus descendientes la memoria de su patria, dando á los lugares en donde se establecieron los nombres amables de los que vieron en su infancia.

Muchos de los vencedores no fueron mas felices que los vencidos; porque restituidos á sus reinos, despues de diez años de ausencia no encontraron mas que confusion, anarquía y conspiraciones. Las mugeres se habian olvidado de sus maridos: los hijos ya no conocian á sus padres; y aquellos príncipes, unos rechazados de sus pueblos, y otros mal recibidos, se alejaron de aquellas ingratas tierras, y fueron á fundar colonias, á las que con la lengua griega comunicaron su religion, leyes y costumbres.

MISIOS.

Los de Misia, vecinos de los troyanos, fueron durante el sitio á socorrerlos; pero al fin ya eran neutrales; y quedando la Troada desierta con la victoria de los griegos, la ocuparon como mas cercanos sin tener que conquistarla. Uno y otro pais eran muy semejantes en el temple y la fertilidad. Los habitadores sin duda fueron belicosos en los muy remotos tiempos; porque en los tiempos posteriores, para decir de un hombre que era cobarde

se esplicaban así: *Ese es el mas infeliz de los misios.* Su religion era la de los frigios; pero sus sacerdotes no se mutilaban; solo se debe notar que se obligaban á no casarse si querian conservar el sacerdocio. Entre los misios se honraban las artes, y aun nos han quedado pruebas de su habilidad. La ciudad de Cizico se llamaba *la Roma del Asia*, y tenia un templo todo de mármol pulimentado. Las columnas, maravillosas por su grueso y su proporcion, sirvieron para adornar á Constantinopla cuando un temblor de tierra arruinó á Cizico. La moneda de esta ciudad estaba tan bien trabajada, que la tenian como un prodigio del arte.

En Pérgamo se hicieron los primeros tapices; y Eumerio, rey de esta ciudad, tuvo la noble ambicion de formar una biblioteca igual á la que juntó Tolomeo en Alejandría; y así hacia copiar todos los libros de que tuvo noticia, sacando para este fin de Egipto mucho papel; pero Tolomeo, que no queria que ninguno le escediese, ni aun igualase en el amor á la ciencia, prohibió la salida del papel; y Eumenio descubrió el secreto de preparar las pieles para escribir en ellas, y el pergamino que inventó se llamó *papel de Pérgamo.* Hizo trasladar hasta doscientos mil volúmenes.

Lampsaco fue famosa por el desenfreno de sus habitadores, y por el culto infame de Príapo. Eran tantas las abominaciones de este culto, que se horrorizó Alejandro, y resolvió destruir aquella cloaca detestable. Lo juró, y viendo que se llegaba Anaximandro pidiendo gracia para aquella ciudad, esclamó: "Lo que yo prometo á los dioses es no concederla nada de lo que pida. Justo y poderoso monarca, le dijo discreto el orador, los habitadores de

Lampsaco, habiendo incurrido en la desgracia de tu indignacion, y deseando espiar los enormes delitos que provocan tu cólera, te suplican que destruyas su ciudad infeliz." Alejandro, atado con el juramento, concedió gracia. Desde las riberas del Gránico, rio de la Misia, empezó este conquistador sus hazañas contra los persas. Solo se cuentan cuatro reyes de este pequeño pais, y ni aun se conocen sus acciones, ni las épocas de sus reinados.

LIDIOS.

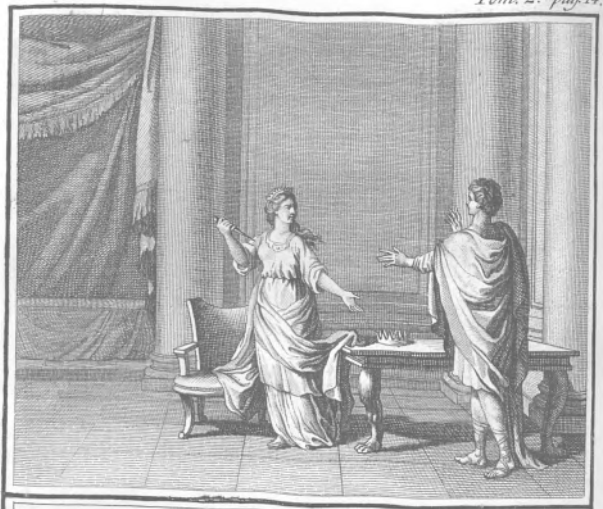
La estension de la Lidia ha sido varia como la de todas aquellas partes del Asia menor, que ya fueron provincias y ya reinos. La Lidia tuvo por capital á Sardis, situada al pie del monte Tmolo, sobre el rio Pactolo, que llevaba oro en sus arenas. Era esta ciudad tan importante á los persas, que habiéndola tomado los griegos, mandó Gerges que todos los dias, hasta que volviese á recobrarla, le dijesen á la mesa en alta voz: *Los griegos han tomado á Sardis.* Todavía se ven bellísimas ruinas de esta ciudad, como de otras muchas de la Lidia, que fue por largo tiempo campo de batalla de los griegos y persas, y despues de los romanos. Dicen que los lidios descendian de los egipcios; pero su mitologia toda era griega. En este pais señalan los fabulistas parte de los trabajos de Hércules, y aseguran que le hizo hilar Omfala, reina de Lidia. En esta tierra dicen que nacieron ó vivieron Marsias, Tántalo, Pélope, Niobe, Aragne, y casi todos los héroes y heroinas de los metamorfóseos. El dote de las lidias era lo que habian ganado en la prostitucion.

A los niños se les acostumbraba á una vida dura

y laboriosa, y se castigaba la holgazanería como un crímen. Los lidios fueron los primeros que hicieron moneda de oro y plata para facilitar el comercio, y los que tuvieron las primeras hosterías. Los hacen inventores de los juegos de dados, de la danza, y de toda suerte de instrumentos, y dicen que los inventaron para divertir el hambre en una grande escasez que esperimentaron: con esta provision pasaron un dia sin comer, y otro sin jugar ni tocar instrumentos. Solo el comercio pudo poner á un particular de Lidia en estado de presentar á Gerges un plátano y una vid de oro macizo, de regalar á todo su egército, y poderle dar ademas una suma inmensa para los gastos de la guerra. Este negociante se llamaba Pitio.

Diez y seis reyes precedieron á los tiempos conocidos. El primero se llamaba Manes. Era este un esclavo, y por lo mismo le eligieron los lidios, imaginando que un hombre que habia gemido en la opresion temeria hacérsela sentir á los otros; pero este discurso, tan mal fundado, no se sabe que tuviese buenos efectos. De Caneble se dice en estos tiempos fabulosos, que era tan glotón, que devoró dormido á su muger, y no lo advirtió hasta que despertando se halló con una de sus manos en la boca. Estas anécdotas se ponen aquí de paso para que ninguno eche menos las crónicas antiguas.

D. del D. 2281. A. de J. C. 717. Una indiscrecion (2281) costó á Candaules el trono y la vida. Entre él y Giges, su favorito, hubo una especie de desafio sobre la hermosura de la reina; pretendia Candaules que su esposa escedia en este punto á todas las demas mugeres. Para convencer á Giges le colocó en parage de donde pudiese ver á la reina al salir del baño: supo esta la imprudente in-



Gíges y su Reyna.

Ofendida la Reyna de Lidia de que por disposicion de su esposo Candaules, al salir del baño la hubiese visto Gíges, llamó á éste, y le dixo: „Precíso és que tu crimen le castigue la muerte, ó „le justifíque el trono con mi mano." Algo vaciló Gíges; pero al fin no encontrando en la muerte los atractivos que en la Reyna y el cetro: mató á Candaules, cuya viuda con su mano y el trono le premio el desagrabio de su pudor.

T. L. Enguid.º de ag. fec. Al. Blanco cond.

decencia de su marido, y llamando á Giges le dijo: Es preciso que te cases conmigo, ó que mueras. A Giges le hacen el honor de alguna resistencia; mas al fin prefirió el trono y una muger hermosa á la muerte. De este dicen que tenia aquel famoso anillo que hacia invisible á quien le llevaba.

Los tres reyes siguientes (2330) fueron guerreros y conquistadores. Aliates hizo la guerra contra los medos y los escitas con vario suceso. Cuando estaba ya para llegar á las manos con estos últimos se asustaron tanto los dos egércitos por haber sobrevenido un eclipse de sol, que hicieron la paz sobre la marcha. D. del D. 2330. A. de J. C. 668.

Creso, su hijo y sucesor, cuyo nombre se pone por signo de la opulencia, adelantó tanto sus victorias, que su imperio fue casi igual al de Babilonia. Se complacia en sus aciertos, y creia que no habia felicidad igual á la suya. Sin duda mereceria su corte las miradas de un sabio, pues no se desdeñó Solon, legislador de Atenas, de detenerse en ella en su viage. Desplegó Creso á sus ojos sus tesoros, su fausto y toda la pompa de su poder. ¿Qué te parece, dijo al ateniense, has conocido hombre mas feliz que yo? Sin duda, respondió el sabio. ¿Y quién es ese? Un hombre de bien, padre de muchos hijos virtuosos, que acabó su vida en el seno de la victoria que ganó contra los enemigos del estado. ¿Conoces otros? insistió Creso. Os citaré, replicó Solon, dos jóvenes de Argos, coronados en los juegos olímpicos, y célebres por su piedad filial. Viéndose su madre, que era sacerdotisa de Juno, con prisa de llegar al templo, y tardando los bueyes que habian de llevar el carro, se uncieron estos hijos y tiraron de él. El pueblo, testigo de esta ac- D. del D. 2436. A. de J. C. 562.

cion, los llenó de bendiciones: y la madre no cabiendo en sí de gozo, pidió á la diosa que concediese á aquellos hijos lo que tuviese por mas ventajoso para ellos. Inmediatamente despues del sacrificio durmieron el sueño de una muerte pacífica en el mismo templo. Concluyó Creso de estas dos historias ó apólogos, que Solon queria darle á entender que en esta vida no habia mas verdadera felicidad que la que la muerte sellaba, y muy presto lo esperimentó en sí mismo.

Por este tiempo dilataba Ciro sus conquistas por toda el Asia. Creyó Creso que debia oponerse á este torrente, que tambien podria arrastrarle á él. Antes de acometer consultó al oráculo, y le respondió: *Si haces la guerra á Ciro, será destruido un grande imperio.* Fiado en esta respuesta, que no advirtió era ambigua, marchó contra los persas, y vencido y prisionero le cargaron de cadenas, y le condenaron á morir en las llamas. Al subir á la hoguera esclamó dolorosamente: ¡Ah Solon, Solon! Y advirtiendo Ciro su esclamacion le hizo traer á su presencia, y le preguntó por qué invocaba á Solon. Le refirió Creso la leccion que le habia dado el legislador de Atenas. Se compadeció Ciro, y en consideracion de la inconstancia de las cosas humanas, perdonó á Creso, se acompañó con él, y le trató siempre como amigo; pero sin restituirle la corona, segun algunos autores. Otros dicen que le restableció en el trono; mas de todos modos en él acabó el imperio de los lidios.

LOS LICIOS.

La Licia es muy fértil, aunque espuesta á inundaciones cuando las nieves se derriten: su aire es

muy sano. Como el mar baña la Licia por la mayor parte de su longitud, y por detras la cierran los montes, se presume que pudieron muy bién poblarla los cretenses ú otros. Los de Licia tenian cierta aspereza de costumbres muy contraria á las modales dulces de los frigios y otros habitadores del Asia menor sus vecinos. Fueron famosos en la piratería, y les atribuyen la invencion de los barcos chatos, propios para el corso y el abordage. Parece que tenian aquel valor feroz que se adquiere en la vida y combates de mar. Esto se puede juzgar por el hecho siguiente.

Hárpago, general de Persia, acampaba en la Licia con un fuerte egército. Los habitadores de Xanto, que era una de las principales ciudades, no siendo mas que un puñado de hombres, le atacaron con intrepidez: fueron batidos y rechazados á sus murallas, y allí los sitiaron. Les faltaba todo recurso y esperanza, y así tomaron la resolucion desesperada de morir vendiendo caras las vidas. Empezaron por encerrar sus mugeres, hijos, esclavos y riquezas en la ciudadela, y poniéndola fuego dieron ciegos sobre los batallones de los persas, é hicieron una grande carnicería; pero todos sin quedar uno murieron.

En este pais ponian el monstruo *Quimera*, con cabeza de dragon que vomitaba llamas, con cuerpo de cabra, y remataba en leon. Cuando dicen que la mató *Belerofonte* significan que limpió al monte *Quimera* de las bestias feroces que le infestaban, y así hizo útiles para el pasto las varias cuestas que hacia en el medio, y dió corriente á las lagunas que abajo se formaban, y en que se criaban serpientes, dragones y otros animales venenosos.

Los de Licia eran tenidos por sobrios y justi-

cieros. Vivieron sujetos á reyes cuyas acciones y aun los nombres ignoramos; mas al fin formaron república. Todos los años iban tres diputados de las ciudades grandes, dos de las menores, y uno de las pequeñas, á formar un senado que juzgaba de los asuntos civiles y militares, y aun de otros particulares de alguna importancia; mas no se sabe si esta junta duraba todo el año hasta formar otra, ó si cesaba despues de algun tiempo determinado.

Los hijos no tomaban de su padre el estado ni el nombre, sino de la madre: de suerte, que una muger libre que se casaba con un esclavo daba á la patria un hijo tan libre como ella; y si un padre libre se casaba con esclava, no tenia hijos que no fuesen esclavos como su madre.

CILICIA.

Parecerá que en Cilicia habia dos diferentes pueblos: el uno pacífico, cultivador, laborioso, y honrado negociante, que vivia en las llanuras en donde algunas veces se formaron grandes egércitos: el otro guerrero, turbulento, corsario por gusto y situacion, que vivia en las alturas y montes escarpados, como son el monte Tauro y el Immao.

Tres entradas tiene la Cilicia á cual mas dificiles, y muy pocos hombres, pero resueltos, estaban prontos á defenderlas contra egércitos enteros. Las costas con muchas ensenadas adonde poder retirar las embarcaciones, y con promontorios para protegerlas, dan grande facilidad para la piratería. Los de Cilicia pues infestaban los vecinos mares, iban á Grecia y á Italia, y hacian esclavos, y los llevaban á vender á Chipre, á Egipto y por toda Asia. Muchas veces se armaron los romanos contra ellos; pero ar-

rojados fuera del mar estos piratas, se refugiaban á sus cavernas; y cuando las armadas desaparecian, salian á correr el Archipiélago, el mar Jónio y todo el Mediterráneo. Pompeyo no tuvo por inferior á su valor una espedicion contra los de Cilicia; y atacándolos con quinientas naves, en que iban ciento y treinta y mil hombres, tuvo por grande victoria haber destruido las guaridas de aquellos ladrones.

Los cilicianos de las llanuras eran un agregado de frigios y otros pueblos del Asia menor, que huyendo del furor desolador de los conquistadores babilonios, persas y egipcios, se refugiaron en este pais rodeado de fortificaciones naturales y de fácil defensa. En él tuvieron reyes cuyas acciones ignoramos. Los cilicianos marítimos eran una mezcla de todas las naciones. Los malhechores, los bandidos, los aventureros hallaban allí asilo, y se mantenian de robar. A esta parte de la nacion se deben sin duda aplicar las calificaciones de embusteros, crueles y falsos que se decian de toda la Cilicia. Su lengua, mezclada del siriaco, el griego y el persa, era tan grosera como sus costumbres.

El golfo de Isso es uno de los mejores de la Cilicia. Alejandro, para perpetuar la memoria del triunfo que ganó en quel sitio, edificó una ciudad en tan proporcionada situacion, que fue por largo tiempo la escala de todo el comercio de Oriente. Esta ventaja la perdió con el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza; no obstante que todavía frecuentan esta ciudad conocida con el nombre de Alejandreta, diminutivo conveniente al estado de decadencia en que se halla. Cuando llegan á ella navíos envian á Alepo la noticia, despachando palomas que llevan debajo de las alas el aviso.

:

GRIEGOS.

La Grecia es por lo general buen pais: está en un clima templado, y nada la falta de cuanto es necesario á la vida. Los que la rodean la proporcionan con abundancia aun lo superfluo. Se conjetura con bastante fundamento que la Grecia fue habitada pocos siglos despues del diluvio por los descendientes de Javan, nieto de Noé. Al paso que se vaya escribiendo la historia de sus diferentes cantones, se irá viendo como se levantaron los griegos poco á poco de un estado de ignorancia y rusticidad, al de una habilidad superior en las artes, ciencias, leyes, guerra y gobierno. Esta transformacion con que en el seno de una nacion bárbara salió un pueblo civilizado, duró casi novecientos años. Las tinieblas de este periodo, que por sí mismo es obscuro, estan mas confusas con las fábulas de la imaginacion de los poetas, y la ignorancia y vanidad de los autores griegos; pero entre las mismas fábulas salen algunos rayos de luz de que se aprovecha la historia.

Las costumbres de los primeros habitadores de Grecia fueron tan selváticas, que se sustentaban de yerbas, frutas y raices. Se nota como el primer tiempo de civilizacion aquel en que empezaron á hacer provision de bellotas para el caso de necesidad, y á vestirse de pieles y edificar chozas. Hasta entonces dormian al aire libre ó en algunas cavernas. Eran corpulentos, endurecidos y robustos, y así no conocieron otra ley suprema por largo tiempo sino el derecho del mas fuerte. Se nota que los mas débiles se retiraban á los lugares de menos amenidad,

para que no los persiguiese la envidia : de este modo se pobló el pais de Atica. Los fabulistas probaron si podrian señalar la época de los que enseñaron la agricultura, y de los primeros que se aventuraron á viages de comercio. De su cronología resulta que tardaron mucho tiempo estas artes en establecerse. Con los viages y con las espediciones militares penetraron muchos griegos por los paises mas adelantados en ciencias y conocimientos. Trajeron el alfabeto de Fenicia; y la geometría, la astronomía y la mágia de Persia y de Babilonia.

A falta de leyes se gobernaron los griegos mucho tiempo por los oráculos; porque toda religion buena ó mala sirve á lo menos para contener los pueblos ignorantes. El oráculo mas famoso fue el de Delfos, en el que creian que el mismo Apolo daba las respuestas por el órgano de una sacerdotisa llamada Pitia. Al principio debia ser esta una doncella, mas con el transcurso del tiempo la sustituyó una muger. Esta se sentaba en un trípode colocado sobre una abertura, de donde se exhalaba un vapor que causaba en la sacerdotisa lo que ellos llamaban *santo furor*. En este acceso pronunciaba con tono y gestos de maniática unas respuestas casi siempre anfibológicas y enredadas, cuyo sentido averiguaban despues del suceso. Aquí se debe notar que los héroes, los reyes y aun los sabios daban á entender grande confianza en los oráculos, y los consultaban con solemnidad. El que piense que todo era afectacion de credulidad, debe confesar por lo menos que miraban como muy necesario inculcar en los pueblos la religion con su egemplo.

SICIONE.

Sicione sería la primera monarquía, sin esceptuar las de Egipto y Asiria, si fuera verdad, como pretenden algunos cronologistas, que tuvo existencia aun antes de la muerte de Noé; y aun quieren apoyar este cálculo con una sucesion de veinte y seis reyes, que hermosearon este pequeño país, como ellos dicen, con templos, altares, estatuas de dioses y estatuas suyas. Estas magnificencias debieron durar todo el tiempo en que la Grecia permaneció agreste, y acabarse cuando se empezó á adornar.

ARGOS.

Todo es célebre en la Argólide, bosques, rios, montes y ciudades: no hay en ella lugar alguno que no sea señalado por algun famoso suceso, y por consiguiente que no merezca que se conserve su memoria. El rio Innaco, llamado así por el nombre de su primer rey, veia en su ribera la ciudad de Innaco, capital del reino. Pirro, rey de Epiro, fue muerto en esta ciudad en medio de su triunfo con una teja que le arrojó una muger anciana. Allí se veia la torre de bronce en que Júpiter transformado en lluvia de oro engañó á Danae, y las praderas de Argos en donde saltaban rebaños numerosos, y se criaban los caballos de Neptuno: la rica Micenas oscureció la memoria de la ciudad de Innaco, y llegó á ser la capital. El leon de la selva Nemea fue el que dió lugar á la institucion de los juegos nemeos. El Epidauro estaba soberbio con su magnífico templo de Esculapio; y Naplia, que despues se llamó Nápoles, en una situacion encantadora. Desde los mas remotos tiempos tuvieron reyes los argivos;

y todavia se conocen sus dinastías. Los apisios descendientes de Apis, los pelópidas que venian de Pélope, y los heráclidas de Hércules. Estos reinados duraron mil y cien años poco mas ó menos despues del diluvio, y acabaron en república.

El primer rey despues de Innaco se llamaba Castor, que transfirió su trono á Micenas. Apis, tirano bárbaro y cruel, se vió precisado á huir á Egipto, en donde le adoraron con el nombre de Sérapis. Argos fue el rey que fundó la capital de su nombre, y honró la agricultura, que hasta su tiempo estuvo muy despreciada. Crotopo tuvo una hija que era de muy tierno corazon, se enamoró de Apolo, parió un niño, y ocultándole entre los juncos, le comieron los perros del rey, y hé aquí la grande cólera del dios. Envió un monstruo que arrancaba los niños del seno de sus madres y los mataba. Mató Corebo al monstruo, y aquí se irrita de nuevo la cólera de Apolo, que envió una cruel peste. Consultaron al oráculo, y respondió: "Toma en la mauo un trípode, y en donde este caiga edifica un templo á Apolo." Hallaron el trípode, le pascaron, cayó en Delfos, le edificaron allí un templo, y cesó la peste.

Danao, arrojado de Egipto por haber rehusado dar sus cincuenta hijas en matrimonio á los cincuenta hijos del rey Egipto, su hermano, llega á Argos, y solicita hacer valer su derecho, como descendiente de Innaco, contra el de Estenelo que estaba en posesion. Se pusieron los dos rivales en manos del pueblo, y mientras este delibera en la junta mata un lobo á un toro que estaba paciendo en medio de las vacas bajo las fortalezas de la ciudad. He aquí decidida la cuestion. El toro, dijeron, es el

príncipe reinante, que no puede resistir al lobo ó al príncipe estrangero, y así este será el que se lleve el cetro. Supo Egipto este suceso, y pensó desde luego que su hermano podria dar sus cincuenta hijas á cincuenta príncipes vecinos, y hacerse con su alianza fuerte para declararle la guerra. Vuelve á pedir las cincuenta hijas para sus hijos. Danao se vió en precision de darlas: pero al mismo tiempo las mandó matar á sus esposos en el dia de las bodas. Cuarenta y nueve le obedecieron: sola Hipermenestra salvó la vida de su marido Linceo, y aun le reconcilió con su padre, que le dejó la corona. Sus cuarenta y nueve hermanas están eternamente en los infiernos, trabajando por llenar de agua un cántaro con infinidad de agujeros por donde el agua va saliendo conforme va entrando.

Los dos hijos de Linceo y de Hipermenestra habian luchado desde el vientre, y toda su vida continuaron en perseguirse por el trono. En las guerras inventaron los escudos: venció Preto y casó con Estenobea, que se enamoró de Belerofonte, príncipe estrangero, que estuvo en su corte de paso. Le hizo ella ciertas proposiciones, y por haberlas despreciado le maltrató el crédulo marido, que dió fe á las quejas de su muger. Tuvo de ella sola cuarenta y tres hijas, y no se sabe si fue en castigo de su calumnia el haberla sobrevenido una enfermedad que llamaron *el furor de Baco*, y todavía no sabemos sus síntomas. Pero si fue castigo, ¿qué pecados cometieron las otras mugeres argólicas que tambien la padecieron? Por fortuna se halló un médico que las curó, y le dieron en premio por esposa una de las mas hermosas enfermas con la tercera parte del reino.

Perseo, hijo de Danae y de Júpiter, á quien la lluvia de oro abrió las puertas de la torre de bronce, fue un héroe á quien no llegan los mas famosos. Temido de su abuelo Acrisio, por haberle dicho un oráculo que su nieto le quitaria la vida, se vió espuesto á todos los peligros, en que Acrisio creyó que podria deshacerse de él, y así le mandó ir á la Africa á matar á Medusa, que con sola su vista transformaba en piedras á los que la miraban. Le obedeció, y en el camino montado en el hipógrifo, que era un caballo con alas, libró á Andrómeda, hija de un rey de Fenicia, espuesta á un monstruo marino que ya iba á devorarla, y la tomó por esposa. Cuando volvia salvó á su madre Danae de las nuevas violencias que contra ella meditaba su padre. Descubriendo Perseo la cabeza de Medusa, le convirtió á Acrisio y á sus cómplices en piedras. De este modo no pudo el abuelo evitar el infeliz destino de que su nieto habia de ser el instrumento.

Cuanto mas adelante vamos, tanto mas hechos estraordinarios va dando la fábula á los reyes de Argos. Alcmena, muger de Anfitrion, es engañada por Júpiter, que prolongó la noche tres veces mas que lo regular para hacerla madre de Hércules. Este héroe da principio á sus trabajos despues de un acceso de manía furiosa, en que quitó la vida á su muger y á doce hijos. Tieste deshonra con violencia la muger de su hermano Atreo, y este le da á comer su propio hijo en un festin. Agamenon, el mas poderoso monarca de los griegos, los envia al sitio de Troya, en él sacrifica á Ifigenia su hija, le mata su muger Clitemnestra, y le venga su hijo Orestes. No puede pronunciarse este

nombre sin acordarse de Pilades. Estos dos héroes, tan celebrados por su amistad, se disputaron en Táuride la ventaja de morir el uno porque el otro no muriese. A ambos los perdonó el tirano movido de ver su afecto recíproco.

Los reinados que se siguen no presentan mas que sucesos muy ordinarios en aquellos tiempos, como son raptos, traiciones, venganzas, asesinatos, y sobre todo muchos oráculos, á los que corrian sin cansarse, por mas que su ambigüedad fuese muchas veces causa de funestos errores. Debia el sucesor estar ya preparado, y el oráculo fundado en precauciones tomadas de antemano; ó es preciso que la casualidad fuese algunas veces favorable; pero se necesitaba destreza para aplicar el acaso á la profecía. Dijo el oráculo de Delfos á los argólicos: *Vencereis, pero os ha de mandar un general que tendrá tres ojos.* Mientras buscaban este prodigio acertó á pasar un tuerto montado en su mula. Ya se ve que entre él y la mula solo tenian tres ojos. Dieron á aquel hombre el mando, y salieron con victoria. Cansados los de Argos de las perpétuas querellas que tenian entre sí los príncipes por estar demasiadamente vecinos, no quisieron mas reyecillos, y se formaron en república.

ATENAS.

El nombre de Atenas nos trae á la memoria un pueblo aficionado á las ciencias y á las artes, famoso en la guerra, é inventor del buen gusto; pero es necesario separar estas brillantes ideas si se le considera en su cuna y habitando en un pais estéril; porque entonces era tan simple, que creyó haber nacido de la tierra que pisaba, como las

langostas; pero se distinguió presto por su mala fe en el comercio: este fue el manantial de las riquezas con que pudo levantar grandes egércitos. Sus comandantes generales eran nacidos en Atenas; y no hubo ciudad, sin esceptuar á Roma, que tuviese tantos y tan hábiles.

Cécrope edificó la ciudad de Atenas, deificó á Júpiter, instituyó el matrimonio, y prohibió sacrificar á los dioses ningun animal viviente. El primer sacerdote que violó esta ley se horrorizó, y dado el primer golpe arrojó el hacha, y él mismo se desterró. Erictonio, viéndose incomodado de los pies, inventó los carros. Aquí se pasa una multitud de reyes hasta llegar á Egeo. Este no tenia hijo alguno de sus mugeres; por lo que se burlaba de él su hermano Palante, que tenia cincuenta hijos sin contar las hijas; y entristecido Egeo con sus chanzas, acudió al recurso ordinario de consultar al oráculo, el cual le prescribió, que no tuviese comercio con muger alguna; y pareciendole muy singular este medio de tener hijos, fue á consultar á Piteo, rey de Tracia, famoso por su talento de esplicar oráculos, el cual le dijo: "El oráculo habló de mugeres; pero yo tengo una hija doncella, tómala por esposa, y entenderás el sentido del oráculo." En efecto, tuvo de este matrimonio al famoso Teseo.

Este imitó á Hércules en sus trabajos, limpió como él la tierra de monstruos y salteadores, con lo que hizo á los atenienses un señalado servicio. Minos, rey de Creta, les pedia todos los años siete jóvenes y siete doncellas, y los entregaba al Minotauro, monstruo medio hombre y medio toro, fruto de los bestiales amores de Pasifae su hija. Resol-

vió Teseo librar su patria de este vergonzoso y cruel tributo: se embarcó para ir á Creta, determinado á matar el Minotauro, para que con su muerte cesase el tributo. Estaba este monstruo encerrado en un laberinto, en que era como imposible no perderse. Ariadna, muger de Minos, dió á Teseo aquel hilo tan famoso con que se gobernó para llegar adonde estaba el monstruo; y habiéndole vencido salió sacando consigo á su libertadora, á la que abandonó en una isla desierta; pero entrando en ella Baco la consoló. Egeo, padre de Teseo, habia dado al piloto de su hijo dos banderas, una blanca y otra negra, con orden de que si vencia pusiese la bandera blanca á la vuelta. Con el deseo de llegar y el gozo de la victoria se olvidó de la precaucion del piloto, y Egeo, que subia á las cumbres de los montes para otear la vuelta de su hijo, viendo la bandera negra, se precipitó en el mar, que por su nombre se llamó mar Egeo.

Teseo, viéndose rey por la muerte de su padre, se entregó con ardor al gobierno para poder darse despues enteramente á las hazañas militares. Dividió el pueblo en tres órdenes, nobles, labradores y artesanos: prescribió leyes, estableció magistrados, y solo reservó para *sí*, de la autoridad real, el mando del egército. Entre sus hazañas se cuentan, ademas de la victoria contra el Minotauro, la muerte del toro de Maraton, formidable por sus cuernos y pies de bronce, y porque arrojaba llamas por las narices: la destruccion del Centauro Neso: su bajada á los infiernos para robar á Proserpina á súplicas de su amigo Piritoó. Despues de estas hazañas volvió á Atenas, y halló á sus compatriotas poco reconocidos á los servicios que les

habia hecho, porque ya empezaba entre ellos á fermentar el carácter republicano. Estaban para entregarse á un enemigo que les ofrecia la paz á este precio; y viéndose Teseo precisado á huir de una patria tan ingrata con toda su familia, murió en el destierro.

Le sucedieron muchos reyes, y gobernaron con habilidad: así debia hacerlo el gefe de un pueblo espantadizo y dificil de regir. El último se llamaba Codro, que los habia gobernado con tanta justicia, que cuando murió tomaron una resolucion que no tiene egemplar en la historia, y fue no tener por lo mismo rey, temiendo que no hallarian otro semejante. Mas adelante veremos que Atenas fue uno de los pueblos mas ilustres de la tierra.

BEOCIA.

El aire de Beocia es grueso, y con esta calidad influia en sus habitadores de tal modo que pasaban por poco entendidos. De estos solamente se sabe una costumbre, y es que en llevando á la recien casada á la casa de su esposo, quemaban delante de la puerta el timon del carro que la habia conducido, para que entendiese que no debia ya salir. En este pais está el paso de Termópilas y la cueva de Trofonio, que era una especie de caverna, y los que habian entrado en ella salian tan aturdidos que no volvian á reir en su vida.

Cadmo, uno de sus primeros reyes, les llevó de Fenicia el alfabeto: estableció escuelas: enseñó el comercio, la navegacion y el modo de trabajar el cobre. De este dicen que edificó á Tebas al dulce sonido de la lira de Anfion.

La familia de Layo se hizo delincuente é infe-

liz por causa de un oráculo. Habia este pronosticado que el hijo de Layo y Jocasta su esposa habia de matar á su padre; y por salvar su vida determinó esponer la de su hijo. Le criaron unos pastores que le hallaron en el campo, y por desgracia mató á su padre sin conocerle. Oedipo esplicó aquel famoso enigma de la Esfinge: "¿Qué animal es el que por la mañana camina en cuatro pies, durante el dia en dos, y anda con tres hácia la noche?" Esto, dijo, se verifica del hombre, que anda de niño valiéndose de sus manos y sus pies, en la robustez de la edad solo necesita de sus dos pies, y en la vejez tiene que añadir otro, que es el báculo. En recompensa de su esplicacion, de la que se siguió la muerte del Esfinge, cruel bestia, leon y muger, que devoraba los tébanos, hicieron empeño con Jocasta su reina para que se casase con Oedipo. De este matrimonio, cuyo incesto ignoraban, nacieron Eteocles y Polinice, que se aborrecieron desde la cuna. Los vió Tebas estremecida combatir bajo sus muros, caer recíprocamente con la espada el uno del otro, y espirar, metiéndose ademas de esto un puñal por el pecho. Cuando Oedipo descubrió su nacimiento se arrancó los ojos, y Jocasta se quitó la vida. Desde estas catástrofes no hubo mas reyes de Beocia.

ARCADIA.

Los arcades decian que eran ellos los pueblos mas antiguos de la tierra, y anteriores á la luna. Al principio vivieron como salvages esparcidos por los bosques. Pelasgo, uno de sus reyes, los juntó en sociedad, los enseñó á edificar cabañas; y como hacian una vida en estremo frugal, sin delicadezas

ni necesidades, esta misma sobriedad los hacia pasar por invencibles. Suplicaron los lacedemonios á la Pitia les dijese el modo de subyugarlos, y ella respondió: "Aunque tuvierais á vuestro favor á Júpiter y todos los dioses, no os lisonjeeis de poder vencer un pueblo guerrero, cuyo alimento principal es el fruto de las hayas." Iban las mugeres al egército acompañando á sus maridos, y algunas veces las debieron la victoria. Por su carácter belicoso iban á buscar la guerra entre los vecinos, y les servian de soldados, como los suizos. Pasando los árcades de la vida agreste á la pastoril, fueron escelentes en las ocupaciones del campo. Los hombres trabajaban, sembraban, ponian colmenas y tejian la lana: las mugeres sacaban la miel y la cera; ordeñaban la leche, é hilaban el lino. De este modo se veia todo en accion en un pais que puede ser que sea el mas hermoso del mundo; y así la Arcadia presentaba el cuadro mas animado y risueño: llanuras fértiles, valles frescos, montañas de hermosos árboles, vistas encantadoras, fuentes limpias, verdes prados cubiertos de ganados que en ellos retozaban; por último, todas las riquezas de la naturaleza, y por consiguiente sus placeres.

Los árcades los gozaban y cantaban. Sus fiestas campestres en honor de Pan, dios de los pastores, sus poesías sencillas, sus danzas ingénuas han sido las delicias de los poetas que las describieron con mucho gusto; porque era una felicidad habitar aquel pais encantador, y aun acordarse de sus delicias. Estos dos sentimientos los espresó felizmente un pintor representando el sepulcro de una pastora jóven, situado en un sombrío bosque, con estas palabras, que sin duda grabó el dolor de alguna

madre: *Tambien yo he vivido en Arcadia.*

Nos ha quedado una larga lista de los reyes arcades; pero de ninguno se dice cosa que merezca la atencion ni interese la curiosidad, sino del último que se llama Aristócrates. En una guerra entre lacedemonios y mesenios cometió la torpeza de hacer traicion á sus aliados entregándolos á sus enemigos. Sus vasallos, indignados por tan negra perfidia, arrastraron su cadáver, sacandole de su territorio, le arrojaron á las fieras, y levantaron en un bosque vecino una columna con esta inscripcion: *el cobarde que hizo traicion á los mesenios llevó por último su merecido: en vano se lisonjea la perfidia de quedar sin castigo.*

TESALIA Y LA FÓCIDA.

La Tesalia goza de las mismas ventajas que la Arcadia vecina; esto es, pureza del aire, fertilidad y vistas pintorescas. Allí está el delicioso valle de Tempe, que los poetas se han divertido en hacer teatro de sus escenas pastoriles. Situada agradablemente entre los montes Ossa, Pelion y Olimpo, la tenian por el jardin de las musas. En los campos de este pais se dió la famosa batalla de Farsalia. Era abundante en bueyes y escelentes caballos. Los manejaban con destreza los tésalos, y de aquí nació la fábula de los centauros, que los coloca en esta tierra, y por esta habilidad buscaban su caballería, estimada por la mejor de la Grecia. Este pais se inundó en tiempo de Deucalion, y se ahogaron todos sus habitadores, sino él y Pirra su esposa. En el conflicto de no saber como reproducir con prontitud el género humano, destruido con la inundacion, acudieron á los dioses, y estos les dijeron, que levan-

tasen piedras y las arrojasen hácia atras. Las que arrojaba Deucalion se convertian en hombres, y las de Pirra en mugeres. Mas no fue tan pronto este modo de repoblar como el que Júpiter dictó á Caco, rey de los Mirmidones en la misma Tesalia. Viéndole muy triste porque una peste cruel le habia llevado todos sus vasallos, le dió otros por su órden, porque en un instante se convirtieron las hormigas de aquel territorio, segun su sexo, en hombres y mugeres, que inmediatamente ocuparon las casas de los antiguos habitadores. Despues de otro diluvio habia tambien repoblado Cadmo la Arcadia de un modo muy estraño. Un enorme dragon fue el orígen de esta generacion; porque Cadmo le mató, trabajó un campo, y sembrando en él los dientes del dragon, vió que de los surcos salian hombres armados que empezáron á pelear entre sí. Eran tantos los que caian, que Cadmo contaba por perdido su trabajo; mas al fin quedaron siete, que hiciéron la paz; y ayudaron á Cadmo á repoblar, aunque no se dice de donde llevaron mugeres.

De Pegasa, ciudad y puerto de Tesalia (1714), salieron los argonautas á conquistar el vellocino de oro, que custodiaban un toro de pies de bronce que vomitaba llamas, y un horrible dragon. Jason sobrino de Pelias, encargado de esta conquista, construyó una nave, á la que llamó Argos; y de aquí tomaron el nombre de argonautas los valientes aventureros que la montaron. Jason, llegando á Cólquide, se presentó al rey Aeta, en cuyo huerto estaba el tesoro, y le dijo, que llevaba órden de llevarse el vellocino. "Está bien, respondió Aeta; pero le llevarás con estas condiciones: ahí están los dientes del dragon de Cadmo: uncirás el toro que D. del D. 1714. A. de J. C 1284.

guarda el vellocino, labrarás la tierra, y en ella sembrarás esos dientes: de estos nacerán guerreros; y si consigues vencerlos y matarlos, solo te restará adormecer la monstruosa serpiente que guarda el vellocino, y entonces será tuyo."

Mucho inquietaron á Jason tan estrañas condiciones; pero la magia y el amor le sacaron del paso. Inspiró una violenta pasion á Medea, hija de Aeta, habilísima maga, y esta le dió los medios de domar el toro, y de deshacerse de los hombres armados, arrojando piedras; y para adormecer al dragon le dió tambien el medio. Robó el vellocino, y Medea huyó con él. La perseguia su padre, y ella iba sembrando por el camino los miembros de Absirto, pequeño hermano suyo, que consigo llevaba. El padre, deteniéndose á recogerlos, como Medea habia previsto, la dió tiempo para ponerse en salvo.

Medea halló en Tesalia dos ancianos, Aeson padre de Jason su esposo, y Pelias su tio, que ocupaba por usurpacion el trono, y con la esperanza de que Jason moriria en la conquista le habia enviado á robar el vellocino. Suplicó Jason á Medea que remozase á su padre; y haciéndole cortar en pedazos, los echó en una vasija de bronce con algunas yerbas cuya virtud conocia: todo lo hizo cocer, y añadiendo ciertas palabras salió Aeson de la vasija sano, robusto, y con todas las gracias de la juventud. Viendo las hijas de Pelias esta especie de resurreccion, pidieron el mismo beneficio para su padre. No dudó Medea en concedersele: picaron á su padre, le pusieron á hervir, y la maga las dejó con la pesadumbre de haberle sacrificado sin efecto. De este modo vengó á su esposo Jason, y le colocó en el trono, que su tio le habia usurpado. La espedicion de los

Argonautas pasa por un viage de comercio que produjo grandes riquezas á Tesalia; bien que adquiridas con muchas dificultades; y es un precioso monumento en la historia por ser de una data cierta.

Aquiles fue rey de Tesalia. Supo su madre Tetis que iba al sitio de Troya; y sabiendo como diosa que en él habia de morir, y que sin él no habia de tomarse la ciudad, y conociendo que los griegos coligados querian llevarle consigo, le envió á la córte de Licomedes rey de Esciros, vestido de doncella; pero no se pudo ocultar de Ulises, porque fue este disfrazado de mercader á vender joyas á las hijas de Licomedes, y puso entre sus mercaderías algunas armas. Apenas las vió Aquiles cuando se arrojó á tomarlas; y en esto le conoció.

Los tésalos y los foceos eran encarnizados enemigos. Los primeros superiores en la caballería; pero cuando los foceos los podian atraer á las montañas tenian segura la victoria. Parece que la tenacidad era el carácter ordinario de los foceos, porque no sabian ceder jamás. En una ocasion, viendose estrechados, encerraron las estatuas de sus dioses con sus mugeres é hijos en una ciudad, y dieron órden á sus esclavos de que todo lo incendiasen si eran vencidos. Esta resolucion llegó á ser famosa con el nombre de *desesperacion focea.* En otra ocasion se resistieron contra toda la Grecia que los habia condenado á una multa por haber arado una tierra consagrada á Apolo. Fueron vencidos, y volvieron á la carga; y vencidos otra vez, quisieron mas los griegos dejarlos en paz, que esperimentar de cuanto serian capaces unos desesperados.

Apolo, sin embargo de que respetaban poco sus propiedades, tenia en Delfos su ciudad el principal

templo. Al principio no tuvo mas orígen que una caverna de donde salia una exhalacion, que fue notable porque escitaba estraordinarios movimientos en las cabras que se acercaban á su entrada. Los pastores se fueron acercando por curiosidad, y sobrecogidos de una especie de arrebatamiento saltaban como insensatos, decian cosas estraordinarias; y porque algunos se arrojaron á la caverna, cubrieron para quitar este inconveniente aquella abertura con una máquina en forma de trípode ó tres pies, que no impedia la salida de la exhalacion, y llegó su virtud á ser muy célebre. Fueron refinando sobre los medios de recibir el vapor que producia efectos que ellos tenian por divinos, y las frases poco inteligibles de la sacerdotisa que iban á consultar se recibian como oráculos, despues que levantaron el templo. En la Fócide estaban los montes Parnaso y Citeron, habitacion de las musas, y las regaba el rio Cefiso, celebrado por los Poetas.

CORINTIOS.

El estado de Corinto no era mas que una montaña coronada de una ciudadela. La capital estaba abajo, y á cada lado del istmo habia una ciudad por donde el promontorio continuaba con la tierra firme. Esta admirable situacion hacia á Corinto el centro del comercio, y por consiguiente de las riquezas de Grecia. Allí llegaron las artes al mas alto grado de perfeccion, y el órden mas elegante de arquitectura se llama todavia órden Corintio. Con las artes reinaban el lujo y las torpezas, en términos que las cortesanas franqueaban á precio escesivo sus correspondencias, y aun hallaban compradores. No obstante, hubo hombre á quien proponiendole esta

vergonzosa mercadería, respondió *no compro yo tan caro el tener que arrepentirme.* De la dificultad de conseguir aquellos favores vino aquel proverbio: *no es para todos ir á Corinto.*

Este pequeño estado se hizo temible á toda la Grecia, porque con sus riquezas podian tomar á su sueldo muchos soldados. Daban el mando á sus ciudadanos, y salieron de esta escuela escelentes generales. No siempre estuvo el cetro en la misma familia, y no siempre tuvo la misma autoridad. El primer rey fue Sisifo, á quien mató Teseo, y le condenó despues Júpiter á hacer esfuerzos incesantes para subir al alto de la montaña una grande piedra, que cuando iba á tocar la cumbre rodaba otra vez, obligándole á empezar de nuevo su fatiga.

Aquí volvemos á encontrar á Jason y á Medea huyendo de la Tesalia, de donde los habian arrojado. Se enamoró Jason de Glauca, hija del Rey, y la maga furiosa quitó la vida á los hijos que tenia de Jason, abrasó el palacio, y burlándose de la cólera de su marido escapó en un carro tirado de serpientes. Belerofonte, hijo de un rey de Corinto, es celebrado por dos hazañas. Venció á las amazonas, y quitó la vida á la Quimera. Por esta última accion le dió Minerva el caballo Pegaso, y le enseñó á manejarle. Quiso elevarse con él hasta los astros, pero fue precipitado, y murió ciego.

La ciudad de Corinto estaba adornada de templos, palacios, pórticos, teatros, baños, fuertes, sepulcros y otros soberbios edificios, Las aguas, elevadas con grande costa á las montañas, volvian á caer por canales de mármol que las iban distribuyendo en la ciudad. La ciudadela era tan fuerte que pasó mucho tiempo por inespugnable. Se nota que

los corintios no hicieron conquistas, y así parece que solamente estuvieron armados para mantener la balanza entre sus vecinos, y precisarlos á conservar el equilibrio. Las grandes riquezas adquiridas con el comercio fueron eclipsando entre ellos el esplendor del trono. De este modo acabaron en aristocracia con magistrados anuales.

LACEDEMONIA.

El nombre primitivo de los habitadores de este pais fue el de lacones: el segundo el de espartanos, por Esparta su capital: el tercero el de lacedemonios, tomado de uno de sus primeros reyes. Tenia en la costa escelentes puertos, y el rio principal Eurotas era navegable hasta Esparta. El pais es montuoso, fértil en pastos; pero poco favorable á la agricultura. Eran los lacedemonios un pueblo valiente, que sabia hacer la guerra por tierra y por mar: aborrecian el ocio y el lujo: eran muy zelosos de su honor y libertad, rezelosos del poder de sus vecinos.

Al principio los gobernó un solo rey. Por intereses de familia establecieron dos soberanos, que ni mandaban alternativamente ni en diferentes porciones del reyno, sino que ocupaban juntos el mismo trono. No obstante este gobierno tan espuesto á disensiones, duró por tiempo de mas de cincuenta reyes; pero las turbaciones fueron continuas, precisado cada príncipe á grangearse la benevolencia del pueblo para quitársela á su compañero. Habia llegado la anarquía á su auge, cuando Licurgo se vió empeñado en arreglar el gobierno. No se atrevió, ó no pudo impedir que hubiese dos reyes: pero estableció un senado superior á ellos que los mantuviese en equilibrio.

Entre los antiguos reyes de Lacedemonia se leen los grandes nombres de Tíndaro, padre de Castor y Polux, de Elena y de Clitemnestra. Se sabe que no tuvo motivo de gloriarse de la virtud de estas dos hijas, pues la una se dejó robar, y la otra mató á su marido para casarse con su amante. A Tíndaro, sucedieron Castor y Polux, célebres por sus hazañas; y Menelao, hermano de Agamemnon, que suscitó la guerra de Troya. Amicleo, aunque menos conocido, edificó la ciudad de Amiclea, y en ella sucedió que se oia muchas veces durante la noche un ruido semejante al de la gente de guerra que entra en una plaza. Se inquietaban los ciudadanos, y marchando adonde se oia el ruido, nada encontraban. Cansados de alarmas falsas prohibieron por ley, que en semejantes ocasiones se pusiesen en una defensiva que tenian por inútil; pero los dorios, con quienes estaban en guerra, los desengañaron; pues bien sea que supiesen la causa de estos ruidos, ó que la ignorasen, se aprovecharon de la ley, y los sorprendieron sin defensa. Bien merecian esta desgracia los amicleos, pueblo tan supersticioso y crédulo, y gentes tan adheridas á la doctrina de Pitágoras, que prohibian matar todo animal, y hacian escrúpulo de destruir las serpientes que los despedazaban con sus crueles mordeduras.

Sou, uno de los últimos reyes de Lacedemonia en estos tiempos fabulosos y heróicos, se hallaba encerrado con su egército en un parage seco y árido. Ofreció este al enemigo darle cuanto le habia tomado, si permitia que él y su egército bebiesen de una fuente vecina. Aceptada la condicion, juntó Sou sus soldados, y propuso dar su corona á quien se abs-

tuviese de beber: no presentándose ninguno, cuando ya todos habian bebido, tomó el rey agua en el hueco de la mano, y no hizo mas que bañarse el rostro. Esta victoria que logró de la ardiente sed que le devoraba, anuló el tratado, y así conservó su botin y sus conquistas. Entonces no tenian los lacedemonios mas que un rey. Se ignora el tiempo en que empezaron á tener dos, y cuando pasaron á estado republicano, en el que fueron tan famosos.

ELIDA.

A los habitadores de Elida los hacen descendientes de Elisca, hijo de Javan, nieto de Jafet. Generalmente todos los habitadores de los distritos que rodean al Peloponeso pasaban por originarios, ú hombres que se habian fijado en aquel lugar desde el diluvio sin mezcla de estrangeros. En sus costas se hallaba una concha que daba púrpura tan hermosa como la de Siria. En las llanuras olímpicas se celebraban los juegos de este nombre, que fueron tan famosos en Grecia y dieron á la cronología época y datas ciertas. Los elidos y los pisenos pelearon entre sí sobre el derecho de celebrar estos juegos. Vencieron los primeros, en cuyo territorio estaba la ciudad de Olimpia, y el templo dedicado á Júpiter Olímpico.

En Elida limpió Hércules las caballerizas del rey Ugías, y este era uno de los trabajos, y no el menor de los que le habian impuesto, si hemos de formar juicio por la cantidad de sus ganados, que se dice haber subido á cien mil piezas: bien que el héroe ó semidios solo tuvo que estraviar un rio, que pasando por allí se llevó las inmundicias.

ŒTOLIA.

Sobre las riberas del Ebeno, rio de Œtolia, mató Hércules al centauro Neso, que le llevaba á Niobe su esposa. Este pais es desigual y sembrado de montañas, algunas de las cuales eran tan escarpadas, que sin murallas ni fortificaciones servian en tiempo de guerra de asilos adonde cada uno llevaba lo mas precioso que tenia. Necesitaban de estos refugios para ocultar el botin que hacian en las correrías contra sus vecinos. Rara vez estaban en paz, pero sus guerras principales eran esta especie de espediciones. Los habitadores de Pleuron, una de sus ciudades, se rapaban por delante la cabeza para no dar presa á sus enemigos; pero dejaban crecer el cabello por detras para darles asidero si alguna vez incurrian en la cobardía de huir.

LOCRIA Y DORIDA.

El aire de estos pequeños paises es sano y benigno: el territorio propio para la agricultura, pues aunque tiene muchas montañas, tiene tambien vastas llanuras. Los dorios fueron conquistadores, y se hicieron temibles en las tierras que estaban mas allá de sus vecinos.

ACAYA.

Para concluir con lo que nos ha parecido suficiente acerca de los tiempos fabulosos de la Grecia, que algunos llaman heróicos, se dirá, que la mayor parte de los reyes que hemos dicho, y con mas fuerte razon los que hemos omitido, no eran mas que pequeños gefes de algunas poblaciones, y muchas veces cabezas de salteadores. La imagina-

cion de los poetas y las lisonjas de los historiadores hermosearon sus hazañas, las que miradas de cerca no fueron en la mayor parte sino injusticias y violencias. Nada nos ha quedado acerca de los reyes de Acaya; y solamente se sabe que este pueblo prudente, en medio del delirio general se gobernaba por asambleas regulares que en lo sucesivo llegaron á ser el centro de las deliberaciones de toda la Grecia.

ATENIENSES.

Despues de haber dibujado á la ligera los tiempos fabulosos y heróicos de las repúblicas de la Grecia, vamos á presentar el cuadro de las principales. Ya vimos que los atenienses, juzgando que no hallarian otro rey tan bueno como Codro, tomaron la singular resolucion de mudar de gobierno; pero en reconocimiento pusieron en su familia la dignidad de primer magistrado con el nombre de *Arconte*, fijando la duracion de este cargo por diez años en la misma persona. Estinguida que fue la familia de Codro, hicieron anual esta magistratura, y en lugar de uno eligieron nueve arcontes, á los que repartieron un departamento separado. Los elegia el pueblo; pero siempre del cuerpo de la nobleza. Por entonces no tenian los atenienses leyes escritas, y el magistrado juzgaba segun la idea que tenia de lo justo é injusto. Se presentó Dracon, y escribió un código. Era este Arconte y de ilustre nacimiento. Le acusan de severidad y aun de crueldad, diciendo que sus leyes estaban escritas con sangre. No obstante, tomó por basa estos principios ya venerados de los atenienses, y que bien aplicados podian ser suficientes: *honrad á vuestros padres: adorad á los dioses:*

D. del D. 2375. A. de J. C. 623.

no hagais daño á los animales. Condenaba sin remedio á muerte á todos los que violaban las leyes, y confió la egecucion á unos magistrados llamados *efetas*: hasta las cosas inanimadas no estaban libres de su severidad. A una estatua, que cayendo sobre un hombre le mató, la condenó á destierro, y nadie se atrevió á guardarla. Bien fuese por mantener sus instituciones con demasiada constancia, ó por otras razones, el mismo Dracon fue desterrado, y se retiró á Egina; pero mas funesto le fue el favor de los eginetas que el odio de los atenienses; porque espiró sofocado con tantas ropas, vestidos y gorros como le echaron encima en testimonio de su estimacion, segun el uso de aquel tiempo.

Se advertirá que en Atenas casi siempre habia guerra dentro y fuera; que los inquietadores del pueblo rara vez le dejaban tranquilo: y que ya le asustaban con siniestros presagios, y ya le embriagaban, por decirlo así, con placeres y fiestas públicas, acompañadas de sacrificios, espiaciones y ceremonias, que eran una especie de sortilegios dispuestos para embelesar á la multitud.

Necesitaba el pueblo de Atenas de cosas estraordinarias: bien lo sabia aquel grande legislador Solon; y así dió principio por una accion que podia pasar por locura. Los megarenses habian tomado la ciudad de Salamina á los atenienses; y estos cansados de inútiles tentativas para recobrarla, decretaron pena de muerte contra el que hiciese la proposicion. Solon, ó porque conocia la importancia de esta plaza, ó porque necesitaba dar un golpe ruidoso con que se hiciese conocer, va corriendo á la tribuna de las arengas con desaliño, y con el gorro de dormir en la cabeza. El pueblo al ver este espectá-

culo, le siguió de tropel. Habia compuesto en verso una pieza, cuyo asunto era la reconquista de Salamina: la representó con mucho fuego: comunicó su entusiasmo á los oyentes, y resolvieron el ataque de Salamina: encargaron la espedicion á Solon, y logró el buen éxito. Aunque otras victorias le consiguieron la reputacion de buen guerrero, la calidad que le ha merecido una fama inmortal es la de legislador de Atenas.

Esta ciudad, que siempre estaba en disensiones, se hallaba por entonces atormentada de la mas peligrosa de todas; esto es, de la insurreccion de los pobres contra los ricos. Estos prestaban el dinero con grandes usuras, exigiendo tan rigorosamente la paga, que los deudores que no podian cumplir, se veian obligados á venderse ellos mismos á sus acreedores, ó los vendian á pesar suyo, y los llevaban fuera de su patria. Desesperados con esta dureza declararon los deudores que pretendian reformar el gobierno, poner en libertad á los que los acreedores habian reducido á la esclavitud, y hacer nueva reparticion de los tierras. Buscaban para esto un gefe, y se les vino Solon á la memoria. Su moderacion y dulzura le grangearon el amor y estimacion de los dos partidos. Una palabra que repetia muchas veces, y que cada partido se aplicaba para *sí*, le habia ganado la confianza: *En donde hay igualdad no debe haber division.* Decian los ricos: esta igualdad es la del poder: decian los pobres: esta igualdad es la de las riquezas; y de este modo todos de comun acuerdo le eligieron para arreglar sus intereses: los ricos porque era rico, y los pobres porque era justo.

Muchos le exhortaban á que se hiciese rey; pero solia decir despues á sus amigos: "Mas gloria es para

mí no haber manchado mi nombre con esa ambicion. Bien pudiera yo haber dado un golpe mortal á los atenienses; pero así no tengo ahora de qué avergonzarme por no haber hecho lo que otros hubieran egecutado si se hubiesen visto en mi lugar." Se contentó Solon con la dignidad de Arconte, que todos unánimes le confirieron sin eleccion.

Su primer cuidado fue calmar la efervescencia, concediendo á los pobres una satisfaccion que no fuese muy honerosa para los ricos. Se cree que fue una especulacion de hacienda, que él llamó alivio de carga, en lo que solo tuvo que hacer dos cosas, que fueron disminuir el interes del dinero, y levantar el valor de la moneda. Con la disminucion del interes halló el pobre que debia menos; y con la subida de la plata le fue mas fácil desquitarse con su trabajo, y el rico no padeció grande golpe en su fortuna.

Este espediente, que en el momento fue suficiente remedio, no destruyó todas las pretensiones del pueblo: siempre tenia en su corazon la igualdad en la posesion de las tierras; y Solon tuvo que componerse con él, por decirlo así. Pronunció pues la abolicion de todas las deudas con la condicion de que las tierras fuesen de los propietarios, como ya las poseian. Tres amigos suyos, á quienes habia confiado su proyecto antes de proponerle á la asamblea del pueblo, cometieron la infidelidad de tomar prestadas grandes cantidades y comprar tierras. Cuando esto se advirtió creyeron que Solon caminaba de inteligencia con ellos, y corrió mucho riesgo; pero le hicieron justicia, y admiraron mucho mas su probidad viendo que él perdia gruesas sumas que tenia puestas á interes; que hubiera po-

dido sacarlas para comprar tierras antes de reembolsarlas; y que por último se quedaba casi arruinado por su misma ley. "Es cierto, dijo al pueblo, que me habeis hecho grande favor. ¿Ahora me mirais con ojos airados? ¿Es esta la paga que yo debia esperar por mis servicios?" Reconocieron su falta los atenienses, é instituyeron un sacrificio solemne para perpetuar la memoria de que se habian conformado con la institucion de Solon. Al mismo tiemo le confirieron el cargo de legislador, autorizándole para hacer nuevas leyes, y modificar con su prudencia las ya establecidas.

Las leyes gubernativas de Solon son breves y claras: la soberanía estaba en la totalidad del pueblo, y la egecucion de las leyes en los principales. El pueblo se dividia en cuatro clases: las tres primeras separadas, y fijadas á proporcion de las riquezas: la cuarta era compuesta de los que nada tenian. Estos no podrán poseer cargos; pero darán su parecer en la asamblea del pueblo. Procuró Solon dejar en las leyes alguna obscuridad, para que la obligacion de consultar al pueblo diese á la última clase suficiente influencia, para de este modo contenerla. El consejo del areópago compuesto de cien hombres beneméritos de las funciones públicas, tenia á su cargo vigilar en la conservacion de la constitucion de la república; y un consejo de cuatrocientos hombres, elegidos de cada clase, examinaban las demandas antes de presentarlas al pueblo, y decidian si debian ser presentadas. De este modo refrenaba Solon con el areópago la ambicion de los ricos, y con el consejo la escesiva libertad del pueblo; por lo que se gloriaba de haber sentado estas basas en su gobierno; y á la verdad es-

tan sentadas con mucha prudencia. "He dado al pueblo, decia él, la suficiente autoridad. Nada he concedido á ninguno con mis leyes que sea demasiado: nada he quitado de lo justo: he contenido en los razonables límites á los que escedian á los otros en poder ó riquezas: de este modo he conservado á cada uno lo que le pertenecia, sin hacer injusticia á los grandes ni á los pequeños."

Dió Solon una ley, que se debe mirar como el paladion de su edificio político, y aunque parece á la primera vista injusta, en la realidad es de la mas profunda sabiduría. Esta ley se estableció en estos términos: "Si el pueblo, por desgracia, se divide en dos facciones, tomando una ú otra las armas, y llegando al hecho hubiere alguno que no tome partido para remediar las calamidades en que ve á la patria, será condenado este hombre á destierro perpetuo, y á perder todos sus bienes." Aunque parece esta ley un desatino, la ha justificado la esperiencia de todos los siglos; porque los que por temor ó indiferencia, absteniéndose de pronunciar su opinion, han obedecido sin resistencia al movimiento que se les ha inspirado, siempre se han arrepentido de su indolencia, aunque tarde, viendo arruinado el gobierno, y que el partido vencedor les imprime en la frente el anatema de la proscripcion y la muerte.

Arreglada la forma general de la república, dió Solon á los atenienses un cuerpo de leyes, y han merecido tanta estimacion, que los romanos enviaron embajadores á copiarlas para el uso de su república; y pasando de los romanos á las otras naciones, han llegado á ser como el código del universo. Citaremos aquí algunas de las mas propias

para dar á conocer cuáles eran las costumbres de aquel pueblo.

El pariente mas cercano de una heredera puede pedirla por esposa, y esta tiene el mismo derecho por su parte. Negándose el varon, el cual por entonces debia pagar una especie de multa, podrá recurrir al pariente que se sigue; y el que la tomase por muger tendrá obligacion de tratarla maridablemente por lo menos tres veces cada mes. El legislador pensó sin duda que el que la tomaba por obedecer á la ley, no se creia dispensado en el particular de sus obligaciones. Una doncella, sin duda no heredera, solo podrá llevar á su marido tres vestidos, y algunos muebles de poco valor, para que así el matrimonio no degenere en tráfico. El casado y la casada serán encerrados en un aposento, y en él comerán un membrillo; porque esta fruta da suavidad al aliento; y era advertirles que solo se dijesen cosas agradables. Prohibia hablar mal de los muertos. Arregló los funerales, que eran ruinosos, quitando el lujo. Las mugeres no acompañarán á los difuntos á la sepultura, si no tienen por lo menos treinta años. No se arañarán el rostro como no sea por sus padres. Se podrá en adelante hacer testamento; pero los adoptados no dispondrán de los bienes que pertenecian á la familia en que fueron incorporados.

Prohibia severamente decir cosas que chocasen al oido, en los templos, en los lugares en donde se administra justicia, y en los teatros durante los juegos, para no alterar el respeto y atencion debidos á la alegría pública y á las leyes. Las mugeres no andarán de noche sin llevar una antorcha. No tendrá el hijo obligacion de alimentar á su padre, si

este no le hizo enseñar algun oficio. Cuidará el areópago de informarse de los medios de que cada uno se vale para su subsistencia. Se permite á todo hombre accion contra otro por el delito de ociosidad; y el que por tres veces se hallaba culpado era declarado infame. El marido podia matar al que sorprendia con su muger, y la muger sorprendida quedaba privada del gusto de ponerse adornos; y si se los ponia era permitido arrancárselos, y aun el castigarla. Solo ponia multa para el que prostituia las doncellas; pero no era sentenciado á esta multa el padre que antes habia hallado á su hija con el galan.

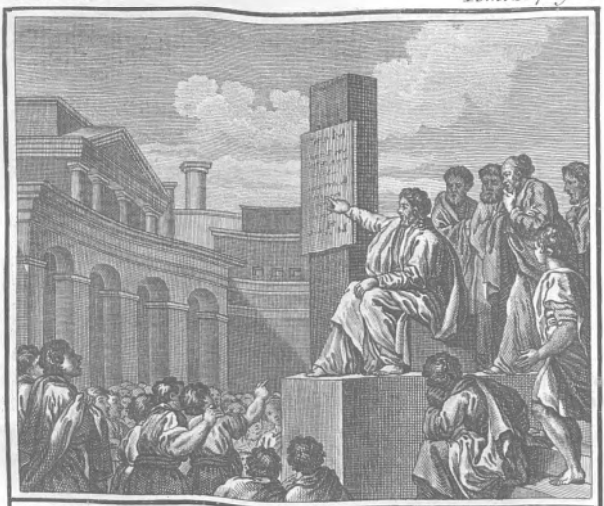
Las leyes respectivas á conservar su propiedad, y no invadir la de otros ni causarles daño, estaban circunstanciadas de modo que se prevenia ó se reprimia toda infraccion. El disipador que por su culpa llegaba á estado de no poder ayudar á sus padres, era declarado incapaz de algun empleo. A la verdad, el que no supo gobernar su hacienda, mal podria gobernar la del estado. A los que frecuentaban mugeres de mala vida se les prohibia arengar en público. ¿Qué confianza podia tener el pueblo en un hombre sin vergüenza? Demóstenes reclamó con esfuerzo la egecucion de esta ley contra un orador cuya elocuencia temia.

El tutor no podrá casarse con la madre de su pupilo: el grabador no podrá guardar la figura de los sellos que vende, para que no pueda contrahacerlos. El ladron de dia será entregado á la justicia: al de noche se le podrá matar persiguiéndole. Se castigaba de muerte el hurto en el liceo, la academia y los puertos, en donde se juzga que los efectos estan confiados á la fe pública. Si apareciese embriagado en público un arconte, que era el supremo

magistrado, pierda la vida, porque ¿para qué serviria despues de haber sido el objeto del desprecio? Un hombre que continúe en vivir con su muger habiéndola cogido en adulterio, será declarado infame. El que no quiera ir á la guerra, se escape del egército, ó se porte en él con cobardía, no llevará corona ni guirnalda, ni podrá ser admitido en ninguna asamblea solemne. Si un ciudadano agravia á otro, cualquiera ateniense puede aprehenderle y acusarle en justicia, aun cuando el agraviado que recibió el daño se haya compuesto, y ya no se queje. Se harán pocas leyes acerca de la religion; pero se obligarán los magistrados con juramento á hacerlas observar. No hizo ley contra el parricida, porque decia Solon: ¿Cómo será capaz un ateniense de cometer semejante delito?

Este es el breve diseño de las leyes de Solon, las que sin duda manifiestan grande juicio, y grande conocimiento de los hombres. No obstante, preguntado qué pensaba de ellas, respondió: "No me lisonjeo de haber dado á los atenienses las mejores leyes posibles; pero les he dado las mejores que estaban en estado de recibir." Las hizo ratificar en la asamblea del pueblo para cien años: compró una embarcacion con pretesto de comercio: consiguió permiso de ausentarse por diez años, y dejó á Atenas.

Pocas ciudades habrán conservado monumentos tan enteros de su antiguo esplendor como los que presenta Atenas. Es muy agradable para los viageros poder decir al pasar por entre aquellos augustos restos: este templo de tan bello mármol hecho con tal arte, que ha resistido á los ultrajes del tiempo, es obra de Pericles, dedicado á Minerva, protecto-



Leyes de Solon.

Dió Solon á sus compatriotas si no las mejores leyes posibles, como él dijo, las que estaban en estado de recibir; pero los conocia bastante para desconfiar de sus pasageros aplausos: y así habiendolas hecho ratificar en la asamblea del pueblo, obtuvo permiso para ausentarse por diez años de Atenas, y los dexó para no ser testigo de la violacion, que preveia inmediata, de aquellas mismas leyes.

T. L. Enguidi de sq. fec. J. Bouisaz le cond.

ra de Atenas: este otro que está cerca y tan bien conservado es el de Neptuno. Todavia parece que se estan viendo los jóvenes atenienses correr al de Teseo para sus egercicios, y que los esclavos buscan asilo en él contra la crueldad de sus amos. Admirando el panteon se echan menos los dos caballos que adornaban la entrada, y eran obra de Praxiteles. Bajo estos pórticos, cuyas ruinas inspiran respeto, los estoicos, los académicos y los peripatéticos oian las lecciones de Aristóteles, las de Zenon, las de Platon y Sócrates. Aquí Demóstenes descubria y confundia los proyectos de Filipo contra la libertad: allí contaba Alcibiades sus victorias: mas allá se juntaba el areópago, que á todos los juzgaba.

Admira los muchos atenienses que habia empleados en la administracion y la policía. Todos eran pagados del tesoro público, mas no tanto que pudiesen pasar sin algun otro medio de subsistir; de suerte, que todavia se halla con dificultad qué principio tenia el bien estar de las tres primeras clases. No podia ser la agricultura; porque el terreno de la Atica era ingrato, y socorreria cuando mas las necesidades; pero no haria ricos, á no ser que tomasen dominios en los paises vecinos conquistados, como los venecianos en la tierra firme. Sus riquezas principales eran el fruto de las contribuciones y el botin, y así no debe admirarnos que estuviesen casi siempre en guerra. Solon no tocó este artículo: en ninguno prescribe la justicia que se debe á los estrangeros, ni los motivos que deben autorizar ó prohibir la guerra.

Cuando volvió de sus viages halló el edificio, que tanto trabajo le habia costado, temblando y para arruinarse. Se habian renovado las antiguas

:

facciones; pero todas le hicieron la corte, y le manifestaron el mayor respeto, pidiéndole que volviese á tomar su autoridad y sosegar las turbaciones. El no quiso aceptar esta comision alegando su avanzada edad. No obstante, visitó á los gefes, y en los términos mas patéticos les suplicó que no diesen el golpe mortal á su comun madre, sino que prefiriesen la utilidad pública á sus particulares intereses.

D. del D. 2439. A. de J. C. 559.

Entre todos los grandes (2439) Pisistrato era el que al parecer penetraba mas los discursos de Solon. Eran los dos parientes, amigos íntimos, y tenian muchos rasgos de conformidad en su carácter. Pisistrato era honrado, afable y generoso: siempre tenia al rededor de sí dos ó tres esclavos con sacos de dinero, y cuando encontraba pobres ocurria á sus necesidades. A los que la miseria parecia sumergir en la tristeza, les daba para que pudiesen ganar el pan; mas no lo suficiente para que viviesen en ociosidad. Tenia todas las calidades convenientes á un grande. Su jardin y sus huertas estaban abiertas para que todo el mundo pudiese pasearse en ellas y tomar frutas. Se mostraba muy zeloso defensor de la igualdad de los ciudadanos: se declaraba contra toda innovacion; y en su conducta manifestaba moderacion y benignidad. Solon descubrió el objeto de sus artificios; mas no quiso romper con él, esperando atraerle á la razon. *Si no fuera por tu ambicion*, le decia, *serías el mejor ciudadano de Atenas.* Viendo Solon que no hacian efecto sus discursos en Pisistrato, los comunicó á otros para que estuviesen prevenidos contra él, no fuese que tan buenas calidades llegasen á ser funestas á su patria.

Por este tiempo se presentó Tespis, á quien se tiene por inventor de la tragedia. Corrian los ciudadanos á su espectáculo, y como el teatro siempre es útil para las facciones, Solon, que concurrió como los otros, le dijo á Tespis al salir: ¿No te da vergüenza vender tantas mentiras? ¿Y qué mal hay en eso? respondió Tespis. ¿No se sabe ya que estas son ficciones poéticas, y que es una pura diversion?" "Sí, replicó Solon, dando un golpe en el suelo con su báculo; pero si sufrimos esa diversion, presto pasará á nuestros asuntos mas serios."

No dejó de suceder lo que Solon habia previsto en Pisistrato. Este político fino advirtiendo el afecto con que le miraba el pueblo, resolvió aprovecharse para ocupar el trono. Se escapó un dia al lugar en donde estaba todo el pueblo junto, como si le persiguieran, y manifestó algunas ligeras heridas que él mismo se habia hecho, como si las hubiera recibido de otros. Pidió guardia, y se opuso Solon diciendo cuanto pudiera abrir los ojos á los atenienses sobre las consecuencias de la peticion. Habló despues Pisistrato, y fue recibido su discurso con grandes aplausos. Se contentó Solon con decir: *No hay cosa mas dulce que sus palabras.* Se iba calentando el pueblo, nada decian los ricos, que veian bien el término en que habia de parar el negocio; y Solon se retiró.

Al punto que se ausentó concedieron á Pisistrato cuatrocientos hombres de guardia, y él no tardó en servirse de ellos para apoderarse de la soberanía con la astucia siguiente. Indicó una asamblea, y convidó al pueblo á que viniese con sus armas. Cuando ya estaban juntos empezó á arengar en voz

baja; y como el pueblo se quejase de que no le oia, dijo: Consiste en el ruido de las armas; y les suplicó que las depositasen en un templo vecino. Las tomaron sus guardias, y se hizo proclamar rey soberano. Solon hizo tambien resistencia, y tanta que se admiró Pisistrato, diciéndole: *¿Quién te ha inspirado tanto atrevimiento?* Y él respondió: *Mi vejez.*

No puede verse mas honradez que la que observaron entre sí Pisistrato y Solon. Es verdad que este dejó á Atenas; pero el otro intentó lo imposible para hacer que volviese. Procuró justificarse con un hombre que estimaba, y le hizo patente que muy lejos de destruir sus leyes, miraba como obligacion sostenerlas: le empeñó con la mayor ternura á que viniese á acabar sus dias en su patria. "Vuelve, que Solon no recibirá agravio alguno de Pisistrato; y esto no necesito jurarlo. Mis enemigos, los mas declarados, no osarán inspirarme desconfianzas en este punto. Si quieres ser del número de mis amigos, tú serás el primero: si estás determinado á no tener conexion conmigo, vive en Atenas como mejor te parezca, con tal que yo no sea la causa de que nuestro pais sienta la desgracia de no poseerte." La respuesta de Solon no es menos afectuosa. En aquel tiempo se daba á los reyes el nombre de tiranos, sin que lo tuviesen por insulto; y así le dice: "Bien persuadido estoy á que no me harás mal alguno. Antes de verte tirano era yo tu amigo, y ahora no soy mas enemigo tuyo que todo ateniense que no quiere la tiranía. Decida el pueblo cuál es el mejor gobierno: si el tuyo, ó la democracia que yo establecí. Por mi parte declaro que eres el mejor de los tiranos." Se escusa

La supuesta Minerva.

Desterrado de Atenas Pisístrato, se atrevió á intentar y logró que sus emisarios hiciesen creer al pueblo que Minerva misma le restituiría: y habiendo disfrazado á una hermosa jóven con el trage y atributos de la Diosa, atravesó con ella en un soberbio carro de triunfo por la Ciudad, cuyos habitadores la adoraron, y recibieron con aclamaciones al que poco antes habian arrojado con oprobrio.

T. L. Engulde de sc. fec. Jf. Fonseca cond.

despues sobre volver, porque pudieran pensar que su vuelta era una aprobacion. Con efecto, murió en el destierro que él se eligió, y Atenas le levantó estátuas. Todavia tenemos enteras la carta de Solon y la de Pisistrato.

Habia Pisistrato engañado al pueblo para hacerse su dueño; pero presentándose una faccion mas poderosa le abandonó, y cuando se vió precisado á huir, sufrieron los atenienses que sus bienes se pusiesen en venta, bien que ninguno los compró temiendo que volviese: y fue prudente esta precaucion; porque uniéndose por medio del matrimonio á la faccion que le habia espulsado, pudo recobrar la soberanía; lo que no fue dificil, pues no teniendo ya enemigos entre los grandes, solo le restaba engañar la credulidad del pueblo. Esparcieron sus emisarios por la ciudad que Minerva por sí misma venia á traer á Pisistrato á la ciudadela; y con efecto, al dia siguiente se presentó en un carro triunfal una doncella de mas magestuosa talla que la ordinaria de su sexo. Tenia todos los atributos de la diosa, y atravesó con ellos la ciudad, llevando á su lado á Pisistrato. La adoró el pueblo, y no le quedó duda alguna. Por poco que hubiera pensado hallaria que la supuesta diosa era una doncella sin nobleza ni fortuna, aunque de gran belleza, á quien habia instruido para hacer este papel, y que por haberle representado bien la casaron con Hiparco, hijo del que acababan de exaltar de nuevo.

No duró mucho el triunfo de Pisistrato, porque otra faccion le hizo dejar la ciudad y abandonar la soberanía; pero si en las dos primeras veces procedió como raposa astuta, en la tercera se portó como leon. Le dieron sus amigos tropas: con su

manejo le favoreció un partido en la ciudad: sorprendió á los atenienses, que hacian la guerra con negligencia y sin efusion de sangre; y volvió á entrar en la ciudad, precediendole una amnistía ó perdon general. Entonces, mezclando el rigor con su antigua benignidad, desterró algunos de los demócratas mas obstinados; y sabiendo por esperiencia que la ociosidad, las juntas y la comunicacion son las que engendran y mantienen las facciones, dió ocupacion á los atenienses. Envió la mayor parte que pudo al campo, y por otros medios que juntan la utilidad con la suavidad se procuró un reino tranquilo.

Pagaban los atenienses la décima de sus rentas, y aunque este impuesto se empleaba en el servicio del estado, hacia odioso á Pisistrato que obligaba á pagarle. Le sucedió que paseándose por el campo vió un anciano que arrastrando por un sitio pedregoso arrancaba alguna cosa. "¿Qué es lo que te produce tu trabajo?" preguntó Pisistrato. "Mucha pena, y algunas plantas de salvia silvestre, y aun de esto hay que dar la décima á Pisistrato." Al dia siguiente hizo venir al anciano á su presencia, y le declaró exento de todo tributo para siempre.

Se vió en una ocasion muy embarazado sobre lo que debia hacer con unos jóvenes insolentes, que viendo en la calle á su muger la habian faltado con grosería al respeto. Fueron al dia siguiente á pedir perdon á Pisistrato; pero era peligroso egemplar el dejarlos sin castigo. No obstante, los oyó con benignidad, y les dijo: "Yo os aconsejo que en adelante procedais con mas modestia; pero en cuanto á mi muger, no salió ayer de casa en todo el dia." Así como paliaba las faltas de los otros, sabia hacer con destreza escusables las propias. A algunos ciu-

dadanos los habia enojado: estos se retiraron á la ciudadela muy picados; y al dia siguiente fue á desagraviarlos cargado con una balija. Le preguntaron ellos: ¿Qué significa eso? "Esto quiere decir, les respondió, que quisiera yo llevaros conmigo á Atenas, ó quedarme con vosotros; y así si os quereis quedar, aqui traigo mi equipage." Todos se volvieron con Pisistrato.

Dejó su poder á sus dos hijos Hipias y Hiparco; mas no se sabe si le disfrutaron juntos. Se conjuró contra su vida el partido contrario, y solamente mataron á Hiparco, que era un hombre de genio dulce, y cuya conducta representaba bien la de su padre. Hipias, que hasta entonces habia manifestado las mismas propiedades, irritado con la muerte de su hermano, se hizo feroz y aun cruel. Mandó poner á cuestion de tormento á Aristogiton, uno de los principales conjurados; y este infeliz, como si no pudiera resistir al dolor, nombró á los partidarios del rey, y este sin mas exámen los mandó matar. "Ahora, le dijo Aristogiton, ya no conozco á ninguno que merezca morir sino á tí." En la misma ocasion una dama cortesana llamada Lacena, temiendo rendirse con la fuerza del tormento y descubrir á su amante, se cortó la lengua con los dientes, y se la escupió á Hipias en el rostro.

Estas crueldades alborotaron contra él á los atenienses. Le arrojaron del trono, y juraron un odio irrevocable á él y á toda su familia. Hipias por su parte no dejó piedra por mover para suscitarles enemigos. Ya estaba sembrada la semilla de rivalidad entre Atenas y Lacedemonia; pero esta rivalidad la convirtió Hipias en recíproco furor. Pretendian los lacedemonios que los atenienses no debian volver á

la democracia; porque siendo un gobierno tumultuario y variable, no daba confianza á sus aliados, y que ya en adelante no se podria tratar con ellos. A los atenienses les pareció mal que quisiesen los de fuera darles leyes. Se encendió pues una guerra encarnizada entre los dos estados rivales con acciones muy sangrientas, en que se distinguia Hipias: este fue hasta Persia á buscar enemigos contra sus antiguos vasallos. Contaba principalmente con el buen éxito, porque sus maniobras tenian á los atenienses en guerra con sus vecinos; y los que no se habian declarado enemigos estaban tan indiferentes ó tibios, que los de Atenas solamente podian contar con sus propias fuerzas, cuando el que habia sido su príncipe trajo contra ellos los persas á las llanuras de Maraton.

Mandaba en esta espedicion Milciades, auxiliado de Arístides y Temístocles, todos tres recomendables por sus grandes prendas y por los servicios hechos á su república; pero todos tres mal recompensados. Desde luego consultaron entre sí sobre qué seria lo mejor, si atacar á los persas ó esperarlos. Prevaleció el parecer de Milciades, que fue el de atacarlos. Alternaban en el mando, y era el dia de Arístides, pero cedió el mando generosamente á Milciades, reservándose él y Temístocles el honor de dar egemplo á los demas. El atrevimiento de los atenienses, que en tan corto número atacaron á los persas, admiró á estos, y algo los desordenó. El fiero continente de sus enemigos y su disciplina, junta con su constancia, decidió de la victoria. De un ateniense llamado Cinegiro se cuenta esta accion notable. En el momento que los persas empezaban á desordenarse advirtió que una de sus naves, car-

Batalla de Máraton.

Solos, sin socorro alguno, y con un pequeño exercito los Atenienses, debian resistir en Máraton al inmenso exercito de los Persas. Milcíades sin embargo vota que se dé la batalla, sus generosos colegas le ceden el mando, sirven á sus ordenes: y derrotando completamente á sus enemigos, que precipitadamente se reembarcan, hizo ver Milcíades que la habilidad y el valor pueden triunfar de la multitud.

T. L. Enguid.t la grabó.

gada de fugitivos, procuraba separarse de la ribera. Quiso Cinegiro detenerla con la mano derecha, y se la cortaron de un hachazo: la agarró con la izquierda, y tambien se la cortaron: por último, cayó muerto de las heridas. Autores hay que dicen, que viendose sin manos quiso detener la nave con los dientes, y entonces le cortaron la cabeza.

Se embarcaban los persas precipitadamente para tomar á Atenas por sorpresa, pues todas sus fuerzas las habia enviado al egército; pero Milciades que advirtió su designio, llegó á marchas forzadas á tiempo de salvar la ciudad. Erigieron en el campo de batalla arcos triunfales á honra de los vencedores. Los atenienses, los aliados, y hasta los esclavos que hicieron patria propia la de sus amos, y dieron la vida por ella, tuvo cada uno su distinto monumento. Esta batalla fue representada en las paredes de los pórticos de Atenas; y Milciades logró por premio ver allí escrito su nombre.

Se aprovechó de aquel momento del favor popular merecido por su victoria para pedir que le dispusiesen una armada para destinarla á una espedicion secreta. La empresa decia, nos traerá grandes riquezas. Ninguno se informó de si era injusta; y Milciades la dirigió contra la isla de Paros; pero defendiéndose los isleños con valentía, fue peligrosamente herido, y volvió triste con las reliquias de la armada á sus puertos. Le hicieron causa de haber abusado de la confianza de la república para empeñarla en una empresa ruinosa y de poco honor; pero los mismos atenienses pudieran haberlo examinado antes. A esto se añadió imputarle que habia sacrificado el interés de la república al personal, y que habia atacado á los parios sin otro fin que

vengarse de una injuria que pretendia haber recibido de ellos. Tanto se recalentaron los espíritus, que no le concedieron tiempo para sanar de su herida y defenderse por sí mismo. Le dieron un abogado y se pleiteó este asunto con tan grande solemnidad en presencia del pueblo, que este juzgó que Milciades no merecia pena capital; pero le condenaron á una multa equivalente á los gastos del armamento; y no pudiendo pagarla, le pusieron en la cárcel, en donde estuvo algun tiempo consumiendose y al fin murió.

Contento el pueblo porque le dejaban egercer algunos actos de soberanía, no pensaba en que solo era el juguete de los grandes y el instrumento de sus pasiones. Siempre habia en la ciudad dos partidos: uno por el gobierno aristocrático, otro por el democrático. Al primero le autorizaba la probidad de Arístides: el segundo se apoyaba sobre la habilidad de Temístocles.

Estos dos hombres se habian criado juntos, y desde su primera edad reinaba entre ellos una emulacion que era la causa de la oposicion perpetua en sus modos de pensar. Con la edad se fue aumentando la disposicion á contrariarse; y si uno hacia una proposicion, siempre estaba el otro pronto para contradecirla; pero esta inclinacion se manifestaba especialmente en los negocios públicos. Uno y otro tenian amor á la patria, y no podian menos de conocer el peligro de semejante conducta. Saliendo un dia de la asamblea del pueblo, se le escapó á Arístides decir: "No hay salud para los atenienses mientras á los dos no nos arrojen en el báratro." Así llamaban el lugar adonde precipitaban los reos condenados á muerte.

Arístides era de un genio inflexible, y por poco

que se interesase la justicia, no conocia parentesco ni amistad. Era incapaz de prestarse á ninguna condescendencia; y por esto le dieron el sobrenombre de justo. Temístocles admitia respetos y guardaba atenciones. ¡No quiera Dios, decia él, que yo me vea sentado en un tribunal, en caso de que mis parientes y amigos no tengan mas crédito que los estraños! Era naturalmente impetuoso, sutil, atrevido, y propio para revestirse de toda suerte de formas por conseguir sus intentos. Arístides por el contrario solo conocia el camino derecho sin rodeos. Era de una de las primeras familias de Atenas sin mezcla de sangre estrangera: hacia mucha estimacion de las leyes de Licurgo, cuyo rigor se acomodaba á su carácter; y á fuerza de meditar en los principios de aquel legislador, llegó á ser gran partidario de la aristocracia. Temístocles por el contrario se declaró por el partido del pueblo, con el cual tenia conexion por su madre, que no era de nacimiento muy distinguido.

En el intérvalo de reposo que lograron los atenienses, despues de la victoria de Maraton, volvieron de nuevo las querellas sobre el gobierno. Siempre se hallaba Temístocles con Arístides al frente, porque á cada paso le detenia en su proyecto de dominar con la influencia del pueblo; pero el ostracismo dió á Temístocles el medio de libertarse de un rival tan incómodo.

El ostracismo desterraba por diez años á los que por sus distinguidas prendas podian poner en peligro la libertad pública. De este modo era un castigo del mérito, inventado, segun lo creia el público, para disminuir el escesivo poder de algunos particulares; pero en realidad era el medio mas seguro para

que un partidario diestro se deshiciese de un hombre prudente y constante que se opusiese á sus perniciosos fines. El ostracismo se practicaba así: cada ciudadano escribia en una conchita el nombre del que queria desterrar. Se contaban todas; y si no llegaban á seis mil, no habia ostracismo: pero si escedian de este número, aquel á quien condenaban debia dejar el pais por diez años, aunque le daban facultad para disponer de sus bienes á su arbitrio.

Temístocles consiguió su intento esparciendo la fama de que Aristides, valiéndose del nombre justo, y procurando que le eligiesen árbitro en la mayor parte de las diferencias, se habia formado insensiblemente una monarquía sin guardias, y sin el aparato de la soberanía. Porque, decian los emisarios, ¿qué es lo que constituye al monarca sino el prescribir leyes? Bien preparados los espíritus con este sofisma, cuando menos se esperaba se esparcieron por la plaza el pueblo y gentes del campo pidiendo el ostracismo; y fue preciso proceder al escrutinio. Un paisano de los arrabales de Atenas, que no sabia escribir, fue con su conchita á Arístides y le suplicó que le escribiese en ella el nombre de Arístides, y este esclamó: *Está bien: ¿pero qué tienes que decir de ese hombre? ¿te ha hecho algun agravio? ¿A mí agravio?* dijo el paisano: *ni siquiera le conozco; pero estoy cansado y enfadado de oirle llamar por todas partes el justo.* Se sonrió Arístides; y tomando la conchita escribió su nombre. Cuando los magistrados le intimaron la sentencia se retiró modestamente; y levantando los ojos al cielo, dijo: "Pido á los dioses que no vean jamas los atenienses el dia en que tendrán que acordarse de Arístides." Aquí debe advertirse que cesó despues

Destierro de Arístides.

Se hacia el escrutinio para el destierro de Arístides, y un rustico presentó su conchilla al mismo Arístides pidiendole que escribiera en ella el nombre de Arístides. *Este le preguntó,.. ¿Te ha hecho algun agravio ese hombre?".. Ni aun le conozco. respondió; pero estoy enfadado de oir llamarle continuamente* El Justo." *Arístides sonriendose tomó la conchilla escribió su nombre, y la volvio al rustico.*

T.L. Engald.º de ag. fir.

Alex.º Blanco cond.

de algun tiempo el ostracismo en Atenas con el motivo de haber condenado en esta forma á un hombre perverso, y desde entonces se miró esta especie de castigo como mancha y deshonra; y así no le volvieron á usar.

No pasaron cuatro años sin que se cumpliese lo que habia previsto Arístides. Preparaban los persas una invasion formidable en Grecia, y su principal objeto era Atenas. Temístocles, que ya se habia hecho el dueño, pero siempre con la precision de guardar muchas atenciones con el pueblo, aunque sabia poco mas ó menos el partido que debia tomar, consultó al oráculo, y este respondió, que no se salvaria el estado sino con murallas de madera. La obscuridad de esta respuesta la ilustró Temístocles, diciendo á los atenienses, que no tenian otro recurso que el de abandonar su ciudad, montar la armada que él tenia dispuesta, é ir á pelear con la de los persas, antes que esta inundase su patria con la multitud que iba á vomitar en Grecia.

Abandonar la ciudad y dejar sus casas, los templos y los sepulcros de sus mayores, ¡qué dura estremidad! ¿Y qué habia de ser de las mugeres y los niños? El orador, que se esforzaba en tono patético por dar valor á estas razones, é impedir el decreto, fue apedreado en medio de sus arengas; y las mugeres, para que no se creyese que estaban menos determinadas que los hombres, apedrearon á su esposa. ¿Cómo habian de resistir á la esplicacion de Temístocles? Los sacerdotes anunciaron que el sagrado dragon no queria comer, y acababa de desaparecerse; que sin duda huia de una ciudad que debia abandonarse; y que la misma diosa le habia precedido. Algunas mugeres lo aseguraban, dicien-

do que le habian visto salir. ¿Cómo era posible que con esto se quedase ninguno? Distribuyeron dinero á los ciudadanos pobres para que hiciesen sus preparativos; y como no habia bastante en el tesoro público, y los ciudadanos no se daban prisa á suplirle, esparció Temístocles la fama de que el escudo de Minerva, en que estaba grabada la cabeza de Medusa, habia sido robado. Ordenó pues que se visitasen todas las casas, lo que se egecutó sin obstáculo; no encontraron el escudo; pero sí mucho dinero con que gratificar á los menos acomodados.

D. del D. 2519. A. de J. C. 479.

En este estremo desconsuelo (2519) empezó el pueblo á echar menos á Arístides: el mismo Temístocles tenia tanta confianza en la virtud de su rival, que le hizo llamar con los otros desterrados. Arístides á su vuelta trató con mucha atencion á Temístocles, y este egecutó lo mismo, sacrificando uno y otro con generosidad sus resentimientos al público interes.

Las armadas persiana y griega se avistaron cerca del Peloponeso, no lejos de Salamina. Salamina nombre de buen agüero, insertado como tal en el oráculo esplicado por Temístocles. Al acercarse el peligro que amenazaba á los atenienses, conoció el resto de la Grecia, que toda ella corria el mismo riesgo: y así cada uno se dió prisa á enviar socorros. Se distinguieron los lacedemonios, y dieron la comandancia general á Euribiades. Este no era de parecer de que se pelease en el estrecho. Temístocles, que habia formado su plan, le sostuvo con fuerza, y tal vez con demasiado calor. Euribiades levantó el baston, y el ateniense dijo: *Da enhorabuena; pero escucha.* Esta moderacion desarmó al lacedemonio: adoptó la opinion de Temístocles, y se decidió que

Temístocles y Euribíades.

Propuso Temístocles á los otros Generales griegos que se diese en Salamina el combate naval á los Persas; se opuso Euribíades, Comandante general de la Grecia; insistió Temístocles; Euribíades alzó el baston para darle; Temístocles sin alterarse le dixo: Dá; pero escucha: *y siguiendo en fundar su voto, convinieron todos, se dió el combate, y coronó la victoria el voto de Temístocles.*

I. L. Enguid.º de ag. fec. J. Garrido cond.

se diese la batalla en el estrecho. Pero se ofrecia otra dificultad. No querian los peloponesos la batalla tan cerca de sus tierras, porque si eran vencidos quedaban espuestos á una desolacion inevitable. Se opusieron pues; y durante la noche hicieron sus preparativos para retirarse de la armada el dia siguiente. Temístocles, asustado con una desercion, cuyo egemplo pudiera ser contagioso, envió en la misma noche un hombre de su confianza, que suponiendo ser desertor advirtió al general persiano que una parte de los griegos, contando por seguro que serian vencidos, se disponia á salvar sus vidas; y que si los persas no impedian aquella fuga, perdian un botin considerable. Cuando los del Peloponeso se quisieron hacer á la vela el dia siguiente, hallaron á los persas preparados para cortarles el paso. De este modo se vieron en la necesidad de esperar como los otros el combate.

Antes de este, Arístides, que habia examinado con atencion las acciones y movimientos de Temístocles, fue á verse con él, y le dijo: "Si somos prudentes renunciaremos á nuestras disputas, y pelearemos con noble emulacion á cual mejor servirá á la Grecia, tú como comandante, y cumpliendo la obligacion de un valiente capitan, y yo obedeciendo y ayudándote con mi persona y mis consejos. Veo que tú has juzgado con razon, aconsejando que se pelee cuanto antes en el estrecho: nuestros aliados son de contrario parecer; pero los mismos enemigos parece que dan fuerza á nuestro plan, rodeándonos con sus naves por todos lados; de suerte, que hasta los que quieran evitar la batalla se verán en la precision de pelear por no poder huir." "Avergonzado estoy, Arístides, le respondió Temístocles, al considerarme

vencido en generosidad. Me esforzaré cuanto pueda por ver si puedo hacer mas que tú, ó por lo menos igualar, si es posible, con mis acciones este noble paso que acabas de dar." Entonces le dió parte de la estratagema que habia usado para contener á los del Peloponeso, y Arístides la aprobó.

El suceso de esta batalla, ventajosa á los griegos, los libró del presente peligro; y la destreza de Temístocles, con otra nueva estratagema, les quitó el temor de los proyectos que pudiera haber formado Gerges con las tropas que le quedaban. Hizo saber secretamente á este príncipe que los griegos se disponian para cortar el puente que habia hecho construir sobre el Helesponto. Al punto se puso en fuga, y se dispersó su grande egército. La envidia de la agena gloria, y el amor propio nacional no permitieron á los lacedemonios proceder con tanta justicia que no diesen el premio del valor á su general Euribiades; pero dieron el premio de la prudencia á Temístocles con una corona de oliva. Le regalaron un hermoso carro, le colmaron de todas las honras que podian espresar su estimacion. Hubo una fiesta general en el istmo del Peloponeso, á la que asistieron todos los capitanes. Uno de los principales motivos de la asamblea, era que señalasen unos y otros quiénes fuesen los dos que mas se habian distinguido en Salamina, y la eleccion de estos dos dependia de su testimonio. Escribieron cada uno dos nombres en un billete; y cuando los abrieron se advirtió, que cada cual se daba á sí el primer lugar, y el segundo á Temístocles, con lo que se probó que Temístocles merecia el primero.

Durante estos triunfos esperimentaba Atenas la infeliz suerte que la habian anunciado, y fue des-

truida. La castigaron los persas por las pérdidas que habian padecido, en las que creian que los atenienses habian tenido la mayor parte. A la verdad mucho contribuyeron para la victoria de Platea, mandados por Arístides. Sus naves favorecieron muy poderosamente á los esfuerzos de los otros griegos en Micala, en donde la flota persa quedó casi destruida. El furor y la venganza trajeron otra vez de nuevo á los persas contra Atenas, que ya empezaba á levantarse, é hicieron cuanto pudieron por borrar hasta sus ruinas; pero renació de sus cenizas, y no tardó en recobrar su fuerza y esplendor. Los ciudadanos llevaron á ella sus familias, que se habian dispersado por toda la Grecia. Temístocles reparó las pérdidas del tesoro público por un medio poco delicado, y del que los mas fuertes no hacen escrúpulo contra los mas débiles; pues recorrió las islas y las costas, sacando fuertes contribuciones de los que no habian querido tomar partido en la guerra, y haciéndoles pagar bien cara la neutralidad que habian afectado. Estas escursiones reforzaron la marina ateniense, hasta el punto de dar zelos á los lacedemonios.

No solo se repoblaba y hermoseaba Atenas, tambien se fortificaba con buenas murallas. Un puerto seguro y capaz de contener una grande armada, se iba formando en el Pireo, juntándole con la ciudad por medio de un muro. Bien advirtieron los lacedemonios que si dejaban concluir estas obras perdian el dominio que egercian sobre la Grecia, y pasaria este á los atenienses. Enviaron pues diputados encargados de interrumpirlas, y, como es regular, no hablaron de sus particulares intereses, cubriéndose con el pretesto del interés general. "Si haceis á Ate-

nas, decian, una plaza fuerte con la ventaja de un puerto bueno y capaz, y los persas llegan á conquistarla, se harán fuertes en ella como en una plaza inespugnable, y darán desde ahí la ley á toda la Grecia." Les suplicaron por consecuencia, que cesasen en una empresa tan perjudicial: despues de suplicar insistieron, y despues de haber insistido mandaron. Los atenienses querian oponer la valentía á la insolencia, y romper antes que ceder; pero Temístocles hizo presente que no era favorable el momento para hablar con altivez: que esta podria servir para escitar á los lacedemonios á algun esfuerzo violento, cuyo suceso seria destruir lo que estaba empezado: que mejor seria remitir el punto á la negociacion; y se ofreció á manejarla por sí mismo.

Partió pues con los diputados de Lacedemonia, tomó el camino mas largo, y los fue por él divirtiendo. No obstante, á pesar de estas lentitudes llegó antes que sus cólegas de embajada. En Esparta quisieron que se empezase á tratar del asunto: pero hizo presente que nada podia hacer sin sus compañeros. Mientras los esperaban trabajaban los atenienses de dia y de noche en sus construcciones, poniendo mano todos con la mayor aplicacion. Llegan por último los cólegas, y con ellos la noticia de que ya las obras estaban casi acabadas. Culpan todos á Temístocles; pero él niega, y dice que no lo puede creer. Precisado á ceder á las pruebas que le daban, todavía duda, y dice, que el asunto merece el cuidado de asegurarse positivamente, y que así era preciso enviar comisarios á informarse en los mismos lugares. Cuando llegaron estos, reconocieron cuanto se habia abusado de la buena fe de los lacedemonios; y cuando quisieron partir, como

ya Temístocles habia prevenido la conducta que se habia de observar con ellos, los detuvieron sin permitirlos regresar, hasta que ya Temístocles estaba de vuelta. Siempre que le hablaban de esta supercheria, acompañada de tantas mentiras, respondia: *Eso era bien de la patria, y no hay cosa que no debamos hacer por ella.*

Arístides con tenerla tanto afecto, no se hubiera valido de semejantes medios, aunque Atenas hubiera sacado de ellos las mayores ventajas; y así lo hizo ver bien en la ocasion siguiente. Temístocles, siempre ardorosamente empeñado en aumentar el poder y riquezas de los atenienses, habia concebido el proyecto de hacerlos dueños del mar, y de este modo únicos poseedores de los tesoros del comercio. Para esto pensó en quemar las naves de los otros estados, y tenia pensados los medios. Se presenta al pueblo, y le anuncia una empresa en estremo útil; pero que pedia el secreto. Pide que le autoricen para egecutarla. Respondió la asamblea que podia comunicarla con Arístides, y si este la aprobaba se egecutaria. Escucha Arístides, y dice despues á la asamblea: "Lo que Temístocles propone es una cosa ventajosísima para los atenienses; pero tambien es la mas injusta." Al oir estas palabras despreció el pueblo el proyecto; y sin duda tuvo presente que habia sido demasiado condescendiente á una proposicion de Milciades, semejante á esta. Bello espectáculo es un pueblo arrepentido de haber sido injusto.

La guerra con que á los griegos amenazaban siempre los persas les hizo tomar la resolucion de mantener á espensas del comun un cuerpo de egército, siempre pronto para acudir al peligro mas urgente; pero ¿cómo se habia de determinar justa-

mente, qué dineros y qué tropas debia dar cada estado? Todos los griegos unánimes pusieron los ojos en Arístides para que hiciese esta reparticion; él cumplió este encargo con una equidad que contentó á todos los interesados, y la inviolable fidelidad en la distribucion y custodia de los caudales, le mereció las alabanzas de toda la Grecia. Temístocles impaciente, como envidioso por estos elogios, dijo un dia: "Y bien, ese es el mérito de una arca fuerte." "A lo menos, le dijo Arístides en otra ocasion, lo es el tener las manos limpias, y no ser esclavo del dinero." De este modo dos hombres, por otra parte tan apreciables, no se podian contener en la pequeña satisfaccion de zaherirse. Por entonces mandaba Temístocles en Atenas, haciendo reinar la democracia; lo que le conciliaba el amor del pueblo. A pesar de Arístides habia conseguido que los arcontes, ó primeros magistrados de la república, que antes se elegian de entre los ciudadanos distinguidos, pudiesen en adelante tomarse en el pueblo sin distincion. Llevó Arístides con paciencia este triunfo de su rival, que fue el último.

No podian los lacedemonios perdonar á Temístocles el haberlos burlado en el negocio de las fortificaciones de Atenas. Ya por otras ocasiones en que se habia opuesto con razon á sus injustas empresas y los habia vencido, conocieron que tenian en él un enemigo, de que no podrian desembarazarse sino perdiéndole. Fue tanto lo que enredaron en Atenas, suscitaron tantas quejas contra él, y ganaron á tantos atenienses, que este mismo pueblo, en donde era el ídolo, no solo le abandonó, sino que le desterró por el ostracismo. Se retiró á la córte de Admeto, rey de los molosos, y allí le persiguieron los

lacedemonios. Considerandose el rey con poco poder para defenderle, le dió dinero para que se salvase en Asia; pero él se refugió en Persia, á la que habia hecho tantos males, y fue bien recibido; porque el emperador le dió una muger persiana, tierras, y grandes privilegios para sí y sus descendientes. Arístides muy lejos de triunfar de la desgracia de su rival, no quiso juntarse á sus enemigos; antes bien se opuso á la pena de muerte á que le querian sentenciar; y siempre habló de él con mucha estimacion.

Habia educado á un jóven llamado Cimon, hijo de Milciades el vencedor de Maraton, y digno de tal padre, á quien igualó en la constancia y valor; pero el hijo fue mas dichoso. Le comparaban á Temístocles en la energía del juicio, y á Arístides en la probidad. Hizo Cimon los primeros ensayos militares en Salamina, y á poco tiempo le hicieron comandante en gefe. Mientras mandó no conocieron los atenienses sino la victoria. En un mismo dia ganó dos contra los persas, una en el mar y otra en la tierra. En esta persiguió á los soldados de la armada que se habian juntado con los del campo, los derrotó enteramente, y así en tierra como en mar logró un botin inmenso. Con solos cuatro navíos atacó una armada y la venció, haciendose dueño del Quersoneso: se apoderó de las minas de oro de Tracia, que era el objeto principal de su espedicion; volvió con sumas prodigiosas para el tesoro público; y no se olvidó de sí mismo. Con sus riquezas pudo satisfacer á su generosidad característica, porque daba liberal aun antes que le pidiesen. Nunca de Cimon se retiró descontento ciudadano pobre. Era familiar sin bajeza, y reservado sin altivez.

Al mismo tiempo se presentaba en la escena pública un hombre, cuyo carácter hacia en muchos puntos contraste con el de Cimon: este era Pericles, descendiente de los que habian espelido de Atenas á los Pisistratos. Sola esta ventaja le daba ya un grado de favor en el pueblo; al mismo tiempo que la franqueza de Cimon, que no ocultaba su afecto á la aristocracia, le hacia mala obra respecto de la multitud que miraba con sospechas su generosidad. Gustaba Cimon de presentarse: en su rostro se observaba cierto aire de serenidad, y en sus modales una afabilidad que encantaba. Pericles rara vez se daba al público, y solo como forzado de la obligacion de sus empleos. Siempre le veian con la gravedad de magistrado severo ó de juez: ocultaba su talento para la elocuencia, aunque la poseia en supremo grado, por no despertar la envidia. Si hubiera podido habria mudado su fisonomía, que era algo parecida á la de Pisistrato, porque habia advertido que se notaba en él esta semejanza, y que los zelosos de la democracia sacaban de ella funestas inducciones. ¿Tan espantadizos son los que se llaman republicanos?

Se estableció una lucha entre varios rivales, y cabezas de dos facciones, que suponian no mirar á otro interés que al del público. Los zelosos demócratas decian: "Si dejais á los grandes las dignidades militares y civiles, los cargos de judicatura y los empleos lucrativos, se verá el pueblo tratado como esclavo, y oprimido de impuestos para sostener el fausto de los ricos." Estos defendiendo sus prerogativas replicaban: "El pueblo ocupado en sus diarios trabajos no puede adquirir las calidades necesarias para mandar y juzgar, y muchas veces le im-

pedirán sus necesidades que maneje con integridad los caudales de la república. Por su propio interés es preciso quitarle los medios de pretender empleos que serian para él peligrosos." En consecuencia de esto se combinaban las formas de eleccion, el modo de recibir los votos, las prohibiciones, las esclusiones: en una palabra, todo cuanto podia dar al pueblo mas ó menos preponderancia en las elecciones: en esto consistia el grande arte del gobierno. Con esta mira estaban los gefes rodeados de emisarios que se esparcian por la plaza pública para dirigir los votos y la eleccion del pueblo.

Tenia Pericles grande habilidad en esta especie de manejo. Se presentaba siempre solo; pero tenia multitud de partidarios activos y bien instruidos, que agitaban al pueblo del modo necesario para el buen éxito de sus proyectos. Subia á arengar siempre con cierto aire de timidez y de circunspeccion: bien se pudiera decir de hipocresía. "No permitan los dioses, decia, que se me escape palabra que pueda comprometer los intereses del pueblo." Hablaba, y se ausentaba. A pesar de todos estos artificios vencia el partido de los grandes, porque Cimon era mas rico, y podia dar mas. Pericles halló medio de reparar esta desigualdad distribuyendo el dinero del público, y de este modo se llevaba el pueblo á su propia costa.

Estuvo indecisa la victoria por algun tiempo entre los dos partidos, hasta que se decidió con una acusacion pública contra Cimon. Le acusaban á este de haber recibido presentes de los macedonios porque no entrase en sus estados, despues de haber quitado á los persas las minas de oro de Tracia. "Yo no lo hice, respondió Cimon con valentía, porque

no soy enemigo del género humano: y así respeté una nacion distinguida por su justicia, y cuyos beneficios, dignos de reconocimiento, fueron de grande utilidad para mi egército y para mí, mientras estabamos sobre sus fronteras. Si mis conciudadanos tienen por delito lo que me oponen mis enemigos, sufriré su juicio; pero sin advertir en qué he faltado." Se sabia por tan cierto que esta acusacion era provocada y dirigida por Pericles, que recurrieron á él para suspender los efectos. El era uno de los acusadores nombrado por el pueblo, y tal vez el mas temible. Elpinice, hermana del acusado, fue á solicitar su favor, y él la recibió con una sonrisa que no era tan picante como la respuesta, porque la dijo: ya no eres tan jóven para que te emplees con buen éxito en semejantes negociaciones. Dicen que esta respuesta tan poco obsequiosa ocultaba la impresion que la negociadora habia hecho en él, por los efectos que despues se vieron.

En el curso del proceso sola una vez habló Pericles, y con las mayores atenciones hácia Cimon. Pasó tan ligeramente por el punto que se trataba, que parecia no tenerle por culpado; pero sin duda contaba con otros oradores menos condescendientes, y no se engañó: pues Cimon salió desterrado por el ostracismo. Eran tan severas las leyes de este destierro, que en una guerra contra los lacedemonios no pudo conseguir Cimon que le permitiesen pelear. Se presentó á su tribu, y pidió que le recibiesen en las filas como simple soldado: y se lo negaron. Sus amigos le suplicaron que á lo menos les dejase sus armas, como prenda y señal de la victoria; pero nada hizo esta prenda, porque fueron vencidos los atenienses. Echaron menos á Cimon, y les per-

mitió Pericles que le llamasen. Se cree que hubiese entre ellos algun convenio por mediacion de Elpinice; y este era que Cimon no se mezclase en los negocios, y Pericles le dejaria mandar los egércitos.

Aquellos bellos egércitos (2550) siempre victoriosos cuando los mandaba Cimon, eran obra suya. Ya hemos visto que los estados de la Grecia se empeñaron en tiempo de Arístides en proveer dinero y soldados para un cuerpo de egército que siempre debia subsistir. Este zelo se fue insensiblemente resfriando: los cuerpos de muchos distritos ya no reclutaban, y los atenienses querian precisarlos á enviar sus contingentes de hombres. Cimon fue de opinion de que era mejor recibir dinero; porque este es el medio, decia, de desacostumbrarlos de la guerra, y con este dinero levantaremos tropas que solo dependan de nosotros. Se dice que sobre un egército bien pagado, y que no pendiese de la inconstancia del populacho de Atenas, concibió un proyecto que parecia insensato si despues no le hubiera realizado Alejandro el Grande. Era este llevar á Persia la guerra con la intencion de no dejar las armas hasta haber conquistado aquel imperio. Conociendo que los atenienses eran codiciosos del botin, empezó por atacar la isla de Chipre, en que habia muchas riquezas, para que con este cebo aprobasen su proyecto; pero murió en el seno de la victoria. Ya volvian los atenienses de nuevo á cansarse de él; porque el alma noble y generosa de Cimon no podia acostumbrarse á las miras interesadas y bajas de sus compatriotas. Reprendia altamente sus disposiciones á sacrificar la virtud al interés, y el honor á la ambicion. En este punto hacia Cimon entre Esparta y Atenas una

D. del D. 2550. A. de J. C. 448.

comparacion odiosa para su ciudad. Cuando los atenienses se permitian alguna cosa semejante solia decir: *Los lacedemonios no harian eso.*

D. del D. 2553. A. de J. C. 445. El destierro de Cimon (2553) habia establecido el poder de Pericles, y su muerte le confirmó; bien que le conservó con mucho trabajo y disgustos de toda especie. Vió desde luego á Atenas atacada por los lacedemonios y muy estrechada. La libró ganando con dinero al consejero del rey de Lacedemonia. Entonces todavia gozaba de una autoridad respetada generalmente: en términos que dando sus cuentas se contentaron sobre este artículo con esta nota: *Diez talentos empleados á tiempo.* Se vió precisado á consentir en una espedicion mal dispuesta, que consiguió de los atenienses un capitan mas ardiente que diestro. Esperaba Pericles que se olvidase la empresa suspendiéndola, diciendo: *El tiempo es el mas sabio consejero*: pero no fue oido, porque contaban los atenienses con el pillage ó saqueo, y esto fue bastante para ir contra los de Beocia. Los agresores fueron vencidos, y su codicia bien reconocida les suscitó muchos enemigos. Entonces se hizo un censo de los ciudadanos de Atenas, y no pasaban de catorce mil y cuarenta personas. Lo que causa notable admiracion es, que en medio de tantos enemigos se atreviese esta ciudad, con tan poca gente, á pensar en fundar colonias, humillar sus vecinos, y aun subyugar á los estrangeros.

No siempre era dueño Pericles de templar aquel ardor guerrero, y por entonces tenia que prestarse á él, y ordinariamente con buen éxito: pues no se ve que sufriese derrotas, siendo así que se le cuentan muchas victorias. Pero lo que gustaba mucho al pueblo de Atenas era su zelo en propagar la de-

mocracia, estableciéndola cuanto le era posible en sus conquistas. Este zelo por la democracia le tenia, solo porque esta le era favorable, es decir, que si sostenia el poder del pueblo era para mantener el suyo. Tucidides, hombre de distinguido mérito, se vió sujeto al ostracismo por manejos de Pericles. Entonces se notó que se habia mudado en el modo de mandar; porque afectaba un aire de príncipe, y tomó con altivez la administracion de todos los negocios como una cosa que se le debia.

Mientras gozaba de su autoridad con una satisfaccion que parecia desafiar á la envidia, vió de repente una nube de enemigos, que no atreviéndose á él, cayó sobre sus mas queridos amigos. Habia Pericles encargado á Fidias, célebre escultor, que hiciese la estátua de Minerva. Por una lisonja que Pericles sufrió, le habia representado el escultor en el escudo de la diosa combatiendo con una amazona. No se detuvieron en esta adulacion; pero acusaron al artista de que se habia apropiado parte de la plata y oro que le habia dado el tesoro público para la estátua. Fidias, previendo sin duda la calumnia, habia empleado el oro y la plata con tal destreza que podian quitarle y pesarle. Hecha la esperiencia, declararon á Fidias inocente: mas no por esto dejaron de ponerle en la cárcel, donde murió envenenado; y cometieron la torpeza de hacer que la sospecha de este delito cayese sobre Pericles.

Dermipo, acusador de profesion, acusó de impiedad á Aspasia, famosa cortesana, presidenta, llamémosla así, de la tertulia de Pericles: se dedicaba á complacerle, y á seducir para él las mugeres y las hijas de los ciudadanos. Diófito, otro acusador, hizo declarar por ley, que seria delito no informar

al areópago de los que enseñasen cosas contrarias á la religion del pais, y aun á los que estableciesen sobre ellas disputas con pretesto de dar lecciones de física y de astronomía. Este golpe iba contra Anaxagoras, preceptor de Pericles, y contra Pericles mismo. En consecuencia de esto fue citado Anaxágoras á juicio. Dracóntides, tercer acusador, para enredar por todas partes á Pericles propuso que se le tomasen cuentas; pero él se desenredó de todos estos lazos. Defendió Aspasia misma su causa con tal eficacia, que la absolvieron. Autores hay que dicen que esta mas debió su justificacion á sus gracias que á su elocuencia: que el mismo Pericles la presentó al tribunal cubierta de un simple manto; y dejándole caer á sus pies hizo tan grande efecto su hermosura, que los jueces á una voz la declararon inocente: bien que esta anécdota es indigna de la gravedad de Pericles y de la seriedad del areópago. En cuanto á Anaxágoras, persuadido su discípulo á que no podria salvar á un hombre cuyo delito consistia en un mérito superior, le aconsejó que dejase la Atica, y le fue acompañando hasta cierta distancia para darle un testimonio de su estimacion. Por último, no se negó Pericles á dar sus cuentas, y confundió á sus enemigos, probando que nunca habia hecho gastos inútiles del tesoro público; y que por otra parte no poseia mas bienes que los que le habia dejado su padre. Esta incorruptibilidad, generalmente reconocida, dicen los historiadores que fue el verdadero fundamento de su grandeza.

Los tiros contra el crédito, si no se aciertan, le aseguran mas; y así le sucedió á Pericles. Tuvo la entera confianza de los atenienses; pero no sin

críticas, sin observaciones malignas y murmuraciones. ¿Qué gobierno está libre de ellas? Por entre los obstáculos que le oponian á sus pasos, asegurado Pericles del pueblo, iba constantemente á su objeto; y á pesar de sus enemigos lograba cuanto proponia. Bien necesitó de esta preponderancia en la guerra que entonces tuvieron que sostener los atenienses, conocida por la guerra del Peloponeso, porque este pequeño pais fue el teatro principal. Espresar las causas que prepararon esta guerra seria entrar en una larga enumeracion de querellas de familia, envidias de ciudades vecinas, animosidades escitadas con las trabas del comercio, negativas de los derechos de las ciudades entre sí, y violaciones de la hospitalidad. Se verian pillages, traiciones, latrocinios y atrocidades. Por último, los atenienses y los lacedemonios, naciones rivales, que hasta entonces por sus recíprocas pretensiones habian fomentado estas enemistades parciales, y hecho que rompiesen en un odio general, que se dividió en dos grandes cuerpos bajo las banderas espartanas y atenienses, motivaron la guerra del Peloponeso, que duró como treinta años. Me ha parecido conveniente escribir los sucesos de todo este tiempo en estilo de sumario, para que sea mas fácil tomar el hilo, y representar con distincion los motivos que ocasionaron la decadencia de Atenas. D. del D. 2567. A. de J. C. 431.

Primer año. Asolaron los lacedemonios el territorio de Atenas, y llegaron hasta el pie de sus muros. Creyendo Pericles que Archidamante su gefe, que era amigo suyo, podria perdonar á sus tierras, declaró que en este caso hacia donacion de ellas á su patria. Quisieron los atenienses salir contra sus enemigos, que tenian mas fuerza que ellos; y se

opuso Pericles diciendo: Los árboles cuando los podan retoñian con mayor fuerza; pero los hombres una vez perdidos se pierden para siempre. ¡Buena leccion para los generales que son pródigos de las vidas de los hombres! Hizo salir las armadas, y estas causaban á los enemigos los males que de estos recibian los atenienses. Durante este tiempo fue divirtiendo á los ciudadanos con distribuciones de dinero tomado del tesoro público, con una ley sobre el repartimiento de las tierras, y con exequias fúnebres para honrar á los muertos.

2.° año. Continuaron las desgracias. Se vió la Atica infestada de una horrible peste, al mismo tiempo que los enemigos la desolaban. Contuvo Pericles á los atenienses dentro de sus murallas contra los deseos que tenian de salir. Entró la peste en la armada, por lo que no pudo obrar. Desmayaron con esto los atenienses: pidieron la paz, y les fue negada. De despecho quitan á Pericles sus dignidades, y le condenan á una multa. Jantipo su hijo, libertino y pródigo, porque su padre no le daba el dinero que queria para sus escesos, deja su casa, y acusa á su mismo padre de que tenia comercio con la muger del mismo Jantipo. Este hombre desnaturalizado muere de la peste. Pierde Pericles su hermana, casi todos sus parientes y amigos; y por último se le murió su último hijo, que se llamaba Pericles como su padre. Entonces fue cuando le faltó la constancia; y queriendo poner la corona de flores, segun la costumbre del pais, sobre el sepulcro de este hijo desgraciado, no pudo sufrir tan cruel espectáculo, y manifestó su dolor con gritos y sollozos. Desde entonces hizo una vida muy retirada, y se abandonó á la melancolía.

Los atenienses, reconvenidos por Alcibiades, se arrepienten de su injusticia para con Pericles. Vuelven á entregarle el timon del gobierno, y el pueblo manifestó su alegría de verle con aclamaciones de gozo. A un embajador de los lacedemonios al rey de Persia, que cayó en manos de los atenienses, le quitaron la vida en represalias de otra igual muerte cometida por los espartanos. Los mismos atenienses sitiaron á Potidea, y redujeron á sus habitadores á tal estremo de hambre, que muchos de ellos comieron carne humana; mas al fin se rindieron. Los sitiadores los echaron de su ciudad, y no permitieron que los hombres sacasen mas que un vestido y las mugeres dos.

3.° año. Alternan las felicidades y los reveses. Muere Pericles de la peste que le iba insensiblemente consumiendo. Estando para morir conversaban algunos amigos suyos cerca de su cama; y ponderando su mérito recorrian sus hazañas y contaban sus victorias. No creian que los oia el moribundo, hasta que rompiendo el silencio les dijo: "Me admiro de que tanto ensalceis unas cosas en que la fortuna tiene tanta parte, y son en mí comunes con las de tantos guerreros; al mismo tiempo que os olvidais de lo que me es personal, y mas glorioso que todo, y es, que por mi ningun ciudadano ha tenido que ponerse luto." Sin duda contaba por nada la muerte lenta de los que oponiéndose á sus proyectos, ó negándose á recibir su yugo, desterrados, arruinados ó fugitivos habian muerto de miseria, tristeza y desesperacion, y ninguno se habia atrevido á ponerse de luto por ellos. Ademas de esto por gobernar el pueblo no hizo escrúpulo de corromperle. Justa reprension que dan

á su memoria, y que puede marchitarla por mas escelentes calidades que en él por otra parte se reconozcan.

4.° 5.° 6.° 7.° y 8.° año. Se ocuparon los lacedemonios y atenienses, los primeros en establecer la aristocracia, y los segundos la democracia en las ciudades que tomaron. En ellas forman partidos, fomentan divisiones, y ponen las armas en los ciudadanos unos contra otros. Los infelices habitadores de Corcíra son funesto egemplo de los escesos á que se llega en las guerras civiles. En esta isla era el gobierno democrático. Los corintios, aliados de los lacedemonios, que estaban por la aristocracia, imbuyeron en sus principios á gran número de prisioneros, y los remitieron á Corcíra para establecerlos. Al principio vencieron á los partidarios del poder popular, y mataron á muchos; pero estos viéndose dueños de la accion con el auxilio de los atenienses, se vengaron con crueldad. En vano imploraban los infelices la piedad de sus compatriotas, y abrazaban los altares de los dioses; porque de allí los arrancaban y les quitaban la vida. Algunos escaparon; pero los corcirenses los persiguieron, y degollaron á muchos. Solo restaban sesenta que cayeron en manos de los atenienses: les suplicaban los desgraciados que no los entregasen á sus compatriotas, sino que antes les quitasen la vida. Rezelando los corcirenses de la piedad de los de Atenas, rodearon el lugar en donde sus conciudadanos estaban con guardia, y procuraban pasarlos con sus flechas; pero los desterrados, reducidos á la desesperacion, se mataron unos á otros.

9.° y 10.° año. Proposiciones de paz y tregua. Se celebra un tratado entre lacedemonios y atenien-

ses; pero dificultándose su egecucion por las condiciones, estando mal arregladas las pretensiones de sus pequeños aliados, continúan las hostilidades, haciéndose auxiliares las principales potencias.

11.° 12.° 13.° año. Se presenta en la escena Alcibiades, que era sobrino de Cimon, descendiente por línea recta paterna de Ayax, y por la materna de los Alcmeónides. Era de estraordinaria hermosura: mas rico que la mayor parte de los nobles atenienses: sabio, elocuente, infatigable, afable y magnífico, y sobre todo hábil en acomodarse á las circunstancias; esto es, sabia cuando era preciso manifestar estas bellas calidades; pero cuando soltaba la rienda á sus pasiones era indolente, lascivo, disoluto, dado á mugeres, intemperante y sin religion, Por último, escedia á todos sus conciudadanos así en los vicios como en las virtudes. Se aficionó á Sócrates, célebre filósofo, y las costumbres disolutas de Alcibiades han dado á esta aficion cierto aire equívoco: tanta verdad es que la misma virtud es reprensible si se acerca demasiado al vicio. Con esta comunicacion de Sócrates ganó Alcibiades las luces que otro no pudiera darle; y así este sabio fue causa de que los atenienses concibiesen grandes esperanzas de Alcibiades, y le perdonasen muchos vicios de la juventud.

Habia en Lacedemonia algunas familias afectas á la democracia, y en Atenas otras que eran aristócratas, las cuales se correspondian entre sí. La de Alcibiades siempre habia mostrado afecto á los espartanos; pero fuese poca estimacion de sus talentos en punto de negociacion, ó desconfianza de su crédito, los embajadores lacedemonios, que fueron á Atenas á tratar de un asunto importante, se di-

rigieron á Nisias, de quien Alcibiades tenia zelos. Su primer paso, por consejo de Nisias, fue decir en el senado que tenian plenos poderes. Alcibiades que queria que se arrepintiesen de haber dado la preferencia á Nisias, los convidó á cenar. Ellos aceptaron en consideracion de las conexiones de Alcibiades con su patria, y de la libertad y franqueza del convite. Les reconvino amigablemente de no haberse dirigido directamente á él, pues los hubiera dado buenos consejos para el buen éxito del negocio; y sobre todo que nunca les hubiera aconsejado que dijesen que tenia plenos poderes; porque con esto se les precisaria á condiciones desagradables para los que los enviaban, y que así no tenia esta falta otro remedio que el de retractar su declaracion.

Convinieron en la substancia y forma de la retractacion, y al dia siguiente se presentaron en la asamblea del pueblo proponiendo su asunto. La primera pregunta de Alcibiades fue: *¿Teneis plenos poderes?* Respondiendo ellos *que no:* esclamó Alcibiades: "Ya veis la buena fe de estos lacedemonios, que hoy niegan atrevidamente lo que ayer afirmaron en el senado." Irritado el pueblo no quiso oir á los embajadores, que sin duda hubieran descubierto el fraude, y se inclinó sobre la marcha á concluir con los argivos una liga que los lacedemonios tenian interes en impedir. Sobrevino un temblor de tierra que rompió la asamblea; y consiguio Nisias que el negocio se tratase en Lacedemonia, adonde él se hizo enviar. Pero el partido democrático de esta ciudad estaba prevenido, y Alcibiades tuvo el gusto de impedir que Esparta se opusiese á la liga con Argos, la que podia ser el

principio de una dilatada guerra, en que él lograria ocasiones de distinguirse.

Los habitadores de Patrás, en la Argólide, mas cercanos á Esparta que á Atenas, quisieran que los atenienses no entrasen en su pais, y decian á Alcibiades: "Si nosotros os damos la facilidad de entrar que nos pedís, podrian algun dia tragarnos vuestros compatriotas. De eso no sé nada, respondió con libertad; pero si lo hacen, tendrán que empezar por los pies; y si vosotros no os valeis de nuestro socorro contra Lacedemonia, empezarán por la cabeza, y os devorarán de un golpe." ¡Bella alternativa para aquellos infelices!

14.° 15.° 16.° 17.° año. Se declararon los argivos por Esparta, abolieron la democracia, y establecieron el gobierno aristocrático; pero despues se cansaron: arrojaron de su pais á los lacedemonios: desterraron sus aristócratas, y llamaron á los atenienses. Fue Alcibiades á favorecer la democracia: hizo desterrar á los sospechosos, y auxiliar á Lacedemonia; y muchos habitadores de la pequeña isla de Melos fueron castigados todavia con mas crueldad por su afecto á Esparta. Los atenienses quitaron la vida á los que podian llevar las armas, y llevaron las mugeres y los niños cautivos.

18. y 19.° año. Hicieron de la Sicilia los lacedemonios y los atenienses un nuevo campo de batalla. Querian los segundos conquistarla, y decia Alcibiades su general: "Pasaremos á Africa, sujetaremos á Cartago y la Libia, y á su tiempo subyugaremos la Italia." Mientras se preparaban á la espedicion, y casi en el momento de la partida se hallaron en una noche mutiladas todas las estatuas de Mercurio. Buscaron los autores del sacrilegio;

pero fueron inútiles las pesquisas. Por haberse publicado que todos sin distincion de estados serian admitidos á deponer, declararon los esclavos que unos jóvenes que tenian por cabeza á Alcibiades habian en algunas circunstancias, recalentados con el vino, ridiculizado las ceremonias religiosas. De este modo sospecharon de Alcibiades, y este pidió que le juzgasen; y tal vez no tuvieron por seguro ponerle en justicia en presencia de la juventud escogida que iba á entrar con él en campaña. Lo dilataron pues con el pretesto de que urgia la partida; pero cuando le tenian ya lejos se intentó la accion, y despacharon orden á un general, su cólega, para que le enviase á Atenas con buena guardia con los compañeros mas notados. Tuvieron buen viento, y se escaparon. Anduvo Alcibiades errante por algun tiempo en Grecia, y despues se entró en Lacedemonia. En algunas semanas este libertino, que, por decirlo así, estaba fundido en el molde del regalo, se convirtió en un grave y severo espartano. Ganó la confianza de los lacedemonios, así con la conformidad de sus costumbres, que supo tomar en un instante, como por revelarles los proyectos de Atenas, manifestando contra esta ciudad el ardor del lacedemonio mas declarado.

Los espartanos fortificaron por consejo de Alcibiades, cerca de las fronteras, una plaza que ponia freno á los atenienses. Esta ventaja de los espartanos, y las derrotas que Atenas sufrió en Sicilia, determinaron á los atenienses á hacer alguna mutacion en el gobierno. Todo lo decidia el pueblo; pero en este influian, le engañaban y arrastraban oradores, vendidos á las facciones, ó dominados por sus particulares intereses. Establecieron un consejo de

ancianos para tratar los negocios antes de presentárselos al pueblo. Tambien se decidió cercenar gastos supérfluos, y tratar á los aliados con mas suavidad.

20.° año. Hizo Alcibiades un grande servicio á los lacedemonios, negociándoles la alianza de los persas; pero sedujo á la muger de su rey Agis, el cual quiso quitarle la vida. Se salvó en casa de Tisafernes, general de los persas, y al punto el severo espartano se transformó en un asiático sensual, preceptor del gusto y árbitro de los placeres. Sus galantes ocupaciones no le impidieron, sin embargo, hacer y seguir planes políticos. Le habian servido los lacedemonios para vengarse de los atenienses, y se sirvió de estos para castigar á los otros, y por el mismo medio, esto es, por una alianza con los persas, de que daba esperanzas á sus compatriotas. Escribió pues á los principales oficiales del egército ateniense que estaba en Samos: "Pero, añadió, los persas solo prometen su alianza y grandes socorros á los atenienses si abjuran á la democracia, y substituyen la aristocracia ó el gobierno de pocos (la oligarquía); y yo digo que no entraré en esa ciudad hasta que esté hecha esta mutacion."

21.° año. Salieron diputados del egército para hacer esta proposicion; y de antemano les habian servido tan bien sus partidarios, que estaba casi concluida la mutacion proyectada, ó lisonjeando al pueblo, ó asesinando ocultamente á los partidarios de la democracia. Viéndose la faccion dominante desembarazada de estos obstáculos, propuso que solamente se quitase la autoridad al populacho, y se confiase el poder supremo á cinco mil de los mas ricos ciudadanos, considerándolos como constituyen-

tes del pueblo; pero como esta forma no daba á los gefes todo el poder que deseaban, pusieron la batería para introducir un gobierno que no fuese de los grandes, cual es la aristocracia, ni del pueblo todo, cual es la democracia, sino el de gefes elegidos de entre los mas ricos del pueblo, esto es, *oligarquía.*

Un orador llamado Autifon, tan enredador que el pueblo le habia prohibido hablar en público, se presentó no obstante, y propuso elegir diez hombres que se encargasen de establecer leyes conformes á las circunstancias. Los eligieron, y convocando al pueblo, cuando este esperaba un cuerpo de leyes, solo pidieron que fuese permitido á cada ciudadano decir libremente su parecer. *No hay cosa mas justa*, esclamaron todos. Autifon, que estaba preparado, pero no se habia querido esponer sin ser autorizado á proponer un plan que abolia enteramente el antiguo gobierno, esplicó su sistema por el órgano de Pisandro, diputado del egército.

Se elegirán cinco prítanos ó cabezas de columna que nombrarán cien hombres, entrando ellos en este número. Estos ciento asociarán cada uno tres, componiendo cuatrocientos hombres, á los cuales se dará poder absoluto, y presentarán el asunto de que se trata á los cinco mil cuando les parezca. Recibió el pueblo esta forma con aclamacion, sin advertir que le despojaban. Hácense las elecciones en presencia de la asamblea. Separada esta entran los cuatrocientos hombres en el senado, armados de puñales, y acompañados con guardias, y echan fuera á los senadores; bien que despues de pagarles lo que se les debia de sus sueldos.

Este plan, que por sus alteraciones era en todo diferente del que se habia enunciado al egército, no

le agradó. Habia asistido Alcibiades recibido de sus antiguos camaradas con los mayores aplausos, y sostenia este entusiasmo por las victorias que les hacia ganar. Un gobierno que escluia á los nobles casi tanto como la democracia, no podia ser de su gusto: declaró el egército que jamas reconoceria á los cuatrocientos: que queria mas la democracia; y empezó á restablecerla ó reforzarla en todos los puntos en que la habian destruido ó debilitado. Los cuatrocientos por su parte tomaban las medidas posibles para sostenerse: enviaron comisarios al egército para que este entrase en sus miras, y procuraron el apoyo de los lacedemonios, proponiendo, ó por mejor decir, pidiendo la paz. Su fin era mantener toda su autoridad en toda la Atica y sus dependencias; y si no podian conseguirlo, conservarla á lo menos en la ciudad, antes que acceder á la democracia, y á caer en manos de los que tenian ofendidos: estaban determinados á conseguir de los lacedemonios las mas favorables condiciones, y entregarles la ciudad de Atenas. Empezaron tambien á construir nuevas obras en el puerto de Pireo, para oponerse á la armada en que viniese el egército, en caso que se acercase.

No vió el pueblo estos preparativos con tranquilidad; y conociendo los soldados que se hacian contra sus camaradas, se opusieron. Sobre esto hubo una conmocion mas ruidosa que arriesgada. No obstante, temieron los cuatrocientos, y prometieron hacer cuanto el pueblo quisiese. Se contentaron pues con obligarlos á reunirse á los cinco mil, cuya asamblea habia suspendido. Ordenó esta que se escogerian otros cuatrocientos de los cinco mil; y una nueva ley abolió la autoridad de los cuatrocientos, y

restituyó el poder supremo á los cinco mil. Estos por último llamaron á Alcibiades.

D. del D. 2588. A. de J. C. 410.

Este era (2588) el que desde el seno de sus victorias y conquistas movia en Atenas todos los resortes, cuyo efecto debia ser procurarle el poder absoluto. Estaba muy seguro de su egército; porque su afabilidad, su valor, y mas que todo su fortuna, le habian ganado todos los corazones. Los llenaba de gloria y de riquezas, que son los dos medios mas poderosos para tener de su parte á los soldados. En un mismo dia, lo que á ninguno habia sucedido sino á su tio Cimon, ganó dos victorias, una en el mar, y otra en la tierra, y partió á Atenas á la cabeza de su armada triunfante, cargada de mas despojos que cuantos se habian visto en esta ciudad despues de la guerra de los persas.

Dejó el pueblo desierta la ciudad por ir al puerto á ver á Alcibiades. Se mandó arrojar al mar el decreto de su destierro, y que los sacerdotes de las deidades infernales le absolviesen de las maldiciones pronunciadas contra él. El pueblo le nombró general de mar y tierra sin limitar su poder: y á fuerza de beneficios procuró que se olvidase de sus injurias; pero conociendo que con un pueblo tan ligero no podia sostener su crédito sino con reiteradas felicidades, volvió al mar, y rebatió á los lacedemonios. Por desgracia, mientras él se habia ausentado del egército por algunos dias, fue vencido el comandante que habia dejado en su lugar. Atribuyeron esta pérdida á la indolencia y desarreglo con que Alcibiades se habia mantenido en tierra por divertirse. Con esto se mezclaron sospechas de inteligencia con los lacedemonios, y se vió depuesto el defensor de Atenas, y el restaurador de sus pérdidas. Se

retiró pues á Tracia, en donde se hizo como un pequeño principado, y edificó un castillo, desde el cual podia desafiar á la mala voluntad de sus enemigos.

Le reemplazaron diez almirantes, los que ganaron una grande victoria, que fue muy disputada, y costó bien cara á los atenienses. Teramenes, uno de estos generales, acusó á sus compañeros de que no habian mandado sacar los muertos despues del combate para hacerles las exequias. Con esta simple denunciacion se horrorizó el pueblo; pero los acusados respondieron, que no se lo habia permitido la tempestad. Teramenes hizo entonces un discurso patético, pronunciándole á propósito, haciendo varias pausas para que se oyesen los gemidos y sollozos de los parientes y amigos de aquellos que habian perecido en el combate. Concluida su arenga presentó un hombre que suponia haber oido decir á los infelices que se ahogaban, que la única gracia que pedian á los atenienses era el castigo de los generales. En el instante condenó el pueblo á muerte á los vencedores sin oirles.

Solamente dos no habian querido esponerse al riesgo del juicio, y se habian puesto en salvo: los otros estaban presentes; y uno de estos, Diomedon, pidió que le oyesen, y dijo: "Atenienses, no quisiera que el juicio que contra nosotros acabais de pronunciar recayese sobre la república. La única gracia que os tenemos que pedir es cumplir con los dioses los votos que hemos hecho, á los cuales debemos la victoria ganada contra nuestros enemigos." Despues de la accion de gracias fueron castigados, y todos sufrieron la muerte con admirable valor y tranquilidad. Por entonces el gobierno de Atenas era puramente democrático.

Tenia Alcibiades noticia de estos escesos allá en su asilo; y acercándose al egército vió por sí mismo la mala eleccion que hacia el populacho de sus generales. Quiso darles consejo: pero les chocó tanto esta libertad de un desterrado y de un vago, que le amenazaron con que le enviarian á Atenas si le volvia á suceder. Estaban ellos tan seguros de la victoria, que todos sus pensamientos eran sobre el modo de tratar á los prisioneros, y sobre si les cortarian la mano derecha para no dejarlos útiles al remo. Mientras se divertian con estos proyectos, y descuidaban de la disciplina, dió sobre ellos el general lacedemonio, y los derrotó completamente. Por un juicio unánime de los confederados degollaron á tres mil prisioneros con sus oficiales.

Continúan los lacedemonios sus victorias: toman las ciudades de Atica: cercan á Atenas y la envian todos los prisioneros, no por compasion, sino para que hubiese mas bocas que consumiesen los víveres, proponiéndose ellos tomar la ciudad por hambre. Les salió bien este proyecto: se vió Atenas precisada á rendirse; y los espartanos que habian deliberado si la arruinarian toda, se contentaron con decir que fuesen arrasadas las largas murallas y las fortificaciones del puerto; que los atenienses entregasen todas sus naves á escepcion de dos; que recibiesen todos sus desterrados, y siguiesen en adelante la fortuna de los lacedemonios. Lisandro, general de estos, hizo demoler las fortificaciones al son de tambores y pífanos en un dia correspondiente á aquel en que los atenienses habian ganado la famosa batalla de *Salamina*. Antes de dejar la ciudad nombró por gobernadores treinta hombres, que fueron llamados *los treinta tiranos*, por el abuso que hicieron de su poder.

Desde luego debian hacer leyes; pero empezaron por establecer un senado y magistrados, esto es, egecutores de sus voluntades. Los emplearon en castigar á los delatores, por cuyas acusaciones falsas habian perdido la vida muchos hombres de bien; pero ganando primero al comandante de la guarnicion lacedemonia, dejaron á los malos en paz, y convirtieron su furor contra los buenos que eran ricos. Habia entre los treinta dos hombres que en nada se parecian: el uno era Cricias, ambicioso y cruel sobremanera: el otro Teramenes, compasivo y opuesto á las acciones sangrientas.

Se propuso en el consejo de los treinta que era cosa ridícula pretender gobernar una multitud sin otro auxilio que la guarnicion que constaba de un puñado de gente. A esta reflexion, que no tenia otro objeto que autorizar á los treinta para llevar satélites, se siguió una deliberacion, en que se determinó elegir tres mil hombres que representasen al pueblo, dándoles el privilegio singular de que ninguno de estos pudiese ser condenado á muerte sino por sentencia del senado, que era lo mismo que decir, á escepcion de los tres mil podemos quitar la vida á todos los demas ciudadanos sin forma de proceso. Con efecto, empezaron al punto las egecuciones arbitrarias: se opuso á esto Teramenes, y Cricias le acusó ante el senado de hacer traicion á la causa pública. Entre tanto que él se defendia envió Cricias á juntar gente armada, y entró de repente en la sala del senado comandándola, y gritando: "Yo he quitado el nombre de Teramenes de la clase de los tres mil, y así ya no pertenece al senado el conocimiento de su causa." Lo que era dejarle sin recurso en manos de los treinta. Bien lo advirtió Teramenes: y cuan-

do ya iban á agarrarle, se arrojó al altar que habia donde se celebraban las sesiones, le abrazó, y dijo: "No busco aquí refugio por la esperanza ó deseo de escapar de la muerte, sino con el fin de que mis impíos homicidas apresuren, arrancándome del altar, la justa venganza de los dioses, y por este medio ellos mismos vuelvan la libertad á mi patria." Los satélites le arrancaron del altar, y le llevaron al suplicio. Allí bebió con intrepidez la cicuta, y dijo al morir: "Me pasmo de que los hombres prudentes no vean que es tan fácil borrar su nombre de la lista de los ciudanos inviolables como el de Teramenes." Este habia sido uno de los que mas desearon el gobierno cuya víctima fue.

Con su muerte se desenfrenó la ferocidad de los treinta, y llenaron de homicidios la ciudad. Los lacedemonios que tuvieron noticia de estas crueldades, veian con grande satisfaccion que los atenienses, sus antiguos rivales, se destruyesen unos á otros. Mandaron por decreto que los que huyesen del dominio de los treinta fuesen otra vez llevados á Atenas. Muchas ciudades de sus aliados miraron con horror esta barbaridad, y dieron asilo á aquellos infelices.

Juntó Trasíbulo en Tebas un corto número de gente determinada á esponerse á todo, mas bien que vivir desterrados para siempre de su patria. Como hábil general tomó desde luego en el Atica un punto de apoyo, adonde fueron en grande número los desterrados. Se apoderó del Pireo, que estaba destruido, y se fortificó en él bastante bien para rechazar la guarnicion lacedemonia que enviaron contra él los treinta. Diputando estos un heraldo para pedirle los muertos, arengó al pueblo que acompañaba al heraldo, y le dió á conocer con tal viveza la tiranía bajo que

Prision de Terámenes.

Viendose Terámenes acusado por Crícias de traidor á la causa publica. y borrado su nombre de la lista de los tres mil á quienes solo el Senado podia condenar á muerte: conoció inevitable la suya. y corrió á abrazarse al altar: pero no le bastó. pues el malvado Crícias le hizo arrancar de aquel lugar sagrado. y conducirle á ser en el suplicio víctima de aquel mismo gobierno que habia deseado.

T. L. Enguid.t la grabó.

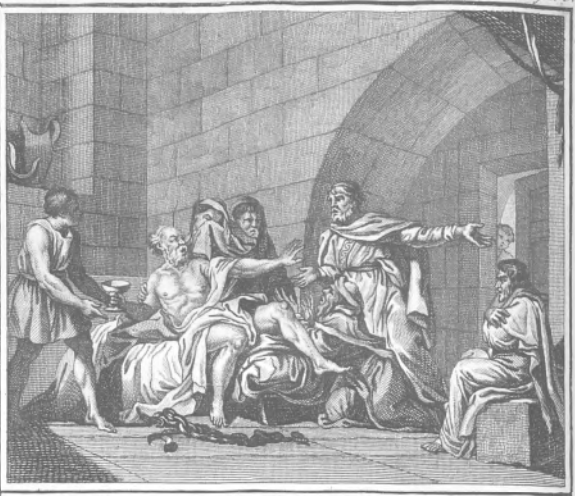
suspiraba, que desengañado arrojó de la ciudad á los treinta, y confió el gobierno á diez magistrados. Salieron los tiranos de la ciudad, pidieron socorro á Esparta, se armó esta en su favor, y todo se redujo á negociacion entre Trasíbulo y los lacedemonios. Hizo establecer que volviesen todos los ciudadanos á escepcion de los treinta, á la posesion de sus casas y privilegios. Tambien quedaron esceptuados los diez que sucedieron á la tiranía, y otros once, que en el tiempo de la oligarquía de los tres mil habian sido constituidos comandantes del Pireo. Se determinó tambien que á ninguno se le inquietase por lo pasado; y si alguno no se fiaba en este acuerdo, fuese libre en retirarse á Eleusis, donde estaban los treinta y sus partidarios. Entró Trasíbulo en Atenas á la cabeza de su gente, y ofreció, con todos los demas conciudadanos, un sacrificio en el templo de Minerva.

Los de Eleusis enviaron á Atenas sus emisarios con el encargo de renovar las conexiones que allí tenian, y de sembrar los zelos y la discordia; pero fueron descubiertos y castigados. Propuso Trasíbulo un perdon general de buena fe, le aceptaron todos, y así tuvieron término las diferencias, y se restableció la pura democracia. Habian quitado los tiranos la vida á mil y cuatrocientos ciudadanos, y condenado á destierro hasta cinco mil. Tambien se sospecha que tuvieron mucha parte en la muerte de Alcibiades.

Sabian que los desterrados fundaban en su capacidad grandes esperanzas si los quisiese dar la mano: mas parece que Alcibiades cansado de las agitaciones de su vida, con no tener todavia mas que cuarenta años, solo pensaba en gozar de un pacífico re-

poso en compañía de Timandra, muger que le profesaba grande afecto; pero en su mismo retiro le perseguian los zelos de una faccion espantadiza. Ericias, gefe de los treinta, que habia sido amigo suyo, insinuó á los lacedemonios que habia mucho que temer aun del reposo de aquel leon, y enviaron soldados para quitarle la vida. No osando estos atacarle en persona, pusieron fuego á su casa. Dió sobre ellos Alcibiades con espada en mano envuelto su brazo derecho en su capa; pero ellos se retiraron, y le mataron desde lejos con flechas. De este modo pereció en la fuerza de su edad un hombre cuyas acciones hubieran podido ilustrar muchas vidas, sacrificado al temor de sus enemigos, no tanto por el mal que les hacia, cuanto por el que pudiera hacerles.

Poco despues de esta muerte sucedió la de Sócrates, su maestro y amigo, valiente en la guerra, dulce y tratable en la sociedad, y estimado por su probidad y sabiduría. No podia menos de ser desagradable á los tiranos, y así procuraron desde luego hacer sospechosas sus costumbres y doctrina por una prohibicion que solo con él se ha hecho, y era mandar que pena de muerte no conversase con hombres que tuviesen menos de treinta años. Tambien pretendieron envilecerle con una accion injusta, ó hacerle reo de desobediencia, mandando en pleno senado que fuese á prender á un hombre llamado Laon, cuyas riquezas escitaban la codicia de los tiranos. "No obedeceré, dijo, porque estoy resuelto á no ayudar voluntariamente jamas á hacer una accion injusta." Uno de los treinta le dijo: "¿Piensas, Sócrates, que siempre has de hablar tan resueltamente sin que te suceda mal alguno? Y él respon-



Muerte de Sócrates.

No pudiendo sufrir los treinta Tiranos de Atenas á Sócrates por su probidad y firmeza, nada omitiéron para desacreditarle, y que se le imputasen delitos. Lográron por fin que se le acusara de que no reconocia los Dioses de la República; y desatendiendo sus defensas, le condenáron á muerte. Bebió sin alterarse la cicúta, y continuó discurriendo tranquilamente con sus amigos hasta que espiró.

T. L. Enguid.º de ag. fte. Alex.º Blanco sc.

dió: estoy tan lejos de eso, que solo tengo que esperar padecer mil males; pero ninguno llegará al que hay en hacer una injusticia." No hubo género de persecucion que no se emplease contra él; y sobre todo la del teatro, tan poderosa y tan usada en el tiempo de facciones y partidos, para infamar y desacreditar. Aristófanes le introdujo en la escena vendiendo sofismas para hacer con ellos mala una causa de suyo buena, introduciendo nuevos dioses, y burlándose de las cosas mas sagradas. Asistia Sócrates á la representacion, y le preguntó un amigo si esto no le causaba pena. "Ninguna, le respondió, me parece que estoy en un convite regalando á muchos." Por último, le acusaron en forma, de que no reconocia los dioses de la república. El mismo Sócrates defendió su causa victoriosamente; pero no hay razones para los que están determinados á condenar; y así le condenaron. Platon que todavia era muy jóven, quiso defender á su maestro, y subiendo á la tribuna de las arengas empezó por estas palabras: "Aunque yo soy el mas mozo de cuantos suben á este lugar; y el pueblo dijo: *De cuantos bajan*; y le fue preciso hacerlo así." Bien podia Sócrates redimir su vida con una multa, y sus amigos se ofrecieron á pagarla; pero dijo: "No quiero, porque eso sería confesar que estoy culpado: y el motivo de mi sentencia mas merece premio que multa." Bebió la cicuta sin manifestar la menor repugnancia, y continuó la conversacion con sus amigos con tranquilidad y serenidad hasta su muerte.

Al ver la ingratitud de los atenienses para con los grandes hombres, es preciso confesar que no hubo pueblo que menos mereciese tener por ciudadanos hombres zelosos de la patria, no obstante, ninguno los

tuvo mas amantes que Atenas, porque á los generales victoriosos y mal tratados los reemplazaban otros que con los mismos talentos no lograron mejor premio; porque sus acciones se esponian á la censura de un pueblo ocioso y maligno que las condenaba facilmente, y pocas veces perdonaba. Bien puede ser por otra parte que algunos capitanes debiesen sus bellas calidades á esta vigilancia zelosa de sus conciudadanos: Conon, v. gr., su obstinada perseverancia en las empresas: Cabrias su talento y astucia para aprovecharse de las circunstancias. Ifícrates aquel espíritu de precaucion y vigilancia. Sus soldados, á quienes fatigaba tanta cautela, llevaban mal que siempre se atrincherase; pero él les decia: lo hago así, amigos, para no tener que usar esta frase que á ninguno conviene menos que á un general. ¡*Quién lo pensára*!

D. del D. 2610. A. de J. C. 388.

A pesar de la paz de Altáncides (2610), asi llamada por haberla este negociado, siempre estuvo ardiendo la Grecia. Con el tratado general hecho con el rey de Persia se pretendió arreglar los intereses de toda la Grecia. Le admitieron los lacedemonios y los atenienses; mas á poco tiempo suscitaron las dos repúblicas querellas que sobrevinieron entre los mismos que pensaron poder concordar. Se habia estipulado la libertad de algunas ciudades, y estas no la querian: se habian agregado otras á ciudades mas populosas, como á una especie de capitales; pero no querian sufrir esta agregacion, y de la disputa llegaban á las armas. Las mismas ciudades regidas alternativamente por democracia y aristocracia espulsaban á sus ciudadanos; y recibiendolos sus vecinos, daban motivo al descontento y la guerra. Tal vez se vió obrar de concierto y con buc-

na fe á los lacedemonios y atenienses para restablecer la paz; pero la codicia ateniense y la ferocidad espartana volvian á suscitar en sus repúblicas las diposiciones hostiles: la primera por saquear, la segunda por dominar.

Esta pasion de avaricia hacia á los atenienses muy sensibles en las desgracias de sus generales, y á esta se puede atribuir el partido que tomaron en la guerra de los aliados. Consistia esta en hostilidades entre muchas particulares ciudades; y así pudieron no haberse mezclado los atenienses; pero creyendo que podian ganar en ella enviaron tropas. El general Timoteo, hijo de Conon, que habia edificado los muros de Atenas, y fue famoso por otras hazañas, no hizo en esta ocasion todo lo que esperaban de su pericia. Probó que no habia podido combatir por causa de una tempestad; y no obstante le condenaron á una multa tan fuerte, que no pudiendo pagarla murió de pena. Perdonaron la mitad á su hijo Conon segundo, y aplicaron el resto á la reparacion de los muros que su padre habia vuelto á construir.

La guerra sagrada (2644) es una prueba de la avaricia que se reprende en los atenienses. El motivo de esta guerra fue que los foceos se habian introducido á labrar algunas tierras que pertenecian al templo de Delfos; y condenados á la multa por los anfictiones, que eran como el consejo general de la Grecia, no quisieron pagar la multa. Atacaron primero los beocios que poseian el templo de Delfos, los vencieron los foceos, y tomaron todas las riquezas del templo. Con ellas llamaron tropas; y sabiendo los atenienses que el sueldo era grande concurrieron con ellos. Se llevó muy á mal esta codicia co-

D. del D. 2644. A. de J. C. 354.

mo sacrílega; pero el amor al dinero no era en ellos vicio particular: era el de casi toda la Grecia.

Filipo, rey de Macedonia, que por este tiempo empezaba á ser conocido, debió toda la influencia á las minas de oro de Tracia, de que se apoderó y supo ventajosamente beneficiarlas. Tenia en todas las ciudades de importancia, y sobre todo en Atenas, gentes á quienes daba sueldo. Principalmente se valió de este resorte con los que gobernaban el pueblo con sus discursos. Los persas empleaban tambien los mismos medios; y aun se creyó que el atractivo del oro no les habia sido inútil para con Demóstenes, que por entonces logró con su elocuencia un prodigioso ascendiente sobre sus conciudadanos.

El talento de orador habia venido á ser un oficio, y así se formaban desde la juventud, y se ensayaban en los tribunales sobre quién llegaria con algun conocimiento de los negocios de estado y con valentía á gobernar las asambleas del pueblo, y á conseguir que se diesen los empleos lucrativos y honoríficos á sus amigos, sin olvidarse de sí mismos; pero era preciso para esto seguir algun partido, especialmente cuando no habia mas mérito que la elocuencia. Demóstenes se aficionó á los persas contra Filipo; y empleó contra este príncipe los movimientos de una elocuencia enérgica y abundante, que todavía nos admira. Focion, soldado, capitan y estadista, se preciaba menos de ser orador: hablaba con exactitud, juicio y brevedad: no preferia un partido á otro: solo miraba á las ventajas de sus conciudadanos, á la probidad y á la razon; y así era estimado aun de los de opinion contraria. Rara vez se conformaba con Demóstenes; porque este con su viveza y ardor proponia siempre á la multitud pro-

yectos atrevidos que la sorprendian. Focion, por el contrario, por ser de un carácter dulce, solo la proponia cosas convenientes y fáciles: rara vez se prestaba al gusto del pueblo; antes bien le censuraba con libertad. Demóstenes, que algunas veces no le perdonaba, admirado de ver su franqueza, que le parecia escesiva, le dijo un dia: "Focion, los atenienses te han de quitar la vida en alguno de sus arrebatos de locura. Lo mismo, Demóstenes, le respondió, temo que han de hacer contigo si alguna vez vuelven á su juicio."

Con efecto, debieron alabarle por la sagacidad con que les hacia ver los proyectos ambiciosos de Filipo, y por los buenos consejos que consiguientemente les daba; pero tambien pudieron quejarse de que con el fuego de su elocuencia los empeñó algunas veces en lances aventurados y en ruinosas guerras. Este orador no se hizo honor en las espediciones militares, y aun conocieron que habia huido cobardemente en una batalla que decidia la guerra, que él mismo habia aconsejado. Focion era valiente y alentado, y no rehusaba exhortar á la paz aun en lo fuerte de la guerra. "¿Cómo, le dijo un dia un orador fanfarron, te atreves á apartar de la guerra á los atenienses ahora que han sacado la espada? Me atrevo sin duda, respondió Focion, aunque sé que en tiempo de guerra te domino, y en tiempo de paz pudieras tú dominarme." Su conducta en la guerra correspondia á sus pacíficas disposiciones. Los aliados temian á los otros generales atenienses, y confiaban enteramente en Focion. Retiraban á los primeros como á ladrones cuando iban á socorrerles; pero cuando iba Focion le salian al encuentro, y á él y sus soldados los alojaban en sus ciudades.

Las arengas de Demóstenes no impidieron á Filipo que adelantase el proyecto de sujetar la Grecia. Ganó contra los beocios la famosa batalla de Queronea, quedando Atenas á su discrecion. Se portó con valentía un destacamento de atenienses: Filipo le hizo prisionero, y le dió libertad. Pidieron tambien su bagage, y dijo este príncipe: *Yo creo que estos piensan que los he vencido por chanza.* No obstante, les concedió lo que pedian; y aunque hizo con ellos una especie de paz, por ninguna de las dos partes era sincera. Muerto el rey de Macedonia se entregaron los atenienses á una loca alegría, y se coronaron de guirnaldas como si hubieran conseguido una victoria grande. ¡*Ay*! les dijo Focion, *que del número que os derrotaron en Queronea no ha faltado mas que un hombre.* Este hombre fue reemplazado con bastante desgracia para los atenienses; porque Alejandro continuó en estrecharlos como su padre Filipo, hasta reducirlos al punto de pedir humildemente la paz. El jóven vencedor les declaró que no los recibiria en su gracia hasta haberle entregado á Demóstenes y otros siete oradores. Le enviaron algunos sugetos que pretendiesen de Alejandro suavizase estas proposiciones; y los recibió con desprecio. Enviaron despues á Focion, y no solo le concedió lo que pedia, sino que le mereció una estimacion de amistad á que jamas faltó.

Mientras Focion se conciliaba con su probidad los respetos, se deshonraba Demóstenes con su avaricia. Uno de los generales de Alejandro, llamado Harpalo, culpado en algunas faltas, temiendo el resentimiento de su príncipe se retiró á Atenas con grandes riquezas que abrieron los ojos á los oradores; y no dudando que Alejandro le pediria, fueron

á ver á Harpalo para que les dijese en qué podrian servirle, y con qué condiciones. Le reclamó Alejandro, y subiendo Demóstenes á la tribuna aconsejó á los atenienses que se le enviasen, pues apenas valia Harpalo mas que un ladron, y que sería imprudencia esponer á una guerra á la república por semejante motivo. Harpalo halló medio de hacer que aceptase un grande presente; y al siguiente dia cuando debia decidirse el negocio, y todos esperaban que Demóstenes sostendria su primera opinion, se presentó este con el cuello envuelto en lienzos y vendas: y tocándole hablar hizo señas de que estaba ronco. Algunos burlones dijeron, que lo que le habia dado aquella noche no era esquinencia, sino argirencia ó mal de plata.

Hizo Harpalo cuanto pudo para ganar á Focion, ofreciéndole mas á él solo que cuanto habia dado á todos; pero no solo despreció sus presentes, sino que le amenazó que le acusaria si continuaba en querer corromper á los que tenian algun poder sobre el pueblo. Cuando le pusieron en justicia, aquellos que habian recibido de él, fueron los primeros que le insultaron por disimular mejor. Focion, por el contrario, se mostró tan sensible á su desgracia, y habló con tanta dulzura, que Harpalo creyó poder todavia ofrecerle dinero; pero se negó de nuevo á recibirle. Por último, arrojaron los atenienses á Harpalo de su ciudad, y ordenaron al areópago que informase contra los que se habian dejado corromper con presentes. Demóstenes fue convencido, condenado á una multa, y á estar en la carcel hasta pagarla; pero él se huyó, y se retiró á Egina hasta la muerte de Alejandro.

Este príncipe, aun desde lejos, tenia de la rien-

da á los atenienses de tal suerte, que muriendo causó en Atenas una alegría, cuyo esceso dió que temer á Focion. Los veia prontos á tomar un partido estremo, sin haberse asegurado bien del suceso. "Ahora bien, les dijo, supongamos que sea verdad; pero si Alejandro es hoy muerto, tambien lo será mañana y todos los dias siguientes: y así tiempo tendremos para deliberar sobre lo que convenga hacer."

Libres ya de Alejandro creyeron que podrian atreverse á todo. Se armaron, y tuvieron la imprudencia de medirse con Antípatro, á quien habia dejado encargados los negocios de la Grecia; pero fueron derrotados, y precisados á recibir duras condiciones. En estas se comprendia que Demóstenes y Hiperilo, que era otro orador, le fuesen entregados: que el antiguo método de exigir contribuciones fuese restablecido: que recibirian guarnicion en el puerto: que pagarian los gastos de la guerra, y cierta suma de dinero que concertarian. El artículo de la guarnicion era el que mas les pesaba. Hizo Focion cuanto pudo con Antípatro para librarlos de este yugo; pero este general le respondió: "Focion, solo podré negarte lo que directamente se dirija á tu ruina y á la mia." Demóstenes huyó, por no verse entregado á Antípatro, y sabiendo que le perseguian por orden de este general, se envenenó.

D. del D. 2692. A. de J. C. 306. El dicho de Antípatro (2692) sobre la necesidad de poner guarnicion de macedonios para la seguridad de Focion, pareció profecía. Murio Antípatro: Casandro su hijo y Polispercon, regentes del reino de Macedonia, se disputaron la autoridad. El primero envió á Nicanor, oficial esperimentado, por comandante de la guarnicion de Atenas: era hom-

Muerte de Demóstenes.

Viendose Demóstenes expuesto á que sus compatriotas le entregasen á Antípatro, se huyó; pero Antípatro envió á Archîas con soldados para que le buscasen y prendiesen, como lo consiguieron. Demóstenes conociendose perdido, tomó un veneno que á prevencion llevaba consigo, y dixo á Archîas: „Tu Señor tendrá bien pronto á su disposicion el cuerpo de Demóstenes; pero jamas dispondrá de su alma.„

bre honrado y amigo de Focion. Polispercon, para ganarse la aficion de los griegos, declaró libres todas las ciudades, y en especial la de Atenas, cuya guarnicion llamó, dando al mismo tiempo orden de restablecer el gobierno democrático. Nicanor no quiso obedecer. Focion aprobó este hecho, y aun le apoyó sin precaverse para las consecuencias. Polispercon se presentó delante de Atenas; y no pudiendo Nicanor proteger á Focion, que se habia quedado en la ciudad, fue este cargado de prisiones, y llevado con sus amigos á la presencia de Polispercon, el cual les dijo: "Sois unos traidores; pero yo dejo para los atenienses como pueblo libre el derecho de juzgaros." Convocaron la asamblea, que se mostró muy tumultaria, y esclamó Focion: "¿Teneis intencion de juzgarnos segun la forma prescrita por las leyes?" Oyó algunas voces que decian *que sí.* "¿Cómo puede ser eso, replicó, si es imposible oirse unos á otros?" Continuaban los clamores, y entonces pronunció en tono firme estas palabras: "Por lo que á mí toca confieso el delito de que me acusan, y me sujeto á lo que decide la ley en este punto; pero considerad, atenienses, cuánta injusticia sería envolver en mi calamidad á unos hombres que no tienen parte en mi delito." Todos son cómplices, y esto basta, esclamó aquel pueblo desenfrenado; y á todos los condenaron á muerte. En algunos llegó la rabia á proponer que se pusiese á Focion en plena asamblea á cuestion de tormento, para que confesase los demas cómplices: otros se coronaron de flores, dando su voto de muerte. Le preguntaron si tenia alguna cosa que ordenar á su hijo. "Sí, respondió, y es que se olvide del modo con que los atenienses trataron á su padre." Algun tiem-

po despues de su muerte reconocieron su culpa: le hicieron exequias públicas, y le levantaron una estatua de bronce. Sentenciaron á muerte á sus acusadores, y los principales perecieron en los suplicios.

Lo que resta de la historia de los atenienses hasta la época de la liga de los aquivos es un tiempo de delirio, que debiera olvidarse, si se hablára de un particular; pero en una república es un egemplar que debe conservarse. Casandro, con el auxilio de la guarnicion de Macedonia, se hizo dueño de Atenas, y colocó en ella como gobernador, y en cierto modo como soberano, á Demetrio Falereo, cuyas riquezas, aunque muy grandes, no igualaban todavia á su probidad y virtudes morales. Gobernó á los atenienses con la suavidad posible: aumentó las rentas de la república: hermoseó á Atenas con nuevos edificios: reparó los que se iban arruinando: y hizo tantos bienes, que por todas partes le levantaron estátuas.

Otro Demetrio, llamado Poliorcetes, conquistador de ciudades, el mejor hombre de su tiempo, hijo de Antígono, que era otro capitan de Alejandro, pretende sacar á los atenienses del yugo de Casandro: arroja de la ciudad á Falereo, que se vió en el instante abandonado de todos, y en riesgo de ser asesinado. Recibieron á Poliorcetes con aclamaciones: le dieron á él y á su padre Antígono el nombre de reyes que todavia no habian tomado: los llamaron *dioses tutelares*; y determinaron que siempre que se enviasen embajadores á él ó á su padre, se llamaran *los embajadores de los dioses.* Nombraron un sacerdote para su culto, declarando que el año no habia de llamarse con el nombre del Arconte, sino con el de este sacerdote. En el

sitio en donde Demetrio bajó de su carro para entrar en la ciudad erigieron un altar los atenienses, y añadieron á sus tribus otras dos nuevas llamadas la *Demetriada* y la *Antigónida*. Tambien dieron á un mes el nombre de Demetriano; y cuando ya no sabian qué imaginar, volvieron sobre el Falereo, arruinaron sus estátuas, y le condenaron á muerte, poniendo precio por su cabeza. Para mejor establecer el gobierno democrático cambiaron de enseñanza, y prohibieron dar lecciones sin permiso del senado y del pueblo. Sofocles, hombre de letras, fue el que puso á la ciencia estas trabas, que precisaron á Teofrasto, discípulo de Aristóteles, á cerrar su escuela.

Una victoria que Poliorcetes ganó contra Casandro, que amenazaba á los atenienses, le grangeó nuevos honores. Señalaron para su alojamiento el que estaba detras del templo de Minerva, hasta las habitaciones de las vírgenes consagradas al servicio de esta diosa: lo que fue una escandalosa condescendencia sabiendo todos las impuras costumbres de este príncipe. Por último, para iniciarle en los grandes y pequeños misterios de Ceres se invirtió el orden de los meses. Despues de tantas lisonjas partió Poliorcetes al Asia, en donde le esperaban algunas desgracias. Por consecuencia de estas, queriendo volver á su amada Atenas, halló en el camino los embajadores, que le dijeron no podia volver á ella, porque habia decretado el pueblo no recibir rey alguno. Pidió que á lo menos le restituyesen su esposa Desdamia; y se la enviaron. Hicieron los atenienses un decreto ordenando que todos los que propusiesen tratar ó hacer la menor liga con Demetrio serian castigados con la muerte.

Con este nuevo ultraje se cansó su paciencia, y puso sitio á Atenas, la que se entregó á discrecion. Mandó el vencedor que los habitadores se juntasen en el teatro, y le rodeó con gente armada. Esperaban todos con grande susto la sentencia: se presentó el vencedor; y dándoles algunas reprensiones con suavidad, los perdonó, y aun les prometió un regalo de trigo. Entonces empezaron las adulaciones de nuevo: no hallaban los oradores términos para exaltar su generosidad y beneficencia. Poco tiempo despues pierde Poliorcetes el reino de Macedonia; y al punto es degradado en Atenas su sacerdote, arruinando su altar, y vuelven los meses al mismo orden que antes se observaba.

El hijo de Demetrio, llamado Antígono Gonates, castigó el insulto hecho á su padre, y puso guarnicion en la ciudadela de Atenas: Arato, gefe de la liga con los aquivos, intentó por dos veces echar de allí la guarnicion: no hacia esto por guardar la ciudad, sino para restituirla al estado de libre. Bien lo sabian los atenienses; y no obstante, sobre la noticia que corria de que habia muerto Arato, se adornaron con guirnaldas. Grande fue despues la felicidad de encontrarle para recobrar la libertad que les procuró, pagando cincuenta talentos, los veinte de su propio dinero, entregados al gobernador macedonio, que retiró su guarnicion. De este modo recobró Atenas su libertad con la liga de los aquivos, que fue tambien la salvaguardia de los lacedemonios.

LACEDEMONIOS.

Ya habia en Lacedemonia gobierno establecido, pues no solo tenia un monarca, sino lo que no tie-

ne egemplo en el mundo: se veian dos reyes sentados en un mismo trono, y mandando con igual autoridad. Sin duda se hallaban otros vicios y otras inconsecuencias en la administracion, pues los habitadores de Esparta pidieron una constitucion á Licurgo. Era este de estirpe real; y muerto su her- D. del D. mano, que era uno de los reyes, le pertenecia el 2020. trono por falta de heredero directo. Su cuñada le A. de J. C. 978. envió á decir que estaba en cinta; pero que si la queria por esposa destruiria el fruto de sus entrañas. Licurgo se horrorizó de tal proposicion; pero no obstante, para no esponer el hijo de su hermano al ambicioso furor de aquella madrastra, la dijo, que no queria esponer la vida de la madre con los remedios violentos; que se conservase en cinta, pues en dando á luz el niño, la libraria de él, y se casaria con ella. Estando cerca del término mandó aquella muger, que si era niña la entregasen á las mugeres, y si era varon se le entregasen á Licurgo.

Estaba este muy acompañado y á la mesa cuando le llevaron el niño; y dijo á todos: *Aquí teneis vuestro rey*. Se supo que habia estado en su mano apoderarse del trono: y este desinteres le grangeó infinita honra: pero no le perdonó su cuñada. No obstante la prueba de moderacion que habia dado Licurgo, consiguió ella persuadir que aspiraba á la corona, y fingia que estaba temblando por la suerte de su hijo. Muchos parecia que pensaban como ella; pero Licurgo fatigado con tan injustas sospechas, y con las desazones que algunas veces le ocasionaban, cuando vió ya criado á su sobrino, y en edad de tomar el cetro, salió á viajar.

Tomó por compañero á Talés el poeta, que le

proporcionó encontrar en Egipto todos los poemas de Homero, pues antes solo tenian parte de ellos. Recorrió la Creta, famosa entonces por sus leyes: fue á la Asia, en donde el regalo de las costumbres era muy diferente de la severidad de los cretenses: entró en el Egipto, habitacion de las ciencias y la discrecion. Algunos le traen hasta España, Africa y aun la India. No se puede decir en dónde estaba cuando los Espartanos le enviaron diputados que le hiciesen volver á arreglar su gobierno.

Sin duda habia formado de antemano su sistema, que era de destruirlo y limpiarlo todo para levantar en su lugar un edificio uniforme y durable. Tuvo modo, pasando por Delfos, de que oyesen un oráculo que no era obscuro ni embrollado como todos los demas. Le llamaba la Sacerdotisa el amigo de los dioses. "Sus leyes, añadia, son perfectamente buenas, y la república que las observare vendrá á ser la mas famosa de la tierra." Llegando á Esparta conferenció con sus amigos, y convinieron en las medidas que debian tomarse para ayudar al oráculo y hacerle valer.

En el dia señalado para la promulgacion de un cuerpo de leyes, se presentaron por la mañana en la plaza hasta veinte y ocho hombres armados de puñales. Este aparato asustó al jóven rey Carilao, sobrino de Licurgo, y se refugió en el templo de Minerva. Le trajeron con cariño, y se juntó con la coalicion. Lo primero que se hizo fue establecer un senado que fuese mediador entre los reyes y el pueblo. Sin duda, los veinte y ocho y sus principales amigos fueron los primeros senadores, y no sirvió poco para ganar á los grandes la perspecti-

Licurgo en Delfos.

Habiendo consultado Licurgo en Delfos al Oráculo las leyes que había meditado para su patria, logró que la Sacerdotisa le llamase en publico Amigo de los Dioses, *añadiendo, que la Republica que observase sus leyes sería la mas famosa de la tierra. La opinion que le dió este Oráculo prestó luego á sus manejos políticos toda la fuerza necesaria para sustituir en Esparta la obediencia al desorden.*

va de estas plazas. En cuanto al pueblo, para que no se tuviese por olvidado, se le dió el derecho, no de proponer ni de deliberar en la asamblea, sino solamente de aceptar ó rehusar con la simple fórmula de *sí* ó de *no*. Establecidos estos preliminares, las leyes morales y civiles, algunas de las cuales son muy estravagantes, hicieron de Lacedemonia una república en todo singular. Repartiéronse estas leyes en doce tablas.

El primer lugar le ocupaba la religion. Todos los dioses y diosas deberán representarse armados, para que los espartanos, que deben ser un pueblo soldado, solo vean modelos de aliento y valor. Los sacrificios y ofrendas serán de poco coste, para que todos puedan dar á los dioses lo que se les debe. Las oraciones serán cortas, pues no ignoran las deidades lo que hemos menester. Los sepulcros estarán cerca de los templos, para que frecuentándolos se haga familiar la idea de la muerte. No haya magníficas sepulturas, y ni aun inscripciones, sino para los que mueren en la guerra, y para las mugeres que se dedicaren á la vida retirada. No se oigan en los funerales gritos ni gemidos; porque serian indignos de la grandeza de alma y de la fortaleza de los espartanos.

Toda la tierra de Laconia fue dividida en treinta mil porciones iguales, y la ciudad de Esparta en seis mil. No se podrá cercenar cada porcion, sino que pasará entera á las manos de los herederos, ó de los que debieren adquirirla. Si con el tiempo hubiere mas ciudadanos que los que puedan mantener estas porciones, se formarán colonias.

En naciendo un niño le llevará su padre á una junta de hombres graves de su tribu; y si es-

tos le hallan bien conformado, se le volverán á entregar; pero si no, le arrojarán en una caverna al pie del monte Taigetes. La residencia de los estrangeros en Esparta será limitada, para que no corrompan las costumbres de los ciudadanos; pero el que parezca por sus talentos útil á la república, será adoptado por ciudadano, aunque no podrá gozar de los privilegios de Esparta si no ha pasado por los rigores de su educacion.

En los hombres será el celibato infame. El viejo que lo sea será obligado á pasearse desnudo en el rigor del invierno en la plaza pública, cantando una cancion satírica contra sí mismo, y ni en la vejez se le dará honor alguno. Habia accion en justicia contra el que dejaba pasar la edad señalada para casarse, como tambien contra los que se casaban superior ó inferiormente á su condicion. A los que tenian tres hijos les moderaban la contribucion: los que tenian cuatro nada pagaban. No se daba dote á las hijas para que nada impidiese que cada uno siguiera su inclinacion. La hija debia estar en la flor de su edad; y no podia el esposo en los primeros años del casamiento entrar á verla sino furtivamente, ó como si cometiera algun rapto; porque la demasiada facilidad pudiera entibiar sus deseos. Era permitido prestar la muger: solo los reyes no podian hacer esto. Las mugeres de Esparta por lo general no se preciaban de pudor.

Desde la cuna debia la que daba el pecho negarsele al niño algunas veces para acostumbrarle á la sobriedad. El espartano jóven estaba enseñado á quedarse por la noche sin luz, á marchar en la obscuridad, y á vencer las flaquezas ordinarias de la infancia. Ricos y pobres todos se criaban con la mis-

ma igualdad en un parage comun, acostados en duras camas, y sin otro baño que la corriente del rio Eurotas. Comian en público, y se hallaban los ancianos á su mesa para examinarlos é instruirlos. Su gran regalo era la salsa negra, que se componia de sal, vinagre y sangre. No sabia un lacedemonio lo que era beber por solo gusto. Era infame la embriaguez, y hacian que algunos esclavos se embriagasen, para que viendolos los jóvenes concibiesen horror á semejante torpeza.

Solamente se vestian para defenderse de las injurias del aire, y no para adornarse. Los vestidos en cuanto á la figura y la tela eran iguales en ricos y pobres, pues cada uno se distinguia por la virtud y no por la hermosura del trage. Hasta la edad de doce años llevaban una túnica; y pasada esta se les daba un manto ó capa de estofa tan delgada, que pasó á proverbio decir: vestido lacedemonio. No llevaban zapatos ni cabello cuando niños: despues se le dejaban crecer, y jamás le cortaban. No conocia un lacedemonio quintas esencias ni perfumes; pero en la guerra se presentaban con vestidos de púrpura y coronados de flores antes de cargar al enemigo. Las ropas de las doncellas llegaban á las rodillas: solamente las mugeres de virtud equívoca podian llevar oro, plata, pedrería y otros ornamentos preciosos. Las doncellas se presentaban en público sin velo, y las casadas con él: porque las primeras tenian necesidad de que las viesen, y las otras no. En los gimnasios muchachos y muchachas combatian desnudos. El pensamiento de Licurgo, quitando el pudor al sexo, fue hacerle menos peligroso, y prevenir con la igualdad de nacimiento y las riquezas los motivos de envidia que suelen perturbar las repúblicas.

La principal obligacion impuesta á los lacedemonios era la obediencia á las leyes, y una obediencia que ni les permitia examinar el motivo del mandato. Todos los hijos pertenecian al estado, y así cada ciudadano tenia sobre ellos derecho. Si un anciano no reprendia á un muchacho por distraccion ó condescendencia, debia sufrir la misma pena que se hubiera impuesto al culpado. Entre los mismos muchachos habia uno que sirviese de cabeza, y este tenia que reprender y castigar, lo que hacia algunas veces con el mayor rigor. Un jóven de Esparta era reservado, silencioso, y no miraba sino á lo que tenia delante ó al suelo, presentándose siempre en la actitud mas modesta.

Los lacedemonios estudiaban poco: no cultivaban mucho la escritura, ni se preciaban de hablar correctamente, de lo que nació el proverbio: *para ser lacedemonio habla bastante bien.* No obstante, se estimaba aquella brevedad que llamamos *laconismo*, que ha dado á muchas de sus frases un aire sentencioso, que ha sido la causa de conservarlas. Hacian gala de su misma rudeza y de su apego á las máximas de sus mayores. Un ateniense daba en rostro á un espartano con su ignorancia alabando las ciencias de su pais: "Todo lo que me dices, respondió el lacedemonio, podrá ser verdad; pero de ahí nada inferirás sino que nosotros somos los únicos entre los griegos que no hemos tomado de vosotros ningunas costumbres malas." No era un espartano mas que soldado, porque las profesiones de necesidad las egercian los ilotes. Estos no eran absolutamente esclavos, sino una especie de villanos inferiores. No se sufrian en la ciudad representantes, decidores de la buena aventura, ni oradores y otros charlatanes; solamente se

egercitaban en cuestiones útiles, v. gr. "¿En qué consiste el mérito de tal accion? ¿La reputacion de tal héroe tiene buen fundamento?" La chanza, como fuese delicada y no chocante, era alabada como una leccion de que se podia sacar provecho. Gustaban de música, si así pueden llamarse las antiguas canciones, que estimaban con tanto zelo, que no permitian á sus esclavos aprender el tono, ó por lo menos que las cantasen públicamente. Cuando se aficionaban á una doncella no habia zelos entre los rivales, sino mas íntima amistad entre sí, y mas emulacion por agradar á la persona amada.

La caza era la diversion de la juventud, prescrita para dar agilidad al cuerpo. La danza y los egercicios violentos y guerreros eran comunes á los dos sexos, y se entregaban juntos á ellos. De este modo las mugeres, que venian á ser tan fuertes como los hombres, parian hijos sanos y vigorosos: pero perdian aquella ternura, que es el mas grande encanto de la maternidad. A alguna se la vió mirar con ojos enjutos á sus hijos desgarrados con varas delante de los altares, y alegrarse de ver la fortaleza que ella misma les habia inspirado mientras estos infelices sufrian aquel tormento sin verter una lágrima ni arrojar un suspiro. El hurto se contaba entre los egercicios: era permitido si se hacia con destreza; pero el ladron que se dejaba sorprender era severamente castigado.

Casi todos los mercados se hacian por trueque. No obstante, como se necesitaba moneda para igualar las ventas y cambios, hizo Licurgo una, pero de hierro, y tan pesada, que para llevar una bien corta suma se necesitaban dos caballos. De este modo teniendo todos los lacedemonios la misma cantidad

de tierras, y no pudiendo atesorar numerario, precisamente permanecian iguales: y con mayor razon, porque no corrian entre ellos monedas de otro pais, ni les era permitido prestar á premio, ó recibir de los estrangeros presente alguno, con lo cual no habia medio para que los unos enriqueciesen mas que los otros.

Estableció Licurgo, que ninguno que no hubiese cumplido treinta años asistiese á oir en los tribunales defender las causas, para que no se aficionasen á pleitos. No se preguntará la razon de tal ó tal ley, porque la ley suprema es obedecer. Los libertinos ni los pródigos no podrán ser jueces ni magistrados en la república; porque ¿cómo podrán dar sentencia en los intereses agenos los que no supieron gobernar los propios?

En las leyes militares dispuso que la primera y principal fuese la obediencia. No prescribió la valentia, porque esta nacia con los lacedemonios, se mamaba con la leche, se aumentaba con los egemplos, y se confirmaba con las grandes alabanzas que se daban á los héroes, y los desprecios con que oprimian á los cobardes. "*Vuelve con tu escudo ó sobre tu escudo*, decia una madre espartana á su hijo cuando se despedia para ir al egército." En esto le queria decir, *ó vencedor, ó muerto;* porque á los muertos los llevaban tendidos en los escudos. No se hará guerra por mucho tiempo contra el mismo enemigo, temiendo hacerle aguerrido. No gustaban de marina, porque el comercio con los marineros y con los estraños corrompen las costumbres; ni de sitiar ciudades, porque no tenian por glorioso vencer murallas, y Lacedemonia no tenia otras que los cuerpos de sus habitadores. Para que deseasen la guer-

ra aflojaban, mientras duraba esta, en la austeridad de su vida. En campaña todos dormian armados: la vanguardia no llevaba escudos; y privados de esta defensa sabian que no tenian que abandonarse al sueño. En todas las espediciones cuidaban mucho de practicar sus ritos religiosos. Por la noche, despues de la cena, cantaban los soldados juntos himnos en alabanza de los dioses. Cuando estaban ya para cargar sobre el enemigo ofrecia el rey sacrificios á las musas, para que les ayudasen á egecutar acciones dignas de pasar á la posteridad. Se coronaban los soldados de flores, y se iba adelantando el egército al sonido de las flautas que tocaban el himno de *Castor*. Solo perseguian al enemigo en cuanto se necesitaba para asegurar la victoria: el que la ganaba por estratagema ofrecia un buey á Marte, y el vencedor á fuerza abierta ofrecia solamente un gallo; porque la astucia con que se ahorran las vidas de los hombres era mas estimada que el valor que pródigamente las destruye.

No se sabe si fue Licurgo el autor de una precaucion política, muy cruel, con que los lacedemonios disminuian el número de sus esclavos cuando les parecian muchos, y se llamaba criptía, que quiere decir emboscada, y consistia en armar de puñales á los jóvenes mas determinados, dándoles órden de esterminar hasta cierto número de aquellos infelices esclavos, lo que egecutaban quitándoles de noche la vida, ó sorprendiendolos de dia empleados en sus ocupaciones. Esto lo hacian á sangre fria sin el menor motivo de queja, y con solo el fin de que los restantes nada pudiesen emprender.

Por mas precauciones que tomó Licurgo no pasaron sus leyes sin contradiccion. Hubo un alboroto

en el cual le hirieron, y dió motivo á esta ley: "Ninguno vendrá armado á las asambleas del pueblo, ni á las de los magistrados." Si todavia restaban algunas dificultades se suspendieron con la esperanza de la oposicion que el legislador hizo con destreza á los malcontentos. Convocó una junta general, y dijo: "Todavia me resta un objeto importante que comunicaros; mas no lo puedo hacer hasta haber consultado al oráculo de Apolo en Delfos, y así voy allá; pero antes de partir prometedme que mantendreis las leyes que se acaban de establecer hasta que yo vuelva." Todos hicieron juramento de conservarlas, los dos reyes, el senado y el pueblo. Habiendo llegado á Delfos envió Licurgo á Lacedemonia esta respuesta: "Las leyes dadas á Esparta son escelentes, y mientras las observe será la ciudad mas gloriosa del mundo." Oyendo el oráculo supieron los lacedemonios que su legislador, ofrecido un solemne sacrificio á Apolo, se habia despedido de sus amigos y de su hijo, y se habia dejado morir de hambre; por lo que se creyeron obligados á ser para siempre fieles á las leyes que habian jurado guardar hasta su vuelta. Con efecto, ningun pueblo ha sido mas fiel observador de sus leyes. Sin duda estas convenian al carácter de la nacion, pues la hicieron y la mantuvieron floreciente por tantos años. La historia de Esparta casi no presenta ninguno de aquellos movimientos interiores que mas interesan en la de Atenas. Ademas de las espediciones militares, cuyas relaciones por muy circunstanciadas se harian fastidiosas, nos ofrecen las vidas de los reyes de Lacedemonia rasgos heroicos de amor á la patria, reflexiones sentenciosas, dichos de entereza sublime, y una magnanimidad tal vez feroz,

Carilao, sobrino de Licurgo (2095) conservó siempre mucho respeto á su tutor, hizo observar sus leyes; y quejándose uno de que no hubiese hecho mas, dijo: "No necesitan muchas los que apenas hablan." La primera guerra notable de los lacedemonios fue contra los mesenios, y tan cruel como injusta. En vano ofrecieron estos pasar por el arbitrio de los anfitriones ó del areópago de Atenas: por tres años guardaron los espartanos su resentimiento por una bagatela; y dando de improviso sobre la ciudad frontera de los mesenios, quitaron la vida á todos los habitadores sin distincion de sexo ni edad. Los gobernaba entonces el rey Nicandro, que mandó ó sufrió aquella barbaridad; pero hacia grande escrúpulo de recibir regalos, y decia: "Si yo los aceptara, no podriamos estar acordes las leyes y yo." D. del D. 2095. A. de J. C 903.

Esta guerra se continuó con furor; y como los mesenios fuesen siempre maltratados, consultaron al oráculo, y este respondió: "Que era necesario sacrificar á los dioses una vírgen de sangre real." Quisieron echar mano de la hija del rey; pero este se huyó con ella. Aristodemo, pariente del Rey, ofreció la suya; mas un jóven, á quien estaba prometida en casamiento, espuso que le habia consumado, y estaba en cinta. Aristodemo, reputando por infamia de su casa lo que se habia imputado á su hija, la mató con su propia mano, la abrió el vientre, é hizo ver al pueblo cuán injustamente la habian culpado de una flaqueza reprensible. A este precio consiguió Aristodemo la corona; bien que despues la mereció por su sabia y prudente conducta, y aun ganó á sus competidores del trono dándoles los primeros puestos y señales de su mayor confianza. D. del D. 2226. A. de J. C. 772.

El ímpetu de los lacedemonios los hacia terribles en campo raso. Aristodemo los atraia á los desfiladeros, y allí los inquietaba y fatigaba. Fingieron que querian quitar la vida por crímen de traicion á cien hombres, los cuales huyeron á Itona, ciudad de los mesenios, cuyas puertas debian abrir si los recibian dentro. Descubrió Aristodemo su intencion; y tan generoso como valiente volvió á enviar los fingidos delincuentes sin hacerles daño, con este escrito para los espartanos: *Vuestra estratagema es muy añeja.* A pesar de los esfuerzos de Aristodemo fueron vencidos muchas veces los mesenios. Se apoderó de ellos la cobardía; y desesperado de ver que no podia reanimar su valor, se dejó dominar de una tristeza que le llevó sobre el sepulcro de su desgraciada hija, y allí se dió muerte. Sus vasallos, subyugados por los lacedemonios, se vieron precisados á dar la mitad del producto de sus tierras; y así los propietarios se quedaron reducidos renteros, y obligados á asistir á los entierros de los reyes de Esparta vestidos de luto: condiciones onerosas y de abatimiento.

Por este tiempo se establecieron los éforos, mas no se sabe con qué ocasion. Eran cinco, elegidos por el pueblo, y entre los del pueblo, y tal vez del mas bajo pueblo; porque todo ciudadano atrevido, alborotador, y que supiese hablar podia aspirar á este empleo. Su destino era refrenar á los reyes y al senado. Era necesaria la unanimidad entre sí para decidir. Con el tiempo adquirieron una autoridad sin límites: presidian á las asambleas generales, declaraban la guerra, hacian la paz, determinaban el número de tropas que se debian levantar, arreglaban los impuestos, y distribuian en

nombre del estado premios ó castigos. Despues de esto no se ve qué es lo que restaba que hacer al senado ni á los reyes, sino mandar los egércitos. Los éforos tenian el privilegio de no levantarse en presencia del rey, de hacer intitular con su nombre al año como los arcontes de Atenas; y por último, el importante privilegio de censurar la conducta de los reyes, y pronunciar penas contra ellos.

Esta conducta hubiera sido inútil para unos reyes que pensasen como Teopompo, que decia: "Para temer lo menos que se pueda, es preciso que un monarca permita á sus amigos decirle libremente su parecer, y que esté por sí mismo pronto á castigar severamente á los malos." Este príncipe, que se conducia con tanta prudencia, sabia tambien apreciar los hombres, y solia decir: "El tiempo aumenta á los medianos, y se lleva á los que son demasiado grandes.

La guerra de Mesenia (2309) fue en Esparta motivo de un movimiento que la pudo ser funesto. Se habian empeñado con juramento en no volver á la ciudad hasta haber subyugado á los mesenios. Duró la espedicion diez años, y en tan largo tiempo se llegaron á cansar las mugeres y las doncellas. Escribieron las mugeres á sus esposos, que mientras libraban de enemigos á la patria, se descuidaban de otros intereses que no les debian merecer menos amor. Entendieron los guerreros el sentido de esta queja, y en parte las consolaron. Escogieron aquellos jóvenes que por haber llegado al egército despues del principio de la espedicion no estaban obligados al juramento, y los enviaron á la ciudad con libertad de sosegar las murmuraciones de las doncellas, y de esto nació una línea de gentes que

D. del D. 2309. A. de J. C. 689.

llamaron partenianos: esto es, *hijas de las vírgenes.* Como sin duda no fueron muy regulares estos enlaces, aquellos hijos advirtieron cuando grandes que no podian reclamar padres ni bienes.

Este abandono les dió grande pena, y juntando su despecho con el odio de los ilotes, que siempre estaban prontos á sublevarse contra sus tiranos, resolvieron pedir con mano armada bienes, y la clase que les correspondia, en la primera junta del pueblo. Habia de ser la señal arrojar un gorro al aire; y casi en el momento de la egecucion prohibieron los éforos que ninguno arrojase el gorro al aire en la asamblea del pueblo. Por esta prohibicion conocieron que estaba la conjuracion descubierta. Trataron de composicion, y los jóvenes con el mismo gefe que ellos se habian escogido fueron provistos de todo cuanto necesitaban para establecer una colonia, y saliendo del pais libraron á la Lacedemonia de inquietudes.

D. del D. 2314. A. de J. C. 684. No tardó mucho (2314) en tener otras bien fundadas de parte de Aristómenes, nuevo gefe de los mesenios. Eran tan duras las condiciones que les habian impuesto, que fácilmente los sublevó: les buscó aliados, y empezó de nuevo una guerra, que con su valor y talentos fue la mas porfiada y peligrosa para los espartanos. Despues de algunas ventajas, y de haberse hecho temer por las armas, los atacó por la supersticion. Entró una noche disfrazado en Lacedemonia, y tuvo valor para ir á colgar un escudo á la puerta del templo de Minerva, con esta inscripcion: *Aristómenes consagra á la diosa esta parte de los despojos de los lacedemonios.* Se alborotó toda la ciudad, se consultó al oráculo, y respondió: *Hagan venir los espartanos un*

Aristómenes.

Rodeado de cadáveres, y á punto de espirar, estaba Aristómenes en la cueva adonde le habian arrojado los Espartanos, quando sintiendo cerca de sí rumor advirtió que una raposa roia un cadaver. La asió por la cola; y huyendo el animal, la sigió, siempre asído, hasta un agujero por donde percibio luz: y abriendose paso por allí con sus armas, logró salir, vivir, juntarse á los suyos, y dar nuevos cuidados á Esparta.

T. L. Engelbl. le grabó.

gefe de Atenas. Los atenienses, que miraban á los lacedemonios con envidia, y no pensaban en contribuir á su felicidad, les enviaron por general á un cierto Tirteo, maestro de escuela, poeta cojo, y que tenia la reputacion de algo demente. Le recibieron, y asegurados con su sumision al oráculo, fueron al combate como á la victoria; pero los derrotaron.

Consternados con esta desgracia pensaban en pedir la paz, cuando Tirteo animó su valor con cánticos guerreros, los dirigió con sus consejos, reclutó egército de algunos hombres escogidos entre los ilotes, y les hizo continuar la guerra. Aristómenes logró nuevas victorias, y salió herido: venció á los espartanos, y él fue vencido por sus mugeres: encendió el territorio de Esparta, y vió arder el suyo propio. Herido dos veces, le hicieron prisionero en la segunda, y le llevaron á Lacedemonia, en donde le curaron con grande cuidado con el fin de tomar una venganza que deshonra á los espartanos. Le condenaron al suplicio destinado para los delincuentes mas despreciables del pueblo, y fue precipitarle con sus compañeros en una profunda caverna. Pidió el infeliz por gracia conservar sus armas. Se las concedieron, y estuvo tres dias en aquella horrible cueva pisando sobre los muertos, y oprimido por los moribundos. Cuando ya estaba para espirar de hambre y de infeccion, oyó un pequeño ruido cerca de sí. Provenia este de una raposa, que estaba royendo un cuerpo muerto. La cogió Aristómenes por la cola, quiso el animal huir, él siguió sus movimientos hasta que le llevó á un agujero por donde el animal metió la cabeza. Percibiendo el prisionero cierto resplandor concibió

alguna esperanza, y á pesar de su debilidad estremada, se fue abriendo paso con las armas y las uñas, y llegó á Ira, fortaleza de los mesenios.

Se supo en Esparta su aventura por sus victorias, y por poco no llevó él en persona la noticia: lo que sin duda hubiera hecho á no haberle sido traidor uno de los que debieran favorecerle en el proyecto formado de sorprender á Lacedemonia mientras el egército espartano estaba delante de Ira. No desalentó esta desgracia á Aristómenes, y todavia tuvo atrevimiento para esponerse á la crueldad de los espartanos. Le prendieron estos, y se huyó: porque una doncella compadecida le dió un puñal, y con él se desembarazó de siete hombres que le guardaban.

Duró el sitio de Ira once años, y mientras Aristómenes tenia que guardar cama por una herida, sorprendieron los lacedemonios á los mesenios, se atrincheraron estos en la ciudad, estuvieron peleando tres dias y dos noches, mostrando las mugeres tanto valor como los hombres. Pasado este término, y perdida toda esperanza de conservar la ciudad, juntó Aristómenes sus desgraciados compatriotas, colocó las mugeres y los niños en el templo, formó la vanguardia y la retaguardia de la juventud mesenia, dispuso que la mandasen Gorgo su hijo, y Teocles, mesenio valiente. Se puso á la cabeza, hizo abrir la barrera, y blandiendo su lanza marchó derecho al enemigo. El general lacedemonio, bien fuese prudencia, ó bien compasion, respetó aquellos infelices reducidos á la desesperacion, hizo retirar sus tropas, y Aristómenes entró en la Arcadia mas triunfante que sus vencedores. El rey que terminó la guerra de los mesenios se llamaba

Euricrates. Le preguntaron por qué no conservaban los espartanos dinero en el tesoro, y él respondió: "Para que los guardias no se vean tentados á ser ladrones."

Como los hechos militares se parecen unos á otros, merecen poco que se emplee en ellos la pluma del historiador; pero hay algunos que por singulares escitan la admiracion. Tal es la accion del rey Leonidas, que partiendo con trescientos hombres para oponerse al egército inmenso de Gerges, dijo: "Yo salgo á cerrar el paso de Termópilas; pero mi verdadero designio es ir á morir por mi patria." Cuando se despidió de su muger le preguntó esta si tenia que decirla algo en particular. "Nada, la respondió; sino que te cases con hombre de valor, que te dé hijos valientes." Se llamaba Gorgo, y era hija del rey Cleomenes. Desde la infancia dió una prueba muy especial de su afecto á la patria. Aristágoras de Mileto queria empeñar á su padre Cleomenes en determinar á los lacedemonios á llevar la guerra al Asia. Estaba presente á su conferencia Gorgo, que solo tenia ocho años; y diciendo Aristágoras que mandase salir á su hija para poder hablar con mas libertad: "Bien podeis, replicó Cleomenes, porque es una niña. Empezó Aristágoras ofreciendo al rey de Esparta una suma considerable si queria empeñar á sus vasallos. La dobló y la triplicó, y dijo la muchacha: "Huye, padre mio, huye, porque este estrangero te ha de corromper."

Llegando Leonidas á Termópilas, y estendiendo la vista sobre los trescientos que le acompañaban, advirtió que muchos de ellos apenas habian llegado á la edad viril. Este es el momento que se debe aprovechar para escitar el entusiasmo. Hizo

partir algunos de ellos con pretesto de encargarlos mensages para los éforos. Uno de los que escogió, penetrando su intento, le dijo: "Señor, yo he venido á servir aquí como soldado, y no como correo." Otro respondió: "Peleemos primero, y despues iré á llevar la noticia de la batalla." Los dos murieron en ella.

D. del D. 2508. A. de J. C. 491.

Pausanias, vencedor de Platea (2508), nos ofrece en su conducta un estraño contraste. Hallándose despues de la victoria en la tienda de Mardonio, general persa, mandó á sus cocineros que dispusiesen una comida con todas las delicadezas asiáticas. Al mismo tiempo hizo servir una mesa á la espartana, y volviéndose á los griegos que le rodeaban dijo: "Admirad, amigos, la locura de este rey de los medos, que pudiendo vivir en su casa con tanta suntuosidad, se viene tan lejos á despojar á los griegos que tan pobremente se regalan." Feliz hubiera sido Pausanias permaneciendo en estos pensamientos; pero se dejó ganar del mismo lujo que habia despreciado. Fue tomando el gusto á las costumbres de los persas, y se burló de las sencillas de su pais. Estos hábitos voluptuosos que adquirió le redujeron á escuchar con gusto las proposiciones que le hicieron los persas de elevarle á ser soberano de la Grecia.

Entre tanto que se lisonjeaba con este proyecto, la inquietud, que siempre acompaña al que medita algun mal, le ocasionó una desgracia que envenenó todo el resto de su vida. Una muger muy hermosa, llamada Cleonice, de la cual estaba enamorado, le habia prometido ir á verle cierta noche, y acercándose á Pausanias hizo un ruido que le despertó sobresaltado. Lleno de la idea de que iban á

Castigo de Pausanias.

Refugiado Pausanias en el templo de Minerva, no sabian los Espartanos como hacerle salir de aquel asilo inviolable para castigar que aspirase á la soberania de Grecia; pero mientras los Éforos deliberaban, tomando la misma madre del reo una gran piedra, la puso en el umbral del templo; y haciendo todos á su exemplo lo mismo, le dexaron encerrado hasta que murió por falta de alimento.

P. A. Vargas S. de ag. fec.

J. Vinas lo ant.

prenderle echa mano á la espada, y hiere mortalmente á su querida Cleonice. Para aplacar los manes de su enamorada recurrió á los adivinos: estos evocaron su sombra, y le dijo la fantasma: *Cuando estés en Esparta hallarás el fin de tus infortunios.* Con efecto, se descubrieron sus ideas, y queriendo los éforos arrestarle, se salvó en el templo de Palas, que era para ellos un santuario inviolable, y no sabian como sacarle de allí. Mientras deliberaban tomó su propia madre una grande piedra, y la puso en el umbral del templo, retirándose sin hablar palabra. Hizo lo mismo el pueblo, y de este modo pereció encerrado Pausanias por falta de alimento.

Agis (2331) ha pasado por un grande político. Este decia, *que á los niños los engañaban con juguetes, y á los hombres con juramentos.* De los éforos de su tiempo se cuenta una accion digna de la máxima de Agis. Se multiplicaban algunas veces los ilotes de modo que daban inquietud á la república. En una de estas circunstancias publicaron los éforos promesa de libertad para los ilotes que quisiesen servir como voluntarios en una espedicion que se preparaba, y se presentaron hasta dos mil: en esto conocieron cuáles eran los mas valientes; y de los dos mil quitaron la vida secretamente á mil y trescientos, enviando á los demas á la guerra. Conocia Agis las espinas del poder, y decia: "Cuando se pretende gobernar á muchos hombres, es preciso combatir contra muchos." D. del D. 2331. A. de J. C. 667.

En su reinado se vieron dos célebres generales, Calicrátidas y Lisandro: el primero era desinteresado sobre todo elogio. Ciro, de quien se habian hecho auxiliares los lacedemonios, cuando envió el prest del egército creyó que era del caso disponer presen-

tes para el general; pero Calicrátidas recibió el dinero de las tropas, y remitió los presentes diciendo: "No es necesario que haya amistad particular entre Ciro y yo. Si él es fiel á su alianza con los lacedemonios, todos ellos serán sus amigos, y yo seré uno de tantos." Murió heróicamente como habia vivido. En el momento en que iba á dar una batalla naval le dijo un adivino, que los espartanos saldrian victoriosos; pero que moriria en ella su almirante. Está muy bien, dijo: "Vamos pues á pelear: no perderá mucho Esparta en perderme, y perderia su honor si yo me retirára á la vista de mi enemigo." Nombró pues sucesor, y murió en el seno de la victoria.

Lisandro tuvo la gloria de sujetar á los atenienses. Este fue el que les destruyó las murallas, y les quemó los navíos, restituyendo á Lacedemonia su armada cargada de inmensas riquezas. Se vieron los espartanos muy embarazados, porque estos tesoros eran contra las leyes de Licurgo; y despues de muchos debates decidieron, que el estado podia servirse del oro y de la plata; pero ningun particular podria poseer estos dos metales pena de la vida.

Muerto Agis, contribuyó mucho Lisandro para poner en el trono á Agesilao, hermano del difunto. Reunia este príncipe unas calidades que parecen incompatibles. Ambicioso y atrevido, era al mismo tiempo dulce y amable. El valor y la valentía se juntaban en él con la bondad. Amaba á su patria hasta preferirla á su propia seguridad y á la tranquilidad de su persona. Sus virtudes asustaron á los éforos, tanto que le condenaron á una multa porque se grangeaba demasiado el afecto del pueblo. Conocia Age-

silao el carácter espantadizo del pueblo, y en cuanto podia se guardaba de las sospechas y la envidia, hasta tal punto que no quiso aceptar el mando de un egército si no le nombraban un consejo de treinta personas: es verdad que era este un egército que debia decidir de la suerte de la Grecia. Hacia entonces Agesilao el papel de Agamemnon, gefe de la liga griega contra Troya: pues el rey de Esparta era gefe de la liga griega contra los persas. Hallándose en Aulide, la semejanza de su situacion le hizo soñar que los dioses le exhortaban á imitar el sacrificio de Agamemnon, cuyo sucesor era, y no creyó que debia negarse del todo á esta inspiracion; bien que en lugar de una doncella sustituyó una cierva, y quiso inmolarla por su augur. Los del pais creyeron que esto era violar sus derechos, y destruyeron el altar y la víctima. Este suceso de tan poca entidad costó á los espartanos el imperio de la Grecia, porque escitó entre ellos y los beocios una guerra en que toda la Grecia tomó parte, y que el valor y la habilidad de Epaminondas hizo bien funesta para los lacedemonios.

Entre Agesilao y Lisandro hubo cierta tibieza nacida de la envidia. Se portó el rey con alguna dureza respecto del general, usando de la superioridad de su gerarquía. Lisandro cedió sin abatirse, y los dos grandes hombres, que naturalmente no eran enemigos, continuaron obrando de concierto por la gloria de su patria. Lisandro acabó sus dias en esta brillante carrera, porque le mataron peleando contra los tébanos. Mil ocasiones tuvo de enriquecerse; y dejó tan pocos bienes, que un ciudadano rico que habia dado palabra á sus hijas no quiso casarse con ellas viéndolas sin dote. Le condenaron los éforos á

una multa, motivando así su sentencia: "Porque es hombre de tan bajos pensamientos, que mas quiere tomar esposa en una casa opulenta que en una casa de virtud.

D. del D. 2628. A. de J.C. 370. La guerra contra los beocios (2628), cuya capital era Tebas, aunque procedia de una causa tan poco importante como hemos visto, se continuaba con vigor. Se rindieron los lacedemonios en las llanuras de Leuctres, con una pérdida que no tenia egemplar en la república. Cuando llegó la noticia á Esparta, estaban celebrando los juegos gímnicos, y no quisieron los éforos interrumpirlos, contentándose con enviar los nombres de los muertos á las casas interesadas. Entonces se vió la grandeza de alma de los espartanos: porque los padres de los que habian perdido la vida, se abrazaban recíprocamente dándose la enhorabuena, al mismo tiempo que los otros no osaban presentarse; y si era preciso hacerlo, iban con los brazos cruzados y los ojos clavados en la tierra, dando señales del mas doloroso rubor. Los que se habian salvado del combate fueron degradados de sus empleos, condenados á no salir al público sino con vestidos ridículos, con la barba á medio afeitar, y á sufrir los insultos y golpes del primero que llegase sin defenderse.

La egecucion de esta sentencia, conforme á las leyes de Licurgo, tenia sus inconvenientes, y así nombraron dictador á Agesilao, con poder para hacer sobre este punto el reglamento que le pareciese. Se presentó en la asamblea del pueblo, y con sola una palabra calmó los sustos de los cobardes, y conservó la autoridad de las instituciones de Licurgo, diciendo: "Duerman por hoy las leyes, y mañana vuelvan á tomar su autoridad." Alistó despues cuantos

voluntarios pudo hallar, aun de los ilotes, y resolvió ir en persona á buscar los enemigos; pero estos le ahorraron el camino, porque Epaminondas se presentó delante de la soberbia espartana, que no habia visto el campo enemigo delante de sus muros. Sin embargo, Agesilao los contuvo de modo que se retiraron.

Entre tantas desgracias se descubrió una conspiracion en la ciudad, y se supo que doscientos conjurados se habian apoderado de un impuesto importante. Queria el senado que se les atacase y pasase á cuchillo; pero Agesilao tuvo por arriesgado el medio de la fuerza, porque ignoraba el número de los cómplices. Fue acompañado de un solo criado al parage en donde los rebeldes estaban juntos, y les dijo: "Camaradas, adonde yo os envié no es ahí;" y al mismo tiempo les fue señalando diferentes puestos para separarlos. Creyendo ellos que no estaba descubierta la rebelion, se fueron colocando donde les decia, y así los prendieron y castigaron.

Tambien tuvo la orgullosa Esparta la pesadumbre de ver que los tébanos, mandados por Epaminondas, estaban ya para entrar en su ciudad. Mugeres, niños, ancianos, todos fueron obligados á armarse, y combatir por sus hogares, y así pudieron arrojar de nuevo á los tébanos: mas por haberlos perseguido sin ser del caso, tuvieron una pérdida considerable. Tantos reveses sucesivos los pusieron en la necesidad de recurrir á los atenienses, á quienes tanto habian humillado. A los últimos del reinado de Agesilao lograron con la muerte de Epaminondas algunas ventajas; mas ya no pudieron volver al elevado crédito y reputacion que tenian en la Grecia. En este estado de decadencia se negaron á firmar un tratado ventajoso, solo porque se compren-

dian en él sus rivales antiguos los mesenios. Murió Agesilao de ochenta y cuatro años despues de un reinado de cuarenta, glorioso por sus guerreras acciones; pero reprensible por haber empeñado á su patria en unas guerras ruinosas, que con menos obstinacion y orgullo pudiera haber evitado. Le estimaban tambien por su frugalidad y simplicidad de costumbres. No le imitó en ellas Arquidamante su hijo, que gustaba de la libertad y los placeres, y pensaba *que una buena mesa no era incompatible con la virtud.* Y para tenerla sin sujecion y sin riesgo hizo que le diesen comisiones que le alejasen de Esparta.

D. del D. 2652. A. de J. C. 346.

Arquidamo (2652) hijo de un padre austero, aunque no era severo en su conducta, tuvo un hijo llamado Agis, que practicó las ásperas virtudes de Esparta. Le enviaron, siendo jóven, embajador á Filipo de Macedonia, á quien los griegos lisonjeros enviaban numerosas diputaciones en el tiempo de su grande prosperidad. Este monarca se picó de que solo le enviasen un lacedemonio por embajador, y dijo: *¿Qué no viene de Esparta mas que uno solo?* y respondió con valentía el jóven Agis: *Tampoco me han enviado mas que á uno solo?* Lleno de heridas en una batalla, despidió á los que le querian defender, diciendo: "Reservaos para ser útiles á vuestra patria." No pudiendo tenerse en pie puso una rodilla en tierra, y cayó sobre los cadáveres de los que él habia sacrificado al morir.

Eudamidas, su hijo, siempre se opuso á la guerra, deseando que probasen los lacedemonios, debilitados con las espediciones militares, las ventajas de la paz. "Yo la quiero, decia, para que conozcan y esperimenten el mal que se han hecho." Le repre-

sentaban las ventajas de sus mayores contra los persas para escitarle contra los atenienses, que eran de muy inferior número. "¿Os parece, les respondió, que es lo mismo hacer la guerra á cincuenta lobos que á mil carneros?" Entró un dia en la escuela de Genócrates, y notó que estaba ya muy viejo el filósofo. "¿Qué profesion es la de este hombre?" preguntó; y le respondieron: "Es un sabio que busca la virtud." "¡Ay pobre! dijo: ¿si ahora la busca, cuándo ha de hacer uso de ella."

En tiempo de Areo, su nieto (2672), se vió Lacedemonia en el mayor peligro por parte de Pirro, rey de Epiro, á quien Cleonimo llevó al pie de la ciudad pretendiendo como hijo de Agis la corona. Pirro se condujo tan bien, que antes que los habitadores supiesen su marcha, ya estaba en las primeras casas. Le aconsejaron que entrase de repente, pero era ya muy tarde: y como estaba su egército tan cansado, lo dejó para el dia siguiente. Viendo los lacedemonios que se acampaba, concibieron alguna esperanza, y deliberaron sobre lo que habian de hacer. El primer punto de su resolucion fue embarcar las mugeres para llevarlas á Creta. Con la noticia de esta decision se juntaron las mugeres, y diputaron al senado á una de ellas llamada Arquidamia. Entró esta con la espada en la mano, y dijo: "Senadores ¿qué concepto habeis formado de las lacedemonias? ¿Las teneis por tan cobardes que quieran sobrevivir á la pérdida de la libertad de su patria? No teneis que deliberar sobre el lugar de nuestro retiro. En Esparta estamos, y en Esparta debemos morir. Contad con nosotras, porque no hay cosa que no estemos prontas á emprender."

D. del D. 2672. A. de J. C. 326.

Con efecto, en los trabajos que se repartieron

tomaron ellas un tercio por su cuenta ; y durante la noche le concluyeron con los ancianos. Durante el asalto se hallaron en los parages mas peligrosos de la batalla. Ellas eran las que retiraban los heridos, y los curaban : volvian despues á animar á los combatientes, y les llevaban de comer y de beber. Hasta en las calles se peleó con igual carnicería. Por dos dias diferentes se renovó el asalto, y al fin les llegó á los lacedemonios un socorro, que obligó á Pirro á retirarse con el sentimiento de que por la dilacion de algunas horas habia dejado perder tan buena presa. Al retirarse quiso saquear á Argos ; y cuando ya entraba en la ciudad, viendo una muger anciana desde el tejado de su casa que levantaba este príncipe la espada contra su hijo que se estaba defendiendo, arrancó una teja, la dirigió á la cabeza del rey, y le mató.

Con las desgracias resucitaron en Lacedemonia el zelo patriótico, y el amor á las leyes de Licurgo, que estaba muy debilitado. El haber vuelto á los principios antiguos dió lugar á trágicas escenas, cuyos principales personages debemos dar á conocer para seguir mejor el hilo de la intriga ; y son Leonidas, rey de Esparta, hijo de Cleonimo el rebelde; Agis, su cólega, sucesor de su padre Eudamidas; Agesilao, su tio materno, fingido partidario de Leonidas; Lisandro, éforo y amigo de Agis; Cleombroto, yerno de Leonidas, enemigo de su suegro; Quelonida, hija de Leonidas, y muger de Cleombroto: Arquidamia, hermana de Leonidas, y madre de Argesistrata ; y esta Argesistrata madre de Agis.

Habia pasado Leonidas muchos años en la corte brillante y voluptuosa de Seleuco, y trajo el gusto

del lujo. En tiempo de este rey un éforo llamado Opitareo creyó que la ocasion era favorable para destruir la ley de Licurgo que prohibia al ciudadano disponer de sus tierras por dádiva, venta ó testamento. La infraccion ya se verificaba, pero sin ley que la autorizase; y como unas cien familias poseian todas las tierras.

Agis, el otro rey, jóven de grandes esperanzas, benigno y modesto, aunque criado por Arquidamia su abuela y por su madre Argesistrata en la delicadez y esplendor, habia ya renunciado á los placeres á los veinte años de edad: vivia como un antiguo espartano, y decia: "Que no quisiera ser rey si con la autoridad que le daba este carácter no esperase restablecer la antigua disciplina." Le animaba á la empresa Agesilao su tio materno, hombre elocuente, pero poco virtuoso.

Sobrevino á este partido un refuerzo que no pudiera esperarse, y fue que le abrazaron Arquidamia y Argesistrata, las mismas que habian dado á Agis una educacion tan distante de las costumbres lacedemonias. Se dejaron persuadir de Agesilao, hermano de la una y tio de la otra, y arrastraron á su opinion á las mugeres mas considerables del estado. El fin de Agesilao no parece que fue otro que el de suplantar á Leonidas, haciéndose un grande partido en el pueblo. Leonidas se valió de los ricos, y se empezó una guerra abierta entre las dos facciones.

A la ley favorable á los ricos, propuesta por el éforo Opitareo, contradecia otra ley que Lisandro, tambien éforo, presentó al senado. Los artículos principales eran: que todos los deudores fuesen descargados de sus deudas: que se hiciese nueva

distribucion de los campos; y que pues el número de las antiguas familias estaba muy disminuido, se supliese esta falta con una especie de adopcion de vecinos y estrangeros en la flor de su edad, á los que sujetarian, en los egercicios y en la comida, á la disciplina prescrita por Licurgo.

Ya se advierte cuanto debia esta ley agradar al pueblo: tampoco fue desagradable á una grande parte del senado, pues no la faltó mas que un voto. Trabajaron los dos partidos por apoyarse cada uno en su rey: los pobres en Agis, los ricos en Leonidas. Como este último tenia constancia y aun influencia en el pueblo, no pretendieron desacreditarle: pero el éforo Lisandro le suscitó una causa por haberse casado con muger estrangera, lo que en un rey de Lacedemonia era delito de muerte. Se asustó tanto este príncipe con la acusacion, que buscó asilo en el templo de Minerva. Entonces introdujo Lisandro en la escena á Cleombroto, marido de Quelonidá, hija de este rey, y príncipe de la sangre real, que en virtud de la caida de su suegro pidió la corona, y la consiguió. Huyó Leonidas, y Quelonida quiso mas acompañar á su desgraciado padre que vivir en el trono con su esposo. Agesilao quiso que quitasen la vida al fugitivo; pero Agis le salvó.

Hallándose los dos reyes en los mismos principios, estaban ya para hacer pasar la ley en favor de los pobres, cuando llegó la época de mudar los éforos. Los gefes de la faccion opuesta hallaron medio de hacerse elegir, y citaron á su presencia á Lisandro, para que se justificase así él como los otros éforos sus cólegas de haber propuesto contra la ley la abolicion de las deudas. Recurrieron los

acusados á los reyes, y les hicieron presente, que no habiendo sido establecidos los éforos sino para decidir entre los dos reyes cuando estaban de diferente parecer, siempre que los reyes estaban de acuerdo venia á ser nulo el poder de estos magistrados. Despues de este razonamiento se presentan los dos reyes á la asamblea, ordenan á los éforos que dejen sus asientos, y nombran otros, poniendo á Agesilao á la cabeza de estos.

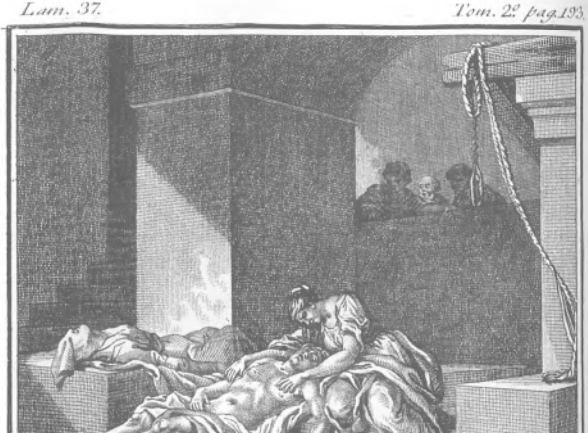
Este hombre, dotado como hemos visto de mucho espíritu, pero malo y astuto, de todos se burlaba. Habia llegado á persuadir á su sobrino Agis, hombre franco y recto, entusiasta de la libertad, que en todo trabajaba por esta; y á su hermana, á su sobrina la reina, y á las principales damas de Esparta, que era muy bueno despojarse de sus riquezas. Por último, hizo creer al pueblo que todo lo hacia por los intereses de este; al mismo tiempo que el falso solo procuraba los suyos propios. Tenia muchas deudas, y poseia un grande y hermoso campo. Viendo que los dos reyes estaban acordes por la abolicion de las deudas y el repartimiento de las tierras, hizo creer á estos dos príncipes que habia riesgo en hacer á un mismo tiempo estas dos operaciones.

Le creyeron, hicieron llevar á la plaza pública todas las obligaciones, y las pusieron fuego. El diestro Agesilao, viendo que su campo quedaba libre de sus deudas, halló medio de dilatar la reparticion de tierras con diferentes pretestos. Una guerra que sobrevino obligó á Agis á partir, y durante su ausencia, Agesilao, que gobernaba en calidad de éforo, cometió las mas injustas violencias; y el pueblo, que ya estaba irritado con sus engaños, le

espelió, y llamó de nuevo á Leonidas. Agis, que ya habia vuelto, se refugió en el templo de Minerva, y Cleombroto en el de Neptuno.

Se valió Leonidas de todos los medios posibles para sacar á Agis de su asilo; pero no valiéndole ninguno, apostó asesinos que le matasen. Uno de ellos, llamado Anfares, que tenia interes directo en la muerte del rey y en la destruccion de su familia, porque habia tomado prestados de su madre una vajilla de plata y muebles magníficos, contaba con apropiárselos con su muerte. Tres de ellos sorprendieron á Agis, y le llevaron á la carcel. Fueron allá nuevos éforos establecidos por Leonidas, y hubo tambien algunos senadores á quienes habian comprado el voto. Entre otras preguntas le hicieron esta: ¿Has sido forzado por Lisandro y por Agesilao á egecutar lo que hicistes? Nadie me ha forzado, respondió: yo formé el proyecto con la intencion de restablecer las leyes de Licurgo. ¿Pero no te arrepientes ahora? insistió uno de los jueces. "No, respondió, y la misma muerte que tengo á la vista no podrá hacer que me arrepienta de una accion noble y virtuosa." Esta respuesta fue su sentencia, y mandaron los éforos que le degollasen. Con dificultad se halló verdugo; y como los guardias llorasen, dijo el rey á uno de estos: "Amigo, no llores por mí, pues no he merecido el castigo que quieren que sufra. Mas feliz soy yo que los que me han condenado." Recibió la muerte con una firmeza digna del puesto que habia ocupado.

Anfares, uno de los traidores que le habian arrestado, presidia á la egecucion. Saliendo del calabozo encuentra á Agesistrata, madre de Agis, la cual se postró en su presencia: la levantó, y la dijo: "Tu



Muerte de Agesistrata.

No satisfecho el traydor Alfares con haber servido á la injusticia de Leónidas en la muerte del Rey Agis II. se deshizo tambien con la mayor perfidia de Agesistrata y de Arquidama, madre y abuela del desgraciado jóven, haciendolas pasar antes por el dolor de que viesen la una el cadaver de su nieto, y la otra los de su hijo y su madre. ¡Que horror! Mas insaciable parece la crueldad que la codicia.

T. L. Engelf. le grabó

hijo nada tiene que temer; y así puedes verle." Pidió el mismo permiso para Arquidama, su madre, y se le concedió. Entró ella la primera en el calabozo, y Anfares hizo cerrar la puerta, y conforme á las órdenes dadas la ahorcaron. Cuando pensó que estaba hecha la egecucion hizo el monstruo que entrase su madre, y vió á su hijo muerto y tendido en tierra, y á su madre colgada del techo. Pasado el primer instante del dolor ayudó ella misma á los ejecutores á descolgar á su madre: la estendió poco á poco al lado del cuerpo de su hijo: la cubrió con un lienzo, y arrojándose sobre el cadáver del hijo le besaba tiernamente diciendo: hijo mio, tu escesiva bondad nos ha perdido á tí y á todos. Anfares que estaba á la puerta escuchando, entró furioso y dijo: supuesto que apruebas las acciones de tu hijo, llevarás tú el mismo premio; y la mandó tambien degollar. "Quieran los dioses, esclamó, que esto ceda en utilidad de Esparta:" y presentando el cuello al verdugo murió.

Leonidas tenia aun mayor deseo de apoderarse de Cleombroto su yerno, y con dificultad se hubiera este librado de su cólera á no haber sido por Quelonida. Ya hemos visto que habia acompañado con valor á Leonidas en la desgracia de su destierro. Se presentó á este padre irritado vestida de luto, y en ademan de suplicante, con sus dos hijos en los brazos. Este es su discurso, que por ser muy bello merece conservarse. "Estos vestidos lúgubres son reliquias del luto que tomé cuando dejaste á Esparta: ahora que te ves restituido á la patria y de nuevo colocado en el trono, ¿será razon que continúe mi vida entre las lágrimas, ó será justo que me vista de ropas magníficas, cuando al esposo que me diste le

veo ya tan cerca de ser degollado en mis brazos con tus propias manos? Si Cleombroto no te puede aplacar con las lágrimas de su esposa y las de sus hijos, será su castigo mayor que el que merece cuando vea morir antes á una esposa que tanto ama: ¿Cómo seria posible que yo me conviniese en vivir ni estar entre las otras mugeres de Esparta despues de no haber podido conmover con mis súplicas á mi esposo para con mi padre, ni á mi padre para con mi esposo? ¡Infeliz de mí, que he nacido para padecer igualmente como esposa y como hija, y de parte de aquellos con quienes estoy unida con los lazos mas fuertes! En cuanto á Cleombroto bastante reprendí su conducta cuando le abandoné por seguirte; pero ahora tú mismo le justificarás manifestando al universo, que el deseo de reinar autoriza para quitar la vida á un yerno, y presta insensibilidad hasta el estremo de desatender las súplicas y lágrimas de una hija." Consiguió la gracia; pero así como habia rehusado acompañar á su marido en el trono por seguir á su padre en el destierro, así tambien participando de la desgracia de su marido, le siguió desterrado, privándose de gozar de la fortuna de su padre. Esta tragedia acabó en un matrimonio. Se vió precisado á huir Arquidamante, hermano de Agis, dejando á su muger recien parida; y como era una heredera rica, la precisó Leonidas á casarse con Cleomenes su hijo: su edad y sus gracias la dieron grande ascendiente sobre este jóven esposo; y le inspiró en punto de gobierno sus pensamientos, que eran muy diferentes de los de Leonidas su padre. Se ignora qué fin tuvo el pérfido Agesilao, verdadera causa de todas estas muertes: no se sabe en qué paró: sin duda vivió en estado tan despreciable, que

Quelónida.

Si Quelónida supo separarse de su esposo Cleombroto por acompañar á su padre Leónidas en el destierro: trocadas las suertes supo tambien no solo alcanzar de su padre la vida para el esposo mismo, sino desterrarse de nuevo voluntariamente y participar de la desgracia de Cleombroto. Ni este era digno de tal esposa ni Leónidas de tal hija: pero ella será siempre digno exemplo de hijas y esposas.

ni aun mencion ha merecido á la historia.

Muerto Leonidas (2783) subió al trono su hijo Cleomenes con todas las virtudes de los antiguos espartanos, y con el deseo de restablecerlas. Empezó su reinado por unas victorias que le hicieron temible á los éforos. Rezelaban estos que tan brillantes sucesos le grangeasen demasiado crédito para con el pueblo. Cleomenes pensaba que una guerra que obligase á levantar un egército era el verdadero medio de encaminar su designio á la egecucion. A fuerza de dinero empeñó á los éforos en que volviesen á empezar la guerra, y le confiasen el mando de las tropas. Craterisa su madre, viuda de Leonidas, muy distante de las opiniones de su esposo, apoyaba la reparticion de las tierras. Volvió á casarse para fortificar con algunos de los principales de Esparta el partido de su hijo: se obligó á ceder sus propios bienes en caso de que se hiciese nueva division, é hizo prometer lo mismo á su esposo. D. del D. 2783. A. de J. 215.

Llevó Cleomenes á la guerra á los que le parecian mas sospechosos; y se señaló con hazañas dignas de un príncipe lacedemonio. Estando para volver fatigó su egército con marchas y contramarchas, de suerte que muchos pidieron quedarse en las conquistas. Tomó consigo solamente los que le convenian para sus intentos; y llegando cerca de Esparta dispuso que le precediese una tropa segura que le desembarazase de los éforos, cuya resistencia habia esperimentado, y aun la temia. De los cinco quitáron la vida á cuatro, el quinto se puso en salvo, y así no tuvo quien le estorbase.

Al dia siguiente se presentó Cleomenes en la plaza pública. Ya habia hecho quitar las sillas de los éforos, dejando una sola, que fue la que él ocupó,

Despues de haber dado cuenta al pueblo de su intencion y su conducta, protestó que muy á su pesar se servia de medios violentos; pero que ya no permitiria mas que uno, y era el destierro de ochenta ciudadanos, cuyos nombres hizo fijar públicamente. En seguida fue el primero que puso sus bienes en el comun. Le imitaron sus amigos y su suegro: y en la reparticion señaló una porcion conveniente para cada uno de los desterrados; prometiendo llamarlos cuando lo permitiesen las circunstancias. Nombró rey con él á su hermano Euclides, lo que agradó mucho al pueblo, que temia pretendiese ocupar solo el trono. Renovó las otras leyes de Licurgo, y sobre todo la respectiva á la educacion de los hijos. Para sostener estas mutaciones levantó un cuerpo considerable de tropas bien disciplinado, y armado de un modo nuevo. Tambien dió en cuanto al lujo egemplo de lo mismo que prescribia. No se hallaban en su casa vestidos ni muebles preciosos: todo respiraba la austeridad antigua: solamente no desterró aquella alegría y afabilidad que le eran naturales. Se nota que como amigo de la libertad hasta en su mesa, no queria que hiciesen violentos los placeres instando con porfia á los convidados.

Por desgracia se suscitó una rivalidad entre Cleomenes y Arato, gefe de los aquivos. A pesar de los esfuerzos y habilidad del rey de los lacedemonios, como estaban debilitados por las guerras anteriores, llevaron la peor parte; y Cleomenes, estrechado por el enemigo, recurrió á Tolomeo, rey de Egipto, que le prometió socorrerle si le enviaba en rehenes á su madre y sus hijos. Esto le detuvo cruelmente, y estuvo mas de una vez por hablar á su madre; mas no se atrevia á resolverse. Por último, ya se decla-

Cratésila.

Teme Cleómenes proponer á su madre Cratésila que Tolomeo la pide en rehenes del socorro que ofrecia á Esparta; y Cratésila, oyendolo tranquilamente, anima á su hijo á que la envie, quando interesa su patria en ello. Llora Cleómenes al despedirse de tan digna madre; y ella, enseñándole como deben sacrificarse al honor los sentimientos, parte á embarcarse, dando el último exemplo de la magnanimidad espartana.

T. L. Enguid.º de ag. fec. Jf. Hico sculp.

ró, y su madre se puso á reir, diciendo: "¿Y qué, eso es lo que no te atrevias á descubrir? ¿por qué no me dispones cuanto antes un navío, y me envias á cualquiera parte en donde creas que puede ser mi cuerpo útil á Esparta antes que venga la muerte á destruirle? Estando Cratesila para embarcarse llamó aparte á su hijo, le llevó al templo de Neptuno, allí le abrazó y le bañó en lagrimas; pero viendo correr las de su hijo, le habló así: "Vamos, rey de Lacedemonia, enjuguemos nuestras lágrimas, para que cuando salgamos del templo nadie nos vea llorar, ni hacer cosa alguna indigna de nuestra patria. No somos dueños sino de nuestras acciones, porque los sucesos estan en las manos de los dioses." Llegada que fue á Egipto le escribió: "Rey de Esparta, haz con valentía cuanto te parezca útil ó glorioso á la patria; y no temas á Tolomeo por una vieja y un niño." Estos son los últimos suspiros de la magnanimidad lacedemonia; porque Cleomenes, vencido por los macedonios, se vió precisado á abandonar á Esparta, y refugiarse en Egipto. Tolomeo, despues de haberle recibido bien, concibió contra él ciertas sospechas, y le hizo poner en una cárcel con los que le habian seguido. No pudiendo evadirse, se quitaron unos á otros la vida. Tolomeo hizo poner en una cruz el cadáver de Cleomenes á vista de su misma madre, á la cual mataron con el resto de su familia.

Con la fuga de Cleomenes cayeron los de Esparta y la Laconia en poder de los lacedemonios. Estos se contentaron con tenerlos en cierta especie de sujecion, dejándoles elegir reyes, que fueron Agesípolis, hijo de Cleombroto; y Licurgo, que aunque no era de familia real, se hizo reconocer con cierta suma que dió á cada éforo. Arrojó del trono á Age-

sípolis, y él mismo se vio precisado á huir amenazado por otros nuevos éforos. Dejó el trono á Macanidas, que aniquiló el poder de los éforos, y perdió la vida peleando contra los aquivos.

D. del D. 2803. A. de J. C. 195. Despues de su muerte (2803) gimió la Esparta, oprimida del poder de Nabis, reputado por uno de los mas odiosos tiranos. No se sabe cómo llegó al trono: lo que consta es, que viendose elevado se mostró enemigo de cuantos se distinguian por su nacimiento, mérito ó valor, quitando á unos la vida, y desterrando á otros para hacerlos mas fácilmente asesinar. Inventó una máquina que representaba una muger magníficamente vestida; y cada vez que queria sacar por fuerza dinero, y alguno rehusaba darle, hacia avanzar hácia él la máquina, que estaba guarnecida de puntas de hierro, y abrazaba al infeliz hasta que concedia al tirano cuanto este le pedia. En su reinado, aunque tan duro, recobró Esparta algun esplendor; y sus felicidades precisaron á los acayenses á llamar en su socorro á los romanos. Vino como árbitro Tito Quincio, cuya entrada en Grecia, como su marcha contra Lacedemonia, inquietaron mucho á Nabis. Temia este á los enemigos que tenia en Esparta; y para prevenir su sublevacion, al acercarse el general romano juntó los ciudadanos fuera de la ciudad: hizo que los rodeasen las tropas, y les trajo á la memoria en un discurso estudiado los trabajos que se habia tomado en muchas ocasiones por salvar á Esparta, y que se hallaba en la misma disposicion de esponerse por ellos á todos los peligros; pero, añadió, me veo precisado á pedir una cosa tan necesaria para vuestra seguridad como para la mia. Entre vosotros hay algunos de cuya conducta sospecho, y he resuelto

ponerlos en la cárcel, hasta que pasado el peligro tenga yo el gusto de restituirles la libertad. La multitud asustada se quedó inmoble, y sus satélites prendieron hasta ochenta ciudadanos distinguidos por la reputacion de gentes de honor; y aquel monstruo los hizo degollar á todos en la prision. Tambien hizo azotar hasta derramar sangre y quitar la vida á muchos ilotes de quienes desconfiaba.

El general romano, segun la política de su nacion, midió qué sucesos serian suficientes para humillar al tirano, y se abstuvo de los que pudieran destruirle, temiendo que las otras partes de Grecia, desembarazadas de Nabis, serian mas difíciles de subyugar. Se formó contra el tirano una grande liga, cuyos gefes eran los etolios; mas á pesar de las fuerzas reunidas solo pudieron acabar con él sorprendiéndole. Muerto Nabis, los espartanos, alentados por Filipomenes, general de los etolios, recobraron su libertad, y entraron en la liga de los acayenses.

A tres causas se atribuye la esclavitud de los lacedemonios bajo los últimos tiranos. Primera: la corrupcion de costumbres, que siempre es el primer paso hácia la servidumbre. Segunda: la proscripcion de las gentes mas distinguidas por sus riquezas, méritos y autoridad, precisadas á abandonar su patria. Tercera: las gentes que en las desgracias por su carácter bondoso se alimentan de esperanzas, y se tienen por libres mientras que la república, aunque esclavizada por sus propios hijos, no sufre un yugo estrangero. De este modo desapareció de entre las potencias la de Lacedemonia, que habia ocupado una clase distinguida, y ni aun tuvo el honor de figurar con las otras repúblicas grie-

gas, que por la liga aquiva se sostuvieron algun tiempo contra los romanos, no habiendo quedado de Esparta mas que el nombre.

LIGA DE LOS AQUEOS Ó ACAYENSES.

La Acaya fue el centro de la mas durable liga que se ha visto. Fue necesario que el genio de sus habitadores y de los de los paises vecinos, como su situacion respectiva, fuesen muy á propósito y favorables para conservar una asociacion; pues empezó desde el tiempo de Giges su último rey, esto es, desde que se acabaron los tiempos heróicos, y continuó hasta Alejandro: y aun destruida por este conquistador, se reprodujo con el nombre de liga acayense, y se sostuvo despues con esplendor hasta el momento en que se rindió el enorme poder de los romanos.

Desde luego abrazaba esta liga las provincias del continente llamado Grecia, á saber: la Atica, el pais de Megara, la Locride, la Focida, la Beocia, la Etolia y la Dorida. Despues se encerró entre la bahía de Corinto, Sicione y la Elida. De bien mediana consideracion se levantó insensiblemente la Acaya hasta un grado de poder superior al de los grandes estados de la Grecia; y no debió su preponderancia á la poblacion ni al valor de los acayenses, sino á la sabiduría de sus leyes. Se formaron los acayenses un plan de gobierno democrático, que adoptaron todas las ciudades de su pequeña república; pero de suerte que formando estas ciudades un solo cuerpo, eran no obstante independientes las unas de las otras. Estaban unidas con alianza estrecha, y gobernadas por las mismas leyes: tenian las mismas monedas, los mismos pesos,

los mismos magistrados; en una palabra, habia entre ellas tanta uniformidad que parecia una sola ciudad toda la Acaya. Esto determinó á muchos pueblos vecinos á adoptar su forma de gobierno y acceder á su liga. Las leyes de esta primera asociacion se ignoran, y tal vez no tuvieron otras que la necesidad de ayudarse entre sí contra los que querian sujetarlos; y así cuando se levantó una potencia como la de Alejandro, á que no pudieron resistir, cesó la asociacion por sí misma.

Pero los acayenses, por no haber tenido el tiempo suficiente de olvidar en los de sus sucesores el precio de la libertad, se resolvieron á sacudir un yugo tan incómodo como vergonzoso. Los habitadores de Patra y los de Dinia, ciudades muy pequeñas, renovaron su antigua alianza; y otras ciudades vecinas, aunque no muy grandes, quitaron la vida á los tiranos que las oprimian, y se juntaron con ellas. El buen orden que reinaba en esta pequeña república, en que se veian unidas la libertad y el amor á la justicia y al bien público, empeñó á otros muchos pueblos en imitar su egemplo; pero su liga no tuvo fuerza para resistir y acometer, hasta que los consejos y hazañas de Arato la dieron alguna consistencia.

Era este Arato hijo de Clinias, uno de los mejores ciudadanos de Sicione, á quien esta ciudad habia escogido por gefe, y vivia feliz con su gobierno cuando un tal Abandidas se apoderó de la suprema autoridad, y su primer cuidado fue deshacerse de Clinias y de toda su familia; y aun al mismo Arato, que solo tenia siete años, no le hubiera perdonado, sino hubiera huido á favor del tumulto que la muerte de su padre causó en su misma casa. Despues de haber andado errante al rededor de la D. del D. 2723. A. de J. C. 275.

ciudad entró casualmente en la casa de la hermana del tirano para ocultarse en ella. Esta tuvo por inspiracion el que aquel niño escogiese por asilo su habitacion; y le envió á Argos, donde algunos amigos de su padre le criaron con el cuidado posible.

No pasaba Arato de veinte años cuando formó el proyecto de poner á su patria en libertad; y á pesar de la atencion de Nicocles, sucesor de Abandidas, que observaba todos sus pasos, halló modo de levantar tropas. Escaló por la noche los muros de Sicione, y el tirano Nicocles huyó. Despertaron al ruido los habitadores, y se juntaron á tiempo que, presentándose un heraldo, hizo la siguiente proclamacion: "Arato, hijo de Clinias, convida á todos los ciudadanos á restituirse á su antigua libertad." Estas palabras fueron recibidas con vivas aclamaciones de gozo, y se hizo la revolucion sin derramar una gota de sangre. Pero Nicocles, que no habia cedido á su poder, recurrió á Antígono, rey de Macedonia. Arato para resistirle no halló mejor medio que juntar á Sicione con la liga de los acayenses, que volvia á levantarse, y él la aumentó con la ciudad de Corinto, cuya ciudadela quitó á los macedonios. Esta ciudadela llegó á ser el punto de apoyo mas importante para la liga; porque se unieron muchas ciudades considerables, cuyos reyes, que entonces tenian el nombre de tiranos, resignaron voluntariamente su autoridad. Desde este tiempo se puede señalar la data poco mas ó menos del establecimiento de las leyes que hizo esta liga.

Todas las ciudades estaban sujetas á un gran consejo, que se juntaba dos veces al año, al cual enviaba cada una cierto número de diputados, elegi-

Arato.

Gemía Sicione baxo la tiranía de Nicocles quando el joven Arato, aunque expatriado, proyectó restituirla su libertad: y burlando toda la vigilancia del tirano, levanta tropas: escala de noche los muros de Sicione: convoca y reune á los ciudadanos: asusta al tirano: huye este: y Arato, sin que se vierta gota de sangre, logra en pocos instantes la gloria de ver á su patria libre, y de que le aclamen su libertador.

T. L. Enguid.º de ag. fte. Alex.º Blanco cond.

dos por sus conciudadanos á pluralidad de votos. Este consejo general decidia de la paz y de la guerra, y disponia de las plazas vacantes. Se elegia el presidente tambien á pluralidad en la general asamblea; y podia reunir la presidencia con el mando de las tropas. Era grande su poder; pero tambien era responsable á todo. Elegíanle un consejo de diez magistrados, llamados demiurgos, y estos tenian á su cargo la direccion de los negocios en ausencia del presidente; y aun en caso de urgencia podian juntar el consejo general. Cuando alguna de las ciudades no se conformaba con las resoluciones de la liga, ó se negaba á contribuir con su contingente en tiempo de guerra, podia ser precisada con la fuerza de las armas. No habia lugar á incorporarse con la liga sin el consentimiento de los que la componian. Ninguna proposicion de los estraños se presentaba á la asamblea sin que antes se hubiese comunicado por escrito al presidente. Se prohibió que los miembros del consejo recibiesen presentes con ningun pretesto. No podia durar la asamblea general mas que tres dias.

La primera guerra importante de la liga (2778) fue la que Cleomenes suscitó contra los lacedemonios. Era este su rey, y necesitaba ocupar á sus vasallos: al mismo tiempo la hacia á los etolios. Las felicidades de estos dos enemigos precisaron á la liga á llamar en su socorro á Antígono con los macedonios; y estas fuerzas reunidas oprimieron á Cleomenes. Viéndose los etolios sin el apoyo de Lacedemonia tuvieron por fuerza que mantenerse tranquilos. Vivian los etolios en tierra como los corsarios en el mar, esto es, de rapiña. Llegaron á cansarse de la calma que habia sucedido á la guerra

D. del D. 2778. A. de J. C. 220.

de Cleomenes; y fastidiados de una paz que los arruinaba, atacaron á los mesenios, cuya defensa tomó la liga, por ser de su propio cuerpo; pero Arato, comandante de las tropas aquivas, habiendo tenido una pérdida considerable, aconsejó que llamasen á los macedonios; y Filipo, sucesor de Antígono, fue á socorrer á la liga. Mientras él desolaba la Etolia, saqueaban los etolios la Macedonia: de este modo estaba todo abrasándose en el Peloponeso.

Una intriga de corte apresuraba ó mitigaba las ruinas y las muertes; porque Filipo, príncipe jóven entregado todo á la gloria de las armas, descansaba de la direccion de los asuntos y negocios en el cuidado de Apeles su ministro. Este tomó zelos de la estimacion que Filipo mostraba á Arato: hizo que adoptasen sus proyectos muchos grandes; y formó una faccion que por todos medios procuraba arruinar el crédito del estrangero. Salieron mal muchas empresas y proyectos bien combinados, solo por haberlos aconsejado Arato: mas no por esto era menor el afecto que Filipo le profesaba. Advirtió el rey en su ministro tan claras perfidias que determinó castigarlas, y así cayó Apeles de su gracia. Volvia éste de una espedicion que habia salido felizmente, porque gobernándola él mismo, se interesaba en que tuviese buen éxito; y á su llegada se le presentaron todos los cortesanos, y le acompañaron como en triunfo hasta palacio. Sin embargo, cuando esperaba ser recibido del monarca con las señales del mayor favor, le negó la guardia la entrada. Desapareció al punto la tropa de aduladores, y el ministro se retiró triste á su casa. Como era sugeto de capacidad, despues de este castigo ligero que debiera corregirle, le volvió el rey á su confianza, y Apeles

volvió de nuevo á abusar de ella. Sus maniobras sublevaron el egército por haberle persuadido á que las injusticias cometidas en la reparticion del botin eran inspiradas por Arato. Ya entonces creyó Filipo que era preciso cortar el mal por su raiz; y aunque disimuló todavia por algun tiempo, tomadas bien todas las medidas hizo arrestar á Apeles, le castigó de muerte con uno de sus principales cómplices, y otro de estos se quitó asímismo la vida.

Los desastres de estas guerras inspiraron á todos y al mismo Filipo, el deseo de la paz. En las conferencias que se tuvieron en Naupacta, Agelao, embajador de los aliados, hizo en presencia del rey un discurso que el suceso podia hacer se tuviese por profecía. "Debiera desearse, dijo, que los griegos jamas se hiciesen la guerra: que se diesen todos la mano, y uniesen sus fuerzas para librarse de los bárbaros, de quienes tanto hay que temer: pero si esta buena inteligencia no puede ser eterna, debemos á lo menos reunirnos en la ocasion presente, y velar sobre la conservacion de nuestra libertad, amenazada por todas partes. El hombre menos instruido en política prevé que los vencedores cartagineses ó romanos no limitarán su ambicion al imperio de la Italia y la Sicilia, y que comprenderán tambien la Grecia. Todos los griegos, y aun tú, Filipo, debeis considerar el peligro que nos amenaza. Bien podeis libertar á los griegos si en vez de atacarlos y debilitarlos como hasta aquí, tomais sus intereses como propios, y cuidais de su defensa. De este modo les ganareis el afecto, y los tendreis fielmente de vuestra parte. Si suspirando por la gloria de vuestras armas pensais en alguna empresa grande, volved al occidente los ojos, y aprovechaos de los suce-

sos de una guerra en que se abrasa toda la Italia. Sabed aprovecharos de la ocasion, y os prometo el imperio universal. Si por el contrario esperais á que la tempestad que se levanta por el lado del occidente caiga sobre la Grecia, debeis temer que muy presto no estará en vuestra mano hacer la guerra ó la paz, ni arreglar vuestros negocios como quisierais."

D. del D. 2787. A. de J. C. 211. Con este sabio discurso (2787) se hizo la paz general, pero duró poco tiempo. Empeñó Anibal á Filipo contra los romanos; y creyó este príncipe que le convenia hacerse poderoso en Grecia para ser útil al nuevo aliado, y se apoderó de Itoma, plaza fuerte de Mesenia. No estaba por esta conquista Arato, y le dijo: "Si la conservas pierdes tu ciudadela principal que es el credito." No le agradó la franqueza del republicano: este lo advirtió, y se retiró á Sicione con su hijo, jóven todavia, pero ya muy estimado. Temiendo Filipo que los consejos y valentía de los dos se opusiesen á sus proyectos ambiciosos, hizo que diesen al padre un veneno lento, cuyos efectos pudiesen pasar por síntomas de una enfermedad. Arato no se engañó, porque admirándose un amigo suyo de verle escupir sangre, le dijo el enfermo: "Este es el fruto, amigo Cefalion, de la amistad de Filipo." A su hijo le trataron con mas inhumanidad, pues le dieron uno de aquellos venenos que causan locura, la cual le hizo cometer abominables acciones, que si hubiesen sido voluntarias habrian bastado para desacreditarle. Honraron los de Sicione las exequias de su padre con himnos, cánticos y juegos fúnebres, dándole honores divinos. Se le debe mirar como el principal apoyo de la liga aquiva.

D. del D. 2796. A. de J. C. 202. Ya se iba cumpliendo el dicho de Agelao (2796),

porque Filipo siempre hallaba romanos á la cabeza de todos en las ciudades que sitiaba y en los egércitos que atacaba. Empeñó á los aquivos á juntarse con él contra estos enemigos. Tenia entonces la liga por comandante á Filopemenes, y sus victorias trajeron la paz general, durante la cual lograron los embajadores romanos que los acayenses se uniesen con ellos.

Juntaron sus tropas (2807), y tuvieron tal fortuna que precisaron á Filipo á aceptar la paz con las condiciones que Roma y la liga quisieron imponerle. La principal fue que no tendria en Grecia dominio alguno, y que restituyese todas las ciudades que en ella poseia. Bien quisieran los romanos reservarse algunas que les pudiesen servir de punto de apoyo; pero Flaminio su embajador, creyó que debian manifestar un perfecto desinteres; y así del papel de aliado que representaba, pasó, segun el genio orgulloso de la nacion, al de protector. Tomó ocasion de los juegos istmicos, en los cuales se juntaban los diputados de todos los paises griegos, para que un heraldo leyese este famoso decreto: "El senado y pueblo romano, y Quincio Flaminio Proconsul, despues de haber vencido á Filipo, y dado la paz á la Lacedemonia, declaran por enteramente libres á los corintios, los foceos, los locrenses, los eubeos, los magnesios, los tésalos, los perrhebos, los aqueos y los fitotes. Vivan todos estos pueblos en estado de independencia, y gobiérnense por sus propias leyes." D. del 2807. D. A. de J. C. 191.

Con esta libertad general (2811) adquirió la liga aquiva muchos aliados, y entre otros la Lacedemonia, á la que el generoso Filopemenes sacó de la horrible tiranía de Nabis. De los despojos que se D. del 2812. D. Á. de J. C. 186.

hallaron en el palacio de este usurpador sacaron los espartanos una suma considerable, y quisieron presentársela á su libertador: pero era tanta la veneracion de sus virtudes morales, y el rezelo que tenian de desagradarle con esta accion, que cuando se trató de ofrecérsela no se halló quien la llevase, y fue preciso mandar por decreto á Timolao, su amigo particular, que cumpliese con esta comision. Dos veces quiso desempeñarla, y dos veces se vió tan cortado á vista de la austeridad de costumbres de Filopemenes, de su grandeza de alma y de su frugalidad, que no se atrevió á hablarle de ello. Ya por tercera vez, forzado por los espartanos, se resolvió á hacer su proposicion. Le escuchó Filopemenes con grande sosiego, y juntando los ciudadanos, despues de manifestar el vivo reconocimiento de que estaba penetrado, añadió: "Guardad, lacedemonios, este dinero para ganar á los que con sus discursos sediciosos perturban vuestra ciudad, para que viendose pagados porque callen, no causen en ella mas desórdenes, pues vale mas cerrar la boca á un enemigo que á un amigo. Por mi parte contad siempre con mi amistad, que nunca os costará cosa alguna."

D. del D. 2820. A. de J. C. 178. Mientras fue comandante Filopemenes (2820) se sostuvo la liga aquiva, á pesar de las diligencias sordas de los romanos para minarla y destruirla. Este hombre grande, llamado el último de los griegos, fue herido y preso en una accion contra los mesenios, que se habian separado de la liga. Los vencedores estaban divididos en los sentimientos acerca de su prisionero; porque unos no podian sin verter lágrimas ver con grillos á este héroe de la Grecia, á cuyas órdenes habian peleado y triunfado, y por último los habia librado de la tirania de Nabis. Otros

Exéquias de Filopémenes.

Si hubo viles mesenios que decretaron y llevaron á efecto la muerte de Filopémenes, los valientes aquívos supieron vengarla; y apoderandose de los asesinos del héroe, los quitaron la vida, despues de haberlos hecho servir en el soberbio triunfo con que llevaron á Megalópolis las cenizas de Filopémenes, acreditando así al mundo quan digna era su memoria del reconocimiento de la Grecia.

T. L. Engnel. Fº. de 14 fts.

Alex.º Blanco cond.

gustaban de ver en él un enemigo humillado, y para gozar á su gusto de este espectáculo, pidieron que herido como estaba, fuese presentado en el teatro; pero advirtiendo sus enemigos que así se avivaria mas la estimacion y afecto del pueblo, le retiraron con desatencion, y le hicieron llevar á un calabozo, donde herido, enfermo y fatigado pasó una noche cruel. Al dia siguiente se juntó el pueblo, y pretendia conseguir de los enemigos ventajosas condiciones por cange del prisionero; pero los que habian arrastrado al pueblo á rebelarse contra la liga, temiéndole como á enemigo implacable, convinieron en que se le quitase la vida. Fue el egecutor á llevar el veneno á Filopemenes. Cuando este le vió entrar con la copa en la mano se incorporó con trabajo, y preguntó con gran sosiego, "si los jóvenes que habian peleado con él, y pudieron salvarse, habian ganado algun lugar seguro." "Ni uno ha sido muerto ni prisionero" respondió el egecutor: "pues yo muero contento" le dijo: y tomando la copa se la bebió con un rostro en que estaba pintado el contento. Presto quedó vengada su muerte. Embistieron los acayenses á Mesenia, y pidieron que les entregasen los que habian quitado la vida á Filopemenes, en lo que el pueblo no se detuvo. El principal, que era Dinocrates, se mató á sí mismo: los otros sirvieron para la pompa fúnebre de aquel héroe; y la urna de sus cenizas fue llevada en triunfo á Megalópolis, en donde habia nacido. La iba escoltando todo el egército, y despues seguian los mesenios culpados en su muerte cargados de cadenas; y por último murieron apedreados sobre su sepulcro. Pocas ciudades hubo en Grecia que no levantasen algun trofeo en honor de este héroe.

D. del D. 2836. A. de J. C. 162. Los romanos (2836) pusieron grillos, por decirlo así, á la liga aquiva con atenciones políticas, mientras temieron que diese socorro á Perseo, rey de Macedonia, á quien hacian guerra mortal; pero vencido este príncipe cesaron todas su atenciones y empezaron las injusticias, cuyo plan bien combinado los hizo por último dueños de la Grecia. No solamente escitaron unas ciudades contra otras, sino que en cada una de ellas mantenian, por medio de emisarios, la funesta division. Sus partidarios vivian seguros de ser bien sostenidos por inicuas que fuesen sus pretensiones. Sublevaban á los esclavos contra sus dueños, y pagaban infames delatores. Bien presto llegó á ser delito el no apasionarse por los intereses de los romanos. Hubo listas de proscripciones, y enviaron comisionados con el encargo de egecutar sus sentencias secretas. En una asamblea pública de los acayenses tuvieron descaro para pedir, que los que habian asistido á Perseo fuesen, ante todas cosas, condenados á muerte, y que despues los irian nombrando. "¿Cómo, esclamó la asamblea, despues de la condenacion? ¿Qué justicia es esa? Empiécese por nombrarlos, y que se defiendan; y si no alegan motivo para su justificacion, nosotros prometemos condenarlos. Lo prometeis, replicó el comisario, está muy bien: pues todos vuestros capitanes generales, y todos los que han tenido algun cargo en vuestra república estan culpados en este delito." Genon, hombre de gran crédito, y muy respetado en la liga, se levanta y dice: "Yo he mandado el egército, y he sido cabeza de la liga, y protesto no haber hecho nada contra los intereses de los romanos, y si alguno me persigue estoy pronto á justificarme ó aquí delante de la asamblea de los acayenses, ó en

Roma á presencia del senado." Tomó el romano esta última palabra, y dijo: Ya que Genon ha nombrado al senado, ni él ni los otros acusados pueden apelar á tribunal mas justo. Fue nombrando despues á los acusados, y dispuso que fuesen á Roma para defender su causa. Eran estos mas de mil, y ninguno otro tenia otro delito sino el ser todos hombres de distinguido mérito.

La partida de estos fue la herida mas sensible para la liga acaya. Así que llegaron á Italia los distribuyeron en diferentes ciudades, en donde permanecieron encarcelados, como si ya estuvieran condenados á muerte. El consejo de Acaya envió diputados á Roma pidiendo que pudiesen defender su causa. Respondió el senado con una insigne mala fe: "Que los desterrados se habian hallado culpados en Acaya, y solamente habian ido á Roma para intimarles el castigo que se les debia dar." Enviaron de nuevo los acayenses una solemne embajada, que hizo parar al senado; pero este respondió, que no le parecia interés de los acayenses que volviesen los desterrados á su patria; y á otra embajada que se abatió hasta los ruegos y súplicas, siempre el senado correspondió inexorable con la misma negativa; y solo ganaron con estas instancias hacer mas dura la esclavitud de los proscriptos. Diez y siete años se pasaron en pretensiones inútiles: ya estaban reducidos como á trescientos cuando Polibio, que era uno de estos infelices, y habia hecho servicios á Paulo Emilio en la educacion de sus hijos, consiguió con su proteccion que se remitiese su asunto al senado. Caton prometió apoyar la demanda por complacer al joven Escipion. Cuando la presentaron se dividieron las opiniones, y el mayor número no era fa-

vorable. Llegando el turno de Caton se levantó este con el aire mas grave, y dijo: "Quien nos vea disputar con tanto calor sobre si algunos viejos de Grecia se han de enterrar en Italia ó en su propio pais, creerá que nada tenemos que hacer." Con esta chanza se avergonzó el senado, y concedió la pretension. Quisiera Polibio que se mandase que en llegando fuesen restablecidos en sus cargos y dignidades. Antes de presentar el memorial pidió consejo á Caton, y este le respondió sonriéndose: "Polibio, tú no imitas la prudencia de Ulises: tú quieres entrar otra vez en la cueva de Polifemo por algunos malos muebles que te dejaste en ella."

Dos de los mismos diputados, Critolao y Dioeo, cuando volvieron á su patria con la venganza en sus corazones, se propusieron restituir á la liga su antigua autoridad: mas solo consiguieron precipitar su ruina. No tenian estos ni la prudencia de Arato, ni la fuerza de Filopemenes, y emprendieron una obra que en tales circunstancias no se hubieran atrevido á imaginar estos héroes. Ya el antiguo patriotismo estaba perdido entre los grandes, y solo subsistia en el pueblo como una efervescencia pasagera, y asi no se podia contar con que hiciese aquellos esfuerzos grandes y durables, tan necesarios contra la destreza y perseverancia de los romanos. Cometieron los dos aqueos el yerro de atacar de frente á los romanos, y así se declararon altamente contra ellos, desacreditaron sus intenciones, hicieron que el pueblo insultase á sus diputados, y no viéndose sostenidos de sus grandes, los maltrataron y los denunciaron á la plebe como enemigos de la patria. Les suscitaron tales persecuciones que los hicieron huir. Las tropas de la república se resintieron de esta falta, y

se vió que se componian de una multitud sin disciplina; pero llena de audacia y presuncion.

D. del D. 2857. A. de J. C. 141.

Tal era (2857) el egército que Critolao y Dioco opusieron á Memmio, general romano, delante de las murallas de Corinto. Decidió una batalla de la suerte de la república aquiva; y aunque el valor ciego tuvo por algun tiempo indecisa la victoria, al fin la habilidad y esperiencia la lograron. Critolao perdió la vida. Dioco huyó á rienda suelta á Megalópolis, donde estaba su muger: la mató, puso fuego á su casa, y tomó veneno. Bien pudiera haberse retirado á Corinto, que era una de las plazas mas fuertes de la tierra, y conseguir una capitulacion honrosa. Los corintios se aturdieron tanto con esta derrota, que ni aun pensaron en cerrar sus puertas. Por tres dias estuvieron abiertas, y los muros sin defensores. Memmio no se atrevia á entrar temiendo alguna emboscada; pero al fin se aventuró, y asegurado en su posesion, la abandonó al saqueo de los soldados. Los hombres fueron pasados á cuchillo, y las mugeres y niños vendidos como esclavos.

Los tesoros que allí se hallaron son cosa increible. Escedia Corinto á todas las ciudades así en la cantidad como en la riqueza de los muebles, estatuas y pinturas. Muchas piezas de precio inestimable cayeron en manos de los soldados, que no conociendo la belleza las destruyeron ó vendieron por casi nada. Entre otras se cita una pintura de Apeles, sobre la cual estuvieron los soldados jugando á los dados, hasta que la trocaron por una mesa mas cómoda: Atalo, rey de Bérgamo, la compró por una cantidad que equivaldria á cuatrocientos mil reales de nuestra moneda. El general en este punto no tenia mas conocimiento que los soldados; pues habien-

do hecho que llevasen á bordo de los navíos muchas estatuas y pinturas para hacerlas servir en su triunfo, amenazó seriamente á los capitanes de navío con que si echaban á perder algunas de aquellas piezas, les haria aprontar otras.

Despues del saqueo redujeron á cenizas la ciudad en consecuencia de las ordenes que recibieron de Roma. El oro, la plata y el bronce que se fundieron juntamente en el incendio formaron arroyos de un metal compuesto de todos tres, que fue despues muy famoso y muy buscado. Derribaron los muros, y sacaron hasta las piedras de los cimientos. Con la ciudad de Corinto pereció la liga aquiva, de la que era como capital. Los romanos abolieron el gobierno popular en todas las ciudades: no obstante, se las permitió gobernarse por sus propias leyes bajo la inspeccion de un pretor, y de este modo se hizo la Grecia una provincia romana, y quedó sujeta á una contribucion anual.

Neron restituyó á la Grecia sus antiguos privilegios, y cargó sobre la Cerdeña el tributo de la Acaya. Vespasiano la redujo á su primer estado de sujecion. Nerva y Trajano la concedieron una sombra de libertad. Constantino colocó esta provincia entre las que pertenecian al emperador del oriente. En el reinado de Arcadio y Honorio asolaron los griegos estas provincias bajo el rey Alarico, y redujeron á montones de ruinas los mas hermosos edificios. En el siglo décimo el emperador Manuel dividió el Peloponeso en siete provincias, y las dió á sus hijos. A este pais le llamó la Morea, por la semejanza que tiene su figura con la de la hoja del moral. En el siglo trece, cuando los príncipes de occidente tomaron á Constantinopla, cayó la Morea

en poder de los venecianos. La conquistaron los mahometanos reinando Mahomet II, y la conservaron hasta mil seiscientos treinta y siete, que volvió á los venecianos, y en mil setecientos quince recayó en el imperio otomano, que hoy la posee y gobierna por medio de un Sangiaco á las órdenes del beglierbey de Grecia que reside en Modon.

ETOLIOS.

A los de la Etolia se les supone haber sido pueblo inquieto, turbulento, que rara vez vivian en paz entre sí, y siempre estaban en guerra con sus vecinos. A esto se añade, que no conocian el honor, y estaban prontos á hacer traicion á los mejores amigos por cualquier ganancia: en una palabra, sus vecinos los miraban como salteadores. Este carácter, segun nos lo pinta Polibio, natural de Acaya, y por consiguiente enemigo de los de Etolia, parece demasiado cargado, por ser el mas infame que se puede pintar: porque no eran ni mas ladrones, ni mas codiciosos de botin, ni mas incómodos á sus vecinos que los otros pueblos de aquellos paises. Como apasionados por la libertad siempre estaban inquietos en las cadenas, y se agitaban por romperlas. Si los atacaban embestian, su reaccion era contínua, y no sabemos que fuesen mas turbulentos que los de Acaya; porque entre estos dos pueblos seria dificil decidir quiénes eran los agresores, ni cuál dió el egemplo de la confederacion que reunió bajo las mismas leyes las ciudades vecinas haciendo entre sí un cuerpo de confederados. Las condiciones de la liga etolia son las mismas que las de la aquiva, á escepcion de que no se empeñaban en precisar con las armas á los que no concurrian

á una guerra resuelta por el mayor número: moderacion que hace honor á su justicia, si no se le hace á su política. No tuvieron por comandantes hombres de tanta reputacion como Arato y Filopemenes; mas no les faltaron sugetos de probidad para el consejo, y generales hábiles, que egecutaron cosas grandes con soldados infatigables, intrépidos, tenaces, y de tanta paciencia para sufrir un sitio, como de ardor en una campaña, sobre ser escelentes marinos.

Estos fueron los primeros que entre los griegos se dejaron engañar de las pérfidas insinuaciones de los romanos. Hicieron con estos alianza para rechazar á Filipo, rey de Macedonia, de quien se veian amenazados; y cuando esperaban que los romanos los ayudarian hasta dar fin á esta guerra, de modo que no tuviesen que temer de parte de los macedonios, se vieron engañados por estos aliados infieles, que hallando su interes en hacer la paz, la concluyeron sin detenerse en el peligro en que dejaban á los de Etolia, y así aceptaron estos el socorro de Antíoco, rey de Siria.

D. del D. 2812. A. de J.C. 186. Estaba empeñado este príncipe (2812) por haber dado refugio á Anibal en hacer la guerra á los romanos. Era preciso determinar si se habia de llevar á Italia, ó si habia de hacerse en la Grecia. Anibal, que siempre creyó que los romanos no podian ser vencidos sino en su tierra, insistia por el primer partido; pero Antíoco creyó que para contener la ambicion de aquella república bastaria oponer por muralla la Grecia, y mas teniendo á su favor los de Etolia, que sostendrian los primeros esfuerzos. Procuró Antíoco ganarlos, y envió embajadores á una asamblea general, en donde se examinase el partido que se debia tomar entre un rey y una repú-

blica. Flaminio, general romano, fue á esta junta.

Los embajadores de Antíoco hicieron una larga enumeracion de las naciones que su señor llevaria para socorrer á la Grecia, señalando con sus propios nombres los diferentes pueblos. Flaminio tomó la palabra, y dijo: "Os quieren asustar con la enumeracion de todos los pueblos que vendrán como un torrente á inundar la Grecia: y esto me trae á la memoria una comida que me dió en Calcis un amigo de humor alegre, y que sabe perfectamente portarse. Me convidó á un festin en tiempo en que la caza era muy rara, no obstante, la mesa estaba cubierta de ella; y admirándome de la abundancia, le pregunté en dónde habia hallado tanta caza. Y él me respondió: Amigo, no es mas que tocino sazonado diversamente y con diferentes salsas. Lo mismo sucede con las tropas del rey, cuya enumeracion tan pomposa acabais de oir. Los daes, medos, cadusios, elimeos, nombres desconocidos hasta hoy en Grecia, no son mas que un pueblo, y pueblo de esclavos: y por mas que los disfracen, todos son una misma nacion. "Sea la salsa como quiera, el manjar es el mismo." Entró despues Flaminio en discursos políticos que hicieron impresion en los de Acaya, que es donde se celebraba la asamblea, y así estos se juntaron con los romanos, y los de Etolia con Antíoco.

No correspondió este príncipe á las esperanzas de sus aliados. En una edad mas que madura se casó con una muger muy jóven, con cuya compañía se olvidó por muchos meses y muy preciosos de Roma, de la Grecia y de la Siria. Fue mayor la desgracia de afeminarse, y descansar cuando debiera haberse aprovechado del primer esfuerzo de

los etolios, pueblo temible en el principio de una empresa, y cuya impetuosidad era terrible. Habian manifestado este carácter en una guerra contra Lacedemonia que no pudo resistirlos. Antíoco salió de su letargo con las victorias de los romanos; pero arrojado de puesto en puesto, despues de una pérdida considerable se vió obligado á embarcarse. Los etolios abandonados se refugiaron á sus plazas, y las defendieron con vigor. Naupacta, que era una de las principales, vió caer delante de sus muros el valor de las legiones. Los etolios se aprovecharon del vislumbre de esperanza que les daba ver levantar el sitio para pretender en Roma alguna composicion. Hicieron ellos sus proposiciones en tono sumiso, y el senado las recibió con altivez. Obró como solia cuando queria quedarse con todo, conservando el honor de una justicia aparente. Esta fue imponerles una alternativa que no podian aceptar, y era pagar una cantidad enorme, ó sujetarse á cuanto los romanos quisiesen mandar.

La suma era infinitamente superior á los medios de los etolios. Y así preguntaron qué límites tendria aquella voluntad que les proponian por ley irrefragable. En este particular solo les dieron respuestas muy vagas, por las que viendo que el verdadero designio de los romanos era tenerlos á discrecion, cayeron de rabia como furiosos sobre los aliados de la república romana, recorrieron como desesperados la Macedonia, protegida por los romanos, llevándolo todo á fuego y sangre. Entre tanto iban avanzando los romanos insensiblemente, y haciendo una guerra prudente con plan, y acompañada siempre de la victoria. Tomaron á Lamia, capital de Etolia, y por último se hallaron delante de Ambracia, que

era el último recurso de la república Etolia.

Si los romanos se valieron contra esta ciudad de todos los medios, ardides y máquinas imaginadas por el arte en los sitios, no omitieron los etolios medio alguno para inutilizarlas. Entre otros se nota una ingeniosa máquina que inventaron para detener el progreso de las minas. Se hacian estas, entonces, socavando el muro, y sosteniéndole con puntales de madera: les ponian fuego, y así caia la muralla, ó abria una brecha mas ó menos ancha, por donde entraban los sitiadores que estaban allí prontos. Se aseguraron los sitiados por los golpes que oian de piquetas que iba avanzando la mina. Contraminaron por su parte, y encontrando á los minadores pelearon unos con otros; pero los sitiadores no abandonaban la mina. Los ambracianos, para precisarlos, trajeron tambien una máquina que habian construido. Esta era una gran vasija hueca con un fondo de hierro penetrado de muchos agujeros, y guarnecido con muy agudas puntas para que los romanos no se acercasen. Estaba el enorme vaso lleno de plumas; y poniéndolas fuego arrojaban despues con fuelles todo el humo hácia los sitiadores, obligándolos á salir de la mina por no verse sofocados, y por consiguiente á interrumpir el trabajo. Esto daba tiempo á los etolios para reparar los cimientos de sus muros.

Capituló Ambracia con duras condiciones, que ya anunciaban las que se dejó imponer toda la nacion, dividida con las intrigas y enredos de los romanos. Prescribian estas condiciones una veneracion profunda á la magestad del pueblo romano: la entrega de los prisioneros y desertores: una grande multa que se debia pagar en parte de contado, y

el resto en muchos términos; con mas de cuarenta rehenes á eleccion del vencedor. En fin cuantas obligaciones pudieran sujetar á un pueblo conquistado.

Despues de condiciones tan duras llevaron á mal los romanos no ya que tomasen partido algunos etolios en la guerra de Perseo, sino el que simplemente se inclinasen á este príncipe. Cuantos se hallaron sospechosos en este punto se vieron obligados á ir á justificarse á Roma, en donde los tuvieron prisioneros, y de donde no volvieron jamás. Se contaron quinientos y cincuenta de los principales de la nacion, asesinados sin mas delito que el ser sospechosos; y los comisarios enviados por los romanos declararon que habian perdido justamente la vida, pues se habian merecido esta desgracia favoreciendo al partido de los macedonios.

Permanecieron los etolios en este estado de estrecha servidumbre hasta la destrucion de la liga aquiva. Entonces participaron de la especie de libertad que se permitió á la Grecia. La Etolia ya estuvo sujeta al imperio de Oriente, y ya pasó á manos de algunos príncipes particulares. En el año de 1532 reunió Amurates II todas sus tierras en su dominio. El famoso Jorge Castrioto, llamado Escanderberg, la defendió por mucho tiempo, como patrimonio suyo, contra todas las fuerzas del imperio otomano, dejando una parte á los venecianos; la que perdieron en tiempo de Mahomet II, cuyos sucesores la han conservado hasta ahora.

ATENAS (PROVINCIA).

Si la historia de las naciones se concluyera en aquel tiempo en que dejan de ser estados políticos, supuesta la destruccion de las ligas aquiva y etolia,

nada habria que decir de Atenas, ni de algunas otras repúblicas que se tragó la de Roma; pero en las ruinas de estos edificios se pueden hallar algunos restos de monumentos que acreditan su antigua grandeza, y aun interesan la atencion. La poca libertad que les habia quedado á los atenienses, destruida la liga de Acaya, escitó la envidia de Filipo, rey de Macedonia. Los amenazó este príncipe, y ellos llamaron contra él á Atalo, rey de Pérgamo, á los de Rodas y á los romanos. Ya empezaban estos á gustar de las ciencias y las artes, y se honraron de hacer alianza con la ciudad que pasaba con justo título por el centro de los conocimientos agradables, y así la enviaron socorro; y Filipo fue vencido y obligado á la fuga. Este importante servicio (2912), que debiera aficionar inviolablemente los atenienses á la república romana, no impidió que el pueblo tomase contra ella el partido de Mitridates, rey del Ponto. Le escitó para esto un filósofo epicureo, llamado Aristion, muy acreditado en la ciudad. No aprobaban los principales ciudadanos esta nueva alianza; y Aristion, no esperando ganarlos, resolvió echarles cadenas haciéndose dueño de la ciudad. Concertó la egecucion de su intento con Arquelao, general de Mitridates: se apoderó este de la isla de Delos, y saqueó el famoso templo de Apolo Delio. En otro tiempo habia sido de Atenas esta isla, y anunció Arquelao que él haria llevar aquel botin á Atenas, como que de derecho la pertenecia. Los atenienses, encantados con este rasgo de generosidad, no pensaron de modo alguno en la escolta que acompañaba el regalo, y así dejaron entrar hasta dos mil hombres; y no bien estuvieron dentro cuando dispuso Aristion de

D. del D. 2912. A. de J. C. 86.

todos los empleos; y así reinó en Atenas con suprema autoridad. Todos los que eran favorables á los romanos fueron muertos ó enviados á Mitridates.

Empezaron á hacer la guerra con una crueldad muy semejante á la de las naciones mas bárbaras. Brucio, general romano, tomó una pequeña isla que habia dado asilo á algunas naves de Mitridates, hizo crucificar á los esclavos, y cortar el brazo derecho á todos los isleños que cayeron en sus manos. Este Brucio precedió á Sila, nombrado para sostener la guerra contra Mitridates. Le pareció á Sila que debia quitar á este príncipe el recurso de la Grecia, y determinó quitarle á Atenas. Esta ciudad era muy fuerte: se componia de tres partes: primera, la ciudadela: segunda, la ciudad baja, separada con una gruesa muralla, y ambas rodeadas de un fuerte muro; y la tercera los dos puertos Muniquio y el Pireo, que venian á ser uno, y se juntaban con la ciudad por medio de dos murallas muy altas y gruesas. Se encargó Aristion de la defensa de la ciudad, y Arquelao de la de los puertos.

Se lisonjeaba Sila de tomar por asalto el puerto, y fue rechazado. Determinó pues atacar en toda forma á Atenas. La bloqueó durante el invierno, empleando este tiempo en preparativos, y sobre todo en máquinas. Bosques enteros hubo que cortar, sin perdonar á los sotos y á los árboles del Liceo. Allanó todos los edificios que pudieran estorbarle, ó cuyos escombros pudieran favorecer á los aproches. Por ser el pais bastante estéril por sí mismo, y haber sido ademas de esto asolado, se empleaban diariamente veinte mil marineros en llevar víveres.

Estos gastos agotaron bien presto la caja militar, y en esta escasez recurrió Sila á los teseros sa-

grados. Escribió pues á los anfictiones, que se hallaban entonces congregados en Delfos, y les suplicó que le enviasen los tesoros de Apolo, obligándose solemnemente á dar á aquel dios, *que él verdaderamente honraba*, el valor de cuanto le adelantasen. Un cierto Cafis, natural de Focide, enviado á presentar el memorial, dijo á los sacerdotes, que habia tomado esta comision á mas no poder. Lloró en su presencia, y les suplicó que consultasen al oráculo. No respondió palabra el dios; pero se oyó en el santuario el sonido de su lira. Cuando contaron á Sila esta circunstancia le dijo á Cafis: "¿Pues qué no advierten que la música siempre es una espresion de gozo? Marcha, trae los tesoros, y cuenta con que darás gusto al dios." Dado este primer paso tampoco hizo escrúpulo de tomar las riquezas de Esculapio en su templo de Epidauro. Con estos socorros empezó en primavera á estrechar de muy cerca la ciudad.

Sus principales esfuerzos se dirigieron al Pireo, el cual fue atacado y defendido con igual valor. Sila llevaba á Arquelao la ventaja de saber en cada hora, por las espías que tenia en la plaza sitiada, todos los proyectos del comandante enemigo. Le daban los avisos escritos en bolas de plomo, arrojadas á su campo con las hondas; pero el valor de Arquelao inutilizaba casi siempre la traicion. Sorprendido y atacado contra toda regla y verisimilitud, como que el enemigo sabia sus intenciones, no por eso dejaba de rechazar á los romanos. Tres asaltos sufrió en un mismo dia sin que le pudiesen hacer daño alguno.

Mientras se daban estos combates iba apretando mas el hambre en Atenas: ya muchos ciudadanos no

comian sino yerbas que iban á arrancar por las fortificaciones y terraplenes. En tan funesta coyuntura fueron los senadores y sacerdotes á postrarse á los pies de Aristion, pidiendo que se compadeciese de la ciudad, y se rindiese con las condiciones que le pareciesen soportables; pero en vez de dar oidos los hizo retirar violentamente de su presencia. En medio de la miseria pública pasaban este tirano y sus cómplices las noches y los dias regalándose como epicureos, y tenian una mesa cubierta de los mas esquisitos manjares. No obstante, habiendo ya consumido todos los animales, caballos, gatos y perros, llegaron al estremo de sustentarse de los cueros viejos que cocian, y aun de carne humana.

Entonces aparentó Aristion que estaba compadecido del pueblo, y diputó algunos que fuesen hablar á Sila; pero envió unos declamadores que parlaron mucho de Teseo, de los grandes hombres de Atenas, de sus hazañas antiguas contra los medos, y no se les oyó una sola proposicion sobre las circunstancias del dia. "Guardad para vosotros, dijo Sila, esas retóricas flores, que á mí no me ha enviado la república para que escuche vuestras proezas antiguas, sino para que castigue vuestra rebelion." Esperaba el capitan romano con tranquilidad á que el hambre escesiva ó algun alboroto de los atenienses le entregase en sus manos la ciudad; pero la casualidad precipitó el negocio y aceleró el momento. Supo que tenia poca guardia un parage muy débil de la plaza: le atacó, abrió brecha, y entraron las tropas. Los soldados rindieron las armas, y el pueblo pidió gracia; pero como el pueblo maligno é insolente se habia propasado á burlas picantes y á insultantes espresiones, se tomó el vencedor una

venganza egemplar. Abandonó á sus tropas el saqueo, y las permitió pasar á cuchillo hasta los niños y mugeres. Fue horrible la carnicería; y el soldado, animado del resentimiento del general, castigó igualmente á los que habian concurrido á la afrenta, y á los que no la habian impedido. Concedió la vida Sila á los que escaparon de su primera furia, y prohibió que se cerrase jamas la brecha por donde habia entrado. Quitó á los ciudadanos el derecho de elegir magistrados; pero á poco tiempo les restituyó este privilegio.

Abrazaron despues el partido de Pompeyo contra César, y sostuvieron contra este un sitio; bien que perdonó á los vivos, como él lo dijo, en obsequio de los muertos: y tomó bajo su proteccion la ciudad de Atenas. Muerto César se interesaron por Bruto, y sucesivamente por Antonio. Augusto los castigó por haberse declarado por el asesino de César, su bienhechor. Germánico les concedia un lictor que era señal de soberanía. Vespasiano hizo á la Atica provincia romana, diciendo que los atenienses no sabian ser libres. Adriano, que por honor ó por otros fines habia sido arconte de Atenas, se acordó de esto siendo emperador; y la reintegró en sus privilegios: la dió una suma considerable: la aseguró una renta de trigo, y reparó sus muros; por cuyos beneficios mereció el título de segundo fundador. Los dos Antoninos, el pio y el filósofo, confirmaron estos privilegios: Severo los cercenó; y Valeriano, fue mas favorable.

Constantino se declaró protector y amigo de los Atenienses; y dió á su primer magistrado el título de gran duque. La generosidad de Constancio llegó hasta ponerlos en posesion de muchas islas del Ar-

chipiélago. Los godos los maltrataron cruelmente en tiempo de Arcadio y Honorio, y arruinaron casi todo cuanto habia quedado de sus edificios magníficos. En el siglo trece perteneció sucesivamente Atenas á señores latinos, al imperio griego y á los aragoneses. A estos los quitó la posesion un florentin llamado Rayneris Acciayoli, el que dejó á Atenas á los venecianos: y á su hijo natural, llamado Antonio, le dió la Beocia. Quiso este, despues de haber quitado la Atica á los venecianos, defender sus estados contra los turcos: pero se los quitaron con la vida. En el año mil seiscientos ochenta y siete volvió á caer Atenas en poder de los venecianos; y algunos años despues se la tomaron los turcos, que la conservan al presente. Los estados pequeños, circunvecinos de Atenas, han sufrido las mismas mudanzas que esta famosa ciudad.

Con la espulsion de los reyes formaron los beocios una república, á la que presidia un pretor, que incurria en la pena de muerte si no resignaba su cargo al fin del año; y un consejo de siete, nueve ú once personas, llamados beotarcos, moderaba la autoridad del pretor, y poseian las primeras plazas en el egército. Los que hacian justicia eran unos magistrados con el nombre de polemarcos. Habia cuatro consejos, y cada uno, segun parece, se componia de los diputados de cada territorio, y se unian para decidir en los negocios generales. Se nota por singularidad que en Tebas, capital de la Beocia, entraban en el número de los ciudadanos los artesanos y mercaderes; pero estaban escluidos de los empleos públicos. Una ley que hace honor á su humanidad prohibia esponer sus propios hijos; y así los que no podian criarlos debian recurrir al magistra-

do, y este buscaba algun hombre de buena voluntad; y el niño era esclavo del que le habia mantenido.

Por estar los beocios rodeados de repúblicas mas poderosas, se dejaban llevar del movimiento que estas les imprimian, y así sus llanuras sirvieron muchas veces de campo de batalla á sus enemigos y á sus aliados. Muchas veces tambien hicieron figura en los combates, porque sus soldados, mas constantes que impetuosos, eran muy apreciables. Se reprende en ellos, que cuando la república caminaba á su fin fueron traidores y asesinos; pero un pueblo no se hace malo de repente y sin causa. Eran muy vejados de los romanos, tiranos de todos los que no bajaban servilmente la cabeza á su imperio. No pudiendo resistirles los beocios en cuerpo de nacion, se deshacian de ellos por partes; y así todo romano que pasaba por su pais á algun negocio ó á comerciar, era muerto y arrojado en un lago. Por mucho tiempo no pudo adivinarse la causa de la ausencia de tantos como desaparecian; mas al fin se descubrió. El procónsul romano encargado de castigarlos les impuso al principio una grande multa; y despues, mezclando la suavidad con la severidad, fue cortando la parte mas fuerte, y exigió que le entregasen los homicidas mas culpados. Los castigaron con la muerte, y llegó la Beocia á ser provincia romana.

LOS ACARNANIOS.

La situacion de los de Acarnania los tenia unidos mas que á otros griegos á los reyes de Macedonia. No obstante, el cónsul Flaminio emprendió la resolucion de hacerlos seguir los intereses de Roma contra Filipo, quitando de este modo á este prínci-

pe sus mas fieles aliados. Los juntó en Corcira, donde se proyectó un tratado, cuya ratificacion se remitió á otra segunda junta, que se verificó en Leucada, capital de Acarnania. En esta, contra la esperanza del negociador romano, se hallaron hombres constantes que declamaron altamente contra la especie de infamia que pretendian cometiese la nacion violando la fe de los tratados. El pueblo muy preocupado contra los romanos, declaró que jamas se sujetaria á una república tan imperiosa; y el pretor, ó gefe de la asamblea, fue depuesto solo porque hizo semejante proposicion. Pero el cónsul ganó por lo menos con sus intrigas introducir la disension entre los acarnanios, esperando que su propia division los pondria sin defensa en su poder. Con esta confianza puso sitio á Leucada; pero se admiró mucho al acercarse de ver las murallas coronadas de soldados, dispuestos á una vigorosa resistencia. Por tres veces atacó Flaminiolas fortalezas, y en todas fue rechazado. Pudiera haber durado el sitio algunos años, á no haber sido traidores varios desterrados italianos, que para conseguir el perdon, introdujeron á los romanos en la plaza. Con la toma de la capital se asustaron todos de tal suerte, que abandonando á Filipo se sujetaron á la república romana. Esta dejó á la Acarnania sus leyes, hasta que conquistada la ciudad de Corinto, llegó á ser una de las provincias romanas.

EPIROTAS.

En los epirotas tenemos un lastimoso egemplo de la barbarie romana. Esta república desde el seno de sus triunfos y placeres enviaba el incendio y la carnicería á las naciones que se negaban á sus voluntades absolutas, é imponia á sus generales la ne-

cesidad de egecutar, á pesar suyo, las proscripciones que ella mandaba.

Recibieron estos pueblos su libertad de Deidamia, nieta de Pirro, que los dió en su muerte por libres de toda dominacion; y ellos establecieron entre sí el gobierno republicano, bajo el mando de magistrados que elegian anualmente en una asamblea general. Los reyes de Macedonia, sintiendo que se les hubiesen desmembrado los epirotas, que habian sido sus vasallos, hacian continuas correrías en Epiro. Socorrieron los romanos á los epirotas contra Filipo; Perseo tuvo modo de ganarlos, y se interesaron por este contra los romanos; y esto irritó de tal modo al senado, que envió orden á Paulio Emilio, conquistada la Macedonia, de abandonar el pais al pillage, y arrasar sus ciudades hasta los cimientos. ¡Estraño efecto del despotismo de aquella república! Paulo Emilio lloró cuando recibió el decreto; pero le puso en egecucion. Con pretesto de relevar las guarniciones para que el Epiro gozase de entera libertad, envió á todas las ciudades cuerpos de tropa proporcionados, que fueron en todas partes recibidos con las mayores demostraciones de alegría. En el dia señalado y á la misma hora dió libertad á los soldados, y estos saquearon, robaron y asesinaron, segun la orden y condiciones prescritas: de suerte que todo el botin se juntó en comun, y fue distribuido á las tropas por partes iguales. Ademas del dinero, que se puso separado para el tesoro público, fueron vendidos á favor del fisco y por esclavos ciento y cincuenta mil hombres. A los principales del pais los llevaron á Róma, y los condenaron á perpetua cárcel. Las ciudades que desmantelaron fueron setenta.

No volvió el Epiro á levantarse despues de esta terrible egecucion, y bajo los romanos era una parte de la provincia de Macedonia. Despues de Constantino perteneció al imperio del Oriente, y tomada Constantinopla por los latinos, le conservaron algunos príncipes griegos Con las victorias de Escanderberg recibió cierto esplendor pasagero. Por último, le poseen los emperadores otomanos con el nombre de la Albania, y de él sacan los mas valientes soldados.

JONIA.

Contiene la Jonia muchas ciudades célebres, no tanto por la hermosura de los edificios, cuanto por haber sido los teatros de muchos sucesos. Las varias vicisitudes de cada una de estas ciudades harán toda la historia de este pais.

Entre las principales se distingue Focea, que ahora es un pequeño lugar llamado Fogia en la ribera del mar cerca de Esmirna. Los jonios y los atenienses se disputaban su fundacion, y sus habitadores pasaban por haber sido los primeros griegos que hicieron largos viages. Navegaron hasta España, y en la bahía de Cádiz hallaron un rey que los recibió muy favorable. Le hicieron relacion de los temores que tenian de que Ciro les inquietase: les ofreció el rey generosamente asilo; y no recibiéndole, les dió grande cantidad de plata para fortificar su ciudad.

Con efecto, los atacó Harpagino, general de Ciro; y cuando ya urgia el peligro, pidieron una tregua de tres dias, que Harpagino, aunque no sabia para qué la pedian, les concedió. Los foceos embarcando sus mugeres, sus hijos y sus riquezas, hicie-

ron vela á la isla de Quio. Se proponian comprar de estos isleños las isletas que eran suyas; pero los de Quio no quisieron por vecinos hombres tan hábiles. Volvieron pues á Focea, sorprendieron á los persas que allí se habian establecido, y los pasaron á cuchillo; pero temiendo que no podrian sostenerse, no quisieron parar allí; y se obligaron con juramento solemne á no volver hasta que una masa de hierro hecha ascua, que arrojaron en el mar, volviese á salir ardiendo sobre el agua. No obstante, asegurados de una amnistía ó perdon general que los persas les prometieron, volvió mas de la mitad de las embarcaciones á Focea. Los restantes se emplearon en la piratería por las costas de la Galia, de la Italia y de Cartago, tomando por asilo de sus piraterías á Aleria en Córcega. Arrojados de allí por una liga que formaron contra ellos los pueblos infestados, llevaron sus mugeres y sus hijos á Regio, y los transportaron despues á Pouzac, pequeña ciudad del mar de Toscana, sin que se sepa mas de ellos. Los que se volvieron á Focea, ya dominados por los persas, ya por sus propios tiranos, egercieron la piratería en las costas de Fenicia, retiraron sus presas á Sicilia, y desde esta hicieron el corso contra los cartagineses y toscanos, sin inquietar jamas á los griegos. Se declaró Focea contra los romanos por Antioco el Grande: la tomaron y la perdonaron; y habiendo reincidido en favor de Atalo, rey de Pérgamo, estaba decretado el perderlos; pero los de Marsella, colonia de los foceos, detuvieron la egecucion de la sentencia. Les concedió Pompeyo grandes privilegios, con los que Focea en tiempo de los primeros emperadores fue una de las ciudades mas florecientes del Asia menor.

Se cree que los etolios edificaron á Esmirna, y los habitadores de esta ciudad recibieron afectuosamente á los de Colofon, ciudad de Jonia, echados de sus hogares: pero habiendo salido un dia á celebrar un sacrificio, hallaron que los colofonios les habian cerrado las puertas; y no pudieron conseguir otra cosa sino que les entregasen sus muebles: con estos se repartieron por las ciudades de Asia, que los adoptaron por ciudadanos.

La idea quimérica de los esmirneos era creer que su ciudad, fundada por una amazona, y reedificada por Alejandro, solo seria destruida por un temblor de tierra. A la verdad los esperimenta muy frecuentes; pero su situacion ventajosa para el comercio la hace salir al punto de sus propias ruinas. Esta era *la capital*, *la primera*, *la principal ciudad de Asia*, *y el ornamento de la Jonia*, como se ve en las inscripciones halladas en sus escombros. Tambien se han encontrado muy bellas estatuas, y todavía se ven los restos bien conservados de un teatro de mármol, y los de un circo, baños y templos. Un autor antiguo dice, que las calles estaban tiradas á cordel, anchas y bien empedradas, que habia una biblioteca pública, y un puerto que se cerraba.

Se distinguió esta ciudad por su afecto á los romanos aun en los tiempos desgraciados, y en especial entre las mayores felicidades de los cartagineses. Llegó á tanto la lisonja de los esmirneos para con Roma su aliada, que edificaron un templo con esta inscripcion: *A Roma diosa.* Pasado el tiempo de la república romana, la dieron los emperadores grandes privilegios, y sobre todos se distinguieron en este punto Tiberio y Marco Aurelio. Aun al pre-

sente está muy poblada para ser ciudad de Asia, y es el centro de un comercio muy activo, sin embargo de estar bajo el dominio de los turcos, que le favorecen muy poco.

Clazomene perteneció á los lidios, despues de estos á los persas, y por último á Alejandro. Primero estuvo en el continente, despues en una isla, que Alejandro juntó con la tierra firme por medio de una calzada. Siempre trataron bien á sus habitadores los romanos, porque su situacion favorecia sus proyectos sobre el Asia, y apoyaba sus conquistas. Estaban declarados por pueblo libre. Augusto hermoseó mucho á esta ciudad; pero actualmente vale poco. Una sibila daba sus oráculos en Eritrea: Teos fue la cuna de Anacreonte: Priene se gloriaba de que en ella habia nacido el sabio Bias; y Colofon se preciaba de haber producido á Menandro, y aun pretendia haber visto nacer á Homero.

Efeso se creia edificada por las amazonas en el tiempo de las fábulas; pero despues reconocia por su fundador á Lisímaco. No le pareció bien el sitio que ocupaba, y así construyó una nueva ciudad en otro sitio mas cómodo; pero no acomodó á los efesios, que se resistieron á dejar sus antiguos hogares. Lisímaco hizo cerrar, sin que ellos lo supiesen, los canales por donde el agua iba á las lagunas vecinas; y viendo inundada la ciudad en la primera lluvia fuerte, tuvieron por grande fortuna los habitadores hallar la nueva ciudad que Lisímaco les habia preparado.

El templo de Efeso, dedicado á Diana, fue famosísimo, así por su construccion, á que concurrieron todos los estados de la Grecia, como por su incendio cuando Erostrato le puso fuego sin otro fin

que el de que su nombre pasase á la posteridad. Los efesios prohibieron que ninguno pronunciase su nombre; y puede ser que sea esta prohibicion la que nos le ha conservado. Se trata á Erostrato de loco porque abrasó un templo; y no hay quien sospeche del juicio de los que por celebrar su nombre han abrasado las provincias y los reinos, sin mas razon que el haber sido mas singular la locura de Erostrato. Construyeron este templo en una laguna para que no estuviese tan espuesto á los temblores de tierra. Canteras enteras se gastaron en él, y se tardó en edificarle doscientos y veinte años. Ciento veinte y siete reyes enviaron cada uno su columna de setenta pies de alto. Los canales por donde se desaguaba la laguna todavía subsisten, y los habitadores actualmente los tienen por un laberinto. Las gentes que entienden el arte decidirán si fue medio propio para desecarla el que se dice que emplearon: esto es, haber colocado alternativamente camas de carbon bien molido, y camas de lana. El templo y sus cavernas servian de asilo á grande distancia; y los sacerdotes eran muy venerados, y les confiaban las doncellas consagradas á la diosa, y á su tiempo las restituian conforme las habian recibido. La grande Diana de Efeso era una estatua pequeña de ébano, hallada en un tronco de un arbol, y decian que Júpiter la habia enviado desde el cielo. Al tronco pues, primer santuario de la diosa, sustituyeron el famoso templo que se abrasó en el mismo dia en que nació Alejandro. Este conquistador propuso hacer todo el gasto de un segundo templo con la condicion de que su nombre se grabaria en el frontispicio, y arriesgaban mucho en no admitir la oferta; pero los de Efeso salieron hábilmente de la di-

ficultad, respondiendo: *No conviene que un Dios edifique templo á otro Dios.*

Efeso fue por mucho tiempo la principal ciudad de la Jonia, gobernada por reyes, cuyos descendientes, cuando se hizo república, conservaron el privilegio de llevar manto de grana, cetro y corona. Un tirano llamado Pitágoras, llenó la ciudad de sangre sin respeto al asilo del templo; y sus sucesores fueron todos ellos poco mas buenos ó mas malos; pero los sostenian los persas. Al último de estos reyes le arrojó de Efeso Alejandro, y dió en renta al templo lo que pagaba á los persas. En la guerra de Mitridates se declararon los efesios contra los romanos, y quitaron la vida á cuantos se hallaban en su ciudad. El sanguinario Sila no dió por este delito mas castigo que una multa. Eran muy dados á la magia; y como poseian tan famoso templo tenian cuanto podia librar de la supersticion á los que se interesaban en inspirarla á otros. La grande Efeso está reducida en el dia á algunas cabañas habitadas por treinta ó cuarenta familias griegas: su puerto, causa de sus riquezas, está cegado; y el templo que las aumentaba absolutamente destruido.

Si hemos de dar fe á algunos autores, unos dicen que los milesios fundaron ochenta colonias, y otros que trescientas. Tenia la ciudad de Mileto un templo de Apolo y un oráculo; y cerca estaba el monte Latimo, donde la luna hacia sus visitas secretas á Endimion. Aquí nació Tales, uno de los siete sabios. Se vió agitada con turbaciones domésticas; y no pudiendo terminarlas los habitadores, suplicaron á los parios que los compusiesen entre sí. Atravesando los campos al rededor de Mileto los diputados de los parios advirtieron que casi todos

estaban mal cultivados, pidieron que los considerasen de mas cerca, y bien examinados dijeron los árbitros: "Poned la autoridad soberana en aquellos cuyas tierras están en mejor estado: pues los que gobiernan bien sus propios negocios son los que deben ser elegidos para gobernar los agenos."

Sostuvo Mileto con felicidad y con solas sus fuerzas la guerra contra cuatro reyes de Lidia sucesivamente. Los persas, despues de haber sido amigos de esta ciudad, la destruyeron, y esportaron sus habitadores. A Frínico, poeta dramático, le parecieron los trabajos de estos infelices asunto propio para la tragedia. Los atenienses derramaron lágrimas al oir las desgracias de los milesios. La memoria de estas, que les renovó el poeta, los hizo prorumpir en sollozos; y como no gustaban de que los entristeciesen, condenaron al poeta á una multa por haberles renovado el dolor, y mandaron que esta pieza no se repitiese mas.

Volvieron los milesios de su cautividad, y reedificaron su ciudad; mas no pudieron restituirla su primer esplendor, ni aquellas riquezas que la hacian respetar por una de las primeras de la Jonia. Tuvieron la infelicidad de verse muchas veces sujetos á tiranos domésticos. El mas notable de estos fue Trasíbulo, que mantenia la ciudad en grande union y paz. Los de Corinto enviaron á preguntar cuál era el secreto que los conservaba en aquella tranquilidad. Trasíbulo lleva al mensagero á un trigo, y se puso á derribar con su espada, como por diversion, las espigas que sobresalian por mas altas. Entendió el corintio la leccion, y se aprovechó del aviso.

Alejandro dió á los milesios la libertad, no

obstante que no se le rindieron hasta la última estremidad. Gozaron de grandes privilegios bajo la república romana, y demas aun en tiempo de los emperadores.

Todas estas ciudades componian lo que se llama la liga jónica, cuyas leyes no son conocidas; y si las hubo, no estuvieron en grande vigor. Estas ciudades, á lo que parece, subsistian por sí mismas; y á vista de algun peligro de parte de los estraños todas se reunian: pero en pasando el riesgo volvian á quedarse aisladas: tanto amaban la independencia.

Once ciudades componian la Eólide, en donde estaba la Tróade, el campo en donde estuvo Troya, que era mas famoso que todas las once juntas. Se propone á los profesores de las artes ¿cómo hacian los habitadores de Pitane los ladrillos que nadaban sobre el agua como si fueran de madera?

Halicarnaso era la capital de la Dóride, famosa ciudad por el monumento que levantó Artemisa á su marido Mausolo: obra tan admirable que se tuvo por una de las maravillas del mundo. Por su nombre todos los monumentos fúnebres se llaman mausoleos. No se ven ya vestigios de esta obra del arte; pero de los del entendimiento todavia gozamos en los libros de Herodoto y los de Dionisio Halicarnaseo. En esta ciudad nacieron los dos insignes poetas Heráclides y Calímaco. Gnido, otra ciudad célebre, conservaba la Venus de Praxiteles.

Si despues de haber hablado de las principales ciudades de Jonia nos remontamos mas allá de los tiempos en que los griegos se establecieron en ella, puede creerse que los habitadores que hallaron en ella descendian de Javan, cuarto hijo de Jafet; bien que es imposible poner en claro las noticias

de tiempos tan remotos: pues no se puede saber de cierto si fueron argivos, mesenios, atenienses ú otros los griegos que fundaron las primeras colonias. Los preferidos son los atenienses, pero sin grandes pruebas. La Jonia, en que se comprenden la Eólide y la Dóride, pasó del gobierno monárquico al republicano con vislumbres mas ó menos notables de democracia: y en este los jonios, que habian sido valientes, se hicieron voluptuosos, afeminados y supersticiosos. Se les atribuye la invencion de los perfumes, de las coronas de flores en los festines, y el arte de confitar las frutas. Estas eran escelentes en Jonia, uno de los paises mas deliciosos del mundo. En esta tierra todo abundaba, así de las producciones indígenas, como de las estrangeras; y todo se transportaba con facilidad en multitud de embarcaciones. Los jonios ocupaban su lugar en la pintura de los pueblos mas señalados en el gusto. Los crotoniates, se decia, gustan de los juegos olímpicos: los espartanos de hermosas armas: los cretenses de la caza: los sibaritas de magníficos vestidos: los jonios de bailes lascivos.

D. del D. 2441. A. de J. C. 557.

Ademas de los golpes particulares (2441) que sufrieron las ciudades de Jonia, como hemos dicho, hubo otros que fueron comunes al cuerpo de la nacion, como vasallos ó como aliados. Se alababan los jonios del gobierno de Creso. Suplicaban á Ciro, su vengador, que los tratase tambien favorablemente; pero hacian esta súplica con repugnancia y violencia conocida, y así les respondió con este apólogo. "Un tocador de flauta, viendo en el mar multitud de peces, imaginó que podria atraer con sus sones muchos de ellos á la ribera, y empezó á tocar. No saliéndole bien este arbitrio, echó

la red, y los sacó en grande número. Cuando los vió saltar en la ribera, les dijo: Ya que no habeis querido danzar cuando yo os convidaba con la música, de poco os servirá danzar ahora." Con lo que sin duda quiso decir: vosotros no me disteis oidos cuando os convidaba con benignidad; y ahora que os he cogido por fuerza no hago caso alguno de vuestra sumision.

Los jonios fueron sometidos por los persas; pero se levantaron de nuevo, y se vieron aliados de sus vencedores. Los ayudaron contra la Grecia, y en una accion decisiva se juntaron con los griegos, abandonando á los persas. Participaron de la libertad que las ligas aquiva y etolia propagaron en sus vecinos. Los romanos los lisonjearon, y despues los dominaron como á los demas griegos: bien que ellos, como tambien los otros, detestaron á los romanos, y los asesinaron. Sila quitó la vida á los hombres, se llevó el dinero; y la Jonia muy gastada, aunque convaleció algun tanto bajo los emperadores, jamás pasó de la salud de un cuerpo mutilado.

SICILIA.

Así como la tierra firme ha padecido sus tempestades, así tambien las islas sus alteraciones políticas. La mayor isla del Mediterráneo es la Sicilia: su figura es triangular, y tiene poco mas ó menos doscientas leguas de circunferencia. Su terreno es muy fértil, especialmente en trigo, por lo que la llamaban los antiguos el granero de Roma. Allí se respira un aire sano y puro, y el mar tiene mucha pesca. Por su situacion y sus puertos no hay en el mundo pais mas proporcionado para el

comercio, y tiene minas: el monte Etna arroja fuego, vomita piedras y cenizas, y asusta con sus bramidos á los habitadores. Los terremotos han arruinado ciudades enteras, y cubierto el pais de escombros; pero ninguno otro ha producido hombres mas sabios ni de mayores ingenios. Esquiles, Diodoro de Sicilia, Empédocles, Georgias, Euclides, Arquímedes, Epicarmo y Teócrito, todos fueron nativos de Sicilia.

Por la parte del mar de Toscana estan las islas que llamaron Eolias y Vulcanas: porque en ellas decian que tenia sus fraguas Vulcano, y Eolo tenia encerrados los vientos, sujetos á su imperio. Es decir, que el silvido de los vientos que salen de sus cavernas, y los fuegos de aquella tierra vulcánica despiertan la idea de las fraguas y de las tempestades. Lípari, que es la principal, es muy fértil, y abunda en alumbre, azufre, betun, y baños termales ó calientes. Estrómbala, que tambien es amena, padece mucho por un volcan muy activo. Muchas islas pequeñas que tiene al rededor estan desiertas. Hay tambien algunos habitadores en las islas Egeas, que caen hácia la otra costa, pero son poco considerables.

Los cíclopes y los lestrigones eran los gigantes descendientes de Jafet, y estos abordaron á Sicilia despues de la confusion de las lenguas; bien que esta historia no tiene mas probabilidad que la fábula, que los hace de enorme estatura, les supone un ojo solo y en la frente, y los sustenta de carne humana. A los cícoples, que se destruyeron, no se sabe cómo, sucedieron los sicanos, que fueron allá desde las riberas del rio Sicanes en España. Los troyanos, destruida su ciudad, se agregaron á los sica-

nos. Tambien fueron allá los sículos arrojados de la Ausonia ó huyendo de la Liguria. Los últimos que pasaron á Sicilia fueron los griegos de la Acaya ó de la Dóride. La Italia envió sus colonias; y tambien abordaron á Sicilia los cretenses, los rodios y otros muchos isleños. Como cada una de estas naciones edificó su ciudad, resultó el número prodigioso de poblaciones que se veian por todas sus costas.

Tuvieron los sicanos al principio tantos reyes cuantas eran las ciudades: despues se sujetaron todas á uno solo; y formando un cuerpo de nacion fueron por mucho tiempo superiores á los pueblos que iban llegando. Las mismas ventajas gozaron los sículos: pero estas les sirvieron para destruirse entre sí. Los cartagineses los pusieron en paz sujetándolos; y por último, Siracusa, que debia su orígen á un corintio, se levantó con la soberanía, y fue por largos tiempos la señora de Sicilia.

Estaba Siracusa dividida en cuatro partes, consideradas como cuatro ciudades: cada una tenia sus fortificaciones, y el todo rodeado de una triple muralla guarnecida de torres. Tenia tambien dos puertos guarnecidos con sus castillos. Su comercio la hacia una de las mas ricas ciudades del universo. A los principios tuvo reyes, despues fue su gobierno democrático; y en esta alternativa, que duró por siglos, se ofrece sucesivamente el espectáculo de tiranía y libertad, y nunca la idea de monarquía, que es el mejor gobierno.

El primer tirano fue Gelon; y aunque el nombre de tirano suena á opresion en nuestra lengua, Gelon fue benigno, justo y generoso: la historia reconoce en él todas las virtudes morales, y no le reprende de vicio alguno. No obstante, parece que

D. del D. 2514. A. de J. C. 484.

si no adquirió su autoridad por usurpacion, la consiguió por sorpresa, se introdujo con maña en Siracusa, ganó al pueblo, y este le confirió el poder absoluto. Algunas guerras que tuvo con sus vecinos fueron ventajosas para la capital; porque se llevaba todos los mas ricos á Siracusa, y de este modo fundó el inmenso comercio que hizo á esta ciudad tan opulenta. Mandaba sacar fuera de Sicilia los esclavos que se hacian en la guerra, y generalmente sufria muy pocos en las ciudades, y no queria mucha gente del pueblo bajo: seguia la máxima de que *es mas fácil gobernar á mil ciudadanos ricos, que á uno solo que no tenga que perder.*

De este modo, cuando Gerges hizo su famosa invasion en Grecia pudo ofrecer Gelon á los griegos doscientas galeras, cuatro mil caballos, veinte mil infantes, mil archeros, dos mil fundibularios, y sustentar el egército griego durante la guerra, con la condicion de que él fuese comandante en gefe. Su fortuna estuvo en que no le admitiesen estas condiciones; porque cuando él pensaba sacar fuera de la isla todas estas fuerzas, los cartagineses que Gerges pagaba para que hiciesen alguna diversion, introdujeron en Sicilia un egército de trescientos mil hombres que habian juntado de todos los paises de Africa, y tenia por comandante á Amilcar. Pusieron en tierra sus embarcaciones, que eran como cinco mil, y sitiaron la ciudad de Himera. Gelon los observaba con inquietud; y mas cuando tenian los cartagineses sus partidarios en Sicilia, y entre otros á los habitadores de Selinunta. Interceptó Gelon una carta, y supo que al dia siguiente, mientras Amilcar hiciese un sacrificio á Neptuno en un campo ocupado por sus marineros y los soldados que

Gelon sin armas.

Concurren armados los siracusanos de orden de Gelon, y presentándose este sin armas algunas en la asamblea, les da cuenta de su conducta en el gobierno: y poniendo en manos de ellos su persona y su vida, propone que le castiguen si le hallaren culpado. Las resultas fuéron elevarle á Rey desde Pretor. Este es el fruto de la buena conducta, y esta la conducta de los buenos Jueces.

T. L. Enguid.º de ag. fo.

Alex.º Blanco conclu.

habia sacado á tierra, le llegaria un cuerpo de caballería de Selinunta. La carta fue por órden de Gelon entregada á Amilcar. Cuando celebraba su sacrificio, y mientras no tenia al rededor mas que soldados sin armas, llega la caballería en el número indicado en la carta, segun la costumbre de los selinuntinos. Van derechos á Amilcar, y le quitan la vida: dispersan las tropas, y ponen fuego á las embarcaciones. Al mismo tiempo ataca Gelon al otro campo, y con el incendio de los navíos todos se aterran. No tuvieron los siracusanos mas trabajo que matar y hacer esclavos que llevasen á Siracusa las riquezas del botin. Solamente escaparon ocho embarcaciones que se habian quedado en el mar; pero sumergidas estas por una tempestad, no se halló mas que una chalupa, y fue la que llevó á Cartago la noticia de esta total desgracia. Consternados los cartagineses, y creyendo que ya veian á las puertas de su ciudad al enemigo, enviaron una diputacion suplicante. La recibió Gelon con mucho afecto, y solo pidió tres condiciones: una suma de dinero por los gastos de la guerra, la construccion de un templo en donde se habia de depositar el tratado, y que para siempre se aboliesen los sacrificios de sangre humana. ¡Qué bien parece usar del poder solamente para imponer semejantes leyes!

Libre Gelon de las guerras, retiró de la ciudad las tropas estrangeras, y publicó una junta general con órden de que todos los ciudadanos concurriesen armados: solo él se presentó sin armas; y dirigiendo sus palabras á aquella multitud admirada hizo una relacion circunstanciada de su conducta, del empleo que habia hecho de las sumas que le habian confiado, y del uso de su autoridad. Jamas, les di-

jo, he tenido otras miras que el bien público; pero si, esto no obstante, hubiese yo cometido por ignorancia alguna falta, en vuestra mano está castigarme, pues como veis, ni tengo guardia, ni medio alguno de librarme de vosotros que venis armados. La verdad de su relacion, y la confianza que él manifestaba, de tal modo movió los corazones, que no habiendo tomado Gelon hasta entonces otro título que el modesto de pretor de Siracusa, resolvieron que se le diese el de rey, y que este título pasase á Hieron y Trasíbulo sus dos hermanos.

Determinaron tambien los habitadores de Siracusa, que en memoria de la confianza con que se habia presentado sin guardia y desarmado, poniendo su vida en sus manos, se le erigiese una estatua que le representase en el trage de simple ciudadano. Multiplicadas con el tiempo las estatuas de los diferentes tiranos que habian gobernado, uno de estos, deseoso de agradar á sus ciudadanos mas que de mandarlos, no solamente los dejó en su libertad, sino tambien con el objeto de borrar hasta los vestigios de esclavitud, mandó que todas aquellas estatuas se fundiesen en beneficio del público, pero esto no se egecutó á discrecion del populacho ciego sin órden ni discernimiento. A todas aquellas estatuas, ó por decirlo mejor, á los que representaban, se hizo el proceso como se hace á los delincuentes; y todas fueron condenadas, á escepcion de la de Gelon, como que era un justo monumento de lo reconocidos que estaban los siracusanos á tan digno monarca.

Gelon fue uno de los que mejoraron sus costumbres con su exaltacion al trono. Alabaron su cuidado de no cargar de impuestos: todos le presta-

ban con buena voluntad, porque pagaba exactamente. No gustaba de las artes que no tienen otro objeto que el placer, y se declaraba enemigo de todo lo que podia corromper las costumbres. Paseaba muchas veces por el campo, y conversaba con los labradores: de la dignidad de rey solo se tomaba el trabajo y los cuidados. Mas de una vez se le oyó decir: Cuando los siracusanos me pusieron la corona en la cabeza no pudieron tener otro fin en un favor tan señalado que el de empeñarme en defender el estado, proteger la inocencia, y dar á mis vasallos con una vida sencilla, modesta y frugal el egemplo de lo que ellos debe practicar. Desempeñó con fidelidad este cargo; y se nota que sus últimas palabras, estando para morir, fueron ordenar á su hermano que en sus funerales no se apartase un punto de la simplicidad prescrita. Le pagó el pueblo este respeto á las leyes con su sentimiento y lágrimas, y determinando que se le hiciesen los honores que en aquellos tiempos se tributaban á los héroes ó semidioses.

Aquí tenemos dos retratos muy diferentes de Hieron (2532), hermano de Gelon y sucesor suyo. Diodoro Sículo le representa como un príncipe avaro, cruel, y muy distante de la sinceridad de Gelon. A esto añade, que por bien simples sospechas procuró deshacerse de su hermano Trasíbulo, y que oprimió tanto á sus vasallos, que estos le hubieran depuesto si no se hubiesen contenido por la memoria de la bondad de su hermano Gelon. Eliano dice lo contrario: exalta la justicia, la liberalidad y el bellísimo natural de este príncipe. Nos dice que estaba más pronto para dar, que los pobres para recibir: que su generosidad no tenia límites: que era

D. del D. 2532. A. de J. C. 466.

el amigo y protector de las ciencias y bellas artes: que no habia cosa igual á su sinceridad y candor, y que vivió en la mas perfecta armonía con sus hermanos.

Estas contrariedades se esplican distinguiendo dos épocas en la vida de Hieron. La primera es aquella, en que, lleno de fuerza y vigor, se dejó llevar de su natural selvático y feroz: la segunda es en la que atacado de una enfermedad de languidez, se encerró en su palacio, y allí hizo reflexiones que produjeron una admirable mudanza. Su gusto principal entonces era conversar con sabios, trayéndolos de todas partes. Entre estos fueron Basílides, Epicarmo, Esquiles, Simónides y Píndaro, tres poetas y dos filósofos cortesanos. Esto basta para cortar el lápiz ó la pluma de la historia de modo que no pueda pintar otra cosa que elogios.

En cuanto á Trasíbulo fue cruel y sanguinario; y al ver su orgullo parece que se tenia por de otra naturaleza que la de sus vasallos. Quitaba la vida á cuantos le hacian alguna sombra, y sola la riqueza era para él un título de proscripcion. Cansados los siracusanos de sus vejaciones tomaron las armas: él se atrincheró en un cuartel de la ciudad, y desde allí pidió que fuesen á tratar de composicion. No hubo mas condiciones sino que renunciase y saliese de Sicilia: se sujetó á estas, y fue á pasar en Italia una vida oscura.

D. del D. 2544. A. de J. C. 454. Establecieron los siracusanos una especie de democracia, en la que dieron la magistratura á los ciudadanos principales, con esclusion de los estrangeros, no obstante que Gelon les habia dado los derechos de ciudadanos en atencion á los servicios grandes que habian hecho en la guerra. Aunque se

quejaron no fueron oidos: se apoderaron de un cuartel de Siracusa, les cortaron los víveres, se vieron precisados á pelear, y tuvieron que rendirse. Lo mismo sucedió en otras ciudades en donde se hallaron estrangeros establecidos por las mismas razones y con los mismos privilegios. Creyeron los sicilianos que no habiendo estrangeros ya no tenian que temer tiranos: no obstante, se manifestaron de cuando en cuando personas ricas que parecia aspiraban á la suprema autoridad. Algunos fueron reprimidos antes de declararse; y otros fueron castigados despues de romper. Por último, para salir de cuidados hicieron una ley semejante al ostracismo de Atenas, y la llamaron *petalismo*; porque escribian el nombre en una hoja, y esta se dice *pétalos* en griego. Cuando ponian el nombre de alguno que por sus riquezas, su mérito ó su crédito pudiese subir á la suprema autoridad, salia este sin mas exámen desterrado. El rigor de la ley, el uso frecuente de ella obligó á los hombres de mérito á no esponerse, y se retiraron de la ciudad. Se vió la magistratura en los mas despreciables del pueblo, ó en ciudadanos sin mérito, y el mismo abuso llamó al remedio: fue abolido el petalismo, y pusieron las riendas del gobierno en manos capaces de manejarlas.

No es cosa rara ver el espíritu de dominar en las repúblicas (2588). Siracusa que no habia querido obedecer á otras, pretendió sujetar las ciudades vecinas. Estas se unieron contra el comun enemigo; y no hallándose con fuerzas suficientes, apelaron al socorro de Atenas. Los atenienses, ó codiciosos del botin, ó deseosos de gloria, aspiraban muchos dias habia á un establecimiento en Sicilia; y así cuando las ciudades coligadas enviaron sus ora- D. del D. 2588. A. de J. 410.

dores á esponer sus necesidades, apenas se tomaron tiempo para deliberar. Nicias, general prudente, á quien la estimacion pública habia destinado á esta espedicion, quiso hacer algunas demostraciones, pero cubrieron su voz los clamores de algunos oficiales jóvenes que no respiraban sino guerra, y el pueblo ya entusiasmado se indignaba con la tardanza. Preguntaron á Nicias: ¿qué era lo que pedia? dijo que cien galeras: al punto las armaron; cinco mil hombres de desembarco: los reclutaron; dinero: y abrieron el tesoro. Llamó el senado los gefes para que recibiesen las últimas órdenes, y dijo, no menos seguro que el pueblo de la victoria: "A los de Siracusa y á los de Selinunta sus aliados los transportareis fuera del pais para venderlos como esclavos: los demas pagarán un tributo anual, y recibirán de Atenas la ley.

Al dia siguiente el egército de siete mil hombres escogidos, con aquel aire de triunfo que fácilmente toman los militares jóvenes, marcha desde la ciudad al Pireo, en donde la armada le esperaba. Cuantos ciudadanos y estrangeros habia todos acudieron al puerto. Se embarcaron pues, desplegaron las velas, y dieron las trompetas la señal de partir. Dirigen á los dioses solemnes súplicas, y los oficiales y soldados, segun la costumbre, brindan en vasos de oro y de plata al feliz éxito de la empresa.

No fue tan fácil esta como lo habian imaginado. Hallaron poco recurso en los aliados á quienes fueron á socorrer, y así cargó sobre ellos casi todo el peso de la guerra. No obstante, dieron principio con brillante modo; porque llegaron á Siracusa, y la sitiaron por mar y por tierra. Ya el hambre y sobre todo la sed, atormentaba á los sitiados. Habla-

ban ya de rendirse, cuando tuvieron noticia de que habia venido Gilipo, general de los lacedemonios. En todas partes en donde peleaban se hallaban con los espartanos. Estos auxiliares dieron nuevo aliento á los siracusanos ya abatidos: lograron tales ventajas, que se vió Nicias precisado á pedir socorro á Atenas.

Por haber concebido tan seguras esperanzas admiró esta peticion de nuevos refuerzos, pero no acobardó. Enviaron los atenienses otra armada, y la mandaba Demóstenes, general atrevido y confiado, con ocho mil hombres, máquinas y muchos víveres. Llegó esta con aparato y aire de victoria, coronadas las popas de flores, y los mástiles cargados de banderolas. Los ecos de Siracusa sitiada se encontraban con el ruido de las trompetas y gritos que salian del campo y de la armada.

A las tropas que habian llegado de refresco las abrasaba el deseo de señalarse. Demóstenes determinó á Nicias á dar el asalto, pero no fue feliz. Los atenienses que bloqueaban á Siracusa se vieron bloqueados en el puerto. La necesidad de una retirada, que empezaban á conocer como precisa, los empeñó en hacer los últimos esfuerzos para salvar su armada, y esto les ocasionó un combate de los mas terribles que se refieren en las historias. Estaban formados los dos egércitos de tierra sobre la costa: los ciudadanos guarnecian los muros y los parages mas altos de sus casas que miraban al puerto: las dos armadas se atacaron con un valor que se convirtió muy presto en carniceria: por una y otra parte era horrorosa la matanza: los lamentos de los heridos y de los que perecian en el mar, juntos con los gritos de los dos egércitos que estaban en la ribera, no de-

jaban oir á los comandantes, y cada uno tomaba consejo de solo su valor. Como se daba esta batalla al pie de los muros de la ciudad eran testigos los padres de la muerte de sus hijos, y las mugeres de las de sus esposos. Veia el amigo á su amigo traspasado de heridas sin poderle socorrer. Despues de algunas horas que habia durado el empeño se sintieron tan cansados los dos egércitos que no podian manejar las armas. No obstante si algun navío queria acercarse á la costa, no oian los que le montaban mas que reprensiones amargas. *¿Qué es eso?* decian los atenienses á sus soldados: *¿quereis volver á Atenas por tierra?* Y aunque cubiertos de heridas los hacian volver al mar. Si algun siracusano estando para anegarse queria tomar la costa gritaban sus compatriotas: *Si quieres salvar la vida, salta en algun navío enemigo, ó muere gloriosamente en defensa de la patria.* Durò el combate todo el dia, y fueron vencidos los atenienses. El anuncio de la victoria fue un grito de alegría que desde la armada dieron los siracusanos, al que correspondió el egército de tierra: los que eran espectadores, ó los que estaban en las murallas, respondieron por su parte con repetidos gritos de contento.

No les quedó á los atenienses otro recurso que procurar retirarse á alguna ciudad aliada en donde estar esperando el socorro de Atenas ó naves para volverse. Se pusieron en marcha, pero con la consternacion de un egército precisado á abandonar las municiones y el bagage con incertidumbre de su subsistencia. Se aumentaba su desconsuelo con la vista de los muertos y los moribundos, de los cuales unos quedaban espuestos á las fieras, y otros á la venganza del enemigo. Los enfermos y los heridos

abrazando á sus amigos y camaradas los suplicaban con lágrimas que los llevasen, otros los seguian arrastrando á la distancia que podian, y cuando les faltaban las fuerzas pedian á los cielos venganza de la crueldad con que los abandonaban. Resonaba el aire en gemidos, y mostraba el camino los cadáveres.

Les perseguia con calor el enemigo sin dejarles tiempo de descansar. Llegando á un rio se precipitaron con el ardor de la sed sin órden ni disciplina. Entraron en el mismo rio con ellos los siracusanos haciendo horrible carnicería. Prendieron á los dos generales. No habia sido esta guerra de la aprobacion de Nicias. Si se prestó á ella fue por saber que en una república es peligroso manifestar una voluntad diferente de la del pueblo. No se atrevió á hacer treguas ni paces aunque veia la necesidad; porque en las repúblicas son los generales responsables de los sucesos: él á lo menos habia hecho la guerra con atencion y humanidad. El pueblo de Siracusa á pesar de las reclamaciones de los ciudadanos principales, condenó al general y á su cólega á ser públicamente azotados con varas y precipitados. Los soldados fueron metidos en las escavaciones de las canteras, en donde solo les daban un escaso alimento para que conociesen que iban á morir allí, y que infestarian mutuamente con sus cadáveres á los que sobreviviesen, ásí como á ellos los habian infestado otros muertos.

El que quiera saber hasta donde llega la crueldad de los hombres (2592) debe leer la espedicion de Anibal á Sicilia. Era este nieto de Amilcar, á quien habian muerto delante de Himera cuando iba á socorrer á los de Selinunta. Ahora se habian cambiado sus intereses. No quisieron los de Selinunta

D. del D. 2592. A. de J. C. 406.

recibir una composicion engañosa que los cartagineses les proponian, y así empezaron estos sus asolaciones por ellos. Los habian llamado á Sicilia por causa de una division de los isleños, que les daban esperanzas de reparar con las riquezas del botin las pérdidas de la primera guerra. Por esto dieron el mando de las tropas á Anibal, que tenia que vengar la muerte de su abuelo. Desembarcó con trescientos mil hombres casi todos africanos, soldados feroces y bárbaros.

Muchas veces fue desgracia de los sicilianos defenderse como héroes, y quedar vencidos. Así lo esperimentaron los habitadores de Selinunta. Disputaron estos sus murallas, y despues las calles, las plazas públicas y sus mismas casas, y en todas partes los oprimia la multitud. Se retiraron como dos mil con el favor de la noche á una ciudad vecina en donde fueron bien recibidos, todos los demas fueron pasados á cuchillo, sin que quedase un hombre vivo, y poniendo fuego á la ciudad echaban los soldados á empellones las mugeres y los niños á las llamas. Se les vió llevar pies, manos y otros miembros colgados de la cintura, y pasear en las puntas de las picas cabezas echando sangre: espantosos trofeos de la mas horrible barbarie.

Los siracusanos enviaron á sus vecinos socorros, pero muy débiles y aun tarde para impedir sus desastres: ellos mismos no estaban muy unidos entre sí. Estaba la ciudad dividida en dos bandos, y parece que estos eran, como sucede comunmente, el de los ricos y el de los pobres. A la cabeza del primero se veia Hermócrates, hombre de mérito, que despues de la derrota de los atenienses habia mandado contra ellos en Atica las tropas auxiliares que los siracusanos enviaron á los de Esparta, y habia vuelto muy glo-

rioso. A la cabeza del partido de la plebe se presentaba Diocles, hombre severo, cuya prudencia y probidad eran muy estimadas. Antes de él se nombraban los magistrados en alta voz; pero introdujo la costumbre de elegirlos por escrutinio secreto, que es un método mas favorable á la libertad, y mas propio para hacer buenas elecciones. Tambien hizo pasar la ley de que el que se presentase armado en medio de la asamblea general perdiese la vida aun cuando fuese por descuido. Hubo un ruidoso alarma en las puertas de la ciudad, diciendo que se acercaba el enemigo. Diocles se armó para rechazarle, y sin pensar pasó por el sitio fatal. Le advirtieron que llevaba la espada ceñida, y por consiguiente violaba la ley. *Yo mismo me castigaré*, dijo, *y se quitó la vida.* Por esta accion le levantaron estatuas.

Cuándo sucedió este caso no se sabe; pero en el tiempo de que vamos hablando era antagonista de Hermócrates, y le hizo desterrar como sospechoso de que aspiraba á la suprema autoridad. Por mas que sus amigos hicieron presente que solo su mérito habia hecho que algunos envidiosos animasen contra él la multitud, no pudieron conseguir que le llamasen. Entonces le aconsejaron que se hiciese recibir por fuerza. Juntó Hermócrates un egército, y por no ser bastante fuerte, él fue vencido y muerto, y todos sus partidarios condenados á destierro perpetuo: entre estos era uno Dionisio, por sobre nombre *el tirano.*

Volvieron los cartagineses á Sicilia atraidos del botin, y siempre con trescientos mil hombres levantados en Africa, dicen los autores, y acometieron á Adrigento, la ciudad mas opulenta despues

de Siracusa. Son muy semejantes entre sí las relaciones de las hazañas de estas familias de bárbaros que entraron en esta isla infeliz; la defensa de los sitiados era mas que humana, y las victorias de los sitiadores, debidas á su multitud, fueron el cruel placer de hartarse de sangre, por decirlo así; pero en el sitio de Agrigento hubo sucesos diferentes. Al principio hicieron los sitiados una salida, quemaron las máquinas del enemigo, y egecutaron grande carnicería. Los cartagineses viéndose sin máquinas demolieron los sepulcros que habia al rededor de la ciudad, y con sus materiales levantaron terrazos hasta la altura de los muros. Entró en su campo la peste, y es creible que la causaron las exhalaciones de los cadáveres no enterrados; pero los adivinos dijeron que era un castigo del cielo por haber violado los sepulcros. Empezaron á su modo rogativas en el egército, y sacrificaron un niño á Saturno: para aplacar á Neptuno arrojaron al mar muchos sacerdotes: esto ya era faltar en el mismo lugar á la ley que les habia impuesto Gelon de no ofrecer víctimas humanas.

A la peste sucedió el hambre: pero despues de haberla sentido los cartagineses vivamente, se remediaron cogiendo por sorpresa el trigo que iba destinado para los agrigentinos, y así recayó esta miseria en la ciudad. En la alternativa de perecer de hambre, ó de ir á buscar una muerte cierta en el campo enemigo, abrazó el consejo un partido medio, pero muy penoso, y fue el de abandonar la ciudad. En el instante en que se hizo pública esta resolucion resonaron en todas y cada una de las casas lamentables gritos; y no es posible espresar la opresion y la tristeza que sobrecogió á los ciudada-

nos viendo que iban á perder en un instante el fruto de sus trabajos, sus haciendas, sus riquezas y su patria. Hubo muchos que no se determinaron á abandonar los ancianos, los enfermos y los débiles, por no dejárselos á discrecion á los inhumanos cartagineses, y se quedaron para emplear á su favor sus últimos cuidados, y morir con ellos. Bien se les cumplió esta tan triste intencion, porque los cartagineses á ninguno perdonaron, ni aun á los que se habian refugiado á los templos. Hallaron riquezas inmensas, y una grande cantidad de pinturas, vasos y estatuas de mano de los mas famosos artífices, con todo cuanto se puede imaginar de una ciudad de las mas opulentas, que jamas habia sido saqueada ni aun sitiada.

Habia en Agrigento (2600) tropas siracusanas que protegieron la salida de los espatriados, y los fueron acompañando parte hasta Gela y parte á Siracusa, en donde fueron recibidos con generosidad, dándoles los privilegios de ciudadanos. Este favor no fue parte para que no se quejasen altamente de las tropas de Siracusa, en especial de sus generales y primeros oficiales, pretendiendo que se habian dejado ganar de los cartagineses. Los apoyaba en estas quejas un jóven llamado Dionisio. D. del D. 2600. A. de J. C. 398.

No se sabe si era de familia ilustre ó de baja esfera; pero es probable que no fuese de obscuro nacimiento, pues le cuentan entre los partidarios de Hermócrates, y aun fue herido en el combate que este tuvo á las puertas de Siracusa; y si le libraron del suplicio, fue porque esparcieron una voz de que habia muerto. No se le permitió volver hasta que tomó partido con la ocasion del sitio de Agrigento. Se señaló Dionisio en la única accion de im-

portancia que se ofreció al pie de los muros de Agrigento; y como allí habia peleado por los infelices habitadores, defendió su causa. No solamente reprendió á los generales, tambien tachó á los magistrados de haberse dejado corromper, y de mantener correspondencia con los cartagineses para ayudarse mutuamente á concentrar la autoridad suprema y establecer la *oligarquía*, esto es, el poder entre pocos. ¿Qué es lo que no se hará creible al pueblo cuando lisonjea sus pasiones, y principalmente aquella envidia que los arrastra naturalmente contra los ricos? Fue tanto lo que recalentó los espíritus el discurso de Dionisio, que depusieron á los gefes de las tropas, y sobre la marcha nombraron otros, de cuyo número fue Dionisio, tan querido por entonces de la plebe como antes habia sido odiado y perseguido. La conducta de este hombre, presentada sin intermedios, ofrece una especie de drama, cuyo personage principal apresura los sucesos, y los precipita hácia su objeto de un modo muy notable.

Por una parte este Dionisio valeroso y elocuente desafia á sus cólegas: siempre es en los consejos de contrario parecer: halla que sospechar de sus intenciones; y da á entender que le repugna el servir con gentes que piensan mas en su particular interes que en el del público. Dice que teme le hagan traicion si comunica con ellos sus planes de ataque ó de defensa. Por otra parte entretiene al pueblo con bellos discursos, y gana tanto su benevolencia, que ya el consejo empieza á temerle, y piensa en prohibir que suba á perorar. Habia una ley que prohibia presentarse á perorar cualquiera que no pagase antes la multa á que le habian condenado: acusaron á Dionisio como perturbador del reposo público, y le im-

pusieron una multa tan fuerte, que le era imposible pagarla; pero un ciudadano muy rico satisfizo por él, y prometió pagar siempre que fuese necesario.

Con el apoyo de sus tesoros vuelve Dionisio á sus discursos. Se trataba de levantar un cuerpo de tropas para aumentar el que habia venido de Agrigento, y de hacer un esfuerzo victorioso contra los cartagineses, y para esto se hablaba de un impuesto sobre el pueblo, y dijo Dionisio: "¿Para qué se necesita que vengan con mucha costa tropas de Italia y del Poloponeso, teniendo á nuestros compatriotas desterrados por los ricos, pero que suspiran porque se les llame, y aun comprarán su vuelta con un servicio gratuito?" Gustó el espediente: llaman á los desterrados, y se convierten en otros tantos partidarios sacrificados á Dionisio.

Siempre activo, sabe que estan inquietos los de Gela, ciudad importante, y temiendo que los cartagineses se aprovechen de su division, va allá con un buen cuerpo de tropas: decide que las pretensiones de la nobleza son infundadas: quita la vida á los que condena la multitud, hecha juez en su propia causa: les confisca los bienes, distribuyendo una buena parte á sus soldados, y les promete darles al doble en lo venidero. Salian del teatro cuando él volvia de Siracusa: todos en tropel van á verle, y le preguntan qué noticias traia de los cartagineses, y él les responde diciendo con cierto aire triste: "¿De los cartagineses? Otros enemigos tiene Siracusa mucho mas peligrosos. Vuestros generales y magistrados, que en lugar de hacer preparativos para defenderos, os divierten con vanos espectáculos, y no asisten á las tropas con lo necesario, convirtiendo su paga en sus particulares pro-

vechos. Mucho tiempo ha que yo sospechaba la causa de esta mala conducta; pero ya no son conjeturas. Imilcon, general de los cartagineses, con el pretesto de cambiar los prisioneros, me envió un oficial, cuyo verdadero fin era suplicarme que me prestase á las intenciones de mis cólegas, ó que á lo menos no examinase con rigor su conducta. No quiero ya servir con traidores, y así os digo que vengo á hacer la dimision."

Se juntó el pueblo al dia siguiente, y proponiendo los sabios que se examinase la denuncia de Dionisio contra sus cólegas, oyó una voz que decia á gritos: Tiempo hay para hacer este examen; lo que mas urge y lo que mas importa es nombrar un buen general contra trescientos mil cartagineses que nos amenazan: en una ocasion semejante á esta fue Gelon nombrado generalísimo. Con este egemplar que citaron se determinó la multitud, y proclamaron generalísimo á Dionisio, el que sobre la marcha hizo decretar doble paga á los soldados. Con pretesto de una espedicion secreta hace publicar una orden á todos los desterrados, y otras gentes de buena voluntad que no pasaban de cuarenta años, de que se presentasen en Leonte, ciudad de los siracusanos, con víveres para treinta dias: él mismo fue tambien allá á la cabeza de los soldados que acababa de enriquecer con doble paga, y se acampó con estas tropas cerca de la ciudad. Se oyó por la noche al rededor de las tiendas un ruido estraordinario; Dionisio se salvó en la ciudad con desorden, diciendo á gritos que le querian asesinar: le siguieron sus soldados y todos los desterrados, con otros muchos que se habian juntado en Leonte: le rodearon: gritaban generalmente que no se podia

dilatar el proveer á la seguridad de una persona tan preciosa. Le nombraron pues seiscientos guardias: él eligió al punto otros mil: mandó á la guarnicion que habia dejado en Gela, y era una parte de sus mejores soldados, que fuesen á juntarse con él. Entra pues en Siracusa con todo este cortejo delante, se apodera de la ciudadela, y se hace proclamar rey á los veinte y cinco años de su edad. Condena á muerte á sus contrarios principales, y concluye con dos casamientos: uno el suyo con la hija de Hermócrates, cuyos intereses habia defendido en otro tiempo; y otro el de su propia hermana con Polixeno, cuñado de Hermócrates.

Mas trabajo le costó á Dionisio conservarse en la dignidad de rey que el adquirirla. Capaz es su vida de aterrar á los que intentaren levantar á su ambicion un trono, sin considerar que hay mil brazos que estan prontos para trastornarle, y que no hay un paso que se dé sin sangre. La primera pérdida que le sucedió con los cartagineses dió motivo para que publicasen que tenia con ellos inteligencia. El pueblo, aquel pueblo tan inconstante, ya teme: da fe á sus enemigos que le calumnian: se junta con ellos, y le encierra en una parte de la ciudad, en donde tuvo que sostener varios combates. Prolongando así la defensa le llegaron soldados estrangeros, y hasta los mismos cartagineses parece que le favorecieron aceptando la paz. Otra nueva insurreccion le puso en tanto aprieto que deliberó con sus amigos, no ya sobre si moriria, sino sobre cuál habia de ser el género de muerte. Uno de ellos le aconseja que viva, que reine, y que no renuncie á la corona sino con la vida. Este consejo se apoyó con un refuerzo de tropas estrangeras que se abrieron paso hasta él. Des-

de la parte de la ciudad adonde se habia retirado hizo contra los siracusanos una salida: mató muchos de ellos, y procuró que fuesen enterrados los muertos: este acto de religion penetró los corazones. Se les cayeron á los habitadores las armas de las manos, por decirlo así, y para mayor seguridad se las quitó á todos. Solamente no pudo ganar á un cuerpo de caballería que parecia constar de los primeros ciudadanos.

Para tener ocupado al pueblo declaró Dionisio de nuevo la guerra á los cartagineses, los que por su parte se pusieron en situacion de formidable defensa. Les tomó la ciudad mas importante que tenian en Sicilia; pero los cartagineses se presentaron delante de Siracusa, y la sitiaron. Destruyeron los sepulcros como lo habian hecho en Agrigento, sirviéndose de los escombros para adelantar los aproches: tambien, como en Agrigento, les entró la peste; pero esta vez se conoció que la causó la infeccion de los cadáveres.

Mientras perecian los cartagineses se vió Dionisio espuesto al riesgo mayor tal vez que cuantos habia corrido. Se hallaba con un destacamento de su armada recogiendo víveres, y en su ausencia habian conseguido los siracusanos cierta ventaja. Cuando volvió Dionisio llamó al pueblo fuera de las puertas para felicitarle, y le prometió finalizar presto la guerra, y librarle de sus enemigos. "Eso en vuestra mano está, respondió Teodoro, un ciudadano muy estimado: consiste en que renuncieis al mando, y nos dejeis en libertad; pues aun cuando salgamos victoriosos, ¿de qué nos servirá sino de hacernos esclavos de un tirano doméstico? Si la fortuna se declara por los cartagineses, nos pedi-

rán un tributo, y nos dejarán vivir segun nuestras leyes; pero si Dionisio queda hecho dueño, saqueará nuestros templos y casas, se apoderará de nuestras tierras, jugará con nuestras vidas y con todo lo que mas estimamos. Deshagámonos de un enemigo que tenemos en nuestro propio seno antes de pensar en retirar un enemigo estraño, que es mucho menos peligroso. ¿Por ventura despues de haber ahuyentado millares de hombres será razon que tengamos miedo de uno solo? Tenemos armas, ¿y contra quién las podremos usar mejor que contra un tirano? Si Dionisio consiente en renunciar, abrámosle las puertas: si no quiere resignar la autoridad que ha usurpado, esperimente cuanto puede el amor de la libertad en hombres generosos." Estaba la asamblea suspensa entre el temor y la esperanza: todos pusieron los ojos en Ferácides, que mandaba un cuerpo de lacedemonios enviados á socorrer á Siracusa. ¿Quién diria que un espartano no se declararia por la libertad? Pero dijo, que á él le habian enviado para socorrer á los siracusanos y á Dionisio, y no á hacer la guerra á Dionisio, ni á destruir su autoridad. Estas palabras lo detuvieron todo. Llegó la guardia del tirano, y se dispersó la asamblea.

Hasta en su propia familia tenia reprobadores de su conducta; pero tampoco en sus venganzas los perdonó mas que á los otros: Polixeno, esposo de Testa, su hermana, se vió en la precision de huir á Italia. Quiso Dionisio reprender á su hermana porque no se lo habia dicho, y ella le respondió: "¿Me tienes por muger tan vil, que si yo hubiera sabido que mi esposo queria huir no habria hecho lo posible por acompañarle? No supe yo sus in-

tentos: si él me los hubiera comunicado, yo seria su compañera en los peligros y desgracias: yo me tendria por mas feliz, si me llamasen la muger de Polixeno el desterrado, que la hermana de Dionisio el tirano."

Los cartagineses, disminuidos con la peste, se vieron en la necesidad de levantar el sitio; y Dionisio, mediante una grande suma de dinero que le dieron, los dejó partir tranquilamente. Sin mas fin que ocupar á los siracusanos volvió sus armas contra la Italia. Regio, ciudad fuerte, habia merecido su indignacion por haberle negado para esposa una de sus conciudadanas, con términos descorteses. Resistió la ciudad á sus ataques, pero se rindió al hambre. A todos los habitadores los trató con su ordinaria crueldad; pero se distinguió con Piton, su gefe, porque se defendió con valentía: á su hijo le hizo arrojar al mar: al padre mandó que le atasen á la estremidad de una grande máquina, y que le dijesen que su hijo se habia ahogado el dia antes. Le respondió el desgraciado padre: Bien está: mi hijo ha sido mas afortunado que yo por un dia entero. Le desataron, y le pasearon por las calles azotándole con varas, y pasando mil ultrajes: iba delante un pregonero gritando: Así se trata al pérfido que ha movido á los habitadores de Regio para que hagan la guerra. Mejor dirias, esclamaba Piton, que me tratan así por no haber querido entregar mi patria al tirano. Conmovió este espectáculo á los soldados contra la intencion de Dionisio; y temiendo que librasen al infeliz hizo prontamente que le arrojasen al mar.

Motivos hay para notar que no se le escapó á Dionisio accion de clemencia, que no fuese por

interes. Parecia que la inhumanidad le era natural. No se ve que se complaciese en los suplicios como un Falaris y otros muchos; pero la vida de los hombres la contaba por nada; mandar matar á un enemigo ó á un hombre de quien sospechaba, y quitar la vida á una multitud ó incendiar una ciudad era como una de aquellas cosas que por comunes no se admiran. No habia al mismo tiempo hombre de mas apego á su propia vida, si hemos de juzgar por las precauciones que empleaba en conservarla. Si arengaba al pueblo era desde una alta torre, para que nadie se le acercase. Nadie, ni aun sus hermanos ni sus hijos, era admitido á su presencia sin que antes le registrasen, y aun él mismo no entraba en la habitacion de sus mugeres sin que antes lo visitasen todo. Ademas de las cerraduras y cerrojos tenia al rededor un foso con puente levadizo. Con el menor ruido que oia en la calle ó en su palacio se estremecia. El servicio personal de su limpieza y aseo solamente le admitia de sus hijas muy pequeñas. Tanta cautela, y no hay aquí exageracion, es una prueba de cuán miserable es la vida de aquel que por haber hecho mal á todos, de todos tiene que temer.

Un estado semejante de continuado susto es capaz de envenenar los mas dulces placeres: así se lo probó Dionisio á uno de sus cortesanos, llamado Damocles, que encantado de las prosperidades que el tirano disfrutaba, su poder absoluto, sus riquezas y su palacio magnífico, estaba continuamente alabando su felicidad. ¿Quieres, le dijo, gozarla un dia? Damocles consintió, y el tirano le convidó á comer: le hizo sentar en un lecho dorado, cubierto con un tapiz bordado ricamente: la mesa

estaba cargada de los mas esquisitos manjares, rodeada de esclavos hermosísimos magníficamente vestidos, y que atentos á la menor señal que les hacia, le servian prontamente. Estaba el adulador bañándose en alegría, diciendo que se tendria por el hombre mas dichoso si pudiera prometerse siempre la misma felicidad. Pero cuando con mayor placer se estaba saboreando advirtió que habia una espada pendiente de un solo cabello, amenazando á caer sobre su cabeza, y le entró un sudor tan frio, que todo menos la espada desapareció de su vista. Pide con ansia que le permitan retirarse, y declara que él renuncia para siempre semejante felicidad.

Esta prueba de Damocles da bien á entender que no estaba Dionisio tan ciego con su estado. Muchas veces procuraba divertir sus cuidados con la sociedad de hombres entendidos, pero no habia que fiar de sus favores. Llamó á su lado al célebre Platon; y por sola una palabra del filósofo que le desagradó, le hizo vender como esclavo en el mercado público. Se tenia por grande poeta, y recitaba con complacencia sus versos. Filoseno, uno de sus cortesanos, esperimentó bien el riesgo de no aplaudirle sus talentos; este se atrevió no solo á escucharle con frialdad, sino tambien á criticarle, y Dionisio le envió á las Canteras, que era la cárcel pública; bien que á súplicas de sus amigos le hizo al dia siguiente gracia, y para sellar la reconciliacion le convidó á comer. Persuadido el tirano á que un censor avisado con su accion seria mas condescendiente, empezó á recitarle sus versos y le dijo: ¿Qué te parecen? Filoseno se volvió muy tranquilo hácia los esclavos diciendo: "Que me lleven otra vez á las Canteras." Por esta vez to-

Damocles.

Para convencer Dionisio á Damocles de qual era la felicidad que este le envidiaba, mandó servirle una comida espléndida con toda la magnificencia y fausto imaginables; pero quando Damocles, enagenado de placer, sentía solamente que no hubiese de ser la misma siempre su fortuna, vió sobre su cabeza una espada pendiente de un cabello, con lo que aterrado renunció para siempre á tan falsas felicidades.

T. L. Enguid.º de ag. fte. Jf. Fonseca concla.

mó Dionisio la respuesta por chiste, y le perdonó.

No era la poesía en Dionisio solamente gusto, sino pasion. Disputó el premio en Atenas, y manifestó mas satisfaccion de haberle ganado, que de sus mas famosas victorias. Para él ningun género de gloria era indiferente. Pretendió con ambicion la corona de los juegos olímpicos; y el disgusto de no haberla conseguido le sepultó por algun tiempo en una verdadera melancolía. Tenemos algunos chistes, que dijo hablando de sus dioses. Habiendo sido muy feliz una espedicion que emprendió, despues de haber robado el templo de Proserpina, dijo: "Ved como los dioses inmortales favorecen á los sacrílegos." A una estatua de Júpiter la quitó un manto de oro macizo, diciendo: "Es muy pesado para verano, y muy frio para el invierno." Muchas estatuas de los dioses tenian en sus manos copas y coronas de oro, y se las tomó diciendo: "No hago mas que recibirlas, y seria buena simpleza pedir continuamente á los dioses bienes que despues negasen, cuando ellos estan estendiendo la mano para darlos." Estos despojos se vendieron por su orden á pública subasta; y al dia siguiente hizo pregonar que los que tuviesen en su casa algunas cosas pertenecientes á los dioses inmortales, las restituyesen: él no volvió el dinero; pero ay de aquellos que las habian comprado.

Murió en su cama Dionisio el tirano. Le llaman Dionisio el anciano para distinguirle de su hijo Dionisio el jóven, que le reemplazó; pero á un rey firme y absoluto le sucedió un príncipe débil y sin resolucion. Dos partidos le disputaron su favor, uno aparentando la austeridad de la sabiduria; el otro presentando el cebo de los placeres: y este úl-

timo se le llevó al principio; porque Dionisio, saliendo de la sujecion en que le tenia un padre asustadizo, se entregó sin freno á la libertad de una vida disoluta; pero del mismo esceso le vino el remedio. Dion, hermano de Aristómaca, muger de Dionisio el anciano, discípulo de Platon, avergonzó al príncipe jóven, diciendo, que su conducta era capaz de ocasionar el desprecio de sus vasallos; así le hizo despedir los cómplices de sus desórdenes, llenó el palacio de personas graves, y consiguió que llamasen á Platon. Este filósofo, olvidando los malos tratamientos del padre, se resolvió á esponerse á la ingratitud del hijo; pero no tardó en arrepentirse de su condescendencia. Sobre cuentos falsos, imaginados por los cortesanos que habian perdido la gracia por causa de Dion, cayó este de ella, y encerraron á Platon en la ciudadela. Pasados algunos dias se le permitió retirarse.

Entonces se vió esplicarse el sistema de toda faccion dominante, que consiste en llevar las cosas al último estremo hasta hacer á los de su partido irreconciliables con sus contrarios. Persiguieron á todos los amigos de Dion, y aun quisieran cogerle á él en persona, mas ya se habia retirado á Atenas, adonde fue Platon á verle. Aparentó Dionisio que estaba arrepentido de sus injusticias para con el filósofo, y se valió de sus amigos para que le hiciesen volver. Le ofrecieron la lisonjera esperanza de reconciliar á Dion con Dionisio. A esto no pudo resistir Platon, y así volvió. Cuando ya quiso hablar de la especie de empeño que llevaba sobre llamar á su amigo, estaban mudadas las cosas por haber logrado Dionisio una victoria, con la cual no tenia que temer á su tio. Fueron mal recibidas

Platon en Siracusa.

Vendido como esclavo el célebre Platon por Dionísio el anciano; llamado, preso, y desterrado despues por Dionísio el joven; fue sin embargo tan fiel á su amistad con Dion, que llamado nuevamente por Dionísio, volvio á Siracusa para interceder por su amigo. Pero esta intercesion puso mui á riesgo su vida, y le costó un nuevo destierro. Era Dionísio aun mas irreconciliable é injusto que Platon filosofo.

T. L. Enguid. de ag. fte. J. Bonifaz conc.

las instancias de Platon; y ya esta tercera vez, no solo le desterraron de la corte, sino que estuvo su vida en grande riesgo.

Su partida, para la que obtuvo con dificultad el permiso, fue la señal de toda especie de vejaciones contra Dion. Le negaron la renta de sus bienes que Dionisio le habia prometido al despedirse, y le ultrajó de tal modo, que hizo que Areta, muger de Dion, á la que su marido amaba mucho, se casase por fuerza con Timócrates, uno de sus aduladores. Con tales provocaciones se irritó Dion, y tal vez sin ellas hubiera permanecido tranquilo con sus amigos en Atenas. Levantó algunas tropas, pocas pero valientes y resueltas: llegó con ellas á Siracusa cuando Dionisio estaba ocupado en la guerra de Italia: publicó que no iba á vengarse, sino á sacar del yugo del tirano á Siracusa y la Sicilia. De este modo se apoderó Dion de una parte de la ciudad: las tropas del tirano guardaron la ciudadela: volvió Dionisio, y presentó un combate á Dion, en el que este quedó herido, y estuvo para caer en manos de su enemigo: le salvaron los siracusanos, pero presto se cansaron del héroe instigados por Heráclidas, uno de los generales de Dion, el que consiguió quitarle el espíritu del pueblo. Atacó este á su general: no queriendo este defenderse contra los que habia ido á librar, eligió dejar la ciudad con sus tropas. Dionisio por su parte habia ido á buscar socorro á Italia, dejando la ciudadela á su hijo Apolócrates.

Este sufrió en ella las estremidades del hambre con grande constancia, esperando la ocasion de atacar la ciudad; y no tardó en lograrla, por las divisiones que reinaban en ella. Durante los disturbios estaba la disciplina olvidada, y todavia

la despreciaron mas los siracusanos por haber ganado una pequeña victoria. Se aprovechó la guarnicion de una fiesta que celebraban los vencedores: salió de la ciudad con diez mil hombres, pasando á cuchillo cuanto encontraba: á todos los habitadores les sobrecogió un espanto inesplicable, y entonces clamaban: *¿En dónde está Dion?* Fueron á suplicarle que volviese, pues entonces era tiempo. Nisio, general de la guarnicion, acababa de hacer un ataque cruel: las calles y las plazas públicas estaban llenas de cadáveres, y de las casas salia un torrente de llamas. Detras de esta especie de parapeto estaba la guarnicion, apostada en una brecha del antemuro que defendia la ciudadela, esperando con intrepidez el asalto. Este fue terrible, y despues de larga resistencia capituló la guarnicion, precisada á retirarse á la ciudadela; y entró Dion en ella á la cabeza de sus tropas.

Su hermana Aristómaca, á quien habian encerrado allí, llegó á su presencia, llevando al hijo de Dion y á su muger Areta, tan cruelmente arrancada á su amor. Estaba la infeliz temblando, y esperando su sentencia; pero dijo Aristómaca al presentarla: "¿Cómo te ha de abrazar? ¿ha de ser como esposo? ¿ó quieres que espire á tus pies, sin haber faltado jamás voluntariamente á la fidelidad que te habia jurado?" La abrazó tiernamente Dion, bañado su rostro en lágrimas: la entregó su hijo, y la recibió en su casa. Dió á los siracusanos la ciudadela, y despidió sus guardias.

Por entonces pensaba dar á sus conciudadanos una especie de gobierno, y segun su plan debia residir la autoridad suprema en un consejo de sugetos elegidos por el pueblo y la nobleza. Tambien le atra-

Dion libra á Siracusa.

Obligó Dionisio á Areta, esposa amante y amada de Dion á q.e se casase con Timócrates; pero no pudiendo resistir Dion á este ultraje, que supo en Atenas, levantó tropas, que aunque pocas eran esforzadas; y publicando que iba á librar del tirano á Siracusa, se aumentó su exército: con lo qual, despues de varios sucesos, y mientras Dionisio buscaba en Italia socorro, se apoderó Dion de Siracusa.

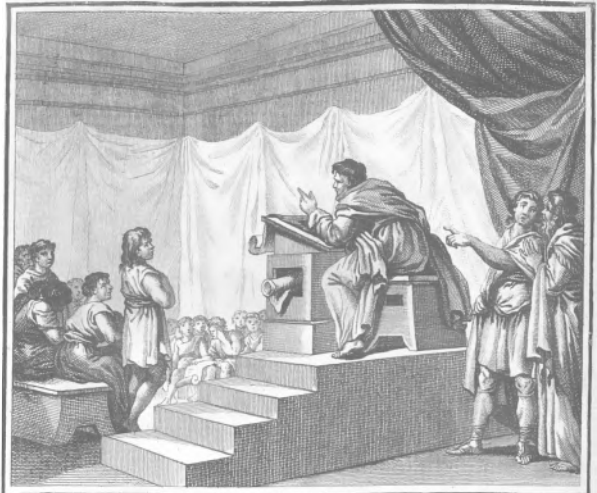
T. L. Engmd.r de ag. fte. Alex. Blanco la conc.

vesó Heráclidas este proyecto : y fatigado Dion con los obstáculos que este hombre oponia á sus designios, permitió que le quitasen la vida, y confesó la muerte ; pero se sintió castigado con los crueles remordimientos, que le sumergieron en una profunda melancolía. Atribuyó á justo castigo de los dioses la desgracia de su hijo, que cayó de un tejado, y se mató ; y él mismo esperimentó el castigo de su homicidio con una muerte violenta ; porque Cálipe, su huésped y su amigo, que aspiraba á la soberanía, le asesinó en su casa, y aun parece que el mismo Dion no quiso evitar esta desgracia, teniendo de ella indicios. Sin duda su virtud severa le hizo considerar como una debida espiacion el sacrificio de una vida manchada con tan horrible delito. Poco se aprovechó el asesino de su traicion; porque Siracusa, á la que habia sujetado por un momento, le arrojó de sí, y pasó por algun tiempo una vida errante é infeliz, hasta que por último le degollaron dos amigos de Dion con el mismo cuchillo con que él habia asesinado á su amigo. La infeliz Areta, arrancada primero de los brazos de un esposo amado, y entregada á un himeneo involuntario, restablecida despues en la gracia de su marido, y precisada á llorar la funesta muerte de un hijo, cubierta de luto por la de su esposo, cayó en manos de Icetas, tirano de Leonte, que era otro pérfido amigo de Dion. Este para deshacerse de una viuda inútil la embarcó, dando órden de matarla y arrojarla al mar, y asi se egecutó. ¡Oh qué de tristes destinos se ven en el mundo !

La muerte de Dion y la fuga de Cálipe llamaron á Dionisio á Siracusa. Los ciudadanos le opusieron aquel Icetas de quien hemos hablado, con-

tando con servirse á un mismo tiempo de sus talentos y sus fuerzas contra los cartagineses que de nuevo amenazaban: mas descubrieron que Icetas, abusando de su confianza, habia hecho con los cartagineses un tratado secreto, por el que se empeñaban en hacerle dueño de Siracusa, y él de su parte prometia no oponerse á sus conquistas en Sicilia. Los siracusanos aturdidos de ver esta traicion, enviaron á pedir socorro á Corinto, de donde pretendian traer su orígen. Fueron bien recibidos los diputados, y se les concedió su pretension.

D. del D. 2653. A. de J.C 340. Cerca de Corinto vivia un hombre llamado Timoleon (2658), á quien abrasaba tanto el deseo de la libertad, que le habia hecho cometer un delito atroz contra su hermano. Le amaba tiernamente Timoleon, y aun le habia salvado la vida en una batalla: pero todavia tenia mas amor á su patria. Teniendo indicios muy ciertos de que aspiraba á la soberanía de Corinto, y viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para separarle de su intento, le hizo quitar la vida en su presencia. Los principales ciudadanos alabaron esta accion como un rasgo admirable de heroismo. Otros la condenaron como un crímen detestable, y digno de provocar sobre él y su familia la venganza de los dioses. Su madre, cuando fue á consolarla, le echó mil maldiciones, y no le quiso ver. La desesperacion de su madre le llenó de horror de sí mismo, y contemplándose ya como un delincuente sacrificado á la muerte, tomó Timoleon el partido de abstenerse de todo alimento. Con mucho trabajo consiguieron sus amigos que dejase una resolucion tan funesta; pero á lo menos se condenó á pasar el resto de sus dias en la soledad. Renunció los empleos públicos, se ausentó de la ciudad, y por



Dionisio Maestro de niños.

Arrojado Dionisio de Siracusa por Timoleon, refugiado en Corinto, y empobrecido por sus desordones, se redujo, para subsistir, á ser Maestro de niños. ¡Quan justamente excitaria la compasion otro qualquiera desgraciado Monarca humillado á tanto! ¡Pero quanto la merecian los inocentes niños sujetos á recivir la educacion y padecer el trato de un hombre tan perverso y cruel como Dionisio.

T. L. Enguid. de ag. fec. Al. Blanco cond.

veinte años habitó los lugares desiertos entregado siempre á una negra melancolía. Al cabo de este tiempo volvió á Corinto; pero vivia como un simple particular siempre retirado y sin mezclarse en el gobierno.

Se trataba de librar á Siracusa de un tirano, y tal vez de quitar de otras ciudades de Sicilia los que las dominaban. Creyeron pues que no se podia elegir para esta espedicion mejor hombre que el que habia manifestado tanto horror á la tiranía. Le nombraron los corintios por gefe de la empresa, mas con tan pocos soldados que parecia contaban con él solo. Al principio le sirvió mas la industria que la fuerza: engañó á los cartagineses que le cerraban el paso, y sorprendió á Icetas que se lisonjeaba de retardarle con proposiciones falsas. Era Icetas dueño de la ciudad, el almirante cartagines de los puertos, y Dionisio de la ciudadela. Hallándose este reducido á la estremidad, se determinó Timoleon á tratar con él mas bien que con los otros. Le dejó llevar parte de sus tesoros, y le hizo escoltar hasta Corinto, que le sirvió de asilo. Se dice que allí se arruinó con comediantes y cantores, hasta verse precisado á abrir escuela para subsistir. Ciceron piensa que escogió este estado para egercer por lo menos en los niños la tiranía que no podia con los hombres.

No se encerró Timoleon en la ciudadela, y dejó en ella cuatrocientos corintios bajo un hábil comandante llamado Leon. Icetas y los cartagineses reunidos le bloquearon estrechamente; pero cuando contaban con vencer á Leon por hambre, sorprendió este un cuartel de la ciudad, y se estableció en él. Al mismo tiempo Timoleon, que habia recibido un refuerzo, se presentó á los aliados en batalla, y tuvo

medio de corromper una parte de sus tropas. El general cartagines asustado de ver esta desercion montó en sus navíos, y huyó. Icetas sostuvo en la ciudad una especie de asalto, es decir, que sus soldados se vieron sobre las murallas y las abandonaron. Se retiró pues con ellos, y Timoleon se apoderó de la ciudad.

Al dia siguiente convidó al son de las trompetas á los habitadores á que fuesen con instrumentos á demoler la ciudadela, y las demas fortalezas que llamaba él *los nidos de los tiranos.* Acudieron en tropel, arrasaron los muros, los palacios, hasta los sepulcros, y cuanto podia suscitar la memoria de la tiranía. En los mismos sitios hizo Timoleon levantar edificios públicos destinados á la administracion de la justicia. Se aplicó despues á repoblar á Siracusa, que con las últimas turbulencias estaba reducida á un estado deplorable. Volvieron á ella los desterrados que venian de todas partes de Sicilia, de Italia y de Grecia. De concierto con dos legisladores que los corintios le enviaron, dió Timoleon nuevas leyes, cuya basa era el gobierno democrático presidido por un magistrado anual.

Resucitada Siracusa, por decirlo así, recorrió Timoleon la Sicilia como vencedor, sujetó los tiranos de muchas ciudades, y los envió á Corinto para que acompañasen á Dionisio. Su última hazaña fue la derrota de los cartagineses que volvieron á Sicilia: y si no pudo echarlos de allí, los confinó á una parte de la isla, desde donde no pudieron hacer daño á los siracusanos. Icetas, el que quitó la vida á la infeliz Areta, muger de Dion, no se escapó de la justa venganza, pues le mataron con su hijo: y su muger y su hija fueron sacrificadas por los siracusanos á los manes de Areta.

Si la mayor parte de la vida de Timoleon se pasó en la tristeza, envenenándola la memoria de la muerte de su hermano, gozó en sus últimos años de la mas dulce y gloriosa tranquilidad. Le dieron los siracusanos, para agradecerle sus servicios, la mejor casa de la ciudad y otra magnífica de campo, á la que se retiró con su muger y sus hijos, á quienes llamó de Corinto. Allí fue en donde pasó el resto de sus dias disfrutando la felicidad de haber conseguido la de tantas ciudades. Perdió en su vejez la vista; pero con esta ocasion le manifestaron los siracusanos su estimacion y su respeto haciéndole frecuentes visitas. A todos los estrangeros que pasaban por su pais los llevaban á que viesen á su bienhechor y libertador: siempre le consultaban en los asuntos importantes, y seguian su parecer. Por lo comun iba en su carro, y entraba en la asamblea resonando los gritos de alegría de todo el pueblo, y le volvian á acompañar hasta las puertas con las mismas aclamaciones. Nada faltó á la magnificencia en sus funerales: porque destinaron para esto los siracusanos una suma considerable; pero el mejor ornamento del entierro fueron las lágrimas mezcladas con las bendiciones con que honraron su memoria todos los ciudadanos. Se decretó que todos los años se hiciese memoria del dia de su muerte con una funcion fúnebre, y que siempre que los siracusanos tuviesen guerra con los bárbaros pidiesen á Corinto un general.

En una ciudad compuesta de tantas naciones (2662) mas debe admirarse que durase la paz de Timoleon por algun tiempo, que el que esta se rompiese á los veinte años. Esto sucedió con las turbaciones que escitó el tirano mas cruel de Siracusa lla- D. del D. 2662. Á. de J. C. 336.

mado Agatocles. Era hijo de un alfarero, de estremada hermosura, y bien formado; con la edad adquirió una fuerza prodigiosa, y una valentía correspondiente. No habia soldado que pudiese llevar unas armas tan pesadas como las suyas, ni que fuese en la ocasion tan atrevido. Cayó en gracia á un poderoso de Siracusa llamado Demante. Elegido este por gefe de los agrigentinos no se olvidó de su favorito, y le dió el mando de mil hombres. Sin duda no habia desagradado á la muger de su protector, pues muerto este se casó con ella, y así se hizo dueño de grandes bienes.

Estaba entonces Siracusa sujeta á un tirano llamado Sosístrato, á quien Demante habia sido sospechoso; y por cuanto su sucesor no le hacia menos sombra, pretendió que le asesinasen. Se escapó Agatocles con maña, y fue á probar fortuna en otra parte. Se manifestó su ambicion en dos ciudades, y ambas le echaron fuera; bien fuese porque Sosístrato le perseguia aun retirado, ó que la casualidad oponia el uno al otro, hubo entre los dos y sus tropas un combate del que Agatocles salió vencedor. Siguiendo la serie de desgracias arrojaron á Sosístrato de Siracusa con setecientos de los ciudadanos principales, mas que sospechosos de que intentaban sustituir la oligarquía á la democracia. A Sosístrato le favorecian los cartagineses que amenazaban á Siracusa; pero la victoria que ya habia ganado contra él Agatocles, fue para los siracusanos una razon poderosa para dar á este el mando de sus fuerzas. Derrotó las tropas reunidas de Sosístrato y de los cartagineses, recibiendo en el combate siete heridas. El crédito que le dió para con el pueblo un afecto tan señalado á los intereses de la ciudad le hizo aventu-

rar algunos actos de soberanía: mas como todavia no estaban bien preparados los espíritus, perdió el puesto de general, y dieron este empleo á un corintio.

Tomaron tambien las medidas para quitarle la vida; pero él se salvó con tal arte que le tuvieron por muerto. Mientras los siracusanos vivian en esta firme confianza se presentó delante de sus muros con un egército fuerte que habia levantado en el corazon de la Sicilia. Empezaron las negociaciones, y consintieron los de Siracusa en recibir á Agatocles si despedia las tropas y prometia no emprender cosa alguna contra la democracia; y él se obligó con juramento solemne á sostener los intereses del pueblo; lo cual era una especie de obligacion contra el senado, compuesto de seiscientos ciudadanos principales. Despidió Agatocles sus soldados, pero de modo que los pudiese encontrar, y con el pretesto de una guerra con Erbita, ciudad vecina, se hizo nombrar comandante: autorizado con esto para juntar tropas, se vió muy presto á la cabeza de un egército, y entonces ya no gastó mas ceremonias.

Antes de volver vuestras armas contra los habitadores de Erbita, dijo á los soldados, pensad en librar á Siracusa de esos seiscientos tiranos mucho mas peligrosos que los erbitanos y los cartagineses, pues nunca habrá tranquilidad mientras vivan así ellos como sus partidarios. Esto era autorizar á los soldados, casi todos de lo mas despreciable de la plebe, para que quitasen la vida al cuerpo de la nobleza. Para alentarlos mas les abandonó al pillage los bienes de los muertos. Despues de esta arenga da la señal Agatocles, y el soldado degüella cuanto encuentra sin distincion de clases, edades ni se-

xos, y en pocas horas cayeron mas de cuatro mil personas al filo de sus espadas.

No era esto lo bastante para Agatocles. Pretendia este no solo esterminar los nobles, sino que solo quedasen con la vida un corto número de ciudadanos acomodados para gobernarlos mas facilmente. Con esta intencion hizo que continuase por dos dias el pillage y la matanza, y despues juntando á los que habian sobrevivido á tanta carnicería, les dijo: "El mal era grande, y necesitaba de un remedio violento. Mi fin ha sido restablecer la democracia, y sacar la ciudad del yugo de algunos magistrados tiránicos; ahora quiero vivir tranquilo, y me retiro." Entre los que le oian habia muy pocos que no fuesen cómplices de sus crueldades, y conocian bien que no estaban seguros de la impunidad si no confiaban el supremo poder al primer autor de la matanza. Todos le suplicaron que tomase la autoridad absoluta, y le proclamaron rey.

La primera ley que publicó fue la abolicion de las deudas, y el repartimiento de las tierras por igual entre los pobres y los ricos. De este modo se hallaron los nobles á nivel con los mas bajos del pueblo, al que por este medio aficionó constante á su revolucion. Establecida esta y asegurada fue Agatocles mas humano, hizo prudentes leyes, y con la conquista de toda la Sicilia, á escepcion de las ciudades de los cartagineses, hizo mas firme su trono.

Aunque respetaba la propiedad de estos estrangeros, le hacian sombra sus victorias. Enviaron contra él un egército comandado por Amilcar, al que se juntaron los malcontentos y enemigos de Agatocles, que eran muchos, y le ganaron una victoria tan completa, que le hicieron encerrarse en Siracu-

sa. Reducido á este estremo concibió un proyecto que otros han imitado despues; pero él tiene la honra de ser el primero que le imaginó. No quiso confiarle á nadie; pero exhortó á los siracusanos á que sufriesen el sitio con paciencia, mientras él iba á buscar socorros; embarcó pues sus mejores tropas, hizo vela á la Africa, y desembarcó.

Lo que le embarazaba eran sus propios navíos, porque dejar con ellos un cuerpo de guardia era debilitar su egército, ya poco numeroso para los proyectos que meditaba: abandonarlos sin defensa era entregarlos á los cartagineses, dueños del mar. En estas dudas tomó con resolucion un partido digno de un genio elevado y atrevido como el suyo, pues así quitaba á los soldados toda esperanza, y les obligaba á vencer ó morir. Los juntó, y prevenidos ya los oficiales dijo: "Cuando salimos de Siracusa perseguidos y estrechados de los enemigos, hice voto á Ceres y á Proserpina, diosas tutelares de Sicilia, de quemar todos nuestros navíos si nos libraban de caer en manos de los cartagineses, y nos hacian abordar en Africa con felicidad. Ayudadme, soldados, á cumplir el voto, que las diosas nos pueden fácilmente desquitar de esta pérdida por hacerla en sacrificio." El fue el primero que arrojó una hacha encendida al navío que le habia llevado, y lo mismo hizo cada capitan. Los torbellinos de llamas se levantan, las trompetas suenan, y toda la ribera resuena con los gritos y alegría; pero llegando la reflexion, y considerando que un vasto mar los tenia separados de su patria, sin medio alguno para salir del pais enemigo en donde estaban, sucedió el desaliento á el esceso del gozo; pero Agatocles los animaba con la vista del delicioso pais que iban á

recorrer, y sobre todo con la perspectiva de la soberbia Cartago, cuyos despojos no podian escapar de sus manos.

Grande era el susto de Cartago, no sabiendo qué pensar de aquella repentina irrupcion. ¿Si habrán vencido á Amilcar? ¿Si habrán aniquilado sus tropas? ¿Cómo ha dejado pasar un egército entero sin dar la batalla? Esperando mas noticias que los instruyesen, sacaron los cartagineses fuera de los muros un egército mandado por Bomilcar y Hanon. Agatocles, que tenia su interés en pelear, no tardó en egecutarlo: murió Hanon en la batalla, y Bomilcar retiró su ala con poca pérdida. Queria reservar sus soldados para llegar en su patria á la suprema autoridad, á la que la muerte de su rival Hanon le allanaba el camino. No debió Agatocles la victoria únicamente al valor de sus tropas, sino á que supo animarlas con un prestigio. Al empezar la accion soltó los buhos que llevaba prevenidos; y como estas aves consagradas á Minerva no pueden volar lejos con la claridad del dia, se colgaron naturalmente de los escudos de los soldados de Agatocles, y así se sintieron maravillosamente alentados con esta señal de la proteccion de la diosa.

Siracusa permanecia sitiada y aun muy estrechada, cuando Amilcar recibió las órdenes con que le mandaban con amenazas que volviese prontamente á su patria para socorrerla. Antes de abandonar una presa que contaba ya que sería muy presto suya, pensó en este arbitrio. Le habian enviado algunos hierros de los navíos siracusanos hallados entre las cenizas. Hizo pasarlos á Siracusa como una prueba de la entera derrota de su rey. La creyeron muchos, y fue grande el partido de los que que-

rian rendirse; pero venció la opinion contraria; y aun echaron fuera á los que se inclinaban á la capitulacion, y salieron como unos ochocientos que Amilcar recibió bien.

Agatocles por su parte envió á Siracusa la cabeza de Hanon y al verla se animaron los habitadores, y resistieron con felicidad al último asalto. Despues en una salida derrotaron al egército cartaginés, prendieron á Amilcar, y enviaron su cabeza á Agatocles. Se hallaba este acampado delante de Cartago, que se habia reforzado; pero el espectáculo de la cabeza de Amilcar les imprimió un terror grande.

De todos modos los perseguia Agatocles: él seducia á sus aliados y les suscitaba enemigos; pero sobre todo deseaba hacerse amigo de Ofelas, rey de los cieneos, que tenia un egército de veinte mil hombres bien disciplinados. Le hizo saber el siracusano, que teniendo él un reyno tan hermoso como era la Sicilia, no pensaba en establecerse en Cartago, y que le aseguraria este trono si queria juntarse con él para destruir aquella orgullosa república. Ofelas se llegó á engañar con este cebo, y le llevó sus tropas. Así que llegó le hizo matar, y aquel egército sin gefe y distante de su pais se vió precisado á entregarse al asesino de su rey.

Como la guerra duraba mucho, Agatocles resolvió con su actividad volver á Sicilia: dió las ordenes necesarias para que nada se perdiese por su ausencia: se embarcó con dos mil hombres escogidos: llegó á Sicilia, y arregló en ella todos los negocios: destruyó una liga que se habia formado entre muchas ciudades para sustraerse de su obediencia, y volvió á partir. Cuando llegó á la Africa to-

do lo halló muy mudado. Arcagato, su hijo, á quien habia dejado el mando, habia perdido una batalla: faltaban los víveres, y el egército estaba para rebelarse. Todo lo examina Agatocles, no ve recurso alguno: y sin cuidar de los otros, con tal que él se salvase, toma el partido de abandonar el egército. Se descubre su intencion, le detienen los soldados; pero á favor de un tumulto que sobrevino se escapa al mar y se embarca. Los soldados enfurecidos quitan la vida á Arcagato y á otro hijo que habia dejado Agatocles: eligen gefe, y concluyen la paz: siendo una de las condiciones principales que los cartagineses los transportasen á Sicilia, y les dejasen la ciudad de Selinunta para su habitacion.

Agatocles, llegando á Sicilia, ataca á los egestanos que se habian rebelado, toma por asalto la ciudad, hace pasar á cuchillo los habitadores; pero los nobles no murieron hasta haber sufrido los tormentos mas crueles. El resto de la vida de este tirano no es mas que un conjunto de horribles delitos. Con la noticia de la muerte de sus hijos en Africa ordena á Antandro su hermano, gobernador de Siracusa, que quite la vida á los que por sangre ó amistad tenian conexion con los siracusanos que le habian acompañado á Cartago. Fue horrible la carnicería, no se pisaba mas que sangre, se pusieron encarnadas las aguas del mar á lo largo de las murallas. Mataron á todos los parientes de los soldados y oficiales que componian el egército de Africa, desde el bisabuelo hasta el niño de pecho.

Esta barbaridad sublevó todos los espíritus: los enemigos del tirano, que eran muchos, se juntaron todos bajo lo conducta de un desterrado llamado Dinócrates, digno adversario de Agatocles por

sus vicios. Se vió este reducido á pedir la paz con las condiciones de entregar la soberanía á Dinócrates, y de conservar solamente dos fortalezas en donde pudiese vivir tranquilo. Le despreciaron estas proposiciones; y entonces sacando fuerzas de su desesperacion, atacá al campo de sus enemigos, y los dispersa. Un cuerpo destacado se retiró á una altura, y desde allí se ofreció á capitular. Agatocles les prometió la vida si rendian las armas; y así que las entregaron los hizo rodear por todas partes, y matar hasta el último. Dinócrates, que era un hombre de la comprension de Agatocles, salvó la vida, fue su amigo, y le empleó en sus negocios.

El tirano se convirtió de rey en corsario, porque todos los oficios le venian bien con tal que hallase su ganancia. Recorrió las costas de Italia, en donde recogió un grande botin: atacó las islas de Lipari, cuyos habitadores vivian pacíficos, sin meterse en las quimeras de sus vecinos: sacó de ellas una grande suma, y cuando ya conoció que los isleños no tenian dinero, saqueó sus templos, se llevó el tesoro sagrado y todos los ornamentos. Tal vez estaria pensando en gozar tranquilamente del fruto de sus delitos, y la venganza del cielo le esperaba en el momento mas brillante de su prosperidad. Un hombre llamado Menon, á quien habia hecho un cruel ultraje, le castigó de este modo. Habia advertido que Agatocles se limpiaba los dientes despues de comer con una pluma: la mojó Menon en un veneno tan violento, que le consumió los dientes y las encías. Todo su cuerpo era una llaga; y cuando padecia los dolores mas crueles le llevaron á una hoguera, á la que pusieron fuego estando todavia vivo. Se asegura que en los últimos años de su vida se la habia quitado á mas

personas que los tiranos que le habian precedido en todo el curso de sus reinados. Si se reconocen en él algunas calidades estimables, todas quedaron borradas con su bárbara crueldad.

Habia en las tropas de Agatocles un cuerpo de mamertinos, esto es, *guerreros invencibles*. Estos, cuando murió el rey, ganaron á Mesena, con intencion de embarcarse para ir á Campania su patria. Los de Mesena los recibieron como amigos; pero estos soldados, pareciéndoles bien el pais, la ciudad acomodada por su puerto, y propia para formar una república, mataron á los hombres, y se casaron con las mugeres. Procuraron despues aumentar su poder mientras el de Siracusa declinaba: pasó este de las manos de Agatocles á las de Menon que le quitó la vida: á Menon le destronó Heractas, tomando el título modesto de pretor. Estando ausente para sujetar á los agrigentinos, le quitó Timon la suprema autoridad, y se la disputó Sosístrato, todos gefes de faccion. A estos dos los atacaron los cartagineses, y llamaron de concierto en su socorro á Pirro, rey de Epiro, que hacia la guerra á los romanos.

No le pareció mal á este príncipe dejar un teatro en el que su gloria, por algun tiempo floreciente, empezaba á marchitarse. Cuando llegó egército, tesoros, autoridad todo lo pusieron Timon y Sosístrato en sus manos. El pueblo, á quien todavia no habia hecho beneficio alguno, le recibió con las demostraciones mas vivas de contento. Ganó los corazones con su conducta insinuante y con su grande afabilidad. Su actividad en hacer que volviesen á recibir el yugo las ciudades que le habian sacudido lisonjeaba el orgullo de los siracusanos. Cada ciu-

dad que reunia á la república era como un nuevo diamante que engastaba en su corona. No se cansaban de alabarle; pero á él, mas político que condescendiente, se le puso en la cabeza ir á atacar á los cartagineses en su casa para librarse de ellos. Bien quisieran los siracusanos que antes los arrojase de toda la isla, y principalmente de Lilibea, que les ofrecia siempre un puerto cómodo, y así les chocó su apego al proyecto propio, y les desagradaron sus preparativos, en los que hizo entrar sus hombres y sus riquezas. Tomaron las otras ciudades las impresiones de la capital, y en poco tiempo se halló Pirro rodeado de descontentos, cuya disposicion toda era amenazadora. Como se tuvo por feliz cuando le convidaron los sicilianos en dejar la Italia, en donde titubeaba su fortuna, se aprovechó gustoso de la ocasion de corresponder á los deseos de los italianos que le llamaban.

Dejó á Siracusa en el estado de anarquía deplorable. Se apoderaron las tropas de la autoridad: se dieron á sí mismas comandantes, y estos por las circunstancias venian á ser los gefes de la república. Uno de ellos, que se llamaba Hieron, era de nacimiento distinguido por su padre, pero su madre habia sido esclava: su educacion era buena, y llevó las primeras armas sirviendo á Pirro. Una figura amable, una constitucion robusta, una fuerza estraordinaria, y mas que todo esto su valor distinguido, su mucho espíritu, su benignidad y aplicacion le merecieron las atenciones de Pirro y sus favores. Gozaba ya de grande reputacion cuando este príncipe dejó la Sicilia, y su moderacion en el egercicio del mando que le habian conferido las tropas ganó los corazones de los ciudadanos; y aun- D. del D. 2738. A. de J. C. 260.

que descontentos de que los soldados usurpasen el derecho de darles dueño, confirmaron su eleccion y revistieron á Hieron de todo el poder civil y militar.

No se le pudo reprender en toda su vida sino de una crueldad, que tal vez hicieron las circunstancias necesaria. Habia una porcion del egército compuesta de estrangeros, que ni tenia respeto á los comandantes, ni afecto á un estado del que ellos no hacian parte, y así estaban siempre prontos á sublevarse. Tenian tal union entre sí, que en queriendo castigar á los mas culpados todos se irritaban con su castigo. Era preciso pues, ó sufrirles todo, ó deshacerse de ellos de una vez. Para esto halló Hieron el medio. En un lance contra los mamertinos, soldados feroces y determinados, colocó á los estrangeros á la frente de su egército, y él se puso en la retaguardia con los siracusanos. Cargaron los estrangeros, y los mamertinos que sostuvieron el choque con su valor acostumbrado no solo los rechazaron, sino que los persiguieron, y no socorriéndolos los siracusanos perecieron todos.

Cuando Pirro dejó la Sicilia esclamó: "¡Qué bello campo de batalla dejamos á los cartagineses y romanos!" Y á la verdad, estos dos pueblos la hicieron el teatro en donde se disputaron el imperio del mundo. Por algun tiempo balanceó Hieron entre las dos naciones, mas al fin se declaró por los romanos tan inviolablemente, que los funestos reveses que recibieron en el lago Trasimeno y en Cannas no fueron suficientes para mover su constancia. Les proveyó muchas veces de víveres en abundancia, y les envió gratuitamente á Italia provisiones de trigo. Poseia Hieron el arte de dar

con aquella gracia que muchas veces se estima mas que el mismo don. Sospechando que los romanos podrian ser tan delicados que no admitiesen una suma de dinero aunque la necesitaban, la convirtió en una victoria de oro y se la regaló. La recibieron ellos como una preciosa señal de amistad, y como un agüero favorable, del que le dieron gracias. Los mismos cartagineses esperimentaron su generosidad en los tiempos de escasez: por último, envió dinero, muebles y vestidos á los rodíos por haberles arruinado sus casas un temblor de tierra.

Se habla de una galera que hizo construir con veinte órdenes de remos, que contenia cuanto podia desearse en un vasto palacio: tres corredores, una sala para los egercicios, paseos, jardines, cañones de plomo y de barro para el riego, una biblioteca, baños, un grande reservatorio, ocho torres de ataque y de defensa, y una fuerte ballesta: no hablando de las decoraciones esteriores, pinturas, dorados, esculturas, los embutidos de maderas preciosísimas, y de mano de los maestros mas principales. Esta galera era un presente destinado para Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto: la acompañó con sesenta mil modios de trigo, veinte mil quintales de carne salada, diez mil tinajas llenas de pescado salado, y una cantidad inmensa de otras provisiones.

Con ser esta galera tan maravillosa, si la fama no exagera todavia, no llega al milagro de haber hecho al pueblo de Siracusa dócil, pacífico, y reconocido á la tranquilidad que le procuró. La prudencia de Hieron sofocó hasta las menores semillas de la discordia. Así los soldados como los

ciudadanos mas que como á su soberano le miraban como su protector y su padre. Se aplicó principalmente á dar honra á la agricultura, y no se desdeñó de escribir sobre este punto. Murió á los noventa años, y reinó cincuenta y cuatro: fue muy llorado de sus vasallos y aun de los estraños.

D. del D. 2789. A. de J. C. 209. Tuvo Hieron ánimo de abolir en su muerte la dignidad de rey; porque preveia disturbios en el reinado de Hierónimo su nieto que le debia suceder; pero no lo egecutó por respeto de Damarata, su hija mayor, casada con Andranodoro, un grande señor en Sicilia. A estos esposos les gustaba la perspectiva de una menor edad, durante la cual se lisonjeaban de que gobernarian ellos con el nombre del sobrino, esperando la ocasion de apoderarse para sí del trono. Otra hija de Hieron se llamaba Heraclea, casada con Zoipo, otro caballero de un natural tranquilo, y los dos estaban muy distantes de la ambicion. Nombró el rey anciano para asistir á su nieto un consejo de quince personas con el nombre de tutores, y les encargó entre otras cosas que jamás se separasen de la alianza de los romanos.

Oyó el pueblo el testamento con bastante frialdad; porque ya habia dos partidos, uno realista y otro republicano. Este se contentó con no aprobar, y así fue proclamado Hierónimo. A pocos dias rompieron todas las medidas que Hieron habia tomado. Cuando nombró quince señores principales por tutores fue su intencion aficionarlos á su nieto y á su poder, del que tenian en algun modo que participar. Pero esto no le convenia á Andranodoro, que deseaba mandar solo. Bajo el pretesto de que ya el rey podia mandar por sí, despidió al conse-

jo: se retiraron pues estos señores, y solo se quedaron en la corte los dos tios del rey, y un tal Trason, cortesano adulador; el que conociendo muy bien los intereses del reino, hacia pública profesion de ser muy afecto á los romanos.

El príncipe jóven, viéndose sin mas freno que la presencia de las personas que se interesaban en lisonjearle en sus gustos, se entregó á los escesos: se hizo presto despreciable, y despues odioso. Se formó una conjuracion contra él, y el que la descubrió solo pudo indicar un conjurado que se llamaba Teodoro: este puesto en tortura no acusaba á otros que á los amigos del rey, y entre otros á Trason, á quien quitaron la vida sin examinar mucho su causa. Lo mas particular fue que estaban los cómplices tan seguros de la constancia de Teodoro, que mientras este estuvo en el tormento ninguno de ellos juzgó necesario ausentarse.

Dió la muerte de Trason á los cartagineses en el consejo una superioridad á que nada pudo resistir. Los romanos hicieron algunas diligencias por apretar los nudos de la antigua alianza; pero el rey Hierónimo, sabiendo las victorias de Anibal en Italia, los contaba por perdidos, y no solo se negó á tratar con ellos, sino que acompañó su negativa con picantes burlas sobre sus derrotas. No perdonó la soberbia romana á semejante modo de insultar, y le declaró la guerra, y no fue este el mayor mal. Apariencias hay de que el pretor romano, que mandaba en Sicilia, se juntó con los conjurados, cuyos nombres habia callado Teodoro entre los tormentos mas crueles. Sea como fuese la trama de esta intriga, el rey Hierónimo fue asesinado pasando por una calle estrecha: y fue tan poca la sensacion que su

muerte hizo en el pueblo, que dejaron podrirse el cadaver en el mismo sitio en donde cayó.

Al primer rumor de este asesinato se apoderó Andranodoro del cuartel mas fuerte de la ciudad; y el pueblo se estaba inmóvil y como pasmado en los otros cuarteles. Los conjurados, á cuya cabeza estaba Teodoro, le sacaron de aquel pasmo prometiéndole los tesoros del rey, y así se declaró por todas partes á favor de los conjurados, corriendo en tropel para atacar á Andranodoro. Un ciudadano prudente aconsejó que se le hiciesen proposiciones, y él las oyó á pesar de las reclamaciones de su muger, que le traia á la memoria aquel dicho célebre de Dionisio el tirano. *Que ninguno debe bajar del trono hasta que le arranquen por los pies.* Cuando Andranodoro se sometió lo hizo así por reservarse para mejores circunstancias. Despidió sus soldados: puso en manos del senado los tesoros de su sobrino, y despues de una felicitacion á los conjurados, que no debiera haber salido de su boca, siendo tio del rey difunto, dijo: No creais que ya está concluida la empresa de restablecer la libertad, pues no habeis hecho mas que empezar: un populacho indómito es en una república tan peligroso como el mismo tirano.

Esta sumision de Andranodoro le valió que le pusiesen en el número de los nuevos magistrados elegidos por el pueblo con Temisto, esposo de Harmonia, hermana del difunto rey. Los agentes de los cartagineses, Hipócrates y Epísides, advirtiendo que en esta mutacion no los miraban bien, pidieron permiso de retirarse, y que se les diese escolta. Consintió el senado en su partida, y se descuidó en fijar el tiempo. De este modo dejaron los siracusanos

vivir entre ellos dos hombres muy hábiles, diestros, políticos, generales estimados, y propios para gobernar una intriga.

No se puede asegurar que fuesen ellos el alma de la trama que dispuso Andranodoro para subir al trono; pero es muy verisimil que contaba sobre su auxilio. Su muger Demarata le escitaba sin cesar á que aspirase á la corona de su padre. Todo está tranquilo en Siracusa, le decia; pero los soldados, acostumbrados á recibir la paga del rey, no se han dispersado todavia, ni han tomado bien el espíritu republicano. Dos grandes generales, discípulos de Aníbal, estan prontos para ponerse á su cabeza: ¿qué esperas pues? ¿ó para qué lo dilatas? Andranodoro, tomó sus medidas: se aseguró de los iberos y africanos, soldados mercenarios que habian de esterminar los principales ciudadanos de Siracusa, cuyos bienes servirian para recompensar á los asesinos. Confió estas disposiciones á Temisto, ó las hizo de concierto con él. Tuvo este la imprudencia de descubrirse á un comandante llamado Ariston, el que todo lo descubrió al senado; y con su simple deposicion fueron condenados Andranodoro y Temisto en su ausencia, y muertos al entrar en el senado.

Estas muertes egecutadas con tropelía, causaron grande rumor: se juntó el pueblo al rededor de la sala, preguntando cuáles son los culpados y el delito. Los arrojaron por respuesta los cadáveres, y al mismo tiempo Sapatro, orador vehemente, se acerca al pueblo, y le dice: reconoced á los que son causa de nuestras desgracias, mucho mas delincuentes que Hierónimo, que no era mas que un muchacho. Estos son los tutores que reinaban con su nombre, y hubiera sido bien hecho destruirlos con el ti-

rano, pues la impunidad los alentó á nuevos delitos. Tuvieron audacia para aspirar á la soberanía; y no pudiendo conseguirla con la fuerza, se valieron del disimulo y la perfidia: ahí los teneis. Aunque Andranodoro fue nombrado para la primera magistratura entre los libertadores de la patria, ni un favor tan distinguido pudo vencer su mala voluntad. Sus propias mugeres les inspiraron el desenfrenado deseo de reinar. Estas furias son las causas de nuestras calamidades." A estas palabras se levantó un grito general que decia: ninguna de ellas merece vivir, es preciso estirpar enteramente la casta de los tiranos.

No bien se pronunció esta sentencia cruel, cuando los pretores, que debieran procurar impedir los primeros efectos del furor del pueblo, mandaron que se egecutase. Quitaron la vida á Harmonia y Demarata, princesa de la sangre real: fueron corriendo á la casa de Heraclea, muger de Zoipo. Esta princesa era la única que en la familia real no habia tenido parte en la conspiracion. Su esposo, conocido por sus pensamientos republicanos, habia hecho que le nombrasen para la embajada de Egipto, por no ser testigo de los desórdenes que preveia. Su virtuosa muger, ocupada siempre en la educacion de sus dos hijas, pasaba una vida la mas retirada. Advertida de que venian á su casa, se refugió en el parage mas remoto de ella, en donde estaban sus dioses penates; pero este sagrado asilo no detuvo á los asesinos.

Se presentó ella desmelenado el cabello con los ojos bañados en lágrimas, y esclamó "¡Qué he hecho yo, infeliz de mí! ¿No soy yo tambien víctima de ese rey que con tanta razon aborreceis, y que me

separó de mi esposo? ¿Qué se puede temer de mí en el estado de abandono y olvido á que me veo reducida? ¿Qué pueden temer de mis hijas, infelices huerfanitas, sin poder y sin apoyo? Desterradme á Alejandría, permitidme ir á buscar mi esposo." Se arrojó pues á los pies de los asesinos, los suplicó que se compadeciesen de aquellas inocentes víctimas; pero los feroces é inexorables verdugos la clavaron el puñal en el seno al lado de sus hijas, que cubiertas de la sangre de su madre fueron como ella degolladas. A tiempo que daban el último suspiro llegó orden del pueblo para suspender la egecucion. Cuando supieron los siracusanos que ya era tarde, pasaron de la piedad para con la inocente Heraclea al furor contra los magistrados, que tanto se habian apresurado en la egecucion de una sentencia cruel, sin dejar al pueblo tiempo suficiente para conocer la injusticia.

El horror de esta muerte puso á Siracusa en una especie de equilibrio entre el partido de los romanos y el de los cartagineses. Los primeros eran republicanos desatinados: los segundos favorecian al realismo. Esta era la opinion que les inspiraban; pero en el fondo, ni los romanos se detenian en que el gobierno popular se estableciese en Siracusa, ni los cartagineses en que fuese real ó aristocrático, con tal que ellos dominasen, y pudiesen escluir á los contrarios. Cuando los siracusanos creian que estas dos naciones rivales se armaban por sus querellas, eran ellos efectivamente el juguete y los instrumentos de dos naciones ambiciosas. Si hubieran tenido la prudencia de no entregarse mas á los cartagineses que á los romanos, pudieran vivir tranquilos en perfecta neutralidad. Pero Hipócrates y Epíside, aquellos dos

hábiles cartagineses, que por descuido no enviaron á su pais como ellos pedian despues de muerto Hierónimo, se formaron una faccion tan poderosa, que los eligieron magistrados, y fueron admitidos en el senado. Inquietaron despues la ciudad con mil rumores falsos, ya de que querian entrar los romanos en ella, y ya de que degollaban á los que se refugiaban en su campo: á todo esto habian precedido algunas espediciones militares, que les habian servido para mantener un cuerpo de tropas, con el cual, la mitad con maña y la mitad con fuerza, se apoderaron al fin de Siracusa. No dudando que el consul Marcelo iria presto á sitiarlos, echaron fuera á las personas sospechosas, que eran las mas considerables de la ciudad. En cuanto al pueblo presto le ganaron con algunas liberalidades; se procedió pues á nombrar nuevos pretores, porque á los otros los habian muerto en el tumulto. Hipócrates y Epísides hicieron que se redujesen á dos, y consiguieron que recayese la eleccion en ellos. Abrieron las cárceles, dieron libertad á los esclavos haciéndolos soldados, y prometieron á los desertores de las tropas romanas buena acogida, y tres premios, por lo que se les vinieron en grande número.

Ya estaba Marcelo á las puertas, y antes de empezar las hostilidades envió á los siracusanos una embajada, diciendo: Que él no habia venido á privarlos de la libertad, sino al contrario, á sacarlos de la opresion en que gemian, y á vengar la muerte de sus pretores inhumanamente asesinados. Que si permitian á sus magistrados, los cuales habian buscado asilo en su campo, volver á sus casas, y ponian en manos del cónsul los autores del último asesinato, se obligaba á no cometer la menor violen-

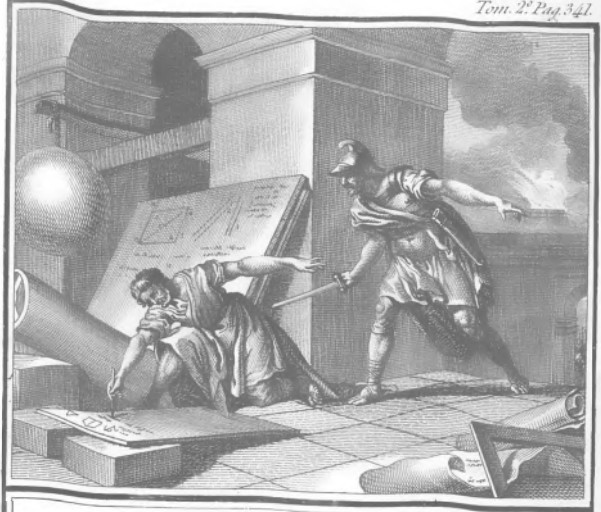
cia; pero que si se negaban á pretensiones tan justas, serian tratados como enemigos. Hipócrates, que recibió la embajada, respondió con una ironía, y la despidió.

Sitió el cónsul á Siracusa por mar y por tierra; intentó al principio un asalto general: avanzaban las galeras cargadas de máquinas propias para arrojar dardos: otras tan elevadas como las murallas debian descargar en ellas los soldados. Pero con grande admiracion suya una enorme piedra, mejor diré una roca, arrojada desde las fortificaciones, oprimió la máquina mas fuerte. Bajó una mano de hierro en el cabo de una viga, enganchó una galera cargadas de hombres, la levantó en alto, la dejó caer, y la sumergió: tiró de otra, y la despedazó contra las rocas. Se acercan los soldados á los muros para evitar estas máquinas, pero otras los confundian con dardos, piedras y masas de plomo, sin que se pudiesen librar, porque estando colocadas las máquinas detras de las murallas, la mayor parte no se veia. Todo esto era obra de un hábil matemático llamado Arquimedes. Con la fuerza de su ingenio, y sin hacer uso de su espada, un hombre solo tuvo la gloria de rechazar en esta ocasion dos egércitos romanos. No se forma idea clara de unas máquinas que arrojen piedras de doscientas arrobas, que hagan á tanta distancia el efecto de levantar galeras cargadas de soldados, que despidan al aire multitud de grandes flechas y fuertes picas, haciendolas dar en el blanco: estas invenciones parecen exageradas; pero sean exageradas, ó reducidas á su verdadera proporcion, fueron suficientes para forzar á Marcelo á levantar el sitio.

Le convirtió pues en bloqueo, y fue haciendo por la isla algunas espediciones contra las ciudades

que sujetó: ganó una batalla contra los cartagineses, que habian enviado un fuerte egército con elefantes, y volvió despues de muchos meses contra Siracusa. En ella volvió á encontrar á Arquimedes: y decía, ¿Tendremos que hacer la guerra siempre á estos ingenieros? ¿Tendremos que hacerla á ese Briaréo, á ese gigante de cien manos? A la verdad que era un enemigo que les hacia bien mala obra; porque así que los soldados veian que salian de las murallas una cuerda ó una viga, ya se tenian por levantados al aire, y huian sin poderlos hacer volver. Queria Marcelo abrir alguna correspondencia con la ciudad para terminar por negociacion un sitio que con varias interrupciones habia durado dos años; pero fueron inútiles sus diligencias, porque los desertores romanos, y los que eran culpados en los asesinatos, sabiendo que no habia gracia para ellos, retenian al pueblo por mas cansado que estuviese de cautiverio tan largo.

Una feliz casualidad sirvió á Marcelo. Pasando muchas veces un soldado delante de la muralla, se le antojó contar las piedras, y reconoció que no era tan alta como se pensaba. Con su relacion ordenó el cónsul escalar el muro, y le salió bien. Cuando se vió en la primera cerca, y los oficiales le daban la enhorabuena de esta ventaja, y las que podia esperar, consideró enternecido aquella ciudad infeliz, y aun se dice que vertió lágrimas sobre la suerte que estaban á punto de esperimentar aquellos ciudadanos, en otro tiempo tan ricos y felices. Debe decirse en alabanza de Marcelo, que si no evitó á los siracusanos todas las desdichas, hizo por lo menos los esfuerzos posibles para disminuirlas. No pudo negar á sus soldados el pillage de la parte de la ciudad to-



Arquímedes.

Tan ocupado estaba Arquímedes en una demostracion matemática, que al ver junto á su pecho la espada de un soldado, solo le dixo: „Espéra un poco, y quedará resuelto mi problema“: Atónito el soldado iba á llevarle al Consul; y tomando al paso una caxa que vió cerrada, fue tal la inquietud de Arquímedes por ella, que persuadido el soldado á que contenia oro, le quitó la vida, y privó así al mundo de un tesoro verdadero.

mada por asalto; pero le arregló en lo posible. Nunca otra ciudad fue saqueada con tanto órden y tan poca crueldad. Entraban los soldados en las casas, y tomaban el oro, la plata, los muebles, provisiones y todo cuanto les convenia; pero sin hacer la menor violencia á las personas.

La Arcadina, que era el cuartel mas fuerte de la ciudad, aun no se habia tomado, como que encerraba los soldados estrangeros mas escogidos, y los desertores romanos. No quiso el cónsul esponer sus tropas contra aquellos desesperados, y así recurrió de nuevo al bloqueo. Sobrevino una peste que hizo grandes estragos en los sitiados y en los sitiadores. Tantas desgracias precisaban al pueblo á recibir las condiciones justas, que siempre proponian los romanos; pero aquel pueblo no era el que mas podia, y se veia en la necesidad de sufrir y gemir. Esta esclavitud tuvo fin con un asalto que no fue de mucha mortandad, porque habia ganado el cónsul á un oficial que le entregó una puerta, y contuvo desde el principio la carniceria, y su humanidad le hizo dar orden para que dejasen escapar á los desertores romanos.

Estaba Arquimedes en la Arcadina, y se dice, que ocupado en una demostracion matemática, no oyó el ruido del asalto. Se hallaba trazando con gran sosiego algunas líneas, cuando se le presentó un soldado, y le puso la espada al pecho. Espera un poco, amigo, y quedará resuelto mi problema. Admirado el soldado de ver la tranquilidad de aquel hombre en tan grande peligro, quiso llevarle al cónsul: ya iba con él; pero tomó antes una caja llena de instrumentos de matemática. En el ansia que el geómetra mostraba por su caja, creyó el soldado que estaba llena de oro, y le mató. Sintió

mucho Marcelo este caso, y le hizo magníficos funerales, levantándole un sepulcro.

Trató el cónsul á los siracusanos mas como aliados que como á enemigos. Les dió el derecho de elegir magistrados: los puso en posesion de sus antiguos privilegios: los exhortó á la paz y union, y reparó en cuanto pudo aquella ciudad asolada. A pesar de su bondad indulgente le acusaron estos mismos siracusanos, en senado pleno, de haber abusado con ellos de su autoridad. Todo fue un enredo de los enemigos de Marcelo, que se valieron para mortificarle de aquellos ciudadanos. Su justificacion fue noble y sencilla: se arrepintieron los siracusanos de su injusticia, y decretaron que siempre que alguno de la familia de Marcelo abordase á Sicilia, fuese el pueblo á recibirle coronado de flores, y se celebrase aquel dia feliz con sacrificios. Toda la isla quedó en la proteccion de Marcelo, y llegaron los sicilianos á ser clientes de esta familia.

Tomada Siracusa restaba sujetar algunas ciudades. Los romanos, que cuando llegaron la primera vez á Sicilia solo pidieron, por decirlo así, que los tolerasen, ahora pretendian que ya no se resistiesen á nada, y castigaban severamente la oposicion á sus voluntades. Negándose Agrigento á recibir el yugo de dueños tan imperiosos, la sitió el cónsul: vino y la tomó. Por su orden fueron los gefes azotados con varas y degollados: el pueblo fue reducido á la esclavitud, y vendido al que mas daba, y el dinero que provino de los despojos aumentó el tesoro de la república. Despues de egemplar tan terrible no se vió mas resistencia, y la Sicilia quedó reducida á provincia romana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA GEOGRAFICA,

Y DE LAS MATERIAS DEL TOMO PRIMERO.

NOTICIAS BIOGRAFICAS DE ANQUETIL. 3
PROLOGO DEL TRADUCTOR. 7
Introduccion. 11
Creacion del mundo. 19
Adan y Eva. . . . . . *id.*
Paraiso. 20
Caida de Adam. . . . . . *id.*
Cronología antes del diluvio. 21
Tradicion. . . . . . *id.*
Muerte de Abel. 22
Castigo de Cain. . . . . . *id.*
Nacimiento de las artes &c. . . . . . *id.*
Idolatría. . . . . . *id.*
Diluvio. 23
Piedad de Noe. 24
Su embriaguez. . . . . . *id.*
Su muerte. 25
Sus descendientes. . . . . . *id.*
Torre de Babel. 26
Confusion de las lenguas. 27
Orígen de las lenguas. . . . . . *id.*
Primeras edades despues del diluvio. . . . . . *id.*
Escritura. 28
Dispersion de los pueblos. . . . . . *id.*
EGIPTO. *En Africa, entre la Etiopia á lo alto de las cataractas del Nilo, el mar Rojo,*

el istmo de Suez, el mar Mediterráneo y la Libia. 30
Egipcios. . . . . *id.*
Descripcion. . . . . *id.*
El Nilo. 32
Cataractas. . . . . *id.*
Aspecto del Egipto. 31
Animales. 33
Plantas. 34
Pirámides. . . . . *id.*
Laberinto. 35
Palacio de las cataractas y otros. 36
Lago Mœris. 37
Origen de los egipcios. . . . . *id.*
Gobierno. 28
Reyes. . . . . *id.*
Division de las familias, clases y bienes. . . . *id.*
Justicia y leyes. 39
Religion. 41
Supersticiones. . . . . *id.*
Culto. 33
Usos y costumbres. . . . . *id.*
Duelo. 44
Sepulcros. . . . . *id.*
Embalsamaciones. . . . . *id.*
Juicio de los muertos. 45
Ciencias y artes. . . . . *id.*
Comercio. 47
Arte militar. . . . . *id.*
Lengua y escritura. . . . . *id.*
Tiempos fabulosos. 48
Tiempos heróicos. 50
Reyes. . . . . *id.*
Menés. . . . . *id.*

Reyes pastores. 51
Osimandias. . . . . *id.*
Nitocris. 52
Sesostris primero. . . . . *id.*
Sesostris segundo. 54
Actisanes. 55
Mendes, ó Proteo. . . . . *id.*
Renfis. 56
Ceope. . . . . *id.*
Micerino. 57
Genefacto. . . . . *id.*
Bócoris el prudente. 58
Arquitis. . . . . *id.*
Anisis. . . . . *id.*
Sabaco. . . . . *id.*
Séton. . . . . *id.*
Los doce Reyes. . . . . *id.*
Tiempos verdaderos. 59
Psamético. . . . . *id.*
Neco-Faraon. 60
Psamis. . . . . *id.*
Apries, ó Faraon Hofra. 61
Amasis. . . . . *id.*
Psamético. 63
Inaro. 65
Amirtaco. 66
Tacos. . . . . *id.*
Nectanebo. . . . . *id.*
MOABITAS. *Entre el lago Asfaltide, el Jordan, los Amonitas, el pais de Madian y el de Edom*. 67
Lot. . . . . *id.*
Pais. . . . . *id.*
Costumbres. 68

Balaam. . . . . id.
AMONITAS. *Entre las montañas de Galaad, el Jordan, el rio de Amon, los moabitas y los desiertos de Arabia*. 69
Usos y costumbres. . . . . id.
MADIANITAS. *En la Arabia Petrea, entre el lago Asfaltide, el pais de Moab, el mar Rojo y la Idumea*. 71
Usos y costumbres. . . . . id.
Religion. . . . . id.
Gobierno. 72
EDOMITAS, Ó IDUMEOS. *Entre Madian, el Jordan y el Mediterraneo*. . . . . id.
Usos y costumbres. 73
Religion. . . . . id.
Gobierno. . . . . id.
AMALECITAS. *Entre Canaan, Edom, el Egipto y los desiertos del lado del mar*. . . . 75
Artes y costumbres. . . . . id.
CANAAN. *Entre el monte Líbano, los moabitas y los filisteos*. 76
Cananeos. . . . . id.
Usos y costumbres. . . . . id.
Dina. 77
FILISTIN Ó PALESTINA. *A lo largo del mar Mediterráneo, entre Amalec, Edom, la tribu de Dan, la de Simeon y la de Judá*. . 79
Filisteos. . . . . id.
Usos y costumbres. . . . . id.
Religion. 80
SIRIA. *Entre el monte Tauro, el Eufrates, la Arabia desierta, la Palestina, el Mediterraneo y la Cilicia*. 81
Sirios. . . . . id.

Balbec. 82
Palmira. 83
Usos y costumbres. . . . . *id.*
Religion. . . . . *id.*
Combabo. 84
Artes, ciencias y comercio. 86
Reyes de Soba. . . . . *id.*
Reyes de Damasco. . . . . *id.*
Benadad. . . . . *id.*
Naaman. 87
Hazael. 88
Rezin. . . . . *id.*
Reyes de Hamat y de Gesar. 89
FENICIA. *Entre la Siria, el reino de Judá y el Mediterraneo*. . . . . *id.*
Fenicios. . . . . *id.*
Su origen. . . . . *id.*
Usos y costumbres. . . . . *id.*
Artes y ciencias. . . . . *id.*
Comercio. . . . . *id.*
Tiro. 90
Sidon. . . . . *id.*
Tripoli. 93
Reyes. . . . . *id.*
Reyes de Sidon. . . . . *id.*
Abdolónimo. 94
Reyes de Tiro. 95
Abibal. . . . . *id.*
Hiran. . . . . *id.*
Pigmaleon. . . . . *id.*
Baal. . . . . *id.*
Estraton. 96
Acelmic. . . . . *id.*
Toma de Tiro. 97

Reyes de Arad. . . . . *id.*
Gesóstrato. 98
JUDÍOS. . . . . *id.*
Abraham. . . . . *id.*
Inspiracion de los libros santos. . . . . *id.*
Viages de Abraham. 100
Isaac y Ismael. 101
Sacrificio de Isaac. . . . . *id.*
Casameento de Isaac. 102
Jacob y Esaú. . . . . *id.*
Jacob y Raquel. . . . . *id.*
Encuentro de Jacob y Esaú. 103
Josef. 104
Josef en Egipto. 105
Josef con sus hermanos. 107
Los israelitas en Egipto. 110
Muerte de Jacob. . . . . *id.*
Vida patriarcal. 111
Moises. 113
Plagas de Egipto. . . . . *id.*
Los hebreos salen de Egipto. 115
Paso del mar Rojo. 116
Los israelitas en el desierto. . . . . *id.*
La ley dada en el msnte Sinai. . . . . *id.*
Arca de la alianza. 117
Fin de Moises. 119
Josue. . . . . *id.*
Paso del Jordan. 120
NUEVO CANAAN, Ó JUDEA. *Entre el pais de Edom, el de Amalec, el mar Muerto, el Jordan, el mar de Galiléa, las montañas del Libano, los fenicios y el Mediterráneo.* 121
Religion, gobierno, ciencias, comercio y arte militar. 124

Muerte de Josue. 128
Jueces. . . . . *id.*
Benjamitas. . . . . *id.*
Gedeon. 129
Alegoría de Joatan. 130
Jepté. . . . . *id.*
Sanson. 131
Helí. . . . . *id.*
Samuel. 132
Reyes. . . . . *id.*
Saul. . . . . *id.*
La Pitonisa. 134
Muerte de Saul. . . . . *id.*
David. . . . . *id.*
Betsabé. 135
Salomon. 137
Juicio de Salomon. 138
La reina de Sabá. . . . . *id.*
Roboan. 140
Profetas. 141
Acab, rey de Israel. 142
Nabot. . . . . *id.*
Josafat, rey de Judá. 143
Sitio de Samaria. . . . . *id.*
Jehú. 144
Atalia. . . . . *id.*
Joas. . . . . *id.*
Amasías. . . . . *id.*
Joram. 145
Osías. . . . . *id.*
Joatan. . . . . *id.*
Faceo. . . . . *id.*
Acaz. 146
Ecequías. . . . . *id.*

Cautividad de los israelitas. 147
Cuadrante en que la sombra retrocede. 148
Manases. . . . . *id.*
Amon. 149
Josías. . . . . *id.*
Joacaz. 150
Joaquin. . . . . *id.*
Jeconías. . . . . *id.*
Sedecías. 151
La cautividad grande. . . . . *id.*
ASIRIA. *Entre el Tígris y el Eufrates, hasta los paises comprendidos entre la Asia menor, la Armenia, la Media, la Persia, la Arabia desierta y la Siria*. . . . . *id.*
Asirios. . . . . *id.*
Orígen de los grandes imperios. 152
Costumbres, religion y comercio. . . . . *id.*
Nino. 153
Semiramis. 154
Babilonia. 156
Ninias. 158
Sardanápalo. 159
Emperadores de Asiria, segun los judíos. . 160
Judit. 162
BABILONIA. *Entre el Tígris y el Eufrates, la Mesopotamia y el golfo Pérsico*. . . . . *id.*
Babilonios. . . . . *id.*
Clima. . . . . *id.*
Antigüedad. 164
Religion. 165
Costumbres. . . . . *id.*
Sacerdotes y adivinos. 166
Trage. 167
Ciencias, artes y comercio. . . . . *id.*

Reyes. 168
Divisiones del pueblo. . . . . *id.*
Tiempos fabulosos. 169
Belesis. . . . . *id.*
Parsondas. . . . . *id.*
Nabucodonosor. 170
Sus sueños. 171
Evilmerodac. 172
Neriglisar. . . . . *id.*
Archod. . . . . *id.*
Nebonedio, ó Baltasar. . . . . *id.*
Nitocris. 173
MEDIA. *Entre el mar Caspio, la Persia, la Asiria, la Partia y la Armenia*. 174
Medos. . . . . *id.*
Mar Caspio. . . . . *id.*
Ecbatana. 175
Antigüedad de los medos. . . . . *id.*
Su gobierno y costumbres. . . . . *id.*
Religion. 176
Tiempos fabulosos. 177
Tiempos verdaderos. . . . . *id.*
Deyoces. . . . . *id.*
Fraortes. 178
Ciajara primero. . . . . *id.*
Astiages, ó Asuero. . . . . *id.*
Ester. . . . . *id.*
Ciajara segundo. 180
PERSIA. *Entre la Escitia, el Indo, el mar de la India, el mar Rojo, la Arabia, el Mediterráneo y el mar Caspio*. 181
Persas. . . . . *id.*
Producciones. . . . . *id*
Clima. . . . . *id*

Animales. 18
Curiosidades. . . . . *id.*
Persépolis. 183
Antigüedades, gobierno, costumbres y ciencias 184
Reyes. . . . . *id.*
Educacion. 185
Usos y costumbres. . . . . *id.*
Justicia. 186
Castigos. . . . . *id.*
Zelos. 187
Instituciones. . . . . *id.*
Milicia. 188
Armas. . . . . *id.*
Leyes. 189
Impuestos. . . . . *id.*
Religion. 190
Teismo. . . . . *id.*
Teología. . . . . *id.*
Ceremonias. 191
Tiempos fabulosos. . . . . *id.*
Tiempo verdadero. 194
Ciro. . . . . *id.*
Batalla de Timbreo. . . . . *id.*
Toma de Babilonia. 195
Fin de la cautividad de los Judios. . . . . *id.*
Cambises. . . . . *id.*
Sitio de Pelusio. 196
Guerra contra la Etiopia. . . . . *id.*
Crueldades de Cambises. 197
Su muerte. 199
Esmerdis el Mago. 200
Darío primero, Histaspes. 201
Desesperacion de los babilonios. 202
Fidelidad de Zopiro. 203

Guerra contra los escitas. . . . . *id.*
Guerra contra los griegos. 205
Batalla de Maraton. 206
Cerges primero. 207
Su espedicion contra la Grecia. 208
Batalla de Termópilas. 209
Artagerges Longimano. 213
Cerges segundo. 214
Sogdiano. . . . . *id.*
Oco, ó Darío segundo, Noto. . . . . *id.*
Artagerges Memnon. 217
Tratado de Antáicidas. 219
Oco. . . . . *id.*
Guerra de Egipto. 221
Arses. 222
Darío tercero, Codomano. . . . . *id.*
Paso del Granico. 225
Descripcion del egército Persa. 226
Batalla de Iso. 227
Visita de Alejandro á Sisigambis. 228
Batalla de Arbelas. 230
Betis. 231
Muerte de Darío. 233
Tiempos heroicos. 234
Cajumarat. 235
Hus-Hang. 236
Tamuras. . . . . *id.*
Genschid. . . . . *id.*
Dehoc. 238
Fridun. 239
Manugjahr. . . . . *id.*
Nudar. 241
Zab. . . . . *id.*
Keikobad. 242

Keikaus. . . . . *id.*
Kei-Chosrau. 243
Horaspe. . . . . *id.*
Gusztaspe. . . . . *id.*
Zoroastro. 244
Bahaman. 247
Homais. . . . . *id.*
Darado primero. . . . . *id.*
Darado segundo. . . . . *id.*
ESCITIA. *Entre el Indo, la Persia, los hielos del Norte, el Oceano Celtíbero y la Africa*. 248
Escitas. . . . . *id.*
Nombres. . . . . *id.*
Transmigraciones y lengua. . . . . *id.*
Antiguos cultos de los Escitas. 249
Religion, ciencias, usos y costumbres. . . . *id.*
Dioses. 250
Escitas. . . . . *id.*
Costumbres. . . . . *id.*
Leyes. . . . . *id.*
Reyes. 251
Su inhumacion. . . . . *id.*
Usos. 252
Comercio, artes y agricultura. 253
Amazonas. . . . . *id.*
Tiempos fabulosos. . . . . *id.*
Escites primero. 255
Reyes. . . . . *id.*
Sigilo. . . . . *id.*
Madyes. . . . . *id.*
Tomiris. . . . . *id.*
Janeyro. 256
Escites segundo. . . . . *id.*

Anacarsis. 257
Ariantes. . . . . *id.*
Ateas. . . . . *id.*
Asia menor. 258
Frigios. . . . . *id.*
FRIGIA ALTA. *Entre el Ponto, la Troada, el mar Egeo, la Caria y la Panfilia*. . . . . *id.*
Antigüedades, usos y costumbres. 259
Comercio. . . . . *id.*
Religion. 260
Reyes. 261
Innaco. . . . . *id.*
Midas primero. . . . . *id.*
Gordiano primero. . . . . *id.*
Midas segundo. 262
Gordiano segundo. . . . . *id.*
Lintersis. . . . . *id. id.*
FRIGIA BAJA Ó TROADA. *Entre la Propóntide, el mar Egeo, la Misia menor y el Helesponto*. 263
Troyanos . . . . . *id.*
Costumbres, religion, comercio. . . . . *id.*
Reyes. . . . . *id.*
Teucro. . . . . *id.*
Dárdano. . . . . *id.*
Ericton. 264
Tros. . . . . *id.*
Ganimedes. . . . . *id.*
Ilo. . . . . *id.*
Laomedonte. . . . . *id.*
Príamo. 265
Toma de Troya. 266
MISIA. *Entre la Propóntide, la Lidia, la Frigia y la Bitinia*. 267

Misios. . . . . *id.*
Cícico. 268
Pérgamo. . . . . *id.*
Lampsaco. . . . . *id.*
LIDIA. *Entre la Misia, la Caria, la Frigia y la Jonia*. 269
Lidios. . . . . *id.*
Antigüedad, costumbres, comercio y religion. *id.*
Reyes. 270
Manes. . . . . *id.*
Caneble. . . . . *id.*
Candaule. . . . . *id.*
Aliates. 271
Creso. . . . . *id.*
LICIA. *Entre la Caria, la Panfilia, la Frigia y el Mediterráneo*. 272
Licios. . . . . *id.*
Janto. 273
Quimera. . . . . *id.*
Costumbres. . . . . *id.*
Hijos de los licios. 274
CILICIA. *Entre la Siria, la Panfilia, la Capadocia y el Mediterráneo*.. . . . . *id.*
Cilicianos. . . . . *id.*
Alejandreta. 275
GRECIA. *Entre la Macedonia, la Tracia, el mar Egeo, el mar Jónio y el mar de Creta*. 276
Griegos. . . . . *id.*
Costumbres. . . . . *id.*
SICIONE. *Entre el Peloponeso y la Acaya*. . . 278
ARGÓLIDE *Entre las bahías de Paros y de Argos, Sicione, la Arcadia y la Laconia*. *id.*
Argos. . . . . *id.*
Particularidades. . . . . *id.*

Reyes. 279
Trípode. . . . . *id.*
Danao. . . . . *id.*
Furor de Baco. 280
Perseo. 281
LA ATICA. *Entre la Beocia, el estrecho de Negroponto y el mar Egeo*. 282
ATENAS. *Reino*. . . . . *id.*
Reyes. 283
Teseo. . . . . *id.*
BEOCIA. *Entre la Atica, la Fócide, los estrechos de Negroponto y de Corinto*. 285
Reyes. . . . . *id.*
Cadmo. . . . . *id.*
ARCADIA. *Entre la Elide, la Argólide, la Laconia y Corinto*. 286
TESALIA. *Entre el Epiro, la Macedonia y la Grecia*. . . . . *id.*
FÓCIDE. *Entre la Tesalia y el mar de Corinto*. . . . . *id.*
Argonautas. 289
Aquiles. 291
Delfos. . . . . *id.*
CORINTO. *Entre el Peloponeso y el mar*. . . 292
LACONIA Ó LACEDEMONIA. *Entre el Peloponeso, la Arcadia, la Mesenia y el Mediterráneo*. 294
Reyes. 295
Amicleo. . . . . *id.*
Sou. . . . . *id.*
ELIDE. *Entre el Peloponeso, el mar Jónio, la Arcadia y la Acaya*. 296
ETOLIA. *Entre la Locria, la Fócide, la Acarnania y la bahía de Corinto*. 297

LA LOCRIA. *Cerca de la Fócide.* . . . . . *id.*
LA DÓRIDE *Entre la Tesalia, la Fócide y la Etolia.* . . . . . *id.*
LA ACAYA. *Entre Sicione, la Elide, la Arcadia y Corinto.* . . . . . *id.*
ATENIENSES. *República.* 298
Arcontes. . . . . . *id.*
Dracon. . . . . . *id.*
Solon. 299
Atenas. . . . . . *id.*
Pisístrato. 308
Batalla de Maraton. 314
Arístides. 316
Temístocles. 317
Ostracismo. . . . . . *id.*
Salamina. 320
Cimon. 327
Pericles. 328
Guerra del Peloponeso. 334
Los treinta tiranos. 349
Sócrates. 352
Paz de Antálcide. 354
Guerra de los aliados. 355
Guerra sagrada. . . . . . *id.*
Filipo rey de Macedonia. 356
Demóstenes. . . . . . *id.*
Focion. 357
Demetrio Falereo. 362
LACEDEMONIOS. 364
Licurgo. 365
Religion. 367
Distribucion de las tierras. . . . . . *id.*
Leyes domésticas. . . . . . *id.*
Casamiento. 368

Lactancia de los niños . . . . . *id.*
Vestidos 369
Ordenanzas generales 370
Estudios y ciencias . . . . . *id.*
Egercicios 371
Moneda . . . . . *id.*
Justicia 372
Leyes militares . . . . . *id.*
Criptia 373
Guerra de Mesenia 375
Aristódemo . . . . . *id.*
Eforos 376
Partenianos 378
Aristómenes . . . . . *id.*
Leonidas 381
Pausanias 382
Agis primero 383
Calicrátidas . . . . . *id.*
Lisandro . . . . . *id.*
Agesilao 384
Batalla de Leuctres 386
Arquidamo 388
Agis segundo . . . . . *id.*
Eudamias . . . . . *id.*
Sitio de Esparta 389
Cleomenes 397
Nabis 400
Liga de los aqueos ó acayenses 402
Arato 403
Pronóstico de Agelao 407
Muerte de Arato 408
Grecia declarada libre 409
Desinteres de Filopémenes 410
Su muerte 411

Injusticias de los romanos. 412
Toma de Corinto. 415
ETOLIA, Ó LA PEQUEÑA GRECIA. *Entre la Locria, la Acarnania, el Epiro y la bahía de Corinto*. 417
Etolios. . . . . *id.*
Acciones de los etolios. . . . . *id.*
Antíoco. 418
Flaminio. 419
Sitio de Ambracia. 420
ATENAS. *Provincia*. 422
Sitio de Atenas. 424
BEOCIA. *Entre la Ática, la Fócide y Corinto*. 428
Beocios. . . . . *id.*
ACARNANIA. *Entre la Etolia y el Epiro*. . . 429
Acarnanios. . . . . *id.*
EPIRO. *Entre la Etolia, el mar Adriático, la Macedonia, la Tenaria y el mar Jónio*. . 430
Epirotas. . . . . *id.*
JÓNIA. *Entre la Etolia, el mar Egeo, la Caria y la Lidia*. 432
Focea. . . . . *id.*
Esmirna. 434
Clazomene. 435
Eritrea y otras ciudades. . . . . *id.*
Efeso. . . . . *id.*
Mileto. 437
EÓLIDE. *Entre la Jonia y la Propóntide*. . . 439
DORIDE. *Promontorio de la Caria*. . . . . *id.*
Orígen de los Somienos. 440
Gobierno, religion, costumbres y comercio. . *id.*
Historia. . . . . *id.*
SICILIA. *Isla del Mediterráneo, entre la Italia y el Africa*. 441

Orígen. 442
Siracusa. 443
Gelon. . . . . *id.*
Hieron. 447
Trasíbulo. 448
Petalismo. 449
Guerra contra los atenienses. . . . . *id.*
Segunda guerra contra los cartagineses. . . . 453
Hermócrates. 454
Diocles. 455
Agrigento. . . . . *id.*
Dionisio. 457
Dionisio el jóven. 467
Dion. 468
Timoleon. 472
Agatocles. 476
Muerte de Agatocles. 483
Pirro. 484
Hieron. 485
Hierónimo. 488
Sitio de Siracusa. 493

ANQUETIL

HIST; UNIVERSAL.

J

AH 1496